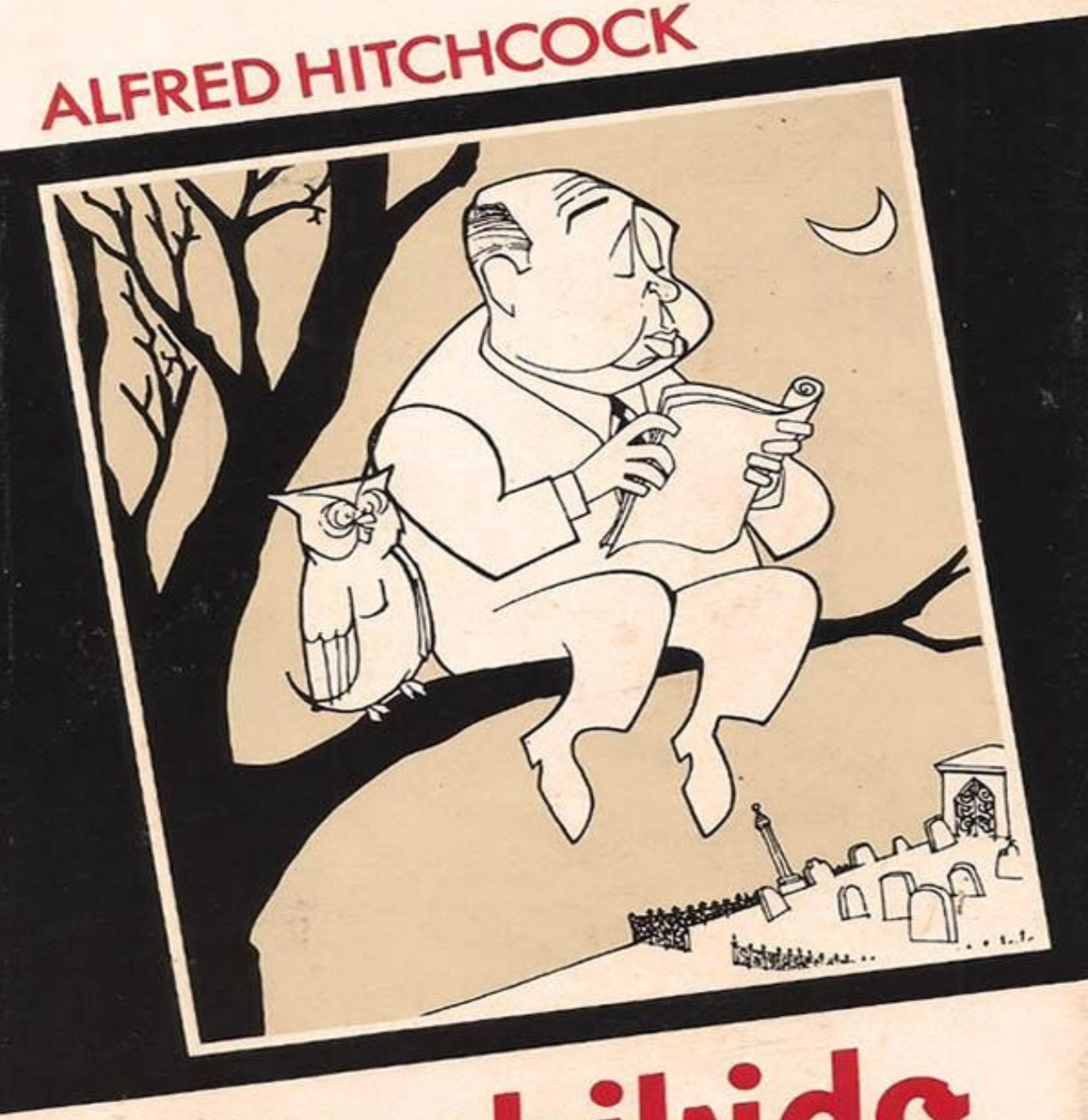
ALFRED HITCHCOCK



Prohibido a los nerviosos

Lectulandia

Prohibido a los nerviosos es un conjunto de relatos terroríficos y de intriga cuidadosamente seleccionados por Alfred Hitchcock, maestro del suspense cinematográfico y gran especialista en este género literario.

Estas inquietantes narraciones, salidas de los mejores autores contemporáneos de cuentos cortos -Dorothy Sayers, Ray Bradbury, Frederic Brown, Carter Dickson y otros-, dosifican sabiamente la angustia y el escalofrío para producir al lector un ambiguo estremecimiento de miedo y de placer.

El hábil planteamiento de las situaciones y el fino análisis psicológico de los personajes hacen de cada uno de estos veinticuatro relatos una pequeña obra maestra de la literatura de entretenimiento.

Relatos incluidos:

Hacia el futuro (*To the Future*, 1950) - Ray Bradbury

Río de riqueza (*River of Richet*, 1958) - Gerald Kersh

Levitación (*Levitation*, 1958) - Joseph Payne Brennan

La señorita Winters y el viento (*Miss Winters and the Wind*, 1946) - Christine Noble Govan

Panorama desde la terraza (*View from the Terrace*, 1960) - Mike Marmer

El hombre con dedos de cobre (*The Man with Copper Fingers*, 1956) - Dorothy L. Sayers

Los veinte amigos de William Shaw (*Twenty Friends of William Shaw*, 1960) - Raymond E. Banks

El otro verdugo (*The other Hangman*, 1940) - Carter Dickson

Los Brown no tienen baño (*No Bath for the Browns*, 1944) - Margot Bennet

El visitante que no fue invitado (*The Uninvited*, 1960) - Michael Gilbert

El merodeador de las dunas (*Dune Roller*, 1951) - Julian May

Casi un crimen (*Something Short of Murder*, 1957) - Henry Slesar

La muchacha de oro (*Golden Girl*, 1964) - Ellis Peters

El muchacho que predecía los terremotos (*The Boy who predicted Earth-quakes*, 1950) - Margaret St. Clair

Caminando sola (*Walking Alone*, 1957) - Miriam Allen de Ford

Sentencia de muerte para la grosería (*For all the rude People*, 1961) - Jack Ritchie

El perro murió primero (*The Dog died first*, 1949) - Bruno Fischer

Habitación con vistas (*Room with a View*, 1962) - Hal Dresner

Lemmings (*Lemmings*, 1957) - Richard Matheson

La diosa blanca (*Whitegoddess*, 1956) - Idris Seabright

La sustancia de los mártires (*The Substance of Martyrs*, 1963) - William Sambrot

Llamada de auxilio (*Call for Help*, 1961) - Robert Arthur

Voces de muerte (*Sorry, wrong Number*, 1948) - Lucille Fletcher & Allan Ulman

No mires hacia atrás (*Don't look behind you*, 1947) - Frederic Brown

Lectulandia

AA. VV.

Prohibido a los nerviosos (recopilado por Alfred Hitchcock)

ePub r1.0
Titivillus 24.08.16

Título original: *Stories not for the nervous*
AA. VV., 1965
Traducción: AA. VV.
Recopilador: Alfred Hitchcock

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Breve mensaje previo

Este libro, como su título indica, está «prohibido a los nerviosos». Muchos lectores dirán que el mismo título podría aplicarse a cualesquiera de los varios volúmenes de terror, romanceros de «suspense» o antologías de lo extraño que de vez en cuando he compilado para dar gusto a mis amigos y seguidores. Estarán en lo cierto.

Porque yo no soy hombre dado a someterse al dictado de los nerviosos. Si tiene usted el hábito de morderse las uñas, si salta del asiento cuando oye un portazo o si lanza un alarido cuando alguien grita «¡Bu!» junto a su oreja, mi mensaje se reduce a tres palabras: «Suelte este libro».

Por el contrario, si posee usted buen control de sus nervios y si éstos reaccionan con placentero cosquilleo ante un toque de horror o hallan un delicioso estímulo en la chispita de «suspense», cordialmente le invito a que me siga.

Acomódese donde guste, o donde pueda, y empiece la lectura por donde le venga en gana. Interrúmpala para regalarse con un descanso en el punto que le parezca más conveniente, y vuelva a ella cuando se sienta dispuesto. La mayor informalidad debe gobernar su disfrute de esta suculenta ensalada de relatos. Los hay, creo yo, para todos los paladares.

Excepto, claro está, para el paladar de los nerviosos.

Y con esto terminan los sesenta segundos que se le conceden al presentador.

ALFRED HITCHCOCK

HACIA EL FUTURO

RAY BRADBURY

Los cohetes chamuscaron el pavimento de ladrillos, iluminaron los muros de adobe del café y fueron a estallar junto a la alta torre de la iglesia, mientras un ígneo toro corría por la plaza, persiguiendo a los muchachos y a los alegres hombres. Era una noche primaveral, en México, en el año 1938.

El señor William Travis y su esposa, sonriendo, permanecían al margen de la alborotadora multitud. El toro cargó contra ellos. El hombre y la mujer, para esquivarle, corrieron hacia la banda de música que tocaba, ensordecedoramente, «La Paloma». El toro, una armazón de cañas de bambú y pólvora negra, pasó de largo, ágilmente transportado a hombros de un mexicano.

—En mi vida me he divertido tanto —jadeó Susan Travis al detenerse.

—Es formidable —dijo William.

—Seguirá, ¿verdad? Me refiero a nuestro viaje.

Él se dio un golpecito en el bolsillo de la americana.

—Tengo bastantes cheques de viajero para toda una vida. Diviértete. Olvida lo que te preocupa. Nunca nos encontrarán.

—¿Nunca?

Ahora alguien quemaba aparatosos fuegos artificiales desde el campanario.

El toro estaba apagado. Cuando el mexicano se quitó la armazón de los hombros, los niños se arremolinaron para tocar a la magnífica bestia de cartón piedra.

—Vamos a ver el toro —dijo William.

Al pasar junto a la entrada del café, Susan vio al extraño hombre que les miraba. Era un tipo de traje blanco y rostro enjuto y tostado por el sol. Sus ojos les observaban fríamente.

Susan no se hubiera fijado en él de no ser por las botellas que el hombre tenía sobre su mesa; una de crema de menta, otra, más clara, de vermut; otra, de coñac, y siete más de licores variados; y, al alcance de la mano, diez vasitos medio llenos de los que, de vez en cuando, bebía un sorbo, sin apartar la mirada de la calle. En su mano libre humeaba un habano, y sobre una silla se veían veinte cartones de cigarrillos turcos, seis cajas de cigarros y unos cuantos frascos de colonia dentro de sus cajas.

—Bill —susurró Susan.

—Calma —aconsejó William—. Ese hombre no es nadie.

—Esta mañana le vi en la plaza.

—No mires atrás y sigue andando. Examina el toro de cartón piedra. Así. Ahora haz preguntas.

—¿Crees que pertenece a los Buscadores?

—¡No es posible que nos hayan seguido!

—¡A lo mejor sí!

—¡Qué toro tan bonito! —dijo William al mexicano.

—No es posible que nos siguiera a través de doscientos años, ¿verdad?

—¡Cuidado con lo que dices! —aconsejó William.

Ella se estremeció. Su marido la tomó por el brazo e hizo que echase a andar.

—No te desanimes —sonrió, para que la actitud de ambos pareciese normal—. Todo irá bien. Vamos a ese café y sentémonos frente a él, para que, si es lo que tú temes, no sospeche.

—No, no puedo.

—Tenemos que hacerlo… Vamos. ¡Y entonces le contesté a David que eso era ridículo! —esto último lo dijo en voz alta, mientras subían los escalones del café.

Susan pensó:

«Aquí estamos. ¿Quiénes somos? ¿Adónde nos dirigimos? ¿Qué tenemos?».

Luego se dijo a sí misma que era mejor, para conservar la cordura, comenzar por el principio. Notando bajo las suelas de los zapatos el piso de ladrillos, rememoró:

«Me llamo Ann Kristen, y el nombre de mi marido es Roger. Nacimos en el año 2155 después de Cristo. Y vivíamos en un mundo dominado por el terror. En un mundo que era como un enorme barco apartándose de la orilla de la cordura y la civilización, haciendo sonar su sirena en la noche y llevando a dos mil millones de personas —lo quisieran ellas o no—, a la muerte, al holocausto de la radiactividad y la locura».

Entraron en el café. El hombre les miraba. Sonó un teléfono.

El ruido sobresaltó a Susan. Le hizo recordar otro teléfono que sonó a doscientos años en el futuro, en aquella limpia mañana de abril de 2155. Ella contestó a la llamada.

—¡Ann, soy René! ¿Lo has leído? Me refiero a eso de la Compañía de Viajes en el Tiempo. Excursiones a la Roma del año XXI antes de Cristo, viajes al Waterloo de Napoleón, a cualquier época, a cualquier lugar.

—René, estás bromeando.

—No. Clinton Smith salió esta mañana para la Filadelfia de mil setecientos setenta y seis. La Compañía de Viajes por el tiempo lo arregla todo. Cuesta mucho. Pero piensa en lo que significa presenciar, de veras, el incendio de Roma, ver a Kublai Khan, a Moisés ante el mar Rojo… Probablemente tendrás un anuncio de la empresa en el tubo del correo neumático.

Ann había abierto el tubo de succión y allí estaba la hoja de metal del anuncio:

¡ROMA Y LOS BORGIAS!

¡LOS HERMANOS WRIGHT EN KITTY HAWK!

La Compañía de Viajes por el Tiempo le provee de vestuario, le puede

colocar entre una multitud durante el asesinato de Lincoln o de Julio César. Le garantizamos la enseñanza de cualquier idioma que necesite para moverse libremente en cualquier civilización, en cualquier año y sin tener ningún problema. Latín, griego, norteamericano coloquial antiguo. En sus vacaciones cambie de TIEMPO lo mismo que de Lugar.

La voz de René decía, en el teléfono:

—Tom y yo salimos mañana para mil cuatrocientos noventa y dos. Están haciendo arreglos para que Tom zarpe con Colón. ¿No es fantástico?

—Sí —murmuró Ann, con asombro—. ¿Y qué dice el Gobierno de esa Compañía de Viajes por el Tiempo?

—Oh, la policía la vigila. Teme que la gente pueda evadir el reclutamiento, escaparse y encontrar refugio en el Pasado. Al partir, todos deben dejar una fuerte fianza, su casa y todas sus pertenencias. Es para que el regreso quede garantizado. Después de todo, estamos en guerra.

—Sí, la guerra —murmuró Ann—. La guerra.

En pie allí, con el teléfono en la mano, Ann pensó:

«Aquí está la oportunidad por la que mi marido y yo habíamos rezado durante tantos años. No nos gusta este mundo de 2155. Deseamos escapar del trabajo de Roger en la fábrica de bombas, del mío en la planta de armas bacteriológicas. Tal vez esto nos brinde una cierta posibilidad de escapar, de huir a través de los siglos hasta alguna época salvaje en la que nunca puedan encontrarnos ni hacernos volver para quemar nuestros libros, censurar nuestros pensamientos, lavar nuestros cerebros mediante el pánico, obligarnos a marcar el paso y gritamos desde las emisoras de radio…».

El teléfono sonó.

Estaban en México, en el año 1938.

A los buenos trabajadores del Estado Futuro se les permitía unas vacaciones en el Pasado para reponerse de la fatiga. Por eso ella y su marido se desplazaron a 1938. Tomaron una habitación en Nueva York y disfrutaron del teatro y de la Estatua de la Libertad, que aún erguía su verde mole en el puerto. Y al tercer día cambiaron de ropas y nombres y volaron a esconderse a México.

—Debe de ser él —susurró Susan, mirando al extraño hombre sentado a la mesa —. Todos esos cigarrillos, los puros, el licor… Eso le descubre. ¿Te acuerdas de nuestra primera experiencia en el Pasado?

Un mes atrás, durante su primera noche en Nueva York, habían probado todas las extrañas bebidas, compraron alimentos, perfumes, cigarrillos de cien marcas distintas. En el Futuro escaseaban esos productos. Allí la guerra lo era todo. Por eso se comportaron como tontos, entrando y saliendo de tiendas, bares y estancos y yendo luego a refugiarse en su habitación para ponerse maravillosamente enfermos.

Y ahora allí estaba aquel extraño, portándose de un modo similar, haciendo algo

que sólo un hombre del Futuro haría. Un hombre que había pasado demasiados años hambriento de licor y cigarrillos.

Susan y William tomaron asiento y pidieron unas bebidas.

El extraño observaba sus ropas, sus cabellos, sus joyas, la forma en que andaban y permanecían sentados.

—Compórtate con naturalidad —recomendó William, en un susurro—. Haz como si hubieses llevado estas ropas durante toda tu vida.

—Nunca debimos intentar la huida.

—¡Dios Santo! —exclamó William—. Se acerca. Déjame hablar a mí.

El extraño se inclinó ante ellos. Hubo un ligerísimo entrechocar de tacones. Susan se estremeció. Aquel sonido marcial era tan inconfundible como cierta desagradable forma de llamar a la puerta de uno a medianoche.

—Señor Kristen: al sentarse, no se tiró usted de las perneras de los pantalones —dijo el extraño.

William se quedó helado. Se miró las manos, que descansaban inocentemente sobre las piernas. El corazón de Susan latía de forma frenética.

—Se equivoca usted de persona —replicó él con rapidez—. No me llamo Krisler.

—*Kristen* —corrigió el extraño.

—Soy William Travis —Aseguró William—. Y no sé que le importan las perneras de mis pantalones.

—Lo siento. —El extraño se acercó una silla—. Digamos que creí reconocerle porque no se tiró de las perneras hacia arriba. Todos lo hacen. Si no, a los pantalones se les forman rodilleras. Estoy muy lejos de mi hogar, señor… Travis… y echo de menos la compañía. Me llamo Simms.

—Señor Simms, comprendemos que se sienta usted solo, pero nos sentimos muy cansados. Mañana salimos para Acapulco.

—Un sitio encantador. Hace poco que estuve allí, buscando a unos amigos míos. Tienen que estar en algún lado, pero aún no los he encontrado. ¡Oh! ¿Se siente enferma la señora?

—Buenas noches, señor Simms.

Echaron a andar hacia la puerta. William sujetaba con firmeza el brazo de Susan. No miraron atrás cuando Simms les dijo:

—¡Sólo otra cosa! —Hizo una pausa y luego, lentamente—: Dos-mil-ciento-cincuenta-y-cinco.

Susan cerró los ojos y notó como si la tierra se hundiese bajo sus pies. Sin ver nada, siguió andando, adentrándose en la plaza.

Una vez en su cuarto del hotel, cerraron la puerta. Ella se echó a llorar. Los dos permanecieron inmóviles en la oscuridad, notando cómo la habitación daba vueltas a su alrededor. Muy lejos, los fuegos artificiales seguían explotando, y en la plaza se oía ruido de risas.

—¡Qué cochino tipejo! —Exclamó William—. Sentado allí, mirándonos de arriba

abajo, como si fuésemos animales, fumándose sus malditos cigarrillos y bebiéndose su cochino licor. ¡Debí matarle entonces! —En su voz había un matiz casi histérico —. Incluso tuvo la desfachatez de darnos su verdadero nombre. El jefe de los Buscadores. ¡Y lo de mis pantalones! Debí haber tirado de ellos hacia arriba cuando me senté. En esta época, ése es un movimiento automático. Como no lo hice, me distinguió de entre los demás. La cosa le hizo pensar: «Ahí hay alguien que nunca ha llevado pantalones, un hombre acostumbrado al uniforme corto y a las modas del Futuro». ¡Debería matarme por delatarnos así!

—No, no. Fue mi forma de andar con tacones altos la que tuvo la culpa. Y nuestros cortes de pelo tan recientes. Tenemos un aspecto extraño, de estar incómodos.

William encendió la luz

—Aún está probándonos. No se siente del todo seguro. Por tanto, no debemos huir. No hay que darle la certidumbre. Iremos de vacaciones a Acapulco.

—Puede que esté seguro y sólo desee jugar con nosotros.

—No diría que no. Tiene todo el tiempo del mundo. Si lo desea, puede dedicarse a haraganear por aquí y devolvernos al Futuro sesenta segundos después de nuestra partida de allí. Antes de actuar, le es posible mantenernos en vilo días y días, riéndose de nosotros.

Susan se sentó en la cama, secándose las lágrimas.

—No serán capaces de dar un escándalo, ¿verdad?

—No se atreverán. Tienen que atraparnos a solas para utilizar con nosotros la Máquina del Tiempo y enviarnos de regreso al Futuro.

—Entonces, hay una solución —dijo ella—. No estemos nunca solos, sino rodeados de gente.

En el exterior del cuarto sonaron unas pisadas.

Apagaron la luz y se desnudaron en silencio. Los pasos se alejaron.

Susan, en la oscuridad, permanecía junto a la ventana, mirando la plaza.

—O sea que ese edificio de ahí es una iglesia, ¿no?

—Sí.

—Muchas veces me he preguntado cómo serían las iglesias. ¡Hace tanto que desapareció la última! ¿Podemos visitarla mañana?

—Claro. Ven a acostarte.

Susan lo hizo.

Media hora más tarde sonó el teléfono. Ella contestó:

—Diga.

—Los conejos pueden esconderse en el bosque —dijo una voz—; pero siempre hay un zorro que los encuentra.

Susan colgó y volvió a tumbarse rígidamente en la cama.

Fuera, en el año 1938, un hombre que tocaba la guitarra cantó tres canciones, una tras otra…

Durante la noche, extendiendo la mano, Susan casi podía tocar el año 2155. Notaba resbalar sus dedos sobre fríos espacios de tiempo, que formaban una especie de superficie arrugada, y oía el insistente y sordo sonido de pies marcando el paso, de un millón de bandas tocando un millón de marchas militares. Veía las cincuenta mil filas de cultivos bacteriológicos metidos en sus asépticos tubos de cristal. Notaba su mano extenderse hacia ellos en la inmensa factoría del Futuro. Veía los tubos de lepra, peste bubónica, tifus, tuberculosis. Oía la enorme explosión y contemplaba su mano reducida a cenizas, notando los efectos de una sacudida tan inmensa que el mundo saltaba y volvía a caer. Todos los edificios se derrumbaban y el silencio se extendía sobre una masa de gentes desangradas. Los grandes volcanes, las máquinas, el viento, los aludes… Todo iba difuminándose y se acallaba…

Susan se despertó, sollozando. Estaba en la cama, en México, a muchos años de distancia…

A primera hora de la mañana, embotados por la única hora de sueño que al fin les había sido posible obtener, ella y su marido fueron despertados por unos ruidosos automóviles que atravesaban la calle. Desde el balcón Susan pudo ver las personas que habían salido de unos coches y camiones con letreros rojos. El pequeño grupo charlaba y gritaba. Una multitud de mexicanos había seguido a los camiones.

—¿Qué pasa? —preguntó Susan, en español, a un muchacho.

El chico se lo contó.

Susan se volvió a su marido.

—Es una compañía cinematográfica norteamericana que viene a filmar exteriores aquí.

—Parece interesante. —William estaba en la ducha—. Vamos a verlos. No creo que sea conveniente irnos hoy. Trataremos de chasquear a Simms.

Bajo el brillante sol, Susan había olvidado por un momento que, en alguna parte del hotel, esperando, había un hombre que, según parecía, fumaba unos mil cigarrillos diarios. Al ver a los ocho ruidosos y felices norteamericanos allá abajo, la mujer sintió deseos de gritarles:

—¡Socorro! ¡Sálvenme, denme refugio! Vengo del año dos mil ciento cincuenta y cinco.

Pero las palabras se le ahogaron en la garganta. Los funcionarios de la Compañía de Viajes por el Tiempo no eran tontos. Antes de emprender el viaje, en el cerebro de cuantos lo realizaban era colocada una barrera sicológica. Era imposible revelar a nadie la verdadera época o lugar de nacimiento de uno, ni se podía explicar nada del Futuro a los del Pasado. El Pasado y el Futuro debían ser defendidos uno de otro. Sólo con esa barrera se permitía a la gente viajar por el Pasado sin vigilancia. El Futuro debía ser protegido de cualquier cambio causado por su gente al viajar por el Pasado. Aunque Susan deseara con todo corazón hacerlo, no podría decir a ninguna de aquellas felices gentes de la plaza quien era ella ni en qué aprietos se encontraba.

—¿Vamos a desayunar? —propuso William.

El desayuno se servía en el inmenso comedor. Jamón y huevos fritos para todo el mundo. El lugar estaba lleno de turistas. Los ocho del equipo cinematográfico —seis hombres y dos mujeres—, entraron riendo y se pusieron a correr sillas. Susan se sentó cerca de ellos, notando la calidez y protección que emanaba de ellos, aun cuando el señor Simms estuviera bajando las escaleras, fumando con fruición un cigarrillo turco. Les saludó desde lejos y Susan respondió con una sonrisa, pues, con tanta gente alrededor, el hombre no podía hacerles nada.

—Esos actores… —empezó William—. Tal vez pudiera contratar a dos de ellos, diciéndoles que era para una broma, vestirles con nuestra ropa y hacer que se fuesen en nuestro coche cuando Simms no pudiera ver quién conducía. Si dos personas pasando por nosotros le distrajeran unas cuantas horas, podríamos llegar a Ciudad de México.

—¡Hey!

Un hombre grueso y con aliento alcohólico se inclinó sobre su mesa.

—¡Turistas norteamericanos! —gritó—. ¡Estoy tan harto de ver mexicanos que me dan ganas de besarles! —Les estrechó la mano—. Vengan a comer con nosotros. La miseria ama la Compañía. Yo soy el señor Miseria, ésta la señorita Tristeza y ésos el señor y la señora Detestamos México. Todos lo odiamos. Pero tenemos que hacer unas tomas preliminares para una cochina película. El resto de la pandilla llega mañana. Me llamo Joe Melton. Soy el director, y éste es un infierno de país. Funerales en las calles, gente muriéndose… ¡Pero, vengan! ¡Únanse a nosotros, a ver si logran animarnos!

Susan y William se echaron a reír.

—¿Les parezco divertido? —preguntó el señor Melton.

—¡Estupendo! —dijo Susan, yendo a la mesa de los otros.

Desde el otro extremo del comedor, el señor Simms les miraba.

Susan le hizo una mueca.

El hombre, sorteando las mesas, avanzó hacia ellos.

—¡Señores Travis! —llamó—. Creí que íbamos a desayunar juntos.

—Lo siento —dijo William.

—Siéntese, camarada —invitó Melton—. Cualquier amigo de ellos es un camarada mío.

Simms se sentó. La gente de cine hablaba muy alto y mientras ellos armaban bullicio, Simms dijo, en voz baja:

—Espero que hayan dormido bien.

—¿Y usted?

—No estoy acostumbrado a los colchones de muelles —replicó el señor Simms —. Pero hay compensaciones. Me he pasado la mitad de la noche probando nuevos cigarrillos y comidas. Resultan extraños, fascinantes. Estos antiguos vicios constituyen un nuevo mundo de sensaciones.

—No sabemos de qué habla —dijo Susan.

Simms rió:

—Siempre en su papel, ¿no? Es inútil. Lo mismo que la estratagema de rodearse de gente. Alguna vez les cogeré a solas. Tengo muchísima paciencia.

—Oiga… —interrumpió Melton—, ¿les molesta este tipo?

—En absoluto.

—Pues si empieza a hacerlo, díganmelo y yo le ajustaré las cuentas.

Melton se volvió para seguir bromeando con sus compañeros. Mientras sonaban las risas, Simms prosiguió:

—Vayamos a lo que importa. El localizarles me ha costado un mes de seguir su pista por ciudades y pueblos. Y necesité todo el día de ayer para estar seguro de que eran ustedes. Si me acompañan sin armar jaleo, tal vez consiga que no sean castigados… siempre que su marido esté de acuerdo en volver a trabajar en la Bomba de Hidrógeno-Plus.

—No sabemos de qué habla.

—¡Ya está bien! —gritó Simms, irritado—. ¡Empleen la inteligencia! Saben que no podemos permitirles que triunfen en su intento de huida. A otras personas del año dos mil ciento cincuenta y cinco podría ocurrírsele la misma idea e imitarles. Necesitamos gente.

—Para luchar en sus guerras —dijo William.

—¡Bill!

—No te preocupes, Susan. Ahora vamos a hablar en sus mismos términos. No podemos huir.

—Estupendo —dijo Simms—. La verdad, han sido increíblemente románticos al escapar de sus responsabilidades.

—Al escapar del horror.

—¡Qué tontería! Sólo una guerra.

—¿De qué hablan, muchachos? —preguntó Melton.

Susan deseó decírselo. Pero sólo le era posible hablar de generalidades. La barrera sicológica de su cerebro no permitía más. Generalidades, como las que ahora discutían Simms y William.

—Sólo *la* guerra —corrigió William—. La mitad del mundo muerta por bombas de lepra.

—Pese a todo, a los habitantes del Futuro les sentaría fatal que ustedes dos descansasen en una soleada isla del Trópico mientras ellos se iban al infierno. La muerte ama a la muerte, no a la vida. Los moribundos han de saber que otros agonizan con ellos; es un consuelo enterarse de que uno no está solo en el horno, en la tumba. Yo soy el guardián de su rencor colectivo hacia ustedes dos.

—¡Miren al guardián de los rencores! —dijo Mellon a sus compañeros.

—Cuanto más me hagan esperar, peor lo pasarán. Le necesitamos en el proyecto de la bomba, señor Travis. Si vuelve ahora, no recibirá tortura. Si lo hace más tarde, le obligaremos a trabajar y cuando haya acabado la bomba, probaremos en usted una

serie de nuevos y complicadísimos aparatos.

—Voy a hacerle una proposición —dijo William—. Estoy dispuesto a regresar con usted, si mi esposa se queda aquí viva, segura y lejos de esa guerra.

Simms dudó unos momentos.

—De acuerdo. Reúnase conmigo en la plaza dentro de diez minutos. Recójame en su coche y vayamos a algún lugar desierto. Y haré que la Máquina del Tiempo nos recoja allí, donde no habrá ningún testigo.

—¡Bill! —Susan asió fuertemente el brazo de su marido.

—No discutas. Está decidido. —Y, volviéndose hacia Simms—. Una cosa… Anoche pudo haber usted entrado en nuestra habitación para raptarnos. ¿Por qué no lo hizo?

—Digamos que estaba pasándolo muy bien —replicó Simms lánguidamente, dando una chupada de su nuevo habano—. Detesto abandonar esta maravillosa atmósfera, este sol, estas vacaciones. No me gusta nada dejar atrás el vino y los cigarrillos. Crea que detesto la idea. Bueno, entonces, en la plaza, dentro de diez minutos. Su esposa será protegida y podrá quedarse aquí todo el tiempo que lo desee. Despídase de ella.

El señor Simms se levantó y se fue.

—¡Ahí va don Hablador! —gritó Mellón al caballero que se alejaba. Luego se volvió a mirar a Susan—. ¡Oiga! ¿Está usted llorando? ¿No sabe que el desayuno no es momento de lágrimas?

A las diez menos diez, Susan, contemplaba la plaza desde el balcón de su cuarto. El señor Simms estaba sentado en un elegante banco de bronce, con las piernas cruzadas. Mordió el extremo de un cigarro y lo encendió cuidadosamente.

Susan oyó el ruido de un motor y a lo lejos pudo ver un coche que salía lentamente del garaje y comenzaba a bajar por la cuesta. El conductor era William.

El auto adquirió velocidad. Cincuenta, sesenta, setenta kilómetros por hora. Las gallinas se apartaban ante él.

El señor Simms se quitó su blanco jipijapa y se secó la frente. Volvió a ponerse el sombrero y entonces vio el coche.

El automóvil, a cien kilómetros por hora, se dirigía directamente a la plaza.

—¡William! —chilló Susan.

El coche subió el pequeño bordillo de la plaza y marchó, sobre los ladrillos del pavimento, hacia el verde banco. Simms, que había tirado el habano, gritó, extendió las manos y sin tiempo para esquivarlo, fue atropellado por el coche. Su cuerpo, lanzado al aire, cayó con enorme fuerza en la calle.

El auto, con una rueda reventada, fue a detenerse en el otro extremo de la plaza. La gente corría.

Susan entró en el cuarto y cerró las puertas del balcón.

A mediodía bajaron juntos, tomados del brazo, las escaleras del Ayuntamiento.

—Adiós, señor —dijo el alcalde, a su espalda—. Señora…

En la plaza, la gente señalaba las manchas de sangre.

—¿Querrán verte de nuevo? —preguntó Susan.

—No. Discutieron el asunto una y otra vez. Fue un accidente. Perdí el control del coche. Ahí dentro me deshice en lágrimas. Bien sabe Dios que tenía que desahogarme de alguna forma. Lloré sinceramente. No me gustó matarle. En mi vida he deseado hacer una cosa así.

—¿No habrá juicio?

—Hablaron de ello, pero no, no lo habrá. Supe convencerles. Fue un accidente. Eso es todo.

—¿Adónde iremos? ¿A Ciudad de México?

—El coche se encuentra en el taller. Estará listo a eso de las cuatro. Entonces nos iremos.

—¿Nos seguirán? ¿Estaría Simms trabajando solo?

—No sé. Supongo que podremos sacar una pequeña ventaja a nuestros perseguidores.

Cuando llegaron al hotel, los del equipo de cine estaban saliendo. Melton corrió hacia ellos, con el ceño fruncido.

—Oí lo ocurrido. Una lástima. ¿Todo va bien ya? ¿Quieren olvidar ese desagradable asunto? Vamos a hacer unas tomas preliminares en la calle. Si desean acompañarnos, serán bien venidos. Vengan, les hará bien.

Fueron.

Esperando en la empedrada calle a que los del cine instalasen la cámara, Susan contempló el camino que se perdía en la distancia, la carretera que llegaba hasta Acapulco y el mar, pasando por entre pirámides, ruinas y casitas de adobe de muros amarillos, azules y rojos en los que se veían alegres buganvillas. Susan pensó: «Tendremos que lanzarnos a la carretera, viajar siempre entre multitudes, vivir en mercados, vestíbulos, contratar policías para que vigilen mientras dormimos, utilizar cerrojos dobles… Pero siempre entre la masa, sin volver a estar nunca solos, temiendo que la próxima persona que encontremos sea otro Simms. Nunca sabremos si por fin hemos conseguido despistar a los Buscadores. Y, allá en el Futuro, no dejarán de esperar que volvamos… aguardándonos con sus bombas para quemarnos, con sus cultivos bacteriológicos para deshacemos por dentro, y con sus policías para obligarnos a marcar el paso, dar media vuelta y pasar por el aro. Por eso seguiremos huyendo por el bosque y ya no volveremos a detenernos ni a dormir bien durante el resto de nuestras vidas».

Se había congregado un grupo de gente para contemplar las tomas. Susan observaba todo con gran atención.

—¿Ves a alguien sospechoso?

—No. ¿Qué hora es?

—Las tres. El auto debe de estar casi listo.

Los planos de prueba fueron terminados a las cuatro menos cuarto. Todos se dirigieron al hotel, charlando. William se detuvo en el garaje. Al salir, anunció:

—El coche estará acabado a las seis.

—¿Pero no más tarde?

—Estará listo, no te preocupes.

En el vestíbulo del hotel, Susan y William trataron de localizar otros viajeros solitarios, hombres que se pareciesen al señor Simms, personas con cortes de pelo recientes, oliendo excesivamente a colonia o rodeados por demasiado humo de tabaco. El vestíbulo estaba vacío. Al subir las escaleras, el señor Melton dijo:

—Bueno… Ha sido un día largo y duro. ¿Quién quiere rematarlo con un trago? ¿Cerveza? ¿Martini?

—Buena idea.

Todos los componentes del grupo se metieron en el cuarto del señor Melton y comenzaron a beber.

—Está pendiente del reloj —dijo William a su mujer.

«El reloj… —se dijo Susan—. Si pudieran disponer de tiempo… Todo lo que deseaba era sentarse en la plaza durante todo un largo y espléndido día primaveral, sin preocuparse ni pensar, con el sol besando su rostro y brazos, los ojos cerrados, sonriendo placenteramente… y no moverse ya nunca, sino sólo dormitar bajo el sol mexicano».

El señor Melton descorchó el champaña.

—Por una hermosa dama que es lo bastante encantadora como para hacer películas —brindó el hombre, mirando a Susan—. Incluso me agradaría hacerle una prueba.

Ella rió.

—Hablo de veras —dijo Melton—. Es usted muy bonita. Podría convertirla en una estrella de cine.

—¿Y llevarme a Hollywood?

—¡Saliendo de México a toda velocidad, desde luego!

Susan miró a William y él levantó una ceja, asintiendo con un movimiento. Aquello representaría un cambio de escena, ropas, localidad y tal vez incluso nombre. Además, viajarían con otras ocho personas, lo cual sería una buena coraza contra cualquier interferencia procedente del Futuro.

—Sería estupendo —dijo Susan. Ahora comenzaba a notar los efectos del champaña. La tarde iba transcurriendo, la fiesta se desarrollaba a su alrededor y la mujer se sentía segura, a gusto, viva y realmente feliz por primera vez en muchos años.

—¿Para qué clase de películas valdría mi esposa? —preguntó William, volviendo

a llenar su copa.

Melton miró escrutadoramente a Susan. Todos dejaron de reír y atendieron.

—Bueno, me gustaría hacer una historia de suspense —dijo Melton—. Trataría de un hombre y su esposa, como ustedes dos.

—Siga.

—Una historia de guerra, tal vez —continuó el director, examinando el color de su bebida al trasluz.

Susan y William esperaban.

—Tal vez la historia de un hombre y una mujer que viven en una casita de una pequeña calle, allá en el año dos mil ciento cincuenta y cinco —dijo Melton—. Es sólo una idea, desde luego. Pero ese matrimonio, en la época en que vive, tiene que enfrentarse a una terrible guerra, a bombas de hidrógeno superplus, a la muerte… Por tanto, y aquí viene lo bueno, se escapan al pasado, perseguidos por un hombre que ellos creen malo, pero que sólo trata de mostrarles cuál es su deber.

A William se le cayó su copa al suelo.

Melton continuó:

—Esa pareja encuentra refugio entre un grupo de cineastas en los que confían. Se dicen que la seguridad es mayor si se encuentran acompañados.

Susan se desplomó en una silla. Todos observaban al director. Éste dio un sorbo a su bebida.

—¡Un magnifico vino! Bueno, al parecer, ese matrimonio no comprende lo importantes que son ellos para el Futuro. El hombre, sobre todo, es la clave de un nuevo metal para bombas. Por eso los Buscadores, llamémosles así, no reparan en gastos ni molestias para encontrar, capturar y devolver a su tiempo a esas dos personas. Pero para eso primero tienen que aislarlos en un cuarto de hotel, donde nadie pueda verlos. Estrategia. Los Buscadores, o trabajan solos, o lo hacen en grupos de ocho. De una u otra forma conseguirán su objetivo. ¿No cree que sería una estupenda película, Susan? ¿Y usted, Bill? —Melton acabó su bebida.

Susan permanecía inmóvil, con los dedos rígidos.

—¿Un traguito? —preguntó Melton.

William sacó la pistola y disparó tres veces. Uno de los hombres cayó al suelo, y el resto se abalanzó sobre él. Susan gritó. Una mano cubrió su boca. Ahora la pistola estaba en el suelo y William se debatía entre los hombres que le sujetaban.

Melton, que había permanecido inmóvil y cuyos dedos aparecían manchados de sangre, dijo:

—Hagan el favor. No empeoremos las cosas.

Alguien llamó a la puerta.

—El gerente —dijo Melton, con sequedad. Movió la cabeza—. ¡A moverse todos! ¡Rápido!

Susan y William cambiaron una fugaz mirada y luego se fijaron en la puerta.

—El gerente desea entrar —siguió Melton—. ¡Aprisa!

Empujaron una cámara hacia delante. De su objetivo surgió una luz azul que fue abarcando toda la habitación. Al ampliarse el ámbito luminoso, todos los componentes del grupo fueron desapareciendo, uno a uno.

—¡Rápido!

En el momento en que Se esfumaba, Susan aún pudo ver, por la ventana, la Verde tierra, los muros rojizos, amarillos, azules y carmesí; y las calles empedradas; y a un hombre que, montado en su burro, iba hacia las suaves colinas; y a un muchacho que bebía una naranjada… La mujer casi pudo notar la dulce bebida en la garganta; pudo ver a un hombre que, bajo un árbol de la plaza, tocaba la guitarra, y casi sintió sus manos sobre las cuerdas. Y, muy lejos, pudo ver el azul y calmado mar; notó cómo éste la envolvía, atrayéndola hacia él.

Luego, Susan desapareció. Y también su marido.

La puerta se abrió de golpe. El gerente y sus empleados entraron en el cuarto.

En la habitación no había nadie.

El gerente gritó:

—¡Pero si estaban aquí hace un momento! Les vi entrar, y ahora…, ¡se han esfumado! Las ventanas tienen rejas, no han podido salir por ellas…

Al anochecer, abrieron el cuarto de nuevo y lo airearon. Luego llamaron al cura, quien echó agua bendita en todos los rincones para purificar la habitación.

—¿Qué hacemos con todo esto? —preguntó una camarera.

Señalaba al armario, donde había sesenta y siete botellas de chartreusse, coñac, crema de cacao, absenta, vermut, tequila; ciento seis cartones de cigarrillos turcos y ciento noventa y ocho cajas amarillas de habanos.

RÍO DE RIQUEZA

GERALD KERSH

Pilgrim era un hombre extraño. Daba la impresión de que en su carácter, en lo más hondo de su ser, se había producido una especie de desgarramiento, una oscura relajación moral. «Pasado» quizá sea la palabra adecuada para designar ese estado de naturaleza en un ser humano. Era difícil considerarle de un modo distinto a como una cuidadosa ama de casa considera un pote de conserva casera, en cuya superficie observa una mancha de moho. «Bonito pero dudoso, dice para sí, sin embargo es lástima tirarlo. Démoslo a los pobres». Y eso, según me parecía a mí, se adaptaba muy bien a la persona de Pilgrim.

El hombre me atraía singularmente en lo que parecía una lucha perdida contra el Destino, y mantuvo una altiva reserva cuando el mozo del mostrador, deteniéndole mientras él, con aire abstraído y andar indolente, se disponía a salir del restaurante Mac Aroom, le dijo:

—La cuenta, amigo. Un dólar y diez centavos.

Pilgrim se dio una palmada en la frente, y, mientras buscaba en los bolsillos, exclamó:

—¡La cartera! Me la he dejado en casa.

—Oh, oh —dijo el mozo, recogiendo la nota del mostrador.

—Aquí tiene el dólar y los diez centavos, Mike —dije yo luego—. Suelte al hombre.

Pero Pilgrim, en vez de irse, me cogió del brazo, y dijo arrastrando las palabras, según el anticuado modo de hablar peculiar de Oxford:

—¡Realmente, esto es una delicadeza excesiva! Temo que no podré corresponder. Como marino ingles, usted, compañero, comprenderá. La situación de uno aquí se hace aborrecible. Sabe usted, acabo de perder dos fortunas, y me hallo suspendido en el espacio, entre dos olas, entre la segunda y la tercera fortuna; la cual, se lo aseguro, no se hará esperar mucho, no mucho después de mediados del mes que viene.

»Debo llegar a Detroit. Pero, permítame presentarme a mí mismo por el nombre por el cual prefiero se me conozca: John Pilgrim. Llámeme Jack. Honestamente, debo decirle que éste no es mi verdadero nombre. Si ocurriese que alguna plaga destruyera a los miembros masculinos de mi familia en cierto distrito de Midlesex, en Inglaterra, la gente debiera dirigirse a mí de manera muy diferente; y yo, debería tener mis caprichos, por añadidura. Tal como están las cosas, soy el hijo menor de un hijo menor, echado fuera con unos cuantos miles de libras en el bolsillo, para hacer fortuna en el Canadá.

—¿Fue ésa su primera fortuna? —pregunté.

—¡Dios, no! El hombre del barco tenía un sistema infalible tirando los dados. Llegué al Canadá, señor, con cuatro dólares y dieciocho centavos, y la ropa. Pasé dificultades, se lo aseguro. Fui dependiente en una quincallería, despedido por injusta sospecha de malversación; mandadero en un Consulado, echado por lo que llamaron «tratar salvajemente» al solicitante de un visado, lo cual era una mentira; representante de un comerciante en vinos, cargo que perdí injustamente acusado de beber las muestras. Aprendí por experiencia, ciertamente. Y ahora me ofrecen un lucrativo empleo en Detroit.

—¿Para hacer qué? —pregunté.

—Trabajo de inspección para una compañía de motores —dijo Pilgrim.

—¿Qué clase de inspección?

—A buen entendedor, pocas palabras bastan. Esto es estrictamente un asunto que ha de mantenerse secreto. Cuanto menos se diga, mejor, ¿comprende? Pero puedo ponerlo en camino de ganar unos cuantos millones de dólares, si usted tiene tiempo y dinero disponibles.

—Le ruego que lo haga —dije.

—Bien. Pero no siendo tonto del todo, no seré muy exacto en los datos geográficos. ¿Conoce usted Brasil? Sé donde hay una cuantiosa fortuna en oro puro en uno de los ríos tributarios del Amazonas… ¡Oh, amigo, es realmente algo penoso ver que los hombres con dinero que desean más, se empeñan en tener la mayor cantidad posible antes de gastar una mínima suma! Sin embargo, le digo sin la menor reserva, que obtuve unas diez mil onzas de oro puro de la gente que vive cerca de ese río.

—¿Cómo manejó usted el asunto? —pregunté.

—Supongo que ya habrá oído hablar de la nuez tocte, ¿no? —dio Pilgrim, sonriéndome—. Bien, la nuez tocte procede de Ecuador. Es algo parecida a una nuez inglesa, pero casi perfectamente ovalada. Como en el caso de la nuez corriente, el meollo de la nuez tocte se asemeja en sus lóbulos, recodos y repliegues, al cerebro humano. Es amarga para comerla, y la usan generalmente los niños para jugar con ella, del mismo modo que acostumbrábamos nosotros a jugar a las canicas.

»Ah, pero esto ocurre en el Ecuador. Vaya al Brasil, a cierto río tributario del Amazonas, y podré enseñarle un lugar donde estas nueces, u otras de una clase muy semejante, son, en verdad, consideradas muy seriamente. Los hombres de esas tribus no las llaman tocte, sino tictoc, y sólo los adultos juegan con tales nueces en Brasil y con apuestas extremadamente altas, además. Las fortunas, como son calculadas en estas regiones selváticas, se ganan o pierden en una sola partida con las nueces tictoc. Los salvajes tienen un refrán que dice: “Se necesitan veinte años para aprender el tictoc”. Para proseguir…

Sigamos el relato de Pilgrim.

—Correr de vicisitud en vicisitud es el destino de todo hijo menor. Podía, por supuesto, haber escrito a mi hermano mayor pidiendo dinero. En efecto, lo hice. Pero él no contestó. Al fin, me embarque como cocinero en un buque de carga con destino a Sudamérica. Imagino que el buque estaba introduciendo armas. La tripulación se componía de la hez de Laponia, Finlandia, Islandia y San Francisco.

»Salté del barco a la primera oportunidad, no llevando en los bolsillos más que los papeles de un engrasador llamado Martinsen, los cuales debí haber cogido casualmente, y busqué, como suele hacerse, un compatriota. Afortunadamente, tengo una suerte asombrosa, acerté a oír a un hombre en un bar que pedía whisky con soda sin hielo. La sangre llama a la sangre. En un abrir y cerrar de ojos, yo estaba muy cerca de él.

»Era un hombretón, y estaba a punto de partir para el lugar, cuyo nombre, si usted quiere dispensarme, no mencionaré, en busca de rubíes. Deseoso de Compañía civilizada, me invitó a acompañarle, dijo que me compensaría el tiempo empleado en hacerlo, y me ofreció una parte de las ganancias. Procuró el equipo, por supuesto: quinina, rifles, artículos comerciales, escopetas, jabón y lo demás.

»Su idea era que, estando bien el tráfico entonces, aun en el peor de los casos podríamos sacar para los gastos con pieles de serpiente y piel de lagarto. Se llamaba Grimes[1], pero conocía a un caballero en cuanto le veía. Sin embargo, era propenso a los accidentes. Explorando el lodo en busca de rubíes, Grimes se puso sobre un tronco para mantenerse firme. El tronco cobró vida, abrió un par de quijadas, y lo trituró; era un caimán, por supuesto. Me han dicho que un caimán crecido puede, con las quijadas, ejercer una presión de casi el peso de mil libras. Ello me trastornó, no tengo inconveniente en decírselo. Desde entonces no he podido mirar a un caimán sin repugnancia. Me traen mala suerte.

»La mañana siguiente desperté en soledad: todos mis servidores se habían ido. Se habían resarcido en efectos comerciales, dejándome con sólo la ropa que llevaba puesta para dormir, el pijama, más un rifle, una canana de cartuchos de 30-30, mis papeles y un poco de cecina.

»Sólo Dios sabe lo que me habría acaecido si no hubiese sido salvado por unos caníbales, que eran unos alegres y excelentes tipos además. Deportistas, se lo aseguro. Sólo se comían a las mujeres que pasaban de la edad propia para contraer matrimonio. Me llevaron ante su jefe. Al principio creí que me hallaba en una situación un poco desagradable, pero el hombre me dio estofado para comer; era carne de mono, supongo, y mientras comía miró en mi alrededor. Cualquiera podía ver en seguida que el viejo caballero quería mi rifle.

»Entonces razoné del modo siguiente: Soy excedido en un número aproximado de doscientos cincuenta a uno por salvajes armados con lanzas y flechas envenenadas. En tales circunstancias, mi rifle no puede ser de ninguna utilidad. Vale más hacer una virtud de lo inevitable y regalárselo antes de que él me lo quite. ¡Sé magnánimo, Jack!

»Así, expresando gozo por el sabor del estofado, le entregue el rifle y la canana. El viejo jefe estaba rebosante de alegría y gratitud, y deseaba compensarme de algún modo. Me ofreció muchachas, más estofado, collares de dientes humanos. Le comunique que preferiría algunos rubíes. Acongojado, el jefe dijo que no tenía ninguna de las piedras rojas, únicamente las verdes, y me entregó un puñado de esmeraldas cuyo valor era, por lo bajo, el de un millar de rifles a ciento veinte dólares cada uno.

»Le di las gracias cortésmente, dominando mis emociones como, por la educación, se enseña a hacerlo a nuestra raza. Pero el hombre tomó mi impasible semblante por desilusión. Pareció quedar alicaído por unos momentos. Luego se animó y me dijo:

»—Espere. Tengo algo que le hará riquísimo. Ello me hizo jefe a mí. Pero ya soy demasiado viejo para jugar. Se lo daré.

»Después hurgó en lo que pudiera irrisoriamente ser descrito como su vestido, y mostró… imagine que ¡una nuez! A fe mía, una nuez corriente, algo parecida a una nuez de nogal, pero lisa y mucho más grande de perímetro en una extremidad que en la otra. Debido a los años de manoseo, tenía una maravillosa pátina, parecida a bronce muy antiguo.

»—¿Conoce usted el tictoc? —preguntó el viejo.

»—Conozco el tocte —dije—. Es un juego al que juegan los niños en Ecuador.

»—¿Juega usted a eso? —preguntó el jefe.

»—Nunca. He visto jugar en el Ecuador. En Inglaterra lo llamamos *marbles*.

—Jamás he oído hablar de estos lugares —dijo el jefe—. Aquí, es tictoc.

»Luego prosiguió para explicar, lo cual nos llevó toda la noche, que la nuez tictoc no era como las otras nueces. Todo, dijo el jefe, todo podía pensar un poco. Incluso una hoja tenía suficiente inteligencia para volverse hacia la luz. Incluso una rata. Incluso una mujer. A veces, incluso una nuez de dura cáscara. Pero cuando fue hecho el mundo, en un tiempo muy remoto, habiendo sido creado el hombre, quedaba un poco de inteligencia por distribuir. La mujer recibió una parte. Las ratas recibieron una parte. Las hojas recibieron una parte. Los insectos recibieron una parte. En suma, últimamente quedó muy poca.

»Luego el arbusto tictoc habló en voz alta y pidió:

»—¿Hay un poquito para nosotros?

»La respuesta fue:

»—Vosotros sois muchos, y queda muy poco para alcanzar para todos. Pero debe hacerse justicia. Uno de cada diez millones de vosotros pensará en contacto con un hombre, y cumplirá sus órdenes. Hemos hablado.

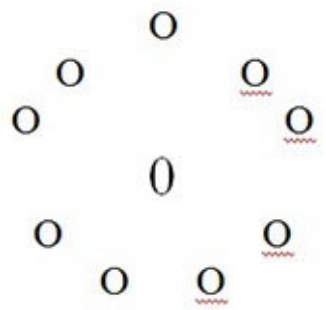
»—Así —afirmó el viejo—, el meollo de la nuez tictoc llegó a parecerse al cerebro humano. —Pasando suavemente la mano por su gran cuchillo, me aseguró que muchas veces había visto uno, y el parecido era pavoroso. Superficialmente, ¿comprende usted?

»Sólo a una nuez tictoc de cada diez millones, le fue concedido el don del pensamiento. Y las nueces, siendo muy prolíferas, brotaron en los matorrales en gran profusión. Toda persona que pudiera encontrar la nuez única entre diez millones, la nuez pensante, podía estar segura de su buena suerte me dijo el viejo salvaje, porque esta nuez obedecería a su dueño.

»—Ahora juegue al tictoc —dijo.

»—Pero, no sé —dije yo.

»El viejo no replicó, pero me llevó a una faja de tierra llana y plana, y alisada por innumerables pies. En una extremidad alguien había delineado un círculo trazado con ocre. Dentro de este círculo estaban colocadas diez nueces formando este diseño:



»El objeto del juego era hacer salir las diez nueces del círculo con las menos tiradas posibles. Como juego, yo diría que el tictoc era mucho más difícil que los trucos[2], las pirámides[3] o el *snooker*[4]. Se tira desde una distancia de unos siete pies. Era un buen jugador el que podía despejar el círculo en cinco tiradas; un jugador notable el que podía hacerlo en cuatro; superlativo, el que podía hacerlo en tres, lanzando la ovalada nuez del tictoc con una peculiar torsión del pulgar.

»Varios jóvenes estaban jugando, pero eran más los que estaban apostando sus mismos toscos vestidos sobre el campeón, el cual había nuevamente ganado un Tres.

»—Ahora —susurró el viejo caníbal—, froté la nuez tictoc entre sus manos, respire sobre ella y háblele fuerte pero mudamente; hable con energía, en el fondo de su mente, diciéndole qué ha de hacer. Rete al campeón. Apueste la camisa.

»No podía ser una gran pérdida la apuesta de la pieza superior del pijama. Además, tenía las esmeraldas, como usted sabe. Por tanto, me la quité y lancé mi reto.

»El joven indígena examinó la tela de algodón y depositó frente a ella un collar de valiosas pepitas, la mayor de las cuales era casi tan grande como una uva. El joven salvaje jugó primero. A la primera tirada, salieron cinco nueces del círculo. A la segunda, salieron cuatro. La última fue fácil. Había ganado un Tres.

»Y ahora me tocaba a mí. Acariciando la nuez le dije, mentalmente:

»Vamos, queridita, muéstrales lo que puedes hacer. Procura ganar en una sola tirada, sólo para asombrar a los indígenas.

»Sin mucha esperanza, y con ninguna pericia en absoluto, lancé la nuez. Pareció

detenerse a medio camino, girando. Todos rieron, y mi contrincante trató de coger la yaciente pieza superior de mi pijama cuando, de repente, mi nuez corrió hacia el interior del círculo como si avanzara a empujones, y con algo diabólicamente parecido a una cuidadosa mira, se abrió camino hacia el espacio ocupado por las diez nueces y las echó, una tras otra fuera de los límites del círculo.

»¡Nunca se oyó aclamación semejante! Había batido un récord. Recogiendo mi nuez, la acaricié y la cobijé en la mano.

»—Esto nunca lo había visto yo —dijo el jefe—. En dos tiradas, sí. En una sola, no. Ya sé lo que es: las zonas del interior de esa nuez deben de ser exactamente iguales a las de su cerebro. Usted es un hombre afortunado.

»—¿Hay más cosas como éstas por aquí cerca? —pregunté, sopesando el collar que había ganado.

»El jefe dijo que no; era algo que no apreciaban señaladamente. El excampeón lo había obtenido aguas abajo, donde lo arrancaban del cauce del río y lo daban a las mujeres de la tribu para adornos. Una sarta de dientes del enemigo de uno tenía algún valor. Pero este material amarillo era demasiado dúctil y demasiado pesado.

»—Si usted la quiere, llévese la nuez tictoc y podrá ganar tanto de eso como pueda usted cargar, usted y diez hombres fuertes.

»Le prometí que cuando volviese traería más armas de fuego y balas, hachas, cuchillos, y todo lo que su corazón pudiera desear, si quería prestarme una buena canoa y los servicios de media docena de hombres vigorosos para impelerla a remo, junto con provisiones y agua. El viejo jefe accedió, y nos marchamos.

»Por fin, salí de ese lugar y continuamos río abajo con dos canoas de guerra, enteramente cargadas de oro y otras joyas, tales como granates, esmeraldas, etcétera. Debiera haberme contentado con eso. Pero el buen éxito se me había subido a la cabeza.

»Por el camino me detuve por la noche en la cabaña de un pequeño mercader, un portugués, al cual le compré todo un juego de ropa de fuerte tela blanca, un par de camisas, unos pantalones y algunas otras cosas.

»—Su fama le ha precedido —dijo el mercader, mirándome envidiosamente y fijando en seguida la vista en las pepitas de oro con que le había pagado—. Le llaman a usted el hombre del tictoc, a lo largo de todo el río. Pero sé por casualidad que ningún hombre blanco sabe jugar al tictoc; pues ese juego no se aprende tan fácilmente, se necesitan veinte años de práctica por lo menos. ¿Cómo lo hace usted?

»—Puro tino —dije.

»—Bien, deme otra pepita y le daré un buen consejo… Gracias. Mi consejo es que vaya directamente al gran río, y de ahí a la costa. No se detenga para jugar en la próxima aldea —no hay más que una— o puede arrepentirse de ello. Los esporcos son los indios más villanos de estas regiones. No quiera tampoco llevar su suerte demasiado lejos. Cuatro onzas de oro, y le proporcionaré una excelente arma, un revólver llegado directamente de Bélgica.

»Acepté el revólver, pero no el consejo, y continuamos viaje al amanecer. Avanzada la tarde, varias canoas salieron a recibirnos. Mis hombres escupieron y dijeron:

»—Esporcos, señor. Malo.

»—¿Qué? ¿Nos atacaran? —pregunté.

»—No.

»Los hombres indicaron que el indio esporco era el peor trampista y timador del Mato Grosso. Pero yo acaricié la nuez tictoc, mientras observaba que en cada canoa estaba sentada una muchacha que llevaba un collar de rubíes en bruto, y poca cosa más. Los hombres de esa tribu —tipos imponentes, como son los indios tenían un aire tranquilo y agradable, eran todo sonrisas, no llevaban armas, y estaban llenos de jovialidad. Me saludaron como Senhor Tictoc, mientras que las muchachas echaban flores.

»Mi remero principal, gruñó:

»—Cuando los esporcos traen flores, hay que echar mano al cuchillo.

»Lo cual era una versión salvaje de *Timeo Danaos et dona ferentes*.

»Sin embargo, di órdenes de desembarcar, y me recibieron con bullicioso gozo. El jefe ordenó que matasen varios cabritos. Yo le regalé un saco de sal, la cual es muy apreciada por allí. Hubo un banquete con una pro fusión de cierta bebida ligeramente efervescente parecida al mescal mexicano, pero más suave y más refrescante.

»Pronto empezamos a hablar de negocios. Yo manifestó interés por los rubíes.

»—¿Esas cosas rojas? —dijo el jefe—. Pero si no valen nada. —Y, quitando un magnífico collar de una de las muchachas, lo tiró al río. Yo iba a saber, más tarde, que el jefe tenía una red allí para cogerlo—. He oído decir que usted se interesa por las piedras preciosas —dijo, mientras yo estaba embobado como un pez.

»Y se fue, volviendo poco después con un diamante en bruto de la variedad brasileña, tan grande como los dos puños.

»—Interesante —dije, sin mostrar emoción—. ¿Cuánto quiere por él?

»—No tiene precio —dijo el jefe—. He estado por esos alrededores, y sé el valor que ustedes dan a tales piedras. También sé, lo sabemos todos los que vivimos en las márgenes de este río, lo que ocurriría si se divulgase la noticia de que hay oro, rubíes, esmeraldas y diamantes en estas cercanías. Su gente caería sobre nosotros como jaguares, y nos ahuyentaría de la faz de la tierra. Ahora, tenemos lo suficiente, estamos contentos, consideramos estas cosas como bonitas para, las muchachas solteras.

»—No, amigo mío, no está a la venta. Pero le diré qué podemos hacer. Siendo una niñería, juguemos por ella. Usted tiene una gran fama como jugador de tictoc. Da la casualidad, de que yo también la tengo. Ahora bien, ¿qué tiene usted para apostar contra esta piedra?

»—Tres canoas cargadas de riqueza —dije.

»En esto, uno de sus hijos se unió a la conversación, diciendo:

»—¡No lo hagas, padre! Este hombre es un brujo. Todos aquí en el río lo saben. ¡Tiene una nuez pensante!

»—¡Silencio, rapaz! —gritó el jefe, aparentemente enojado—. No hay tal cosa. Es una superstición. El tictoc es un juego de habilidad, y yo soy el mejor jugador en este río. —Se encolerizó—. ¿Quién duda de mi destreza?

»Nadie dudaba. Fue hecho el círculo, las diez nueces colocadas a las distancias adecuadas, pedí a mi anfitrión que tirase primero. Hubo un expectante silencio mientras el jefe caía de rodillas y lanzaba la nuez, despejando el círculo en dos perfectas tiradas, lo cual suscitó un vivo rumor de aplausos.

»Luego yo froté suavemente mi nuez y le pedí un Uno. La nuez salió disparada, girando como un pequeño torbellino, y un Uno fue.

»Es regla, en el juego del tictoc, que el ganador recoja las nueces luchadoras y las devuelva a la base. El perdedor tira primero. Esta vez el jefe salió con un Tres. Me estaba sintiendo de buen corazón ¿Quién no se sentiría lleno de benevolencia, si estuviese seguro de ganar un diamante que haría parecer al Koh-i-noor y el Cullinnan como piedras de un anillo de noviazgo de cincuenta dólares? Por tanto, dije a mi nuez:

»—Esta vez, para tomar la cosa a broma, procúrame un Cinco. Pero en la última tirada haremos otro Uno y lo mejor de tres partidas.

»La nuez hizo lo que se le mandó, perdí con un Cinco. El jefe, muy alborozado, cogió nuestras nueces y me entregó la mía con solemne cortesía. Yo tiré con completa confianza. Imagínese mi consternación cuando, en vez de moverse con habilidad y sensatez, la nuez avanzó bamboleándose ebriamente y apenas llegó a la periferia del círculo. ¿Podía ese licor semejante al mescal que yo había tomado, haber entorpecido el cerebro de la nuez a través del mío?, me pregunté. Pensando con toda mi fuerza mental, tiré otra vez: e hice salir una sola nuez del círculo. Una tercera vez, y termine con un Ocho.

»El jefe fue a recoger nuestras nueces. Yo estaba paralizado de pena. El jefe me entregó la nuez con la que yo había jugado esa última partida. La miré: ¡y no era la mía!

»Luego percibí la verdad. ¡El viejo tunante había cambiado las nueces después de la segunda partida! Sencillamente, eso. Pero tuve calma, porque en un breve momento todos habían cesado de reír, y cada hombre había mostrado un machete, un hacha, un arco o una lanza.

»—Aquí hay algún error, señor —dije—. Ésta no es mi nuez del tictoc.

»—¿De quién es, pues?

»—Suya. Usted tiene, sin duda inadvertidamente, la mía en la mano. Devuélvamela, por favor.

»Y abandonando la prudencia, agarré resueltamente la nuez que tenía el jefe. Fui rápido, pero él me aventajaba en rapidez, y además era pasmosamente forzudo. Yo, también, tengo bastante fuerza en los dedos. Permanecimos trabados, mano a mano,

por unos veinte segundos. Luego oí y sentí un vivo y breve crujido. También el jefe, porque retrocedió, alejando con un movimiento de la mano a los hombres de su tribu que estaban formando cerco.

»Después extendió la mano con nobleza; en ella había la corriente nuez de tictoc que el jefe me había dado sin que yo me diera cuenta del engaño. En la palma de mi mano estaba mi propia y genuina nuez, pero resquebrajada por la parte baja del centro, mostrando el meollo.

»La miré, fascinado. Sabe usted, estudié medicina en otro tiempo; podría estar en Harley Street ya, pero hubo un error burocrático sobre cuatro microscopios que me apropié. ¡Asuntos de negocios y viejos estúpidos! Los habría sacado de la casa de empeños y repuesto en donde los había encontrado, tan pronto como llegase mi giro. Pero no, me expulsaron.

»Sin embargo, he adquirido algunos conocimientos de anatomía, y juro solemnemente que el meollo de mi pobre nuez tictoc claramente y en detalle se asemejaba al cerebro humano: repliegues, lóbulos, encéfalo, cerebelo, médula, en todos los aspectos.

»Lo más extraordinario de todo es que, cuando la toqué cariñosamente con la punta del dedo, palpitó muy tenuemente, y en seguida se estuvo quieta. Entonces parte del aplomo pareció huir de mí, y gemí como un niño.

»Pero me controlé y dije:

»—Bien, está retirada la apuesta. La partida del juego es nula e inválida. Permítame reunir a mis hombres y desatracar.

»Luego, a la luz de las antorchas, vi bultos en la orilla: bultos muy familiares.

»—Para ahorrar a sus hombres un esfuerzo innecesario —dijo el jefe—, les mandé descargar las canoas por usted. No le deseo ningún mal, pero le invito a que se retire tranquilamente adonde pertenece. Vamos, no se irá con las manos vacías. Coja tantas pepitas pequeñas como quepan en sus dos manos, y márchese sin animosidad. Usted se ha excedido. Le habría dado el diamante por la nuez pensante, y gustosamente, en justo trueque. Pero no, usted tenía que trampear, obrar sin equidad, apostar sobre una cosa segura. En esta vida, nada es seguro.

»—¿Y qué me dará usted por esto? —dije, ofreciendo el revólver.

»—Oh, dos almuerzas de oro.

»¿No pueden ser tres?

»—Tendría que probarlo primero, si usted me lo permite.

»Accedí. El jefe disparó un tiro dentro de la oscuridad. Yo cogí el revólver otra vez y dije:

»—Primero, el oro.

»Abajo, junto al río, me tomé la libertad de sacar un puñado de espeso barro y rellenar el cañón de ese revólver. Se secaría como ladrillo. Ese viejo bribón no volvería a jugar al tictoc.

»Pero enterrando los restos de mi nuez pensante, experimenté la extraña

sensación de que estaba dejando en pos alguna parte esencial de mí mismo. Oro y piedras preciosas puedo adquirirlas otra vez. Pero eso, nunca.

»—Por tanto volví a la costa y me embarqué, esta vez como pasajero, en un lento buque de carga con destino a Tampa, Florida. Entre una cosa y otra, no me quedaban más que unas cuantas pepitas al llegar, las cuales guardo como… no sé, llámelo recuerdos. Usted ha sido muy amable para conmigo. Permítame que le dé una, una muy pequeña, y en seguida debo ponerme en camino. Tenga ésta.

»Soltó una maciza bolita de oro sobre la mojada tabla. No era mucho mayor que un guisante, pero tenía una hechura asombrosamente extraña e irregular. El fuego y el agua habían hecho eso.

—Mande transformarla en un alfiler de corbata —dijo Pilgrim.

—¡Pero yo no podría aceptar una cosa tan valiosa como ésta —exclamé—, sin hacer algo para usted en recíproca correspondencia!

—De ninguna manera. Los marineros debemos mantenernos unidos, y yo estoy en camino de Detroit. De aquí a unos siete días, John Pilgrim se encontrará en el hotel principal de Detroit. Ayúdeme dándome algo para el viaje, si quiere, pero… — Se encogió de hombros.

—No tengo más que diez dólares —dije, hondamente conmovido por cierta tristeza que asomaba a los ojos de Pilgrim—. Están a su disposición.

—Le estoy muy agradecido. Se los devolveré con interés.

—Debo irme ya —dije.

—Y yo también —dijo Pilgrim.

Admirándome de las complejidades de la mente humana, anduve por la ciudad hasta que me encontré en la Sexta Avenida, cerca de la Calle 46, en cuya área están las tiendas de los que, con sonrisas compasivas y un ligero encogimiento de hombros, pueden desvalorizar un diamante quilate a quilate hasta que uno se avergüenza de tenerlo, y con un meneo de la cabeza despreciar un reloj hasta que él se para espontáneamente. Impulsivamente entré en una de esas tiendas y, poniendo la pepita de Pilgrim sobre el tablero, pregunté qué podría valer ese poquito de oro.

—¿Está usted bromeando? —dijo el hombre—. No me haga reír. ¿Cuál es el precio corriente del metal de imprenta?… ¿Su valor? La Kugel’s Kute Novelties vende doce de esos trocitos por cincuenta centavos, pedidos por correo. Yo puedo proporcionárselos a un dólar las dos docenas. Una cucharadita de plomo, se funde y se echa en agua fría. Uno puede honradamente anunciar: «No hay dos iguales». Dórese la masa, y se tiene una pepita. Un lingote de oro en miniatura. Ese fabricante, de igual modo saca dados cargados «sólo para entretenimiento» los vende también. Seriamente, ¿compró usted esto?

—Sí y no —respondí.

Pero mientras me metía la pepita en el bolsillo y me volvía para irme, el mercader

dijo:

—Espere un momento, señor; es una primorosa imitación y han hecho un buen trabajo con el chapado. ¡Quizá pueda darle dos dólares por ella!

—Oh, no, no me los dará usted —dije, sintiendo crecer mis sospechas.

Acaricié la pepita dentro del bolsillo; era suave al tacto, con la misma indescriptible y genuina calidad del oro legitimo. En cuanto a ese ardid de plomo fundido y agua fría, de repente recordé que yo mismo lo había empleado unos treinta años atrás, con rotos soldados de plomo, sólo para jugar con fuego. El plomo recién fundido es bien notorio al tacto, y tiene los cantos aguzados. Pero mi pepita estaba vieja y gastada.

—Pudiera ser, después de cuarenta años, pues otras veces me equivoqué —dijo el hombre—. Demos otro vistazo.

Pero yo salí, y visité otra tienda a unas cuantas puertas de allí; uno de esos establecimientos de doble fachada, en el escaparate derecho de los cuales, bajo un letrero que dice «SE COMPRA ORO VIEJO», yace un revoltijo de brazaletes y pulseras similares, antiguas cadenas de reloj, viejos dientes postizos y alfileres de corbata. En el otro escaparate, diamantes cuidadosamente ordenados, con pequeñas cartulinas indicadoras de los precios, desde dos mil a quince mil dólares. El dueño, aquí, parecía como si fuese una de esas personas que esperan en la cola de pobres para recibir comida.

Puse la pepita sobre el tablero, y dije osadamente:

—¿Cuánto me da por esto?

El hombre examinó la pepita, la metió en una balanza y la pesó; luego la sometió a una prueba en diversas clases de ácido.

—Es oro voigin —dijo—. ¿Dónde lo adquirió usted?

—Un amigo me lo dio.

—Quisiera tener tales amigos —dijo el mercader. Luego voceó—: Oiving, venga aquí un momento. —Y un hombre más joven se acercó, situándose a su lado—. ¿Qué diría usted que es esto?

—No es oro africano —dijo Oiving—. No es oro indio. No es una pepita de California. Yo aseguraría que es de Sudamérica.

—Hábil muchacho. Exacto.

—¿Cómo puede usted determinarlo? —pregunté.

El mercader se encogió de hombros.

—Ingenuo —dijo—. ¿Cómo se determina la diferencia entre la sal y el azúcar? Ingenuo… El precio corriente de este trocito de oro voigin es de unos cuarenta dólares. Yo tengo que ganar algo; le daré treinta y cinco.

—¿Eh?

—Treinta y seis, y ni un centavo más —dijo el hombre, contando el dinero—. Y si su amigo le da algunos más, de esos fragmentos, venga a mí con ellos.

Me metí el dinero en el bolsillo, cogí un taxi, y volví apresuradamente al Mac

Aroom. El mozo del mostrador estaba abstraído, mirando al espacio.

—Ese hombre con quien yo estaba hablando —dije—, ¿dónde está?

—Le engañó a usted, ¿eh? —dijo el mozo, con una sonrisa sardónica—. Puedo olfatear una impostura a una milla de distancia. No me gustó el aspecto de él así que lo vi entrar aquí. Si yo estuviera en su lugar…

—¿En qué dirección fue?

—No miré. Poco después de que usted se marchara, pidió un doble, sin hielo, y puso un billete de diez dólares sobre el mostrador; me dio cincuenta centavos, y salió.

—Aquí tiene usted el número de mi teléfono —dije—. Si ese hombre vuelve a aparecer, llámeme a cualquier hora del día o de la noche, y reténgalo hasta que yo llegue aquí. Aquí tiene cinco dólares a cuenta; otros cinco cuando llame.

Pero Pilgrim no volvió al Mac Aroom.

Inquirí por todas partes, mayormente en los llamados barrios bajos, pero no encontré rastro de él. Daré una buena gratificación a quien me proporcione información que conduzca a hallar de nuevo a esa persona: un hombre en apariencia inglés, de aire insinuante, con señales de paludismo y un comportamiento desorientador y raro, que habla del río Amazonas y sus tributarios…

LEVITACIÓN

JOSEPH PAYNE BRENNAN

El «Morgan’s Wonder Carnival» hizo su entrada en Riverville para pasar allí una noche y asentó sus tiendas en el gran prado que había junto al pueblo. Era una cálida tarde de primeros de octubre y, hacia las siete, ya se había reunido una considerable multitud en la escena de la tosca función.

El circo ambulante no era ni de gran tamaño ni de considerable importancia dentro de su género; sin embargo, su aparición fue animadamente recibida en Riverville, una aislada comunidad montañosa, a muchos kilómetros de los cinematógrafos, teatros de variedades y campos deportivos situados en ciudades más importantes.

Los habitantes de Riverville no pedían entretenimientos refinados; por consecuencia la inevitable «Mujer Gorda», el «Hombre Tatuado» y el «Niño Mono» les daban motivo para charlar animadamente ante cada uno de ellos. Se llenaban la boca de cacahuetes y palomitas de maíz, bebían vaso tras vaso de limonada, y se pringaban los dedos tratando de quitar los envoltorios de los grandes y multicolores caramelos.

Cuando el que anunciaba al hipnotizador comenzó su arenga, la gente parecía tranquila y tolerante. El voceador, un hombre bajo y rechoncho que llevaba un traje a cuadros, utilizaba un improvisado megáfono, mientras el hipnotizador en persona permanecía apartado, en un extremo de la plataforma de tablas levantada frente a su tienda. Parecía no sentir interés por lo que ocurría. Desdeñoso, apenas se dignó mirar a la masa que se iba congregando.

Sin embargo, al fin, cuando frente a la plataforma hubo unas cincuenta personas, el hombre dio unos pasos hacia adelante, hasta quedar en el ámbito luminoso. Del público surgió un leve murmullo.

La aparición del hipnotizador bajo el foco suspendido sobre su cabeza tuvo algo de estremecedor. Su alta figura, su extrema delgadez, que le daba aspecto demacrado, su pálida piel y, sobre todo, sus grandes y profundos ojos negros, atraían la atención de forma inmediata. Su indumento, un severo traje negro y una anticuada corbata de lazo, añadían un último toque mefistofélico.

Con expresión que delataba frustración y una especie de suave desdén, miró fríamente al público.

Su sonora voz llegó hasta la última fila de mirones.

—Necesitaré —dijo— la colaboración de un voluntario. Si alguno de ustedes fuera tan amable de subir…

Todos miraron a su alrededor o cambiaron codazos con sus vecinos, pero nadie

avanzó hacia la plataforma.

El hipnotizador se encogió de hombros. Con voz cansada, dijo:

—A no ser que alguien sea tan amable de subir, no podrá haber demostración. Les aseguro, damas y caballeros, que se trata de algo inofensivo por completo, que no entraña el menor riesgo.

Miró en torno, expectante. Momentos después un joven se abrió paso lentamente por entre la multitud, en dirección al estrado.

El hipnotizador le ayudó a subir los escalones y le hizo sentar en una silla.

—Relájese —pidió—. Dentro de poco estará dormido y hará exactamente cuanto yo le diga.

El joven se removió en el asiento y dirigió una sonrisa de auto confianza a los espectadores.

El hipnotizador atrajo su atención, fijó sus enormes ojos en él, y el joven dejó de removerse.

De pronto, alguien tiró a la plataforma una gran bolsa de coloreadas palomitas de maíz. El proyectil describió un arco sobre las luces y fue a romperse directamente sobre la cabeza del muchacho sentado en la silla.

El chico se hizo a un lado, casi cayéndose de la silla, y el público, que poco antes permanecía mudo, estalló en grandes carcajadas.

El hipnotizador estaba furioso. Su rostro se puso color púrpura y todo su cuerpo comenzó a temblar de ira. Dirigiendo una penetrante mirada a los asistentes, preguntó, con voz alterada:

—¿Quién ha tirado eso?

La masa guardó silencio.

El hipnotizador siguió mirándoles. Al fin su rostro adquirió aspecto normal y su cuerpo dejó de temblar, pero en sus ojos siguió habiendo un maligno brillo.

Hizo un ademán al joven sentado en la plataforma y le despidió con unas breves palabras de agradecimiento. Luego se enfrentó de nuevo con la masa.

—Debido a la interrupción será necesario volver a empezar la prueba… con otro sujeto —anunció, en voz baja—. Tal vez la persona que tiró las palomitas sea tan amable de subir.

Al menos diez o doce individuos se volvieron a mirar a alguien que se mantenía en la sombra, entre los más alejados espectadores.

El hipnotizador le localizó en seguida. Sus negros ojos parecieron refulgir.

—Quizá el que nos interrumpió le dé miedo subir —dijo, con voz burlona—. Prefiere esconderse en las sombras y tirar palomitas de maíz.

El aludido lanzó una exclamación y, con actitud beligerante, se abrió paso hacia la plataforma. Su aspecto no tenía nada de notable; en realidad, en cierto modo se parecía al primer joven. Cualquier observador casual les hubiera supuesto a ambos pertenecientes a la clase rural trabajadora, ni más ni menos inteligentes que el promedio.

El segundo muchacho tomó asiento en la silla del estrado y adoptó una clara actitud de desafío. Durante varios minutos luchó visiblemente contra las órdenes que le daba el hipnotizador para que se relajase. Sin embargo, poco a poco su agresividad fue desapareciendo y miró, como se le pedía, a los penetrantes ojos que tenía enfrente.

Al cabo de un par de minutos, siguiendo las órdenes del hipnotizador, se levantó y se tumbó de espaldas sobre los duros maderos de la plataforma. Los espectadores contuvieron el aliento.

—Va usted a dormirse —dijo el hipnotizador—. Va usted a dormirse. Se está durmiendo. Se está durmiendo. Está dormido y hará cuanto le ordene. Cuanto le ordene. Cuanto…

Su voz se convirtió en un susurro en el que se repetían las reiterativas frases. El público guardaba un silencio total.

De pronto, en la voz del hipnotizador entró una nueva nota, y la audiencia se puso tensa.

—No se levante, *elévese de la plataforma* —ordenó el hipnotizador—. *¡Elévese de la plataforma!* —Sus oscuros ojos parecían lanzar rayos. El público se estremeció.

—*¡Elévese!*

Los espectadores, tras un jadeo colectivo, contuvieron el aliento.

El joven, rígido sobre el estrado, sin mover un músculo, comenzó a ascender, siguiendo en su posición horizontal. Primero fue un movimiento lento, casi imperceptible; pero pronto adquirió una firme e inconfundible aceleración.

—*¡Elévese!* —espetó la voz del hipnotizador.

El muchacho continuó su ascenso, hasta encontrarse a más de medio metro del estrado, y seguía subiendo.

Los presentes estaban seguros de que se trataba de un truco de alguna clase, pero, aun contra su voluntad, miraban aquello boquiabiertos. El joven parecía estar suspendido en el aire, sin contar con ningún medio posible de apoyo físico.

De pronto, la atención del auditorio fue captada por un nuevo suceso. El hipnotizador se llevó una mano al pecho, vaciló, y, por último, se derrumbó sobre la plataforma.

Llamaron a un doctor. El voceador del traje a cuadros salió de la tienda y se inclinó sobre el inmóvil cuerpo del caído.

El hombre buscó el pulso del hipnotizador. Luego meneó la cabeza y se puso en pie. Alguien ofreció una botella de whisky, pero el voceador se limitó a encogerse de hombros.

De pronto, una mujer, entre el público, lanzó un grito.

Todos se volvieron a observarla y, un segundo más tarde, siguieron la dirección de su mirada.

Inmediatamente se produjeron gritos aún más agudos, ya que el joven dormido por el hipnotizador continuaba ascendiendo. Mientras la atención de la gente estuvo

centrada en el fatal colapso del hipnotizador, el muchacho había seguido subiendo, subiendo… Ahora se encontraba a más de dos metros por encima del tablado y se elevaba más y más, inexorablemente. Aun tras la muerte del hipnotizador, seguía obedeciendo aquella orden final: «*¡Elévese!*».

El voceador, con los ojos casi saliéndosele de las órbitas, dio un frenético salto; pero era demasiado bajo. Sus dedos apenas rozaron la figura que flotaba en el aire. El hombre volvió a caer pesadamente sobre el estrado.

El rígido cuerpo del joven continuó su marcha hacia arriba, como si estuviera siendo alzado por una invisible grúa.

Las mujeres comenzaron a chillar histéricamente; los hombres gritaban. En realidad nadie sabía que hacer. Al ponerse en pie, el voceador tenía expresión de pánico. Dirigió una intensa mirada a la yacente figura del hipnotizador.

—¡Baja, Frank! ¡Baja! —gritaba la masa—. ¡Frank! ¡Despierta! ¡Baja! ¡Detente! ¡Frank!

Pero el rígido cuerpo de Frank seguía subiendo aún más. Arriba, arriba, hasta que estuvo al nivel de la parte alta del entoldado, hasta que alcanzó la altura de los árboles más grandes… hasta que rebasó los árboles y siguió ascendiendo por el limpio cielo de primeros de octubre.

Muchos de los que presenciaban el fantástico hecho se cubrieron con las manos el horrorizado rostro y se alejaron.

Los que siguieron mirando pudieron ver cómo la forma flotante ascendía al cielo hasta no ser más que una leve mota, como una pequeña pavesa que flotara junto a la luna.

Luego desapareció por completo.

LA SEÑORITA WINTERS Y EL VIENTO

CHRISTINE NOBLE GOVAN

Mientras permanecía en la esquina, aferrando con fuerza su billete de vuelta de autobús, la señorita Winters sentía un intenso odio hacia el viento. Durante los años que llevaba en aquella espantosa y desagradable ciudad, entre la mujer y el viento se había mantenido un constante estado de guerra. El aire parecía haberla elegido a ella —una solitaria y desamparada figura— para desahogar sus deseos de venganza. Le ladeaba el viejo sombrero de fieltro, le echaba sobre el rostro el revuelto cabello y le subía indecentemente las faldas, dejando a la vista sus negras medias de algodón.

Una vez, cuando regresaba a casa desde el trabajo, el viento le arrebató de las manos el billete de vuelta y lo arrojó bajo el autobús que pasaba. Cuando el vehículo hubo desaparecido, la señorita Winters miró entre el polvo y buscó por todas partes; pero el trocito de amarillo papel parecía eludirla. La gente que se arremolinaba a su alrededor casi la empujó bajo un camión y manifestó impacientemente su disgusto contra ella. La cosa había sucedido el día antes de cobrar, cuando la mujer sólo disponía del dinero para pagarse el autobús de la mañana siguiente. Tuvo que hacer a pie el resto del camino a casa; cinco kilómetros, y todos con el viento en contra.

Cuando era niña y vivía en el Sur, el viento era una cosa agradable. Las montañas lo mantenían adecuadamente dominado, domándole como se doma a un brioso potro. El aire chocaba contra las cumbres y era troceado en minúsculas partículas por los árboles, que susurraban con un sonido similar al del océano. En los campos, las flores silvestres se mecían con suavidad, formando hermosos mares color rojo dorado. En la escuela, cuando la señorita Winters leía *Hiawatha*, su delgado rostro se iluminaba momentáneamente ante estas líneas:

Como bajo el sol brillan los rizos
que el frío viento forma en los ríos.

Pero entonces la señorita Winters no sabía realmente lo que era un viento frío.

Ahora sí lo sabía. Era algo que se introducía por todos los resquicios y entumecía los pies de la señorita Winters, pese al fuego que tan asiduamente cuidaba. Por las noches, el helado viento se metía con ella en la cama, de forma que hasta su atigrado gato, que permanecía bajo las mantas, se estremecía y durante horas de oscuridad, no paraba de moverse tratando de calentar sus doloridos huesos. El aire se metía bajo el usado abrigo de la mujer, penetrando por el agujero que había hecho en sus pantalones el alambre del tejado en que los tendía. También atravesaba sus

remendados guantes, entumeciéndole los dedos hasta que le quemaban en una agonía de frío.

Su madre procedía de una agradable región del Sur. Y después de la muerte del padre de la señorita Winters, la anciana señora anheló con todas sus fuerzas volver a su tierra natal. Pero el viento había podido con ella, recordó la señorita Winters, con amargura: tras aguantarlo durante dos temporadas, la pobre murió de pleuresía.

Por entonces, la señorita Winters poseía un negocio que funcionaba satisfactoriamente. Se dedicaba a Costura Selecta y Elegante, Precios Razonables. La mujer se había convertido en una solterona de pecho plano, cuyas juveniles ilusiones se redujeron a cenizas años atrás. Confeccionaba repitas para bebés, con diminutos canesúes bordados; trajes de novia, y bonitos delantales para niñas.

La enfermedad y la muerte de su madre representaron grandes gastos. Luego vino la depresión. La señorita Winters se trasladó a barrios peores, barrios que, por lo visto, gustaban mucho al viento, ya que los azotaba constantemente. La mujer se sentía sola, inquieta y, a veces, asustada. El miedo le atenazaba la garganta como si fuese una verdadera mano, haciéndole difícil tragar.

Más tarde, la Administración de Proyectos Obreros le facilitó costura. La señorita Winters hizo gruesas chaquetas y pesadas prendas de trabajo. La dura tarea envaró y despellejó sus dedos. No dejaba de pensar en las damas a quienes había vestido de seda y crepé de China y en los bellos trajes que realizara durante su juventud.

El peor de los golpes lo recibió al concluir el proyecto obrero. Las mujeres llevaban pantalones, laboraban en las fábricas y compraban ropa hecha. No tenían tiempo para probarse las meticulosas prendas cosidas por la señorita Winters. Las viejas clientes de ésta murieron o se marcharon a Florida, donde el viento era menos cruel. El miedo iba cerniéndose sobre la mujer como una creciente marea. Las manos, que en tiempos bordaron ramilletes de lilas sobre la batista y la estopilla, se habían vuelto artríticas a causa del frío y del tosco trabajo. Todo lo que ahora podía hacer eran zurcidos y, de vez en cuando, algún encargo para una tienda de ropas usadas.

El autobús llegó atestado, y la señorita Winters tuvo que ir de pie. En la calle en que vivía, el frío había matado incluso el olor a ajo y a repollo. Pero el viento seguía allí, haciendo volar los papeles, echándole a la cara humo y polvo, y tirando de su sombrero hasta que los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas de impotencia.

Para llegar a su cuarto tuvo que subir dos tramos de escalera. El gato esperaba, hecho un ovillo, en medio de la cama. El animal saltó al suelo, estiró su flaco y listado cuerpo y se encaminó hacia su dueña. Era la única criatura que aún la recibía como a una amiga. Gracias al gato, la señorita Winters podía olvidar algunas veces su miedo atenazador. La confianza del animal en ella le daba un poquito de valor y determinación. Sin embargo, también temía por él. Había demasiadas personas que eran malas con los gatos, especialmente si éstos no eran de raza.

—¿Estaba solito el minino de mamá? —dijo, con sus agrietados labios—. Mamá va a encender fuego y luego dará de comer a su gatito.

El bicho, como apreciando tan patética devoción, se frotó, runruneando, contra la falda de la mujer.

La señorita Winters, aún con guantes, puso en la cocina unas astillas y unos preciosos trocitos de carbón y les colocó debajo una cerilla. El maldito viento llegó por la chimenea y apagó la llama, sembrando de cenizas el suelo y manchando los limpios zapatos de la mujer.

La señorita Winters consiguió al fin encender un débil fuego. Sobre el fogón colocó un recipiente para preparar el té. Mientras el agua se calentaba, la mujer se sentó en la mecedora de abombado asiento que había frente al fuego, con las piernas cómodamente extendidas y los brazos doblados contra el cuerpo para darse calor. El gato saltó a su regazo, dándole suaves cabezazos en la barbilla. La solterona, agradecida, le abrazó. El animal ponía una nota de vida en el desnudo cuarto. Era algo que le hacia olvidar un poco la creciente marea de su miedo: el alquiler, que se llevaba todo lo que ganaba en la tienda, los treinta y siete centavos que debía al lechero, las suelas de sus zapatos… El miedo siempre estaba allí. Atormentada por él, la anciana había estropeado una prenda en la ropavejería y casi perdido su día de trabajo. Al recordarlo, le invadía un frío que no era debido al viento, precisamente.

El gato, sobre su falda, frotaba la suave nariz contra el rostro de la señorita Winters, a la vez que emitía un sonido que era, a un tiempo, ronroneo y maullido. En un repentino arranque de ternura, la señorita lo atrajo hacia sí, y el animal la miró con aire presuntuoso. Sus ojos eran como pálidas lunas verdes con misteriosas manchas doradas.

La solterona se levantó y preparó el té. Luego echó un poco de leche y parte del agua caliente en una fuentecita, para el gato. De su bolso extrajo un hueso de chuleta que había conseguido le diera una de sus compañeras de trabajo. El hueso aún tenía una tira de carne y de ella emanaba un fuerte olor a pimienta y a frito. La mujer arrancó la carne, mirando, avergonzada, el desnudo cuarto. Luego comió lentamente, mientras lágrimas de autocompasión le llenaban los ojos. Después se agachó y colocó el hueso, al que aún estaba adherida la grasa, en la fuentecilla del gato. El animal dejó la leche y comenzó a roer el sebo mientras movía el rabo como muestra de satisfacción.

La señorita Winters se quitó el sombrero y comenzó a beber el té. Tomó asiento y fue dando pequeños sorbos a la infusión, mientras contemplaba al gato, deleitándose con los graciosos movimientos del animal y con la maravilla de sus verdes y profundos ojos.

Cada vez hacía más viento. A medida que la oscuridad aumentaba, la habitación se enfriaba más y más. La señorita Winters se quitó la ropa de salir a la calle, fue a buscar su bata de franela y la puso a caldear junto al fuego. Calentó más agua y llenó con ella una botella para meterla entre las frías sábanas. En seguida, armada con el gato y la botella, y tras remover los carbones para que el fuego durase el mayor tiempo posible, se introdujo en la cama. La bombilla que había junto al mueble

apenas daba la luz suficiente para leer la sensacional revista de historias amorosas que cada noche ayudaba a la solterona a olvidar sus problemas.

Horas más tarde se despertó. El viento, no contentándose con atormentarla de día, convirtiendo cada una de las horas de luz en un suplicio, tenía que desvelarla por la noche con el fin de devolverla a la miseria de que los sueños la libraban brevemente.

El aire rugía en torno a la chimenea y golpeaba las ventanas hasta hacerlas temblar en sus marcos. La que la señorita Winters había pegado con un gran trozo de papel de goma parecía abombarse como si en cualquier momento fuera a reventar, llenando la habitación de cristales.

En el tejado algo se soltó y quedó allí, batiendo y saltando, haciendo imposible el sueño. El frío parecía algo tangible, que recorría la columna vertebral de la anciana, mordía su rostro y punzaba sus pies, donde la ya helada botella se burlaba de cualquier idea de comodidad. La mujer dio la luz, como si eso pudiera calentarla.

El gato se rebulló y comenzó a moverse nerviosamente por la cama.

De pronto se produjo una ráfaga de viento más fuerte que las demás. Se oyó un fuerte ulular y la ventana rota saltó. El cristal penetró en la habitación como si fuera metralla. El gato brincó al suelo y, en medio del salto, fue alcanzado por una arista de vidrio. El animal lanzó un último maullido y cayó inerte. Sobre la amarilla alfombrilla, las manchas de sangre parecieron pétalos de rosa.

La señorita Winters se levantó de entre las gruesas mantas. Tenía frío, pero el de ahora estaba producido por una insensata furia. Pasó entre los fragmentos de cristal y recogió el inerte cuerpo del animalito. Los maravillosos ojos verdes aparecían vidriados, y la sangre caía en cálidas gotas sobre los pies, enfundados en medias, de la mujer.

La señorita Winters permaneció allí, inmóvil, durante mucho, mucho tiempo. Al fin dejó al gato en el suelo y dijo, con expresión ausente:

—Esto ya ha ido demasiado lejos.

Al menos, ahora ya sabía lo que debía hacer y, por consecuencia, se sentía tranquila. Se acercó a la cama, apartó las mantas, el abrigo que llevaba durante el día, la colcha que confeccionara con los retales del terciopelo y la seda de sus días más felices. Tomó la sábana, inmensa y llena de remiendos, y se quedó mirándola pensativamente.

Todo era tan claro, tan sencillo, que la señorita Winters se preguntó cómo no se le había ocurrido antes. Debía atrapar el viento y encerrarlo herméticamente dentro de algo, de forma que nunca pudiera escaparse, para asustar y dejar ateridas a pobres ancianas, manteniéndolas despiertas y conscientes de su miseria, matando sus gatos… La mujer se puso los zapatos y, sin dirigir una sola mirada al animal muerto, abrió la puerta y comenzó a bajar resueltamente las escaleras.

«¿Quién ha visto al viento?», cantó, con la atiplada voz de su niñez, mientras el aire la zarandeaba y trataba de arrebatarle la sábana.

—¡Ja, ja! —rió la señorita, entre dientes, aferrando con más fuerza el enorme

trozo de tela—. ¡Esta vez, no, querido amigo! ¡Esta vez, no!

«¿Quién ha visto al viento? ¿Adonde se va el aire? ¡Arriba, arriba, arriba! ¡Hasta llegar al cielo!

Miró hacia el campanario de la iglesia. Era el edificio más alto que había a la vista. Incluso en aquella noche brillaba como una arista reluciente. A su gato le había matado una arista. Ella mataría al viento.

—R.I.P. —dijo sonriendo la mujer.

A la torre de la iglesia se llegaba a través de una puertecita que había en la parte trasera. Tal como la señorita Winters esperaba, no estaba cerrada. Sin un momento de vacilación, la solterona comenzó su decidido ascenso. Cada vez más arriba, dando vueltas y vueltas, tropezando con la sábana, pisándose el borde del abrigo, dando traspiés, riéndose y volviendo a ascender. En el interior de la torre no había viento; pero aquello no la disuadió de su idea. El aire la estaba aguardando allá arriba… *¡y ella le aguardaría a él!*

Al fin llegó al pequeño cuarto donde se encontraban las campanas, una habitación cuadrada, con arcos góticos y una terraza abierta por un lado. El viento estaba allí, tal como la anciana había esperado, rugiendo como un león. Pero la señorita Winters ya no le tenía miedo.

—¡Ahora veremos! —gritó, feliz—. ¡Ahora veremos!

Sacudió la sábana. Como es lógico, el viento trató de arrebatársela; pero ella, diestramente, agarró las cuatro esquinas y salió a la pequeña terraza abierta. Allá abajo, las luces de la ciudad brillaban y parpadeaban. La señorita Winters las miró plácidamente, como diciendo:

—¡Contémplenme! ¡Estoy dándole su merecido, de una vez para siempre, a este asqueroso viento!

Fue precisamente entonces cuando una ráfaga de aire la fustigó. Sopló furiosamente y ella la atrapó en la sabana, que se hinchó como una inmensa hogaza de pan en el horno. La anciana tuvo que dar unos pasos para apoderarse del viento; pero al fin lo tenía allí. ¡Se sentía tan feliz, que le pareció caminar por el aire!

Miró hacia abajo y pudo ver que las luces se precipitaban hacia ella. Antes de morir, la señorita Winters pasó por un momento aterrador… Un momento durante el que se dio cuenta de que el viento había ganado.

PANORAMA DESDE LA TERRAZA

MIKE MARMER

El anaranjado sol, completado su recorrido descendente, iba a salir del cielo de Jamaica; pero, antes de hundirse del todo tras el horizonte del Caribe, pareció inmovilizarse un momento, como en una divina exposición fotográfica. Las sombras de última hora de la tarde se alargaron, extendiendo un leve tinte oscuro sobre la bougainvillea y los hibiscos de brillantes colores, para, por fin, ir a dar contra la brillante y blanca fachada del más lujoso hotel de la Bahía de Montego: el «Dorado». Y en cierto modo pareció un detalle de mal gusto que aquel paisaje de postal fuera alterado por la caída del cuerpo de George Farnham que, agitando las manos y arrastrando tras si un último grito, atravesó las ramas de las palmeras y se desplomó contra el suelo del patio.

Veinte minutos más tarde, en la *suite* del piso doce, desde la cual el finado señor Farnham había iniciado su descendente viaje, la viuda, inmóvil, sentada en un sofá, constituía la viva imagen de la desolación.

Frente a ella, apenas apoyado en el borde de una silla, estaba el señor Tibble, el delgado y calvo subregente del «Dorado». Su aspecto era convenientemente desolado, pese a que el hombre llevaba un cuarto de hora sintiéndose muy incómodo, tiempo que coincidía con el transcurrido desde que la viuda del señor Farnham había sido puesta a su cargo.

Tibble meneó la cabeza.

—Terrible —dijo a la mujer—. Un terrible accidente repitió.

La viuda le miró, correspondiendo a sus palabras con un leve, casi imperceptible, asentimiento de cabeza. Luego volvió a inclinar la cabeza.

Un *accidente*. No se le había ocurrido que la muerte de George fuera a ser considerada un accidente. En aquel breve momento de la terraza sólo había pensado en la policía, los tribunales, el juicio. Pero ahora, por enésima vez en los últimos quince minutos, el señor Tibble se refería al accidente.

Y antes, cuando bajó al patio a toda la velocidad que permitía el ascensor, todos habían murmurado cosas sobre el accidente. «Una tragedia», susurraron. «Espantoso accidente… una esposa encantadora… dos niños hermosísimos… un terrible accidente».

¿Es que nadie había visto lo ocurrido?

Priscilla Farnham era una mujer agradable, un poco regordeta. En ella aún se advertían los restos de una gran belleza juvenil. Como nunca se consideró particularmente fuerte ni resuelta, le sorprendió encontrar de pronto, en su interior, una férrea voluntad. El hallazgo se produjo durante aquellos últimos minutos. Estaba

asombradísima por su facilidad para mantenerse calmada interiormente mientras, en la superficie, llevaba la máscara de viuda acongojada por su trágica pérdida.

Su amor por George había desaparecido mucho tiempo atrás. Recordó que, al mirar hacia el patio desde la terraza, lo único que había sentido fue un leve remordimiento. En seguida pensó que George tenía un extraño aspecto, como una pieza de rompecabezas enmarcada por las losas del patio.

El timbre del teléfono interrumpió el hilo de sus recuerdos.

Tibble, disculpándose con los ojos por la irreverente interrupción, se apresuró a contestar. Se presentó a sí mismo, atendió a lo que le decían y luego tapó con su delgada mano el micrófono.

—Es Edmonds, el alguacil. Dice que en el vestíbulo hay un hombre de la C.I.D. Y que, si se siente usted con ánimos, desearía subir a hacerle unas cuantas preguntas.

Tibble sonrió, animando a la viuda, y siguió:

—Mera rutina, estoy seguro. Es usted una visitante de la isla, ya sabe. El alguacil me advirtió antes que vendría alguien a investigar.

Debió de producirse un notable cambio en la expresión de Priscilla, pues Tibble agregó rápidamente:

—Desde luego, si no se siente usted capaz…

—Sí, sí. Estoy bien.

Tibble transmitió la respuesta y se volvió de nuevo hacia la mujer.

—¿Dentro de cinco minutos?

Priscilla asintió con la cabeza.

—Sí, perfecto; dentro de cinco minutos —informó Tibble al alguacil Edmonds. Luego colgó. Dirigiéndose hacia Priscilla—: ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—Le agradecería que fuese a echar un vistazo a los niños.

Aprovechando con gusto la oportunidad de salir de allí, Tibble pasó al dormitorio.

Los niños. Era lo único que ahora importaba, pensó Priscilla. ¿Qué harían sin ella? Recordó a Mark, con su pelo negro y rizado y sus largas pestañas. Sólo tenía nueve años, pero ya mostraba indicios del hombre tan atractivo que iba a ser. Y Amy, dos años menor, con la misma belleza rubia de su madre y aquellos grandes ojos color violeta. Priscilla no soportaba la idea de que la separasen de ellos y su recién hallada energía fue repentinamente aumentada por el miedo.

Cinco minutos. Cinco minutos para organizar su defensa. ¿Para que? Si como el señor Tibble aseguraba, la investigación iba a ser una simple formalidad —las pesquisas naturales tras un desgraciado accidente—, no había necesidad de ninguna preparación. Pero si el hombre de la C.I.D. intentaba hacer averiguaciones más a fondo, si había descubierto alguna pista que condujese a la verdad, todo se desarrollaría de un modo muy distinto.

¡Asesinato!

La palabra la hizo estremecer; pero, ¿de qué otra forma podía llamarse?

Indudablemente, la muerte de George no podía ser considerada algo «premeditado»; no se habían hecho planes a largo plazo y a sangre fría. No obstante, fue precedida por cinco o diez minutos de meditación. *¿Homicidio sin premeditación?* Tal vez. Podía haber diversas interpretaciones de grado, pero cada una de ellas iba acompañada por su castigo particular. No, debía dar con otra cosa. *¿Homicidio por causas justificadas?* ¿Había sido justificada la muerte de George? Legalmente, no; aunque, en una forma simple y casi primitiva, Priscilla suponía que si lo era. En cierto modo, fue culpa del propio George. Él mismo se la buscó.

La vuelta de Tibble interrumpió sus razonamientos. El hombre anunció que los niños estaban bien. La doncella, que él mismo había enviado un rato antes a cuidar de ellos, decía que Mark y Amy se portaban espléndidamente.

—Por lo único que se preocupan es por usted —añadió Tibble, con una confortadora sonrisa—. Les dije que iría a verles muy pronto.

Priscilla agradeció aquellas palabras con un movimiento de cabeza.

—Estamos unidos —explicó, al tiempo que Tibble se sentaba de nuevo en el borde de la silla.

«Y ahora a enfrentarse con el inminente problema», se dijo Priscilla, con firmeza. El de aludir la responsabilidad inherente a un crimen.

¿Qué podría preguntar el hombre de la C.I.D.? Sin duda, buscaría un motivo. ¿Dinero? No, en aquel caso resultaba difícil pensar en tal cosa. ¿Celos? Priscilla rechazó en seguida la idea. ¿Odio? Bueno, se habían producido discusiones, desde luego, pero… ¿no ocurría eso en las mejores familias?

Después de todo, los Farnham se encontraban en un país extraño. ¿No tendrían las investigaciones que basarse en Su comportamiento en Jamaica?

De pronto, sus esperanzas se derrumbaron. Había habido una discusión. Una pelea. Y Priscilla recordaba que, al final de ella, se había vuelto de espaldas a George y visto a los dos niños allí, en la puerta de la sala de estar, demostrando claramente preocupación y miedo. Priscilla trató de advertir a George, pero él continuó gritándole todas aquellas horribles cosas. Luego, el hombre salió a la terraza y los niños corrieron hacia su madre.

Priscilla necesitaba permanecer cinco o diez minutos a solas para ordenar sus pensamientos, para imaginar alguna forma de disuadir a George de lo que planeaba hacer. Por eso sugirió el juego. Del rostro de sus hijos desapareció inmediatamente el miedo y los dos niños corrieron al dormitorio para comenzar a jugarlo.

Resultaba muy extraño, pensó Priscilla. Si George hubiera comprendido y participado en el juego, todo hubiera sido distinto. En realidad, si George hubiera participado en cualquier cosa que significase amor y unión, ahora no se encontraría allá abajo, cubierto por aquel ridículo mantel de colorines.

Las circunstancias que condujeron a la escena de la terraza comenzaron, razonó Priscilla, mucho tiempo atrás, cuando en George se produjo el cambio. De novio se mostró siempre muy alegre y considerado. Pero cuando el padre de ella murió, poco

después de la boda, y George se hizo cargo de la administración de los múltiples intereses e inversiones que su suegro había dejado tras sí, tuvo lugar la metamorfosis. George comenzó a no ocuparse más que de los negocios. No más diversiones. No más regalos inesperados. No más flores ni dulces. No más sorpresas; ése era George.

Ella intentó interesarle en el juego, hacerle descubrir toda la alegría y el amor que su propia familia había encontrado en él. De mala gana, el hombre consintió una vez en jugarlo. Priscilla se acercó y le dijo:

—A ver si adivinas.

George, según las reglas del juego, replicó:

—¿El qué?

Y ella:

—A ver si adivinas lo que he hecho hoy por ti.

Entonces, George debía aventurar alguna absurda suposición como: «Has encontrado un millón de dólares en oro y me los vas a poner debajo de mi servilleta». O: «Has hecho un Taj Majal de mondadientes y mañana iremos a comprar los muebles». Luego las suposiciones debían hacerse más serias hasta que George descubriera lo que su mujer había hecho en su beneficio, o se rindiese, permitiendo que Priscilla le revelara la sorpresa.

Como es natural, George abandonó el entretenimiento después de preguntar: «¿El qué?». Encontraba el juego «tonto» y a Priscilla más tonta aún por jugarlo.

¡Claro que era tonto! Priscilla lo admitía; pero era bonito. Estaba lleno de sorpresas, de unión, de amor. Y también era romántico, porque aquella noche su sorpresa había sido el más transparente de los *negligées*.

George y ella fueron separándose cada vez más. Únicamente la llegada de los niños salvó su matrimonio. Mark y Amy heredaron los gustos y la alegría de vivir de su madre. Les entusiasmaban las excursiones, las sorpresas, el juego y las demostraciones de afecto. Por eso adoraban a Priscilla.

Permitiéndose una leve sensación de culpa, Priscilla se dijo que tal vez se había concentrado excesivamente en Mark y Amy y no lo bastante en George. Pero si él hubiera deseado formar parte de su mundo… Si hubiera querido compartir el maravilloso entendimiento… Con sólo que…

Priscilla no fue más lejos. Una discreta llamada cortó el hilo de sus pensamientos y levantó a Tibble del borde de su silla. Fue a la puerta, la abrió y dejó entrar a Edmonds, el alguacil, y a un hombre alto y vestido con un ligero traje tropical.

Edmonds, resplandeciente en su uniforme veraniego de roja faja y blanco salacot, presentó a su compañero. Luego inclinó la cabeza y volvió al corredor, cerrando tras él la puerta de la *suite*.

El sargento detective Waring, un hombre de aspecto eficiente, ojos azules y pelo gris, era el representante de la C.I.D. en el área de Bahía Montego.

—Lamento molestarla en estos momentos, señora Farnham —dijo, con marcado acento ingles—. Pero si se siente con ánimos de responder a unas cuantas preguntas,

trataré de robarle el menor tiempo posible.

—Le daré toda la información que pueda —dijo ella.

El sargento se acomodo en un asiento contiguo al de Tibble y del bolsillo de la chaqueta sacó un pequeño cuaderno. Mientras buscaba un lápiz fue pasando hojas de la libretita, echando un vistazo a sus anotaciones. Al fin volvió a dirigirse a Priscilla.

—Tal vez sea mejor que empecemos contándome usted, lo mejor que pueda, todos los hechos que recuerde inmediatamente anteriores al… suceso.

—Me temo que no será mucho. Estaba tumbada aquí, en el sofá… adormecida. No recuerdo si lo que me despertó fue el grito o fueron los niños. Sólo puedo decir que ellos me estaban meneando y me levanté. Fui a la terraza… miré hacia abajo —consiguió dar a su voz un matiz tembloroso— y vi a mi marido.

El sargento Waring se levantó, fue rápidamente a la terraza, la inspeccionó un momento y luego volvió a su silla.

—¿Su esposo se mostraba deprimido últimamente? ¿Le dio alguna vez la sensación de que pudiera pensar en quitarse la vida?

—¡Oh, no! —exclamó Priscilla.

Y al cabo de un segundo, lamentó haberlo dicho. No había considerado una posible deducción de suicidio. Ahora la oportunidad ya había pasado.

Waring preguntó:

—¿Se encontraba el bien?.

Priscilla no supo qué decir.

—Me refiero a si se encontraba bien de salud —explicó el hombre—. ¿Sufría de mareos o vértigos?

—Sí. En realidad, ése fue uno de los motivos de que nos tomásemos estas vacaciones. Mi marido trabajaba mucho. Demasiado, le decíamos todos. Y se quejaba de dolores de cabeza y mareos continuos. Me pareció que necesitaba descansar, relajarse. Por eso vinimos a Jamaica.

Priscilla se maravilló de lo fácil que resultaba mentir cuando estaba en juego algo tan importante.

El hombre de la C.I.D. anotó algo en su cuaderno.

—Comprendo que esto es muy doloroso para usted —dijo, en tono solícito—. Pero si logra resistir unos minutos más, estoy seguro de que todo quedará claro. En los casos de muerte violenta debemos hacer averiguaciones. Hizo una breve pausa y continuó: Como sabe, su terraza está rodeada por una barandilla de un metro. Resulta difícil pensar que un hombre, sin más, vaya a caer por encima de una baranda de esa altura.

Priscilla comenzó a sentir una especie de comezón nerviosa.

—A no ser que haya sufrido un vértigo y se haya desmayado. Resulta, señora Farnham, que uno de los camareros… —volvió a consultar su cuaderno— un hombre llamado Parsons estaba en el patio, preparando las mesas para cenar. Miró hacia arriba por casualidad, o tal vez porque el grito de su esposo, el que usted dijo haber

oído, atrajo su atención. Y vio a su marido caer por encima de la barandilla. Pero Parsons asegura que tuvo una impresión muy distinta de lo que motivó esa caída.

El repentino *shock* la hizo estremecer. Alguien había visto lo ocurrido.

—Como es natural —siguió Waring—, preguntamos a Parsons si vio a alguien en la terraza, aparte del señor Farnham. Admitió que no.

—No creo que usted piense…

—¡Claro que no! —cortó Waring, con desarmante sonrisa—. Pero debemos comprobar cualquier información de esa clase. En seguida descubrimos que la declaración de Parsons carecía de base. En primer lugar, Parsons se encontraba casi directamente bajo la línea de terrazas y su campo de visión era prácticamente vertical. Por tanto, no podía ver la terraza de este piso con claridad. Y en segundo lugar, la opinión de Parsons se basaba en que le dio la impresión de que su marido trataba de recuperar el equilibrio. Agitaba los brazos en el aire, como si… como si tratara de defenderse. Se sobreentiende que…

Priscilla sintió una cálida y repentina sensación de confianza. ¡Tal vez fuera posible que el crimen no tuviera castigo!

—Probablemente Parsons malinterpretara el desesperado intento de su marido por salvarse, confundiéndolo con algo distinto —seguía el sargento—. Y ahora que usted verifica lo de los vértigos del señor Farnham, podemos comprender a que fue debido el que cayese sobre la barandilla.

Una llamada a la puerta le interrumpió. El sargento abrió y Priscilla pudo ver el blanco casco del alguacil Edmonds. Los dos hombres hablaron un momento entre sí, en voz baja.

Waring volvió la cabeza hacia la sala de estar y miró cuidadosamente a Priscilla antes de decir.

—¿Querrá perdonarme, por favor? Sólo será un momento. Según parece, hay otros testigos.

Desapareció, y Priscilla quedó sentada, con los labios muy apretados y notando que se disolvía toda su confianza. En su cerebro, las preguntas se amontonaban una sobre otra.

La respuesta se produjo cuando Waring volvió a entrar en el cuarto y fue rápidamente hacia ella. De pronto, el aspecto del hombre había cambiado.

—Señora Farnham… —comenzó—. ¿Se pelearon su marido y usted poco antes de que él muriera?

—Sí —replicó Priscilla, en un susurro.

Waring insistió:

—La pareja de la *suite* de al lado, los Rinehart, dicen que les oyeron disputar en forma más bien violenta. Hablaban a voces y los Rinehart están seguros de que su marido habló de… morir.

—Ahora me parece una discusión absurda…

El sargento la miró inquisitivamente.

—No quiero decir exactamente *absurda* —continuó ella—. Sólo que en estos momentos me parece que carecía de importancia. Mi esposo deseaba interrumpir nuestras vacaciones y volver a casa. Los niños y yo queríamos quedarnos. Según lo que habíamos planeado inicialmente, aún teníamos que permanecer aquí al menos otra semana. Temo que nos fuimos exaltando y pronunciamos palabras desagradables. Luego él dijo que, cuando estuviese muerto, yo podría hacer lo que me diera la gana, pero que ahora, dado que él era el cabeza de familia, nos iríamos a casa. —Priscilla sonrió tristemente—. Ésa era una de sus afirmaciones favoritas.

Miró a Waring. El silencio que se produjo fue inacabable.

El rostro del sargento se suavizó.

—Eso parece concordar en esencia con los fragmentos de discusión que oyeron los Rinehart. —El hombre volvió a consultar su cuaderno y continuó—: Siguió una cosa más, señora Farnham. Ha dicho usted que, cuando su marido cayó, se encontraba echada en el sofá.

Priscilla dijo que sí con la cabeza.

—Y también ha dicho que sus hijos la menearon inmediatamente después de que a usted le pareció haber oído gritar a su esposo.

Priscilla asintió de nuevo. Waring volvía a mostrar su desarmante sonrisa.

—Entonces, ¿le importaría que trajésemos aquí a los niños y les preguntáramos dónde estaba usted cuando ellos la llamaron? Es una simple comprobación de rutina. Como es natural, no puedo preguntarles oficialmente; y debo contar con el permiso de usted. Pero eso aclararía mi informe y nos permitiría acabar ahora mismo este desagradable asunto.

Priscilla se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo—. Pero, por favor…

Waring asintió, comprensivo. Hizo un ademán a Tibble y éste entró en el dormitorio y regresó con Mark y Amy.

Al entrar los niños, Priscilla no levantó la mirada. Luego, mientras eran conducidos hacia el sargento, alzó la cabeza lentamente y les acarició con una sonrisa.

Waring se sentó en su silla, inclinándose un poco para quedar a la misma altura que los pequeños. Habló con suavidad, pero yendo al grano:

—¿Comprendéis lo que ha ocurrido hoy?

Mark y Amy asintieron gravemente.

—Voy a preguntaros algo. ¿Querréis contestarme? —continuó Waring.

Con rostros muy serios, los dos chiquillos miraron a su madre.

—Debéis contestar al caballero —les dijo Priscilla, suavemente, notando fijos en ella los ojos del sargento.

El hombre volvió su atención a Mark y Amy y comenzó, cautamente:

—Hace un ratito, cuando oísteis… gritar a vuestro papá… ¿Os aciordáis?

Los dos asintieron solemnemente. Waring siguió:

—Al oírlo, vosotros también gritasteis. Y fuisteis a buscar a vuestra mamá, ¿verdad?

Los dos niños dijeron que sí.

—¿Recordáis dónde estaba vuestra mamá en aquel momento?

Mark contestó:

—Estaba donde está ahora.

—¿Seguro? —insistió Waring.

—Ajá —dijo Amy—. Jugábamos al juego.

—¿Al juego?

Priscilla comenzó a explicar:

—Sólo es un jueguecito…

Fue interrumpida por un ademán preventivo del sargento Waring. Aquél era el momento temido por Priscilla. Sin saber por qué, en todo instante tuvo la seguridad de que la sentencia final se encontraría en el juego.

—¿Qué pasa con él? —inquirió Waring, como sin darle importancia—. ¿De qué clase de juego se trata?

Mark tomó la palabra.

—Lo jugamos con mamá. Es muy divertido. Preparamos sorpresas. Compramos cosas… o las hacemos… Luego decimos: «¿A ver si adivinas?».

—¿A ver si adivinas? —repitió el sargento, como un eco.

—Claro —intervino Amy—. Mamá dice: «A ver si adivinas lo que he hecho por ti». Y nosotros tratamos de acertar con la sorpresa.

—O decimos: «Adivina lo que hecho por ti». Y mamá trata de acertar —añadió Mark.

—Sigue —apremió Waring.

—Bueno, después de que mamá y papá… —bajó la voz— tuvieron la pelea, mamá dijo que jugáramos al juego. —Alzando de nuevo la voz y mirando a su hermana, siguió—: Así que Amy y yo nos fuimos al dormitorio para pensar en la sorpresa que podíamos darle a mamá. Y mamá se quedó aquí, imaginando una para nosotros.

—Luego, cuando oísteis gritar a vuestro padre, vinisteis junto a vuestra mamá. ¿No? ¿Estaba ella en el sofá?

—¡Oh, sí! —aseguró Amy—. Tumbada. Vinimos a decirle nuestra sorpresa. ¿Quiere usted saber cuál era?

—No —dijo el sargento, riendo—. Un secreto es un secreto. Solamente deseaba averiguar si sabías dónde estaba tu madre.

Se volvió a Priscilla:

—Creo que con esto todo queda aclarado, señora Farnham. Como es lógico, tras la autopsia habrá una encuesta, pero será un asunto de mera rutina.

—¿Tendrán que volver a interrogar a los niños? —preguntó Priscilla.

—No creo. Ésta ha sido ya una dura prueba para ellos.

Waring estrechó las manos de Mark y Amy y les dio las gracias.

—Lo siento, señora Farnham —dijo—. Espero no haberla molestado con exceso. Ya imagino que la trágica muerte de su marido la habrá trastornado mucho y que no era el momento más oportuno para importunarla con mis preguntas, pero… era mi deber.

—Comprendo, sargento Waring. Y gracias por mostrarse tan considerado con los niños.

—No tiene importancia —replicó Waring—. Yo también tengo hijos. —Hizo una señal a Tibble para que le acompañara y ambos salieron de la *suite*, cerrando cuidadosamente la puerta tras ellos.

Priscilla permaneció inmóvil un largo momento, sin atreverse a creer que todo hubiera concluido. Luego sonrió a los pequeños, que permanecían callados frente a ella.

Amy, con impaciente expresión, rompió el silencio.

—Mamá, no nos has dicho tu sorpresa —dijo—. Te has olvidado.

—No, no me he olvidado —replicó Priscilla, con un deje de tristeza.

Muy pronto les diría lo que había hecho por ellos. Cuando llegara el momento de sentarse con sus hijos y explicarles que hoy el juego se había jugado muy mal. No, no se había olvidado. Ni olvidaría nunca el momento en que Mark y Amy le menearon, gritando:

—¡A ver si adivinas!

Entre sueños, ella preguntó:

—¿Qué?

Los niños, con rostros relucientes por la sorpresa que le tenían preparada, la llevaron a rastras a la terraza, señalaron por encima de la barandilla y, con cantarinas voces, exclamaron:

—¡Adivina lo que hemos hecho hoy por ti!

EL HOMBRE CON DEDOS DE COBRE

DOROTHY L. SAYERS

El Club de los Ególatras es uno de los sitios más cordiales de Londres. Se trata de un lugar al que uno puede acudir cuando siente necesidad de narrar el extraño sueño que tuvo la noche anterior, o si desea anunciar el magnifico dentista que ha descubierto. Y si uno quiere y tiene el temperamento de una Jane Austen, también puede escribir cartas a ese club, ya que en él no existen salas en las que este prohibido hablar, y donde parecer ocupado o absorto cuando otro miembro le dirige a uno la palabra, sería una violación de las normas del club. Sin embargo, no pueden hacerse referencias a la pesca ni al golf. Si la moción del honorable Freddy Arbuthnot es aprobada ante la próxima reunión del comité (y hasta ahora, la opinión respecto a ello parece muy favorable), tampoco se podrá hablar de la radio. Como dijo lord Peter Wimsey el otro día, cuando surgió el tema en la sala de fumar, esos son asuntos sobre los que uno puede conversar en cualquier lugar. Por otra parte, el club no es especialmente exclusivo. A nadie se le niega de antemano la entrada, excepto a los hombres graves y silenciosos. A pesar de todo, los candidatos tienen que superar ciertas pruebas cuya naturaleza quedará suficientemente indicada por el hecho de que cierto distinguido explorador vio rechazada su admisión por aceptar, y fumarse, un fuerte cigarro de Trichinopoli como acompañamiento de un oporto del sesenta y tres. Por otro lado, el querido sir Roger Bunt (el vendedor callejero millonario que ganó el premio de veinte mil libras ofrecido por el *Sunday Shriek* y lo empleó para fundar su inmenso negocio de abastecimientos en el interior del pais) fue altamente recomendado y elegido por unanimidad tras declarar francamente que una jarra de cerveza y una pipa eran las únicas cosas que realmente le importaban.

Como lord Peter volvió a decir:

—A nadie le importa la vulgaridad; pero no hay que traspasar los límites de la crueldad.

Aquella tarde en especial, Masterman[5] había llevado con él un invitado, un hombre llamado Varden. Varden había comenzado su vida como atleta profesional, pero un trastorno cardíaco le obligó a dejar una brillante carrera y a emplear su atractivo rostro y su bien formado cuerpo al servicio de la pantalla cinematográfica. Había acudido a Londres, desde Los Angeles, para estimular la publicidad de su nueva gran película *Marathon*, y resultó ser una persona muy agradable y nada envanecida, lo cual fue un gran alivio para el club, ya que, con los invitados de Masterman, nunca se podía estar seguro.

Aquella tarde, en la sala marrón no había más que ocho hombres, incluyendo a Varden. Aquella sala, con sus artesonados, sus luces tamizadas y sus gruesas cortinas

azules era quizá la más cómoda y agradable de todas las salas de fumar, de las cuales el club poseía media docena o así.

La conversación se había iniciado de forma accidental con el relato hecho por Armstrong de un curioso incidente que había presenciado aquella tarde en la estación del Temple, y Bayes continuó la charla diciendo que aquello no era nada comparado con la cosa verdaderamente extraña que le había ocurrido personalmente una noche de niebla en la carretera de Euston.

Masterman aseguró que en los lugares más solitarios y retirados de Londres había una inmensa cantidad de temas para un escritor, y expuso como ejemplo su propio y extraño encuentro con una llorosa mujer y un mono muerto. Entonces, Judson tomó el mando de la conversación, explicando que cierta vez, a última hora de la noche, en un solitario suburbio, se encontró con el cuerpo de una mujer muerta que yacía sobre el pavimento, con un cuchillo clavado en un costado. Cerca de ella, un policía permanecía inmóvil. Él preguntó al agente si podía hacer algo, pero el hombre se limitó a decirle:

—Si yo fuera usted, no intervendría, señor. Esa mujer se merecía lo que le ha pasado.

Judson aseguró que no había podido olvidar el incidente, y luego Pettifer les contó un extraño caso de su experiencia como médico. Ocurrió cuando un hombre totalmente desconocido le condujo a una casa de Bloomsbury donde había una mujer padeciendo los efectos de un envenenamiento por estricnina. Aquel hombre le ayudó de la forma más eficaz durante toda la noche y cuando la paciente estuvo fuera de peligro, el tipo salió de la casa y no volvió a aparecer; lo realmente extraño era que cuando Pettifer preguntó a la mujer, ella le contestó, con gran sorpresa, que nunca había visto a aquel hombre, y que le había tomado por el ayudante de Pettifer.

—Eso me recuerda —comenzó Varden— algo aún más extraño que me ocurrió una vez en Nueva York. Nunca he podido averiguar si se trató de un loco o de una broma, o bien si yo realmente escape de la muerte por casualidad.

Aquello parecía prometedor, y todos instaron al invitado a que continuase su historia.

El actor siguió:

—Bien… En realidad, la cosa comenzó hace mucho tiempo… Siete años o así, poco antes de que Norteamérica entrase en guerra. En aquellos tiempos yo tenía veinticinco años y llevaba poco más de dos dedicado al cine. Había un hombre llamado Eric P. Loder, que por aquella época era bastante bien conocido en Nueva York y que hubiera sido un magnífico escultor si no hubiera tenido más dinero del que le convenía, o al menos eso oí decir a los que se dedican a esas cosas. Hacía muchas exposiciones de sus obras, y a ellas acudían montones de intelectuales… Tengo entendido que hizo varias esculturas en bronce muy buenas. Quizá usted sepa algo de él, Masterman.

—No he visto ninguna de sus esculturas, pero recuerdo algunas fotografías

publicadas en *El Arte de Mañana* —dijo el poeta—. Era un buen artista, pero más bien amanerado. ¿No se adscribió a la tendencia criselefantina[6]? Supongo que sólo sería para demostrar que podía pagar los materiales.

—Sí, eso parece muy propio de él.

—Desde luego. Además, fue el autor de un grupo muy relamido y muy feo llamado *Lucina*, y tuvo la desfachatez de reproducirlo en oro macizo y colocarlo en el recibidor de su casa.

—¡Ah, aquello! Sí, a mí me parecía simplemente horrible. Nunca fui capaz de ver nada artístico en aquella idea. Supongo que ustedes le llaman a eso realismo. Me gustan los cuadros o las estatuas que me hacen sentir bien, si no, ¿para qué están? A pesar de todo, en Loder había algo muy atractivo.

—¿Cómo le conoció usted?

—Bien… Loder me vio en aquella película mía *Apolo en Nueva York*. Tal vez ustedes la recuerden. Fue mi primer papel de protagonista. Trataba de una estatua que cobra vida —ya saben, uno de los antiguos dioses—, y de cómo se desenvolvía en una ciudad moderna. La produjo el viejo Reubenssohn. Era un hombre que podía desarrollar cualquier tema con el mayor gusto artístico. En toda la película, de principio a fin, no era posible encontrar un solo átomo de mal gusto, aunque en la primera parte yo no llevaba más vestidura que una especie de capa… tomada de la estatua clásica, ya saben.

—¿El Apolo de Belvedere?

—Me atrevería a decir que sí. Bien, Loder me escribió diciendo que, como escultor, sentía un gran interés por mí, ya que yo me encontraba en muy buena forma y todo eso. Luego me preguntaba si querría hacerle una visita cuando dispusiera de tiempo. Hice averiguaciones respecto al hombre y decidí que aquello sería una buena publicidad. Cuando mi contrato expiró pude disponer de un poco de tiempo, fui a Nueva York y le llamé. Me trató muy amablemente y me pidió que pasase unas cuantas semanas con él.

»Loder poseía una magnífica mansión a unos ocho kilómetros de la ciudad. La casa estaba atestada de cuadros, antigüedades y cosas por el estilo. Mi anfitrión tendría unos treinta y cinco o cuarenta años, era moreno, de aspecto cuidado y de movimientos rápidos y vivaces. Hablaba muy bien, parecía haber estado en todas partes, haberlo visto todo y no tener buena opinión de nada. Uno podía permanecer escuchándole horas enteras. Conocía anécdotas de todo el mundo, desde el Papa hasta el viejo Phineas E. Groot, del *Chicago Ring*. Las únicas historias que no me gustaba oír de sus labios eran las picantes. No es que no sepa apreciar un cuento verde, no, señor. No me gustaría que ustedes pensasen que soy un tipo remilgado; pero Loder contaba esas cosas con los ojos fijos en uno, como si sospechara que tú tenías algo que ver con la historia que estaba narrando. He conocido mujeres que obran igual y he visto hombres que también hacen lo mismo con mujeres, provocando en ellas una gran turbación, pero Loder fue el único hombre que me hizo experimentar esa

sensación. Sin embargo, aparte de eso, mi anfitrión era el tipo más fascinante que he conocido. Y como digo, su casa era, indudablemente, muy hermosa, y la comida excelente.

»En todo le gustaba tener lo mejor. Tomemos a su amante: María Morano. No creo haber visto nunca nada que se le pueda comparar, y cuando uno trabaja en el cine, tiene buenos patrones para comparar la belleza femenina. Era una de esas mujeres lánguidas, imponentes, de bellos movimientos, expresión plácida y suave y amplia sonrisa. En Estados Unidos no se dan mujeres como ella. María era procedente del Sur. Según Loder, había sido bailarina de cabaret, y ella nunca le contradijo. El hombre estaba muy orgulloso de María, y ella, a su manera, sentía una gran devoción por él. Loder acostumbraba a hacerla posar en el estudio, sin que la chica llevase encima más que una gran hoja de parra o algo por el estilo. Ella permanecía en pie junto a una de las esculturas que mi anfitrión estaba siempre haciéndole. Luego el hombre comparaba, punto por punto, a la mujer y a la estatua. En apariencia, en María sólo había unos cuantos milímetros que no eran del todo perfectos desde el punto de vista escultórico: el segundo dedo de su pie izquierdo era menor que el dedo gordo. Loder, desde luego, corregía esto en las esculturas. María escuchaba tales críticas con sonrisa de buen talante y expresión vagamente sumisa, no se si me entienden. A pesar de todo, creo que la pobre chica algunas veces se sentía cansada de que Loder se metiera así con ella. En ocasiones se ponía a hablar conmigo y me confesaba que lo que siempre había deseado era tener un restaurante propio, con espectáculo de cabaret, muchos cocineros con mandiles blancos y un montón de relucientes cocinas eléctricas. «Luego me casaría y tendría cuatro niños y una niña», continuaba la chica. Después me citaba los nombres que había elegido para sus hijos. A mí aquello me parecía más bien patético. Al final de una de estas conversaciones entró Loder. El hombre sonreía un poco torcidamente, por lo que me atrevería a decir que, por casualidad, había oído lo que hablábamos. No creo que diera mucha importancia a ello, lo cual demuestra que nunca comprendió de veras a la muchacha. Supongo que al hombre ni siquiera se le ocurrió que una mujer pudiera cansarse de la clase de vida que él daba a María, y si bien Loder era un poco posesivo en su forma de comportarse, al menos nunca la traicionó. A cambio de soportar todas sus charlas y sus desagradables estatuas, María era dueña absoluta de él, y ella lo sabía.

»Permanecí allí un mes completo, disfrutando de una temporada extraordinariamente agradable. En dos ocasiones, Loder tuvo una ráfaga de inspiración artística y se encerró en su estudio durante varios días para trabajar, sin permitir que nadie entrase hasta que hubo concluido. Mi anfitrión era bastante dado a esa clase de cosas, y cuando acababa, celebrábamos una fiesta a la cual acudían todos los amigos y aduladores de Loder para echar un vistazo a la obra de arte. Según creo, por entonces el hombre estaba trabajando en la estatua de una diosa o una ninfa, que debía ser vaciada en plata, y María acostumbraba a acompañarle y posar para él. Excepto en estas ocasiones, Loder me acompañaba a todas partes y vimos cuanto

había que ver. Admito que, cuando todo esto concluyó, me sentí muy entristecido. Se declaró la guerra, y yo había decidido alistarme cuando aquello sucediese. Mi trastorno cardíaco me impedía ir al frente, pero contaba con lograr, a fuerza de insistencia, alguna clase de trabajo militar, así que hice las maletas y me largué.

»Nunca hubiera creído que Loder lamentara tan sinceramente decirme adiós. Repitió una y otra vez que volveríamos a reunirnos pronto. Sin embargo, yo conseguí un trabajo en los servicios sanitarios y fui mandado a Europa, de donde no regresé hasta 1920, cuando volví a ver a Loder.

»Él me había escrito antes, pero en el año 1919 yo tuve que hacer dos películas y no pude aceptar su invitación. Sin embargo, en 1920 me encontré de regreso en Nueva York, haciendo la publicidad de *El Estallido de Pasión*. Entonces recibí una nota de Loder en la que me pedía que aceptase su hospitalidad, ya que deseaba que posara para él. Aquello representaba una buena publicidad y, además, gratis, así que acepté. Por entonces me había comprometido con la Mystofilms Ltd. para tomar parte en *Los Bosquimanos*, aquella película que se realizó en Australia. Telegrafié a los de la productora que me uniría a ellos en Sydney durante la tercera semana de abril. Luego hice mis maletas y me dirigí a la residencia de Loder.

«El escultor me recibió muy cordialmente, aunque parecía más viejo que la última vez que le vi. Era indudable que se había vuelto más nervioso. Era… —¿cómo podría describirlo?— más intenso, más real, en una palabra. Hizo alarde de su acostumbrado cinismo, como si realmente lo sintiera, y volvió a narrar sus repetidas historias, dando aún más la sensación de que se estaba refiriendo a uno al contarlas. Al principio creí que esta falta de creencia en todo no era más que una especie de pose artística, pero luego empecé a comprender que había sido injusto con él. Pronto advertí que Loder era verdaderamente desgraciado, y en seguida descubrí el motivo. Mientras íbamos en el coche le pregunté por María.

»—Me ha abandonado —replicó él.

»Aquello me sorprendió de veras. Honradamente, no había supuesto que la muchacha tuviera tanta iniciativa.

»Indagué:

»—¿Es que se ha ido a instalar aquel restaurante que tanto deseaba?

»—Le habló de restaurantes, ¿verdad? —dijo Loder—. Supongo que es usted la clase de hombre al que las mujeres hacen confidencias. No. Hizo el idiota. Se fue. «No supe qué decir. Era evidente que estaba tan herido en su amor propio como en sus sentimientos. Murmuré las palabras que se dicen en tales casos y añadí que aquello debió significar una gran pérdida para su trabajo, así como en otros aspectos. Loder me dio la razón.

»Le pregunté cuándo había ocurrido aquello y si había concluido la ninfa en la que estaba trabajando antes de que yo me fuera. Dijo que sí, que la había acabado y hecho otra…, algo muy original, que a mi me gustaría.

»Llegamos a la casa y cenamos. Mientras lo hacíamos, Loder me anunció que se

iba a ir a Europa en breve, pocos días después de que yo mismo me fuera. La ninfa se encontraba en el comedor, en un nicho especial abierto en la pared. Se trataba, realmente, de una escultura maravillosa. No era tan llamativa como la mayor parte de las obras de Loder, y su parecido con María era asombroso. Loder me hizo sentar frente a la estatua, de forma que pudiera verla durante la cena y la verdad es que apenas pude apartar mis ojos de ella. Mi anfitrión parecía muy orgulloso de su obra, y no cesó de decirme lo mucho que le alegraba que a mí me gustase. Me dio la impresión de que Loder había cogido la muletilla de repetirse a sí mismo.

»Después de la cena pasamos a la sala de fumar. La habitación había sido reorganizada, y la primera cosa que saltaba a la vista era un enorme banco que había ante la chimenea. Estaba a cosa de medio metro del suelo y consistía en una base como la de una poltrona romana, con cojines y un alto respaldo, todo ello hecho de roble con incrustaciones de plata. Sobre todo esto, formando el verdadero asiento donde uno se instalaba —si ustedes me siguen—, había una gran figura plateada de una mujer desnuda, de tamaño natural, que yacía con la cabeza echada hacia atrás y los brazos extendidos a lo largo de los costados del diván. Unos cuantos cojines sueltos hacían posible utilizar la obra como un verdadero asiento, aunque debo decir que no era, en absoluto, un sitio cómodo donde sentarse. Como objeto ornamental, para dar una idea de disipación, tal obra hubiera sido excelente, pero ver a Loder acomodarse sobre aquello, junto a su chimenea, me produjo una especie de *shock*. A pesar de todo, él parecía estar muy encariñado con el diván.

»—Le dije que era algo muy original —comentó para mí.

»Entonces miré más de cerca y me di cuenta de que, en realidad, la figura era la de María, aunque el rostro estaba más bien abocetado, no sé si me entienden. Supongo que Loder creyó que un tratamiento un poco tosco estaba más de acuerdo con una pieza de mobiliario.

»Al ver aquel diván, comencé a pensar que mi anfitrión era un poco degenerado. Y en la quincena que siguió fui sintiéndome cada vez más a disgusto con él. Aquel modo de ser suyo cada día se acentuaba más, y a veces, mientras posaba para él, Loder se sentaba en aquel diván y contaba las cosas más brutales, con sus penetrantes ojos fijos en mí, para ver cómo reaccionaba ante tales narraciones. Pueden creer que me hizo un enorme favor, porque comencé a creer que me sentiría más a gusto entre los bosquimanos… Bueno, y ahora viene la cosa verdaderamente extraña.

Todo el mundo se echó hacia adelante en sus asientos y prestó expectante atención.

—Fue la noche antes de que yo partiese hacia Nueva York —continuó Varden—. Me encontraba sentado…

En aquel momento alguien abrió la puerta de la sala y fue recibido por un ademán preventivo de Bayes. El intruso se hundió en un gran sillón y se sirvió él mismo un whisky, con el mayor de los cuidados para no molestar al que estaba hablando.

—Me encontraba sentado en la sala de fumar siguió Vardenf, esperando a que

Loder llegase. Estaba solo en la casa, ya que Loder había dado permiso a los criados para que acudieran a no sé qué espectáculo o conferencia, y él mismo estaba arreglando sus asuntos para su viaje a Europa y tenía que acudir a una cita con su representante. Debí de quedarme adormecido porque cuando desperté había caído ya la noche. Entonces vi a un joven que estaba muy cerca de mí.

»El hombre no parecía en absoluto un ladrón, y mucho menos aún un fantasma. Casi podría decir que su aspecto era del todo ordinario. Llevaba un traje gris, un abrigo color beige al brazo y en su mano un sombrero flexible y un bastón. Su cabello era liso y descolorido, y el suyo era uno de esos rostros más bien estúpidos, de larga nariz y con monóculo. Le miré fijamente. Sabía que la puerta de la casa estaba cerrada, pero antes de que pudiera llegar a ninguna conclusión, él me habló. Tenía una voz vacilante y ronca, y un fuerte acento inglés. Me preguntó:

»—¿Es usted el señor Varden?

»—Sabe usted más que yo —contesté.

»Él replicó:

»—Perdone que me entrometa; sé que eso parece de mala educación, pero lo mejor que puede usted hacer es irse inmediatamente de esta casa.

»—¿Qué diablos quiere usted decir?

»—No trato de inmiscuirme en asuntos que no me importan; pero debe usted comprender que Loder no le ha perdonado, y mucho me temo que trate que convertirle en un perchero o en el pie de una lámpara eléctrica, o en cualquier cosa por el estilo.

»¡Dios mío! Puedo asegurarles que me sentí asombrado. La voz del hombre era tranquila, y sus modales, perfectos y, sin embargo, sus palabras carecían totalmente de sentido. Recordé que suele decirse que los locos tienen una enorme fortaleza, y me dirigí hacia el timbre… Entonces recordé, con un escalofrío, que me encontraba solo en la casa.

»—¿Cómo ha entrado? —le pregunté, adoptando una expresión decidida.

»—Lamento decir que utilicé una ganzúa freplicó el hombre, de forma tan indiferente como si se estuviese disculpando por no tener una carta de presentación —. No podía estar seguro de que Loder no hubiera regresado. Pero creo de veras que lo mejor que puede usted hacer es irse lo más rápido posible.

»—Veamos —dije yo—. ¿Quién es usted y dónde diablos quiere ir a parar? ¿Qué significa esto de que Loder no me ha perdonado? ¿Qué tenía que perdonarme?

»—Pues… lo de…, y perdone que me entrometa en su vida privada, lo de María Morano.

»—¿Y qué diablos pasa con ella? —grité—. De todas maneras, ¿qué sabe usted de María? Se fue mientras yo estaba en la guerra. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

»—¡Oh! —exclamó el extraño joven—. Le suplico que me perdone. Tal vez he confiado excesivamente en el juicio de Loder. Será una condenada estupidez, pero nunca se me ocurrió la posibilidad de que él estuviera equivocado. Cree que, cuando

estuvo aquí la última vez, usted fue amante de María Morano.

»—¿Amante de María? —repetí—. ¡Eso es ridículo! Ella se largó con su hombre, quienquiera que fuese. Loder debía saber que María no se fue conmigo.

»—María nunca ha abandonado la casa —replicó el joven—. Y si usted no sale de aquí ahora mismo, tampoco respondo de que usted la abandone nunca.

»—¡En nombre de Dios!, ¿qué diablos quiere usted decir? —grite, exasperado.

»El hombre se volvió y retiró los cojines azules que había a los pies del plateado diván.

»—¿Ha examinado usted estos dedos? —me preguntó.

»—No especialmente —respondí, aún más confundido—. ¿Por qué tendría que haberlo hecho?

»—¿Ha visto usted alguna vez que Loder hiciera alguna figura de María con ese dedo segundo del pie izquierdo tan corto? —prosiguió él.

«Eché un vistazo a lo que el hombre indicaba y pude ver que era como él decía: el segundo dedo del pie izquierdo era más corto que el pulgar.

»—Así es —admití—, pero, después de todo, ¿qué importancia tiene?

»—¿Cree usted que ninguna? —preguntó el joven—. ¿No le gustaría conocer el motivo de que, de entre todas las esculturas que Loder hizo de María, ésta sea la única que tenga el mismo pie que la mujer?

»El hombre tomó el atizador.

»—¡Mire! —dijo.

»Con mucha más fuerza de la que yo había esperado de él, el hombre asestó un terrible golpe con el atizador sobre el plateado diván. El enorme batacazo alcanzó a uno de los brazos de la figura a la altura del codo, produciendo una profunda melladura en la plata. El hombre tiró del brazo y lo arrancó. Estaba hueco y, tan cierto como que estoy vivo, en su interior había un seco y largo hueso humano.

Varden hizo una pausa y bebió un largo trago de whisky.

—¿Y bien…? —gritaron varias voces sin aliento.

—Pues… no me avergüenzo de decir que huí de la casa como un conejo que oye acercarse al cazador. Frente al edificio había un coche, y el conductor abrió la puerta. Entré en el vehículo y entonces se me ocurrió que todo aquello podía ser una trampa, así que volví a salir y eché a correr hasta que llegué a la parada de tranvías. Sin embargo, al día siguiente encontré mis maletas en la estación, debidamente registradas con dirección a Vancouver.

»Cuando recobré la serenidad, me pregunté lo que pensaría Loder acerca de mi desaparición, pero estaba tan poco dispuesto a volver a aquella casa como a tomar veneno. A la mañana siguiente salí hacia Vancouver y desde entonces no he vuelto a ver ninguno de aquellos hombres. Sigo sin tener la menor idea de quién era aquel joven ni de lo que pasó con él. De forma indirecta me enteré de que Loder había muerto, en un accidente, según creo.

Se produjo un breve silencio, y luego:

—Ésa es una historia condenadamente buena, señor Varden —dijo Armstrong. El hombre sentía afición a distintas clases de trabajos manuales y era, sin duda alguna, el principal responsable de la moción del señor Arbuthnot para prohibir las conversaciones respecto a la radio. Haciendo alarde de sus habilidades, el hombre continuó—: Pero…, ¿sugiere usted que en el interior de ese vaciado en plata había un esqueleto completo? ¿Quiere usted decir que Loder lo puso en el interior del molde cuando se hizo el vaciado? Eso hubiera sido terriblemente difícil y peligroso… el más leve accidente le hubiera puesto a merced de sus trabajadores. Además, esa estatua hubiese debido de ser considerablemente mayor que el tamaño natural para conseguir que el esqueleto resultara bien cubierto.

—Sin darse cuenta, el señor Varden le ha conducido a conclusiones erróneas, Armstrong —dijo, de pronto, una tranquila y ronca voz que surgía de las sombras existentes tras el sillón de Varden—. La figura no era de plata, sino galvanoplastiada sobre una base de cobre depositada directamente sobre el cuerpo. En realidad, a esa dama se le dio un baño de plata, como a algunos cubiertos. Supongo que las partes blandas de su cuerpo fueron digeridas por pepsinas o alguna preparación de esa clase después de que el proceso hubo concluido, pero no tengo la seguridad de que fuera así.

—Hola, Wimsey —dijo Armstrong—. ¿Eras tú el que acaba de entrar? ¿Cuál es el motivo de que hagas una declaración tan tajante?

El efecto que la voz de Wimsey produjo en Varden fue extraordinario. El actor se puso en pie y volvió la lámpara, de forma que iluminase el rostro del que había hablado.

—Buenas noches, señor Varden —dijo lord Peter—. Estoy encantado de volverle a ver y de tener la oportunidad de disculparme por mi poco ceremonioso comportamiento de la última vez que nos encontramos.

Varden aceptó la mano que el otro le tendía, pero fue incapaz de pronunciar palabra.

—¿Quieres decir que eras tú el misterioso desconocido del cuento de Varden? —preguntó Bayes—. ¡Ah, claro! —añadió, bruscamente—. Debimos haberlo supuesto por su vívida descripción.

—Bueno, ya que estás aquí, creo que deberías concluir la historia —invitó Smith-Hartington, el periodista que trabajaba en el *Morning Yell*.

—¿Se trató sólo de una broma? —preguntó Judson.

—Claro que no —interrumpió Pettifer, antes de que lord Peter tuviera tiempo de replicar—. ¿Por qué iba a serlo? Wimsey ha visto el suficiente número de cosas extrañas como para no tener que inventar ninguna.

—Eso es muy cierto —dijo Bayes—. Se debe a poseer dotes deductivas y todas esas cosas y, además, a andar metiendo siempre las narices en asuntos sobre los que sería mejor no investigar.

—Todo esto está muy bien, Bayes —replicó su señoría—, pero… ¿dónde estaría

el señor Varden si yo aquella noche no hubiera intervenido?

—¡Ah, dónde! Eso es exactamente lo que deseamos saber —exigió Smith-Hartington—. Vamos, Wimsey; sin andarse por las ramas. Queremos conocer la historia.

—Y toda la historia —añadió Pettifer.

—Y nada más que la historia —concluyó Armstrong, retirando diestramente la botella de whisky y los cigarros de debajo de las narices de lord Peter—. Anda con ello, hijo. No fumarás una sola bocanada ni beberás un sorbo hasta que hayas concluido.

—¡Bruto! —exclamó su señoría, quejosamente. Luego siguió, con un cambio en su tono—: En realidad, se trata de una historia que no deseo airear. Podría colocarme en una posición muy desagradable: la de que me acusaran de homicidio sin premeditación, e incluso de asesinato.

—¡Caramba! —exclamó Bayes.

—Muy bien —dijo Armstrong—. Nadie dirá nada. Ya sabes que en el club no podríamos soportar tu pérdida. Smith-Hartington tendrá que controlar su pasión por repetir cuanto se le dice, y eso será todo.

Cuando todos hubieron hecho promesas de discreción, Lord Peter volvió a acomodarse y comenzó su narración:

—El curioso caso de Eric P. Loder es una muestra más de las extrañas formas mediante las cuales un poder que está más allá de la débil voluntad humana arregla los asuntos de los hombres. Llamémosle Providencia, llamémosle Destino…

—Podemos no llamarle de ninguna forma —le interrumpió Bayes—. Puedes saltarte esa parte.

Lord Peter lanzó un suspiro de resignación y volvió vio a empezar:

—Bien… La primera cosa que me hizo sentir curiosidad respecto a Loder fue un comentario casual hecho por un hombre en la oficina de Emigración de Nueva York, adonde yo tuve que ir por algo relacionado con aquel estúpido asunto de la señora Bilt. El tipo dijo:

»—¿Qué narices se le habrá perdido a Eric Loder en Australia? Yo hubiera dicho que Europa está más en su línea.

»—¿Australia? —pregunté—. Está usted equivocado, buen hombre. El otro día él me dijo que dentro de tres semanas se iba a Italia.

»—De Italia, nada —replicó el hombre—. Hoy ha venido aquí preguntando cómo se podía ir a Sydney, cuáles eran las formalidades necesarias, y cosas por el estilo.

»—¡Ah! —exclamé—. Supongo que piensa ir por la ruta del Pacífico, y en su viaje hará escala en Sydney.

»Sin embargo, seguí preguntándome por qué no me lo había dicho así cuando le encontré el día anterior. Entonces me había explicado que salía en barco para Europa y que, antes de ir a Roma, se detendría en París.

»Me sentí tan intrigado, que dos noches después fui a visitar a Loder.

»Él pareció encantado de verme, y no cesó de hablar de su próximo viaje. Volví a preguntarle respecto a su ruta y me respondió que iba vía París.

»Bien, eso era todo y, realmente, no se trataba de nada de mi incumbencia, así que charlamos de otras cosas. Loder me dijo que el señor Varden iba a ir a hospedarse con él antes de que partiese para Europa, y que esperaba conseguir que el actor, antes de irse, posara para una figura que pensaba hacerle. El escultor añadió que nunca había visto un hombre tan perfectamente formado como Varden.

»—Tenía el propósito de lograr que posara para mí desde hace tiempo —añadió —, pero estalló la guerra y se alistó en el Ejército antes de que yo tuviera tiempo de empezar.

»En aquellos momentos se encontraba retrepado en su horrible diván y, en un instante en que no se daba cuenta de que le observaba, capté un brillo tan desagradable en sus ojos, que sufrí un sobresalto. Tenía a la figura agarrada por el cuello y sonreía torcidamente.

»—Espero que no sea ninguno de tus experimentos galvanoplásticos comenté.

»—Bueno, pensaba hacer una especie de compañero de esta figura. El Atleta Durmiente, o algo por el estilo.

»—Será mucho mejor que lo vacíes —dije—. ¿Por qué recurrir a un procedimiento tan tosco? Eso destruye el detalle.

»Aquello le puso incómodo. Nunca le había gustado que pusieran peros a sus obras de arte.

»—Lo del diván fue sólo un experimento —explicó—. Estoy dispuesto a que la próxima sea una verdadera obra maestra. Ya lo verás.

»Al llegar a este punto apareció el mayordomo para preguntar si debía preparar una cama para mí, ya que la noche era muy mala. No nos habíamos fijado en el tiempo que hacía, aunque, cuando salí de Nueva York, amenazaba lluvia. Miramos afuera y vimos que estaba cayendo un torrencial aguacero. Eso no hubiera importado a no ser porque yo sólo había llevado un coche deportivo abierto, no llevaba abrigo, y, la verdad, la perspectiva de conducir ocho kilómetros bajo tal chaparrón no era nada apetecible. Loder insistió en que me quedase, y yo acepté.

»Me sentía un poco fatigado, así que me fui en seguida a la cama. Loder dijo que antes deseaba trabajar un poco en el estudio, y vi cómo desaparecía por el pasillo.

»Como no me dejáis mencionar la Providencia, sólo diré que fue un hecho muy notable el que me despertase a las dos de la madrugada y me encontrara reposando sobre un enorme charco de agua. El mayordomo había colocado una bolsa de agua caliente entre las sábanas, ya que la cama hacía tiempo que no era empleada. Y resultó que aquel repulsivo objeto había vaciado su contenido mientras yo dormía. Permanecí despierto durante diez minutos en las profundidades de aquella húmeda porquería antes de reunir la fortaleza suficiente para investigar. Al hacerlo, advertí que la situación era desesperada. No había arreglo posible. Todo estaba empapado: las sábanas, las mantas y el colchón. Dirigí una mirada de disgusto hacia el sillón del

cuarto y entonces se me ocurrió una brillante idea. Recordé que en el estudio había un enorme y encantador sofá, con una manta de piel y un montón de cojines. ¿Por qué no acabar allí la noche? Tomé la pequeña linterna eléctrica que siempre llevo conmigo y me dirigí hacia allí.

»El estudio estaba vacío, por lo que supuse que Loder había concluido su trabajo y se había ido a dormir. El sofá estaba allí, aislado en parte por un biombo. Sin pensar más me envolví en la manta y me dispuse a descansar.

»Estaba a punto de volverme a dormir cuando oí unas pisadas. Éstas no provenían del corredor, sino que, en apariencia, sonaban en el otro lado de la habitación. Me sentí sorprendido, ya que no sabía que por allí hubiera ningún pasillo ni habitación. Permanecí tumbado y alerta y poco después vi aparecer una raya de luz bajo la puerta del armario donde Loder guardaba sus herramientas. La grieta de luz se ensanchó y por allí salió Loder, llevando una linterna eléctrica. Cerró muy suavemente la puerta del armario tras él y cruzó el estudio. Se detuvo ante el caballete y lo descubrió; pude verle a través de un agujero del biombo. Permaneció unos minutos mirando el boceto que había en el caballete, y luego soltó una de las risas más desagradables que he tenido oportunidad de oír. Si yo había tenido la más leve intención de hacerlo, al oír aquello abandone todo propósito de anunciar mi presencia. Luego Loder volvió a cubrir el caballete y salió por la puerta que yo había empleado para entrar.

»Esperé hasta estar seguro de que se había ido, y entonces me puse silenciosamente en pie. Fui de puntillas hasta el caballete para ver de qué fascinante obra de arte se trataba. En seguida me di cuenta de que era el diseño para la figura del Atleta Durmiente, y, mientras lo miraba, me sentí invadido por una especie de horrible convicción. Era una idea que parecía comenzar en mi estómago y llegar hasta las raíces de mis cabellos.

»Mi familia dice que soy demasiado curioso. Lo único que yo puedo decir es que ni caballos salvajes tirando de mí me hubieran impedido investigar aquel armario. Con la sensación de que podía encontrarme con algo verdaderamente espantoso —me sentía un poco excitado y era una pésima hora de la noche—, puse una heroica mano en el tirador de la puerta.

»Para mi asombro, el armario ni siquiera estaba cerrado. Se abrió en seguida y en el interior pude ver una serie de estanterías, totalmente inofensivas y muy bien ordenadas, ninguna de las cuales era posible que hubiera podido albergar el cuerpo de Loder.

»Para entonces, mi curiosidad ya estaba picada, así que me dediqué a buscar el oculto resorte que estaba convencido de que había. Lo encontré sin demasiadas dificultades. La parte trasera del armario giró silenciosamente hacia adentro, y yo me encontré ante un angosto tramo de escaleras.

»Antes de seguir adelante, tuve el suficiente buen sentido para asegurarme de que la puerta se podía abrir desde el interior. También cogí de una de las estanterías una gruesa maza para utilizarla como arma en caso de accidente. Luego cerré la puerta y,

con ligereza digna de un fantasma, comencé a bajar aquellas vetustas escaleras.

»Al final de los escalones había otra puerta, pero no me costó mucho averiguar su secreto. Sintiéndome terriblemente excitado la abrí valientemente, con la maza lista para entrar en acción.

»Sin embargo, el cuarto parecía estar vacío. Mi linterna captó el brillo de algo líquido, y luego encontré el interruptor de la luz. Al hacerlo, me encontré en una gran habitación cuadrangular, que estaba dispuesta como un taller. En la pared de la derecha había un gran cuadro de mandos, con un banco debajo. Del centro del techo colgaba una gran lámpara, que estaba sobre un gran tanque de cristal, que tendría sus buenos dos metros de largo por uno de ancho. Encendí la gran lámpara y miré en el interior del gran depósito. Estaba lleno de un líquido oscuro que reconocí como el compuesto de cianuro y sulfato de cobre que se utiliza normalmente para la galvanoplastia.

»Las varillas colgaban sobre el líquido con todos sus ganchos vacíos, pero en un lado de la habitación había un embalaje medio abierto y, al levantar su tapa, pude ver en su interior un montón de ánodos de cobre —los suficientes para extender una capa de plata de más de medio centímetro sobre una figura de tamaño humano—. También había otra caja más pequeña, aún cerrada, que, por su peso, supuse contenía la plata para el resto del proceso. Buscaba algo más, y lo encontré en seguida: una considerable cantidad de grafito preparado y una gran botella de barniz.

»Desde luego, en realidad no había ni sombra de evidencia de que allí se estuviese fraguando nada malo. No existía ninguna razón por la que Loder, si la cosa le gustaba, no pudiera hacer un vaciado en yeso y someterlo luego a un proceso galvanoplástico. Pero entonces encontré algo que no podía haber llegado hasta allí de forma lógica.

»Sobre el banco había una placa oval de cobre que mediría unos cuatro centímetros de largo. Supuse que aquél era el trabajo realizado por Loder aquella noche. Se trataba de un electrotipo del sello consular norteamericano, eso que taponan sobre la fotografía del pasaporte para evitar que uno la arranque y la cambie por la de su amigo, el señor Jiggs, al cual le gustaría mucho salir del país porque es un personaje muy popular entre los de Scotland Yard.

»Me senté en el taburete de Loder y comencé a deducir los detalles de aquel bonito plan. Todas mis suposiciones se basaban en tres hechos: Primero debía averiguar si Varden se proponía viajar dentro de poco a Australia, ya que, si no era así, aquello echaría por tierra todas mis hermosas teorías. En segundo lugar, ayudaría bastante el hecho de que el actor tuviese el cabello oscuro, como el de Loder —cosa que, como ven, sucede—, o, al menos de un tono lo bastante aproximado para estar de acuerdo con la descripción de un pasaporte. Y sólo había visto a Varden en aquella película sobre el Apolo de Belvedere, y allí llevaba una peluca. Sin embargo, tenía la seguridad de verle si me dejaba caer por la casa cuando él fuera a quedarse con Loder. Y, por último, como es lógico, debía descubrir si Loder tenía algún motivo de

rencor hacia Varden.

»Después de esto, me pareció que ya había permanecido en aquel cuarto más tiempo del que era saludable. Loder podía regresar en cualquier momento y yo no olvidaba que un tanque de sulfato de cobre y cianuro potásico sería una forma muy práctica de deshacerse de un huésped demasiado curioso. Además, no puedo decir que sintiese unas ansias excesivas de formar parte del mobiliario doméstico de Loder. Siempre he detestado los objetos que adoptaban la forma de otras cosas: volúmenes de Dickens que resultaban ser muebles-bar y artilugios por el estilo; y, aunque nunca he sentido excesivo interés en mi propio funeral, me gustaría que este fuese de buen gusto. Llegué hasta el extremo de borrar todas las huellas dactilares que pudiera haber dejado. Luego regresé al estudio y volví a arreglar el sofá. No sentía el más mínimo deseo de que Loder supiese que había estado allí.

»Sólo había otra cosa hacia la cual sintiera curiosidad. Crucé el vestíbulo de puntillas y me introduje en el salón de fumar. El plateado diván brilló bajo la luz de la linterna. En esos momentos detesté aquel objeto cincuenta veces más que antes. Sin embargo, reuní ánimos y eché un cuidadoso vistazo a los pies de la figura. Yo también había oído hablar de aquel segundo dedo del pie de María Morano.

»Después de todo esto, pasé la noche en el sillón de mi cuarto.

»Debido al asunto de la señora Bilt y unas y otras cosas, además de las investigaciones que tuve que realizar, tuve que aplazar hasta muy tarde mi intervención en el asunto de Loder. Averigüé que Varden había vivido en casa de Loder pocos meses antes de que la maravillosa María Morano se hubiese evaporado.

»Me temo que respecto a eso fui un poco estúpido, señor Varden. Pensé que quizá había habido algo entre ustedes dos.

—No se disculpe —dijo Varden, sonriente—. Los actores de cine tenemos fama de inmorales.

—¿Por qué machacar en ello? —preguntó Wimsey, con tono levemente herido—. Le pido perdón. De todas formas, por lo que a Loder respecta, la cosa era igual. Después de todo aquello, aún quedaba un pequeño fragmento de evidencia que debía lograr para estar totalmente seguro. La galvanoplastia, especialmente para un trabajo como el que yo tenía en la mente, no era un trabajo que pudiera acabarse en una noche; por otro lado, parecía necesario que el señor Varden fuese visto vivo en Nueva York hasta el día que debía partir. Resultaba también diáfana mente claro que Loder intentaba probar que un señor Varden había abandonado Nueva York en perfectas condiciones y que, realmente, había llegado a Sydney. Según esto, un falso señor Varden debía partir con los documentos y el pasaporte del verdadero Varden, todo ello debidamente legalizado por el sello consular. Luego, en Sydney desaparecería tranquilamente y se transformarla en el señor Eric Loder, que viajaba con un pasaporte perfectamente legal. Bien, en ese caso, era necesario mandar un telegrama a la Mystofilms Ltd., advirtiéndoles que esperasen a Varden en un barco posterior al acordado. Confié esta parte del trabajo a mi ayudante, Bunter, cuya capacidad es muy

poco usual. Este estupendo tipo fue la sombra de Loder durante tres semanas, y al fin, el mismísimo día antes de que el señor Varden fuera a partir, el cablegrama fue mandado desde una oficina en la cual, por una feliz providencia (una vez más), los lápices eran extremadamente duros.

—¡Caramba! —gritó Varden—. Ahora recuerdo que, al llegar a Sydney, los de la productora hablaron de cierto telegrama, pero nunca relacioné la cosa con Loder. Creí que sólo se trataba de una estupidez de los de Telégrafos.

—No me extraña. Bien, tan pronto como me enteré de aquello, me dirigí a casa de Loder, llevando una ganzúa en el bolsillo y una pistola automática en el otro. El bueno de Bunter me acompañó y tenía instrucciones de que, si yo no había vuelto a cierta hora, debía llamar a la policía. Como ven, todo estaba muy bien pensado. Bunter era el chófer que le estaba esperando, señor Varden, pero usted entró en sospechas —no le critico por ello en absoluto—, así que todo cuanto pudimos hacer fue mandar sus maletas a la estación.

»Al dirigirnos a la casa nos cruzamos con los criados de Loder, camino de Nueva York. Eso nos demostró que seguíamos la pista acertada, y también que yo iba a enfrentarme a un trabajo muy sencillo.

»Ya han oído ustedes todos los detalles acerca de mi entrevista con el señor Varden y, realmente, no creo poder mejorar en absoluto su narración. Cuando él y sus bártulos hubieron abandonado la casa, me dirigí al estudio. Estaba vacío, así que abrí la puerta secreta y, como esperaba, vi una línea de luz bajo la puerta del taller que había al final del pasadizo.

—¿Así que Loder estuvo allí todo el tiempo?

—Claro que estaba. Empuñé fuertemente mi pistola y abrí la puerta con gran suavidad. Loder se encontraba entre el tanque y el cuadro de mandos, y parecía muy atareado. Tanto, que ni siquiera me oyó entrar. Tenía las manos negras del grafito, buena cantidad del cual estaba extendido sobre una placa que había en el suelo. Loder estaba ocupado con un gran rollo de alambre de cobre que iba hasta la salida del transformador. El gran embalaje estaba abierto y de cada gancho colgaba su correspondiente ánodo.

»—¡Loder! —grité.

»Al volverse hacia mí, el rostro del escultor no tenía nada de humano.

»—¡Wimsey! —exclamó—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

»—He venido a decirte que estoy enterado de todo —dije, mostrándole mi pistola automática.

»Loder lanzó un alarido y se volvió hacia el cuadro de mandos. Apagó la luz, de forma que yo no pudiera apuntarle. Le oí saltar hacia mí y luego, en la oscuridad se oyó un estrépito y un ruido de chapoteo. Después, un alarido como yo nunca había escuchado antes —ni siquiera en cinco años de guerra—, y nunca quisiera volver a escuchar.

»A tientas, me dirigí al cuadro de mandos. Como es lógico, antes de encontrar la

luz toqué un montón de interruptores, pero al fin conseguí encender la gran lámpara que colgaba sobre el tanque.

»Loder estaba allí dentro. Su cuerpo aún se mecía suavemente en el interior del líquido. Como saben, el cianuro es uno de los venenos más rápidos y dolorosos. Antes de que yo pudiera hacer nada, comprendí que Loder había muerto por asfixia y por envenenamiento. El rollo de alambre que tenía entre las manos había caído en el tanque con él. Sin pararme a pensar, toqué el líquido y recibí una descarga que me hizo tambalear. Entonces comprendí que, mientras buscaba el interruptor de la luz, debía de haber conectado la corriente. Volví a mirar el interior del depósito. Al caer, las manos de Loder se habían aferrado al alambre. La bobina estaba pegada a sus dedos y la corriente iba depositando metódicamente una película de cobre sobre sus manos, ennegrecidas por grafito.

»Tuve el suficiente sentido común para comprender que Loder estaba muerto y que yo me vería en aprietos si la cosa trascendía ya que era cierto que yo había bajado al taller para amenazar a Loder con una pistola.

»Registré el cuarto hasta encontrar un soldador y un martillo. Luego me dirigí escaleras arriba y llamé a Bunter, el cual había recorrido sus dieciséis kilómetros en un tiempo récord. Fuimos al salón de fumar y soldamos lo mejor que pudimos el brazo de aquella maldita figura. Luego volvimos a bajar las herramientas al taller. Limpiamos todas las huellas dactilares y borramos hasta el último indicio de nuestra presencia. Dejamos la luz y el tablero de mandos tal como estaban y volvimos a Nueva York dando un enorme rodeo. Lo único que nos llevamos fue el facsímil del sello consular, que, aquella misma tarde, tiramos al río.

»A la mañana siguiente, el mayordomo encontró el cuerpo de Loder. En los periódicos leímos que el escultor había caído en el tanque mientras realizaba ciertos experimentos galvanoplásticos. Lo que más se comentaba era el horrible hecho de que las manos del cadáver tenían sobre ellas una espesa capa de cobre. Y como era imposible limpiarlas de esa película metálica sin recurrir a una irreverente violencia, Loder fue enterrado tal cual.

»Y eso es todo. ¿Puedo tomarme ahora mi whisky con soda?

—¿Qué ocurrió en el diván? —preguntó Smith Hartington.

—Cuando se hizo la venta de los bienes de Loder, lo compré —explicó Wimsey —. Luego acudí a un viejo sacerdote católico que conocía y le conté toda la historia bajo promesa de estricto secreto. El hombre era muy sensible y comprensivo, así que una noche de luna, Bunter y yo llevamos en coche el objeto hasta la pequeña iglesia del sacerdote, a pocos kilómetros de la ciudad, y le dimos cristiana sepultura en una esquina del cementerio. Era lo mejor que podía hacerse.

LOS VEINTE AMIGOS DE WILLIAM SHAW

RAYMOND E. BANKS

El hecho de que un mayordomo llame a la puerta de mi casa no es muy frecuente, y aún menos si el hombre lleva en la mano una cesta fiambrera. Sin embargo, dejé pasar a Higgins porque trabajaba para William Shaw, en una ocasión… Bien, el caso es que me hizo un gran favor.

Higgins era amablemente ceremonioso y me trasladó los respetos de su patrón. Yo saqué una botella de mi mejor vino, recordando aún mi deuda moral, ya que William Shaw era un antiguo y sincero amigo.

—Póngame al día —le pedí—. Hace mucho que no veo al señor Shaw. Sí, desde que se…

—Desde su matrimonio —indicó Higgins, sosegadamente. Yo siempre había admirado la firme mandíbula y la precisa forma de hablar de Higgins. Era la clase de mayordomo capaz de dirigir de forma competente, con sólo la sombra de un ceño o una sonrisa, cualquier asunto que se planteara. Ahora su rostro parecía esculpido en piedra; tenía todo el aspecto del hombre consagrado a un propósito. Repitió—: Desde su matrimonio.

—Grace Shaw era más bien… Quiero decir que, después del matrimonio, su presencia proyectó una especie de sombra sobre la antigua pandilla.

—El señor Shaw tenía muy pocas debilidades —comentó Higgins—. Su esposa era una de ellas. Un hombre ya mayor, y una mujer joven… Sus últimos años han sido muy difíciles.

Higgins, con una de las aguzadas puntas de sus conservadores zapatos negros, movió delicadamente la cesta fiambrera.

—El ansia del señor Shaw por ayudar a los demás, le ha colocado en una mala posición —continuó el mayordomo—. Queda va muy poco de lo que en tiempos fue una gran fortuna. Por eso no podía ni siquiera pensar en el divorcio, ya que la señora Shaw no se hubiera conformado con menos de casi todo lo que quedaba.

Recordé la última vez que había estado en casa de los Shaw: el deslumbrador brillo del collar que Grace llevaba alrededor de su blanco cuello y la acariciadora forma que tenía de tocarlo.

—No cabe duda de que lo del divorcio estaba más allá de toda consideración —dije, imitando inconscientemente la precisa manera de hablar de Higgins—. Resultaba muy difícil no imitar también su seca y enérgica voz.

—Abandonar a la propia esposa y huir no es cosa muy deseable —prosiguió Higgins—. Tal solución aísla a un hombre de sus amigos… y el señor Shaw siempre ha vivido para los amigos.

—Sí. Pasamos unas épocas estupendas —dije—. Hace tiempo…

—Por otra parte, los accidentes han de ser explicados —continuó el mayordomo.

De pronto, me encontré mirando a la cesta fiambrera con creciente interés y desagrado.

Me estremecí, pero aquello podía ser debido al vino. El que aún había en la copa del mayordomo, al ser atravesado por los rayos solares, proyectaba un brillo rojo sangriento sobre los pálidos dedos del hombre. La ventana de la habitación estaba abierta y en el cuarto reinaba un fuerte olor a tierra, a primavera y a flores. Era un aroma que hablaba de esperanza y despertar.

—Tiene usted una casa preciosa —dijo Higgins mirando alrededor—. Ha prosperado usted. Al señor Shaw le encantará saber lo bien que le ha ido.

—En una ocasión, estuve al borde del suicidio —expliqué. En el mayordomo había algo que invitaba a la confidencia—. Era un momento desesperado de mi vida. Me encontraba arruinado y carecía de amigos y de familia. Además, estaba seriamente enfermo y no tenía dinero para comprar las medicinas que podían aliviarme. Entonces me dirigí a las colinas de Hollywood, hacia ese gran indicador que ostenta la palabra: «H-O-L-L-Y-W-O-O-D». Ya sabe usted que había gente que se tiraba desde allí.

—Pero entonces usted se encontró con el señor Shaw —dijo Higgins, con una leve sonrisa.

—Aquél fue, para mí, un momento crucial —reconocí—. Él era un desconocido, no me debía nada. Sin embargo, gastó una gran cantidad de tiempo y dinero en hacer que me repusiera. Nunca lo olvidaré.

Higgins empujó la cesta hacia mí. Su sonrisa de cordialidad y comprensión aumentó.

—Siempre tuve la esperanza… de que algún día podría devolverle al señor Shaw ese favor —confesé.

—Cuando ayuda a la gente, el señor Shaw nunca espera una restitución. Sin embargo, hay algo en lo que usted le podría ayudar.

—Estoy dispuesto a cualquier… —dejé la frase colgada, ya que la sonrisa de mi visitante había desaparecido. De pronto, el mayordomo adoptó una expresión casi amenazadora.

—Por desgracia, el hombre que ha sido siempre el espíritu de la bondad está en peligro de morir a manos del Estado —dijo—. Sin embargo, también es muy probable que la desaparición de Grace Shaw no cause grandes comentarios. Ya se ha escapado otras veces. En una ocasión, en San Francisco, tuvo un asunto de dos semanas con un marinero. Otra vez, según creo, fue con un conductor de camiones.

—Sí, ya he oído que tiene esos defectos.

Bajo el impecable traje, los hombros de Higgins se encogieron.

—Esta vez… ¿Quién sabe? Podría ser un carnicero, un panadero, un fabricante de velas. El caso es que la señora ha desaparecido, y el señor Shaw parece veinte años

más joven, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Desde luego, está el molesto hermano de ella, que trata de crear dificultades. Pero el señor Shaw ya no tendrá que soportarle más, ahora que la señora se ha marchado.

El mayordomo acabó su vino y se levantó:

—Todos los mejores y más íntimos amigos del señor Shaw están ayudándole. Quizá sean unos veinte; los que más le debían. Confío en que podemos contar con usted.

—Pues, yo…

Pero Higgins, tras una inclinación, ya se dirigía hacia la puerta.

—Si yo fuera usted, no me entretendría —me dijo—. Hace calor, y el hielo seco no durará. Buenos días, señor Benson. Pero no le digo adiós. El señor Shaw celebrará pronto una de sus antiguas reuniones. Una especie de celebración, a la cual usted y su esposa están cordialmente invitados.

Fui con él hasta la puerta y luego le acompañé, por el pequeño porche y a través del jardín, hasta el «Rolls».

—No tengo ninguna experiencia en estos asuntos protesté.

—El señor Goodlace organizó una excursión de pesca en alta mar —explicó Higgins—. El señor Drayton estaba embaldosando un patio. A la señora Eileen Wilson le pareció que su jardín necesitaba unos cuantos rosales nuevos, de esa clase que tiene unas raíces muy profundas. En fin, la mente humana puede concebir muchas posibilidades —Higgins estrecho mi mano y sonrió—. Cuídese, señor Benson. Está usted pálido. Le sugiero que se eche y descanse unos momentos. El señor Shaw siempre le consideró uno de sus más fieles…

El «Rolls» se puso en marcha y desapareció.

Nunca he sido uno de esos hombres aficionados a la jardinería. Sin embargo, mi familia estaba fuera y era una tarde soleada, así que, tras dejar la cesta en el garaje, salí afuera provisto de una pala. En el primer sitio en que probé, la tierra era muy dura; pero no tardé en encontrar un trozo más blando junto a un macizo de jacintos.

Al cabo de poco rato advertí a mi lado una presencia extraña.

—¿Qué hace usted? —me preguntó el niño, que me observaba con serios ojos.

Pensé una serie de respuestas posibles, pero acabé por decidirme por la más sencilla:

—Cavo —dije.

—¿Cava, qué? —siguió indagando el hijo del vecino. Era Danny, un curioso, que a tan corta edad ya demostraba una marcada tendencia al fisgoneo.

—Un agujero —contesté, comenzando a sudar aun cuando apenas había profundizado quince centímetros en la tierra.

Las preguntas se sucedieron hasta que Danny se enteró de que yo iba a plantar un macizo de rosas.

—Mi mamá, para plantar los rosales, no hace agujeros tan hondos —dijo el niño, serio y con tono de sospecha. Normalmente, el chiquillo tenía un rostro atractivo y

lleno de inteligencia. Aquel día me pareció que sus ojos estaban demasiado juntos y que en su boca había un despectivo rictus.

—Puede que tengas razón —concedí, abandonando el proyecto.

Con treinta y cinco niños sueltos por el vecindario, aquélla no parecía precisamente la mejor forma de proceder. No quedaba mucho tiempo. Mi mujer regresaría a las cinco, y mi hijo Tommy a las seis.

Muchas personas ignoran las virtudes de los vertederos urbanos de nuestros días. Los vertederos tradicionales, con sus chabolas y sus montones de desperdicios, algunos de ellos ardiendo, rodeados por vías de tren y habitados por vagabundos, son ya algo del pasado.

El vertedero cercano a mi casa está dirigido por la Compañía de construcción JHK. Se trata de una gran extensión de terrenos hundidos que van siendo rellenados lentamente y que, con el tiempo, se convertirá en el lugar de construcción de una serie de casas de cuarenta mil dólares. Se encuentra rodeado por una alta cerca de alambre, y cuenta con un amable empleado que recibe a los clientes. Más allá de la entrada existen diversos y sinuosos caminos, y cada día se dispone un nuevo lugar para depositar en él los desperdicios. A medida que van llegando los camiones, el *bulldozer* se pone en movimiento. Resopla, machaca, tritura y convierte los objetos desechados en un informe amasijo que se une con la oscura y rica tierra.

Bajo la pala del *bulldozer*, los viejos *sommiers*, los desbroces vegetales que llevan los jardineros en sus camiones, los papeles, botellas, ropas y muebles son mezclados en un cóctel definitivo con la tierra. Después de que el *bulldozer* ha pasado por el terreno, allí no queda nada más que la tierra revuelta en la que, en uno u otro punto, asoman unos papeles o unas verdes ramas. Mañana otro estrato cubrirá el de hoy, y luego otro, y puede que aún otro más. Los arqueólogos del futuro tendrán que tener en cuenta los *bulldozers* del siglo XX.

Una vez dentro del recinto hay que unirse a una caravana de camiones, entre los cuales se ven unos pocos turismos con remolques que se dirigen al lugar de depósito del día. Luego uno estaciona a pocos metros de donde está trabajando el *bulldozer* y deja allí sus desechos. Y, a medida que esta actividad incesante se desarrolla, el lugar de depósito va cambiando.

Yo había llenado el coche con todos los trastos acumulados en el garaje, cosa que desde meses atrás, venía diciéndome que debía hacer. Los objetos que llevaba eran cosas que el servicio normal de recogida de basuras ni siquiera tocaría. Entre toda aquella acumulación de objetos inútiles, la cesta de Higgins tenía una apariencia por completo inocente.

Estaba a punto de aparcar en uno de los lugares de depósito cuando me fijé en un coche del cual sólo me separaba un camión. El vehículo me resultó inquietantemente familiar. Hacía un par de años que no veía a Ben Jackson, pero no había duda de que el coche ostentaba una de sus características decoraciones. Y, además, era el mismísimo Ben, uno de los mejores amigos de William Shaw, el que estaba poniendo

el automóvil en posición de descarga.

Aparqué fuera de la línea de vehículos y me dirigí hacia él. Ben no pareció muy contento de verme y cuando hube echado un vistazo a su remolque, comprendí el motivo. Aquel sábado, Higgins había hecho un recorrido completo.

—¡A mí se me ocurrió primero! —gritó Jackson.

—Éste es un vertedero muy grande —contesté—. Enorme.

Mi amigo era un hombre grueso y medio calvo, de desvaídos y oscuros ojos. Indicó con un ademán a los tres empleados del vertedero que examinaban la montaña de basuras dejada por los camiones.

—Una cesta podría pasar —dijo—. Dos… Eso ya resultaría sospechoso.

—No puedo evitarlo —murmuré—. Hay muy pocos lugares adecuados.

Entonces fue cuando se produjo el accidente. No podría decir si fue debido a que resbalé o a que Ben me empujó. El caso es que di un traspié y recibí un topetazo de un apresurado camión que iba por el camino. De resultas del golpe, caí redondo al suelo.

Durante unos momentos, las cosas parecieron bailar a mi alrededor. Oí unas voces, y del cielo bajó el largo y agradable rostro de William Shaw, que sonriendo me dio las gracias por la clase de ayuda que le prestaba. Traté de protestar, asegurando que mis errores eran involuntarios; pero entonces sentí cómo los fuertes brazos del encargado del vertedero me colocaban tras el volante de mi coche.

—Su amigo le ha ayudado a descargar el material y se ha ido —explicó el hombre, humedeciéndose nerviosamente los labios—. Lo mejor será que usted también se vaya a casa.

Su nerviosismo no resultaba difícil de comprender. Era posible que yo estuviese seriamente herido. Incluso tal vez necesitase la asistencia de una ambulancia. Más tarde, quizá yo demandase al vertedero. En general, el tipo pensó que sería mucho mejor que me fuese. Y eso fue lo que hice. Por mi parte, los peligros a que me exponía eran lo bastante grandes como para hacerme salir pitando de allí.

Una vez estuve en la seguridad de la carretera, miré hacia el asiento trasero para asegurarme de que todos los trastos habían desaparecido. Efectivamente: todo cuanto había ido a dejar en el vertedero ya no estaba allí, y eso me satisfizo. Pero sobre el asiento de atrás había dos cestas, en vez de la única cesta inicial.

Traté de pensar, pero no llegué a ninguna conclusión. Aún me sentía ofuscado y dolorido por el accidente del vertedero, aunque no había sufrido daños importantes. Decidí volver a casa, buscar la dirección de Ben Jackson e irle a hacer una visita acompañado de un buen bate de *baseball*.

Mi ira duró todo el camino de regreso, hasta que, una vez en mi casa, vi, en el porche, una cesta demasiado familiar. La nota unida a ella estaba escrita por una ágil mano femenina. Decía:

«No sé si me recordará. Me llamo Sarah King, y soy una buena amiga de William Shaw. Llevo mucho tiempo sin verle a usted, señor Benson, pero estoy segura de que

querrá ayudarme. Prácticamente, el médico me ha prohibido salir, y, además, vivo en un apartamento. Sé que es usted un caballero y que le encantará poder ayudar a una pobre anciana que apenas pisa la calle. ¿Querría usted hacerse cargo del paquete del señor Shaw? De todos sus amigos, usted es el que vive más cerca y, además, tiene un precioso y gran jardín».

La nota estaba firmada por Sarah King.

Me metí en casa a toda prisa. Sentía verdadero pánico. Era cierto: William Shaw había salvado mi vida y luego me ayudó a emprender una provechosa carrera. Mas para todo hay límites, incluso para la gratitud.

Al entrar en el vestíbulo, el teléfono sonaba con tan monótona insistencia que le hacía a uno creer que había estado emitiendo su timbrazo durante mucho tiempo. El que llamaba era Charles Moriseau, hermano de Grace Shaw. Antes de que hubiera pronunciado tres palabras reconocí su beligerante voz.

—¿Ha visto usted a Grace Shaw? —preguntó.

—No —respondí, tratando de mostrarme natural, pese a que el pánico formaba un nudo en mi garganta. No la había visto. Lo único que había visto era unos paquetes blancos, concienzudamente atados y envueltos, en el interior de tres cestas. Así que, al menos, no decía ninguna mentira.

—Mi ilustre cuñado pretende que Grace ha desaparecido —dijo Moriseau—. Pero yo sospecho que alguno de sus amigos está jugando sucio.

Recordé a Moriseau tal como le había visto la última vez. La voz, excesivamente refinada, las húmedas manos, la cabeza calva, los pálidos ojos de pez que miraban de modo suspicaz a toda la raza humana. Me acordé de lo simpático y agradable que era Shaw. Comencé a enfadarme.

—Su hermana no tiene fama de quedarse mucho en casa —dije.

—Creo que algo raro está ocurriendo —replicó él—. Tal vez me decida a hacer unas visitas, acompañado de la policía. Le iré a ver a usted y a algunos de los amigos de mi cuñado.

—Cuando quiera, amigo, cuando quiera. —Y, tras decir esto, colgué el receptor. Aquello zanjaba el asunto. Moriseau no iba a utilizarme como herramienta para destruir a mi querido William Shaw.

Transcurrió una semana. Estaba preparado para la esperada visita de Moriseau y de algún amenazador policía. Incluso tenía una coartada para aquel sábado por la tarde en particular. Sin embargo, no vino nadie, ni apareció nada en los periódicos. Un día me dirigí a la mansión de Shaw, en Bel Air. Era una de las residencias más grandes de aquella zona. Sólo vi a un uniformado detective de la Pinkerton que vigilaba aquellos terrenos. Traté de llamar a Higgins, pero el teléfono fue contestado por un guarda profesional que me dijo que en la casa no había nadie.

La tensión continuó; pero sin que ocurriese nada desagradable. Sin embargo, mi esposa se quejó de mi irritabilidad. Una noche no pude evitar tirarle un zapato a mi hijo.

Al fin llegó el alivio. Recibí una nota de Higgins que decía:

«El señor Shaw, tras un invierno de prueba, va a partir hacia Europa. En otoño, cuando regrese, recibirá a todos sus viejos amigos».

Aquello, al parecer, zanjaba la cuestión. William Shaw se encontraba bien y ni yo ni ninguno de nosotros teníamos motivo alguno para preocuparnos.

—¿Por qué cambias de camino siempre que ves un coche de la policía? —me preguntó mi mujer—. ¿Es que has vuelto a mentir en tu declaración de impuestos?

Yo también me pregunté por que hacía aquello. ¡Al diablo con lo de esperar hasta el otoño! Quería estar bien seguro de que ningún policía iba a ir a visitarme.

Compré una botella de champaña y, casi a la fuerza, conseguí entrar en la mansión de Shaw. Al verme frente al imperturbable Higgins le conté lo de la llamada de Moriseau.

Higgins volvió a mostrar su tranquila sonrisa.

—No tenemos nada que temer, señor Benson. En realidad, la excursión a Europa fue deliberadamente planeada para poner fin a la estancia de Moriseau aquí, ahora que su hermana ha… huido con cualquier otro hombre de mala reputación. En esta casa sólo vivíamos nosotros cuatro: el señor y la señora Shaw, el señor Moriseau y yo mismo. La señora Shaw ha desaparecido. Ahora podremos cerrar la casa y él tendrá que irse. Pero, en el otoño, todos nosotros volveremos a disfrutar de los viejos tiempos.

Indiqué el equipaje que se alineaba en el vestíbulo: dos grandes baúles y varias maletas de mujer.

—Quizá sea mejor que le dé esta botella de champaña a William y me vaya —dije.

Higgins meneó la cabeza.

—Eso no sería acertado, señor Benson. Hemos convencido a Moriseau de que su hermana se ha escapado. No parecería lógico que, tan pronto, comenzara a ver rostros conocidos, sobre todo, si esos rostros pertenecen al viejo grupo de amigos.

—Comprendo que tiene usted razón —reconocí, dejando la botella sobre el equipaje—. Dele recuerdos a William de mi parte.

Permanecía en el muelle de Los Angeles observando la partida del barco para Hawai. Había resultado sencillísimo descubrir en el libro registro los nombres del «señor y la señora Higgins». Les había visto a ambos unos momentos en la estación de tren, aunque tomando grandes precauciones para asegurarme de que ellos no advertirían mi presencia.

Charles Moriseau también estaba allí, sonriendo y saludando con la mano a su hermana y a su nuevo cuñado. Con William muerto y enterrado por sus veinte mejores amigos, aquella pareja había conseguido su propósito. Grace podía mantener muy bien tanto a Higgins como a Charles, ya que ninguno de ellos gastaba con la generosidad de que el pobre William había hecho alarde durante su vida. El collar de la mujer brillaba alrededor de su hermoso cuello, los dientes de Higgins relucían bajo

el sol, mientras su propietario abrazaba a Grace y mostraba una feliz sonrisa, indigna de un mayordomo.

Me fui y mandé unos telegramas a la policía del puerto, explicándoles anónimamente lo que encontrarían en las tres cestas que había en el interior del camarote de Higgins. Eran tres cestas que yo había mantenido en la cámara frigorífica de un carnicero amigo mío mientras trataba de esforzar mi pobre y poco imaginativo cerebro para que encontrase una forma de salir de aquel aprieto.

Higgins había planeado muy bien el asesinato, y se deshizo del cuerpo con toda limpieza. Fue, hasta el final, un perfecto mayordomo. Sólo cometió un desliz. Un desliz que no pudo evitar. En aquella mansión sólo había tres hombres y una mujer. Se suponía que la mujer estaba muerta. Sin embargo, en el equipaje que preparó para la excursión a Europa (y, ¿no resultaba evidente que, en realidad, debían de haber reservado pasajes para irse en la dirección opuesta?), Higgins había utilizado un juego de maletas femeninas.

Ningún mayordomo tan capaz como Higgins hubiera mandado a Europa a dos hombres (él mismo y su patrón) con un equipaje de mujer.

EL OTRO VERDUGO

CARTER DICKSON

¿Que por qué en Pennsylvania se emplea la electrocución en vez de la horca? (preguntó mi viejo amigo, el juez Murchison, acercándose diestramente la escupidera con el pie). Pero…, ¿qué les enseñan en esas modernas escuelas de Leyes? Porque eso, hijo, se debió a un caso de asesinato. Los magistrados del Tribunal Supremo se vieron negros para encontrar la solución final y, desde hace treinta años, se discute este asunto en las antesalas de todos los tribunales, desde aquí a la costa del Pacífico. El caso ocurrió aquí mismo, en este condado… Fue cuando colgaron a Fred Joliffe por el asesinato de Randall Fraser.

Ocurrió en el noventa y dos o el noventa y tres; de cualquier forma, fue el año en que instalaron el primer teléfono en el Juzgado, y resultaba posible hablar hasta con Pittsburgh, excepto cuando el viento derribaba los cables. Considerando que era la capital del condado, nos sentíamos muy orgullosos de nuestra ciudad (población, 3.500 habitantes). Las autoridades no dejaban de elogiar lo próspera y rica que era nuestra comunidad y habíamos llegado a un punto tal de entusiasmo que, cada diez años, teníamos la seguridad de que los encargados del censo se habían olvidado de contar a la mitad de nuestra población. El viejo Mark Sturgis, que por entonces era dueño del *Bugle Gazette*, dijo un montón de cosas feas en un editorial cuando en el almanaque pusieron que nuestra ciudad contaba sólo con tres mil doscientos sesenta y tres habitantes. Eso nos ofendió muchísimo a todos.

Además, nos sentíamos orgullosos de muchas otras cosas. Teníamos buenas razones para presumir del «McCellan House», el mejor, hotel del condado. Aún recuerdo cuando, por dos dólares a la semana, se tenía derecho a cuarto y pensión completa, con tarta de manzana para desayunar todos los días. Nos sentíamos orgullosos de las antiguas familias del condado, que llegaron de detrás de las montañas en 1775, cuando las tropas de Braddock, esquilmadas por los indios, se asentaron aquí, en cabañas de troncos, para curar sus heridas. Pero, sobre todo, nos sentíamos orgullosísimos de nuestras baterías legales.

¡Era un gran grupo de juristas! Bueno, no diré que todos ellos dominaran a la perfección los libros de leyes; pero conocían a fondo los textos de Blackstone y Greenleaf y eran expertos oradores. Y había algunos —los mejores, llenos de gracia, sabiduría y dignidad— que eran verdaderos diablos en el conocimiento exacto de la letra de la Ley. Todos éramos presbiterianos escocés-irlandeses, y nos encantaban las discusiones y el buen whisky. Estaba Charley Connell, graduado en Harvard y fiscal de distrito. Sus manos eran elegantísimas. Llevaba siempre unos cuellos de camisa muy distinguidos y pronunciaba tales discursos al jurado que la gente acudía a oírle

desde muchos kilómetros de distancia, aunque casi siempre perdía los casos. Estaba también el juez Hunt, que se enorgullecía de su parecido con Abraham Lincoln y, en consecuencia, llevaba siempre una levita cruzada y un elegante sombrero alto de seda. Y luego, tu propio abuelo, que tenía en su biblioteca más de doscientos libros y la gente acostumbraba a ir a su casa por las noches para pedirle prestados tomos de la enciclopedia.

¿Conoces el gran Juzgado de piedra, al final de la calle, con jardines alrededor y la cárcel al lado? La gente iba allí como ahora acude al cine, aunque aquello era muchísimo mejor. Bueno, pues desde allí sólo había dos minutos de camino, a través del prado, hasta la taberna de Jim Riley. En ella se reunían todos los hombres de leyes; en la parte trasera, desde luego, donde Jim había colocado una elegante escupidera de bronce y un retrato de George Washington para dignificar el lugar. Hasta que construyeron una casa sobre aquel prado, era posible advertir el sendero abierto en la hierba por los pies de los juristas. Aparte del grupo habitual, en la trastienda estaba Bob Moran, el *sheriff*, un tipo alto y muy agradable, pero extraordinariamente puntilloso respecto a lo de cumplir con sus deberes al pie de la letra. Y el pobre Nabors, rechoncho, tranquilo, de ojos enrojecidos. Se dedicó a la medicina hasta que tomó el primer trago. Siempre estaba sin dinero. Tenía dos hijas —una de ellas, tuberculosa—, y a Jim Riley le daba tanta pena que le servía gratis todo el licor que el otro deseaba. Eran unos tiempos felices y magníficos en los que, con elocuencia y grandes dotes especulativas, resolvíamos, en aquella trastienda, todos los problemas de la nación… hasta que nuestras esposas venían a llevarnos a casa.

Entonces Randall Fraser fue asesinado y aquello provocó una conmoción de todos los diablos.

Claro que, si no hubiera sido Fred Joliffe quien le mató, no le hubiéramos condenado, como es lógico. Eso es algo imposible de hacer, hijo. Al menos, en una pequeña comunidad. Está muy bien lo de hablar del poder y la grandeza de la Justicia, y en un discurso suena estupendo. Pero cuando se trata de alguien a quien has visto por la calle durante años, y sabes cuando nacieron sus hijos, y le viste llorar cuando murió uno de ellos, y recuerdas que, cuando los necesitaste, te prestó diez dólares… Bueno, entonces no te es posible sacar a esa persona a la fría luz de la mañana y colgarla por el cuello hasta que muera. Después de eso, siempre estarías viendo la expresión de su rostro. Por eso, haya hecho lo que haya hecho, uno siempre encuentra excusas para esa persona.

Pero con Fred Joliffe era distinto. Fred Joliffe era el vecino más antipático y desagradable que habíamos tenido nunca, con la posible excepción del propio Randall Fraser. ¿No has visto nunca una culebra arrollada sobre una piedra? Y una culebra es aún peor que una serpiente de cascabel, porque ésta no te hace nada si no la pisas y, antes de atacar, avisa con sus crótalos. Fred Joliffe tenía el mismo color parduzco y se movía con la misma sinuosidad de una culebra. Siempre recordaré

cómo atravesaba la ciudad en su carro —el tipo tenía una especie de negocio de trapería—. Aún lo veo allí subido: flacucho y vestido con un abrigo oscuro, husmeando siempre para dar con algo sobre lo que chismorrear. Y sonriendo.

No eran sólo las cosas que decía de la gente a su espalda. O en su cara, ya que confiaba en el hecho de que era demasiado débil para que nadie le pegase. Se trataba de un tipo realmente sibilino. Siempre sospechamos que fue él quien escribió aquellos anónimos que provocaron… Pero eso no importa. De todas maneras, lo que si te diré es que una vez hizo perder los estribos a Will Farmer hasta tal punto que Will por poco le mata de la paliza que le dio. Cosa de cuatro semanas más tarde, una noche fue incendiado el establo de Will, con once caballos dentro, pero nunca pudo probarse nada. Fred era demasiado listo para nosotros.

Eso me lleva al único compañero de Fred Joliffe, y no quiero decir amigo. Randall Fraser era propietario de una guarnicionería en Market Street, un sitio polvoriento con un enorme caballo disecado en el escaparate. Supongo que la única cosa del mundo que le gustaba a Randall era aquel caballo, un objeto de pesadilla, con repulsivos ojos de cristal. Randall era un tipo alto, de fino bigote y que llevaba en la corbata un alfiler de herradura. Iba vestido siempre con trajes deportivos a cuadros. Era empalagosamente cortés y un verdadero mal bicho. Consideraba que las jugadas sucias y los timos eran las bromas más divertidas del mundo. Pero, ¿para qué negarlo?, gustaba a las mujeres y muchas de ellas entraban en su tienda por la puerta de atrás. Randall contaba luego sus aventuras en la barbería, para demostrar lo estúpidas que eran ellas y lo viril que era él, aunque debía andarse con ojo. Muchas veces, él y Fred Joliffe se emborrachaban juntos.

Entonces llegó la noticia. Fue en octubre, según creo, y me enteré de ella por la mañana, cuando estaba poniéndome el sombrero para bajar a la oficina. Pero entonces, el viejo Whiters ocupaba el cargo de alguacil. Se levantó muy temprano, aunque no tenía necesidad de hacerlo, y cuando, a eso de las cinco, bajaba por Market Street vio que en la parte trasera de la tienda de Randall estaba encendida la luz de gas. La puerta frontal se encontraba abierta. Whiters entró, encontrándose a Randall caído sobre un montón de arreos, en manga de camisa y la cara destrozada a mazazos. No quedaba mucho del rostro, pero era posible reconocerle por su bigote y el alfiler de corbata. Me encontraba en mi oficina cuando alguien, desde la calle, gritó que habían encontrado a Fred Joliffe en el granero, borracho, con las manos manchadas de sangre y una botella vacía del whisky de Randall Fraser en el bolsillo. Se encontraba aún en pésimo estado y, cuando el *sheriff*, que era Bob Moran, ya te he hablado de él, se presentó en el lugar, Fred no podía ni andar ni comprender lo que estaba sucediendo. Bob tuvo que llevarle en el propio carro de Joliffe. Les vi subir por Market Street bajo la lluvia. Fred yacía en la parte trasera del carro, con las ropas manchadas de harina y no hacía más que removerse y decir palabrotas. La gente se mostró muy tranquila. Estaba satisfechísima, pero no lo demostraba.

Bueno, con la única excepción de Will Farmer, el dueño del establo que fue

incendiado.

—Ahora le juzgarán, le condenarán y colgarán —dijo Will—. ¡Por Dios que le colgarán!

Te parecerá raro, hijo, pero no comprendí la importancia de todo aquello hasta que, después del juicio, oí al juez Hunt pronunciar la sentencia. Me designaron para defender a Joliffe porque yo era un joven abogado sin experiencia, y alguien tenía que hacerse cargo de aquella tarea. Toda la ciudad conocía las pruebas aun antes de que yo pudiera entrevistarme con Fred. Uno se daba cuenta de que el tipo no tenía una sola posibilidad. Un esmerilador que vivía al otro lado de la calle (ahora no me acuerdo de su nombre) había visto a Fred entrar en la guarnicionería de Randall a eso de las once. Un par de ancianos que vivían encima de la tienda les oyeron beber y gritar. A eso de medianoche oyeron un ruido como de pelea y una caída, pero eran demasiado cautos para intervenir. Por último, dos campesinos que abandonaron la ciudad a medianoche vieron a Fred salir dando traspiés por la puerta delantera, sacudiéndose las ropas y secándose las manos en el abrigo, como si padeciera un ataque de *delirium tremens*.

Fui a la cárcel a ver a Fred. Estaba sobrio, aunque su forma de hablar era vacilante. Sus pálidos ojos eran tan venenosos como de costumbre. Aún puedo verle, sentado en el banco de su celda, chupando un cigarro barato y mirándome burlonamente. No quiso contarme nada porque, según dijo, si lo hacía, yo iría a contárselo todo al juez.

—¿Ahorcarme? —dijo, arrugando la nariz y volviendo a sonreír burlonamente—. ¿Ahorcarme? ¿A mí? No se preocupe por eso, señor. Esos fulanos nunca me colgarán. Me tienen demasiado miedo. Demasiado miedo, ¿eh, señor?

Y el muy estúpido no pudo quitarse eso de la cabeza hasta que oyó la sentencia. En el tribunal no hizo más que pavonearse, decir impertinencias, llamar al juez por su nombre de pila y amenazar con decir lo que sabía de la gente. Llevaba una pechera postiza nueva que se había comprado para estar más elegante.

Fue sorprendente la calma con que la gente se lo tomó. Los que asistieron al juicio no susurraron ni se movieron. Se limitaron a permanecer inmóviles, mirando a Fred. Lo único que se oía era el mido de la respiración. Un tribunal es un sitio muy raro, hijo. Tiene su olor peculiar, que no te molesta a no ser que te pongas a pensar en lo que significa, pero las partes estropeadas y las grietas en las paredes son allí mucho más notables que en cualquier otro lugar. Uno oía la voz de Charley Connell el fiscal —un leve ruidito que resonaba en la enorme sala—, y el crujir de las pisadas de Charley. Era posible captar la tos de alguien del público, o el rumor de unas faldas femeninas, o el siseo de los quemadores de gas. Estábamos en la estación de las lluvias, así que encendían el gas a las dos de tarde.

La única defensa que me fue posible fue la de alegar que Fred había estado demasiado borracho para ser responsable, y no recordaba nada de lo ocurrido aquella noche, lo cual él admitió que era cierto. Pero eso, además de no ser ninguna defensa

legal, resultaba terriblemente frío. Mi propia voz me sonaba mal. Recuerdo que seis miembros del jurado llevaban barba, y los otros seis, no, y el juez Hunt, en su estrado, con la bandera a su espalda, se parecía más que nunca a Lincoln. Incluso Fred Joliffe comenzó a darse cuenta de lo que iba a ocurrir. No hacía más que volverse a mirar a la gente, sintiéndose muy incómodo. Una vez, estirando el cuello, gritó a los del jurado:

—¿Es que no pueden hacer ni decir nada?

Lo hicieron.

Cuando el portavoz del jurado dijo:

—Culpable de homicidio en primer grado —se produjo sólo un leve sonido entre el público. No fue un grito ni nada parecido. Se trató de una especie de suspiro general, como si todos hubieran estado conteniendo la respiración. Fue muy desagradable oído. Fred no comprendió nada hasta que el juez Hunt hubo pronunciado más de la mitad de la sentencia. Fred permanecía en pie, mirando a su alrededor con una salvaje e incrédula expresión en el rostro. Al fin, cuando oyó decir al juez: «Y que Dios tenga piedad de su alma», Joliffe estalló. Adoptó una actitud suplicante e indecisa, como si todo aquello fuera llevar la broma demasiado lejos.

Dijo:

—Bueno, no serán capaces de hacerme eso, ¿verdad? No pueden engañarme. Tú no eres más que Jerry Hunt. Te conozco. No me puedes hacer eso. —De pronto, comenzó a golpear la mesa, gritando—: No están dispuestos a ahorcarme, ¿verdad?

Pero sí lo estábamos.

La ejecución fue fijada para el doce de noviembre. La orden, debidamente firmada, decía: «… dentro del recinto de la dicha cárcel de condado, entre las ocho y las nueve de la mañana, el citado Frederick Joliffe será colgado por el cuello hasta que muera; con tal propósito, un verdugo será nombrado por el *sheriff*, y la sentencia llevada a cabo ante una autoridad médica calificada; el cuerpo será enterrado…». En fin, y todo lo demás. Todos se sentían nerviosos. Desde que aquel equipo jurídico estaba en el cargo no se había efectuado ningún ahorcamiento, y nadie sabía exactamente cómo se debía proceder. El viejo Doc Macdonald, el forense, iba a estar allí y, como es lógico pidieron la presencia del reverendo Phelps, el predicador, y la mujer de Bob Moran iba a preparar las tortas y salchichas para el último desayuno. Tal vez pienses que eso eran nimiedades. Pero considera por un momento la idea de tomar a alguien al que conoces de toda tu vida, atarle los brazos a la espalda en una fría mañana y conducirle a tu propio patio trasero para partirle el cuello con una cuerda… todo eso, de forma religiosa y legal, sin que nadie interfiera. Entonces comienzas a asustarte de los poderes de la vida y la muerte y de la leve brecha que los separa.

A Bob Moran, la idea de que las cosas no salieran como era debido le ponía blanco de miedo. Había designado al borrachín de Ed Nabors como verdugo. Eso se debía en parte a que Ed necesitaba los cincuenta dólares porque Bob tenía la vaga

idea de que un ex médico sería más capaz de manejar una ejecución. Ed había jurado mantenerse sobrio. Bob Moran aseguró que Nabors no recibiría un céntimo como no lo hiciera así, pero nunca podía asegurarse nada.

Nabors parecía muy inquieto. Había estudiado el asunto del ahorcamiento científico en un viejo libro que tomó prestado de la biblioteca de su abuelo, y, junto con el carpintero, montó en el patio de la cárcel un enorme armatoste de aspecto vacilante. En las pruebas, utilizando sacos de arena, el patíbulo funcionaba a la perfección. La trampa se abría con un golpetazo que le ponía a uno el corazón en la garganta. Pero una vez dieron a la cuerda excesiva tensión y se partió. Entonces el viejo Doc Macdonald hizo una broma respecto a aquel tipo, John Lee, de Inglaterra, y eso casi acabó con los nervios de Bob Moran.

Eso ocurrió durante la noche anterior a la ejecución. Nos encontrábamos en la oficina de Bob, alrededor de la lámpara, tratando de jugar al póker descubierto. Repartidos por el cuarto había peonzas, cuerdas para hacerlas girar y toda clase de juguetes. Bob permitía a sus hijos que jugasen allí; cosa que no debería haber hecho, ya que una de las puertas de la oficina conducía al corredor de celdas, en la última de las cuales se encontraba Fred Joliffe. Como es lógico, los otros presos —acusados de conducta desordenada, robo de gallinas y cosas por el estilo— habían sido trasladados al piso de arriba. Alguien le había dicho a Bob que la proximidad de una ejecución convertía a los demás prisioneros en una especie de animales salvajes enjaulados. Se lo dijese quien se lo dijese, tenía razón. Podíamos oírles removerse y patear allá arriba, y un muchacho de color se pasó toda la noche cantando himnos.

Además, caía una lluvia torrencial. Tal vez fuera eso lo que recordó a Doc Macdonald el asunto. Doc era un viejo cínico. Cuando advirtió que Bob no podía estarse quieto y que tiraba sus cartas sin mirar siquiera las que había sobre la mesa, dijo:

—Bueno, espero que todo salga bien. Pero tienes que tener cuidado con la lluvia. ¿Conoces el caso del tipo que trataron de ahorcar en Inglaterra… y la lluvia mojó las maderas, éstas se deformaron y la trampilla no se abrió? Trataron de ahorcarle tres veces, pero la cosa siguió sin funcionar.

Ed Nabors dio una palmada sobre la mesa. Supongo que su estado de ánimo era pésimo, ya que una de sus hijas se había escapado de casa y la otra se moría de tisis. Estaba tembloroso y con los ojos enrojecidos. No había tomado un trago en dos días, aunque sobre la mesa había una botella. Dijo:

—O te callas, o te mato. ¡Maldito Macdonald! —exclamó, aferrándose al borde de la mesa—. Te aseguro que nada puede ir mal. Si quieres, vamos a probar otra vez el aparato, pero poniéndote a ti la cuerda al cuello.

Bob Moran preguntó:

—¿Qué pretendes hablando así, Doc? ¿No está ya todo bastante difícil? Ahora haces que me preocupe aún de otra cosa. Hace un rato, he ido a la celda y Fred Joliffe ha dicho la cosa más rara que nunca le he oído. Está loco. Se rió, asegurando que

Dios no permitiría a esos villanos que le ahorcasen. Fue terrible oír hablar así a Fred Joliffe. ¿Alguien sabe qué hora es?

Aquella noche hizo frío. Yo me adormecí en un sillón, oyendo la lluvia y el ruido de animales enjaulados en el piso de arriba. El muchacho de color cantaba aquella parte del himno en la que se decía que cuanto más calmadas están las aguas, más cerca está la tempestad.

Me despertaron a eso de las ocho y media para decirme que el juez Hunt y todos los testigos estaban ya en el patio de la cárcel, listos para empezar. Entonces comprendí que, después de todo, iban a ahorcarle realmente. Tuve que colocarme al fin de la procesión, como había jurado hacerlo, pero no vi la cara de Fred Joliffe. Ni quise verla. Le habían dado una buena lavada y una camisa nueva con el cuello desbocado a propósito. Al salir de la celda, Fred se tambaleó y comenzó a andar en dirección opuesta, pero Bob Moran y el alguacil le llevaban sujeto por los brazos. Era una mañana fría, oscura y ventosa. Las manos de Fred estaban atadas a la espalda.

El predicador decía algo que no pude oír. Todo fue bien hasta que llegaron a mitad del patio de la cárcel. Era un patio bastante grande. No miré al artefacto que había en medio, sino a los testigos, en pie junto a la pared y con los sombreros quitados. Pero Fred Joliffe sí miró al patíbulo. Se le doblaron las rodillas. Volvieron a ponerle en pie. Oí que volvían a caminar y comenzaban a subir las escaleras, que crujieron.

No miré hacia el cadalso hasta que oí un golpe y todos comprendimos que algo iba mal.

Fred Joliffe no se encontraba sobre la trampilla, ni tenía el capuchón sobre la cabeza, aunque sus piernas estaban atadas. Estaba en pie, con los ojos cerrados y la cara vuelta hacia el rojo cielo. Ed Nabors, colgado de la cuerda con ambas manos, daba patadas a la trampilla. Ésta no se abría. Al tiempo que oí a Ed gritar algo acerca de que la lluvia había humedecido las tablas, el juez Hunt pasó junto a mí, dirigiéndose al pie del cadalso.

Bob Moran comenzó a lanzar obscenos juramentos.

—Colócale otra vez y prueba de nuevo —dijo, agarrando el brazo de Fred—. Ponle ese capuchón sobre la cabeza y dale otra oportunidad a este cachivache.

Serenamente, el predicador dijo:

—En Su nombre, no lo harás si yo puedo evitarlo.

Bob, como un loco, corrió a la trampilla y saltó sobre ella con ambos pies. Estaba encallada. Entonces el *sheriff* se dio la vuelta y sacó su «Ivor-Johnson» del 45. El juez Hunt se puso frente a Fred, cuyos labios se movían ligeramente.

—Le aplicaremos la ley, y nada más que la ley —dijo el juez—. Aparta ese revólver, loco, y llévate a Fred a su celda hasta que consigas hacer funcionar el patíbulo. Y ahora, ten cuidado con él.

Aún hoy, no creo que Fred Joliffe hubiera comprendido lo que ocurría. Creo que sólo se confirmó en su creencia de que no tenían el propósito de ahorcarle. Cuando se

encontró a sí mismo bajando de nuevo los escalones, abrió los ojos. Tenía el rostro descompuesto y una expresión de aturdimiento, pero, de pronto, la verdad pareció llegar hasta él.

—Sabía que esos fulanos no iban a colgarme —dijo. Su garganta estaba tan seca que, aun cuando lo intentó, no pudo escupir al juez Hunt. Sonriente, siguió su camino a través del patio, repitiendo—: Sabía que esos fulanos no iban a colgarme.

Todos tuvimos que sentarnos durante un minuto. Ed Nabors necesitó una copa. Bob le hizo darse prisa, e iba a salir de nuevo a arreglar la trampilla cuando el conserje del Juzgado entró a toda prisa en la oficina de Bob.

—Le llaman —dijo—. Por esa nueva máquina. El teléfono.

—¡Déjeme en paz! —gritó Bob—. Ahora no puedo atender llamadas telefónicas. Venga a echarnos una mano.

—Pero es de Harrisburg —insistió el conserje—. De la oficina del gobernador. Tiene que ir.

—Quédate tú aquí, Bob —dijo el juez Hunt. Me hizo una seña para que le acompañara.

Al ir hacia el Juzgado, el juez y yo cambiamos una extraña mirada. El reloj marcaba casi las nueve. Pude ver cómo, en el patio de la cárcel, la gente seguía dando golpes a la trampilla. Después de que Hunt hubo escuchado lo que tenían que decirle desde Harrisburg, le costó un buen rato poder colocar de nuevo el receptor sobre la horquilla.

—En cierto modo, siempre he creído en la Providencia —dijo—; pero nunca creí que fuera algo tan personal. Fred Joliffe es inocente. Hemos de suspender la ejecución y esperar a un enviado del gobernador. Una mujer ha aportado nuevas pruebas… Sea lo que sea, ya nos enteraremos más tarde.

No estoy muy ducho en lo de describir estados mentales, así que no puedo decirte cómo nos sentíamos. Sobre todo, nos dominaba una enorme excitación producida por el horror de que tal vez hubieran vuelto a sacar a Fred y le hubiesen ahorcado. Pero cuando miramos de nuevo hacia el patio, vimos a Ed Nabors y al carpintero discutiendo sobre si debían serrar la trampilla, y una sensación de dicha nos invadió al comprender que podíamos reducir a pedazos aquel desagradable armatoste.

El pasillo del piso bajo estaba desierto. El juez Hunt había recuperado el resuello y, como era uno de esos oradores a los que les encanta hacer comentarios halagüeños acerca de Dios, se dedicó a lanzar un vigoroso discurso. Sólo se calló al ver que la puerta de la celda de Fred Joliffe estaba abierta.

—Incluso Joliffe merece ser el primero en enterarse de la noticia —dijo el juez.

Pero Fred nunca se enteró de ella, a no ser que su fantasma estuviera escuchando. Ya te he dicho que era muy bajito y ligero. En el interior de la celda, sus talones se mecían a cosa de medio metro del suelo. Esto se debía a que estaba colgado por el cuello de una cuerda de peonza atada a un clavo de la pared. A sus pies se veía una banqueta tumbada.

No, hijo, no creímos durante mucho tiempo que se tratase de suicidio. Durante unos momentos estuvimos perplejos, y la histeria casi nos dominó, como es lógico. Era como pensar en los propios problemas a las tres de la madrugada, cuando a uno le impiden dormir las preocupaciones.

Pero, verás… Fred tenía las manos atadas a la espalda. En la parte de atrás de su cabeza había un chichón producido por el martillo que había junto a la caída banqueta. Alguien había entrado en la celda con el martillo oculto, había golpeado a Fred cuando este no miraba, hecho un nudo corredizo en la cuerda y ahorcado con ella a Joliffe. La parte más agitada del asunto llegó cuando comprendimos esto. Todos comenzamos a decir a gritos dónde habíamos estado durante la confusión. Nadie se había fijado en nada. Yo estaba verde de miedo.

Cuando en la oficina de Bob nos reunimos alrededor de la mesa, el juez Hunt recuperó la serenidad. Miró a Bob Moran, a Ed Nabors, a Doc Macdonald y a mi. Uno de nosotros era el otro verdugo.

—Éste es un mal asunto, caballeros —dijo, tras carraspear un par de veces, como hacen los oradores nerviosos—. Lo que deseo saber es quién, estando en sus cabales, estrangularía a un hombre sabiendo que, de todas maneras nosotros pensábamos hacerlo.

Entonces Doc Macdonald se puso desagradable.

—Bien… —dijo— si vamos a eso, deberías comenzar preguntando de dónde salió esa cuerda de peonza.

—No te entiendo —murmuró Bob Moran, asombrado.

—¿Ah, no? —dijo Macdonald, tirándose de la patilla—. Entonces…, ¿quién tuvo tanto empeño en que esta ejecución se realizase según lo programado que hasta intentó emplear un revólver cuando la trampilla no funcionó?

Bob emitió un ruido como si le hubieran golpeado en el estómago. Se quedó mirando a Doc durante un minuto, con los brazos caídos a los costados… y luego se echó sobre Doc. Lo atrapó al otro lado de la mesa y empezó a darle golpes. Entonces el cuarto comenzó a llenarse de gente atraída por los gritos. Algo curioso: el primero en entrar en la cárcel fue el carpintero, que se sentía un poco molesto de que nadie le hubiera dicho que la ejecución se había suspendido.

—¿A qué viene esta pelea? —preguntó, en tono irritado. Era más grande que Bob, y pudo apartarle de Macdonald con un par de manotazos—. ¿Por qué no me han dicho lo que ocurría? Dicen que no va a haber ejecución. ¿Es cierto?

El juez Hunt asintió, y el carpintero Bamey Hicks, así se llamaba; ahora me acuerdo Bamey Hicks, de mal humor, dijo:

—Bueno, bueno, pero no hay por qué empezar a pelearse de esa forma. —Luego, mirando a Ed Nabors—: Lo que quiero es mi martillo. ¿Dónde está, Ed? Lo he buscado por todas partes. ¿Qué has hecho con él?

Ed Nabors tomó asiento, se sirvió cuatro dedos de whisky y se los bebió de un trago.

—Perdona, Barney —dijo, en el tono más frío que nunca he oído—. Debí dejármelo en la celda, cuando ahorqué a Fred Joliffe.

¡Y se habla de pausas dramáticas! El silencio que se produjo fue parecido al que se hace cuando el mago del Opera House dispara una pistola y de una caja vacía salen volando seis palomas. Yo no podía creerlo. Recuerdo a Ed Nabors, sentado en aquel rincón, junto a la enrejada ventana, con su chaqueta negra y su corbata de lazo. Tenía las manos sobre las rodillas y nos miraba, sonriendo un poco. Parecía tan viejo como los profetas y ya había tomado el suficiente licor para dominar el tic de su párpado. No hizo más que eso: quedarse sentado allí, tranquilamente, mascando su tabaco y sonriendo.

—Juez —dijo en tono reflexivo—, acaba usted de recibir una llamada del gobernador, en Harrisburg, ¿no? Ajá. Estaba seguro de que sería eso. Se ha presentado una mujer a confesar que Fred Joliffe era inocente y que era ella quien había matado a Randall Fraser, ¿no es así? Ajá. Esa mujer es mi hija. Jessie no tenía valor para confesarlo aquí, comprenda. Por eso se escapó y fue a ver al gobernador. No hubiera hecho nada de no haber ustedes condenado a muerte a Fred.

—Pero…, ¿por qué? —gritó el juez—. ¿Por qué?

—Lo que ocurrió fue esto —comenzó Ed, con su lentitud habitual—. Había mantenido relaciones bastante íntimas con Randall Fraser. Eso hizo Jessie. Y tanto Randall como Fred se estaban divirtiendo en grande amenazándola con revelar a todos la historia. Supongo que Jessie estaba a punto de volverse loca. Y, en la noche del crimen, Fred Joliffe estaba demasiado borracho para poder recordar nada de lo que ocurrió. Supongo que, cuando despertó y vio sus manos manchadas de sangre y a Randall muerto, pensó que él lo había matado.

»Imagino que ahora se sabrá todo. Lo que ocurrió es que los tres se encontraban en esa trastienda, cosa que Fred no recordaba. Mientras se burlaban de Jessie, él y Randall se pelearon. Fred le golpeó con aquella maza y le dejó sin sentido, pero toda la sangre que manchaba sus manos provenía de una herida en la ceja de Randall. Jessie… Bueno, ella acabó el trabajo cuando Fred huyó, eso es todo.

—¡Pero… condenado loco! —gritó Bob Moran, comenzando a dar golpes sobre la mesa—. Si Jessie había confesado ya, ¿por qué tenías que matar a Fred?

—Vosotros, amigos, no hubierais condenado a Jessie, ¿verdad? —dijo Ed, guiñándonos un ojo—. No. Pero… si Ed hubiera estado vivo después de la confesión de ella, se hubieran visto obligados a hacerlo. Eso pensé. Una vez enterado Joliffe de lo ocurrido, de que él no era culpable y Jessie si, no habría descansado hasta arrancarles el caso de las manos y llevarlo a un tribunal superior. Hubiera revuelto todo el Estado hasta conseguir, o que la ahorcasen, o que la mandaran a la cárcel de por vida. Y yo no podía soportar eso. Como digo, eso pensé que ocurriría, aunque en estos tiempos mi cerebro no está tan claro como antes. Por eso —siguió, meneando la cabeza e inclinándose sobre la escupidera—, cuando me enteré de lo de la llamada telefónica, fui a la celda de Fred y acabé mi trabajo.

En el tono que se emplea para hablar con un loco, el juez Hunt preguntó:

—Pero…, ¿no comprendes que Bob Moran tendrá que arrestarte por asesinato y…?

Lo que nos asombró entonces fue la pacífica expresión del rostro de Ed. Se levantó de su silla, sacudió el polvo de su negra chaqueta y nos sonrió.

—¡Oh, no! —dijo—. Eso es lo que no comprenden. No les es posible hacer una cochina cosa contra mí. Ni siquiera arrestarme.

—Está loco —dijo Bob Moran.

—¿De veras? —preguntó él, con afabilidad—. Escúchenme. He cometido lo que podría llamarse un crimen perfecto, porque todo lo he hecho con legalidad… Juez…, ¿a qué hora habló con la oficina del gobernador y recibió la orden de suspender la ejecución? Ahora vaya con tiento al responder.

De pronto, comprendí todo el asunto, repliqué:

—Serían las nueve y cinco o así, ¿no, juez? Recuerdo el reloj del Juzgado.

—Yo también lo recuerdo —dijo Ed Nabors—. Y Doc Macdonald podrá decirles que Fred Joliffe había muerto antes de que ese reloj marcase las nueve. —Desabotonándose la chaqueta, siguió—: Tengo en mi bolsillo una orden judicial que me autoriza a matar a Fred Joliffe, colgándole por el cuello, lo cual hice entre las ocho y las nueve de la mañana, cosa que también hice. Y lo hice en el mejor estilo legal, antes de que la orden fuera revocada. ¿Y bien?

El juez Hunt se quitó el sombrero y se secó la frente con un pañuelo de hierbas. Todos le mirábamos.

—No podrás salirte con la tuya —dijo el juez, tomando la orden del *sheriff* de encima de la mesa—. No puedes burlarte así de la Ley. Y una persona sola no puede ejecutar una sentencia. ¡Mira aquí! «En presencia de una autoridad médica calificada». ¿Qué dices a eso?

—Bueno, puedo enseñar mi diploma médico. Seré todo lo borrachín e indigno de confianza que quieras, pero aún no me han excluido del Registro Médico… Ustedes, los abogados, son condenadamente buenos en la interpretación de la letra de la Ley… y eso es lo que corresponde ver en este caso. Hasta que esa Ley no se altere, no hay nada en este documento por lo que el verdugo y el médico no puedan ser una misma persona.

Tras un momento, Bob Moran se volvió hacia el juez con una extraña expresión en el rostro. Tal vez fuera una sonrisa.

—Esto no va de acuerdo con la moral —dijo—. Un ciudadano tan excelente como Fred no debió morir de esa forma. Es horrible. Hay que hacer algo. Como dijo más que la Ley. ¿Tiene razón Ed, juez?

—La verdad: no lo sé —replicó Hunt, volviéndose a secar el rostro—. Pero, hasta donde llegan mis conocimientos, la tiene. ¿Qué haces, Robert?

—Le estoy extendiendo un cheque por cincuenta dólares —dijo Bob Moran, fingiéndose sorprendido—. Todo tiene que ser limpio y legal, ¿no es así?

LOS BROWN NO TIENEN BAÑO

MARGOT BENNET

Antes de que el agente de bienes raíces tuviera tiempo de parpadear, se encontró con que había alquilado la casa a la señora Brown. Ésta la aceptó, sin verla, y firmó un contrato de arrendamiento por diez años. Mientras regresaba al cuarto sótano en el que ella y su marido vivían en aquellos momentos, la mujer depositó una libra en el sombrero de un artista que pintaba en la acera. Para la señora Brown, aquella libra marcaba el final de un año de esfuerzos por ocultar su furiosa desesperación tras una fachada de despreocupada y casi aristocrática serenidad. Ahora, al fin, había encontrado un hogar.

Al abrir la puerta delantera de su nueva casa, la mujer se sintió como Robinson Crusoe echando el primer vistazo a los que iban a ser sus dominios. El sol habría dado de lleno sobre el feo mosaico del vestíbulo de no ser por los turbios y polícromos cristales de la galeria. El suelo de ésta era de ladrillos, lo cual permitía que en ella se pudieran poner macetas.

—Una preciosa casita —dijo Charles, con leve tono dubitativo.

El cerebro de la señora Brown trabajaba afanosamente.

—Si compramos una alfombra de segunda mano, desde luego, podremos cubrir esas baldosas.

—¿Y cómo taparemos la vía del tren que pasa bajo la ventana del dormitorio? —preguntó Charles.

La mujer abrió una puerta de color amarillo y atisbó escaleras abajo.

—¡Charles! —dijo, excitada—. ¡Aquí hay un baño!

Ambos examinaron el cuarto.

—No es muy práctico admitió ella.

—No —dijo Charles—. Pero supongo que uno puede zambullirse desde el primer escalón de arriba y, al salir, secarse en el recibidor.

Greta corrió al piso de arriba.

—¡Mira! —llamó—. Aquí hay una habitación que, en realidad, no vale para nada. ¿No crees que podríamos trasladar el baño a este piso?

—No conseguiríamos que nadie nos lo hiciera hasta, por lo menos, dentro de seis meses.

—¡Qué tontería! Podemos hacerla nosotros mismos. Cortamos el agua, trasladamos el baño, telefoneamos a la Compañía de agua y a la del gas y decimos que nuestro baño no está conectado. Entonces tendremos prioridad. Podemos hacer el trabajo con cuerdas.

—Empiezo a comprender el motivo de que esta casa estuviese por alquilar —

refunfuñó Charles.

Greta dijo que había pensado explicarle el motivo de aquello. La casa perteneció a un hombre llamado Smith, cuya esposa le había dejado por otro. Al menos, eso decían los vecinos. Fuera como fuese, el caso es que la mujer había desaparecido y, siempre según decían los vecinos, su esposo quedó tan acongojado que no pudo soportar el vivir allí por más tiempo.

—Me sorprende que lo soportase alguna vez. ¿No te parece que esta casa tiene un olor muy raro?

—Probablemente, sólo son las ratas —dijo ella, con un chispazo de su viejo humor—. Mañana empezaré a fregar los suelos. Tenemos que comprar pintura para esas horribles paredes. Debes ponerte en contacto con los de los almacenes, y con los de la luz, el agua y la electricidad. También está lo de la oficina de suministros, y hemos de encontrar algún carbonero que nos acepte en su lista. ¿Crees que encontraremos a alguien que nos arregle esa ventana rota? Procura comer bien durante el día. Por las noches, sólo tendremos pan y margarina. Y no te olvides de comprar veneno para ratas.

Durante los treinta días que siguieron, fue como si sus vidas hubieran sido guiadas por un loco. Dedicaban una parte del día a patéticas llamadas a los funcionarios de las compañías de gas, electricidad, teléfonos, suministros y combustibles; la otra parte la invertían en tratar de adquirir cosas que no había en existencia. Por las noches, fregaban los suelos, pintaban las paredes y comían pan con margarina. Todos sus amigos les decían que eran muy afortunados, y les preguntaban si podían arrendarles alguna habitación.

El desagradable olor que habían alquilado con la casa no disminuyó. Charles dijo que la señora Smith no había huido en busca de una aventura amorosa, sino para escapar de aquella pestilencia.

El señor Brown también descubrió que era imposible abrir los grifos del baño sin quitarse los zapatos y meterse dentro de la bañera. Y, cuando lo hubo hecho, se encontró con que el agua había sido desconectada. Estuvo de acuerdo con su mujer en que debían trasladar el baño al primer piso.

Tardaron cuatro horas en subir la bañera escaleras arriba; parte de ese tiempo lo invirtieron en darse consejos contrapuestos en cada recodo. De todas maneras, el trabajo fue lo bastante fatigoso como para hacer creer a Charles que su corazón se había resentido. Se sentó, tembloroso, en el borde de la bañera, mientras Greta iba a preparar té.

La mujer volvió al piso de arriba con las manos vacías, y permaneció callada tanto tiempo que su marido comenzó a sentirse nervioso.

—Creo que deberías echar un vistazo al cuarto de baño —dijo Greta, con un hilo de voz. Y aclaró—: No a éste, sino al de abajo.

Las latentes sospechas de Charles asomaron a la superficie mientras miraba a su mujer. Ésta hizo un ademán de asentimiento:

—Ahora que hemos quitado la bañera, me he dado cuenta de que las baldosas que había debajo están sueltas. He levantado una… Lo mejor será que vayas a verlo.

Charles se dirigió a la planta baja. Su mujer le condujo hasta el sitio donde había estado la bañera. Efectivamente: las baldosas, en aquel lugar, habían sido levantadas y vueltas a poner. Se trataba de un trabajo bastante chapucero.

—Ése es el motivo de que los grifos estuvieran desconectados —dijo Greta, detrás de su marido—. La bañera había sido ya levantada con anterioridad y vuelta a colocar. Mira debajo de esa baldosa.

Charles lo hizo. Al enderezarse, su cara tenía un leve matiz verdoso. Acompañó de nuevo a su mujer al piso de arriba. Durante varios minutos, ninguno de los dos habló. Pensaban en agentes de bienes raíces, tiendas de muebles, empleados del gas y la electricidad, oficinas de suministros y combustibles, carpinteros, albañiles, botes de pintura, cantidades de pan y margarina. Recordaban la vida tranquila que habían llevado, sin perjudicar nunca a nadie. Meditaban sobre lo imposible que resultaría, tal como estaban las cosas, encontrar otra cosa en Londres.

Charles permanecía rígido y silencioso. Deseaba que no se le pidiese nunca que se levantara, que hablase, que hiciera algo. Por desagradable que fuera este momento, ansiaba que durase toda la vida, que no fuera seguido por ninguna clase de futuro.

—¿Crees que las tiendas estarán cerradas? —preguntó Greta—. Podríamos conseguir cemento. O algún material aislante que sea compacto. Creo que los trabajos como ése deben hacerse de forma adecuada. —Se alisó los cabellos y susurró—: Prepararé té mientras tú vas por el cemento.

Aquella noche, cuando acabaron con el resto del trabajo, volvieron a trasladar la bañera a la planta baja. A los vecinos les intrigó el ruido, pero nunca se enteraron de la causa que lo había producido. Eso fue una suerte, ya que si a los oídos del señor Smith hubiera llegado algún rumor, se hubiera sentido enormemente inquieto.

La señora Smith, no. Ella estaba más allá de toda inquietud.

EL VISITANTE QUE NO FUE INVITADO

MICHAEL GILBERT

El señor Calder era un hombre silencioso, solitario y generoso en todo, capaz tanto de regalar una cesta de cerezas o de setas como de practicar una eficiente primera ayuda a un niño que se hubiera caído. Era muy querido por los chiquillos, mas la admiración de éstos estaba reservada al perro del señor Calder.

El grande, solemne e inteligente *Rasselas* era un galgo de caza. Había nacido bajo la luz del sol. Su pelaje era color jerez seco, su hocico, negro azulado, y sus ojos relucían con brillo ambarino. Desde el extremo de sus finas patas hasta la parte alta de su cabeza, todo en él emanaba distinción. Había vivido en cortes reales y tratado de tú a tú a los príncipes.

La casa del señor Calder se encontraba en la cumbre de un repliegue del terreno, en las Hondonadas de Kent. El sinuoso camino ascendía desde Lamperdown, en el valle, hasta el edificio. Al principio, el sendero discurría en una suave cuesta, atravesando los bosques. Luego giraba bruscamente a la izquierda e iniciaba un empinado ascenso que conducía hasta la explanada donde se alzaba la casa, y que era una plataforma redonda y desnuda, con cierto aspecto de cráneo calvo. El sendero sólo conducía a aquella edificación, y acababa frente a su puerta.

Más allá, una serie de caminitos discurrían a través de los terrenos del señor Calder y se introducían en los bosques que se hallaban tras éstos. Se trataba de unos bosques de exuberante vegetación, en los que abundaban las campanillas, las amapolas, los castaños, los árboles añosos y los fantasmas. Aquellos bosques no pertenecían al señor Calder sino que, en teoría, eran propiedad de una asociación de hombres de negocios de las ciudades de Medway que, en otoño e invierno, acudían allí para cazar aves. Cuando el sonido de las escopetas anunciaba la presencia de los cazadores, el señor Calder llamaba a *Rasselas* al interior de la casa. Durante el resto del tiempo, el enorme perro vagaba libremente por el jardín y por las tierras que constituían los dominios del señor Calder. Sin embargo, el animal nunca se perdía de vista ni iba más allá del alcance de la voz de su amo.

Los niños decían que el perro hablaba con su dueño, y tal vez aquello no estuviera muy lejos de la verdad. Antes de que llegase el señor Calder, en la casa había vivido un estúpido y malhumorado individuo que se constituyó en guardián de los intereses de los deportistas de Medway, y que perseguía y acosaba a los chiquillos, los cuales, a su vez, se acostumbraron a eludirle.

Al llegar el señor Calder, los niños invirtieron cierto tiempo en probar al nuevo inquilino, hasta llegar a la conclusión de que era por completo inofensivo. Tampoco tardaron mucho en averiguar otra cosa. Nadie podía cruzar la explanada sin ser visto.

Por pequeño que fuese y por silenciosamente que se moviera, siempre había un par de sensibles orejas que escuchaban y dos ambarinos ojos que vigilaban. *Rasselas* iba hasta la puerta de la casa y miraba inquisitivamente al señor Calder, el cual le decía:

—Sí, son los niños Lightfoot y su hermana. Yo también los he visto.

Después de lo cual, *Rasselas* iba a tumbarse en su lugar favorito, al abrigo del montón de leña.

Aparte de los niños, las visitas, en aquella casa, eran muy poco frecuentes. A diario, el cartero ascendía en bicicleta hasta el edificio; los camiones de los proveedores llegaban en los días establecidos; el pescadero, los martes; el de la tienda de ultramarinos, los jueves; el carnicero, los viernes. Durante el verano, ocasionales caminantes atravesaban la explanada sin advertir que el dueño de la casa era informado de su presencia desde que aparecían hasta que se perdían de vista.

El único visitante asiduo era el señor Behrens, el maestro retirado, que vivía en el extremo del valle, a doscientos metros del pueblo de Lamperdown, en una casa que en tiempos fue la del rector. El señor Behrens criaba abejas y vivía con su tía. Su cabeza, siempre inclinada hacia adelante, su piel oscura y llena de arrugas, sus pequeños ojos y su malhumorada expresión le hacían parecer una tortuga despertada a destiempo de su sueño invernal.

Una o dos veces a la semana, en verano o invierno, el señor Behrens se ponía su curioso sombrero de *tweed*, tomaba su delgado bastoncito y ascendía la colina para tomar el té con el señor Caldero. El perro conocía y toleraba al señor Behrens, el cual le rascaba la cabeza, comentando:

—*Rasselas*. Es un nombre tonto. Tú provienes de Persia, no de Abisinia.

Según se creía, durante aquellas visitas, los dos caballeros jugaban a las damas.

En el comportamiento del señor Calder había ciertas otras peculiaridades que no eran tan evidentes para el observador casual. Cuando alquiló la casa, alguna de las alteraciones que deseó introducir hicieron que el señor Benskin, el maestro de obras, se rascara la cabeza. ¿Por qué, por ejemplo, había hecho tapiar una espléndida ventana orientada al Sur y abrir dos nuevas en el lado norte de la casa?

Las explicaciones del señor Calder fueron muy vagas. Dijo que le gustaba disfrutar de una amplia perspectiva y poder saturar sus pulmones de aire fresco. Entonces el señor Benskin preguntó que, en ese caso, ¿por qué había hecho instalar gruesas persianas en todas las ventanas del piso bajo, y chapas de acero tras la madera de las puertas delantera y trasera?

Estaba también el curioso asunto de la línea telefónica. Cuando el señor Calder mencionó que había solicitado que le instalaran el teléfono, Benskin se rió. No era de creer que la compañía, abrumada por el trabajo de la posguerra, fuera a llevar su línea de postes a un kilómetro y medio de distancia para servir a una solitaria casa. Sin embargo, el señor Benskin se equivocó en dos aspectos. La compañía no sólo instaló el teléfono con sorprendente rapidez, sino que llegó hasta el extremo de cavar una zanja y conducir la línea bajo tierra.

Al enterarse de esto, el señor Benskin anunció a la opinión pública, desde el *León de Oro*, que siempre tuvo la seguridad de que en el señor Calder había algo muy extraño.

—Es un inventor —dijo—. No me cabe la menor duda de que eso es lo que es: un inventor. Cuenta con el apoyo del Gobierno. De otra forma, ¿cómo podría haber conseguido una línea telefónica como la que le han instalado?

Si el señor Benskin hubiera podido observar a Calder cuando por las mañanas se levantaba de la cama, el hombre se hubiera ratificado en su opinión, ya que es un hecho bien conocido que los inventores son una gente muy estrafalaria, y la rutina mañanera del señor Calder no podía ser más extraña.

En verano e invierno, el hombre se levantaba media hora antes del amanecer. No encendía luces, sino que, armado con una gran linterna, descendía al piso de abajo, seguido muy de cerca por *Rasselas*, y efectuaba una minuciosa inspección de las tres habitaciones de la planta baja. En los bordes de las persianas había ciertos alambres finísimos y casi imperceptibles a simple vista. Una vez se convencía de que aquello estaba en orden, el señor Calder subía de nuevo a su cuarto y comenzaba a vestirse.

Para entonces, era ya casi de día. Las tinieblas se retiraban de los desiertos prados, haciendo que los fantasmas volvieran a esconderse en los bosques cercanos. El señor Calder tomaba de la cómoda unos grandes prismáticos navales, se sentaba frente a la ventana y examinaba cuidadosamente los contornos de sus dominios. Nada escapaba a su atención: unas zarzas que obstruían un pequeño sendero; una torcida rama de árbol junto a la charca; un montoncito de tierra al lado del Seto. Luego, el hombre repetía su examen desde la ventana del lado contrario.

Después, silbando suavemente para sí mismo, el señor Calder bajaba a preparar su desayuno y el de *Rasselas*.

El cartero, que llegaba a las once, traía los periódicos y el correo. Tal vez por el hecho de vivir solo y ver a tan poca gente, Calder era particularmente cuidadoso con sus cartas y periódicos. Los trataba con un cuidado y un cariño que cualquier observador hubiera encontrado ridículos. Sus dedos acariciaban el sobre, o el envoltorio, con gran suavidad, como si estuviera palpando un veguero. Muy a menudo miraba los sobres a contraluz, como si pudiera leer su contenido sin necesidad de abrirlos. En ocasiones llegaba incluso a pesar los sobres en el delicado pesacartas que tenía sobre su escritorio, entre una gaviota disecada y un búcaro con unos jazmines.

Una agradable mañana de mayo, mientras el sol prometía, desde las alturas, un brumoso atardecer, el señor Calder desplegó su ejemplar del *Times*, buscó, como era su costumbre, la sección de noticias del extranjero, y comenzó a leer.

Había extendido su mano hacia la taza de café cuando de pronto se detuvo. Fue una breve vacilación, un minúsculo cambio en la secuencia de sus movimientos, pero bastó para suscitar la atención de *Rasselas*. El señor Calder sonrió a su perro. Su mano reanudó el movimiento, tomó la taza de café y la llevó a su boca. Sin embargo,

el perro no se quedó tranquilo.

El señor Calder leyó, una vez más, el párrafo de cinco líneas que había captado su atención. Luego echó un vistazo a su reloj fue hacia el teléfono, marcó un número de Lamperdown y se puso al habla con Jack, el encargado del garaje, que al mismo tiempo atendía el servicio de taxis.

—Si nos damos prisa, podremos llegar —dijo Jack—. No hay tiempo que perder. Ahora mismo voy a buscarle.

Mientras esperaba que apareciese el coche, el señor Calder telefoneó primero al señor Behrens para advertirle que tendrían que posponer su partida de damas. Luego empleó un ratito en explicar a *Rasselas* que iba a dejarle al cuidado de la casa; pero que regresaría antes del anochecer. *Rasselas* barrió la alfombra con su pomposa cola y no trató de seguir a su amo cuando el Austin de Jack ascendió por la colina y dio la vuelta frente a la puerta del edificio.

Al final resultó que el tren llegó al empalme con diez minutos de retraso, y el señor Calder pudo tomarlo con toda facilidad.

El señor Calder se apeó en la estación Victoria, bajó por la calle del mismo nombre, torció a la derecha, en dirección contraria al abierto espacio en que estuvo la oficina colonial. Luego volvió a torcer a la derecha y se adentró en la plaza. Allí, en la esquina suroeste, se encuentra la sucursal de Westminster del Banco de Londres y de los condados de Home.

El señor Calder entró en el Banco. El cajero jefe, el señor Macleod, le dirigió una inclinación de cabeza y dijo:

—El señor Fortescue le espera. Puede usted pasar.

—Me temo que el tren llegó con retraso —explicó Calder—. Perdimos diez minutos en el empalme y no los pudimos recuperar.

—Los trenes ya no son tan de fiar como antes —asintió el señor Macleod.

Una joven de una oficina cercana acababa de depositar los ingresos del día anterior. Macleod la observó por el rabillo del ojo hasta que la puerta se cerró tras ella. En seguida preguntó, empleando exactamente la misma inflexión, aunque con mayor suavidad:

—¿Será necesario que hagamos algún arreglo especial cuando se vaya?

—No, no gracias —replicó el señor Calder—. Ya he tomado todas las precauciones necesarias.

—Estupendo —dijo Macleod.

Abrió una gruesa puerta, adornada con paneles de nogal de imitación, según el estilo utilizado por los decoradores de Banco de la preguerra, e hizo pasar al señor Calder a la antesala, donde le dejó a solas unos momentos. El hombre distrajo su espera contemplando el único ornamento del cuarto: una reproducción, en el interior de un enorme marco dorado, de la alegoría de Landseer *El juego de la cuerda*. La Moderación y la Laboriosidad parecían estar consiguiendo una difícil victoria sobre el Lujo y la Extravagancia.

En aquel momento reapareció el cajero jefe y mantuvo la puerta abierta para que pasara Calder.

El señor Fonescue, que se adelantó para recibirle, hubiera podido ser identificado en cualquier circunstancia como un director bancario. No era sólo su convencional indumentaria, el rostro, cuadrado y sagaz, la sensación que producía de que, en cuanto la puerta de la oficina se cerraba tras él, el hombre debía de sacar una vieja pipa y colocarla entre sus discretos, aunque sonrientes labios. No, había algo más: Su modo de portarse, su aspecto equilibrado, su aire de firmeza y estabilidad en un mundo inquieto e inestable. En fin, toda la serie de características que se unen en un hombre que representa una corporación con un capital en activo de cien millones de libras esterlinas.

—Me alegro de verle —dijo el banquero—. Tome asiento, por favor. ¿Ha tenido alguna dificultad al venir?

—No —replicó Calder—. No creo que ese hombre vaya a empezar nada, al menos hasta dentro de dos o tres semanas.

—Puede que hayan retrasado la publicación de esta noticia para sorprenderle a usted con la guardia baja.

Fortescue tomó su propio ejemplar del Times y releyó las cuatro líneas y media que anunciaban que el coronel Josef Weinleben, el mundialmente famoso experto en anticuerpos bacteriales, había muerto en Klagenfurt a consecuencia de una operación abdominal.

—No —replicó Calder—. Ese hombre quería que yo leyera eso y comenzara a temblar.

—Sería el procedimiento normal para organizar su propia *muerte* antes de acometer una importante misión —reconoció el señor Fortescue. Tomó una pesada plegadera y, pensativo, comenzó a golpear con ella el escritorio—. Pero también puede que esta vez sea cierto. Weinleben debe de tener cerca de sesenta años.

—Va a venir —dijo Calder—. Lo siento en mis huesos. Puede que incluso sea Verdad lo de que está enfermo. Si va a morir, deseará llevarme con él.

—¿Qué le hace estar tan seguro?

—Le torturé. Y le arruiné. Nunca podrá olvidarlo.

—Desde luego —replicó Fortescue. Dirigió la punta de la plegadera hacia la ventana y apuntó con el cortapapeles como si fuera una pistola—. Probablemente, está usted en lo cierto. Trataremos de detenerle en el puerto y ponerle a buen recaudo. Pero no podemos garantizar que no consiga meterse en el país. De todas maneras, si trata de operar, tendrá que delatar su presencia. Cuenta usted con una protección permanente. ¿Desea alguna medida extraordinaria?

El señor Calder pensó que el banquero lo mismo podía haber estado hablando con un cliente: «Cuenta usted con el crédito normal. ¿Desea alguna disposición extra, señor Calder? El Banco está para servirle». En el hecho de tratar la vida y la muerte como si fueran entradas en un mismo libro de caja había algo que, al mismo tiempo,

resultaba grotesco y confortante.

—No estoy muy seguro de desear que ustedes le detengan —replicó Calder—. No nos encontramos en guerra. Lo único que podrían hacer es deportarle. Casi sería más satisfactorio que le dejaran seguir adelante.

—¿Sabe una cosa? —preguntó Fortescue—. A mí se me había ocurrido la misma idea.

La señora Farmer, propietaria de la pensión Los Siete Aguilones, enclavada entre Aylesford y Bearsted, consideraba al señor Wendon un huésped perfecto. Su pasaporte y la tarjeta que había rellenado debidamente a su llegada le mostraban como holandés; pero su inglés, aunque con un extraño acento, era fluido y comprensible por completo. Se trataba de un hombre erguido, de rostro sanguíneo y cabellos grises. Se mostraba particularmente cariñoso con los dos niños de la señora Farmer. Además, no producía ninguna molestia. Era —y esto, a los ojos de la señora Farmer, constituía una maravillosa virtud— metódico y siempre se sabía lo que iba a hacer.

Cada mañana, durante la inacabable sucesión de hermosos días que anunciaban el próximo verano, Wendon salía a pasear vestido con un añoso pero respetable traje de *tweed*, con los prismáticos colgados de un hombro, y en el otro una pequeña mochila que contenía la cámara fotográfica, los bocadillos y el termo. Por las noches tomaba asiento en el diván, y como aperitivo de la cena, se bebía un único vaso de ginebra holandesa. Luego entretenía a Tom y a Rebeca con relatos sobre los pájaros que había observado durante el día. Al verle allí sentado resultaba muy difícil imaginar que aquel hombre plácido, gentil y de buen porte había matado hombres y mujeres, y también niños, con sus propias y bien cuidadas manos. Sin embargo, el señor Wendon, o Weinleben, o Weber, era un individuo muy notable.

El décimo día de su estancia, Wendon recibió una carta de Holanda. Su contenido pareció causarle cierta satisfacción. Antes de guardar el papel en su cartera lo leyó dos veces. Arrancó los sellos del sobre y se los dio a la señora Farmer para que se los entregara a Tom.

—Puede que esta noche llegue un poco tarde —dijo—. Voy a reunirme con un amigo en Maidstone. No cenaré aquí.

Aquella mañana, Wendon preparó con particular cuidado su mochila y en el cruce de Aylesford tomó el autocar de Maidstone. Había anunciado que iba a ir a Maidstone, y Wendon nunca decía mentiras innecesarias.

Después de aquello, sus movimientos se hicieron un poco complicados; pero a las cuatro en punto se encontraba a seguro en una seca acequia, al norte de la antigua rectoría de Lamperdown. En ese lugar. Wendon, mientras se tomaba un bizcocho, se dedicó a observar el camino que conducía a la casa.

A las cuatro y cuarto llegó el taxi de Jack. La tía del señor Behrens salió del edificio llevando, pese a lo caluroso del día, abrigo, guantes y una bufanda más bien chillona. La mujer se instaló en el asiento trasero del coche y el señor Behrens le pasó

su cesta de compra, hizo un gesto de despedida y volvió a meterse en su domicilio.

Cinco minutos más tarde, el señor Wendon llamó a la puerta delantera del edificio. Behrens acudió a la llamada y pestañeó al ver la pistola que había en la mano de su visitante.

—Debo pedirle que se vuelva y camine frente a mí —dijo Wendon.

—¿Por qué he de hacerlo? —preguntó el señor Behrens.

En su tono había más irritación que alarma.

—Si no me obedece, le mataré explicó Wendon, y por su forma de decirlo, se comprendía que estaba dispuesto a cumplir la amenaza.

El visitante empujó a Behrens hacia una puerta, y tras unos momentos, el dueño de la casa preguntó:

—¿Y ahora adónde?

—Éste parece la clase de sitio que yo deseaba encontrar… Abra la puerta y métase dentro. Pero hágalo todo muy despacio.

Se trataba de un cuarto pequeño y oscuro, dedicado a guardar sombreros, abrigos, bastones, viejas raquetas de tenis, mazos de *crocket*, velos para protegerse de las abejas y cosas por el estilo.

—Excelente —dijo Wendon. Cogió el anticuado sombrero de *tweed* y el bastoncito que siempre llevaba el señor Behrens en sus paseos por los contornos—. Una ventana pequeña y una puerta fortísima. ¿Qué más podría pedirse?

Observando aún fijamente al señor Behrens, Wendon dejó el sombrero y el bastoncito sobre la mesa del vestíbulo, metió la mano derecha en el bolsillo de su propia chaqueta y sacó un objeto metálico de extraña apariencia.

—Quizá usted no haya visto nunca una de estas cosas. Funciona partiendo del mismo principio que las granadas «Mills», pero resulta seis veces más potente, y aparte de explosiva, es incendiaria. Cuando cierre esta puerta, echaré los pestillos y colgaré la granada del de arriba. El más mínimo movimiento la hará caer. Le advierto que se trata de un artefacto lo bastante poderoso para echar abajo la puerta.

—De acuerdo —dijo Behrens—. Pero no se descuide… Mi tía regresará pronto.

—No hasta las ocho, si se atiene a su horario de la semana pasada replicó Wendon, con conocimiento de causa.

Cerró la puerta, echó los pestillos superior e inferior y colgó la granada, con artístico cuidado, del de arriba.

El señor Calder acabó su te a las cinco en punto, y poco después se dirigió hacia un extremo del jardín, donde estaba reparando la cerca. *Rasselas* permanecía tranquilamente tumbado a la sombra del montón de leña. La dorada tarde iba transformándose, poco a poco, en anochecer.

Rasselas movió levemente el hocico para librarse de una mosca. A un lado oía al señor Calder cavando con su azada sobre la piedra caliza de la cima de la colina. Mientras realizaba su trabajo, Calder refunfuñaba. Más allá, a unos cuatro sembrados de distancia, un caballo se libraba de las moscas tirando pequeñas coces y

corveteando. Luego, a la izquierda, allá en lo lejos, *Rasselas* captó un sonido familiar. El «clic» de un bastoncito metálico al golpear contra una roca.

A *Rasselas* le gustaba dar la bienvenida, en particular a aquel amigo de su amo; pero, dignamente, esperó hasta que en su campo visual apareció el familiar *tweed*. Entonces el animal se puso en pie y trotó suavemente hacia el camino.

La fuerza de la costumbre era tan potente, y las impresiones óptica y visual resultaban tan familiares, que hasta los cinco agudos sentidos de *Rasselas* se confundieron. Pero su instinto estaba alerta. La figura se encontraba aún a una docena de pasos y avanzaba con toda confianza. Entonces, *Rasselas* se detuvo. Sus ojos examinaron al paseante. La apariencia, el sombrero, los sonidos, todo estaba en orden. Pero la forma de andar era distinta. Más rápida y decidida que la de su viejo conocido. Y, sobre todo, el olor también era otro.

El perro gruñó y luego se agazapó, como para saltar. Sin embargo, el que saltó fue el hombre. Lo hizo directamente hacia el animal. Su mano derecha salió de debajo de la chaqueta y el pesado bastón cruzó el aire con brutal fuerza. *Rasselas* se movía y por eso el golpe no le alcanzó en la cabeza, sino que le dio de pleno en la parte trasera del cuello. El animal se desplomó sin lanzar un gemido.

El señor Calder acabó de cavar el hoyo para el poste que estaba plantando, se enderezó y decidió ir a la casa en busca de la broca y la creosota. Al salir del jardín vio al perro tendido en el camino.

Corrió hacia el animal y se arrodilló en el polvo. No le fue necesario mirar dos veces.

Calder apenas se molestó en alzar los ojos cuando una voz, que reconoció en seguida, habló a sus espaldas.

—Mantenga las manos a la vista —dijo el coronel Weinleben. Y trate de no hacer ningún movimiento inesperado ni repentino.

El señor Calder se puso en pie.

—Sugiero que vayamos a la casa —dijo el coronel—. Allí estaremos más en privado. Me gustaría dedicarle al menos tanta atención como la que usted me dedicó a mi la última vez que nos vimos.

Calder parecía que apenas escuchaba al otro. Su mirada estaba fija en el inmóvil cuerpo de *Rasselas*, al cual la ausencia de vida había ya cambiado de forma increíble. Los ojos del hombre se llenaron de lágrimas.

—Usted lo mató —dijo.

—Como le mataré a usted dentro de un momento —replicó el coronel.

Y al tiempo que hablaba, giró sobre sí mismo, dio un rígido paso hacia adelante y cayó de bruces.

El señor Calder le miró sin curiosidad. De la profunda herida que Weinleben tenía en un lado de la cabeza brotaba una oscura sangre que iba a mezclarse con el blanco polvo del camino. *Rasselas* no había sangrado en absoluto. Calder se alegraba de esta pequeña diferencia entre ambas muertes.

El señor Bebrens era quien había matado al coronel Weinleben mediante un solo disparo hecho desde el extremo del bosque, con un rifle de ocho milímetros. La escopeta se hallaba provista de una mira telescópica; mas, pese a todo, el tiro fue extraordinario aun para un tirador tan bueno.

El señor Behrens, antes de hacer el disparo. Corrió durante casi medio kilómetro, tuvo que situarse en posición muy rápidamente y sólo pudo ver la cabeza del coronel sobresaliendo de un seto que se interponía en su campo visual.

Ahora Bebrens saltó aquel seto, vio a *Rasselas* Y comenzó a renegar.

—No ha sido culpa de usted —dijo Calder.

El hombre estaba sentado en el camino, con la cabeza del perro sobre sus piernas.

—Si estoy encargado de vigilarle, debo hacerlo debidamente —replicó Behrens —. No debí permitir que un aficionado me tomase el pelo. Se me escapó la posibilidad de que el hombre bloquease la puerta con una granada. Tuve que romper la ventana, y eso me llevó casi media hora.

—Tenemos mucho que hacer —dijo Calder.

Se puso en pie rígidamente y fue a buscar una pala.

Los dos hombres cavaron una profunda sepultura detrás de la pila de leña y depositaron en ella al perro. Luego rellenaron la fosa y amontonaron la tierra en forma de túmulo. Aquél era un bello lugar para el eterno reposo, orientado hacia el Sur y dominando sobre las pomposas copas de los árboles de la campiña de Kent. Un mausoleo digno de un príncipe.

Al coronel Weinleben le enterraron después, en el bosque, mucho más de prisa y con menos ceremonia. A fin de cuentas, era el hijo ilegítimo de un zapatero de Hainz y muy inferior, en nacimiento y categoría, a *Rasselas*.

EL MERODEADOR DE LAS DUNAS

JULIAN MAY

Sólo dos seres, hace mucho tiempo, vieron caer el meteoro en el lago Michigan. Uno fue un indio *pottawatomie* que cazaba conejos en las dunas de la orilla; observó cómo el trazo luminoso se introducía en el lago y sintió miedo, ya que el que las estrellas abandonaran el cielo y se sumergiesen en el «Gran Agua» era una señal de mal augurio. El otro ser que lo vio fue un esturión que ávidamente se abalanzó sobre el meteoro mientras éste se hundía, ya muy reducido de tamaño, en el mar de agua dulce. El gran pez lo tomó en su boca y, con gran repugnancia, volvió a soltado. Aquello no era comestible. El meteoro continuó descendiendo hacia el fondo de las frías y oscuras aguas, y desapareció. El esturión se alejó, y al cabo de poco rato, había muerto…

El doctor Ian Thorne se inclinó junto a una charca de la orilla y sumergió su red en el agua. Bajo el sol de finales de julio, el agua del lago tenía un brillante tono azul oscuro que se convertía en cristalino en las olas que rompían sobre la charca del doctor Thorne. Un grupo de pequeños insectos emergieron a la superficie y fueron hacia el hombre, dejando tras ellos unas pequeñas olas en forma de V que se reflejaban en el oscuro fondo. Un *notonéctido* salió, con suaves movimientos, de una nube de verdes algas y husmeó alrededor de un termómetro centígrado que se hallaba introducido en el agua, pendiente de la pequeña varita de un madero.

«15,00 horas… Temperatura en el exterior, 32º; en el agua…», anotó el doctor Thorne, en una libreta grande y gastada. Se inclinó para ver con mayor claridad el termómetro sumergido. «… 28º. Viento suave, variable; la acción de las olas tiende a disminuir. Ausencia de nuevos especímenes». Fechó una nueva hoja de papel, encabezándola con la inscripción: «Día decimocuarto», y comenzó el recuento de insectos.

Bajo el ardiente sol de julio se dedicó a escribir con rapidez. Era un hombre de rostro agradable, de unos treinta años. Llevaba un juego de camisa hawaiana y *shorts* de color magenta, estampado con unas hojas verdes de lo menos botánico. Sobre su cabeza se veía una vieja gorra de *baseball*.

Rodeó la charca que se encontraba junto a la orilla, cuyas dimensiones eran de uno por dos metros, y anotó que la arena seguía acumulándose. No faltaba mucho para que la charca quedase estancada. Cada día aportaba nuevos y fascinantes cambios en su población. *Grínidos, hidrofílidos*, una *corixa* que se escondía en el cieno; cierta clase de larvas junto a un madero medio podrido. Sería mejor que tomase algunos especímenes de estas últimas. Una *L. intacta* tomaba tranquilamente el sol encima del termómetro.

El *notonéctido*, habiendo recobrado la confianza, movía sus pequeñas patas y zigzagueaba en el agua, entrando y saliendo del cúmulo de desperdicios. «*N. undulata*», escribió el doctor Thorne.

Cuando hubo concluido el recuento, sacó una botella colectora de la cesta de pescador que colgaba de su hombro y metió en ella unas cuantas larvas, empleando el mango de la red para ponerlas en su lugar.

Entonces observó que en el fondo de la charca, claro y libre de algas, había algo que brillaba con una luz más dorada que el mero reflejo del sol en el agua. Para apartar los sueltos granos de arena empleó la red.

El objeto no era, como había creído al principio, un guijarro ni un trocito de cristal; en lugar de eso se encontró con que había pescado una cosa pequeña, con forma de gota y que se asemejaba a una canica con rabito. Era una diminuta y pequeña cosa de un trasparente color ámbar. Su superficie estaba cubierta por doradas vetas. El sol se reflejaba en sus pulidos bordes, que aparecían sorprendentemente libres de la inevitable pátina que acompaña siempre a los objetos que se encuentran sumergidos.

Thorne agitó el fondo de la red hasta que la cosa cayó en el interior de una botella colectora vacía. Allí la examinó durante un minuto. Aquello sería un nuevo y precioso elemento para su colección de «Miscelánea Inútil». Podía ponerlo en una botellita, entre la esquila de yak de bronce labrado y el cristal de sulfato de cobre de quince centímetros.

Cuando se encontraba recogiendo su equipo y preparándose para irse, llegó el barco. Apareció por el Norte y avanzó cautamente por entre los bancos de arena del litoral. Era un majestuoso crucero Matthews, llamado *Carlin*, que pertenecía a su amigo, Kirk MacInnes.

—¿Qué hay, Mac? —inquirió el doctor Thorne, cordialmente—. ¡Cuidado con el nuevo banco de arena que formó la tormenta!

En el puente del barco, una figura hizo un leve ademán de saludo y gritó algo que el hecho de tener una pipa entre los dientes convirtió en ininteligible. El crucero dio la vuelta y el zumbido de sus motores se apagó suavemente. A unos cien metros de la orilla quedó meciéndose sobre las pequeñas olas. Tras una corta pausa, surgió de uno de sus costados una amarilla balsa de goma.

Thorne sonrió. ¡El bueno de Mac! El pequeño ex ingeniero, con su bigote de *skye-terrier*, era el propietario de aquel magnífico barco y le visitaba regularmente, trayéndole el correo y su ejemplar del *Biological Review*, o bien ciertos productos químicos embotellados para evitar que el aislado científico se acatarrase. MacInnes era un visitante asiduo y bien recibido; pero hasta aquel día, siempre había llegado solo.

Esta vez no fue así.

—Bien, bien —murmuró el doctor Thorne, y volvió a mirar hacia el bote de goma.

La muchacha se sentaba en la parte delantera de la balsa, mientras MacInnes remaba diestramente. Cuando estuvo lo bastante cerca, Thorne advirtió que el cabello de la chica era oscuro y rizado. Vestía un inmaculado traje blanco de deporte, y alrededor del cuello llevaba un pañuelo azul oscuro. No dejaba de mirar a Thorne y éste, por primera vez, lamentó haberse puesto aquel conjunto hawaiano.

El amarillo costado de la balsa rozó contra las rocas de la playa. MacInnes saltó a tierra y fue a estrechar la mano de su amigo. El recién llegado era un hombre de unos sesenta años, de cabello entrecano y sostenía entre los dientes una vieja pipa.

—Esta vez te he traído un visitante, Ian —dijo—. Una estupenda compañía. Jeanne, este caballero de los *shorts* y la cesta de pescador es el doctor Ian Thorne, el distinguido escritor y conferenciante. Escribe libros sobre la ecología de las dunas, sea eso lo que fuere. Ian, ésta es mi sobrina, la señorita Wright.

Thorne murmuró unas frases corteses. ¡Caramba con el viejo zorro! No cabía duda de que su sobrina era una chica guapísima.

—¡Qué estupendo! —sonrió la chica—. Un ecólogo con mirada maliciosa.

Repentinamente, el rostro del científico trató de adoptar la protectora coloración de sus *shorts*.

—En el fondo, los ecólogos no somos malos sujetos, señorita Wright —dijo—. Lo que nos da aspecto de sátiros es el aire libre.

—Comprendo —aseguró la muchacha, con un tono de voz que hizo que Thorne se preguntase hasta qué punto comprendía—. ¿Estaba usted recogiendo especímenes?

—No exactamente. Verá… Estoy preparando un capítulo sobre la ecología de las asociaciones orgánicas en las charcas de ribera, y esta pequeña charca de aquí es mi conejillo de indias. El banco de arena del extremo cercano al lago irá creciendo hasta dejar la charca totalmente aislada. A medida que aumente el estancamiento, en el agua irán creándose formas progresivas de vida animal y vegetal: algas, escarabajos, larvas y cosas por el estilo. Si durante las próximas semanas tenemos un tiempo tranquilo, conseguiré un excelente muestrario de las asociaciones vegetal-animales que se forman en este tipo de medio ambiente. El capítulo referente a la charca forma parte de un libro que estoy escribiendo sobre estudios eco lógicos en las dunas del Estado de Michigan.

Bostezando desmesuradamente, MacInnes comentó:

—Todo lo que hace falta es ponerlo en marcha. Luego, él solo se pasará todo el día hablando. —Empujó la balsa hasta la arena y sacó un grueso envoltorio—. Te he traído un regalo, si te interesa.

—¿Qué es? ¿El correo?

—No. Algo endiabladamente más digerible: unos solomillos. Convencí a Jeanne para que me acompañara y nos los preparase. He experimentado tu manera de cocinar.

—Puedo quemar un filete tan bien como cualquiera —protestó Thorne, dignamente—. Pero estoy dispuesto a darte la razón. Ya había acabado de trabajar

aquí. ¿Vamos a mi cabaña? Vivo junto a la orilla del lago, señorita Wright; en lo alto de una duna. Se trata de una vivienda un poco rústica, pero es un hogar.

MacInnes rió entre dientes y comenzó a andar por la firme y húmeda arena de la playa.

En algunos lugares, las dunas coronadas de árboles parecían surgir casi del nivel del agua. Los juníperos, pinos y la espesa maleza eran las únicas cosas que se veían en el enorme y pavoroso monstruo que son las dunas viajeras. Estas, sin el freno representado por las raíces de los árboles, se extenderían sobre las granjas y bosques, dejando a su paso muerta vegetación y llanuras de arena silícea.

Los tres avanzaron tierra adentro y rodearon un gran valle de angosta entrada que se extendía por entre las altas colinas de arena. Era un desnudo y lúgubre lugar, silencioso y árido, en el que se veían árboles muertos y desgajados por el viento.

—Es un arenal —explicó Thorne—. Lo produjo el aire. Esas dunas que hay al final del valle están en movimiento. ¿Ve esos árboles muertos? Hace muchos años fueron sepultados por las colinas. Luego, éstas siguieron su camino, dejando a su paso esos esqueletos. Probablemente eran robles jóvenes.

—¡Pobrecillos! —comentó la muchacha.

Dejaron atrás el triste arenal y se adentraron entre unas verdes colinas en las que sólo se veían pequeñas cantidades de arena. La casa de Thorne se encontraba en la cumbre del mayor de los montículos. El rústico exterior de la cabaña apenas se distinguía entre los arces y las coníferas que la rodeaban por tres lados. En la parte frontal de la vivienda había plantados tejas y juníperos, para evitar el movimiento de la arena.

Por la falda del montículo ascendía una escalera de troncos, a cuyo pie se veía un banco de madera, una bomba de agua de color verde y una vieja campana de barco colgada de un palo.

—¡Si tiene llamador y todo! —gritó la joven, haciendo sonar la campana.

—Aún no hay nadie en casa —rió Thorne—. Pero ahí arriba está mi choza.

—Sí —dijo MacInnes, en tono fúnebre—. Y hay que subir ciento treinta y tres escalones para llegar a ella.

Al cabo de un rato, los tres se encontraban sentados en el porche de la cabaña. Thorne preparó unas bebidas.

—Verdaderamente, se subestima usted, doctor Thorne —dijo la muchacha—. Esto no es una choza, sino un verdadero hogar. Un estupendo hotelito entre los pinos.

—Dejémoslo en humilde —sonrió el científico—. Vine aquí dispuesto a conseguir sólo un pequeño sitio donde guardar mi máquina de escribir y mis microscopios, y un tipo me cargó con este chalet.

—El panorama es precioso. Puede usted ver kilómetros y kilómetros.

—Pero cuando el viento sopla fuerte desde el lago, parece como si la casa fuera a salir volando. Sin embargo, esto es lo que necesito para mi trabajo. No hay vecinos, ni demasiados excursionistas y ni siquiera una carretera decente. Tengo que ir tres

kilómetros en mi *jeep* a lo largo de la playa antes de encontrar el camino de herradura que desemboca en la carretera general. Tampoco hay teléfono. Y si no tuviera mi propia planta generadora, ni siquiera tendría electricidad.

—¿No tiene teléfono? —Jeanne frunció el ceño—. Pero tío Kirk dice que habla con usted cada día. No lo comprendo.

—Venga conmigo —invitó él, de forma misteriosa—. Le enseñaré algo.

Thorne condujo a la muchacha hasta una pequeña habitación con enormes ventanas que había al lado de la sala de estar. Sobre una mesa y junto a las paredes se veía un equipo de radio. Encima del aparato transmisor aparecía una gran cigarra de yeso que llevaba puestos un par de audífonos.

Thorne explicó:

—De pequeño era radioaficionado, y ahora este aparato es lo que me mantiene en comunicación con el mundo exterior. Conocí a Mac por radio, mucho antes de verle en persona. Debe usted de haber visto su emisora en casa. Y creo que incluso en el barco tiene una de corto alcance.

—Sí, lo he visto. ¿Quiere decir que puede hablar con usted siempre que lo desea?

—Bueno, esto no es como el teléfono —admitió Thorne—. El tipo al que uno llama tiene que estar a la escucha en la misma frecuencia de onda. Pero su tío y yo tenemos concertado un horario para las noches, y a veces también para las mañanas. Y hay otros radioaficionados en el resto del país que son muy amables y me permiten hablar con mis colegas y amigos. La cosa funciona de maravilla.

—El tío Kirk habla de usted como de una especie de científico anacoreta —dijo Jeanne, tomando el micrófono y pasando los dedos por su bruñida superficie—. Pero me parece que no está en lo cierto.

—Tal vez no —dijo Thorne, lentamente—. O puede que sí. Me las arreglo para salir adelante. La emisora es de gran ayuda para librarme de la soledad, pero… hay otras cosas. ¿Vamos a tomar un trago?

La chica volvió a dejar el micrófono en su sitio y miró a Thorne de una manera muy extraña. Dijo:

—Como quiera. Gracias por enseñarme su emisora.

—No tiene importancia. Si alguna vez se encuentra ante un aparato de radioaficionado, busque a W-8-Damian-Zorra-Víctor en la banda de diez metros. Ése soy yo.

—De acuerdo. Si tengo la oportunidad, lo haré.

La muchacha se volvió y fue hacia la puerta.

En labios de Thorne murió el ligero comentario que había estado a punto de hacer. Repentinamente, toda la soledad de su vida en las dunas pareció caerle encima. Se encontraba allí, rodeado por los muertos árboles, de los que había desaparecido para siempre el vivo verdor, y lo mismo le ocurría a él.

—Este whisky sabe a yodo —dijo MacInnes, desde el porche.

Thorne salió del pequeño cuarto, del que cerró la puerta.

—Pues es el único alcohol que hay en la casa, como no quieras probar el que utilizo para la conservación de mis especímenes —dijo, volviendo a sentarse en su sillón—. Y por lo que respecta al sabor de *eso*…, debías estar enterado. Fuiste tú el que trajo la botella hace una semana.

Jeanne tomó la cesta de pescador de Thorne y comenzó a colocar los frascos en fila, sobre la mesa. Algas, escarabajos, y unas cuantas cositas horribles que se retorcían cuando las movía. A la joven le dieron mucho asco.

—¿Qué es esto? —preguntó curiosamente, indicando la botella con la bolita ambarina que tenía entre las manos.

—Una cosa que encontré en mi charca este mediodía. No sé lo que es. Tal vez cristal de roca, o una pieza de bisutería que se le cayó a alguien al agua.

—A mí me parece muy lindo —dijo la muchacha, en tono admirativo—. Ese pequeño rabito me recuerda algo… Ya sé, a las bolitas Príncipe Rupert. Tienen un aspecto muy parecido al de ésta, sólo que son un poco mayores y con una burbuja de aire en su interior. Cuando se les rompe el rabito, toda la bola salta en pedazos. —La joven se encogió de hombros—. Creo que eso se debe a las tensiones internas, o algo así. Pero nunca había visto ninguna que tuviera un color semejante. Casi parece hecha de cristal veneciano.

—Si le gusta, quédesela ofreció Thorne.

MacInnes se sirvió tres dedos más de whisky y añadió escrupulosamente dos gotas de soda. En el centro de la mesa, la ambarina bolita brillaba con suavidad bajo la luz del sol.

A Tommy Dittberner le gustaba pasear por la orilla del lago al atardecer y observar cómo jugaban los sapos de arena. Había cientos de ellos, que salían a comer tan pronto como caía la noche. Eran pequeñas criaturas de color gris plata, con grandes ojos como gemas, y que nadaban en el agua o permanecían inmóviles en su mano cuando él los atrapaba. Los había de todos los tamaños, desde los que medían más de diez centímetros de largo hasta los diminutos, que podían asentarse confortablemente en la uña de su pulgar.

Tommy acudía a Port Grand cada mes de agosto y se hospedaba en un centro veraniego cercano a la ciudad. El niño sabía que no le estaba permitido alejarse mucho de la residencia; pero le daba la impresión de que los sapos siempre eran más abundantes y mayores un poquitito más lejos.

Sólo iría hasta aquel saliente arenoso, eso era todo. Bueno, o quizá hasta aquel trozo de madera que había un poquito más abajo. No estaba perdido, como decía su madre que podía pasarle si se alejaba demasiado. Sabía dónde se encontraba; casi al lado de la casa del hombre de los insectos.

Tommy era un muchacho raro. Vivía su propia vida y nunca hablaba con nadie. Al menos, eso era lo que decían los otros chicos. Pero él no se sentía muy firme en esa actitud. Una vez, la semana anterior, el hombre de los insectos y una guapa señorita habían estado paseando por las dunas cercanas al lugar donde se hospedaba

Tommy, y este había visto cómo el hombre besaba a su compañera. ¡Caramba, eso era algo que merecía ser contado a los compañeros!

Había llegado ya al trozo de madera, y la oscuridad cada vez se hacía mayor. Llevaba fuera desde las seis de la tarde, y si no regresaba pronto, su madre le daría una tunda.

Los sapos eran más grandes que nunca. El chiquillo tenía que ir con mucho cuidado para no pisarlos. De pronto vio a uno de ellos que yacía junto a la orilla. Estaba boca arriba y movía débilmente las patas. Tommy se arrodilló para examinar más de cerca al animal.

«Está enfermo», decidió, tocándole con un dedo. El bicho dio un pequeño respingo y en sus ojos se vio una expresión de miedo. Aún no estaba muerto.

El muchacho lo tomó cuidadosamente con ambas manos, y remontando la pequeña duna del litoral, se dirigió al pie de la gran colina donde vivía el hombre de los insectos.

Thorne abrió la puerta y miró con asombro al niño. El científico no sabía si reír o no. El esfuerzo de subir los ciento treinta y tres escalones había cubierto de sudor la cara del chico, trazando en ella franjas más claras que el resto de la piel. La camisa se le había salido por encima del cinturón de sus pantalones tejanos. El muchacho le tendía con ambas manos un sapo inmóvil.

—He encontrado este sapo ahí abajo —explicó el niño, sin aliento—. Me parece que está enfermo.

Sin decir palabra, Thorne abrió la puerta e hizo pasar a Tommy. Ambos entraron en la habitación de trabajo.

—¿Puede usted curarle, señor? —preguntó el muchacho.

—Primero tendré que ver lo que le pasa. Ve a la cocina a lavarte la cara y coge una Coca-Cola de la nevera mientras yo echo un vistazo al paciente.

Thorne depositó al animal sobre la mesa para someterlo a examen. El abdomen estaba pálido e hinchado. Mientras le observaba, el débil latido de su garganta comenzó a espaciarse y al fin se detuvo por completo. El animal no volvió a moverse.

—Ha muerto, ¿verdad? —preguntó una voz, a espaldas de Thorne.

—Me temo que sí, muchacho. Cuando lo encontraste, debía de estar agonizando.

El chico asintió gravemente. Miró en silencio al bicho durante unos segundos y luego inquirió:

—¿De qué ha muerto, señor?

—Te lo podré decir si le hago una disección. Sabes lo que es eso, ¿verdad?

Tommy asintió con la cabeza. El científico siguió:

—Algunas veces, mirando en el interior de un animal, se puede averiguar qué es lo que ha provocado su muerte. ¿Te gustaría ver cómo lo hago?

—Supongo que sí.

El escalpelo y la aguja de disecar brillaron bajo la luz de la lámpara de sobremesa. Thorne trabajaba rápidamente, mirando de vez en cuando al muchacho

con el rabillo del ojo. Los instrumentos se movían en el interior de la roja incisión, cortando los órganos extrañamente oscuros y retorcidos.

Thorne miró con fijeza al sapo. Luego se enderezó y sonrió amistosamente.

—La muerte fue debida al cese de actividad cardíaca, amiguito. Creo que será mejor que ahora te vayas a casa. Está oscureciendo y tu madre se sentirá preocupada por ti. No querrás que piense que te ha ocurrido algo, ¿verdad? Al menos, no creo que sea así. Un muchachote como tú no debe causar preocupaciones a su madre.

—¿Qué es eso de «cardíaca»? —preguntó el niño, mirando hacia el sapo muerto, mientras Thorne le conducía afuera.

—Significa «referente al corazón» —dijo Thorne—. ¿Sabes lo que vamos a hacer? Voy a llevarte a casa en mi *jeep*. ¿Te gusta?

—Supongo que sí.

La puerta de tela metálica se cerró a sus espaldas. Thorne se dijo a sí mismo que el chico olvidaría muy pronto al sapo. De todas maneras, Tommy no había visto lo que había en el interior del animal.

Más tarde, en la cabaña, bajo la luz de la lámpara de sobremesa, Thorne metió en alcohol el cuerpo del sapo. Junto a él, sobre la mesa, brillaban las dos pequeñas bolitas ambarinas con diminutos rabos que había sacado de las rotas y cauterizadas fibras del estómago del bicho.

El reloj de barco que había en uno de los paneles de la emisora de radioaficionado de Thorne marcaba las cinco y cuarto. A través del altavoz, su comunicante le dijo:

—Ahora tengo que acabar la conversación. Mi mujer me está diciendo que antes de cenar eche un vistazo a las ventanas. Éste es W8GB hablando con W8DZV. W8GB cambia y corta. Buenas noches, Thorne.

—Buenas noches, Mac. W8DZV cambia y corta. —Tras decir esto, Thorne desconectó su emisora.

Encendió un cigarrillo y permaneció junto a la ventana, mirando al exterior. Sobre el lago, en el cielo azul, se veía una enorme nube blanca, presagio de tormenta; era como una gigantesca ola marmórea de espuma, tétrica y amenazadora. El creciente viento silbaba al pasar por entre las ramas de los árboles de la duna, y a través del cristal, Thorne podía oír el amortiguado rumor de las olas.

Después de la cena, se dedicó a vagar por la casa, sin saber qué hacer, esperando que algo ocurriera. Pasó a máquina las notas del día, aseó el cuarto de trabajo, trató de leer una revista y luego pensó en Jeanne. Era una chica estupenda, pero él no la amaba. Y ella se daba cuenta.

Parecía como si las dunas fueran a cerrarse de nuevo sobre él. No es que se encontrara entre los árboles muertos, sino que él era uno de ellos, enraizado en la arena y con el corazón desprovisto de toda savia.

¡Bah! ¡Qué diablos! La revista cruzó volando la habitación y fue a caer tras el sofá, con un revoloteo de hojas blancas.

Entró furioso en el cuarto de trabajo, dio un topetazo a las estanterías y dejó a los

especímenes meciéndose tristemente en el alcohol de los frascos. En la segunda botella por el final, a la derecha, había un sapo. En la tercera, dos pequeñas bolitas ambarinas con pequeños rabos, cuya etiqueta decía sólo:

«Explícame esto. 5-8-57».

Aquello excitó su interés. Era algo muy extraño que casi había olvidado. Según parecía, las bolitas fueron la causa de la muerte del sapo. Era evidente que afectaron al estómago y los tejidos de alrededor, aun antes de pasar al sistema digestivo. Un trabajo rápido. Thorne tomó la segunda botella y la movió suavemente. El pequeño y pálido cuerpo que había en el interior fue girando hasta que la incisión quedó visible, mostrando todos los retorcidos órganos. A Willy Seppel le hubiera gustado ver aquello. ¡Qué lástima que se encontrase en Ann Arbor, en el otro extremo del Estado!

Thorne jugueteó perezosamente con la idea de mandar el par de bolitas a su viejo amigo. Aquellas dos cosas tenían un aspecto poco normal. Podía dejar la etiqueta, escribir una nota enigmática y ajustar las cuentas a Seppel por haber puesto aquellos pececillos en su recipiente colector de larvas durante la última excursión que hicieron juntos.

Si se daba prisa, podría enviar las bolitas aquella misma noche. Dentro de cuarenta y cinco minutos salía un tren de Port Grand. Aún faltaba bastante para que estallase la tormenta. El científico no creía que eso ocurriese antes de que cayera la noche. Además, la actividad le sentaría bien.

Encontró una cajita pequeña y la preparó para enviarla por correo. ¿Dónde estarían los sellos? ¡Ah, y la carta a Seppel! Introdujo una hoja de papel en la máquina de escribir y tecleó rápidamente. Cordel, ¿dónde estaría? ¡Ah, sí! En el estante de las revistas. Ahora habría que ponerse un impermeable y asegurarse de que las puertas y ventanas quedaban cerradas.

Su *jeep* se encontraba en un pequeño cobertizo, al pie de la duna, protegido por una densa aglomeración de álamos y cedros. Dado que en el cobertizo no había puerta, Thorne sólo tuvo que poner la marcha atrás, salir, dar la vuelta y dirigirse, por el improvisado camino de piedra, hasta la dura y húmeda arena de la playa. Yendo por la orilla unos ocho kilómetros se llegaba a un maltratado, aunque aún utilizable, camino de carretas que llevaba hasta la carretera.

Cuando el doctor Thorne y su *jeep* desaparecieron tras una alta duna, las nubes se acumulaban espesamente por el Oeste.

El señor Gimpy Zandbergen, un ocioso caballero que tiempo atrás recorriera los amplios mares y que ahora hacia lo mismo por la abierta carretera, se dirigía a su hogar. Durante una larga y agitada vida, los vagabundeos del señor Zandbergen le habían llevado muy lejos de sus lagos natales para hacerle navegar en aguas más agitadas; pero ahora sus días de aceitador habían acabado y en su corazón se produjo el nostálgico deseo de ver una vez más los barcos fruteros que salían de Port Grand.

Dado que no tenía ni el dinero para pagarse el viaje a casa en autobús, ni el deseo de trabajar para obtenerlo, decidió efectuar su viaje en vagones de mercancías y en los camiones cuyos chóferes se sintieran amistosamente dispuestos hacia él.

El último de estos trayectos le había llevado hasta un punto de la carretera de la costa que se encontraba unos cuantos kilómetros al sur de su meta. El hecho de que el viaje hubiera acabado en aquel lugar se debió a una discusión sobre los valores intrínsecos de los «Tigres» de Detroit. El resultado de esa conversación fue que el señor Zandbergen fue invitado a seguir su viaje a pie. Pero él era un alma sencilla, así que se limitó a encogerse de hombros, fortificarse con un trago de la botella que llevaba en su bolsillo y comenzar a caminar.

Sin embargo, el tiempo era tan caluroso como sólo puede serlo en Michigan, en agosto. El sol calcinaba el asfalto y se reflejaba en las arenosas colinas de ambos lados del camino. El hombre se detuvo, extrajo de su bolsillo un pañuelo de hierbas y secó la reluciente calva que había bajo su sombrero. Pensó, con deseo anhelante, en el fresco camino que discurría entre las dunas, y que él estaba seguro de encontrar al otro lado del bosque, yendo hacia el lago.

Había pasado mucho tiempo, pero tenía la seguridad de recordarlo. La vereda le llevaría a Port Grand y a los barcos fruteros, y en ella la temperatura sería agradablemente fresca.

Cuando llegó la tormenta, la opinión del señor Zandbergen era muy distinta. El espeso ramaje le había impedido ver el amontonamiento de nubes. Cuando el cielo se oscureció, el hombre supuso que se trataría de un simple chubasco de verano y confió en que se despejase rápidamente.

Le fastidió el hecho de que las grandes gotas siguieran cayendo con fuerza por entre las ramas de los árboles, y este fastidio aumentó cuando el sendero le condujo por entre arbustos perennes que le protegían mucho menos de la lluvia. La vereda concluyó en una desnuda colina y el señor Zandbergen lanzó unos cuantos reniegos.

Un relámpago rasgó las tinieblas, y el vagabundo echó a correr. Ahora se daba cuenta de que había equivocado el camino. No obstante, reconocía aquella parte del litoral. Recordaba de forma vaga que por allí, junto a un viejo camino de carros, había una cabaña de madera. Si lograba llegar a ella, después de todo no se mojaría tanto.

Ahora podía verse ya el lago. El furioso viento formaba agitadas olas en las otras veces placidas aguas del lago Michigan. El señor Zandbergen temblaba bajo la furiosa lluvia. Bajó, aturdidamente, por la vertiente de una duna. Apenas podía ver, y los enormes truenos le ensordecían. ¿Dónde estaría el camino que conducía a la cabaña?

Cuando llegó a la cima de la siguiente duna, un enorme relámpago encendió el cielo. ¡Allí estaba! ¡El camino se encontraba allá abajo! Y los árboles, y también la cabaña.

Cruzó diagonalmente la duna a gigantescos pasos, esquivando las ramas y los

arbustos agitados por la tormenta. El viento ululaba, desgajando ferozmente los árboles. Una de las ramas azotó de forma brutal al hombre, que cayó al suelo, y con un grito de agonía, comenzó a rodar por la arenosa vertiente. Al fin se detuvo en un seto de juníperos y quedó allí, inmóvil, sollozando y maldiciendo débilmente, mientras la lluvia y el viento percutían sobre él.

Las ramas arrancadas de los árboles le golpearon, implacablemente, al tratar de enderezarse. Desistía una vez y volvía a intentarlo. A unos cien metros de allí en la oscura playa, las olas se levantaban furiosas hacia el cielo.

Entonces se produjo un nuevo rumor y en el lago apareció una luz. Se alzó y cayó sobre las olas. A los pocos momentos, el caído y horrorizado hombrecillo de la orilla pudo ver de que se trataba. Un enorme trueno cubrió su grito de pánico.

Gritando cosas sin sentido, el vagabundo se puso en pie penosamente y, arañándose con los arbustos, fue a caer en el camino. ¡La cosa le había visto! ¡Estaba seguro de ello! Se arrastró de rodillas por la arena durante un corto trecho, y luego se desplomó por última vez.

El viento volvió a ulular entre las ramas de los árboles; pero la furia de la tormenta había pasado ya. La lluvia caía ahora quietamente sobre las empapadas dunas y goteaba de las ramas de los álamos sobre el inmóvil cuerpo del señor Zandbergen, quien jamás volvería a ver partir los barcos fruteros.

El *sheriff* era un hombre parlanchín. Explicó a Thorne:

—Mire, he vivido cuarenta años junto al lago y nunca, *nunca* había visto una tormenta como la de hoy. ¡No, señor! —Se volvió hacia su ayudante, que permanecía junto a él—. ¡Menudo tifón, eh, Sam! No creo que lo olvidemos.

El doctor Thorne no podría olvidarlo en absoluto. Aún oía en su cerebro el clamor con que el trueno se había perdido entre las dunas, y veía la lluvia tomar cuerpo en el ámbito luminoso formado por los faros de su coche. De regreso a casa, había conducido lentamente por la deslizante arena húmeda; pero, incluso así, el cuerpo casi le pasó inadvertido. Recordaba que al principio creyó que se trataba de una rama caída. Luego bajó del coche y permaneció bajo la lluvia, junto al cadáver, durante unos momentos, hasta que se quitó el impermeable, cubrió con él el cuerpo y regresó a la ciudad.

Ahora la lluvia había cesado al fin, y la oficina del médico de Port Grand, que era también forense del condado, estaba limpia, en penumbra, y con un sofocante olor a productos farmacéuticos y a impermeables húmedos. Sobre estos olores habituales flotaba el hedor de la carne quemada.

Las tijeras del médico emitieron un chasquido al cortar la carbonizada ropa. Thorne encendió un cigarrillo y aspiró una bocanada, pero el otro olor, agudo y nauseabundo, siguió martirizando su olfato.

—Según su tarjeta internacional de marino, este hombre era George Zandbergen, de Port Grand —dijo el *sheriff* a Sam, quien transcribió cuidadosamente a su cuaderno de notas la información. Luego, volviéndose hacia Thorne, el hombre

preguntó—: ¿Le conocía usted, señor?

El científico meneó la cabeza.

—Yo le recuerdo, Peter —dijo el médico, determinando, de forma experimental, la rigidez de los dedos muertos que tenía ante él—. En 1946 le operé de apendicitis. Después, abandonó la ciudad. Creo que era aceitador del *Josephine Temple*, de la flota frutera. En algún sitio debo de tener su ficha.

—Anota eso, Sam —pidió el *sheriff*. Luego se volvió hacia Thorne, que permanecía, inseguro, al pie de la mesa donde se encontraba el cuerpo—. Tenemos que tomarle declaración. Espero que eso no nos lleve mucho rato. Comience por el principio, por favor.

Conteniendo su nerviosismo y malestar, Thorne contó que había vuelto de la ciudad a eso de las nueve, y en medio de un camino lateral, encontró el cuerpo de un hombre. Thorne recordaba que le había extrañado el estado del muerto, ya que, aunque había llovido mucho, algunas partes del cadáver aparecían totalmente carbonizadas. El científico también había encontrado un objeto, mas no pudiendo establecer ninguna conexión entre aquella cosa y el suceso, se reservó, prudentemente, su descubrimiento. Se dijo que al *sheriff* no le interesaría, pero, pese a todo, deseaba que el bulto del objeto no se notara demasiado en su bolsillo.

El comisario Sam trazó el último signo taquigráfico que marcaba un punto seguido en su trascripción y miró nerviosamente a su alrededor. Su jefe miró, aprobador, hacia las notas —aunque no las comprendía en absoluto—, y dijo:

—¿Qué opina del cuerpo, doctor?

—Quemaduras de tercer grado en el cincuenta por ciento de la piel, calcinada hasta el hueso en algunas partes de la cara y alrededor del omóplato derecho.

»¿Cuál dijo que era la posición del cadáver cuando usted lo encontró, señor Thorne?

—Yacía en el suelo, sobre el lado derecho, en una posición bastante antinatural.

El médico bostezó, revolvió en un armario y extrajo una sábana con la que cubrió el carbonizado cuerpo.

Luego dijo:

—Con todas estas quemaduras, el veredicto es bastante obvio, Peter: muerte accidental. El pobre diablo fue fulminado por un rayo. La muerte debió de producirse a eso de las veinte horas. —Remetió la sábana cuidadosamente alrededor de la cabeza del cadáver y continuó—: Los rayos son una cosa muy rara. Pueden hacer volar la suela de los zapatos de un hombre sin afectarle a él para nada, o generar el suficiente calor para fundir metal. Nunca se sabe qué broma van a gastar. Fíjate en este tipo: la mitad de él está totalmente carbonizada, y el resto totalmente incólume. En fin, cosas raras…

Tomó el teléfono y mantuvo una breve conversación con la empresa local de pompas fúnebres. Cuando hubo completado las disposiciones para el enterramiento del infortunado señor Zandbergen, el médico colgó el auricular y fue hacia la puerta.

Thorne advirtió que, bajo los chanclos, el hombre llevaba unas zapatillas de estar por casa.

—Mañana puedes completar tu informe, Peter —siguió el médico—. A mi esposa le sentó muy mal que esta noche saliera así. Ya sabes cómo son las mujeres. Buenas noches, señor Thorne. Creo que en ese armario hay un viejo impermeable… Tómelo, supongo que estará deseando mandar el suyo a la tintorería.

El *sheriff* soltó una cordial risotada. Luego, dijo:

—Por hoy ya no le entretendremos mucho, señor Thorne… Dígame sólo cómo me puedo poner en contacto con usted.

—Mediante Kirk MacInnes, de River Road —explicó el científico—. Estará encantado de comunicarle conmigo a través de su emisora de radioaficionado.

Thorne salió por la puerta a la tranquila noche. El *sheriff* le siguió de cerca.

—Así que es usted radioaficionado, ¿eh? —dijo, amistosamente—. ¡Qué casualidad! En los buenos tiempos yo también tenía una emisora.

El representante de la Ley seguía emitiendo sus amables ruidos. ¿No era aquello una casualidad? Ellos dos eran almas gemelas. Había sido una mala suerte que tuviera que ser precisamente Thorne quien encontrara el cuerpo. Pero no pasaba nada, hombre. Aquello no tenía ninguna importancia… El científico se preguntaba por qué aquel hombre no paraba de hablar. En su bolsillo, el peso del objeto parecía aumentar cada vez más.

—¿Sabe? Un día de éstos me dejaré caer por su casa para echarle un vistazo a su aparato. Si a usted no le importa, claro. Apuesto a que en esas solitarias dunas echa de menos un poco de compañía. ¡A que sí!

¿Por qué había de importarle? Estaría encantado, hombre… Podía ir siempre que quisiera.

Lo que llevaba en el bolsillo parecía estar a punto de desgarrar el tejido. Entonces caería al suelo. Y tenía adheridos trozos de tela quemada. ¿Por qué no se iban aquellos hombres? Era imposible que sospechasen que él no había…

Sí, sí; emitía en la banda de diez metros. Podía escucharle… ¡Ah! ¿Así que el *sheriff* había logrado c. w. sobre 180? Aquello era estupendo.

Caminaron hacia los coches bajo los viejos y grandes olmos que había a ambos lados de la calle. En el punto en el que ésta acababa sobre el río se veían unas cuantas estrellas, y observaron unas luces que se movían hacia el canal de gran calado que conectaba el río con el lago.

—Buenas noches, *sheriff* —dijo Thorne—. Adiós, señor Stern. Espero que la próxima vez nos encontremos bajo circunstancias más agradables.

—Buenas noches, señor Thorne —se despidió Sam, que estaba más que aburrido de una conversación que no podía comprender y deseaba volver a su casa, con su esposa y su bebé.

Los policías se acomodaron en su coche y se fueron. Thorne permaneció tranquilamente sentado tras el volante de su *jeep* hasta estar seguro de que los otros se

habían ido. Luego, cautelosamente, sacó el objeto de su bolsillo y retiró el pañuelo que lo envolvía.

El objeto era del tamaño de un puño cerrado y de forma irregular. Lo había encontrado bajo las carbonizadas cenizas de lo que había sido un hombro humano. En el interior del objeto brillaba una viva luz amarilla. Tenía el mismo aspecto que las tres bolitas pequeñas que había visto con anterioridad; pero ahora se daba cuenta de que lo que él había tomado por vetas doradas era, en realidad, una fina trama de hebras metálicas que formaban una red que, en apariencia, se encontraba a pocos centímetros de la superficie del objeto.

¡El maldito objeto! Era indudable que en él había algo muy extraño.

A su alrededor, en la calle, las luces de las tranquilas casas iban apagándose, una a una. Eran las once de la noche. En el suelo, bajo los faroles, aún brillaban unos cuantos charcos, y en el río se oyó el motor de una lancha que, tras unos momentos, quedó silencioso.

Thorne miró rápidamente a su alrededor; luego salió del *jeep* y dejó, sobre el bordillo, el objeto. Las húmedas hojas que había en la calzada adquirieron un leve reflejo amarillo.

Resultaba curioso que una simple diferencia de tamaño pudiera cambiar tan radicalmente sus sentimientos hacia el objeto. Las bolas más pequeñas habían sido más bien bonitas, con su aspecto semejante al de gotas; pero la grande, aunque estaba hecha del mismo bello material, no tenía nada de hermosa. La cavidad irregular que aparecía en uno de sus lados, adaptada a la forma de un omóplato humano, le daba un aspecto siniestro; la sangre seca y las cenizas la convertían en algo monstruoso.

De la caja de las herramientas extrajo una llave inglesa y con ella golpeó levemente el reluciente objeto. No cabía duda de que era más fuerte de lo que su aspecto indicaba. Al no poder romper la bola con golpes algo más violentos, Thorne levantó la herramienta y la descargó con toda su fuerza. La llave inglesa rebotó, resbaló por la superficie del objeto e hizo saltar fragmentos de la piedra del bordillo. Sin embargo, la cosa continuó intacta.

Thorne se inclinó y, tomando el objeto, lo palpó incrédulamente. De pronto, con un grito de agonía, dejó caer la llave inglesa. ¡Abrasaba! La herramienta cayó al suelo y quedó allí, emitiendo un penetrante siseo entre las gotas de agua que aún perlaban la hierba. Thorne encajó las mandíbulas para no gritar. La mano le dolía terriblemente.

Sin embargo, el objeto que había sobre el bordillo no estaba caliente. De la llave inglesa caída sobre la hierba brotaba vapor, mientras el pequeño charquito sobre el que estaba la bola permanecía fresco. Thorne estuvo a punto de recordar algo, pero el dolor de la mano reclamó toda su atención y volvió a olvidar la cosa.

Entre las hojas y la basura, el objeto, que no había sido afectado por los golpes del científico, pareció adquirir un mayor brillo dorado. Permaneció así unos instantes, y luego, con un leve y deliberado movimiento, se libró de las feas cavidades que

había en su superficie, volviendo a quedar liso y suave y con la misma forma de gota que sus predecesores.

«200.000 vatios como máximo. ¿Tienes más chismes como ése en casa? Llegaré el jueves a mediodía. Abrazos. Seppel».

—Te crees muy vivo, ¿verdad? —preguntó Thorne.

—Mucho —presumió Willy Seppel, sonriendo afectadamente tras su cerveza. Dejó el vaso sobre la mesa y su sonrisa se abrió aún más, convirtiéndose en una muñeca—. Lo bastante vivo para creer que las bolas que me mandaste formaban parte de una bromita. Como tú y yo siempre estamos igual… Pensé tirarlas. Lo que las salvó fue la intervención de Archie Deck. Creyó que podían ser «bolas Príncipe Rupert», e intentó romper sus rabitos con una lima.

—¡Ajá! —exclamó el doctor Thorne.

Seppel le miró con sus brillantes, inocentes y azules ojos. Era un hombre alto y bien vestido, de faz sonrosada, nariz aguileña y pelo rubio.

—No tienes por qué mirarme así —dijo Thorne—. Por mí mismo he podido averiguar unas cuantas cosas más respecto a esas bolas.

—Cuéntame —pidió Seppel, complaciente.

—Generan calor. Probablemente me entere de ello de la misma forma que Archie Deck. —Hizo un ademán con su vendada mano—. Sólo que yo lo averigüé de la forma más desagradable.

Thorne recogió en una bandeja los vasos vacíos y las botellas de cerveza y desapareció con todo ello en la cocina. Desde allí continuó:

—Las dos que te mande las había encontrado en el interior del estómago de un sapo. Mira en la habitación de trabajo. Segunda botella, por la derecha, del estante grande.

Secándose la mano sana en los pantalones, Thorne volvió junto a Seppel, que permanecía inmóvil, mirando pensativamente la botella en que estaba el sapo.

—Se comió las bolitas —explicó Thorne escuetamente, indicando al bicho.

—Hum…, sí —murmuró Seppel—. Es posible que los jugos digestivos produjeran…

—Sigue, Willy. ¿Qué son esas cosas?

—Al decir que generaban calor estabas casi en lo cierto. He traído una de ellas para demostrártelo.

Seppel salió de la habitación y volvió al cabo de unos momentos con una gran cartera de cuero.

—El aparato está en un par de piezas —se disculpó Willy—. Tendrás que esperar a que lo monte. ¿Posees un reductor de voltaje?

Thorne asintió y fue a buscado a la estantería.

—Esta bolita que tenemos aquí puede parecer una canica; pero posee ciertas propiedades muy singulares. —Seppel extrajo el pequeño objeto de una caja que había sido cuidadosamente cerrada y enguatada, y la colocó en el centro de la mesa,

sobre una especie de nido de materia gris y lanosa. Luego el hombre continuó—: Estos objetos emiten rayos infrarrojos de una intensidad de unos doscientos mil angstroms. Pero su energía es mucho menor de lo que esa cifra podría hacerte esperar. Este pequeño artilugio lo montamos Deck y yo para medir toscamente la potencia de esos objetos. Se trata, en esencia, de una pareja TCI30X conectada con una pistola de resorte. Se pone la bolita ahí, se regula la tensión del resorte y, al disparar la pistola, sale despedida esta varita, que da al objeto un golpe adecuado. —Los dedos de Willy, de uñas impecablemente manicuradas, trabajaban diestramente —. Esto no nos proporciona una medida totalmente exacta, desde luego, pero al menos te ayudará a comprender lo que quiero decir… ¿Dónde hay un enchufe?

—Detrás de la pecera. Ten cuidado de no desconectar el aireador.

—La pantalla de ese extremo te mostrará la cantidad de energía liberada.

Al ser disparado el resorte, la verde línea horizontal que había en la pequeña pantalla gris onduló violentamente y luego acusó una serie de impulsos oscilatorios.

—¿No es absurdo? —comentó el doctor Thorne—. Dispara otra vez, pero reduce la tensión del resorte.

De producirse alguna diferencia, ésta consistió en que los impulsos fueron aún mayores.

—La violencia del golpe y la energía desencadenada no son proporcionales —dijo Seppel—. Algunas veces, el más ligero roce produce unos efectos enormes. Pero en Ann Arbor, a los siete días de estar experimentando para averiguar de qué se trataba, el objeto mostró una marcada tendencia a permanecer indolente. Y al cabo de poco tiempo más, dejó de mostrarse activo.

—En realidad, la energía liberada es muy pequeña, ¿no? —preguntó Thorne.

—Desde luego; pero aun así, resulta sorprendente para un objeto de su tamaño. —Quitó la bolita del aparato y la devolvió a su pequeña caja—. Creemos que el brillo que hay en el interior tiene algo que ver con todo eso y esas vetas doradas (supongo que sabes que son de oro), también intervienen. El viejo Camestres, el famoso científico, se encontraba de visita en la Universidad y dijo que ese brillo es algo que volverá tarumbas a los físicos.

—¡Acaba de una vez, por favor! —apremió Thorne.

—Espera un poquito —pidió Seppel—. Aunque no hemos hecho aún los análisis, esperamos grandes cosas. —Y añadió—: No se trata de radiactividad, si es que pensabas en eso.

Thorne se dijo que Willy se sentía orgulloso de todo aquello. En realidad, era un descubrimiento de su amigo, no de él mismo. Seppel encontraba retos y estimulaciones en los lugares más extraños, y el asunto de las bolitas doradas había batido todos los récords.

Pero Thorne estaba recordando una bola mayor, del tamaño de un puño de hombre, y el carbonizado cadáver de un ser humano.

—Encontré otro espécimen —dijo, volviéndose hacia un cajón de la mesa de

trabajo—. Uno mayor aclaró, mostrando la bola del señor Zandbergen.

—¡Esto es maravilloso! —gritó Seppel—. Es casi del tamaño de una toronja. Ahora podremos…

Thorne le interrumpió cortésmente:

—Respecto a este objeto, deseo decirte algo. Luego te lo entregaré. Al encontrarla, esta bola tenía una forma irregular. Parecía un terrón de barro seco. Francamente fea. Ahora está tersa y pulida, lo mismo que las otras. Y el cambio se produjo ante mis ojos. Pareció disolverse para luego volver a solidificarse en forma de gota. Y aún hay algo más.

Narró a Seppel su intento de romper el objeto y se refirió al brusco calentamiento de la llave inglesa. Su amigo decidió:

—Sí, es posible. Es muy probable que un espécimen mayor, como éste, pueda calentar perceptiblemente un objeto metálico cercano a él. Los rayos infrarrojos no producen calor por sí mismos; pero cuando penetran en un objeto, su amplitud de onda aumenta y la energía desencadenada calienta el material. En el caso de la llave inglesa, la conductibilidad del metal era mayor que la de tu mano. Por eso notaste que el hierro estaba caliente antes de que tu misma piel resultase afectada.

—No es que la llave estuviese caliente, Willy. Estaba ardiendo. Y se puso así en cuestión de segundos.

Seppel meneó la cabeza.

—No sé que decir. Es la cosa más divertida con que me he encontrado.

—No creo que el hombre muerto que se hallaba junto a esta bola opinase que se trataba de algo divertido.

—No pensarás que esta casita le mató, ¿verdad? La mitad del cuerpo del hombre estaba reducida a cenizas. No hay rayos infrarrojos que produzcan unos efectos como ésos.

—No he dicho que piense que esta bola le mató —dijo Thorne, con una segunda intención que Seppel decidió ignorar—. Sólo digo que el cuerpo se encontraba directamente encima de ella.

—Es demasiado absurdo para que lo crea —comentó Seppel. Luego se puso en pie, se desperezó a placer y dirigió una mirada a su reloj—. De todas maneras, es hora de irse a dormir. Mañana trataremos del asunto, ¿eh?

Thorne no pudo por menos de sonreír. ¡El bueno de Willy! Ningún pequeño monstruo brillante le iba a dejar sin sueño.

—Devuelve la toronja a su cajón —dijo Seppel—. Luego nos tomamos un trago y nos vamos a la cama.

—¿Y no crees que la toronja, como tú la llamas, estaría mejor en un cubo con hielo? —preguntó Thorne, sonriente.

—En caso de que decidiese largarse, lo más probable es que fundiera antes el cubo que el hielo. Y además —añadió, satisfecho—, esas bolas nunca emiten radiaciones, a no ser que sean molestadas.

En el suelo había grandes cantidades de arena a su alrededor. Thorne se encontraba en ella, enterrado hasta el cuello. En las alturas brillaba un sol dorado y transparente, y un viento que parecía no refrescar en absoluto su enfebrecida piel le arrojaba a la cara granos de amarilla arena.

A veces aparecía el rostro familiar de una mujer. Él gritaba su nombre y ella se esfumaba. Después olvidó aquello, ya que de la arena comenzaron a saltar pequeñas cosas sin forma que, en cuanto salían a la luz del sol, quedaban reducidas a cenizas…

Por quinta vez en aquella noche —o al menos así se lo parecía—, el doctor Thorne se despertó. Sus ojos, abiertos de par en par, escudriñaron las tinieblas. Se maldijo a sí mismo y volvió la almohada, que el sudor había humedecido, y le dio unos golpes para mullirla. Junto a él reposaba Seppel, roncando suavemente.

En algún lugar de la cabaña crujió una tabla. Thorne notó que el miedo regresaba a él. Tornó a ver el negro bulto yaciente bajo la luz de los faros de su coche, y notó de nuevo el lacerante dolor en la mano, que, despacio, iba sanando. Resultaba extraño, pero no recordaba en absoluto su sueño.

Sólo el miedo.

Pero, ¿por qué tenía que estar asustado?, allí no había nada que pudiera causarle temor. Nada en absoluto.

El cuerpo yaciente en mitad del camino. Un rayo. *Pero la bola pequeña le había quemado a él. ¿Y qué? La bola pequeña era de un tamaño demasiado reducido para producir serias quemaduras a un hombre. Lo sé. Pero el vagabundo estaba carbonizado*. ¡Por un rayo, maldito estúpido! *¡Estaba carbonizado!* Cállate ya. *Una bola de ésas le abrasó*. ¡Cállate! ¡Cállate! *Esta noche, por ahí fuera, ronda otra de esas bolas*.

No. En el exterior no había nada en absoluto.

Nada más que las dunas y el lago. Nada más.

Las rachas de viento silbaban por entre las ramas de los pinos y los granos de arena arrancados de la playa golpeaban suavemente en el cristal de las ventanas. Las olas del lago Michigan producían su habitual murmullo…, pero en el exterior no había nada más.

Finalmente pudo dormirse.

Cuando volvió a abrir los ojos estaba ya casi amaneciendo, pero esta vez, al bajar los pies desnudos hasta el suelo, Thorne se encontraba en guardia y alerta. Su mano se cerró sobre una linterna que había en la cómoda. Luego se movió silenciosamente para no despertar al durmiente que se hallaba junto a él.

Atravesó de puntillas la habitación de trabajo y la sala de estar. En el porche había algo. Ásperamente preguntó:

—¿Quién hay ahí?

Un olor a madera quemada hirió su olfato. Conteniendo el aliento, lanzó una exclamación y alumbró con la linterna hacia el umbral de la puerta exterior. Allí se veía un oscuro agujero redondo, de cuyos bordes salía humo y un resplandor verde.

Volvió corriendo a la habitación de trabajo y abrió el cajón en que guardaba la bola del tamaño de una toronja. El cajón estaba vacío y en su fondo se abría un agujero. La dura madera seguía ardiendo lentamente.

Sacó el cajón, lo llevó a la pila de la cocina y abrió el agua. Luego llenó un cubo y se dirigió a la puerta, a apagar el fuego iniciado en el lugar.

«¡Nunca emiten radiaciones, a no ser que sean molestadas!». ¡Qué ridículo! No sólo había emitido radiaciones sino que, además, las había enfocado de alguna forma. El doctor Thorne no era físico, pero comenzó a preguntarse si el medidor lo habría dicho todo respecto a la pequeña bolita brillante.

Abrió la puerta y se metió en la negra noche. En la arena, al pie de la escalera, había un pequeño, casi imperceptible rastro. Thorne lo siguió por la ladera de la colina, lo perdió momentáneamente entre unos matorrales y volvió a encontrarlo en la tranquila extensión del arenal.

Continuó andando por el silencioso valle. La amarilla luz de su linterna le ayudaba a seguir el débil rastro. Cuando llegó al centro del arenal, se detuvo bajo las largas sombras de los delgados árboles.

En la arena se veía otro rastro, que se unía y se fundía con el pequeño. El nuevo rastro medía un metro de ancho.

Como en sueños siguió la pista hasta la cima de la primera pequeña duna del litoral y permaneció allí, entre la hierba y los arbustos. La luna, en creciente, se encontraba cerca de nivel de las aguas y tenía un tono anaranjado. Thorne observó que el rastro descendía por el pequeño talud y desaparecía entre las olas, que se arremolinaban en una nueva depresión de la arena.

El viento agitaba la chaqueta del pijama del científico. El hombre permanecía allí, dándose cuenta de que estaba asustado de aquel rastro en la arena, y comprendiendo que el vagabundo no había muerto a causa de un rayo.

Hasta que cerró tras él la puerta de la cabaña, Thorne no advirtió que había hecho corriendo todo el camino de regreso.

En la región de las dunas, el viernes es un día tranquilo, pero a pesar de todo, la policía recibió tres quejas menores. Un granjero denunció que alguien no sólo le había robado, para comérselas, tres de sus mejores gallinas ponedoras, sino que, además, había quemado los huesos y las plumas de los animales, dejándolo todo en el gallinero. La Comisión de Carreteras del Condado de Ottawa deseaba saber quién se entretenía en hacer hogueras en mitad de sus caminos de asfalto, manchándolo todo con alquitrán. Por último, una vieja señorita se quejó de que los artistas de la colonia veraniega local debían de estar volviendo a celebrar «salvajes orgías», a juzgar por las luces que había visto por los alrededores a eso de las tres de la madrugada.

El doctor Thorne se inclinó sobre los rastros visibles en la arena. Para él, parecía indudable que la gran bola había esperado a la que mató al señor Zandbergen.

—Apártate de ahí —pidió Seppel, dispuesto a disparar su «Graflex». Luego siguió—: Con el viento que sopla por aquí, estos rastros no durarán mucho.

Seppel rodeó el punto de conjunción, dejó al lado su pluma estilográfica, como referencia de tamaño, y volvió a disparar su «Graflex».

—También necesitaremos la puerta comentó, dejando la cámara a un lado para tomar unas notas en su cuaderno.

Thorne inició una protesta.

—Está bien, sólo la parte en que está el agujero —concedió Seppel—. ¿Averiguaste de dónde venía el rastro más ancho?

—Lo seguí hasta los bosques, pero allí el terreno es demasiado blando y cenagoso para que en él pueda marcarse un rastro tan ancho como ése, de modo que, al final, lo perdí.

Seppel se puso en pie y recogió su chaqueta, que, para mayor seguridad, había dejado colgada en la rama de un árbol muerto. Luego, dijo:

—Imagínate el tamaño de un objeto que en la arena blanda deja un rastro de un metro. ¡Y pensar que *eso*, habiendo permanecido en el lago durante sabe Dios cuánto tiempo, es la primera vez que se hace evidente!

—Yo no estaría tan seguro… Quiero decir de que sea la primera vez. En esta región se cuentan historias muy extrañas. Cuando tenía doce años, oí una de ellas de labios de mi abuela. Era referente a una especie de fantasma merodeador más grande que una galera y que vivía en las grutas del fondo del lago. Cada cien años salía a vagar por las dunas y los pantanos, dejando tras él en los lugares en que se había comido la vegetación un rastro de arena desnuda. La gente decía que el merodeador buscaba a un hombre, y que cuando lo encontrase dejaría de vagar y regresaría al fondo del lago.

—¡Cielos santos! —exclamó Seppel, solemnemente—. Es corno si lo viera: el enorme globo brillante escondido en lo más profundo de unas cavernas en las que jamás brilla el sol y donde no existe más vida que la de unas pocas diatomeas que flotan en las aguas inmóviles.

—¡Esto no es cosa de broma, patoso! —dijo Thorne, ásperamente.

—¡Hummm! —gruñó Willy Seppel, sacudiendo unos cuantos granos de arena de la manga de su elegante traje.

Ya era tarde cuando la señorita Jeanne Wright salió del cine, en Muskegon. En realidad, era tan tarde que apenas tuvo tiempo de hacer las compras que habían sido, en apariencia, su pretexto para llevarse el *Carlin*. «En Port Grand no pueden adquirirse ropas decentes, tío Kir», había dicho la muchacha, añadiendo que a él no le importaría que ella cogiese el barco, ¿verdad? Desde las profundidades de su nuevo panadaptor, MacInnes había gruñido que claro que le importaría, maldita sea, y que qué había de malo en utilizar el coche. Pese a todo esto, el hombre le dejó las llaves del barco.

Las luces de la ciudad comenzaban a encenderse cuando Jeanne, cargada de paquetes, detuvo un taxi para que la condujera al muelle de los yates. Era un atardecer magnífico, y las estrellas comenzaban a brillar en un cielo que, por el Oeste,

aún estaba teñido de púrpura. Majestuosamente, el *Carlin* se deslizó fuera de las aguas del muelle, llenas de barcos anclados, para entrar en el lago Muskegon.

En la orilla brillaba una fogata y sobre las aguas flotaban, melodiosas, las voces de unas gentes que cantaban en una fiesta playera. Aquellas personas saludaron alegremente al *Carlin*, y Jeanne les devolvió el saludo con la sirena del barco. Mientras conducía el crucero por el canal, hacia el lago, de vuelta a casa, la muchacha se sentía contenta y con el corazón ligero.

En sus labios bailaba una enigmática sonrisa. Pensaba, con enorme agrado, en cierto joven biólogo de severo rostro. Era un hombre muy raro, y a veces, sin darse cuenta, podía resultar hasta brusco. Además, le preocupaban cosas tan pesadas como los ciclos botánicos y las adaptaciones al medio ambiente. Pero un día paseó con ella por las dunas con gran suavidad, y la besó una vez en los labios. Después de aquello, Jeanne supo lo que deseaba.

Ahora Ian estaría sentado ante su mesa de trabajo, examinando los insectos conseguidos durante el día y sin pensar en ella en absoluto. O quizá estuviera hablando por radio con su tío.

Canturreó, ensoñadora, para sí misma. La velocidad del crucero aumentó hasta los veinte nudos y el barco cabeceó momentáneamente entre dos olas, haciendo que el pequeño amuleto de buena suerte que colgaba del timón se moviera como un péndulo. Ian le había dado aquella pequeña y ambarina bolita. Y a Jeanne le encantaba el objeto precisamente por proceder de quien procedía.

Momentos después, la joven encendió el receptor de onda corta que había en un estante de la cabina y se puso a escuchar la conversación mantenida entre Ian y su tío.

Thorne estaba diciendo:

—Tengo a mi lado a un colega que ha venido de Ann Arbor. Estamos investigando respecto a aquella bolita ambarina que encontré. ¿Recuerdas que te hablé de ello? Le di una a Jeanne como recuerdo. Mi amigo es biofísico y cree que esas bolitas son un gran descubrimiento científico. Se llama Willy Seppel. Di algo, Willy.

—Gambusia —dijo Seppel, recordando el nombre de los pececillos que introdujera en el recipiente colector de larvas de su amigo.

Jeanne escuchaba la charla sin prestar mucha atención. Ian hablaba de que las bolas, cuando eran molestadas, emitían calor y decía creer que existían por los alrededores otras bolas más grandes, que podían desencadenar una energía de 40 db. por encima de Sg. (¿Y qué diablos querría decir todo aquello?). Thorne y aquel Willy pensaban buscar esas bolas mayores.

«¿Podrá emitir verdaderamente calor?», se preguntó Jeanne, mirando con curiosidad la pequeña esfera colgante que, en el interior de su cestita de plata, se mecía con suavidad sobre la bitácora. No tenía aspecto de ser peligrosa. En aquel momento, Ian dijo que las bolitas pequeñas no emitían demasiadas radiaciones. Sólo las suficientes para producir unas pequeñas cosquillas.

En el lago, a lo lejos, brillaban las luces de un barco transporte de minerales. El *Carlin* pasó el pequeño pueblecito de Lake Harbor y se alejó un poco de la costa. Ahora ya no habría más pueblos hasta Port Grand.

Por la radio, la simpática y familiar voz de su tío Kirk describía las grandes cosas que tenía pensadas para su nuevo panadaptor. Ian, de vez en cuando, hacía algún comentario, pero Jeanne observó que su voz sonaba cansada. ¡Pobrecillo!

El *Carlin* se deslizaba sobre las olas, fácil y poderosamente, persiguiendo su propia sombra. Era una sombra larga y muy negra. Jeanne pensó que la luz que la proyectaba procedía de un barco con faros de búsqueda, y miró hacia popa.

La cosa estaba allí, flotando sobre las negras y agitadas aguas. Era un globo grande y emitía una brillante fosforescencia. Se encontraba a unos veinte metros de la popa, y perseguía al barco, acercándose rápidamente a él.

La joven lanzó un grito, y cuando el objeto se aproximó más, apretó el acelerador y trató de eludido haciendo movimiento en zigzag. Pero el gran monstruo fosforescente se detenía mientras el barco evolucionaba y se movía en espiral, y volvía a aproximarse cuando el *Carlin* trataba de alejarse. En el casco, bajo los pies de Jeanne, los motores rugían al ser obligados por la joven a desarrollar una velocidad para la cual no habían sido fabricados.

El objeto se acercaba más y más. La muchacha podía divisar el surco que en el agua y a su paso dejaba la gran bola. ¿Qué era aquello? ¿Qué le haría a ella, si conseguía atraparla?

¡Esferas mayores! Jeanne miró, horrorizada, a la pequeña bolita que colgaba de su cadena de plata. Era una miniatura perfecta de la horrible cosa que había en el agua, a sus espaldas. Mientras hacía virar al *Carlin* de un lado a otro, en un histórico frenesí, la joven sollozaba. En el otro extremo de la cabina, la tranquila voz de Ian explicaba a MacInnes cómo manipular el panadaptor para convertirlo en un monitor de frecuencia.

¡Ian!

Si alguna vez se encuentra ante un aparato de radioaficionado …

Con lágrimas resbalando por sus mejillas, Jeanne conectó el piloto automático y comenzó a manipular torpemente en la pequeña emisora que descansaba en un estanque. Sólo se la había visto utilizar a su tío una vez. Estaba casi segura de que aquel mando servía para poner en funcionamiento el aparato, pero… ¿cómo saber si aquella era la forma adecuada de accionarlo? Y… ¿habría que tocar alguna de aquellas otras cosas?

En el pequeño panel se veían tres interruptores, dos botones, un dial y una pequeña luz roja. Como es lógico, Kirk MacInnes no había rotulado los controles del instrumento, construido por él mismo. El panel no daba la más leve indicación de cómo debían accionarse los mandos.

El *Carlin* se deslizaba entre la oscuridad de la noche. El brillante objeto estaba a menos de quince metros del barco.

Jeanne sollozaba histéricamente mientras por el altavoz sonaban plácidas voces hablando de la charca del doctor Thorne, arruinada por la tormenta.

¡Aquellos botones e interruptores! Jeanne creía que primero se accionaba aquél y luego aquel otro. No… No era así. Puede que el aparato ni siquiera estuviese conectado. O podía estarlo a alguna otra onda en la cual ni Ian ni su tío consiguieran oírla. Por otra parte, ella no entendía aquella extraña escala de sintonización.

—He instalado un amplificador móvil VFO en el *Carlin* —explicaba MacInnes.

—¿Qué es eso de VFO? —preguntó Seppel.

—En el caso de Mac significa que se Va Fuera de Onda.

Sonaron unas risas.

Pero, ¿qué diferencia implicaría el hecho de que ella pudiera comunicarse con Ian? ¿Qué podría hacer él para ayudarla? El brillo de la inmensa esfera iluminaba el agua varios metros a su alrededor.

Mientras las tranquilas voces fluían a través del receptor, el globo se aproximaba más cada vez.

Jeanne accionó uno de los interruptores de la emisora y, repentinamente, sus sollozos y el rugir de los motores se convirtieron en los únicos sonidos que se oían en la cabina. Lo intentaría. Eso era todo. Intentaría ponerse en contacto con Ian. Rezó porque su tío hubiera dejado el transmisor conectado a la onda adecuada.

—¡Ian! —gritó la muchacha. Luego se acordó de oprimir el botón que había en un lado del pequeño micrófono de mano. Conteniendo sus lágrimas, preguntó—: Ian, Ian… ¿Me oyes?

Temblorosamente, su mano accionó el mando del receptor.

—¡Jeanne! —la voz sonó como una bomba dentro de la cabina—. ¿Eres tú? ¿Qué estás haciendo?

—¡Me persigue, Ian! —gritó la joven—. ¡Una esfera brillante de cinco metros! ¡Viene detrás del barco!

—El barco… —balbuceó la voz de MacInnes—. ¡Jeanne se lo llevó a Muskegon!

—¡Jeanne! Escúchame… No estoy seguro de que esto valga para algo, pero debes intentarlo. Has de hacer exactamente lo que yo te diga. ¿Me oyes?

—¡Sí, Ian! ¡Esa cosa está casi sobre el crucero!

—Escucha… Óyeme, cariño. En algún lugar del *Carlin* tienes aquella bolita ambarina. ¿Te acuerdas? La bolita ambarina que te di. Ve a por ella. Tómala y arrójala por la borda. Lo más lejos que puedas. ¡La bolita amarilla! Ahora dime si has entendido.

—Sí. Te entiendo. La bolita…

La bolita. Se balanceaba al extremo de su cadena de plata, y la lucecita de su interior brillaba cálida e intermitentemente. Jeanne la arrancó del lugar donde colgaba y fue hacia el puente de la embarcación. La joven, deslumbrada por el brillo de la gran esfera, permaneció inmóvil en la borda durante casi un minuto.

Luego la bolita cayó en el agua, describiendo un arco, como lo hiciera, muchos

siglos atrás, cierto meteoro.

La luz, reflejándose en las paredes pintadas de un aséptico y liso color blanco, estaba llena de formas borrosas y difuminadas, según pensó Thorne, que podían haber sido casi cualquier cosa. El hombre se estremeció al pensar que, por ejemplo, podrían haber sido una mesa sobre la cual hubiera un cuerpo de bruces y reducido a cenizas por uno de sus lados.

Sin mover la cabeza ni cambiar de expresión, el científico cerró los ojos lentamente y los volvió a abrir. Pero no se encontraba en la oficina del forense, sino en la sala de espera del pequeño hospital del pueblo. En el sofá de cuero. Willy Seppel se sentaba junto a él. Por las bajadas persianas de la ventana que había a su espalda entró una ráfaga de fresco aire nocturno que despejó el humo que llenaba la habitación y volvió una página de la revista que Seppel leía.

En el otro extremo de la sala, un joven de unos veinticinco años engullía una prodigiosa cantidad de caramelos. Al entrar ellos en la habitación, les había sonreído, explicando:

—Mi esposa… Es nuestro primer hijo.

A través de la abierta puerta, quienes estaban en la sala de espera podían ver la entrada de un cuarto que se encontraba al final del vestíbulo. De él entraban y salían periódicamente personas vestidas de blanco; pero un acongojado grupo que entrara hacia una hora, no había vuelto a salir.

—Willy, me estoy volviendo loco —estalló por fin Thorne—. ¿Qué hacen ahí? Al menos deberían decirme… dejarme verla.

—Calma. Tendrás noticias de un momento a otro —Seppel le ofreció su pitillera de oro, pero Thorne negó con la cabeza—. ¿Por qué no te sientas bien y tratas de calmarte? Llevas no sé cuánto rato ahí, más tieso que un huso y mirando fijamente al suelo. Tus ojos han llegado a parecer dos bombillas fundidas. ¿Cómo crees que, de seguir en ese estado, vas a poder ayudar a Jeanne?

Thorne se retrepó en su asiento y quedó en reposo, con la palma de su mano derecha haciendo sombra sobre sus ojos. ¡Si hubiera podido encontrarse allí cuando la llevaron! Pero se necesita tiempo para averiguar dónde ha ido a parar un barco a la deriva. Tiempo durante el cual el joven científico había permanecido ante su receptor, no pudiendo hacer otra cosa que esperar. Cuando al fin se produjo la llamada y se enteró de que Jeanne se hallaba a salvo, las manecillas del reloj marcaban casi la una de la madrugada.

Ahora eran las tres y media. MacInnes y su esposa estaban dentro, con ella. Y él no podía hacer otra cosa que mirar con desesperación el largo corredor y aguardar.

En su cerebro volvió a oír el sonido de aquella voz femenina, rota y entrecortada por los sollozos. Jeanne había dicho que la esfera medía cinco metros. La bola mayor en persona. ¡Y pensar que podría haberla…!

Aquello no conducía a nada. Recordaba con horrible claridad su sueño de la noche anterior. El dorado y brillante sol y los pequeños objetos carbonizados. Pero

los rayos infrarrojos no queman. El dorado y brillante sol…

—El sol —dijo el doctor Thorne, en voz baja, para sí mismo.

—¿Mmmm? —inquirió Seppel.

—El sol —repitió Thorne, con firmeza—. Willy, ¿siempre piensas de la misma forma?

—No.

—Si te golpeo, ¿cómo piensas?

—Furiosamente —dijo Seppel, con triunfante sonrisa.

—Pero, ¿cómo lo haces si cavilas sobre cuál es la mejor forma de escabullirte de aquí sin ser visto?

—Entonces pienso de forma racional.

—He estado meditando de nuevo sobre las bolas. Ya sabes que entre nosotros existe una discrepancia bastante seria respecto a las llamadas propiedades de esos objetos. Hemos demostrado que emiten infrarrojos, pero esos rayos no queman la carne.

—De eso he estado tratando de convencerte —dijo Seppel, paciente.

—A pesar de todo, estoy convencido de que la gran bola que vio Jeanne es la causante de la muerte del vagabundo. Ahora bien, ¿qué pasa si la energía que emite no consiste siempre en rayos infrarrojos? ¿Y si los infrarrojos son sólo una especie de reacción involuntaria ante los golpes que dimos a la bola, mientras que, por lo general, al ser molestada, emite en otra amplitud de onda? Digamos algo en la parte visible de la gama, con un montón de energía, y que esos objetos pueden concentrar en forma de rayo.

Seppel no contestó.

El silencio se extendió pesadamente sobre ellos. El joven comedor de caramelos cambió de posición y les miró con boquiabierta reverencia. ¡Eran científicos!

Se produjo un rumor de faldas almidonadas y en la puerta apareció una enfermera. Thorne se puso en pie y comenzó a preguntar:

—¿Podemos…?

—¿El señor De Angelo? —llamó la mujer, fríamente—. Es un niño. ¿Me hace el favor de seguirme?

El joven lanzó un alegre grito inarticulado y salió corriendo de la habitación.

Thorne volvió a sentarse.

—¡Maldita sea! —murmuró.

—Esto te ha afectado muchísimo, ¿verdad? —preguntó Seppel.

—¡Oh, cállate ya, Willy! Sabes de sobra que la chica sólo me interesa a causa del objeto que la persiguió. Y borra esa expresión de tu cara. Entre tú y MacInnes me tenéis frito.

Seppel pareció un poco ofendido.

—Lo siento —se disculpó Thorne.

Se puso en pie y comenzó a caminar por la habitación. El joven que acababa de

ser padre había tenido tanta prisa en irse que había olvidado sus caramelos. Thorne se comió uno. Era de menta. Él detestaba la menta.

Seppel bostezó con disimulo. En seguida se inclinó hacia adelante y miró hacia la puerta.

—Alguien viene —advirtió, con voz pausada.

Del cuarto que había en el otro extremo del pasillo acababa de salir un hombre alto y con uniforme de verano que se dirigía decididamente hacia la sala de espera.

Cuando el hombre entró en el cuarto, Seppel se puso en pie y dijo:

—Buenas noches… O, mejor dicho: buenos días. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Me llamo Cunningham, y soy comandante del guardacostas *Manistique*. ¿Es usted el señor Ian Thorne?

—No. Me llamo Seppel. El señor Thorne es ése. ¿Quiere usted sentarse?

—Sí, gracias. —Volviéndose hacia Thorne, que se encontraba en pie y con las manos a la espalda, el comandante empezó, hablando con rapidez—: Señor Thorne, esta noche, a las nueve, su estación de radioaficionado se ha puesto en contacto con nuestra base para informarnos que el crucero *Carlin* se encontraba en dificultades en algún lugar entre Port Grand y Muskegon.

—No fui yo, sino Kirk MacInnes.

Thorne no sentía el más mínimo interés por aquel apresurado caballero.

—Encontramos el crucero a la deriva, con el combustible agotado, a unas siete millas del faro de Port Grand. La señorita Wright, el piloto del barco, yacía inconsciente sobre el suelo de cubierta. Ahora mismo acabo de verla…

—¿Cómo está? —interrumpió Thorne.

—Los médicos dicen que padece una conmoción muy fuerte, pero no encuentran en ella ninguna otra lesión. Ahora lo que me gustaría saber…

—¿Está consciente? ¿Ha podido hablar?

—Está muy débil y lo que dice carece de sentido. Pensé que tal vez usted pudiera ayudarnos a aclarar el caso.

Thorne miró fijamente al comandante del guardacostas.

—Estábamos conversando con ella por radio cuando de repente pareció encontrarse mal y, según todos los indicios, se desmayó.

—¿MacInnes no le dijo nada, comandante? —preguntó Seppel,

—No.

—Calla, Willy —advirtió Thorne.

—La muchacha parecía querer indicarnos que la perseguía alguien —insistió Cunningham—. ¿Está usted seguro de que en su charla no dijo nada que nos dé una pista de cuáles fueron sus problemas?

—Por el tono de su voz me di cuenta de que algo andaba mal. Eso es todo. Al no responder Jeanne, el señor MacInnes llamó por radio a los guardacostas.

—Y después de una búsqueda de cuatro horas, encontramos a la señorita. Fue muy afortunada al quedarse sin combustible. El piloto automático del barco la

hubiera conducido directamente al centro del lago.

—¿Había alguna otra cosa en el agua, cerca del crucero?

—El lago estaba vacío. —Cunningham se detuvo y luego preguntó, como sin darle importancia—: ¿Esperaba usted que encontrásemos algo, doctor Thorne?

—Claro que no. Sólo preguntaba.

—Comprendo. —El oficial se puso en pie—. No me importa decirles, caballeros, que creo que me están ocultando algo. Mi labor ha concluido, y si bien es cierto que no tengo la más mínima autoridad legal para interrogarles, no es menos cierto que mi trabajo consiste en mantener la seguridad en las aguas del lago. La joven que se encuentra en esa habitación, al final del vestíbulo, no se desvaneció por depresión nerviosa ni por hambre. Hubo algo en las aguas que provocó en ella un terror pánico. Si ustedes saben que fue, les exijo que me lo digan.

—¿Ha leído usted alguna novela de fantasía científica, comandante Cunningham? —preguntó Seppel, jugueteando con su pitillera de oro—. ¿Un cigarrillo? —ofreció, un poco tardíamente.

El oficial tomó uno y dio suspicazmente las gracias. Luego preguntó a su vez:

—¿Insinúa usted que los pequeños marcianos verdes han puesto motores fuera borda en sus barcos cohetes y se dedican a cazar las embarcaciones de recreo que surcan nuestro lago?

Thorne dijo con aspereza:

—Lo que el doctor Seppel quiere decir es esto: tenemos razones para creer que el responsable de los sucesos de esta noche ha sido un hecho altamente poco usual. No me gusta emplear medias palabras, comandante. Creo estar enterado de lo que había en el lago, pero no voy a decírselo. No puedo probar nada y me desagrada que se rían de mí.

—No tengo intención de reírme, señor Thorne. Pero si usted posee información relativa a la seguridad marina, permítame recordarle que tiene la obligación de comunicársela a las autoridades adecuadas.

—Las autoridades adecuadas no se destacan por su amabilidad. Se reirían en mis narices. No, gracias, comandante. No pienso hablar hasta tener pruebas.

La puerta que había al final del corredor se abrió una vez más para volver a cerrarse suavemente. Kirk MacInnes y su esposa echaron a andar hacia la sala de espera. Thorne se puso en pie.

—Jeanne quiere verte —dijo MacInnes, cansado—. Ahora se encuentra un poco mejor y ha preguntado por ti. Voy a llevar a Ellen a casa. Todo esto ha sido una dura prueba para ella.

—Estoy bien —dijo su esposa. La mujer aferraba con fuerza un pequeño pañuelo de encaje, pero sus facciones permanecían inmóviles e inexpresivas.

—¿Jeanne se recuperará? —inquirió Thorne, angustiado.

—¡Claro que sí! —dijo MacInnes, palmeando en la espalda a su amigo—. Vete a verla antes de que los médicos decidan que no puede recibir más visitas.

—Ahora mismo voy. Y… gracias, Mac.

Thorne desapareció por el corredor. El ingeniero y su mujer se fueron en silencio.

—Thorne es buen chico, aunque un poco cabezota —comentó Seppel. Sus brillantes ojos azules miraron irónicamente al medio enfadado comandante. Lanzó una breve risa, se arrellanó en el sofá de cuero e invitó—: Siéntese, comandante. Tome un cigarrillo y coja unos cuantos caramelos. Le voy a contar una historia muy extraña.

En la cabaña de Thorne, en las dunas, faltaba poco para la hora de comer. Sin embargo, del bullente vaso que había sobre el fogón y que Willy Seppel revolvía, emanaba un aroma decididamente poco apetitoso. Era un olor orgánico acre y ácido. Los humos provocaron, por fin, los indignados comentarios de Thorne.

—Willy… —comenzó, asomándose a la puerta y tapándose la nariz con los dedos —. Nunca critico la forma de cocinar de los demás, pero… ¿puedes decirme cómo diablos se llama lo que estás preparando?

—¡Oh, sólo es una pequeña cantidad de jugos gástricos! —explicó Seppel, alegremente, apagando el gas y retirando el vaso del fuego con una especie de tenazas. Luego se llevó el humeante cacharro a la habitación de trabajo, adonde fue seguido por Thorne.

—Supongo que será mejor que no te pregunte de dónde has sacado eso —comentó Thorne, desde el santuario del cuarto de la emisora.

—No seas tonto —dijo Seppel—. Me he limitado a apoderarme de unas cuantas de tus enzimas y a calentarlas un poco. Se trata de una idea que se me ha ocurrido.

Sacó de su receptáculo la pequeña bolita y la dejó sobre la mesa, junto al vaso. Luego continuó:

—Pensé que si los jugos gástricos de un sapo la hicieron emitir en una ocasión, pueden volverlo a hacer.

Thorne le miró dubitativamente. Seppel prosiguió:

—Lo único que desearía es que la bola del tamaño de una toronja no se hubiera escapado. —Rodeó la esferita con una abrazadera de plástico y la sumergió en el brebaje.

—Ten cuidado con ésa, Willy. Es el único eslabón que tenemos con la grande.

—Así que crees que hasta pueden comunicarse, ¿no? —preguntó Seppel, sin mirar a su compañero.

—No sé si será comunicación, o vibraciones simpáticas, o la llamada de la selva. Pero aquel enorme objeto persiguió a Jeanne a causa de la bolita que había en el barco, y desapareció al conseguir lo que deseaba. La del tamaño de una toronja oyó también a mamá y se marchó. Apostaría a que si esa bola tan pequeña hubiera sido lo bastante fuerte para salirse del aislamiento a que la habías sometido, se hubiera largado junto con la otra.

—Y los dos rastros se unieron en uno solo —dijo Seppel, probando la empapada bolita con el par termoeléctrico. No ocurrió nada—. Como se dijo el rústico detective:

«Había dos juegos de pisadas que conducían a la escena del crimen, y sólo uno que se alejaba de ella». Me pregunto qué clase de cohesión molecular tiene esta envoltura transparente. —Tanteó la bolita con uno de sus dedos, se encogió de hombros y volvió a dejarla dentro del jugo.

—Si mi idea es acertada, la bola grande mató al vagabundo —dijo Thorne—. El tipo debió de ver cómo el objeto salía del lago, se volvió para defenderse y cayó boca abajo. Y me parece que fue a elegir el peor sitio para caerse.

—Sobre la bola toronja —asintió Seppel—. Todo lo que mamá deseaba era reunirse con su hijita perdida. Ella no pudo evitar que se interpusiera en su camino un cuerpo humano.

—Pero el caso es que mató —dijo Thorne—. Y esas viejas historias del merodeador de las dunas indican que no es su primer asesinato.

Pescó la bolita en miniatura, la sacó del líquido y observó pensativamente su amarillo corazón. Luego añadió:

—Willy…, a menos que hagamos algo pronto, cometerá un nuevo crimen.

Durante los días que siguieron, el doctor Thorne se dedicó a su trabajo con silenciosa preocupación; y esto, por sí solo, era lo bastante raro como para despertar los recelos de Seppel. Thorne rara vez mencionaba las bolitas, aunque visitaba a Jeanne cada día, llevándole ramos de flores, cajas de bombones y frutas. Seppel le acompañaba en estos peregrinajes, pero sólo hasta el pueblo, ya que, la mayor parte de las veces, con mucho tacto, declinaba pasar a ver a la enferma y, en vez de eso, se dirigía a la estación de los guardacostas para charlar con su nuevo aliado, el comandante Cunningham.

Mientras Seppel paseaba a grandes Zancadas por el despacho del oficial, la ansiedad marcaba arrugas en su sanguínea frente.

—Thorne está preparando algo —aseguró—. Cada mañana sale en el *jeep* y no vuelve hasta mediodía. Cuando le pregunto dónde ha estado, me contesta que sólo ha venido al pueblo a ver a Jeanne. ¡Pero las horas de visita son de dos a cuatro! Si no va al hospital, ¿dónde diablos va?

Cunningham se encogió de hombros y tomó un periódico doblado que había sobre la mesa.

—¿Has visto esto, Willy? Quizá te explique unas cuantas cosas.

Intrigado, Seppel leyó en voz alta:

—«Pagamos buenos precios en efectivo por ciertos minerales raros. Precios muy altos, elección libre. Los ejemplares que se buscan son redondos, semitransparentes, de color ambarino y con vetas metálicas. ¡Apresúrense! Escriban hoy mismo. Apartado 236, Port Grand, Michigan».

Seppel miró, estupefacto, a su amigo.

—Estoy seguro de que no sabías esto —dijo el oficial. Fue hasta la ventana y observó a un barco frutero que navegaba por el canal—. ¿Sabes lo que piensa hacer tu amigo?

—No, pero sé lo que yo haría. Entre el globo grande y las bolitas existe cierta clase de atracción; una fuerza que hace que las esferas pequeñas corran a casa con mamá cuando oyen su llamada. Averiguamos esto mediante uno de esos objetos, en la cabaña de Thorne. Pero esa atracción es tan grande que también suite efecto en el sentido contrario. La señorita Wright ya te contó eso. Si las bolitas no pueden ir, si las retenemos quietas, mamá acude a por sus hijitas. Es probable que Thorne cuente con eso. Ahora le llegó a Cunningham el turno de asombrarse.

—¿Quieres decir que empleará como cebo las bolas que consiga mediante el anuncio?

Suavemente, Seppel dijo:

—¿Qué puede hacer un hombre, Rob? Thorne no puede permitir que esa gran esfera siga libre. El tipo que se tropieza con el monstruo tiene tres elecciones: puede correr a casa y esconderse debajo de la mesa, pretendiendo que nunca lo ha visto; puede tratar de advertir a las autoridades adecuadas; o bien puede intentar ajustarle las cuentas al monstruo él mismo. Thorne sabe que nadie creerá su historia del merodeador de las dunas, por tanto, no pierde tiempo en tratar de convencer a la gente.

Cunningham se volvió bruscamente, quedando de espaldas a la ventana, y dijo, con violencia:

—No contarás conmigo, ¿verdad, Willy? No puedo hacer nada. Mi posición es ésta: soy una autoridad un poco gastada, pero que aún puede prestar servicio. Por alguna razón, creo en ese condenado cuento del merodeador de las dunas. Pero con eso no se adelanta nada. Si tratase de iniciar una investigación oficial sobre un objeto brillante y redondo de cinco metros de diámetro, me ganaría la mayor carcajada que se ha oído desde aquí a los Estrechos de Mackinac. El mundo no va a cambiar sólo porque Michigan tenga su propio monstruo. Y…, ¿qué puedo hacer, aunque emplee el *Manistique*? Puede que Ian Thorne sepa cómo cazar monstruos, pero yo, desde luego, no lo sé.

—Supongo que piensas dejarle seguir adelante —dijo Seppel. Y añadió, pensativo —: No me hace ninguna gracia que le frían el pellejo precisamente ahora, que empieza a pensar en sentar la cabeza.

—Obsérvale. Eso es todo. Y cuando creas que vaya a hacer algo, avísame. Haré cuanto esté en mi mano. —El oficial consultó su reloj—. Ahora tengo que salir, Willy. Mantén abiertos los ojos. Lo único que podemos hacer es esperar.

—Y, según parece, esto es todo cuanto había que decir —comentó Seppel, con un ligero tono de duda en su voz.

Las bolitas brillaban sobre la mesa de la cocina.

—¡Siete! —exclamó Ian Thorne, con tono triunfal—. ¿Qué te parecen, Willy? Desde el tamaño de un guisante, hasta el de una pelota de tenis. Siete pequeños ojos diabólicos.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —preguntó Seppel. Sobre los pantalones llevaba

un viejo delantal de laboratorio, y se ocupaba en secar los platos del desayuno. Era por la mañana, muy temprano.

—Un pequeño experimento. El otro día, mientras visitaba a Jeanne, se me ocurrió una brillante idea. Si quieres, te dejaré las bolas cuando haya acabado, pero primero quiero intentar algo.

—Me gustaría ayudarte.

—No, Willy.

—Cunningham también te cree —insistió Seppel—. ¿Por qué no nos dices lo que vas a hacer?

—Ni hablar —Thorne metió las bolas en una caja de bakelita—. Estaré fuera casi todo el día. Tengo que buscar algo en las dunas.

Se metió en el dormitorio. Al salir llevaba unas botas de campo y un chaquetón de cuero. De su brazo colgaba una mochila vacía. Thorne guardó la caja de bakelita en uno de los departamentos exteriores de la mochila; luego tomó un pequeño paquete que había en la pila de la cocina y se lo metió en el bolsillo trasero.

—¡Anda! Casi olvido mis botellas colectoras —rió Thorne, dirigiéndose al cuarto de la radio.

Seppel dejó el trapo con el que estaba secando los platos y fue, silenciosamente, detrás de su amigo. En el cuarto de la radio no había botellas colectaras. Willy llegó a tiempo de ver cómo Thorne metía en la mochila un puñado de pequeños cilindros metálicos y un negro artilugio de unos seis centímetros de largo.

Thorne no pareció turbado al advertir la presencia de su amigo. Pasó junto a él, y dirigióse hacia la puerta de la cocina.

—Hasta luego, Willy. Mantén encendido el fuego del hogar. Si no he vuelto antes del anochecer, manda patrullas a buscarme.

La puerta de tela metálica se cerró tras el científico. Al cabo de un momento, Seppel, cogió unos prismáticos de una estantería y salió silenciosamente de la casa. Dejó atrás el edificio del generador y dirigióse al camino que bajaba por la ladera de la duna e iba a dar al cobertizo donde estaba encerrado el *jeep*.

La niebla matutina aún se ensortijaba en torno a los árboles o se pegaba al suelo de las depresiones. En el bosque se oyó el lejano trino de un pájaro. En un recodo del sendero, Seppel pudo ver un momento la ancha espalda de Thorne, que el naciente sol iluminaba a través de la niebla. El camino giraba bruscamente y descendía en diagonal hacia el cobertizo. En vez de continuar, Seppel se apartó del sendero y, andando con cautela, se metió en el bosque hasta llegar a un punto de la ladera situado directamente encima del garaje. Se quitó el delantal, lo extendió sobre la húmeda tierra y se tumbó sobre él, entre los arbustos. Luego sacó los prismáticos y los enfocó sobre el hombre que estaba allá abajo.

De la trasera del *jeep*, Thorne extrajo una pequeña caja de madera que llevaba una inscripción en rojo:

También había otras palabras, pero Thorne se interponía en el campo de visión de Seppel. El hombre trasladó rápidamente el contenido de la caja a su mochila. Luego, dirigiendo un rápido vistazo alrededor, echó a andar por el camino que se internaba en el bosque, paralelo a la orilla del lago.

Tan pronto como Thorne se perdió de vista, Willy Seppel se puso trabajosamente en pie y regresó por el camino que conducía a la cabaña. Una vez allí pronunció unas cuantas palabras ante el micrófono de la emisora de radio, maniobra esta que hubiera hecho fruncir el ceño a las autoridades de la Comisión Federal de Comunicaciones, que prohíben el uso de las emisoras de radioaficionados a las personas no autorizadas.

Si le hubiesen preguntado respecto a ello, el doctor Ian Thorne hubiese insistido en su desinterés y su desapego científico, pero lo cierto era que el hombre amaba las dunas. Vivió en ellas durante su infancia, luego creció y se alejó de ellas; pero al regresar las había encontrado sustancialmente iguales. Recordaba que esto le había sorprendido un poco. Esperaba que hubiesen cambiado. Las dunas eran como las personas, aunque sólo alguien que conociera las alturas y las marismas de aquella región podía explicar la curiosa y aletargada vitalidad que poseen las arenas bajo el bosque. Cosas de vida más breve que las dunas podían agitarse, arrastrarse o andar audazmente a través de ellas, hasta hacer que uno pensara en las dunas como en cosas muertas y domadas. Pero el doctor Thorne había visto a las dunas viajeras moverse incansables ante los vientos y se sentía unido por una especie de parentesco a las inquietas dunas.

El camino que recorría era un viejo amigo. A lo largo del mismo había perseguido a los invertebrados ciudadanos del bosque. Había dado largos paseos por su sinuoso recorrido, había vadeado sus cenagosas charcas interdunales y había sufrido la picazón de la hiedra venenosa que festoneaba los troncos y arbustos a lo largo de aquellos senderos.

El camino bordeaba la orilla por más de ocho kilómetros —al menos, en horizontal—, y Thorne no se apresuró. En parte porque la mochila pesaba demasiado, y, además, porque el calmado aire se iba calentando lentamente a medida que el sol se elevaba sobre los pinos y los robles. En una cañada, a su derecha, un insecto emitió un soñoliento carraspeo y, como si esto fuera una señal convenida, una nube de mosquitos salió del bosque y comenzó a atormentar la nuca del científico.

El sendero le condujo a través de un claro en la arena cubierto por parches de polvorienta hierba y de roja cizaña india. En el borde del claro, en el lado opuesto al viento de una gran duna desnuda, se erguía un solitario álamo, medio enterrado en la arena. El árbol, para librarse de la sofocante arena había crecido hacia arriba, convirtiendo sus ramas inferiores en raíces. El álamo era una de las pocas formas de

vida que desafiaba a las dunas —creciendo con ellas—, y sus ramas eran fuertes y verdes.

Thorne dejó atrás el claro y volvió a internarse en la espesura del bosque.

Cerca del mediodía llegó al pie de un conglomerado de arenosas dunas, la más alta de las cuales se elevaba a unos cincuenta metros sobre los bosques. Era el punto más alto de la costa en muchos kilómetros, y recibía el nombre de Monte Scott. El sendero rodeaba su ladera oriental y continuaba más allá; pero Thorne se apartó del camino y siguió por una poco marcada vereda que conducía a la cumbre de la duna.

La ascensión resultó muy penosa. Las espinosas ramas se cimbreaban a la altura de sus ojos, y a medida que la subida iba haciéndose más acusada, repentinos pozos en la sucia arena, bajo sus pies, le hacían hundirse hasta las rodillas. Cruzando el camino, las raíces de los árboles habían bloqueado parcialmente la arena, formando toscos escalones naturales en las partes bajas de la ladera; pero al ir subiendo, los árboles fueron quedando atrás, al mismo tiempo que la arena se hada más limpia y caliente, y la vegetación más abundante era constituida por las zarzas silvestres, las ortigas y la hiedra venenosa.

Cuando al fin llegó a la cima de la duna, Thorne estaba sudoroso y sin aliento. Lanzó un breve vistazo a su alrededor y acabó por elegir como campamento un punto al que daba sombra un achaparrado junípero. Tomó asiento, se desprendió de la mochila y de su grueso chaquetón y encendió un cigarrillo.

Allá abajo, las ondulantes colinas se extendían, en verdes olas, hacia las granjas y huertos del Este, y las azules y brillantes aguas del lago por el Oeste. A varios kilómetros, siguiendo la orilla, se divisaban los tejados de Port Grand, asomando por encima de la bruma. De detrás del promontorio que ocultaba la entrada al puerto fluvial surgieron las blancas velas de varios barcos.

Luego Thorne dirigió su atención al mismo Monte Scott. En realidad, la cima de la duna estaba compuesta por dos leves jorobas, con una depresión en el lado que daba hacia el lago, en el cual se encontraba el científico. Desde allí descendía una empinada ladera arenosa que se prolongaba hasta el pequeño bosque situado entre la duna y la orilla del lago.

Thorne abrió cuidadosamente la mochila y sacó de ella las siete bolitas, agrupándolas luego en un círculo sobre la ladera que daba hacia el lago. Después de esto, el hombre se retiró a su depresión y se instaló lo más confortablemente que pudo.

El envoltorio que guardaba en su bolsillo contenía tres sándwiches. A pesar de encontrarse un poco húmedos, se los comió con verdadero apetito. Un breve recorrido por la cúspide aportó el postre, en forma de unos arándanos tardíos. Después de este almuerzo, Thorne pasó largo rato disponiendo el contenido de la mochila. Cuando, por fin, el trabajo estuvo hecho, se sentó bajo el junípero y esperó.

La sombra del árbol comenzó a disminuir, desapareció cuando el sol llegó a su cenit y luego reapareció por el otro lado del junípero, dejando a Thorne con el sol en

los ojos y una sed monumental. Desgraciadamente, los arándanos se habían acabado.

Al fin, a las cuatro de la tarde, la mayor de las bolas comenzó a moverse.

Rodó lentamente, saliendo del pequeño agujero que la contenía y comenzó a descender por la ladera. Thorne observó cómo el objeto ascendía un montoncito de arena que obstruía su camino. Luego, la bola desapareció en el bosque, al pie de la duna.

A las cinco menos tres minutos, una de las bolas menores siguió el camino recorrido por la primera. Al llegar al montoncito de arena —que era uno de los varios que se extendían por la superficie de la duna—, tuvo algunas dificultades; pero al fin consiguió superadas, salvó el obstáculo y desapareció.

Cuando el sol empezaba a enrojecer las aguas, una tercera bola inició su descenso. Silenciosamente, Thorne se levantó y volvió a colocarla en su agujero. El leve brillo en el interior de la esfera pareció aumentar un poco cuando el hombre interfirió su camino, pero tal vez fuera, sólo, el reflejo del sol.

Las cinco bolas restantes constituían un grupo en forma de herradura apuntando hacia atrás. La bola cuya fuga acababa de ser frustrada ocupaba uno de los extremos de la herradura. Pocos minutos más tarde, la bola mayor que ocupaba el otro extremo intentó iniciar el descenso de la colina. Thorne volvió a colocarla en su sitio, y luego golpeó con su encendedor las otras bolas, hundiéndolas más en la arena. Ahora Thorne estaba inclinado hacia delante, en actitud alerta, con la mirada fija en la franja de bosque al pie de la duna. El sol se sumergía perezosamente detrás del lago, y el susurro de los pinos producía un grato rumor. Las bolas no volvieron a moverse.

Con la puesta del sol, el brillo que latía en el interior de cada uno de aquellos objetos aumentó más y más, hasta que el conjunto se convirtió en una rutilante corona sobre la arena, una extraña constelación que refulgía desde el suelo.

Thorne se recordó a sí mismo que aquel brillo no era belleza. Era muerte. Una muerte que habitaba en la grande y resplandeciente madre de aquellos objetos, que ya había llamado a dos de sus increíbles hijos. Muerte que merodeaba, acechante, a través del lago y los bosques de las dunas.

En la oscuridad, la brasa del cigarrillo era una lucecita mucho más borrosa que la emitida por las bolitas. La claridad ambiente aún permitía ver. Encima de Thorne, el cielo era de Una roja tonalidad. Abajo, las marismas y los bosques permanecían en silencio.

El científico se preguntó qué olvidado poder habría diseminado las bolitas por la playa. Thorne estaba casi seguro de que aquellos objetos no eran terrestres. Quizá provinieran de un meteoro que hizo explosión sobre el lago, y la vida de aquella gran esfera, si se trataba realmente de vida, había estado reuniendo pacientemente, desde entonces, las diseminadas porciones, asimilando los fragmentos durante sus largos reposos en el fondo del lago.

A juzgar por su tamaño, la esfera debía de haber estado creciendo durante siglos, recogiendo porciones de sí misma aquí y allá, por carreteras, dunas y granjas, dando a

quienes obstaculizaban imprudentemente su camino la única respuesta defensiva que el objeto conocía.

Y ahora, él tenía que destruirlo. La gran bola había matado a un hombre. Puede que incluso antes de esto, hubiera habido hombres que encontraron atractivas aquellas bolitas y se las guardaron despreocupadamente en un bolsillo… y el merodeador de las dunas buscaba a esos hombres. Había matado al pequeño vagabundo, y casi acabó con Jeanne. Thorne no podía darle la oportunidad de que lo intentase de nuevo.

En su mente surgió la imagen de Jeanne. El recuerdo de los momentos en que ambos caminaron por la vereda del bosque, y de una ramita que se metió en la sandalia de ella. La muchacha tenía granos de arena en sus bronceados brazos, y sobre un oscuro rizo llevaba una brillante flor amarilla. Jeanne rió cuando él la hizo sentar sobre la musgosa raíz de un viejo roble para sacarle la ramita, pero no había reído cuando la besó.

A su alrededor, las marismas estaban silenciosas.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. No se oía nada. Ni un pájaro, ni un insecto, ni un ruido animal. Los bosques estaban silenciosos.

Thorne sintió deseos de gritar: «¡Ven de una vez! ¡Ven y persígueme como la perseguiste a ella!».

El científico palpó el botón del pequeño instrumento negro que tenía en la mano. ¡Le ajustaría las cuentas a aquella gran bola! ¡Qué se atreviese a aparecer!

«¡Ven! Sal de una vez».

El objeto acudió.

Thorne jamás había creído que fuera tan grande.

No había hecho ningún ruido. Fascinado por el horror, el científico observó como el objeto rodaba hasta el pie de la gran duna. Luego desapareció entre los árboles, pero se siguió percibiendo una amarilla radiación bajo las hojas, a medida que el objeto se movía entre las plantas. Al salir de ellas, su luz fulguró, y la gran bola, ascendió por la colina, dirigiéndose directamente hacia Thorne.

Las bolas pequeñas parpadeaban en sus cepos de arena. Thorne les dio unos salvajes golpes. Como si también ella compartiese la afrenta, la gran esfera fulguró violentamente Y luego volvió a disminuir su intensidad. Pero su impresionante ascensión era alarmantemente rápida.

Thorne no podía apartar los ojos de la esfera. Las bolitas pequeñas eran guijarros, simples trozos de un cristal que brillaba extrañamente; pero el gran objeto que tenía ante si era la cosa más bella y terrible que jamás había visto. Y estaba viva. Nadie, viéndola podría decir que no lo estaba. El brillante corazón dorado que había en su interior latia y refulgía, iluminando las áureas venas que lo envolvían.

Ahora se escuchaban ruidos provenientes de allá abajo, del sendero del bosque, y se veían brillar las linternas que sostenían unos hombres. Pero Thorne no les oyó ni vio otra luz que la enorme y cegadora que tenía ante él. El científico no se podía

mover. El sudor bañaba su rostro y el instinto de huir quedaba paralizado por un terror que doblaba sus piernas como si éstas careciesen de huesos. El hombre estaba medio en cuclillas, con las manos en el suelo, incapaz de hacer nada que no fuese contemplar con ojos desorbitados aquel objeto…

Ahora la gran esfera estaba ya muy cerca, casi sobre la línea de montones de arena que Thorne había preparado tan minuciosamente. Tenía que huir. Apenas le quedaba tiempo. Obligó a sus paralizados miembros a que se movieran sobre la suelta arena de la ladera de la depresión y le levantasen. Tenía que llegar a la otra vertiente de la colina.

En el último minuto, sus entumecidos dedos oprimieron el botón del pequeño transmisor que debía activar los detonadores de los cartuchos de neonitro enterrados en la arena.

Sin embargo, de una u otra forma, el monstruo debió de adivinar sus intenciones, ya que, al saltar hacia el otro lado de la colina Thorne sintió un lacerante dolor que comenzó en el interior de su cuerpo y fue llenándolo todo. Thorne cayó inconsciente en el lado opuesto de la colina al mismo tiempo que cinco solemnes detonaciones hacían pedazos la gran esfera brillante.

En el lugar adonde sus ojos miraban había círculos blancos y borrosos. Thorne se sintió vagamente sorprendido al ver a seis personas a su alrededor. Parpadeó, y las seis personas se convirtieron en Seppel, MacInnes y Jeanne. Trató de levantar una mano y sólo consiguió un terrible aguijonazo de dolor. Su brazo estaba hinchado y cubierto de vendas, lo mismo que el resto de su cuerpo.

Las seis —tres— personas le habían visto abrir los ojos y se acercaron a él. Jeanne se sentó junto a la cama e inclinó la cabeza hacia él.

—Espero que seas tú quien está dentro de las vendas —dijo la muchacha.

Thorne se asombró al ver que había lágrimas en sus ojos.

—¿Qué tal me encuentro? —murmuró, a través de los vendajes.

—A medio asar, maldito loco —dijo Seppel.

—De todas maneras, nosotros estábamos ya casi en la cumbre —gruñó MacInnes —. Pero tú te nos anticipaste.

—Tenía que hacerlo —explicó Thorne, débilmente.

—Y lo lograste —aseguró Jeanne.

—¿Lo destruí? —preguntó Ian. De nuevo veía a seis personas y experimentaba un gran cansancio.

—Lo redujiste a simples átomos —aseguró Seppel—. Deberías ver el cráter en la arena. Pero aún tenemos bolitas pequeñas para estudiadas. Tu anuncio ha hecho que hoy recibiéramos cuatro más. He estado hablando con Camestres por teléfono, y dice que está seguro de lograr una buena subvención para que sigamos las investigaciones tan pronto como tú puedas abandonar esa cama…

Thorne emitió unos sonidos ininteligibles. Jeanne los tradujo:

—Dice que está trabajando en los «Estudios Ecológicos sobre las Dunas de

Michigan», Capítulo Ocho. No quiero saber nada más sobre monstruos, merodeadores, gracias.

McInnes rió y meneó la cabeza.

—Será mejor que se rinda, doctor Seppel. Jeanne ya ha tomado una decisión. Y hay algo respecto a ella que debe saber: diga lo que diga, siempre lo mantiene.

—No estés muy seguro de eso —dijo la joven, descansando sus dos pequeñas manos sobre el vendado brazo de Thorne. A éste, el contacto no le dolió ni levemente.

En la cumbre de una duna que se alzaba sobre el lago, la luna iluminaba un negro cráter que se abría en la arena. Dos de los granos de arena, que a la pálida luz lunar brillaban más que los otros, cayeron juntos en el interior de una pequeña cavidad para unirse en uno solo y recomenzar el trabajo de trescientos años.

CASI UN CRIMEN

HENRY SLESAR

Fran salió de casa de Lila guardando en el bolsillo de su delantal los boletos de apuestas impresos en verde. ¡Qué afortunada era la tal Lila! ¡Tres ganadores en una semana! Mientras subía las combadas escaleras, hacia su apartamento, en el piso superior, Fran meneó la cabeza, descontenta de su propia suerte y envidiosa de Lila.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, la mujer corrió a la mesa de la cocina e hizo a un lado los restos del desayuno de su marido. Luego sacó el programa de las carreras del día siguiente y su vista recorrió la pequeña letra impresa hasta encontrar los participantes de la cuarta carrera.

«Sonny Boy, County Judge, Chicago Flyer, Marzipan, Goldenrod…».

Fran leyó los nombres en voz alta, pasándose los dedos por el seco y castaño cabello. Luego cerró los ojos y levantó la cabeza. Alguno de aquellos nombres tenía que significar algo para ella, de no ser así, ello significaba que no eran buenos. En eso consistía su sistema. No era gran cosa, pero se trataba de cuanto poseía.

—«Sonny Boy»… —susurró. Ed, su marido, era admirador de Jolson[7]. La mujer repitió, en voz alta—: «Sonny Boy».

Fran fue al teléfono y marcó rápidamente un número.

—«Vito's» —respondió la voz de un hombre.

—¿Está ahí el señor Cooney?

—¡Eh, Phil! —gritó el otro—. ¡Es para ti!

—Dígame pidió Cooney.

—¿Señor Cooney? Soy Fran Holland. ¿Querría apuntarme cinco dólares en la cuarta carrera de mañana? Me gustaría…

—Un momento, señora Holland. Me alegro de que haya llamado. Resulta que iba a ir a visitarla. Pensaba pasarme por su casa después de cortarme el cabello.

—¿Pasará por mi casa? —la mujer miró al teléfono con extrañeza.

—Sí, señora Holland, así es. En primer lugar, no tengo permiso para aceptar más apuestas suyas mientras no salde su cuenta. Y, en segundo lugar, me han dicho que vaya a hablar con usted para ver si puedo cobrarle el dinero que nos debe. En estos momentos la suma asciende a veinticinco dólares.

—¿Veinticinco dólares? ¡Pero eso no es mucho! ¿O sí lo es?

—Claro que sí, señora Holland. Lo que ocurre es que usted no comprende. Se trata de una orden de la oficina central. No es cosa mía. Hay un número excesivo de cuentecillas pendientes; ya sabe a lo que me refiero.

—No. ¡No lo sé! —La mujer estaba honradamente indignada, como cuando el de la tienda le cobraba de más.

—Bueno, me pasaré por ahí a explicárselo. Hasta luego.

—¡No! Aguarde un momento…

Pero el hombre llamado Cooney no estaba dispuesto a esperar. El «clic» que se oyó al otro extremo de la línea era definitivo.

Antes de volver a ponerlo en su sitio, Fran miró estúpidamente al receptor. Luego el pensamiento de que iba a llegar una visita —cualquier visita—, le hizo dedicarse a una serie de acciones automáticas. Fregó los platos del desayuno y los amontonó sobre la pila. Quitó las migas de pan que había sobre la mesa, las recogió en la mano y las echó en la bolsa de papel que había junto al fogón. Luego se desprendió del delantal y lo dejó en un armario.

En el dormitorio, la mujer se contempló en el espejo del tocador. La suya era una cara aún joven, con todos los indicios del paso de los años concentrados alrededor de los ojos. Tenía el pelo revuelto, así que se pasó el peine, produciéndose unos dolorosos tirones.

Pensó en llamar a Lila, pero la idea de ver de nuevo aquella alegre cara regocijándose con su infortunio era excesiva. No, ya se lo contaría en otro momento, cuando ambas estuvieran lamentándose de la actuación de un caballo excesivamente lento.

Se sentó a la mesa de la cocina y fumó un cigarrillo. Al cabo de diez minutos llamaron a la puerta. Fran fue lentamente hacia ella.

Cooney se quitó el sombrero. La badana estaba tirante y dejó una huella circular en la brillante superficie de su recién cortado cabello. El hombre parecía un agente de seguros entrado en años, ansioso de ser simpático.

—Buenos días, señora Holland. ¿Me permite pasar?

—Ya sabe que sí —respondió Fran.

Cooney entró, escrutando con la mirada las tres habitaciones del apartamento. Tomó asiento junto a la mesa y comenzó a juguetear con el pequeño montón de ceniza que había en el cenicero.

—Ahora dígame de qué se trata —dijo Fran, en el tono de una madre regañona.

—No es nada personal, señora Holland. Ya lo sabe. Me gusta hacer negocios con personas como usted. Lo que pasa es que la dirección se está poniendo un poco pesada con las cuentas pendientes.

La mujer casi sonrió.

—Eso es ridículo.

—No: la cosa va en serio —Cooney parecía sentirse herido—. ¿Qué beneficios cree usted que sacamos de este negocio? Mire: el tipo que apuesta dos dólares es la base de nuestra empresa. Pero cuando ustedes empiezan a apostar más dinero del que tiene, señora Holland…

—¡Empleo mi propio dinero! No puede acusarme de…

—¿Quién la acusa de nada? Mire, señora: nos debe esos veinticinco pavos desde… —El hombre metió la mano en un bolsillo de la chaqueta y extrajo una

libretita negra—. Desde el veinte de mayo —precisó—. De eso hace casi dos meses. ¿Cómo cree que le sentaría eso a unos grandes almacenes o a cualquier otro comercio?

—Escuche, señor Cooney. Ya sabe que, tarde o temprano, siempre le pago. Desde que comencé…

—Es usted amiga de la señora Shank, ¿verdad? —preguntó el hombre, de pronto.

—Ya sabe que sí. Fue Lila quien me habló…

—Sí, sí. Bien, ella no se encuentra en una posición mucho mejor. Tal vez eso la consuele, señora Holland.

—Pero Lila acaba de ganar…

—Me alegro por ella. Y cuando la señora Shank gana, nosotros tenemos que pagarle rápidamente, o se pone por las nubes. Sin embargo, cuando anda escasa de dinero… —Cooney frunció el ceño y Fran dejó de sentirse segura de sí misma.

—De acuerdo —dijo la mujer, acremente—. Si van a portarse así, buscaré a otros que tengan menos prisas.

—Como guste. Puede hacerlo cuando quiera, señora Holland —Cooney devolvió la libretita a su bolsillo—. Pero aún hay pendiente una cuestión de veinticinco dólares.

—Le pagaré la semana que viene.

—No, señora Holland.

—¿Qué quiere usted decir con eso de que no? Le daré el dinero la próxima semana. Mi marido no cobra hasta entonces.

—Tch, tch.

La mujer miró fijamente a su visitante.

—¿Qué le pasa a usted? No puedo darle algo que no tengo. ¿Qué espera?

—Veinticinco pavos, señora Holland. Esas son las órdenes que he recibido. ¿No puede pedir dinero prestado? A la señora Shank, por ejemplo.

—A ella, no —replicó Fran, con acritud.

—Debe usted de tener dinero en casa. El de la compra…

—¡No! Tengo un dólar y cincuenta centavos. ¡Eso es todo! Lo he estado dejando todo a deber…

El hombre se puso en pie y, o él o la luz del cuarto habían cambiado. La mansedumbre había desaparecido de su rostro y lo parecía todo menos inofensivo.

—He de tener ese dinero hoy mismo, señora Holland. Si no lo cobro hoy…

—¿Qué pasará? —Fran apenas podía creer en la actitud del hombre. Cooney siempre le había parecido un caballero.

—Regresaré a las seis, señora Holland.

—¿Regresará?

—Si. A ver a su marido.

Aquélla era una palabra que Cooney no había mencionado ni una sola vez. Durante los últimos tres meses, el hombre estuvo visitándola dos mañanas semanales.

Siempre encontró muestras de la presencia de Eddie: los platos del desayuno, bien rebañados a causa del gran apetito del hombre; su vieja pipa sobre la escurridera; encima de alguna silla, una camisa que necesitara un remiendo. Pero Cooney, hasta entonces, nunca había hecho referencia a Ed.

—¿Por qué? —preguntó Fran—. ¿Por qué tiene usted que hacer eso? Ya le he dicho que conseguiré el dinero. Mi marido no tiene por qué enterarse de nada.

—¡Claro que no, señora Holland! Todo lo que tiene usted que hacer es pagarnos lo que nos debe… Nada más. Entonces su esposo no tendrá que saberlo.

—¡No es que me sienta avergonzada! —gritó la mujer—. No he perdido una fortuna, ni mucho menos.

—Desde luego, señora Holland.

—Usted no puede portarse de esa forma, señor Cooney…

El sombrero volvió a cubrir el grasiento cabello.

—Tengo que irme, señora. Ya sabe dónde puede encontrarme. En «Vito's». Si va antes de las seis, olvidaremos todo este asunto.

—¡Pero si se lo estoy diciendo! —Los dedos de Fran desbarataban el trabajo realizado por el peine—. ¡No tengo ese dinero! ¡No puedo conseguirlo! ¡No puedo! No hay ninguna forma…

—¿No ha oído hablar de las casas de empeño?

—Ya lo he… —Fran se detuvo, llevándose los dedos a la boca. ¡Si Eddie supiera! …

—Hasta luego, señora Holland.

Cooney salió del apartamento y cerró la puerta con suavidad.

Fran escuchó alejarse los pasos del hombre hasta que la escalera volvió a quedar en silencio. Entonces pensó en Eddie. Miró hacia el otro extremo de la mesa, y casi pudo ver a su marido sentado allí, con aspecto dolorido y contrariado. El mismo aspecto que tuvo en tantas ocasiones anteriores, cuando meneaba la cabeza y decía:

—¿Por qué lo haces, Fran? ¿Para qué?

¿Cómo podría enfrentarse de nuevo con aquello después de tantas promesas, tras dolorosas escenas de reproches y perdón? La primera vez no fue demasiado desagradable; aún estaban en luna de miel, y todo cuanto hiciera la mujercita de Eddie era divertido, acertado y maravilloso, incluso apostar a las carreras el dinero de la casa. En aquella ocasión se rieron de ello y, tras una breve disputa, hicieron las paces de esa forma especialmente tierna reservada a los recién casados. Pero hubo una segunda vez. Y una tercera. Ante cada descubrimiento, Eddie había parecido más dañado y aturdido, hasta que el aturdimiento se convirtió en ira. Y luego tuvo lugar aquella terrible experiencia, en el pasado octubre, el día en que el hombre descubrió el círculo blanco en el dedo de Fran, en el lugar que debía haber ocupado su anillo de boda…

La mujer se estremeció ante el recuerdo. Aquella vez no hubo perdón por parte de Eddie. Ella le juró que había roto con su vicio; intentó convencerle, de todas las

maneras posibles, de que había aprendido la lección. Pero, aun así, Eddie no la había perdonado. Se limitó a advertir:

—Te concedo una oportunidad más, Fran, así que ayúdame. Como vuelva a ocurrir, me iré…

Fran se levantó de su silla junto a la mesa y corrió al dormitorio. Abrió los cajones de la cómoda, diseminando ropas y cajas llenas de botones, agujas y retales. Registró todos sus bolsos, metiendo los dedos en los forros, en busca de cualquier moneda olvidada. Cacheó los bolsillos de los dos trajes de su marido que colgaban en el armario, atenta a si se producía el tintinear de calderilla. Abrió el joyero de plástico que Eddie le regalara las Navidades anteriores, y le descorazonó ver que todo lo que contenía eran unas cuantas baratijas sin valor.

Incluso cuando corrió hacia la sala de estar, Fran tenía la sensación de que cuanto estaba haciendo lo había hecho ya con anterioridad.

Bajo los almohadones del pequeño sofá encontró una moneda de diez centavos y otra de uno. En un pequeño jarrón de porcelana que había sobre una estantería halló un doblado billete de a dólar.

Llevó a la mesa de la cocina todo el dinero encontrado y lo contó.

—Dos dólares y setenta y ocho centavos susurró.

Escondió la cabeza entre los brazos.

—Dios mío, Dios mío… —exclamó.

Veinticinco dólares no eran mucho. Pero… ¿dónde podría encontrarlos? No tenía más amigas que Lila. Su familia vivía a muchos kilómetros de distancia. ¿Dónde lograr aquella suma? Y antes de las seis. Miró a su muñeca, pero recordó que el reloj que esperaba hallar estaba en poder de un prestamista de Broadway. Miró el reloj eléctrico que había en la pared de la cocina y se quedó sin aliento al darse cuenta de que ya eran casi las once y media.

¡Tenía menos de siete horas! ¡Veinticinco dólares! «Cuentecillas», las había llamado Cooney…

Entonces se le ocurrió la idea. Nació de un lamentable recuerdo, de una desagradable escena ocurrida en una esquina callejera hacia sólo dos semanas. Fran acababa de concluir un día de compras y bajo su brazo llevaba una caja en cuyo interior iba un traje excesivamente caro. Había permanecido en la esquina, con dolor de pies y rezando porque el autobús número cinco llegara vacío. Entonces abrió su bolso, el mismo que ahora estaba sobre la mesa, en busca de calderilla…

Se levantó tan súbitamente que la silla arañó el linóleo. Fue al dormitorio y arregló a fondo su maquillaje. Se puso sus mejores zapatos de ante y sacó de un cajón la prenda de seda que llamaba su «estola de tarde». Al mirarse en el espejo no se sintió satisfecha, así que se cambió de vestido.

Cuando hubo acabado, Fran se parecía mucho a la chica que Ed llevaba a las fiestas.

Luego, la mujer salió del pisito.

La parada de autobús se encontraba a cuatro travesías del edificio de apartamentos. Era la parada de autobús ideal, porque, durante las horas punta, los conductores de las líneas número cinco, quince y veintitrés se turnaban en arrimarse al bordillo. En aquellos momentos el número cinco acababa de partir, medio lleno; pero aún había quienes esperaban a que llegara su transporte hacia sabe Dios qué diligencia.

La mayor parte de la gente estaba constituida por personas ancianas. Los viejos no eran excesivamente adecuados para lo que Fran se proponía hacer. Decidida, fue hasta la señal en forma de flecha que marcaba la parada y adoptó el aspecto de alguien animado por un propósito.

Con el rabillo del ojo seleccionó a su primera víctima. Sabía que iba a ser la más difícil, así que debía tratarse de alguien adecuado. En realidad, el hombre no parecía excesivamente viejo. Puede que pasara un poco de los cincuenta. Sus ojos eran saltones, y llevaba los hombros encogidos, como si reacción bastante extraña el sol de julio le diese frío. Tenía las manos en los bolsillos y, en el interior de éstos, sonaba un tintineo de monedas.

Furtivamente, Fran se acercó al desconocido, fingiendo que atisbaba al fondo de la calle para ver si venía algún autobús. El hombre la miró con escaso interés.

Entonces Fran vio, a lo lejos, el autobús quince, que se acercaba. Rápidamente abrió el bolso y comenzó a rebuscar en su interior.

—¡Dios mío! —dijo, en voz alta.

Al oír la exclamación, el hombre alzó las cejas.

Fran le miró, desolada. Con gran destreza, adoptó una expresión en la que se mezclaban la preocupación y el humor.

—¿Qué le parece esto? —dijo—. No traigo ni un centavo.

El hombre sonrió, inseguro, sin saber qué partido tomar. Sus manos dejaron de juguetear con las monedas.

—¿Qué puedo hacer? Tengo que ir al centro…

—Yo… bien… —el hombre carraspeó—. Mire, si usted me permite…

—¡Oh! ¿Querría usted? ¿Podría prestarme quince centavos? ¡Me siento tan estúpida…!

Ahora el hombre sonreía: aquello iba a ser una experiencia anecdótica. Fran no se sintió culpable. Era ella quien estaba haciendo un favor al desconocido, que sacó del bolsillo una mano llena de monedas. Escogió una de diez centavos y otra de cinco y se las tendió a la mujer.

—No tiene importancia —dijo. En aquel momento, el autobús se detuvo frente a los que aguardaban—. Me lo puede devolver por correo. Bueno, aquí está el autobús…

—No es el mío —sonrió Fran—. Yo espero al cinco. Muchas, muchas gracias.

—Encantado de hacerle un favor —dijo el hombre, alegremente, antes de subir al vehículo.

«Hoy ya tendrás algo que contar, amigo», pensó Fran. Frente a ella, un joven que había bajado del autobús que acababa de partir doblaba un periódico.

—Perdone…

—¿Eh…? —El joven miró a Fran, extrañado.

—Ya sé que voy a parecerle tonta, pero… —Pestañeó, coqueta. El chico era realmente muy joven, porque se puso colorado—. Resulta que he salido de casa sin un centavo. Y debo tomar el próximo autobús hacia el centro…

—Caramba… —dijo el muchacho, con embarazo—. Comprendo cómo se siente. Ahora mismo… —Metió la mano en un bolsillo de su chaqueta—: Lo único que tengo es una moneda de veinticinco centavos…

—Ah, entonces…

—No, no. Guárdesela. Lo que le ha sucedido a usted me ocurre a mí muy a menudo. —Miró de cerca al rostro de Fran y pareció comprender que la mujer era más vieja que su sonrisa. Inclinó levemente la cabeza y siguió su camino.

—Perdone —dijo Fran a una anciana señora que atisbaba con mirada miope hacia el final de la calle—. Me siento muy confundida; pero me ha ocurrido una cosa horrible…

—¿Qué? —preguntó la otra, con acritud.

Fran sonrió forzadamente.

—Nada —dijo.

Un delgado caballero con gafas y que llevaba un libro bajo el brazo caminaba con lentitud hacia la parada del autobús. Cuando Fran se le acercó, el hombre le hizo un guiño.

—Perdone musitó ella.

Una hora más tarde Fran habría jurado que tenía una ampolla en el talón derecho. Resultaba asombroso que el permanecer junto a una parada de autobús hubiera podido hacerle aquello a sus pies. ¡Caramba, ella podía andar kilómetros y kilómetros a través de unos grandes almacenes y nunca le ocurría nada!

Entonces recordó las monedas que llevaba en el interior del bolso y cruzó rápidamente la calle. En la esquina había una farmacia. Fran entró en una de las cabinas telefónicas del establecimiento y cerró la puerta.

Allí hizo un cuidadoso recuento.

El total ascendía a tres dólares y quince centavos. Añadidos a la suma con que empezara, la cantidad se elevaba a cinco dólares noventa y tres centavos. Fran se estremeció. Aún tenía que recorrer un largo camino…

Cuando abrió las puertas de la cabina, fuera había un hombre esperando.

—Perdone —dijo la mujer, automáticamente—. Me siento estúpida, pero he salido sin un centavo, y tengo que ir al cen… Tengo que hacer una llamada.

El otro sonrió, amablemente.

—¿Sí? —dijo. Entonces comprendió lo que se esperaba de él, y su mano fue hasta el bolsillo donde llevaba el dinero suelto—. ¡Oh, sí, desde luego! —exclamó—. Aquí

tengo diez centavos.

—Gracias, muchísimas gracias.

Fran volvió a cerrar las puertas y, sin haber introducido la moneda, marcó un número. Durante unos momentos, habló animadamente con el silencioso aparato, colgó tras un musical «adiós» y sonrió con gran amabilidad al hombre que entró en la cabina tras abandonarla ella.

Luego regresó a la parada de autobús.

A las tres de la tarde, Fran había conseguido casi diez dólares más. A las cuatro menos cuarto volvió a la cabina telefónica para realizar un nuevo recuento.

—Catorce dólares y nueve centavos —dijo, en voz alta.

Su dedo se metió en el orificio de devolución del teléfono y salió de él con una moneda de diez centavos.

—¡Hoy es mi día de suerte! —rió la mujer.

Pero a las cuatro se encontraba más descorazonada. Alrededor de la parada había cada vez más personas. No obstante, el incremento de tráfico no la ayudó en su colecta de calderilla.

A las cuatro y media aún estaba muy lejos de su meta de veinticinco dólares.

—Perdone. —Esta vez se dirigió a un hombre gordo, de rostro inexpresivo—. Soy una tonta; he salido de casa sin ningún dinero. Tal vez usted tuviera la caballerosidad…

—Largo replicó el tipo, mirándola aviesamente.

—Usted no me comprende… Sólo iba a preguntarle si tenía…

—Váyase, por favor, señora —insistió el gordo.

Aquélla era la primera vez que le negaban ayuda. Fran sabía que era mejor no discutir. No merecía la pena. Pero, de pronto, se sintió indignada.

—Mire —dijo acaloradamente—. Sólo son quince centavos. Lo que cuesta un billete de autobús.

Fran notó que una mano aferraba su brazo y se revolvió con furia.

—Perdone, señora…

La mujer miró, indignada, al hombre cuyos dedos agarraban con tal fuerza la manga de su vestido. El desconocido tendría treinta y tantos años, y sus ropas estaban cortadas a base de ángulos agudos. El hombre grueso se apartó de ellos, y eso hizo que Fran se sintiera aún más irritada.

—¿Qué quiere?

El hombre sonrió. Sus dientes eran largos, y sus ojos permanecían fríos y nada cordiales.

—Creo que será mejor que me acompañe.

—¿Qué?

—Por favor. Será preferible para ambos que no haga una escena. ¿Qué responde?

—¡No se de qué habla!

—Mire, señora: la he estado observando durante los últimos treinta minutos. ¿Me

entiende ahora? Será mejor que me acompañe por las buenas antes de que empiece a ponerme en plan antipático.

Fran comenzó a notar en su vacío estómago una desagradable sensación.

—¿Por que tengo que acompañarle? ¿Quién se cree que es?

—Si quiere ver mi chapa, se la enseñaré. Pero me parece que ya tenemos bastante gente pendiente de nosotros. ¿Qué dice?

La mujer tragó saliva con dificultad.

—De acuerdo.

Se alejaron de la parada de autobús. El hombre seguía sujetando a Fran por el brazo, sonriendo como un viejo amigo que ha efectuado un encuentro casual, y no dijo nada hasta que llegaron a un automóvil gris aparcado a unos treinta metros de la parada.

El tipo abrió la puerta.

—Pase usted, por favor.

—Mire, señor… Si me deja que le explique…

—Ya tendrá tiempo de hacerla. Adentro, señora.

Fran montó. Su acompañante dio la vuelta para entrar por la portezuela contraria y se instaló junto a ella. El coche arrancó y, al llegar a la primera esquina, torció a la izquierda.

—Usted no comprende —dijo Fran, suplicante—. No hacía nada malo. Ni robaba ni nada de eso. Me limitaba a pedir, ¿entiende? Vera… me encuentro en un aprieto.

—Sí que está en un aprieto, de eso no cabe duda. El hombre eludió un semáforo que estaba cambiando de color y volvió a torcer a la izquierda.

Fran escondió la cara entre las manos y comenzó a sollozar. Pero sus ojos estaban secos; las lágrimas se negaban a acudir.

—Es inútil que emplee esos trucos —dijo él—. He visto montones de mujeres como usted, señora. Sin embargo, admito que no conocía su sistema. ¿Cuánto dinero creía poder reunir?

—No necesitaba mucho. ¡Sólo unos pocos dólares! Antes de las seis tengo que haber conseguido veinticinco dólares. ¡Es necesario!

—¿Cuánto llevaba reunido?

—No mucho. De veras. ¡Únicamente unos dólares! No irá usted a arrestarme portan poco, ¿verdad?

—¿Cuánto, señora?

Fran abrió el bolso y contempló las monedas que había en el fondo.

—No lo sé exactamente —musitó—. Tal vez unos quince o dieciséis dólares. Pero no es suficiente…

Ahora el coche se encontraba en una calle lateral, lejos del espeso tráfico, camino de los almacenes cercanos al río.

—¡Por favor! —gritó Fran—. ¡No me encierre! ¡No volveré a hacerlo! Necesitaba desesperadamente ese dinero…

—¿Cuánto más necesitas, muñeca?

—¿Qué?

—¿Cuánto te falta para llegar a los veinticinco?

La mujer volvió a mirar en su bolso.

—No estoy segura. Otros diez dólares… Tal vez ni siquiera eso.

—¿Eso es todo? —sonrió el tipo.

El pie del hombre apretaba cada vez más el acelerador, como si, de pronto, se sintiera ansioso de llegar a su destino. Dobló a gran velocidad varias esquinas, y las ruedas del coche protestaron chirriando. Fran empezó a alarmarse.

—¡Eh! —La mujer contempló por la ventanilla el desierto y desconocido vecindario—. ¿Dónde estamos? ¿Es usted un policía o no?

—¿Tú qué crees?

Fran le miró fijamente.

—No, claro que no lo es. No pensaba arrestarme en absoluto… —Se inclinó hacia la portezuela, poniendo los dedos en la manilla.

—Tch, tch. No hagas estupideces. Lo único que conseguirías es hacerte daño. Además, muñeca, aún puedo llamar a un polizonte y hablarle de tus raterías.

—¡No le creerían!

—Es posible, pero… ¿para qué arriesgarse? —El falso agente soltó la mano derecha del volante y pasó el brazo sobre los hombros de Fran.

—¡Estése quieto!

—No eres nada lista, cariño. Has de reunir esos veinticinco antes de las seis. Ahora son casi las cinco. ¿De dónde crees que los vas a sacar?

—¡Déjeme salir!

—A lo mejor yo puedo ayudarte, muñeca. —La atrajo hacia sí. Sus ojos estaban fijos en la calle y su sonrisa era cada vez más amplia—. Si eres amable…

—No —dijo Fran—. ¡No!

El tipo redujo velocidad para doblar otra esquina y entonces Fran vio llegado su momento. Levantó la manilla de la portezuela y ésta se abrió de golpe. El hombre lanzó una palabrota y aferró a la mujer por el brazo.

—¡Déjeme en paz! —gritó ella, agitando el bolso, cargado de monedas, que fue a golpear al hombre en la sien.

El tipo lanzó un grito rabioso y, al tratar de retener a Fran, le desgarró la manga del traje. Luego, temerariamente, soltó la otra mano del volante. El coche cabeceó como un caballo salvaje al que de pronto sueltan de sus ataduras, y arrojó a Fran contra la abierta portezuela, a través de la cual la mujer cayó a la calzada.

Lo hizo sobre las rodillas y las manos, sollozando, pero ilesa. Observó, sin horror ni remordimientos, cómo el coche se subía a la acera e iba a chocar contra la fuerte pared de ladrillo de uno de los almacenes.

El primer pensamiento de Fran fue correr, ya que en los alrededores no había nadie que pudiera observar su huida. Entonces recordó que su bolso se había quedado

en el coche, y se dirigió al accidentado vehículo para recogerlo.

La portezuela permanecía abierta, y el bolso se hallaba junto al inconsciente conductor. Fran no sabía si el hombre estaba vivo o muerto, ni, en aquellos momentos, le importaba la diferencia. El tipo se encontraba inclinado sobre el volante, con las manos colgando fláccidamente. Jadeando, la mujer se inclinó para tomar su monedero.

La idea se le ocurrió con tal naturalidad que comenzó a buscar la cartera del hombre sin que sus dedos acusaran el más mínimo nerviosismo. Encontró la billetera en el bolsillo interior de la chaqueta. Dentro había un montó de billetes, pero, con un extraño sentido de la honradez, sólo cogió diez dólares.

Fran llegó a la barbería «Vito's» a las seis menos diez. Vito inició una sonrisa, pero la truncó al ver las desencajadas facciones y la maltrecha ropa de la visitante.

—¿Cooney, eh? Sí, está dentro. ¡Phil, una señora te busca!

Al salir de la trastienda, Cooney miró con curiosidad a Fran. El hombre, en mangas de camisa, llevaba en una mano una pobre jugada de póker. Cuando vio que la señora Holland abría el bolso, se le iluminó el rostro. Luego, al ver aquella cantidad de pequeñas monedas, no pudo evitar reírse.

—¿Qué ha hecho usted, señora? ¿Ha robado un cepillo de iglesia?

—Cuéntelo —dijo Fran, en tono distante—. Hágame ese favor, señor Cooney.

El hombre volcó el contenido del bolso sobre una mesita de manicura. Vito ayudó en la cuenta. Cuando hubieron hecho la suya, Cooney miró a Fran:

—Treinta dólares y cuarenta y seis centavos, señora Holland —anunció, con satisfecha sonrisa—. Aún le sobra dinero. Siento mucho haberle tenido que apretar las clavijas; pero ya ve que todo ha ido bien.

Fran ascendió lentamente las escaleras del edificio de apartamentos. Al llegar al tercer piso, se abrió una puerta y por ella asomó una rubia con el pelo lleno de rizadores.

—¡Fran! Por el amor de Dios, ¿dónde has estado?

—De compras —replicó la mujer, fatigada.

—Pareces molida. ¿Compraste algo bonito?

—No, nada, Lila.

—Bueno, he de darte una noticia. Esta noche no tendrás que preparar cena. Si no te apetece cocinar, puedes venir a comer conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—Esta noche eres libre, preciosa —la rubia lanzó una carcajada—. Esta tarde, Ed debe de haber telefoneado lo menos nueve veces. Al final me llamó a mí, creyendo que estabas en mi casa, cotilleando o algo por el estilo.

—¿Ed? —Fran parpadeó.

—Sí. Llamó desde la oficina. Quería decirte que no regresaría hasta mañana. Había surgido un asunto urgente con un comprador o algo así. Dijo que debía salir hacia Chicago en el avión de las cinco.

—¿No vendrá a casa? —repitió Fran, estúpidamente.

—Anímate, mujer. Ya has oído lo que te he dicho. Ed se ha marchado a Chicago. Esta noche podrás descansar.

Fran se estremeció y comenzó a ascender el siguiente tramo de la escalera.

—Gracias, Lila.

—De nada —replicó la rubia, encogiéndose de hombros—. ¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Sí, sí. Muy bien. Perfectamente.

En el piso de arriba Fran abrió la puerta de su apartamento y pasó al interior. A la luz del atardecer, los platos del desayuno, aún amontonados sobre la pila, tenían un aspecto grisáceo. La mujer dejó el bolso sobre la mesa y, de dos patadas, se desprendió de los zapatos.

En la sala de estar se dejó caer pesadamente en un sillón y encendió un cigarrillo. Permaneció allí, exhausta, contemplando la débil luz que entraba del exterior y fumando en silencio. Se echó sobre los hombros la «estola de tarde», como si en la habitación hiciese frío.

—Chicago —dijo, con amargura.

Entonces el nombre adquirió una significación. Quería decir algo. Fran se levantó rápidamente. Aquélla era la clave del asunto. El nombre «tenía que significar algo».

Fue hacia el teléfono y marcó un número muy familiar.

—Oiga, ¿está el señor Cooney? —Su pie, sólo cubierto por la media, golpeó con impaciencia el suelo.

—¿Señor Cooney? Escuche, soy Fran Holland. Se trata de esa cuarta carrera de mañana. Me gustaría apostar cinco dólares a «Chicago Flyer. Eso es: en la cuarta carrera.

LA MUCHACHA DE ORO

ELLIS PETERS

—Shakespeare… —dijo el sobrecargo, pensativo, mientras tomaba su segunda cerveza después de salir del teatro—. Desde luego, este año sólo se representa a Shakespeare. Sin embargo, él también plagió lo suyo. Eso de «mis ducados y mi hija»… Hubo otro tipo que escribió eso mucho mejor. Una vez la obra se llamaba *El judío de Malta*, y el autor era un tal Marlowe. «¡Oh, fortuna, oh, muchacha! ¡Oh, belleza! ¡Oh, mi dicha!». Esta noche, viendo *El Mercader*, me he acordado. Y de un caso real que conocí… sólo que ella no era su hija, ni mucho menos.

»Entonces era yo un jovenzuelo inexperto, y servía a las órdenes del viejo McLean, en el *Aurea*. De esto hará… bueno, unos diez años o así. Algunas veces sueño con ello, aunque ahora no me ocurre con tanta frecuencia. Íbamos a zarpar a Liverpool con destino a Bombay. Era mi tercera travesía. Aquella pareja llegó durante el bullicio anterior a la salida, y, no obstante, nadie dejó de fijarse en ellos a causa de la chica. ¡Era tan increíblemente bonita, con su cabello rubio como el oro y sus ojos azul claro! Además, ¡estaba tan enternecedoramente embarazada…! Ya saben, esos blusones sueltos, y luego los finísimos brazos colgando a ambos lados del abultado cuerpo. Y el cuidadoso y levemente desmañado andar, equilibrando el peso. Subió lentamente las escalerillas, aferrándose a la baranda. Uno podía notar que todos los hombres que había alrededor se contenían para no correr a ayudarla.

»La pareja se dirigía a Bombay, donde, probablemente, el marido iba a hacerse cargo de algún delicado empleo. El hombre tendría unos cuarenta años, contra los veintidós o así de ella. Sin embargo, en él también había algo. Al cabo de una hora de zarpar, todas las mujeres tenían los ojos fijos en él. Era un tipo alto y atractivo, moreno, silencioso y con aspecto experimentado. Mostraba hacia su mujer una actitud tan solicita que el resto de las esposas de a bordo se pusieron verdes de envidia. Inmediatamente supusieron que se trataba de un vividor reformado. Un donjuán que había encontrado su chica. ¡Que intentasen apartarle de ella! Antes de que terminase el viaje hubo muchas que trataron de hacerlo. Pero no. Por lo que a él respectaba, en el barco no había otra mujer que su esposa. Durante los diecisiete días de la travesía no se apartó de su lado, y siempre con aquella ansiosa expresión en la cara.

»A los dos días de navegación realizamos un simulacro de naufragio. Siempre lo hacíamos, aunque nunca esperábamos que colaborasen más de la mitad de los pasajeros, sobre todo en aquella época del año y con el mar tan calmado como suele mostrarse a veces. Yo era el oficial a cargo del bote salvavidas que correspondía a la pareja, y cuando sonó la primera sirena me cuidé de pasar cerca de su camarote. El

hombre no estaba, había ido a la biblioteca, a buscar unos libros para su esposa. Tuve el placer de ayudarla a colocarse el chaleco salvavidas. Como la mayor parte de las mujeres, no tenía ni idea de cómo ponérselo, con instrucciones o sin ellas.

»Bajo la amplia túnica, el cuerpo de la muchacha parecía menos abultado. Sólo un poco más grueso de lo que debía de ser en circunstancias normales. Al menos, eso me pareció. Por la forma que la joven tuvo de darme las gracias hubiera estado yo dispuesto a saltar por la borda, si eso fuese a complacerla. Sí, se encontraba bien. Sí, subiría al puente y colaboraría, como los demás. Y lo hizo. Era como una niña entregada a un juego, la más alegre de todos los falsos náufragos. Su marido llegó pronto al rescate, ansioso de aislarla de nosotros y de cuidar de ella él mismo. No hubo un solo hombre que no envidiara sus derechos.

»Y así durante toda la travesía. En nuestras proyecciones cinematográficas, los dos se sentaban en un tranquilo rincón, con las manos juntas. Las mujeres suponían que no llevaban mucho tiempo casados. Sin duda él aún no se había repuesto del feliz *shock* de conseguirla, y casi no podía creer en su suerte.

»Casi la mitad de los pasajeros descendieron en Karachi. Como de costumbre, seguimos hacia Bombay rodeados de un ambiente más tranquilo y apagado. Y aquella noche, alrededor de las doce, estalló el fuego.

»Se estaba celebrando un baile. Para suavizar el efecto de las separaciones, siempre programamos algo divertido. Debido a la fiesta no conseguimos averiguar cómo empezó la cosa. Lo único que sé es que, de pronto, comenzaron a sonar alarmas bajo los puentes e, inexplicablemente, ninguna arriba, en los salones y bares. La música prosiguió, y en la cubierta de botes la gente continuaba en la piscina mucho después de que, abajo, casi reinase el pánico. Las comunicaciones se hicieron imposibles, ya que el sistema de altavoces se desbarató. Antes de que hubiera transcurrido el tiempo necesario para decir «amén», todo estaba lleno de humo. Diez minutos más tarde aquello era ya un caos. Nadie podía transmitir órdenes más allá del alcance de su voz. Y una vez a la gente le hubo entrado el miedo, ese alcance no abarcaba mucho.

»En realidad, no se trató de pánico. Los pasajeros formaban un conjunto bastante consciente, y se hubieran portado de maravilla si hubiese habido alguna forma de indicarles lo que debían hacer. Pero no la había, porque no disponíamos de suficientes oficiales para andar de grupo en grupo. Algunas veces la confusión y el desconcierto pueden producir los mismos resultados que el pánico. Los pasajeros más capaces y conscientes, que siempre están dispuestos a ayudar, por falta de instrucciones, hacen las peores cosas. Y los otros no lograban más que estorbarlos a ellos y a nosotros. ¿Qué medidas podían tomarse? Gracias a Dios, el mar estaba en completa calma y dos o tres barcos habían recibido nuestras llamadas de auxilio y acudían al rescate.

»Las cosas tenían que suceder como ocurrieron. El fuego se extendió a velocidad prodigiosa y el barco empezó a escorar. Empujamos a todo el mundo a cubierta, les hicimos poner los chalecos salvavidas y comenzamos a arriar los botes. Nunca

olvidaré el escándalo que reinaba. Nadie se puso histérico, pero todos gritaban.

»Comencé a recorrer, entre el humo, el puente B., abriendo las puertas de los camarotes para recoger a los rezagados. Con una mano agarraba a una mujer y, a mi espalda, un camarero de Goa arrastraba a dos más. Abrí la puerta de la cabina cincuenta y seis. Allí estaba la muchacha de oro, aferrada a su marido. Sus grandes ojos parecían enormes lagos grises en los que se reflejaba un asombrado terror. Los dos estaban lidiando desmañadamente con el chaleco salvavidas de ella. El del hombre se encontraba en la litera baja. Le grité, furiosamente, que se diera prisa en ponerle a su mujer el chaleco. Luego, tan pronto como concluyó, aferré a la muchacha con mi mano libre. La chica, dando traspiés, me siguió por las escalerillas. Su paso era tan lento y dificultoso como el de una anciana. Incluso tuve tiempo de sangrar un poco interiormente ante la sola idea de que estaba maltratándola. Pero, ¡caramba!, teníamos prisa. Bajo nuestros pies, el *Aurea* se inclinaba cada vez más, hundiéndose en el tranquilo océano. El barco no iba a durar mucho.

»Bueno, pese al pandemonio que reinaba en cubierta, conseguí llevar a la pareja hasta su lancha. Para entonces, cerca de nuestro buque había ya un petrolero que lanzaba sus botes para acudir al rescate. Sobre las oscuras aguas brillaban las luces de los faros de búsqueda. En aquel momento el puente comenzó a ladearse, tomando una posición casi vertical que nos lanzó hacia la barandilla. Las mujeres gritaron, colgándose de lo primero que les vino a mano. Pensé que todo había acabado; pero el *Aurea* volvió a enderezarse en parte. Sin embargo, el bote se escurrió, deslizándose hacia popa, donde quedó trabado. Comprendí que ya no podríamos utilizarlo. Algunos de los otros estaban ya en el agua, a cierta distancia, seguros y esperando la oportunidad de ayudarnos en lo que pudieran cuando zozobrásemos. En la oscuridad, más barcos se acercaban al petrolero, dispuestos también a colaborar. Uno se había aproximado más que los restantes, y desde él nos llamaban. Les respondí a gritos, y el vapor se acercó aún más. Aferré por el brazo a la muchacha de oro. Tenía en mi mano dos vidas… ya saben lo que es eso.

»El marido de la chica, hecho una furia, lanzó un alarido y agarró con todas sus fuerzas a su mujer, gritando algo que, a causa del barullo general, no comprendí. No había tiempo de convencer a nadie de nada, así que, para apartarle, le puse la mano contra la barbilla y le di un fuerte empujón. A la fuerza, soltó a su esposa. Luego tomé en brazos a la chica, la alcé sobre la baranda y, con mucho cuidado y delicadeza, la dejé caer en el sitio donde estaría más segura: el mar, a pocos metros de los botes que habían sido arriados del barco que se encontraba más próximo. El oficial a quien yo había saludado se inclinaba ya para recoger a la muchacha.

»Entonces ocurrieron dos cosas con las que aún sueño a veces, cuando me encuentro indispuesto. Su esposo lanzó un grito digno de un alma en pena, un sonido que nunca olvidaré, y, aullando, fue hasta la baranda y saltó sobre ella. Y la muchacha, la chica de oro… ¡Dios mío…! Al caer al agua se hundió como una piedra.

»Su rostro estuvo un segundo vuelto hacia arriba, demudado, mirándome con aquellos ojos perdidos y aterrados hasta que las aguas se cerraron sobre él. La muchacha se hundió y no volvió a reaparecer.

»Me costó un minuto entero darme cuenta de lo que había ocurrido. Pueden imaginárselo. Luego me tiré al agua y me sumergí en busca de la mujer, bajando, bajando cada vez más; una y otra vez, hasta que, a la fuerza, me izaron a un bote. No pude encontrada. No obstante hubo un momento en que me pareció veda, hundiéndose mucho más abajo de donde me hallaba. Creo recordada con los cabellos erizados, de ojos llenos de horror… Su boca daba la impresión de emitir un silencioso alarido. ¿Cuál era su nombre? Seria agradable pensar que sólo imaginé todo aquello. Y, mejor aún, olvidado. El caso es que no logro hacer ninguna de las dos cosas.

»Para aquellos instantes, del marido tampoco quedaba nada, excepto el chaleco salvavidas, que flotaba mansamente en el lugar donde se lo había arrancado para bucear en busca de la joven. Si el vórtice que produjo el *Aurea* al hundirse no hubiera revuelto el fondo y hecho subir a la superficie cuanto había hundido, nunca hubiéramos encontrado a ninguno de los dos. El petrolero aún tenía unos cuantos botes en el agua. Uno de ellos recogió el cuerpo de la chica, aprovechando su momentánea salida a la superficie. Al hombre nunca lo hallamos.

»Fue el encontrarla a ella y lo que llevaba sobre el cuerpo, lo que hizo intervenir en el asunto a la Interpol.

»La muchacha no estaba casada con el hombre, desde luego. Era una modelo profesional y actriz de pequeños papeles que el tipo había recogido en algún club nocturno. Tampoco estaba embarazada. Lo único que, a mi entender, no era falso, era la solicita actitud del hombre hacia su compañera. Nunca la había empleado antes. Todos los cargamentos anteriores los había pasado por aire, mediante otros portadores. El último debía haber sido un trabajo fácil, un crucero de placer con una hermosa recompensa al final. Se trataba de un negocio muy provechoso. Creo que no pensaban repetirlo.

»Una vez acabado el primer simulacro de naufragio, el material que ella había subido a bordo metido en una bolsa oculta por su ancho traje de embarazada, pasó a quedar escondido en el chaleco salvavidas de la muchacha. ¿Un lugar absurdo? Bien, les diré una cosa: nadie cree nunca que va a necesitar imperiosamente ese maldito chaleco. Nadie. Así que, a fin de cuentas, no era un lugar tan estúpido. De esa forma, la chica podía disfrutar de comodidad hasta volver a recoger su carga, al llegar a Bombay. Una vez allí la transportaría tiernamente a tierra por entre los empleados de la aduana. La pareja dejó para la última noche el trabajo de trasladar el «paquete» a su escondite original, y el incendio les pescó desprevenidos.

»Desde luego, el hombre podía haberse quedado con el chaleco pesado y dar el suyo a la muchacha. Quizá lo hubiera hecho, de no haber intervenido yo. O puede que no. Después de todo, la chica no era más que una profesional que realizaba un trabajo para él. Una vez en el bote, se hubiera encontrado segura. Y, siguiera lo que

siguiese, era ella, con su pasmosa belleza y su desarmante estado, la que hubiera recibido el mejor trato y la que hubiese tenido más posibilidades de volver a esconder la carga y de meterla en la India sin apenas arriesgarse.

»Aún me pregunto cuál fue la verdadera causa que hizo que aquel hombre se arrojara al agua, si la muchacha, o los quince kilos de oro que había en el interior del chaleco salvavidas.

EL MUCHACHO QUE PREDECÍA LOS TERREMOTOS

MARGARET ST. CLAIR

—Naturalmente, tú eres escéptico —dijo Wellman. Se sirvió agua de una jarra, se colocó una píldora en la lengua y, con ayuda del agua, se la tragó—. Es lógico y comprensible. No te culpo por ello, ni soñarlo. Aquí, en el estudio, había un buen montón de gente que, cuando empezamos a programar a ese chico, Herbert, sustentaba tu misma actitud. Y, entre nosotros, no me importa admitir que yo mismo sentía bastantes dudas respecto a que un programa de esa clase pudiera dar buen resultado en televisión.

Wellman se rascó detrás de la oreja, mientras Read le escuchaba con interés científico.

—Bueno, pues estaba equivocado —siguió Wellman, bajando la mano—. Me complace decir que erré en un mil por ciento. El primer programa del muchacho, que no fue anunciado y careció de publicidad, aportó casi mil cuatrocientas cartas. Y hoy en día recibe… —El hombre se inclinó hacia Read y susurró una cifra.

—¡Oh! —exclamó Read.

—Aún no hemos divulgado esa información, porque esos borregos de Purple no nos creerían. Pero es la verdad pura y simple. Hoy en día no existe otra personalidad en televisión que cuente con una audiencia como la del chico. El programa también se emite en onda corta, y la gente lo sintoniza en todas partes del mundo. Después de cada programa, la oficina de Correos ha de enviamos dos camiones especiales llenos de cartas. Read, no puedo expresar lo feliz que me hace el que vosotros, los científicos, estéis pensando, por fin, en hacer un estudio respecto al muchacho. Te soy franco.

—¿De qué tipo es, personalmente? —preguntó Read.

—¿El chico? Oh, muy sencillo, tranquilo y muy, muy sincero. A mí me gusta muchísimo. Su padre… bueno, es todo un carácter.

—¿Cómo se realiza el programa?

—¿Quieres decir cómo trabaja Herbert? Pues, francamente, Read, eso es algo que tendrán que averiguar tus informadores. Nosotros no tenemos ni la más mínima idea de lo que ocurre en realidad. Desde luego, puedo decirte los detalles del programa. El muchacho actúa dos veces a la semana, los lunes y viernes. No emplea guión —Wellman hizo una mueca—, y eso nos produce más de un quebradero de cabeza. Herbert asegura que los guiones le dejan sin saber qué decir. Permanece en antena durante doce minutos. La mayor parte de ellos se limita a charlar, contando a los

espectadores lo que estudia en el colegio, los libros que ha leído y cosas por el estilo. La clase de conversación que uno oye de cualquier muchacho simpático y tranquilo. Pero siempre hace una o dos predicciones. Como mínimo, una, y como máximo tres. Se trata de cosas que ocurrirán durante las próximas cuarenta y ocho horas. Herbert dice que, más allá de ese plazo, no puede ver nada.

—¿Y las predicciones se cumplen? —inquirió Read, y más que una pregunta era una afirmación.

—Siempre —replicó Wellman, con leve tono de cansancio. Lanzó un bufido—. El último abril, Herbert predijo la caída del avión estratosférico en Guam, el huracán de los Estados del Golfo, y los resultados de las elecciones. También anunció el desastre del submarino en Las Tortugas. ¿Te das cuenta de que el FBI, durante cada programa, tiene un agente en el estudio, junto al muchacho? Se trata de una medida para suspender inmediatamente el espacio si el chico dice algo que sea contrario a la política pública. Así de en serio le toman.

»Ayer, cuando me enteré de que la Universidad pensaba hacer un estudio sobre el tema, repasé el historial de Herbert. Hace ahora año y medio que su programa se emite, dos veces a la semana. Durante ese tiempo, el chico ha hecho ciento seis predicciones. Y cada una de ellas, sin excepción, ha resultado cierta. En estos momentos, el público en general tiene tal confianza en él que… —Wellman se humedeció los labios, buscando la comparación adecuada—, que si predijese el fin del mundo o el ganador del *Derby* irlandés, le creerían.

»Soy sincero por completo, Read, terriblemente sincero: Herbert es la cosa más importante que ha habido en televisión desde el invento de la célula de selenio. Resulta imposible sobreestimarle a él o a su importancia. Y ahora, ¿te parece que vayamos a presenciar su programa? Ya es casi hora de que empiece.

Wellman se puso de pie frente a su escritorio y colocó, en su lugar, la corbata, adornada con pingüinos rosa y púrpura. Luego condujo a Read a través de los pasillos de la emisora hasta la sala de observación del estudio 8-G, donde se encontraba Herbert Pinner.

Read pensó que Herbert parecía un muchacho agradable y pacífico. Tendría unos quince años y estaba muy desarrollado para su edad. Su rostro era agradable, inteligente y con cierta expresión preocupada. Realizó los preparativos para su programa con perfecta compostura, que tal vez escondiese un punto de desagrado.

—He estado leyendo un libro muy interesante —dijo Herbert a la audiencia televisiva—. Se llama *El conde de Montecristo*. Creo que a casi todo el mundo le gustaría el muchacho —mostró el volumen a los espectadores—. También he comenzado a leer una obra sobre astronomía escrita por un hombre llamado Duncan. Eso me ha hecho desear un telescopio. Mi padre dice que, si trabajo de firme y consigo buenas notas en el colegio, a fin de curso me regalará un pequeño telescopio. Cuando lo compremos, les diré lo que veo por él.

»Esta noche, en los Estados del Atlántico Norte habrá un terremoto. No será muy

malo. Producirá considerables daños en las propiedades; pero no habrá víctimas. Mañana por la mañana, a eso de las diez, encontrarán a Gwendolyn Box, que está perdida en las sierras desde el jueves. Aunque tendrá una pierna rota, estará aún con vida.

»Cuando tenga el telescopio, espero hacerme miembro de la Sociedad de Observadores de las Estrellas Variables. Las estrellas variables se llaman así porque su brillo varía, ya sea debido a cambios internos o a causas externas…

Al final del programa, Read fue presentado al joven Pinner. El científico encontró al muchacho muy cortés y cooperativo; pero un poco distante.

—No sé cómo lo hago, señor Read —dijo Herbert, después de responder a cierto número de preguntas preliminares—. No son imágenes, como usted ha sugerido, y tampoco palabras. Sólo es que… esas cosas se me ocurren.

»He observado que no logro predecir nada a no ser que sepa, más o menos, de qué se trata. He podido anunciar el temblor de tierra porque todo el mundo sabe lo que es un terremoto. Pero no hubiera conseguido hablar de Gwendolyn Box de no saber que estaba perdida. Sólo hubiera tenido la sensación de que algo o alguien iba a ser encontrado.

—¿Quieres decir que no puedes hacer predicciones acerca de nada a no ser que, con anterioridad, conozcas la cosa conscientemente? —preguntó Read, con interés.

Herbert dudó.

—Supongo que sí… —dijo—. En caso contrario se forma una especie de… borrón en mi cerebro; pero no puedo identificar lo que es. Es como mirar a una luz con los ojos cerrados. Uno sabe que existe luz, pero eso es cuanto conoce. Ése es el motivo de que lea tantos libros. Cuantas más cosas conozco, sobre más cosas puedo hacer predicciones. Algunas veces se me escapan cosas importantes. No sé a qué se debe. Como, por ejemplo, cuando estalló la pila atómica y murió tanta gente. Para aquel día, lo único que yo había anunciado era un aumento en los empleos. En realidad, no sé cómo me pasa esto, señor Read. Lo único que sé es que me pasa.

En aquel momento apareció el padre de Herbert. Era un hombre bajo y robusto, con la persuasiva personalidad del extrovertido.

—Así que van a investigar a Herbert, ¿eh? —dijo, tras las presentaciones—. Esto está bien. Ya era hora de que lo hiciesen.

—Creo que lo haremos —respondió Read, con cautela—. Primero tendrán que aprobar la subvención para el proyecto.

El señor Pinner le miró astutamente.

—Antes quiere ver si se produce un terremoto, ¿verdad? Cuando se le oye decirlo a él mismo, es diferente. Bueno, pues lo habrá. Una cosa tremenda, un terremoto —chasqueó la lengua con desagrado—. Al menos no habrá muertos, y eso es bueno. Y encontrarán a la señorita Box de la forma anunciada por Herbert.

El terremoto se produjo a eso de las nueve y cuarto, mientras Read se hallaba sentado bajo la lámpara de pie, leyendo un informe de la Sociedad de Investigaciones

Físicas. Se oyó un ominoso retumbar que fue seguido por un largo y mareante temblor.

A la mañana siguiente, Read hizo que su secretaria la pusiera en contacto con Haffner, un sismólogo al que el científico conocía superficialmente. Por teléfono, Haffner se mostró definitivo y brusco:

—Claro que no existe forma de predecir un temblor de tierra —dijo, con sequedad—. Ni siquiera con una hora de anticipación. Si la hubiera, advertiríamos a la gente y haríamos evacuar las áreas donde se va a producir. Nunca se producirían muertos. En forma general, podemos adelantar los lugares donde son probables los terremotos, eso sí. Hace años que sabemos que en esta área pueden producirse temblores. Pero respecto a marcar la hora exacta… Sería lo mismo que preguntarle a un astrónomo cuándo se va a convertir en nova una estrella. No lo sabe, y nosotros tampoco. De todas formas, ¿a qué se deben sus preguntas? ¿A la predicción de ese muchacho, ese Pinner?

—Sí. Estamos pensando en observarle.

—¿Pensando? ¿Quiere decir que sólo ahora empiezan a estudiarle? ¡Señor, en qué torre de marfil deben de vivir ustedes, los psicólogos investigadores!

—¿Cree usted que lo que hace el muchacho es auténtico?

—La respuesta es un rotundo sí.

Read colgó. Cuando salió a almorzar, por los titulares de los periódicos se enteró de que la señorita Box había sido encontrada de la forma predicha por Herbert en su programa.

Sin embargo, aún dudaba. Hasta el jueves no comprendió que sus dudas no se debían al temor de malgastar el dinero de la Universidad en una impostura, sino a su excesiva seguridad de que Herbert Pinner era sincero. En el fondo, no deseaba comenzar su estudio. Estaba asustado.

Comprender aquello le conmocionó. Inmediatamente llamó al decano y le pidió la subvención. La respuesta fue que no habría dificultades para conseguirla. El viernes por la mañana, Read escogió a los dos hombres que debían ayudarle en el proyecto. Y para cuando el programa de Herbert estaba a punto de salir al aire, los tres se encontraban ya en la emisora.

Hallaron a Herbert tensamente sentado en una silla del estudio 8-G. A su alrededor, Wellman y otros cinco o seis ejecutivos de la emisora. El padre del muchacho iba de un lado a otro, dando claras muestras de excitación y retorciéndose las manos. Incluso el hombre del FBI había abandonado su habitual alejamiento e impasibilidad, e intervenía acaloradamente en la discusión. En medio de todos ellos, Herbert meneaba la cabeza y decía, una y otra vez:

—No, no. Me es imposible.

—Pero, ¿por qué, Herbie? —gimió su padre—. Por favor, dime por que no quieres. ¿Por qué te niegas a actuar en tu programa?

—No puedo —replicó Herbert—. Por favor, no me pregunten. No puedo. Eso es

todo.

Read observó lo pálido que estaba el muchacho.

—Pero, Herbie… Tendrás cuanto quieras. ¡Lo único que has de hacer es pedirlo! Ese telescopio… Mañana te lo compraré… O, mejor: esta misma noche.

—No quiero ningún telescopio —rechazó el joven Pinner, cansado—. No quiero mirar a través de él.

—¡Te compararé un *pony*, una lancha a motor, una piscina! ¡Herbie, cualquier cosa que pidas te la daré!

—No —dijo el muchacho.

El señor Pinner miró en torno, con desesperación. En un rincón vio a Read y corrió hacia él:

—Mire a ver si puede usted convencerle, señor Read —suplicó.

Read se mordió el labio inferior. En cierto sentido, era su deber. Se abrió paso a través de la gente y llegó junto a Herbert. Apoyando una mano sobre su hombro, preguntó:

—¿Qué es eso que me han dicho de que no quieres hacer tu programa, Herbert?

Herbert le miró. La acusada expresión de su rostro hizo que Read se sintiera culpable y contrito.

—Me es imposible —dijo el chico—. No empiece usted también a preguntarme, señor Read.

Read volvió a morderse el labio. La técnica de la parasicología consiste, en parte, en conseguir que los sujetos cooperen.

—Herbert, si el programa no se emite, un montón de gente quedará defraudada.

El rostro del muchacho adoptó una expresión arisca.

—No puedo evitado —dijo.

—Y más aún, muchas personas se asustarán. No se explicarán por que el programa no se emite y comenzarán a imaginar cosas. Cosas de toda índole. Si no te ven, muchas personas se alarmarán terriblemente.

—Yo… —comenzó el muchacho. Se pasó una mano por la mejilla—. Quizá tenga razón —contestó, con lentitud—. Sólo que…

—Tienes que realizar tu programa.

Repentinamente, Herbert capituló:

—De acuerdo —dijo—. Lo intentaré.

Todos en el estudio lanzaron un suspiro de alivio y se produjo un movimiento general hacia la puerta de la cabina de control. Los comentarios se hacían en tono agudo y nervioso. La crisis había acabado sin que ocurriese lo peor.

La primera parte del programa de Herbert fue muy parecida a la de otras veces. La voz del muchacho sonaba un poco insegura, y sus manos mostraban cierta tendencia a crisparse, mas tales anormalidades pasarían inadvertidas al espectador normal. Cuando hubieron transcurrido unos cinco minutos, Herbert hizo a un lado los libros y diseños (había estado charlando sobre el diseño mecánico) que estaba

mostrando a su audiencia y comenzó, con enorme seriedad:

—Quiero hablarles de mañana. Mañana… —hizo una pausa y tragó saliva—, mañana Va a ser distinto a cuanto ha habido en el pasado. Mañana será el comienzo de un mundo nuevo y mejor para todos nosotros.

Al oír aquellas palabras, Read sintió que le recorría un escalofrío. Observó los rostros que le rodeaban. Todo el mundo escuchaba a Herbert con expresión absorta. Wellman tenía la mandíbula un poco caída y, sin darse cuenta, jugueteaba con los unicornios que adornaban su corbata.

—En el pasado ha habido etapas muy malas —seguía el joven Pinner—. Hemos tenido guerras, ¡tantas!, y hambre, y epidemias. Se han producido depresiones sin que supiésemos qué las producía; ha habido gente que pasaba hambre cuando había comida y que moría de enfermedades para las cuales conocíamos el remedio. Hemos visto malgastar la riqueza del mundo. El agua de los ríos se ha vuelto negra a causa de los desperdicios que a ella arrojaban, aproximando cada vez más el hambre a nosotros. Hemos sufrido, hemos atravesado una larga y mala época… Pero a partir de mañana —su voz se hizo más alta y más profunda—, todo esto cambiará. No habrá más guerras. Viviremos el uno junto al otro, como hermanos. Dejaremos de matar, de causar destrozos, de arrojar bombas. El mundo, de polo a polo, serán gran y fértil jardín, repleto de fruta, y nos pertenecerá a todos, para que lo disfrutemos y seamos felices. La gente vivirá mucho tiempo, será dichosa y sólo morirá de vieja. Nadie volverá a tener miedo. Por vez primera desde que los hombres existen sobre la tierra, viviremos como deben hacerlo los seres humanos.

»Las ciudades serán ricas en cultura: arte, música, libros… Y todas las razas contribuirán, cada una según sus posibilidades, a esa cultura. Seremos más inteligentes, más felices y más poderosos de lo que nadie ha sido jamás. Y muy pronto… —el muchacho dudó un momento, corno si temiera cometer un desliz—. Muy pronto mandaremos al espacio nuestras naves cohete. Llegaremos a Marte, a Venus y a Júpiter. Iremos hasta los límites de nuestro sistema solar para ver cómo son Urano y Plutón. Y a lo mejor desde allí, es posible, seguiremos adelante y Visitaremos las estrellas… Mañana será el comienzo de todo esto. Y nada más, por ahora. Adiós. Buenas noches.

Durante unos momentos, después de que el muchacho hubo concluido, nadie se movió ni habló. Luego comenzaron a oírse voces que balbucían en tono delirante. Read, mirando a su alrededor, advirtió lo pálidos que estaban todos y lo dilatados que tenían los ojos.

—¿Cómo repercutirá el nuevo orden en la televisión? —dijo Wellman, como para sí mismo. Su corbata aparecía totalmente desanudada y le colgaba de cualquier manera alrededor del cuello—. Seguirá habiendo TV, eso es seguro, forma parte de la buena vida. —Y en seguida, volviéndose hacia Pinner, padre, que estaba sonándose y secándose los ojos—: Sáquele de aquí inmediatamente, Pinner. Si se queda, vendrá tanta gente que se formará un tumulto.

El padre de Herbert asintió y se metió en el estudio en busca de su hijo, que se hallaba ya en medio de un corro de personas, y regresó con él. Con Read precediéndoles, se abrieron camino por el pasillo y bajaron hasta la calle para salir por la parte de atrás de la emisora.

Sin que le invitaran, Read se metió en el coche y tomó asiento, en uno de los transportines, frente a Herbert. El muchacho parecía exhausto. No obstante, en sus labios había una leve sonrisa.

—Será mejor que el chófer les lleve a un hotel tranquilo… —dijo Read al padre —. Si van a su domicilio habitual, les asediarán.

Pinner asintió.

—Al hotel Triller —ordenó al conductor del coche—. Vaya despacio, taxista. Queremos pensar.

El hombre deslizó un brazo en torno a su hijo y le dio un cariñoso apretón. Sus ojos brillaban de felicidad.

—Me siento orgulloso de ti, Herbie —declaró, solemnemente—. No podría sentírmelo más. Lo que dijiste… Fue algo maravilloso, maravilloso…

El conductor no había hecho nada por poner el coche en movimiento. Ahora se volvió y dijo:

—Es usted el joven señor Pinner, ¿verdad? Acabo de verle. ¿Me permite estrechar su mano?

Tras una ligera duda, Herbert se inclinó hacia adelante y extendió la suya. El chófer la aceptó casi con reverencia.

—Sólo quería darle las gracias…, sólo darle las gracias… ¡Oh, diablos! Excúseme, *mister* Herbert. Pero lo que ha dicho ha significado mucho para mí. Estuve en la última guerra.

El coche se apartó del bordillo. Mientras iban hacia el centro, Read observó que la petición de Pinner al taxista de que fuera lentamente había sido innecesaria. El público atiborraba las calles. Las aceras se encontraban atestadas, y la gente comenzaba a invadir las calzadas. El vehículo redujo primero su velocidad hasta ir a la de un hombre a pie. Read echó las cortinillas para evitar que reconocieran a Herbert.

En las esquinas, los vendedores de periódicos voceaban histéricamente. Aprovechando un momento en que el taxi se detuvo, Pinner abrió la portezuela y saltó a la calle. Regresó en seguida con un montón de diarios bajo el brazo.

Decía uno: «¡Comienza un nuevo mundo!». Y otro: «¡Mañana se cumple el milenio!». Y otro simplemente: «¡Alegría en el mundo!». Read abrió uno de los ejemplares y comenzó a leer los comentarios:

«Un muchacho de quince años ha anunciado al mundo que, a partir de mañana, sus penas habrán concluido, y el mundo se ha vuelto loco de alegría. El muchacho, Herbert Pinner, cuyas siempre exactas predicciones le han ganado una audiencia mundial, ha predicho una era de paz, abundancia y prosperidad como jamás se ha

conocido…».

—¿No es maravilloso, Herbert? —jadeó Pinner. Sus ojos brillaban de excitación. Meneó el brazo de su hijo—. ¿No es maravilloso? ¿No estás contento?

—Sí —dijo Herbert.

Al fin llegaron al hotel y se registraron. Se les dio una suite en el piso dieciséis. Incluso a esta altura podía oírse algo de la excitación que reinaba en la masa de allá abajo.

—Acuéstate y descansa, Herbert —dijo el señor Pinner—. Pareces rendido. Debió de resultarte difícil decir todo aquello… —recorrió la habitación a grandes pasos y luego se volvió hacia el muchacho, como disculpándose—. Me excusarás si salgo, hijo, ¿verdad? Me siento demasiado excitado para quedarme quieto. Deseo ver lo que pasa afuera su mano estaba ya en el tirador de la puerta.

—Sí, vete —respondió Herbert, que se había hundido en un sillón.

Read y Herbert quedaron solos. Durante unos instantes, nadie dijo nada. El muchacho ocultó la cara entre las manos y lanzó un suspiro.

—Herbert —dijo Read, con suavidad—. Creí que no lograbas ver el futuro más allá de las próximas cuarenta y ocho horas.

—Es cierto —replicó Herbert, sin mirarle.

—Entonces, ¿cómo pudiste predecir las cosas que has anunciado esta noche?

La pregunta se hundió en el silencio del cuarto como una piedra arrojada a un estanque. De ella parecieron surgir ondas circulares. Herbert preguntó:

—¿De veras quiere saberlo?

Read tuvo que buscar el nombre de la emoción que sentía. Era miedo. Respondió:

—Sí.

El muchacho se puso en pie y fue hasta la ventana. Se quedó ante ella, mirando al exterior, no a las atestadas calles, sino al cielo, donde, gracias al horario de verano, aún se veía el leve resplandor del ocaso.

—De no haber leído el libro, no lo hubiera sabido —dijo. Se volvió hacia Read y continuó, precipitadamente—: Sólo hubiese tenido noción de que algo importante, muy importante, iba a ocurrir. Pero ahora lo sé. Leí sobre ello en mi libro de astronomía. Mire hacia ahí —el chico señalaba al Oeste, hacia el lugar que había ocupado el Sol—. Mañana será de otra forma.

—¿Qué quieres decir? —gritó Read. Su voz estaba trastornada por la ansiedad—. ¿Qué intentas dar a entender?

—Que mañana el Sol será distinto… Quizá sea preferible… Quise que todos fueran felices. No puede reprocharme que les mintiera, señor Read.

Read fue hacia él, furioso.

—¿Qué pasa? ¿Qué va a ocurrir mañana? ¡Tienes que decírmelo!

—Pues mañana, el Sol… He olvidado la palabra… ¿Cómo se llama una estrella cuando aumenta repentinamente su brillo y se vuelve un millón de veces más cálida de lo que era antes?

—¿Una nova? —gritó Read.
—Eso es. Mañana… el Sol estallará.

CAMINANDO SOLA

MIRIAM ALLEN DEFORD

John Larsen esperaba el autobús que le conduciría a su trabajo. A pesar de ser mediados de marzo, la primavera ya había enviado su embajador; el aire traía consigo cierta nota cálida y el cielo era de un azul mucho más intenso que en invierno. Al otro lado de la calle, las yemas de las hojas salpicaban los álamos que flanqueaban una cartelera de espectáculos.

En aquel momento recordó nítidamente las mañanas de su juventud, cuarenta años atrás. Entonces despertaba y veía un cielo como éste a través de la abierta ventana y su corazón se llenaba con una extraña emoción sin nombre que le hacía anhelar algo desconocido, un anhelo hacia algo todavía no experimentado.

No se veía el autobús por ninguna parte. Si el autobús llegaba tarde, él también llegaría tarde, y Sims pondría rostro agrio para decir: «Hoy es un día de mucho trabajo, Larsen. ¿Es que no puede usted llegar a tiempo?». Pero no sería un día muy atareado… Rara vez lo era. La gente no acostumbra a comprar alfombras en la forma que se compran verduras o servilletas de papel

«Estoy hasta las narices —se dijo a sí mismo Larsen, esperando en aquella monótona esquina—. Sí, estoy hasta las narices. Estoy harto».

Luego su memoria retrocedió hasta una hora antes y volvió a escuchar la malhumorada voz de Kate: «¡Por amor de Dios, John, despierta ya! ¿Quieres llegar tarde al trabajo? Van a despedirte y luego, ¿qué haremos? ¡Date prisa! ¿Crees que voy a estar levantándome a todas horas para prepararte el desayuno? Lo menos que puedes hacer es comértelo cuando lo hago».

Era el mismo viejo monólogo de siempre. Cuando él se fuera, ella se metería de nuevo en la cama, luciendo sus poco atractivos rizadores, y sabía Dios a qué hora se levantaría para perder el tiempo durante todo el día. Él era muy capaz de prepararse su desayuno en la mitad de tiempo que ella lo hacía, pero si lo hiciese así, entonces ella se consideraría una mártir de aquel marido fracasado e ineficiente.

Larsen sintió un escalofrío aun cuando vestía un grueso abrigo; no hacía tanto calor o tanta primavera como había pensado al principio, aunque el sol muy pronto calentaría todas las cosas. Su mente vagó hacia los campos y bosques de su niñez, hacia la libertad e irresponsabilidad de aquellos lejanos años. Luego miró hacia el final de la calle; aún no aparecía el autobús.

Repentinamente cruzó hasta la esquina de una abacería, antes de que el sentido común le hiciese cambiar de idea. Busco una moneda en el bolsillo y penetró en una cabina telefónica.

—¿Señor Sims? Aquí Larsen. Escuche… Lo siento terriblemente, pero no puedo

ir hoy a trabajar. Se trata de mi espalda; voy a consultar ahora mismo con el médico. Pero iré mañana esté como esté… No, no podría aguantar hasta la hora del almuerzo…, el dolor de mi espalda es como un dolor de muelas… Sí, lo sé, pero… Bien, gracias, señor Sims, lo haré así. Yo también lo siento mucho.

Sims se preguntaría sin duda por qué no le habría telefoneado Kate en lugar de él si es que se sentía tan mal. Era posible que el hombre opinara que sería necesario buscar un hombre más joven para aquel trabajo. ¡Oh, al diablo con todo! Ahora ya era demasiado tarde para pensar en las consecuencias.

No se movió de aquel lado de la calle y el autobús que tomó le llevó en una dirección contraria a la que antes pensaba seguir, le llevó lejos de la ciudad. No descendió del vehículo hasta el final de la línea.

Lo cierto era que estar solo era maravilloso. Solo, sin que nadie le molestara ni sermoneara a uno, y sobre todo, sin tener que preocuparse del tiempo. Nunca había estado en el suburbio donde acababa de dejarle el autobús. Durante un rato caminó a la deriva admirando casas y jardines, la clase de lugares en los que una vez había sonado con vivir cuando él y Kate se casaron… Quizá si hubiesen tenido hijos por los que ambicionar algo, o si Kate no se hubiese convertido en una mujer tan tozudamente machacona…

Al mediodía ya estaba cansado de caminar. Retrocedió hasta el pequeño distrito comercial y comió una hamburguesa y bebió una taza de café en un pequeño comedor desierto. Mientras lo hizo preguntó por las salidas del autobús. Así, pues, tendría tiempo de sobra para llegar a casa a tiempo, a una hora regular, y Kate nunca sabría lo ocurrido y así carecería de un motivo para chillarle durante unos días. No había peligro de que su mujer telefoneara al almacén; ella sabía perfectamente que nunca le avisarían a su departamento a menos que se tratara de una emergencia extraordinaria. Compró un paquete de cigarrillos y una revista y comenzó a caminar por una prometedora carretera que salía de la ciudad.

Pasó más de una hora antes de que encontrase lo que deseaba; un pequeño bosque atravesaba un arroyo y un claro soleado, junto a un camino poco frecuentado donde podría tomar asiento sobre el tronco de un árbol caído, fumar, y tranquilizar un poco sus nervios mediante la paz y el silencio. En las cercanías se advertían los tejados de las casas, medio ocultos por las copas de los árboles, sobre una colina, pero ninguna de ellas estaba lo suficientemente cerca como para que alguien pudiese molestarle. Sólo de vez en cuando pasaba algún coche en ambas direcciones y nadie se daba cuenta de su presencia en aquel elegido santuario. Todo se hallaba muy tranquilo tanto que no tardó mucho tiempo en adormilarse.

Despertó sobresaltado. Primero miró al sol y luego consultó su reloj. Eran las 4.40; tenía tiempo de sobra para coger el autobús. Se puso en pie estirando brazos y piernas y pensando si caminaría un poco más lejos para regresar luego paseando lentamente hasta la parada del autobús.

Al otro lado del camino, y en el silencio que reinaba, oyó el crujido de hojas

secas. Miró en aquella dirección y vio a una muchacha menor de edad que venía hacia él. Larsen se echó hacia atrás para esperar a que pasara; podría asustar a la pequeña ver a un extraño que surgía repentinamente en pleno bosque. Apoyándose contra el tronco de un árbol, Larsen permaneció en pie viéndola pasar.

Era una muchacha muy bonita, con largos cabellos rubios que caían sobre el cuello de su suéter rojo. Llevaba falda azul marino, calcetines rojos y mocasines de cuero marrón. Bajo un brazo cargaba unos cuantos textos escolares. La muchacha cantaba en voz baja al mismo tiempo que caminaba, con voz fina e infantil. Era un poco tarde para que regresara a casa desde la escuela, pero era muy probable que se hubiese retrasado en Compañía de alguna amiga. Posiblemente vivía en una de las casas cuyos tejados sobresalían por encima de los árboles; debían haber atajos en el bosque para llegar hasta ellas.

Pasó por delante de Larsen y éste esperó a que la chica se perdiera de vista en una curva del camino. Entonces, Larsen oyó cómo se acercaba un coche lentamente, siguiendo la misma dirección que llevaba la muchacha.

Se trataba de un viejo cupé negro ocupado únicamente por su conductor. Larsen le vio durante un par de segundos. Era un hombre más bien fornido de aproximadamente su misma edad, con cabellos negros y sin sombrero. El coche también pasó ante él y a continuación Larsen salió a la carretera y se volvió hacia la ciudad. Ya un poco tarde pensó en que podía haber hecho una señal al coche y quizá éste le hubiera ahorrado un poco de camino hasta la misma parada del autobús.

La muchacha se hallaba ahora a unos cien pies de distancia, aproximándose a otra curva. El coche llegó a su altura y luego se detuvo. Todo sucedió tan rápidamente que Larsen apenas tuvo tiempo para espabilar un poco sus sentidos un tanto adormecidos aún por la reciente siesta.

El conductor saltó del coche y dijo algo a la muchacha. Ésta movió negativamente la cabeza. El hombre la asió por los hombros y la empujó hacia el vehículo. La chica luchó y comenzó a gritar; el hombre la amordazó con una mano y siguió arrastrándola hasta el interior del coche cuya portezuela cerró de golpe. La muchacha saltó hacia un lado queriendo agarrar la manilla de la portezuela, quizá tras haber visto a Larsen que estaba paralizado por la sorpresa. El hombre la golpeó dos veces derribándola al suelo del coche. Luego tomó el volante y se alejó rápidamente. En aquel momento, Larsen que había comenzado a sacudir su estupor echó a correr hacia la curva, pero el coche, con sus dos ocupantes, ya había desaparecido de la Vista. Larsen ni siquiera se fijó en el número de la matrícula.

Durante todo el tiempo que tardó en regresar a los suburbios de la ciudad fue preguntándose que era lo que debía hacer. Sabía que era su deber ir en busca del primer policía que encontrase e informarle de lo que había visto. Pero aquello implicaría explicar por qué él se encontraba allí en el bosque, tendría que dar su nombre y dirección y aparecer más tarde como testigo en el caso de que hubiese visto cómo se cometía un crimen y capturasen a aquel individuo. Entonces, Sims sabría

que él había mentido sobre los motivos de su ausencia del trabajo. Kate también se enteraría. Sims probablemente le despediría y Kate le haría la vida aún más imposible de lo que se la estaba haciendo. Era posible que no volviese a encontrar empleo, aunque fuera tan pobre como el que ahora tenía, a una edad en la que realmente era ya difícil situarse. No tenía ningún dinero ahorrado, y tanto él como su esposa debían la mitad de las cosas que tenían en la casa.

John Larsen tuvo repentinamente una visión clara y horrible del lío en que iba a meterse si informaba a la policía de todo cuanto había visto.

Por otra parte, él no conocía realmente las circunstancias de todo aquello. El hombre incluso podría ser el padre de la muchacha. Quizá la chica había hecho novillos, como él los había hecho también, pensó Larsen, o quizá había desobedecido alguna orden paterna. Lo que había visto podría ser un castigo severo pero justo como consecuencia de alguna travesura de aquella muchacha.

Además, ¿qué podía él hacer en aquel caso? No podía identificar al hombre. No le había visto más que de pasada y jamás podría elegirle entre unos cuantos hombres fornidos de edad madura y cabellos negros. Sólo lograría meterse en un lío del que no conseguiría salir en toda su vida.

Llegó a la ciudad con tiempo de sobra, sin volver a ver más el coche negro; en el camino había visto muchos atajos y senderos laterales que el coche podría haber tomado. Para tranquilizar su conciencia miró alrededor buscando algún policía en el distrito comercial, pero no vio a ninguno. Luchando aún con su intranquilidad, tomó el autobús y al enterarse de que éste le dejaría en la ciudad demasiado temprano, se apeó a medio camino y esperó al siguiente. Llegó a casa a la hora de costumbre y también, como de costumbre, descubrió que Kate aún no tenía la comida preparada. Tomó asiento para leer el periódico de la tarde mientras Kate se quejaba y le recriminaba desde la cocina. Jamas se preguntaban uno a otro las noticias del día; no había nunca nada que les interesara a ninguno de los dos.

A la mañana siguiente, Larsen tuvo el suficiente sentido común para decir a Sims que el doctor había dicho que sólo padecía un fuerte ataque de lumbago, y que muy pronto se le pasaría. Cada vez que veía cómo los ojos de Sims se clavaban en él, entonces era cuando se acordaba de hacer algún gesto de dolor y llevarse una mano al costado. Por suerte, aquel día vendió a una mujer una larga pieza de alfombra para escaleras, trozo del que habían estado tratando de deshacerse desde hacía meses. Sims mostró su agradecimiento dándole las buenas noches a Larsen y deseándole que se le pasara pronto el dolor de espalda. Sin embargo, no olvidó de quitarle un día de sueldo. Esto significaba que Larsen tendría que reducir un tanto sus gastos durante la semana siguiente. No quería que Kate supiese que la paga de aquella semana se había reducido misteriosamente.

Cuando se detuvo para comprar el periódico, dos noches más tarde, en la primera plana se publicaba una fotografía cuyo pie rezaba lo siguiente: «¿Han visto ustedes a esta muchacha?». Larsen la reconoció al instante. Las ropas que describía el

periódico eran las mismas que usaba aquella chiquilla.

Se llamaba Diane Morrison, y era la hija del director del Belleville Consolidated Junior High School, donde la muchacha estudiaba el primer curso. Usualmente su padre la llevaba y la traía de clase. El jueves la chica había estado esperando a su padre hasta las cuatro y media, y entonces el director del centro docente supo que por lo menos tendría que estar ocupado otra hora; por ello, como había sucedido otras veces, dijo a su hija que sería mejor que fuera caminando hasta casa la milla que la separaba de ésta y que dijera a su madre que él llegaría tarde. Cuando el padre llegó a casa alrededor de las seis, la muchacha aún no había aparecido por el hogar. Era una muchacha formal que habría telefoneado a casa en el caso de haberse detenido más de la cuenta en alguna parte. Sus padres la habían buscado por todo el camino que iba desde el colegio a casa y habían telefoneado a todas sus amigas. Pero nadie había visto a Diane. Ni nadie la había vuelto a ver desde entonces.

Como existía la posibilidad de que se tratara de un rapto, el FBI había intervenido en el caso. Los agentes de esta institución, los del Estado y los de la policía del condado, estaban «peinando» bosques y colinas alrededor de Belleville. Pero hasta entonces no habían hallado el menor rastro de la chica.

—¡Por piedad! —exclamó Kate—. ¿Es que no puedes abrir la boca nada más que para comer? Jamás pronuncias una sola palabra, y cuando hablas algo, no dices más que tonterías. Aquí estoy yo todo el día hecha una esclava y cuando vienes a casa actúas como si fuese un mueble más o algo parecido. ¿Cómo crees que yo…?

Larsen dejó que su mujer siguiera desbarrando. Estaba tratando de decidirse. ¿Debía o no debía hacerlo? ¿Serviría de alguna ayuda en caso de hacerlo? Si él describía al hombre podrían localizarle. Pero entonces John Larsen, ¿adónde iría a parar? Se metería en el lío más gordo de toda su vida.

Miró a Kate y casi pensó en contarle la verdad y pedirle consejo. Luego recapacitó otra vez considerando cómo lo tomaría ella. Y ya sabía cuál sería, sin duda, su consejo: «Mantén la boca cerrada y no nos metas en más complicaciones que las que ya nos has buscado. Que la policía haga su trabajo… Para eso les pagan».

Larsen comenzó a comprar el periódico de la mañana al igual que el de la tarde, imponiéndose la obligación de buscar más noticias, aun cuando sentía que el pánico le atenazaba el estómago.

Una semana más tarde, cubierto por cierta cantidad de grava en una abandonada cantera, encontraron el cuerpo de la muchacha. Tenía el cráneo fracturado en tres lugares y las fracturas habían sido producidas con algún instrumento pesado, como, por ejemplo, una llave de montar cubiertas de coches. El cadáver estaba lleno de cortes y heridas y la muchacha había sido violada. Su mano derecha ceñía crispadamente un pañuelo de hombre a cuadros rojos y blancos.

John Larsen permaneció despierto toda la noche mientras Kate respiraba pesadamente a su lado. Cuando llegó la luz gris del amanecer, decidió esperar un poco más. Recordaba todas las historias de crímenes que había leído; había

fragmentos de piel humana en las uñas de la muchacha, los científicos de la policía encontrarían minúsculas hebras de hilo y cabellos en sus ropas, y examinarían pulgada a pulgada los coches de todos los sospechosos en busca de huellas dactilares. En un lugar pequeño como Belleville, pronto hallarían al hombre de cabellos negros, a menos que se tratara de un forastero que se había dejado caer por aquellos alrededores.

Larsen fue testigo del rapto por pura casualidad. Suponiendo que él no hubiese estado allí, entonces la policía tendría que investigar en la misma forma que ahora lo estaba haciendo. Ya se veía a sí mismo tratando de explicar a unos cuantos incrédulos agentes del FBI, lo que él estaba haciendo en una carretera cerca de Belleville cuando en realidad debía estar trabajando en la ciudad. Ahora, mirando hacia atrás, pensó que aquel día de novillos había sido una increíble chiquillada. Nadie lo comprendería; estarían seguros de que mentía. Incluso llegarían a pensar que había inventado toda aquella historia para protegerse a sí mismo. Le sujetarían a un interrogatorio de tercer grado. Para él sería la completa ruina. Lo único que podía hacer era pretender para sí mismo que aquel día jamás había existido en su vida. De todas maneras, pronto encontrarían al hombre. Siempre lo hacían. Y entonces él se alegraría de no haber dado un resbalón que hubiese podido costarle terribles preocupaciones.

Cuando tres días más tarde leyó el epígrafe de Prensa: «Capturado el sospechoso del caso Morrison», su alivio fue tan grande que las lágrimas acudieron a sus ojos. De pie en el autobús comenzó a leer la noticia ávidamente. El hombre detenido era un ayudante del conserje del colegio. Se llamaba Joseph Kennelly. Desde el principio se había sospechado de él, decía la noticia de Prensa.

El hombre conocía de vista a la muchacha, por supuesto. Era soltero y vivía solo en una cabaña compuesta de dos habitaciones situada cerca de la cantera donde había sido descubierto el cuerpo de la muchacha. Por otra parte, tenía antecedentes policíacos no relacionados con delitos de carácter sexual, pero sí una larga serie de arrestos por conducta desordenada y por conducir en estado de embriaguez. Había pasado parte de su juventud en una institución para retrasados mentales.

La teoría de la policía era que el hombre había visto a la muchacha abandonar el colegio tarde, en un momento en el que él estaba libre de servicio. No cabía la menor duda de que el hombre también mostraba insólito interés hacia la chica. Ahora, cuando ya era demasiado tarde, los estudiantes contaban cómo Joe había hecho más de una vez comentarios vulgares acerca de los cabellos rubios de la muchacha y acerca de su figura que estaba comenzando a formarse. Era un trabajador muy descuidado, se llevaba mal con el director del colegio, y se había metido en dificultades más de una vez por beber en las horas de trabajo. El señor Morrison le había amenazado con el despido. Así, pues, los motivos del crimen estaban claros: venganza y lujuria.

Y el pañuelo era suyo. Una marca de la lavandería lo demostraba. Además, en la parte izquierda de la mandíbula tenía un profundo arañazo de una o dos semanas de

antigüedad.

El hombre, por supuesto, lo negó todo. Aquel día, como todos los demás, había conducido su viejo coche hasta casa y luego no había salido de la cabaña para nada hasta que a la mañana siguiente partió de nuevo para el trabajo. Ni siquiera había visto a Diane, ni a nadie más. Se encontró una botella de whisky medio vacía en el armario de las escobas del colegio y Kennelly reconoció que no se sentía muy sereno en el momento en que había marchado a casa. En casa había seguido bebiendo, se había dormido sobre las diez y no despertó hasta el amanecer. Nadie le había visto desde las cuatro de la tarde del jueves hasta las nueve de la mañana del viernes.

En cuanto se refería al pañuelo, admitió que era suyo, pero declaró que lo había perdido en alguna parte semanas antes. El asesino debía ser quien lo había encontrado. ¿El arañazo? Bueno, en la mañana que siguió a su gran borrachera se lo había hecho él mismo al tratar de afeitarse debido al temblor de sus manos.

Hasta aquel instante todo iba bien: John Larsen leyó la noticia dando gracias a la Providencia por haber permitido que las cosas siguieran un curso normal. Luego su corazón sufrió un terrible sobresalto.

Joseph Kennelly tenía veintiséis años de edad. Su fotografía mostraba a un joven alto y delgado con cabellos rubios y ligeras entradas. Y su coche era de color azul. Larsen llegó a su casa, caminando desde el autobús como un autómata. Arrojó el periódico y el sombrero en la silla más próxima, penetró en el cuarto de baño y cerró la puerta. Era la única estancia de la casa donde podía estar solo para pensar.

—¿Eres tú, John? —preguntó Kate desde algún lugar de la casa.

Como de costumbre, su esposa le hablaría desde la cocina donde acababa de comenzar a hacer la cena. Larsen a menudo se preguntaba que diablos haría su esposa durante todo el día. Probablemente sentada ante el televisor, lo mismo que solía hacerlo ante la radio.

Acomodándose sobre la tapa del water, Larsen luchó con su conciencia. Ya no merecía la pena decirse a sí mismo que sus pruebas o declaraciones no contaban. Había visto cómo raptaban a Diane Morrison, había visto a su raptor y no era Joseph Kennelly.

No podía telefonear desde casa. Kate estaría a sus espaldas inmediatamente. Debía inventar alguna clase de excusa para hacerlo desde fuera, y mientras tanto, jugueteó con la idea de contárselo todo a su mujer. No, aquello era otra barbaridad. Conocía muy bien a Kate.

Al cabo de un rato, ésta última trató de abrir la puerta del water.

—¡Por amor de Dios! ¿Para qué te encierras de esa forma? —gritó—. ¿Estás enfermo? ¿Te ocurre algo?

—Me encuentro bien —murmuró él, dando vuelta a la llave.

—¡En mi vida he visto hombre como tú! No dices una sola palabra cuando llegas a casa… hasta el punto de que seguramente crees que no tienes esposa. Yo no soy más que una criada aquí que te hace las comidas y te cuida. ¡Encerrándote ahí dentro

como si yo fuera una extraña! Sí, aquí me tienes todo el día sola, aburrida y…

—¿De que quieres que hable? Estoy cansado.

—¿Y yo no? Eso crees tú, ¿verdad?

—No nos peleemos, Kate —dijo Larsen, en tono de cansancio.

Y tras una pausa de silencio, la inspiración acudió rápidamente a él, añadiendo:

—Tengo un dolor de cabeza terrible. Si aún no está preparada la cena creo que me acercaré hasta la farmacia para comprar algún analgésico.

—Espera a cenar —replicó Kate, un tanto aplacada—. Eso te hará bien.

Hubo otro silencio y Kate realizó un esfuerzo por dar a sus palabras un tono amistoso, al añadir:

—Estaba echando una ojeada al periódico. Es terrible lo de esa chica, ¿eh? Me alegro de que hayan cogido al culpable. La gente de esa clase debía estar en el infierno.

—¿Cómo sabes que ese hombre es el culpable? —interrogó Larsen, sin poderlo remediar.

Ésta se encendió instantáneamente.

—Bien, entonces debo suponer que tú sabes más que la policía, señor Sabelotodo. Si no fue ese hombre quien lo hizo, entonces, ¿por que le han detenido? La policía no detiene a la gente sin un motivo fundado…, cualquiera puede decirte eso.

—Supongo que sí —contestó Larsen débilmente, comenzando a poner la mesa antes de que su esposa se lo dijese.

Efectivamente, tenía dolor de cabeza y no era nada extraño.

Las palabras de Kate le hicieron pensar de nuevo. Ella estaba equivocada; habían detenido a un hombre inocente. Pero por esa misma razón nunca podrían condenarle. Su mente se trasladó en aquellos instantes a los laboratorios policíacos sobre los que tantas cosas había leído. Los cabellos y fibras que habría sobre las ropas de la muchacha pertenecerían a otro hombre diferente, a un individuo fornido, de edad mediana, y con cabellos negros. Y Larsen pensó que habría infinitos descubrimientos más sobre los que él no tenía la menor idea, y tales descubrimientos señalarían a otra persona muy diferente a Kennelly. El ayudante del conserje podría ser acusado por el gran jurado contando con lo que tenían entre manos, pero el asunto nunca llegaría a juicio… porque la justicia estaría segura de hallar al hombre que realmente habría hecho aquello.

No merecía pues la pena meterse hasta el cuello en aquel feo asunto que sólo podría conducirle a su propia ruina.

Y no acudió al teléfono.

El gran jurado acusó a Kennelly y éste quedó encerrado en la prisión sin fianza. Larsen pensó mucho en el hombre, pero el terrible impacto de aquel primer día ya iba disminuyendo poco a poco. Era una mala suene que aquel muchacho tuviera que estar encerrado en la cárcel por un delito que no había cometido. Pero a juzgar por lo que de él se decía, tampoco era una buena persona, de manera que un pequeño

escarmiento no le vendría mal del todo. En cualquier momento, a partir de entonces, las autoridades averiguarían que carecían de suficientes pruebas para juzgarle o quizá algo imprevisto les conduciría a detener al verdadero criminal, aunque Larsen se daba cuenta de que la policía no buscaría a tal fantasma muy detenidamente mientras siguieran creyendo que tenían entre las manos al verdadero culpable.

Kennelly tenía un buen abogado. Un próspero tío había salido de algún ignorado rincón y pagaba los honorarios del letrado. Este se llamaba Lawrence Prather; había sido abogado defensor en numerosos casos criminales y tenía fama de sacar del apuro a casi todos sus defendidos. Con Kennelly ocurriría lo mismo si alguna vez le juzgaban.

Por fin fue fijada la fecha para el juicio.

Larsen se persuadió a sí mismo de que si hubiese alguna duda en su mente acerca de la pronta absolución del hombre, inmediatamente se hubiese presentado a las autoridades para confesar todo cuanto había presenciado. Pero no albergaba duda alguna acerca del resultado del juicio. De lo contrario, no tendría el menor inconveniente en presentarse ante Prather y contarle la verdad de los hechos. Por otra parte, no hacía más que oír hablar del asunto a todo el mundo en el almacén, y algunas veces a algunas personas en el autobús; el caso estaba suscitando mucho interés. Todo el mundo predecía que Kennelly saldría libre aun cuando todo el mundo también daba por sentado que el hombre era culpable. Algunas de aquellas personas hablaban cínicamente de la justicia, y otras suponían que no se podía condenar a nadie basándose solamente en pruebas circunstanciales.

Algunas veces, temblando, John Larsen imaginaba su entrevista con el abogado. No valdría la pena de que fuese a verle si no deseaba ser uno de los testigos de descargo. Y ya imaginaba cómo le interrogaría el Ministerio Fiscal en pleno juicio:

«—Y dígame, señor Larsen: ¿cómo se dio la tremenda casualidad de que en aquel preciso momento se encontrara usted allí?».

No habría nadie que corroborase su declaración, nadie que la apoyara. Sería su palabra la que tendría que prevalecer contra la de todo el mundo. La acusación quizá podría llegar a demostrar que él había sobornado a Kennelly para que sirviera de cabeza de turco y que había sido él en realidad el auténtico criminal. Incluso podrían sospechar o pretender sospechar que él era amigo de Kennelly y que se prestaba voluntariamente a inventar un cuento para defenderle. Pero las personas que en aquel maldito día habían estado en el comedor de aquel restaurante podían identificarle y declarar que, efectivamente, él había estado en Belleville aquella tarde. Sin duda resplandecería su inocencia, pero, con toda la notoriedad que el caso iba a otorgarle, su vida quedaría totalmente arruinada.

Procuró no acercarse para nada al despacho de Prather. El juicio de Kennelly se inició en el mes de octubre.

Larsen no podía ir a presenciarlo, naturalmente. Tenía que trabajar. Pero signo mediante la Prensa todas las palabras que se pronunciaban en la sala de justicia. No

podía fijar su pensamiento en ninguna otra cosa más. Sims le sorprendió hablando del asunto con un cliente y se enfadó:

—Queremos que aquí la gente piense sólo en las alfombras que hay que vender dijo y no en crímenes. Señor Larsen, si no puede usted atender a su trabajo…

Larsen se disculpó humildemente y a partir de entonces cuidó de pisar más despacio en el almacén.

Estaba asombrado y atemorizado por la excitación pública. Costó casi una semana reunir el jurado. Kennelly era abucheado cada vez que se le sacaba de la prisión. El crimen sexual de una muchacha muy joven era el peor delito imaginable, y la gente deseaba se castigara a alguien por ello. Larsen tembló ante el pensamiento de atreverse a privar a la masa de su presa. Ni siquiera resultaba prudente decir en voz alta que creía inocente a Joseph Kennelly.

A medida que el juicio progresó, Larsen comenzó a sufrir pesadillas. No podía comer y estaba perdiendo peso. Incluso Kate lo notó y le sermoneó por ello. Al igual que todo el mundo, Kate seguía el proceso con interés y cada noche deseaba hablar sobre el asunto. Ella «sabía» que Kennelly era culpable y la silla eléctrica seria cosa demasiado buena para aquel individuo. Si salía en libertad, la gente debía lincharle.

—¡Oh, cállate ya! —gritó Larsen, terriblemente nervioso.

—Claro, supongo que lo sientes por él —replicó Kate—. Puede que «tú» desearas hacer algo como eso y salir luego libre.

Larsen se fue al cuarto de baño para evitar responder a Kate.

Esperó en vano a que la acusación mencionara cabellos o fibras textiles; al parecer, nada de aquello se había encontrado o se ignoraban tales detalles porque no complicaban a Kennelly. Nadie dijo nada acerca de huellas dactilares o manchas de sangre en el coche, sin duda por la misma razón. Un testigo calificado como experto demostró que los fragmentos de grava tomados de las costuras de los zapatos del acusado procedían de la cantera; pero Kennelly visitaba a menudo aquel lugar que estaba muy próximo a su casa. Si no había testigos que probasen la coartada de Kennelly, tampoco los había que la negaran. Los muchachos del colegio que habían testificado sobre las observaciones hechas por Kennelly acerca de la muchacha solamente ofrecían puras vaguedades. Larsen comenzó a sentirse un poco aliviado. Pero la defensa no fue más que puro formulismo. El propio Kennelly era su testigo y demostró ser un testigo muy pobre, confesando que estuvo continuamente borracho durante aquel día crucial. No se hizo ningún intento para alegar que Kennelly estaba loco como Larsen había esperado. Prather pronunció un elocuente alegato final señalando la falta total de pruebas e insistiendo en que ningún testimonio había demostrado realmente la culpabilidad de su cliente.

Pero a continuación, el fiscal del distrito Holcombe, derribó todas las barreras, denunciando al ayudante del conserje, exponiendo su triste informe policíaco y llamándole «rata viciosa y vil que tenía forma de criatura humana». El detalle más perjudicial de todos era el pañuelo.

—No creo en coincidencias de esa clase —dijo Holcombe, sarcásticamente—. Les diré a ustedes lo que creo… Creo que la muchacha quitó de un bolsillo de Kennelly ese pañuelo cuando luchaba por su honor y por su vida. Y creo que Diane arañó su rostro en débil intento de lucha para tratar de escapar del monstruo que la atacaba.

El público que llenaba la sala aplaudió y el presidente de la sala tuvo que amenazar con desalojarla.

En sus consejos al jurado, el juez Smith trató de ser neutral pero el jurado vio claramente hacia qué lado se inclinaba. Y los miembros del jurado también hicieron lo mismo; recordaban vívidamente las fotografías del cadáver de la muchacha. Muchos de los miembros del jurado tenían hijas de la misma edad. Era preciso que alguien pagase aquel horrendo crimen. Y así pronunciaron un veredicto de culpabilidad por ambas acusaciones: rapto y asesinato. El presidente del jurado manifestó ante los periodistas, más tarde, que solamente se habían necesitado tres votaciones para que un par de viejos locos que figuraban entre los miembros del jurado abandonaran sus dudas.

«Pero el juez no puede condenarle a muerte —pensó Larsen, nerviosamente—. No puede condenarle basándose solamente en pruebas circunstanciales. Como máximo se le podría aplicar una sentencia de cadena perpetua yeso significa que en cualquier momento puede ser puesto en libertad bajo palabra. Eso no puede dañar a un individuo como Kennelly que en realidad nunca se ha portado bien».

El juez sentenció a Kennelly a morir en la silla eléctrica. También él tenía hijas.

«Pero siempre hay el recurso de apelación —pensó Larsen, desesperadamente—. La apelación sería concedida. Kennelly asistiría a otro juicio, y para entonces quizá se habría abierto paso la verdad».

—¡Por amor de Dios, deja ya de hablar entre dientes! —gritó una noche Kate—. ¿Qué es lo que te pasa desde hace una temporada? Y fumas demasiado, John. No lo consentiré. Estás gastando una fortuna en cigarrillos.

Se negó la apelación a Kennelly. El fiscal del distrito manifestó a los representantes de la Prensa que se sentía muy complacido.

—La muerte es poca cosa para una serpiente de la categoría de Kennelly fue su comentario final.

Prather no se atrevió a llevar la apelación hasta el Tribunal Supremo.

—No hay base —dijo.

Sí que la había. Larsen podía proporcionada.

Por dos veces comenzó a marcar el número del despacho de Prather. Luego pensó en todo cuanto aquello podía significar y colgó. «Paciencia. Es preciso esperar», se dijo a sí mismo. Aquellas cosas casi siempre duraban años, uno tras otro, suspensión de ejecución tras suspensión. Todo el mundo lo sabía.

—¿Y por qué ha tardado usted tanto en traerme esta información?

Éstas eran las palabras que ya estaba escuchando en boca del abogado defensor.

Sería inútil arrojarse en manos de la piedad del hombre, suplicarle que siguiera aquella pista y que dejara en paz a John Larsen. Sin su testimonio personal, las nuevas pruebas carecerían de valor. E incluso ahora quizá ya no significaran nada. Hubiesen sido útiles al principio cuando habían detenido a Kennelly, o antes de la detención, ahora tendría que complicarse la vida con muy pocas oportunidades de ayudar a Kennelly.

Si hubiese alguien…, alguien en el mundo a quien pudiera contárselo todo, alguien que le aconsejara, le protegiera y lograra que la verdad resplandeciese… Kennelly se hallaba en una «celda de la muerte» en la penitenciaria del Estado. La fecha de su ejecución estaba señalada para tres meses después.

Luego no faltaban más que dos meses.

Y a continuación uno.

Prather llevó al tío de Kennelly, su único pariente, a ver al gobernador. Pero éste se presentaba a una reelección en el siguiente mes de noviembre. No podía, pues, suspender la ejecución de un hombre que estaba condenado por haber raptado, violado y asesinado a una muchacha de diez años de edad.

Muy pronto faltó una sola semana.

Y luego, dos días.

John Larsen había perdido veinte libras de peso. Tenía hasta miedo de dormir; una noche, sufriendo una pesadilla, se puso a gritar desesperadamente y despertó a Kate. Apenas volvió a dar importancia a las recriminaciones de su esposa.

—Si estás enfermo vete a ver al médico.

—No lo estoy.

—¿Crees que soy tonta? Algo raro te pasa. ¿Qué es lo que estás haciendo, John? …

Y acto seguido la mujer comenzó a analizar una serie de posibilidades.

—¡John, dímelo!

Y tras romper a llorar añadió:

—Ya sé lo que es y no pienso aguantado. ¡Estás pensando en alguna otra mujer! Si crees que después de veintisiete años voy a permitir que…

Larsen se echó a reír. El sonido de su risa no fue nada agradable.

Gran cantidad de alocados planes comenzaron a cruzar por su cerebro. Iría a Belleville, daría caza al hombre de cabellos negros y le obligaría a confesar la verdad.

Tonterías.

No hubo suspensión de la ejecución en el último minuto. Larsen supo entonces que en el fondo de su corazón nunca lo había esperado. Kennelly fue a la silla a la hora prevista gritando su inocencia hasta el último segundo de vida.

Leyendo cada una de las penosas palabras impresas en el periódico, John Larsen quedó, al fin, frente a frente con la verdad desnuda.

Quizá él no hubiese podido impedir la muerte de la muchacha… aunque si lo habría logrado de haber actuado a tiempo. Pero ya había hecho bastante.

Había permitido morir a un hombre con objeto de agarrarse a un empleo y a una esposa que odiaba. Él, John Larsen, había asesinado a Joseph Kennelly, a quien jamás había visto en su vida, a un hombre que para él era tan desconocido como aquel individuo que asesinara a la pequeña Diane Morrison.

Así, pues, John Larsen era un asesino y los asesinos deben morir. Pero él no tuvo valor para salvar a Kennelly y tampoco lo tenía para morir él. Todo cuanto le era dado hacer consistía en aguantar, en aguantar los gritos de la conciencia hasta el último momento.

Aquella misma noche, al ver la expresión de su rostro, las palabras de Kate se congelaron en sus labios. John Larsen cenó en silencio. Inmediatamente después se fue a la cama. Durmió catorce horas con sueño profundo como el de un animal agotado.

A la mañana siguiente estaba mostrando una alfombra a una cliente, cuando de repente la dejó caer al suelo y todo su cuerpo se puso rígido.

Luego comenzó a gritar:

—¡Yo lo hice! ¡Yo lo hice! ¡Yo lo hice!

Se necesitó la ayuda de dos hombres para sujetarle y esperar a que llegara la ambulancia…

Y cerca de Belleville, un hombre fornido, de cabellos negros, un «tipo» inofensivo al que todo el mundo conocía y nadie había dado ni daba importancia, recorría los caminos solitarios de aquella zona en su coche negro, y observando cuidadosamente los alrededores por si descubría a alguna chica bonita caminando sola…

SENTENCIA DE MUERTE PARA LA GROSERÍA

JACK RITCHIE

—¿Qué edad tiene usted? —pregunté.

Sus ojos no se separaban del revólver que yo sostenía en la mano.

—Escuche señor, no hay mucho dinero en la registradora pero lléveselo todo. No le proporcionaré dificultades.

—No me interesa en absoluto su asqueroso dinero, al menos desde su punto de vista. Podría usted haber vivido otros veinte o treinta años más si se hubiera tomado la más mínima molestia de ser cortés.

El hombre no me comprendió.

—Voy a matarle —añadí— por culpa del sello de cuatro centavos y por el dulce.

El hombre no sabía lo que yo quería decir con aquello del dulce, pero si parecía caer en la cuenta sobre lo del sello.

El pánico se exteriorizó en sus facciones.

—Usted debe estar loco. No puede matarme a causa de eso.

—Sí que puedo.

Y así lo hice.

Cuando el doctor Briller me dijo que solamente me quedaban cuatro meses de vida me sentí, por supuesto, muy perturbado.

—¿Está usted seguro de que no se han mezclado las radiografías mías con otras? He oído que a veces sucede eso.

—Me temo que no, señor Turner.

Luego lo pensé un poco mejor. Los informes del laboratorio… quizá mi nombre figuraba equivocadamente en alguno de ellos…

El médico movió lentamente la cabeza.

—Lo he comprobado detenidamente, cosa que hago siempre en estos casos. Es práctica de seguridad, ¿comprende usted?

Era la última hora de la tarde y la hora en la que el sol estaba cansado. Yo tenía esperanzas de que cuando me llegara la hora de morir realmente, fuese por la mañana. Indudablemente seria mucho más alegre.

—En casos como éste —añadió el doctor— un médico se enfrenta siempre a un dilema. ¿Debe o no decirle la verdad a su paciente? Yo siempre acostumbro a decir la verdad a los míos. Eso les da tiempo para arreglar sus asuntos y correrla un poco, por decirlo así.

El doctor hizo una pausa y atrajo hacia si un bloc de papel que descansaba sobre la mesa de despacho. Luego añadió:

—También estoy escribiendo un libro. ¿Qué intenta usted hacer con el tiempo que

le queda?

—Realmente no lo sé. Ya sabe usted que lo estoy pensando desde un minuto o dos.

—Desde luego —dijo Briller—. Por ahora no hay prisa. Pero cuando usted decida sobre ese aspecto, hágamelo saber, ¿lo hará? Mi libro menciona las cosas que hace la gente que sabe tiene sus días contados…

Briller hizo otra pausa y apartó hacia un lado el bloc de papel, añadiendo tras una pausa de silencio:

—Visíteme cada dos o tres semanas. Eso servirá para medir el progreso de su descenso.

A continuación Briller me acompañó hasta la puerta diciendo:

—Ya tengo anotados veintidós casos como el suyo…

Luego el médico pareció mirar hacia la lejanía, adoptando una actitud de total reflexión y murmuró:

—Podría llegar a ser un *best seller*, ¿comprende usted?

Mi vida siempre fue dulce, una vida muelle. No vivida sin inteligencia, pero si dulce.

No he contribuido con nada al progreso del mundo… y en ese aspecto me parece que tengo mucho en común con la mayoría de los seres humanos que pueblan la tierra… pero, por otra parte tampoco me he apoderado de nada. En resumen pedí a la vida que me dejara solo. La vida ya es lo suficientemente difícil sin tener que vivirla en una no deseada asociación con otras personas.

¿Qué es lo que uno puede hacer con los cuatro meses que le quedan de vida muelle?

No tenía la menor idea de lo que había caminado y pensado sobre este tema cuando de repente me encontré atravesando el largo puente curvo que, en suave pendiente, desciende hasta la carretera del lago. El sonido de una música mecánica interrumpió mis pensamientos y miré hacia abajo.

Un circo, o quizá se celebraba algún festejo de carnaval, pensé.

Era el mundo de la magia donde el oro es dorado, donde el maestro de ceremonias, el maestro o director de pista es tan caballero como auténticas son las medallas que adornan su pecho, y donde las rosadas damas que montan a caballo tienen duras facciones y peor carácter. Era el dominio de los vendedores de ásperas voces y de los mil cambalaches.

Siempre tuve la impresión de que la desaparición de los grandes circos podía considerarse como uno de los avances culturales del siglo XX, y, sin embargo, en aquellos momentos descubrí que sin darme cuenta descendía hasta el pie del puente y al cabo de unos momentos me encontraba a medio camino del circo entre unas filas de barracas donde se exhibían las mutaciones humanas para entretenimiento de los niños.

Pronto llegué hasta la entrada principal del circo y contemplé perezosamente al

aburrido taquillero que se hallaba cómodamente situado en una elevada cabina junto a la puerta principal.

Un hombre de agradable aspecto, acompañado por dos niñas se aproximó a él y le entregó varios rectángulos de cartulina que parecían ser pases.

El portero recorrió con un dedo una lista impresa que tenía a su lado. Sus ojos se endurecieron y miró despreciativamente, durante un momento, al hombre y a las niñas. Luego, lenta y deliberadamente, rasgó los pases en mil pedazos y dejó caer al suelo los fragmentos.

—No son buenos —murmuró.

El hombre se sonrojó y replicó:

—No lo comprendo.

—¡No dejó usted los carteles colocados! —gritó el hombre—. Y ahora…, ¡lárguese de aquí!

Las niñas miraron a su padre con expresión de desconcierto. ¿Haría su papá algo por solucionar aquello?

El hombre permaneció inmóvil durante un momento a la vez que la ira hacia palidecer su rostro. Parecía que estaba a punto de decir algo, pero luego miró a las dos niñas. Cerró los ojos durante un momento como si hiciese un terrible esfuerzo por controlar su cólera, y luego dijo:

—Vámonos, nenas, vámonos a casa.

El hombre se alejó con ellas y éstas miraron por dos veces hacia atrás, asustadas, pero sin decir nada.

Me aproximé inmediatamente al portero y le pregunté:

—¿Por qué ha hecho usted eso?

El hombre me miró desde lo alto de su cabina.

—¿Qué le importa a usted eso? —inquirió a su vez.

—Quizá mucho.

El portero me estudió durante un momento con gesto de irritación y luego respondió:

—Porque no dejó los carteles colocados.

—Ya lo escuché antes. Ahora explíqueme qué es eso.

El hombre respiró con tanta dificultad como si le costara dinero y dijo:

—Nuestro agente avanzado va de ciudad en ciudad semanas antes de que nosotros lleguemos, un par de semanas antes todo lo más. Deja en todos los sitios carteles anunciando el espectáculo que traemos, y los deja en donde puede… en las abacerías, zapaterías, mercados… cualquier lugar donde el propietario pueda adheridos a su escaparate para dejados allí hasta que el espectáculo llegue a la ciudad. Por el servicio se le regalan dos o tres pases. Pero algunos de estos tipos no saben que el servicio se comprueba, o mejor dicho que lo comprobamos. Si los carteles no están en el escaparate cuando llegamos a la ciudad entonces los pases quedan sin validez alguna.

—Comprendo —dije secamente—. Y por eso usted rompe los pases en sus mismas narices y delante de los niños. Evidentemente ese hombre quitó los carteles de su establecimiento demasiado pronto. O quizá esos pases se los ha regalado otro hombre que quitó los carteles de su establecimiento.

—¿Y qué diferencia hay? Los pases no sirven.

—Quizá no haya diferencia alguna en eso. Pero, ¿se da usted perfecta cuenta de lo que acaba de hacer?

Los ojos del hombre se entornaron tratando de estudiarme y de calcular el poder que podría tener yo. Luego añadí:

—Ha cometido usted uno de los actos humanos más crueles. Ha humillado usted a ese hombre delante de las niñas, de sus hijas. Les ha infligido usted una herida cuya cicatriz perdurará a lo largo de todas sus vidas. Ese hombre se llevará a casa a las niñas y su camino será largo, muy largo. ¿Y que podrá decirle a sus hijas?

—¿Es usted polizonte?

—No, no soy polizonte. Los niños de esa edad consideran a su padre como el mejor hombre del mundo. Le consideran el más amable, el más cariñoso, el más valiente de todos. Y ahora siempre recordarán que un hombre, otro hombre, se portó mal con su padre… y él no pudo hacer nada.

—De acuerdo, rompí sus pases, ¿por qué no compró entradas corrientes? ¿Es usted algún inspector de la ciudad?

—No, tampoco soy un inspector de la ciudad. ¿Y esperaba usted que ese hombre comprara entradas después de la humillación que acababa de sufrir? Usted dejó al hombre sin recursos morales. No podía comprar entradas y no podía tampoco crear una bien justificada escena porque estaban los niños delante. No pudo hacer nada. Nada en absoluto sino retirarse con las dos niñas que deseaban ver su miserable circo y ahora ya no pueden hacerlo.

Miré al pie de su cabina. Allí estaban todavía los fragmentos de muchos más sueños… las ruinas de otros hombres que habían cometido el crimen capital de no dejar en sus escaparates los carteles el tiempo suficiente. Luego añadí:

—Pudo usted decir: «Lo siento, señor, pero sus pases no son válidos». Y luego explicar cortés y pacíficamente por qué.

—No me pagan para ser cortés —dijo el hombre enseñando una dentadura amarillenta—. Y, señor…, me gusta romper pases. Me produce satisfacción. ¿Comprende?

Allí estaba. Aquel elemento era un hombrecillo al que se le había concedido un pequeño poder y lo empleaba como un César.

El hombre se levantó a medias de su asiento y añadió:

—Ahora lárguese de aquí, señor, antes de que baje y se lo haga comprender de otra manera.

Sí. Era un hombre dotado de crueldad, una especie de animal nacido sin sentimientos ni sensibilidad y destinado en el mundo a hacer todo el daño que

pudiese mientras existiera. Era una criatura que debía ser eliminada de la faz de la tierra.

Si yo tuviese el poder de…

Miré durante un momento hacia aquel retorcido rostro y luego giré sobre mis talones para alejarme. En la parte alta del puente, tomé un autobús y me apeé en una tienda de artículos para deporte que había en la calle 37.

Compré un revólver del calibre 32 y una caja de munición.

¿Por qué no asesinamos? ¿Porque no sentimos la justificación moral de tal acto final? ¿O quizá se debe más a que tememos las consecuencias si nos descubren… lo que nos pueda costar, a nuestras familias o a nuestros hijos?

Y así sufrimos las humillaciones y los insultos con tremenda docilidad, las soportamos porque eliminados nos costaría aún más sufrimientos de los que ya padecemos.

Pero yo no tenía familia ni amigos íntimos. Y solamente me quedaban cuatro meses de vida.

El sol se había puesto y las luces de la feria brillaban cuando me apeé del autobús en el puente. Miré hacia la cabina del circo y allí estaba todavía el hombre sentado en su garita.

«¿Cómo debía hacerlo?», me pregunté. Vi cómo otro hombre le relevaba en su puesto… al parecer con gran alivio del primero. Encendió un cigarrillo y comenzó a caminar lentamente hacia el oscuro frente del lago.

Me acerqué a él al doblar una curva oculta por unos altos arbustos. Era un lugar solitario, pero lo suficientemente cercano a la feria para que sus diferentes ruidos llegaran todavía a mis oídos.

El hombre oyó mis pasos y dio media vuelta. Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios y con una mano se frotó los nudillos de la otra al mismo tiempo que decía:

—Está usted buscándoselo, señor.

Sus ojos se abrieron enormemente cuando vio el revólver que yo sostenía en la mano.

—¿Qué edad tiene usted? —pregunté.

—Escuche, señor —dijo el hombre rápidamente—. Solamente tengo en el bolsillo un par de billetes de diez dólares.

—¿Qué edad tiene usted? —repetí.

Sus ojos parpadearon nerviosamente al responder:

—Treinta y dos años.

Moví la cabeza tristemente y comenté:

—Podía haber vivido usted hasta los setenta y tantos quizá. Cuarenta años más de vida si se hubiera tomado la simple molestia de actuar como un ser humano.

El hombre palideció y preguntó:

—¿Está usted loco, amigo?

—Es posible.

Y en aquel momento apreté el gatillo.

El ruido del disparo no fue tan fuerte como yo esperaba o quizá su eco se perdió entre los demás ruidos de la feria.

El hombre se tambaleó y luego cayó muerto en el borde del sendero que conducía al lago.

Tomé asiento en un cercano banco del parque y esperé. ¿Acaso nadie había oído el disparo?

Repentinamente me di cuenta de que sentía apetito. No había comido nada desde el mediodía. El pensamiento de que me llevaran a una comisaria y me hiciesen preguntas durante largo tiempo me parecía cosa intolerable. Y además me dolía mucho la cabeza.

Arranque una página de mi libreta de notas y comencé a escribir:

«Una palabra descuidada puede perdonarse. Pero una vida de cruel grosería no. Este hombre merece la muerte».

Estaba a punto de firmar con mi nombre pero entonces decidí que mis iniciales serían suficientes por el momento. No deseaba que me detuvieran antes de comer algo y tomar unas aspirinas.

Doblé la hoja y la coloqué en el interior del bolsillo superior de la americana del portero muerto.

No me encontré con nadie cuando retrocedí por el sendero y ascendí luego hacia el puente. Caminé hasta llegar a Weschler’s, probablemente el mejor restaurante de la ciudad. Los precios, en circunstancias normales, iban más allá de mis posibilidades económicas, pero en aquellos momentos opiné que podía permitirme el lujo de hacer un extraordinario.

Después de cenar decidí que no estaría nada mal dar un paseo nocturno en autobús. Me gustaba aquella forma de excursión a través de la ciudad y, después de todo, también comprendía que mi libertad de movimientos muy pronto quedaría restringida.

El conductor del autobús era claramente un hombre impaciente y aún estaba mucho más claro que los pasajeros eran sus enemigos. Sin embargo la noche era hermosa y el autobús no estaba muy lleno de gente.

En la calle 68, una mujer de aspecto frágil, cabellos muy blancos y rasgos de camafeo esperaba en la curva. El conductor, gruñendo, detuvo el vehículo y abrió la portezuela.

La mujer sonrió e hizo un movimiento de cabeza, asintiendo, a los pasajeros cuando puso el pie en el primer escalón. Se podía observar que la vida de aquella mujer era de suave felicidad y de muy pocos viajes en autobús.

—¡Bien! —gritó el conductor—. ¿Va usted a tardar todo el día en subir?

La mujer se sonrojó y tartamudeó:

—Lo siento, señor…

Y al mismo tiempo le entregó un billete de cinco dólares. El hombre abrió los

ojos asombrado.

—¿No tiene usted cambio? —preguntó.

La mujer se sonrojó aún más y murmuró:

—No lo creo. Pero miraré…

Era evidente que el conductor iba adelantado en su itinerario y esperó.

Y otra cosa estaba muy clara. Que estaba disfrutando enormemente con la escena.

La mujer encontró un cuarto de dólar y lo sostuvo entre los dedos tímidamente.

—¡En la máquina! —bramó el conductor.

La mujer dejó caer la moneda en la máquina automática del cambio.

El conductor arrancó el vehículo violentamente y la mujer casi cayó al suelo. Se las pudo arreglar para asirse a tiempo a una de las barras de los asientos.

Sus ojos se posaron sobre los pasajeros como si tratara de disculparse… por no haberse movido más rápidamente, por no tener cambio, y por casi haberse caído. Una sonrisa tembló en sus labios y luego tomó asiento.

En la calle 82, la mujer hizo presión sobre el botón de aviso, se puso en pie y avanzó hacia la parte delantera del vehículo.

El conductor miró hacia atrás al mismo tiempo que detenía al autobús.

—¡Por la parte de atrás! —gritó—. ¿Por qué no se acostumbrará la gente a usar la parte de atrás?

Yo siempre fui partidario de usar las portezuelas posteriores de los autobuses especialmente cuando éstos van llenos de gente. Pero en aquel momento ocupaban el coche una media docena de pasajeros que leían sus periódicos con terrible indiferencia.

La mujer se volvió, palideciendo, y se dirigió a la portezuela trasera.

La tarde que había pasado o la que pensaba pasar había quedado arruinada. Y quizá muchas más tardes al acordarse de aquella.

Yo seguí en el autobús hasta el final de la línea.

Era el único pasajero cuando el conductor dio la vuelta al vehículo y lo aparcó.

Se trataba de un lugar desierto, una esquina mal iluminada y no había pasajeros esperando en el pequeño refugio de la curva. El conductor lanzó una ojeada a su reloj, encendió un cigarrillo y luego se dio cuenta de mi presencia.

—Si piensa usted seguir en el coche, señor, ponga otros veinticinco centavos en la máquina. Aquí no se da nada gratis aclaró.

Me levanté de mi asiento y caminé lentamente hacia la delantera del vehículo.

—¿Qué edad tiene usted? —pregunté.

—Eso no le interesa.

—Unos treinta y cinco años, imagino —dije—. Aún le quedaban por delante quizá unos treinta años más…

Y al pronunciar estas últimas palabras extraje el revólver del bolsillo.

El conductor dejó caer al suelo el cigarrillo.

—Llévese el dinero —dijo.

—No me interesa el dinero. Estoy pensando en una dama muy educada y también en otros cientos de damas más y en muchos hombres inofensivos y niños que sonríen. Usted es un criminal. No existe justificación para lo que usted hace con ellos. Ni tampoco existe justificación para que usted siga viviendo.

Y le maté.

Tomé asiento y esperé.

Al cabo de diez minutos aún estaba sentado solo en compañía del cadáver. Me di cuenta de que tenía sueño. Un sueño increíble. Sería mejor dormir durante toda una noche y luego entregarme a la policía.

Escribí mi justificación sobre la muerte del conductor en otra hoja de papel, añadí mis iniciales, y se la metí en un bolsillo.

Tuve luego que caminar a lo largo de cuatro manzanas de casas antes de encontrar un taxi que me llevara a mi apartamento.

Dormí profundamente y quizá soñé. Pero si lo hice, mis sueños fueron agradables e inocuos. Eran casi las nueve de la mañana cuando desperté.

Después de ducharme y desayunar calmosamente, elegí mi mejor traje. Recordé que aún no había pagado la factura mensual del teléfono. Extendí un talón y luego lo metí en un sobre en el que escribí la adecuada dirección. Luego descubrí que no tenía sellos. «No importa —me dije—, compraré uno de camino a la comisaría».

Casi había llegado a esta última cuando de nuevo recordé el sello. Me detuve en un almacén de la esquina más próxima. Era un lugar en el que jamás había entrado antes.

El propietario, ataviado con americana blanca, se hallaba sentado tras el mostrador leyendo el periódico y un vendedor a comisión hacía notas en un libro de pedidos.

El dueño del establecimiento ni siquiera miró cuando yo entré en la tienda y dijo al vendedor:

—Tienen ya sus huellas dactilares a causa de las notas, conocen su escritura, y también sus iniciales, ¿qué le pasa a la policía?

El vendedor se encogió de hombros y replicó:

—¿Y para qué sirven las huellas dactilares si el asesino no figura en los archivos de la policía? Lo mismo ocurre con la escritura si no se la puede comparar con otra. ¿Y cuántas personas en la ciudad tienen esas mismas iniciales L. T.?

El vendedor cerró su libro y dijo a continuación:

—Volveré la semana que viene.

Cuando se fue, el propietario de la tienda continuó leyendo el periódico.

Yo aclaré la garganta.

El hombre terminó de leer un largo párrafo y luego alzó la cabeza.

—Dígame… —murmuró.

—Un sello de cuatro centavos, por favor.

El hombre adoptó la misma expresión que si en aquel momento yo le hubiese

propinado una bofetada. Me miró durante quince segundos, luego abandonó su taburete y lentamente se dirigió hacia la parte posterior de la tienda donde había una pequeña ventana enrejada.

Yo estaba a punto de seguirle, pero en aquel momento llamó mi atención una pequeña exposición de pipas que había a mi izquierda.

Al cabo de un rato sentí que unos ojos se posaban sobre mí. Alcé la cabeza.

El dueño de la tienda se halla en pie al final del establecimiento, apoyando una mano en la cadera y sosteniendo en la otra el sello.

Al cabo de un par de segundos, preguntó:

—¿Acaso espera que yo se lo lleve ahí?

Y en aquel preciso momento recordé a un pequeño muchacho de seis años de edad que poseía cinco centavos. Cinco centavos de aquellos tiempos, en los que se vendían tantos dulces de infinitas variedades.

El chico, que en tal caso había sido yo, acababa de entrar en el establecimiento arrastrado por el atractivo escaparate donde se exhibían varias clases de dulces, y ya en el interior del establecimiento había luchado con la indecisión. ¿Cuál elegir? Bueno, le gustaban todos, pero no aquellas guindas escarchadas. No, aquello no le gustaba.

Y entonces se había dado cuenta de que el tendero se hallaba en pie al lado del escaparate, golpeando con un pie sobre el suelo lleno de impaciencia. Los ojos del tendero resplandecían de irritación… No, había sido algo más que eso, brillaban de cólera.

«—¿Es que piensas estar aquí todo el día con esa piojosa moneda en la mano?», le había preguntado el hombre.

Aquel niño era un niño muy sensible y las palabras del tendero le habían sentado tan mal como si en aquel momento alguien le hubiese golpeado. Sus preciosos cinco centavos no valían nada. Aquel hombre le había despreciado, y en él despreciaba a todos los niños.

Luego había señalado con la mano hacia el escaparate para casi tartamudear:

—Cinco centavos de eso…

Cuando abandonó el establecimiento descubrió que en la bolsa sólo llevaba guindas escarchadas.

Pero aquello no importaba realmente. Aun cuando hubiese llevado otra cosa, tampoco habría podido comerla.

Ahora miré al propietario del establecimiento y al sello de cuatro centavos y a aquella expresión de odio hacia todo ser humano que no contribuyese debidamente al aumento de sus beneficios. No me quedaba la menor duda de que inmediatamente sonreiría si me decidía a comprarle una de sus pipas.

Pero volví a pensar en el sello de cuatro centavos y en aquel paquete de guindas que había arrojado a la basura hacia muchos años. Avancé hacia el fondo del almacén y saqué el revólver del bolsillo.

—¿Qué edad tiene usted? —pregunté.

Cuando murió no esperé más qué el tiempo suficiente para escribir una nota. Esta vez había matado para vengar unas horas de mi infancia y realmente necesitaba un trago. Caminé a lo largo de varias casas de la misma calle y entré en un pequeño bar. Pedí un coñac y un vaso de agua. Al cabo de diez minutos escuché el ulular de la sirena de un coche patrulla.

El dueño del bar se acercó a la ventana.

—Es en esta misma calle —dijo al mismo tiempo que se quitaba la americana blanca—. Voy a ver qué es lo que ocurre. Por favor, señor, si viene alguien diga usted que regreso en seguida.

Luego colocó la botella de coñac sobre el mostrador y añadió:

—Sírvase usted mismo…, pero dígame luego cuántas ha tomado.

Sorbí pacíficamente el coñac y contemplé desde mi taburete la llegada de más coches patrulla y a continuación la de la ambulancia.

El dueño del bar regresó al cabo de diez minutos seguido por un cliente.

—Una cerveza corta, Joe —pidió este último.

—Éste es mi segundo coñac —advertí yo.

Joe recogió las monedas que yo deposité en el mostrador, y dijo:

—Han asesinado al abacero de ahí abajo. Parece que ha sido el hombre que mata a la gente que no es cortés.

El cliente observó cómo Joe servía la cerveza en el vaso y preguntó:

—¿Cómo sabes eso? Bien pudo ser un atraco…

Joe movió la cabeza negativamente.

—No. Fred Masters, el que tiene la tienda de televisión al otro lado de la calle, encontró el cadáver y leyó la nota.

El cliente depositó cinco centavos en el mostrador, y comentó:

—Me parece que no voy a llorar su muerte. Yo siempre compraba en cualquier otro lado. Ese tipo te vendía como si te estuviera haciendo un gran favor.

Joe asintió con un movimiento de cabeza y replicó:

—Sí. No creo que nadie de la vecindad vaya a echarle mucho de menos. Era bastante inaguantable.

Yo estaba a punto de salir del bar y acercarme hasta el almacén para entregarme, pero entonces pedí otro coñac y saqué del bolsillo mi libreta de notas. Comencé a extender una lista de nombres.

Era sorprendente como un nombre seguía inmediatamente al otro. Eran recuerdos amargos, algunos grandes y otros más pequeños, algunos que yo había experimentado y otros que había presenciado… y que quizá me habían sentado mucho peor que a las víctimas.

Nombres. ¿Y el de aquel almacenista? No lo recordaba, pero también debía incluido.

Recordé el día y a la señorita Newman. Eramos sus alumnos de sexto grado y nos

había llevado a otra de sus excursiones… Esta vez a los almacenes que había a lo largo del río, donde nos iba a enseñar «cómo trabajaba la industria». La señorita Newman siempre proyectaba sus excursiones por adelantado y pedía permiso para visitar los lugares adonde pensaba llevarnos, pero esta vez quizá se perdió o desorientó y llegamos al almacén… ella y los treinta chiquillos que la adoraban.

Y el almacenista la había expulsado groseramente. Había empleado un lenguaje que nosotros no entendíamos, pero que si comprendíamos en su sentido, palabras dirigidas tanto a la señorita Newman como a nosotros.

La señorita Newman era una mujer de baja estatura que en aquel momento sintió un pánico terrible y todos nos retiramos. Al parecer, se sintió tan humillada ante nosotros que al día siguiente no apareció por la escuela ni Volvió a hacerlo más, hasta que supimos que había solicitado un traslado.

Y yo, que la adoraba, sabía por qué. No podía ponerse delante de nosotros después de aquello.

¿Viviría todavía aquel individuo? Pensé que por entonces debía andar por los veintitantos años de edad.

Cuando abandoné el bar media hora más tarde, me di cuenta de que tenía por delante mucho trabajo.

Los días siguientes fueron muy atareados, y entre otros, encontré al almacenista. Le dije por lo que moría porque el hombre ni siquiera lo recordaba.

Y cuando terminé aquella labor entré en un restaurante situado no muy lejos de mi última ejecución.

La camarera suspendió su conversación con la cajera y se acercó a mi mesa.

—¿Qué desea usted? —preguntó.

Pedí un buen filete y tomates. El filete resultó lo que se podía esperar de aquella vecindad. Cuando extendí la mano para tomar la cucharilla del café, la dejé caer al suelo accidentalmente. Luego la recogí.

—Camarera —llamé—, ¿puede traerme otra cucharilla, por favor? La mujer se acercó airadamente a mi mesa y me arrebató la cucharilla de la mano.

—¿Qué le pasa, señor? —interrogó—. ¿Sufre de temblores o algo parecido?

Regresó al cabo de unos momentos y estaba a punto de depositar otra cucharilla sobre la mesa con énfasis considerable cuando de repente se alteró la dura expresión de sus facciones. Disminuyó el descenso del brazo y cuando la cuchara tocó el mantel de la mesa lo hizo suavemente, muy suavemente.

Luego la mujer se echó a reír nerviosa.

—Siento haber sido tan grosera, señor.

Se trataba de una disculpa, y por eso repliqué:

—No tiene importancia, olvídelo.

—Quiero decir que puede usted dejar caer al suelo la cucharilla siempre que guste. Me alegrará servirle otra limpia.

—Gracias —murmuré, atendiendo a mi café.

—No se habrá ofendido usted, ¿verdad, señor?

—No. En absoluto.

La mujer tomó un periódico de una cercana mesa y dijo:

—Aquí tiene usted, señor, puede usted leerlo mientras come. Quiero decir que es de la casa. Gratis.

Cuando la mujer se retiró, la cajera la miró con los ojos muy abiertos, y preguntó:

—¿Qué significa todo esto, Mable?

Mable me miró de reojo con cierta incomodidad.

—Nunca se puede decir… no podemos asegurar quién es ese hombre. En estos días será mejor mostrar más cortesía.

Mientras comí estuve leyendo y hubo una noticia que me llamó sumamente la atención. Un hombre maduro había calentado unos centavos en una sartén puesta al fuego y luego se los había arrojado a unos cuantos niños que estaban jugando frente a Halloween, y naturalmente se había producido graves quemaduras en las manos. El hombre había sido multado con veinte miserables dólares.

Inmediatamente anoté su nombre y dirección en mi libreta.

El doctor Briller terminó su examen.

—Ya puede usted vestirse, señor Turner.

Recogí mi camisa de encima de una silla y comenté:

—Supongo que no habrá salido ninguna nueva droga milagrosa desde la última vez que estuve aquí, ¿verdad?

El doctor se echó a reír con toda naturalidad, y contestó:

—No, me temo que por ahora no.

Luego contempló en silencio cómo me abotonaba la camisa, y añadió:

—Y a propósito, ¿ha decidido usted lo que va hacer con el tiempo que le queda?

Yo ya lo había pensado, pero creí conveniente responder:

—No, todavía no.

El médico pareció asombrarse profundamente y replicó:

—Ya debía haberlo hecho. Sólo le quedan tres meses. Y, por favor, hágamelo saber cuando lo decida.

Mientras terminaba de vestirme el doctor se sentó ante su mesa de despacho y lanzó una ojeada al periódico que descansaba sobre ella.

—El asesino parece estar muy ocupado estos días, ¿eh?

Luego volvió la página y añadió:

—Pero lo curioso del caso, lo sorprendente de todo cuanto está ocurriendo en estos crímenes es la reacción pública ante los mismos. ¿Ha leído usted las Cartas del Pueblo que se han publicado recientemente?

—No.

—Estos asesinatos parece que encuentran apoyo casi universal. Parece que hay mucha gente que los aprueba. Algunas de las personas que escriben esas cartas dan la impresión de que estarían dispuestas a suministrar al asesino unas cuantas víctimas

más, si eso pudiese ser.

Pensé en que tendría que comprar un periódico.

—Y no solamente eso —añadió el doctor Briller—, sino que en toda la ciudad ha estallado una verdadera ola de cortesía.

Me puse el abrigo y pregunté:

—¿He de volver dentro de dos semanas?

El doctor dejó el periódico a un lado y respondió:

—Sí. Y trate de considerar su caso en la forma más alegre posible. Piense que todos hemos de seguir el mismo camino, antes o después.

Pero ya tenía la impresión de que para el doctor Briller siempre habría un «después» mejor que un «antes», en el futuro.

Mi cita con el doctor Briller se había celebrado por la tarde y eran casi las diez de la noche cuando dejé el autobús, y emprendí el cono paseo hasta mi apartamento.

Cuando me aproximaba a la última esquina oí un disparo. Entré en la calle Milding Lane y encontré a un hombrecillo que sostenía un revólver en la mano junto a un cuerpo caído sobre la acera y que, a juzgar por su aspecto, no era más que un cadáver ya. Miré al muerto y murmuré, asombrado:

—¡Cielo santo! ¡Un policía!

El hombrecillo asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí —dijo—. Lo que acabo de hacer parecerá un poco extremado, pero verá usted…, este agente estaba empleando un lenguaje totalmente innecesario…

—¡Ah! —exclamé.

El hombrecillo volvió a asentir con otro movimiento de cabeza y añadió:

—Tenía mi coche aparcado frente a esta bomba de incendios. Le aseguro a usted que inadvertidamente. Y este policía me estaba esperando cuando regresé a mi coche. También descubrió que me había olvidado en casa el permiso de conducir. Yo no hubiese actuado como lo hice si el hombre se hubiese limitado a extenderme una multa, pues yo era culpable y lo admito, señor, pero no se contentó con eso. Hizo embarazosas observaciones acerca de mi inteligencia, de mi vista y sobre la posibilidad de que yo hubiera robado este coche, y finalmente puso en duda la legitimidad de mi nacimiento…

El hombrecillo parpadeó nerviosamente ante el recuerdo de esta última observación y añadió casi en voz baja:

—Y mi madre era un ángel, señor, un verdadero ángel…

Recordé inmediatamente una vez que también yo había sido detenido cuando había cruzado, inadvertidamente, un paso prohibido para peatones en una calle. Yo hubiese aceptado gustosamente la reprimenda de costumbre e incluso una multa, pero el agente insistió en pronunciar una auténtica conferencia ante un numeroso grupo de personas que se habían reunido a nuestro alrededor, y que sonreían divertidas. Fue de lo más humillante.

El hombrecillo miró a la pistola que sostenía en la mano, y dijo:

—Compré hoy mismo esto, y realmente intentaba emplearla con el superintendente de la casa donde vivo. Es un fanfarrón.

Yo comenté, asintiendo con un movimiento de cabeza:

—Insolentes individuos.

El hombrecillo suspiró hondo.

—Pero ahora supongo que tendré que entregarme a la policía, ¿no le parece?

Lo pensé un poco y el hombrecillo me miró fijamente. Luego el hombrecillo aclaró la garganta, y añadió:

—¿No le parece a usted que debería dejar una nota sobre ese cadáver? Verá usted, estuve leyendo en el periódico acerca de…

Inmediatamente le presté mi libreta de notas.

El hombrecillo escribió unas cuantas líneas, firmó con sus iniciales, y depositó la hoja de papel entre los botones de la guerrera del agente muerto.

Luego me devolvió la libreta, diciendo:

—Tengo que recordar comprar una como ésta.

Acto seguido abrió la portezuela de su coche y preguntó:

—¿Quiere que le deje en algún sitio?

—No, gracias. Hace una buena noche y prefiero pasear.

«Agradable individuo», pensé, cuando el coche se alejó.

Era una lástima que no hubiese muchos como él.

EL PERRO MURIÓ PRIMERO

BRUNO FISCHER

Aquella noche yo estaba pensando en la sangre, pero sangre de la Revolución francesa. Estaba corrigiendo unos ejercicios de Historia Moderna Europea mientras Dot se hallaba en una reunión en casa de Marie Cannon. A medianoche me fui a la cama sabiendo que entre el *bridge* y la cháchara no había manera de calcular cuándo Dot regresaría a casa.

El ruido de un coche que se detenía en la calzada me despertó. Como no tenemos garaje en nuestra casa tipo *bungalow*, siempre dejamos el coche aparcado al aire libre, en la calzada de cemento. Oí cómo Dot entraba en la casa por la puerta de atrás, y luego escuché cómo corría el agua por el grifo de la cocina.

Corrió durante largo tiempo… demasiado para que Dot estuviera bebiendo y, por supuesto, yo no creía que se estuviese lavando en plena cocina. Medio dormido me preguntaba qué estaría haciendo con el agua y aún me hice muchas más preguntas cuando ella cerró el grifo del agua y dejó nuevamente la casa. El reloj luminoso de la mesita de noche marcaba en aquel momento la una y cinco de la mañana.

Me volví de lado y miré por la ventana. Dot había dejado encendidos los faros del coche y en aquel momento caminaba por delante de ellos. El cubo que llevaba en la mano estaba lleno de agua, evidentemente. Su peso le hacía oscilar ambas caderas. Abrió la portezuela del negro sedan, encendió la luz del interior, extrajo una escobilla mojada del cubo y comenzó a limpiar el interior del vehículo.

Así, pues, aquello explicaba su raro comportamiento. No cabía duda de que alguien había hecho una mancha sobre la tapicería y Dot estaba intentando limpiarla antes de que se secara. Hundí mi cabeza en la almohada para evitar el cegador brillo de las luces de los faros que penetraba por la ventana.

Estaba casi dormido cuando se encendió la lámpara de la habitación.

—¿Estas despierto, querido? —preguntó Dot.

—¡Hummmm! —murmuré, volviendo la cabeza para hacerle saber que sentía demasiado sueño para conversar.

Pero como no había nada que hiciera desistir a Dot de charlar, no prevalecieron mis deseos de dormir. Ya me había entrenado lo suficiente para oír su cháchara sin escucharla realmente, y eso fue lo que hice durante un rato, hasta que una frase que pronunció Dot hizo que me despertara totalmente.

—No pude limpiar toda la sangre —dijo.

—¿Sangre? —interrogué, abriendo mucho los ojos—. ¿Has dicho sangre?

Dot estaba buscando un camisón de noche en un cajón del armario, y replicó:

—Murió cuando le llevaba al doctor. Me siento como una auténtica asesina.

Luego se incorporó sosteniendo el camisón en la mano. La suave luz nocturna se reflejaba sobre su bien formado cuerpo, y su rostro aparecía más cándido que el de una muñeca.

—¿Quién murió? —interrogué, ansiosamente.

—El perro, por supuesto —dijo ella, deslizando el camisón sobre su cabeza.

Yo volví a hundirme en el lecho. Un perro, por supuesto. Bien, ¿qué era lo que yo había esperado?

—No pensaba decírtelo porque siempre estás criticando mi forma de conducir —añadió Dot—. Como cuando derribé aquella valla la semana pasada. Pero realmente no lo pude evitar esta noche. El perro se metió materialmente bajo las ruedas del coche. Luego, cuando llegué a casa me di cuenta de la sangre que había en el coche y traté de limpiarla, pero no pude hacerlo del todo porque se había secado ya. Entonces decidí decírtelo porque de todas formas tú lo ibas a ver por la mañana.

Yo me había adormilado nuevamente, pero aun así, pude preguntar:

—¿Cómo es posible que la sangre se meta dentro del coche al atropellar un perro?

—Todavía respiraba, y por eso lo llevé al veterinario, pero ya estaba muerto cuando llegué. Me refiero al perro, naturalmente, ¡pobrecillo!

Dot apagó la luz y se metió en la cama, pero esto no detuvo su conversación. Me contó al detalle cómo había perdido un dólar con diecisiete centavos en el *bridge*, lo desaliñada que aparecía Ida Walker, la elegancia de Marie Cannon y Edith Bauer…

—¿Qué te parece si dormimos un poco? —interrogué, quejándome.

Dot permaneció quieta durante un minuto, o al menos así me lo pareció. Luego me sacudió por un hombro, al mismo tiempo que musitaba a mi oído:

—Bernie, hay alguien en el exterior de la casa con una linterna.

El reloj luminoso marcaba las tres y diez, cosa que significaba que en realidad yo no había dormido más de dos horas. Dot se sentó en la cama, y por encima de uno de sus hombros vi un rayo de luz que se movía junto al coche.

—Puede que ese hombre intente robarnos el coche —dijo Dot.

—¿Dejaste puesta la llave del encendido?

No me sorprendió nada cuando admitió que creía haberla dejado puesta. Refunfuñando, me levante y me acerqué a la ventana. Quienquiera fuese la persona que sostenía una linterna en la mano allí fuera, parecía haber perdido todo interés por el coche y se estaba alejando hacia la calle.

—Ya se va —dije lleno de esperanzas.

Yo era hombre que, evidentemente, siempre trataba de evitar toda dificultad.

Ya había puesto un pie sobre la cama cuando sonó el timbre de la puerta principal. Me quedé como paralizado escuchando. Hay pocas cosas que sean tan molestas e intranquilizadoras como un timbre de la puerta que suena a las tres de la mañana.

—Debe ser el ladrón —murmuró Dot.

—Los ladrones no suelen llamar a los timbres, querida —repliqué, despejado ya totalmente mi sueño.

—Bien, de todas formas, alguien será —añadió Dot, por decir algo.

Ciertamente, era alguien. El timbre siguió sonando con insistencia. Me calcé las zapatillas y me puse la bata y luego fui hasta el vestíbulo, encendí la luz y abrí la puerta.

El hombre que entró sostenía una linterna en la mano, de forma que era el mismo que habíamos visto merodear desde la cama. Tenía más tripa que pecho y un rostro abultado.

—¿El señor Bernard Hall? —preguntó.

Yo asentí con un movimiento de cabeza y pregunté:

—¿Qué ocurre?

El hombre no respondió, de momento. Pasó de largo ante mí y examinó el *living-room* como si tuviera intención de alquilado. Luego clavó en mí sus tristes ojos.

—Mi hijo Steve está en su clase de historia. Se llama Stephan Ricardo.

—¡Ah, sí! —exclamé empleando mi tono de relación entre profesor y padre.

Pero aquello era absurdo. Aquel hombre seguramente no me habría sacado de la cama a las tres de la mañana para hablarme de los problemas escolares de su hijo. Luego recordé lo que Stephan Ricardo me había dicho hacía su padre para ganarse la vida y todos mis nervios se tensaron.

—Usted es detective —declaré.

—Así es —replicó el hombre, dándose un ligero masaje en la papada—. Parece que hay sangre en su coche.

—¿Era eso lo que estaba usted mirando con la linterna?

El hombre asintió, y luego añadió:

—Se hizo un intento por limpiada con agua, pero la sangre ya había empapado la alfombrilla del suelo.

En aquel momento, Dot entró en el *living-room*. Se cubría con su floreada chaqueta de la casa, por debajo de la cual asomaba el camisón.

—Yo soy quien usted busca —dijo—. Supongo que no debí dejar el cuerpo entre los matorrales.

Ricardo se echó hacia atrás el sombrero y luego parpadeó dos o tres veces nerviosamente antes de interrogar:

—¿Admite usted haberlo hecho así, señora Hall?

—¿Debí comunicarlo a la policía? —interrogó a su vez Dot, esbozando una de sus más típicas sonrisas ingenuas—. La cuestión es que yo no deseaba meterme en dificultades de ningún género.

—No —replicó Ricardo, suavemente—. Supongo que no…

El hombre guardó silencio y miró a Dot como si no acabara de creer que existiera. Luego, añadió:

—¿Por qué lo hizo, señora Hall?

—Fue un simple accidente. Se metió materialmente bajo el coche.

Ricardo movió la cabeza tristemente.

—Eso no le llevará a ninguna parte, señora Hall. Su cabeza estaba aplastada, pero no había más señales en su cuerpo.

—¡Pero eso es imposible! Le sostuve en mis brazos y su cabeza no tenía nada de particular. Parecía haber sido herido interiormente. Me refiero a haber sufrido alguna hemorragia interna. Murió antes de que le pudiese llevar al veterinario.

—¿Veterinario? —preguntó Ricardo, parpadeando de nuevo.

—Sí, al veterinario, al doctor Harrison, el que vive en Mill Street —explicó Dot, pacientemente—. ¿Adónde podría llevar un perro sino allí?

Ricardo abrió la boca, pero no pronunció una sola palabra. Respiró profundamente y luego dijo:

—Supongamos, señora Hall, que usted me lo cuenta todo…

Dot se acomodó en un sillón y plácidamente cruzó sus hermosas piernas. Yo encendí un cigarrillo y me di cuenta de que la cerilla temblaba entre mis dedos. Ni por un solo momento creí que un detective despertaría a Dot a las tres de la mañana para interrogarla acerca de la muerte de un perro.

—Cruzaba un puente que hay cerca de la casa de Marie Cannon esta misma noche —dijo—, y a unos dos bloques de casa de aquí, un perro corrió delante del coche y no pude parar a tiempo. Me apeé del coche y allí estaba el pobrecillo en plena agonía. Era pequeño, de color negro, con las patas blancas y una mancha también blanca en la cara. No sé a que raza pertenecería, aunque había en él algo de pomerano, porque cuando yo era niña tuve un pomerano que era lo más bonito que…

—¿A qué hora fue eso? —interrogó Ricardo, interrumpiéndola.

—Cerca de las ocho y media. Marie Cannon estaba ansiosa de que llegáramos a su casa a las ocho y media y sería aproximadamente esa hora cuando salí de aquí. Pensé que llegaría tarde, pero no podía abandonar en la carretera a un perro herido, de forma que lo metí en el coche y me fui al veterinario.

—Al doctor Harrison, de Mil Street —comentó Ricardo, esbozando un gesto hosco—. A unas buenas siete millas de distancia, aunque llegara usted tarde.

—¿Conoce usted otro veterinario que viva más cerca? —preguntó Dot. Ricardo admitió que no.

—Por lo tanto, no tenía dónde elegir —añadió Dot—. Pero cuando llegué allí, vi que el pobre perro estaba muerto y que no valía la pena ya consultar al doctor Harrison. Regresé a East Billford y dejé al perro entre unos arbustos junto a la escalera.

—Así que no fue más que eso —dijo Ricardo, suspirando hondo.

Dot enrojeció y dijo:

—Supongo que fue cruel hacerlo así, pero entonces eran las nueve y diez y la partida de *bridge* no podía comenzar hasta que yo llegara porque era la jugadora número cuatro. Pensé que Marie Cannon estaría furiosa conmigo. Y después de todo, el perro ya estaba muerto, ¿no? Me fijé en si tenía licencia, pero carecía de collar. Evidentemente, se trataba de un perro perdido o vagabundo, y no sabía qué hacer con

él.

Después de que Dot pronunciara estas últimas palabras, hubo un prolongado silencio que rompí yo, diciendo:

—Supongo que matar a un perro es algo de lo que debe ser informada la policía. Ésa es la ley, ¿verdad?

—Desde luego —replicó Ricardo, mirándome.

Luego posó sobre Dot su triste mirada y preguntó:

—¿Se manchó de sangre el vestido cuando recogió al animal?

—Estoy segura que no. Cualquiera de mis amigas lo habría notado en seguida.

Dot se detuvo y frunció el ceño, agregando:

—No parecía sangrar en absoluto, pero después sí debió de hacerlo porque vi sangre en el coche cuando regresé a casa, horas más tarde.

—¿Dónde dejó el cuerpo?

—En Pine Road, en una sección donde no hay casas. A un lado de esa sucia carretera.

—Wilson Lane —apuntó Ricardo.

—Sí, eso es. A corta distancia de Wilson Lane viniendo hacia la ciudad, hay unos espesos matorrales a la derecha. Allí es donde le dejé.

Ricardo asintió con un movimiento de cabeza y se rascó las mejillas con las yemas de los dedos.

—Sería mejor que se Vistiera, señora Hall, y me acompañara ahora mismo hasta allí.

Dot abrió enormemente sus ojos azules, y preguntó:

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo, señora.

—Yo también iré —dije yo.

—Como guste —dijo Ricardo.

Entramos en el dormitorio y nos vestimos rápidamente.

—No acabo de comprender por qué hacen tanto ruido por un perro atropellado —dijo Dot, al mismo tiempo que se calzaba—. Desde luego se que no hice bien, pero sacar de la cama a la gente a estas horas… ¿Por qué no me extiende una multa y todo listo?

Yo no dije nada. Sentía el estómago terriblemente vacío.

Subimos al sedán de Ricardo y viajamos los tres en el asiento delantero.

Durante el camino, Dot dijo:

—Supongo que Al Wilcox me vio llevar el perro hasta los arbustos. Vive allí cerca y me conoce. Vi pasar su coche blanco policíaco cuando yo regresaba al mío.

—Está bien, señora Hall —dijo Ricardo, torvamente.

Había menos de una milla hasta aquel lugar. Había tres coches aparcados a un lado de la carretera y a la luz de un par de potentes linternas eléctricas vi a seis hombres reunidos en la corta extensión de hierba que había entre la curva de la

carretera y los arbustos. Uno de ellos era Al Wilcox vestido de uniforme.

—¡Todos esos hombres a causa de la muerte de un perro! —exclamó Dot.

Incluso ella comenzaba a pensar en algo más serio que la muerte de un perro.

Ricardo no hizo el menor comentario. Nos condujo a lo largo de la carretera y entonces vi la forma humana cubierta por una lona. Los hombres acababan de guardar silencio y miraban a Dot.

—Señora Hall, ¿es éste el lugar? —preguntó Ricardo.

Dot asintió con un movimiento de cabeza y luego deslizó un brazo por encima de otro mío. Después frunció el ceño cuando se fijó en la figura cubierta por la lona.

—Échale una ojeada, Al —ordenó Ricardo.

Wilcox se inclinó y tomando un extremo de la lona la deslizó hacia un lado de un solo golpe. Dot lanzó un chillido y la sentí temblar cuando se arrimó más a mí.

—¡Pero… pero si es Emmett Walker! —exclamó, angustiada—. Jugué al *bridge* esta misma noche con su esposa.

Efectivamente, se trataba de Emmett Walker, pero ya no era el apuesto agente de seguros que Dot y yo habíamos conocido durante años. Sus cabellos rubios estaban mezclados con sangre reseca y sobre sus facciones esta última se había deslizado formando unos feos manchones.

—Cúbrale otra vez, Al —dijo Ricardo, con tono indiferente.

Luego se volvió hacia Dot. En el tono de su voz se advirtió una controlada furia.

—Fue asesinado, señora Hall —dijo.

—Pero… pero, ¿dónde está el perro? —tartamudeó Dot.

—No hay tal perro, señora Hall.

—¡Si yo lo dejé ahí entre los arbustos!

—No, señora Hall —dijo Ricardo—. Usted golpeó a Emmett Walker en la cabeza con algo y lo mató. Luego lo arrastró hacia su coche y lo condujo aquí para dejarle entre los matorrales. Así es como la sangre apareció en su coche.

—¡No es cierto!

Dot ya se había recuperado de su terrible sorpresa y ahora lo que sentía era pura indignación.

En aquel momento yo debía haber dicho algo. Salir en defensa de mi esposa. Pero aun cuando me hubiese sentido lo suficiente bien para encontrar palabras, no podía pensar en alguna que valiese la pena pronunciar.

Al Wilcox habló finalmente:

—Pasaba yo por aquí pocos minutos después de las nueve, señora Hall, y la vi a usted salir de estos matorrales y entrar en su coche. A las dos pasé de nuevo por aquí y con los faros del coche vi lo que me pareció ser la pierna de un hombre que sobresalía de entre estos matorrales. Me detuve e inmediatamente lo encontré.

—Bien, yo no lo hice —replicó Dot, airadamente—. ¿Por qué habría de querer matar a Emmett Walker?

—Supongamos que nos lo dice, señora Hall.

Dot se volvió hacia mí completamente desesperada.

—Trata de hacérselo comprender, cariño —dijo.

Llené de aire mis pulmones y dije:

—Desde luego, que tú no lo hiciste…

Pero mi voz tembló un poco al pronunciar estas palabras.

Ricardo se alejó de nosotros para consultar con los otros policías y hablar en voz baja. Cuando regresó a nuestro lado, preguntó a Dot si el vestido que llevaba puesto era el mismo que había usado en la partida de *bridge*. Ella replicó que así era. Luego, Ricardo me pidió las llaves de mi coche y él, a su vez, se las entregó a Wilcox.

—Está bien, vámonos ya —dijo Ricardo.

No le pregunté adónde porque me lo imaginaba.

Esta vez viajábamos cuatro personas en el sedán. Yo me senté al lado de Ricardo que conducía, y Dot tomó asiento en la parte posterior del coche con otro detective. Ricardo no perdía el tiempo. Mientras conducía aún tuvo que hacer más preguntas a Dot.

—¿Dónde dijo usted que se había celebrado esa partida de *bridge*?

—En casa de Marie Cannon.

—¿Es la esposa de George Cannon, el abogado?

—Sí.

—¿Quién más estuvo allí?

—Sólo éramos cuatro. Además de Marie y yo, estaban Edith Bauer e Ida Walker.

Dot se detuvo y su voz se quebró un poco al comentar:

—¡Pobre Ida! ¿Quién va a darle la mala noticia ahora?

—Ya la conoce —replicó Ricardo—. No pareció disgustarse mucho.

—Desde hacía cierto tiempo no se llevaban muy bien. Había rumores de que Emmett no era… bien, que no le era muy fiel…

Dot se inclinó sobre Ricardo y preguntó, en voz baja:

—¿Cree usted que Ida le haya matado?

—Sé quién lo mató —replicó Ricardo, secamente.

Estas palabras fueron el final de la conversación hasta que llegamos al juzgado del condado, edificio en el que también se hallaban la comisaría de policía y la cárcel. Dot fue llevada a un despacho del segundo piso, pero yo no pase más allá de la puerta.

—Usted puede irse a casa —me dijo Ricardo—. Su esposa queda aquí retenida.

—¿Qué es lo que van a hacer con ella, aplicarle el tercer grado?

En el regordete rostro de Ricardo se dibujó una sonrisa y el hombre contestó:

—Vamos a interrogarla.

—Tiene derecho a que haya un abogado presente.

—Seguro —dijo Ricardo, haciendo un gesto con la mano—. Abajo en el vestíbulo hay una cabina telefónica.

Bajé hasta la cabina y marqué el número de George Cannon. Su voz era la de un

hombre totalmente soñoliento, pero despertó en el acto cuando le dije lo que estaba ocurriendo.

—Inmediatamente estaré ahí —me dijo.

Esperé en el vestíbulo. Al cabo de diez minutos llegó George Cannon. Venía con los cabellos despeinados y el traje parecía colgarle sobre su frágil cuerpo, pero todo ello no se debía a haberse vestido apresuradamente. Siempre se las arreglaba para tener aspecto un tanto desaliñado, aun cuando era el abogado más prominente de East Billford.

Le di brevemente todos los detalles del caso. Mientras escuchaba George, apretó los labios crispadamente más de una vez.

—Se suponía que Emmett iría a buscar a Ida esta noche… —dijo—. Ella esperó en mi casa hasta la una en punto y luego yo mismo la llevé a casa. Creo que sospechaba que Emmett estaba fuera con otra mujer. Y durante todo ese tiempo, Emmett ya había muerto comentó.

—No perdamos más tiempo aquí charlando —dije—. Sabe Dios lo que estarán haciendo con Dot.

—¡Oh! No se mostrarán rudos con una mujer. Espera aquí, Bernie.

Llamó sobre la puerta por donde había desaparecido Dot e inmediatamente fue admitido en el interior.

Durante una hora estuve paseando por el desierto vestíbulo hasta que al fin George salió de aquella estancia.

Movió la cabeza sombríamente y dijo:

—Se la han llevado a una celda… por otra puerta. Aún no se la ha acusado formalmente de nada. Hay cabos sueltos sin solucionar.

—¿Cómo están las cosas?

—Es un poco pronto para decirlo —replicó George, sin mirarme a los ojos—. Si la sangre del coche pertenece a un perro, entonces el caso de esta gente, caso circunstancial por su puesto, se derribará por sí solo como un castillo de naipes.

George se detuvo y colocó una mano sobre mi hombro, añadiendo:

—Pero no vale la pena pasar más tiempo aquí. Ve a casa y procura dormir un poco.

Me dejó en la puerta de mi casa cuando comenzaba a amanecer y vi que mi coche había desaparecido. La policía se lo había llevado porque era una prueba…, una prueba que podía significar la vida o la muerte.

La casa estaba terriblemente desierta. Entré en el dormitorio y allí estaba el camisón de noche arrojado descuidadamente sobre los pies de la cama. Recordó cómo hacía sólo unas horas, la había visto vestirse aquel camisón y nadie hubiese podido tener menos aspecto de mujer que acabara de asesinar a alguien.

No lo había hecho. Así lo había asegurado Dot. Era una mujer locuaz y hasta traviesa, pero jamás me había mentido.

Pero nunca había tenido ocasión de mentir acerca de un asesinato.

Me tendí en la cama, donde estuve despierto durante una hora y luego dormí durante otra. Luego me despertó el timbre de la puerta. Era Herman Bauer, profesor y compañero del instituto. Su esposa Edith era una amiga de Dot.

Herman, usualmente alegre, se mostraba ahora tristón y violento. Dijo que se había detenido un momento de camino al colegio para decirme que la policía les había interrogado a él y a Edith.

—Nos sacaron de la cama a las seis y media de esta mañana —dijo Herman—. Hicieron preguntas a Edith sobre la partida de *bridge* de ayer noche. Cuándo llegó Dot, cuándo se fue, si había estado en casa todo el tiempo, y así sucesivamente. También preguntaron en qué medida se conocían Dot y Emmett…

Herman se detuvo estrujando entre sus manos el ala de su sombrero y añadió luego:

—Ni Edith ni yo mencionamos el hecho de que Emmett y Dot solían salir juntos.

—Eso fue hace años, antes de que Dot y yo nos comprometiésemos —dije.

—Desde luego —murmuró Herman, mirándose los dedos. Pero la policía quizá no lo entendiera así…

Luego se volvió hacia la puerta, y añadió:

—Si hay algo que pueda hacer por ti, no dudes en decírmelo.

Cuando Herman se fue permanecí en el mismo lugar durante largo rato. Herman se lo había figurado todo ya en la misma forma que se lo había figurado todo el mundo y así lo haría también la policía. Yo no podía saber que no tenían razón.

Reponiéndome un tanto, me acerqué al teléfono para llamar al colegio y avisar que aquel día no iría a clase y que probablemente no lo haría en toda la semana. Pero antes de comenzar a marcar el número, sonó el teléfono.

Era George Cannon y dijo:

—Bernie, ¿puedes venir ahora mismo hasta el despacho del fiscal del distrito?

—¿Hay algo nuevo? —pregunté.

—Sí, pero me temo que no sea nada bueno. Se ha analizado la sangre que había en tu coche…

George hizo una ligera pausa, y luego añadió:

—Es sangre humana y pertenece al mismo tipo de la de Emmett.

Se había esfumado la última esperanza, pensé al colgar el teléfono. La ciencia al servicio de la policía acababa de demostrar que la historia de Dot acerca de un perro era mentira, y si aquello era falso, todas sus demás declaraciones también lo serían.

Me vestí y abandoné la casa. La policía tenía mi coche, de forma que tuve que ir andando hasta el juzgado.

El detective Ricardo y George Cannon se hallaban en el despacho del fiscal del distrito. Este último, John Fair, era uno de esos políticos que rara vez, si se encuentran con un elector, le dejan sin haberle estrujado la mano y haberle aplicado unos cuantos y molestos golpecitos sobre la espalda, pero cuando penetré en su despacho simplemente me saludó con una inclinación de cabeza y no se movió de su

asiento.

—El análisis de la sangre del coche —dijo—, no ofrece duda alguna sobre la culpabilidad de su esposa…

El comienzo era un tanto brutal, pero Fair añadió tras un breve silencio:

—Su esposa de usted tardó unos cuarenta minutos en llegar a la partida de *bridge* desde que dejó su casa, distancia de poco más de una milla. Ahora sabemos que su demora no fue causada por la muerte de un perro que luego llevó al doctor Harrison. Contó esa historia para explicar su demora y también para justificar la presencia de la sangre en el coche. Evidentemente se encontró con Emmett Walker y le mató con algún instrumento romo, quizá en el momento en que se hallaba en el coche con ella.

—¿A qué hora murió Walker? —pregunté, con voz ahogada—. Quiero decir si murió después de que mi mujer llegara a esa partida de *bridge*.

Ricardo movió negativamente la cabeza y dijo:

—El examen médico no pudo hilar tan fino. El forense cree que Walker murió entre las nueve y las diez y media de la noche pasada, media hora más o menos.

—¿Qué dice mi esposa? —interrogué, débilmente.

Fair se encogió de hombros con gesto irritado y comentó:

—A pesar de las pruebas claras, ella se aferra a su historia del perro. Permítame decirle que es una mujer muy terca y ciertamente con poco sentido común…

El fiscal abandonó su asiento, y al cabo de unos segundos, añadió:

—Hall, créame que no trato de perseguir a su mujer. Sabemos que ella y Walker fueron novios en otra época. Siento mucho tener que decirle esto a usted, pero parece ser que su esposa continuó siendo una de sus mujeres hasta la noche pasada.

—¡No! —me oí a mí mismo gritar.

—Todavía no lo hemos probado —continuó diciendo Fair—, pero eso explica sus motivos para matarle. Digamos que le golpeó en un rapto de celos. En ese caso yo no insistiría en una acusación de asesinato en primer grado. Quiero que usted hable con ella, Hall. Quiero que la haga usted comprender que para ella sera una gran ventaja hacer una confesión total.

—La prisión —murmuré amargamente—. ¿Es eso lo que usted le ofrece… años y años de prisión?

—Es mucho mejor que la silla eléctrica —respondió Fair, volviendo a tomar asiento en su sillón.

George Cannon no había dicho una sola palabra desde que yo había entrado en el despacho. Él era nuestra mente legal. Le pedí consejo inmediatamente.

—Bernie, yo me opongo a cualquier componenda —declaró lacónicamente—. Creo que la sacaré libre.

¡Lo creía! Le miré fijamente. Allí estaba aquel hombre, en pie, con un rostro que exteriorizaba una perpetua hambre de algo. Era el mejor abogado de East Billford, pero aquella era una ciudad pequeña y su reputación de buen letrado no iba más allá. No creía que Dot fuese inocente, nadie lo creía, pero él estaba deseando arriesgar la

vida de Dot para aumentar más su reputación al intervenir en un sensacional juicio por asesinato.

—Hablaré con ella —dije al fiscal del distrito.

Ricardo me condujo hasta la planta superior y luego pasé a una estancia desnuda que contenía sólo unas cuantas sillas. Minutos más tarde, una matrona entró en el cuarto con Dot.

Alrededor de sus ojos se marcaban unas líneas de cansancio, pero aparecía tan bella como siempre. La abracé fuertemente y su boca me pareció más dulce que nunca. «La silla eléctrica o años de prisión, que para ella serían una muerte constante», pensé.

Después de transcurrir un minuto, ella se separó de mí y me dijo:

—Me gustaría fumar un cigarrillo, querido.

Se lo encendí y Dot tomó asiento en una silla y cruzó las piernas. Aspiró el humo del cigarrillo y dijo:

—Querido, se dicen cosas terribles de mí.

Su tono era el de una profunda indignación. No estaba atemorizada, ni deprimida, sino simplemente indignada ante el hecho de poder ser acusada de haber hecho algo malo.

—Incluso dicen que Emmett Walker era mi amante —añadió tras una pausa de silencio.

—¿Lo era?

Cuando la pregunta surgió de mis labios me odié a mí mismo por haberla hecho, pero yo tenía que saber…

Las cejas de Dot se arquearon.

—Querido —murmuró—. No creerás tú eso también, ¿verdad?

—¿Lo era, Dot?

—Desde luego que no —replicó ella, profundamente indignada—. Emmett significaba muy poco para mí, aun cuando hubiese salido con él unas cuantas veces antes de conocerte a ti.

Me incliné sobre ella y tomé su rostro entre mis manos mirando fijamente sus ojos azules. Estos mostraban gravedad, sin engaño.

—Dot —dije—, ¿le mataste tú?

—No.

—¿Cómo llegó su sangre hasta el interior del coche?

—Pertenecía al perro que atropellé.

Pero la policía había demostrado que era un hombre el que se había desangrado en el coche y no un perro. No tenía el menor sentido que Dot dijera la verdad en todo menos en aquel detalle. Frenéticamente yo deseaba creerla, pero en mi interior no sabía ya qué hacer.

Me puse en pie y dije:

—Lucharemos, Dot.

Cuando volví al despacho del fiscal me estaban esperando aún los tres mismos hombres.

—Bien, ¿todo arreglado? —preguntó Fair.

—No —repliqué yo.

Ricardo suspiró hondo. Fair descargó un puñetazo sobre la superficie de su mesa y exclamó:

—Bien, entonces será asesinato en primer grado.

Yo di media vuelta. George me siguió hasta el exterior del despacho y apoyó una mano sobre mi hombro.

—Tenemos una buena oportunidad de derrotarles —dijo—. No creo de ninguna manera que Fair pueda reunir un jurado que condene a Dot a la silla. Podemos lograr un veredicto de locura transitoria si ella coopera. Le diré lo que exactamente tiene que decir en el estrado de los testigos, y si ella se ciñe a mis consejos…

—Dot es inocente —repliqué, al mismo tiempo que me alejaba.

Yo huía en aquel momento de su lógica legal, pero no podía huir lo mismo de mis infernales dudas.

Emmett Walker siempre había tenido éxito con las mujeres bonitas y, sin embargo, se había casado con una que era poco atractiva. No le había ido muy bien como agente de seguros. Financieramente, al ser el marido de una mujer que poseía una considerable fortuna, las cosas le habían ido mucho mejor.

Ida Walker era una mujer regordeta y su rostro hacia perfecto juego con su figura. Cuando me admitió en la casa, no me dio la menor impresión de ser una viuda que lamentara la muerte del esposo. Se mostró muy sincera en este aspecto.

—No soy una estúpida —dijo—. Estaba enterada de que Emmett constantemente me engañaba.

—¿Con Dot? —interrogué, mirando hacia la alfombra.

El tono de voz de Ida fue suave, al responder:

—No, Bernie. Nunca sospeché de Dot. Pero una esposa es la última que se entera…

O un marido, pensé yo, y el silencio que hubo a continuación fue mucho más embarazoso para mí que para ella. Después de un minuto le pregunté a qué hora se suponía que Emmett iría a buscarla la última noche.

—No me lo dijo con seguridad. Me dijo que tenía trabajo en el despacho y a las ocho y media me dejó en casa de Marie. Luego dijo que trataría de regresar antes de las diez porque quería ver un combate de boxeo en el televisor de los Cannon. A la una en punto abandoné la espera y George me llevó a casa.

—¿No te preocupaste cuando Emmett no apareció?

—¿Preocuparme? —preguntó a su vez Ida Walker, avanzando ambos labios—. No, no me preocupé en el sentido a que tú te refieres. Supuse que estaría con otra mujer. Luego la policía me sacó de la cama y me dijeron que Emmett había muerto.

Me puse en pie e Ida me acompañó hasta la puerta.

—Lo siento mucho más por Dot que por Emmett —dijo—. Él se merecía eso. Era una especie de diablo con las mujeres y yo le perdone muchas veces. Yo siempre estuve dispuesta a aceptar sus migajas, pero no lamento que haya desaparecido para siempre.

En aquel momento me pregunté en qué medida le habría perdonado al final.

Edith Bauer era la mejor amiga de Dot. Se trataba de una mujer delicadamente formada, cuya figura hubiese sido una verdadera delicia en porcelana. Cuando le dije que se acusaba a Dot de asesinato en primer grado, Edith Bauer estalló en lágrimas.

Su marido estaba allí. Herman vivía cerca del colegio donde enseñaban ciencias, y así, después de las clases, podía acercarse a casa para comer. Les encontré a ambos sentados ante una pequeña mesa.

Después de que Edith se enjugó los ojos, me preguntó si estaría dispuesto a comer un bocado en su compañía. Moví la cabeza negativamente. Aquella mañana no tenía más deseos que beber café. Me senté a la mesa con ellos y pregunte a Edith si alguna de las cuatro mujeres que aquella noche formaban la partida de *bridge* se había ausentado en algún momento.

—¿Quieres decir abandonar la casa? —interrogó Edith, frunciendo el ceño.

—O por lo menos abandonar la habitación.

—No más de un minuto o dos —replicó Edith—. Las cuatro estuvimos jugando al *bridge* todo el tiempo, desde las nueve menos cuarto hasta casi la una en punto, en que abandonamos la partida. Desde luego, descansamos un poco para comer algo, pero estuvimos todas en la misma habitación.

—¿Quién servía el refrigerio?

—Marie, naturalmente, pero no tuvo que dejar la casa para hacer eso.

—¿Cómo pudiste comenzar a jugar a las nueve menos cuarto si Dot no llegó hasta más tarde de las nueve?

—George Cannon hizo el cuarto —dijo Edith—. No tenía muchas ganas de jugar, y cuando Dot llegó abandonó su asiento para cedérselo a ella. George bajó luego a la otra planta para trabajar con sus herramientas. Su entretenimiento favorito es construir armarios y nos enseñó el archivador que estaba haciendo. Un mueble muy bonito.

Edith se detuvo y murmuró:

—¿Cómo podré hablar de muebles en un momento como éste?

Luego centré mi atención sobre Herman, quien no había pronunciado hasta entonces ni una sola palabra. Al mismo tiempo que masticaba su comida, parecía hallarse muy pensativo.

—¿Dónde estuviste la noche pasada, Herman? —pregunté.

—Solo, en casa, leyendo un poco —replicó a la vez que prendía en su tenedor una raja de tomate—. ¿Acaso es eso importante?

—Quizá lo sea —dije yo— porque Dot no fue la única mujer de esa partida de *bridge* que en otro tiempo salió con Emmett.

—Si te refieres a mí, te puedo decir que reñí con Emmett cuando yo era sólo una niña —dijo Edith.

Luego Edith se levantó rápidamente de la mesa, demasiado rápidamente, me pareció, y fue a la cocina en busca de la cafetera.

Herman detuvo el tenedor a medio camino de su boca y me estudió durante un momento, antes de preguntar:

—¿Adónde quieres ir a parar, Bernie?

—No estoy seguro —murmuré.

Y era la verdad. Estaba dando palos de ciego tratando de alejar la culpabilidad de Dot para depositarla sobre otra persona. Sobre cualquiera.

Fui a visitar a Marie Cannon. Marie era una mujer maravillosamente formada, de lentos movimientos, que llamaba la atención de todos los hombres aun cuando hubiese a su lado mujeres más bonitas que ella. La bata de casa que vestía ceñía bastante su figura y mostraba un bajo escote, que acentuaba aún más su exuberancia femenina. Sostenía en la mano un pañuelo y al igual que Edith Bauer se echó a llorar en cuanto me vio, ya que asimismo era amiga íntima de Dot.

—No puedo imaginar a Dot asesinando a alguien a sangre fría —dijo—. Debió haber sido un accidente o un rapto de locura temporal.

Yo no discutí. Había ido allí a hacer preguntas y la primera fue si Dot se había mostrado disgustada cuando la noche anterior había llegado a la casa.

Marie lo pensó un poco.

—Parecía respirar un poco agitadamente, pero eso fue todo. George jugó una mano antes de dejarle el sitio a ella y mientras Dot esperó, nos contó muy calmosamente que acababa de atropellar a un perro…

Marie se detuvo un par de segundos para echar una ojeada a su húmedo pañuelo. Luego, añadió:

—George teme que el hecho de haber preparado una historia sobre la muerte de un perro cause mal efecto en el jurado.

Alguien bajaba en aquel momento las escaleras. Marie y yo volvimos la cabeza casi al mismo tiempo cuando George entró en la estancia. Vestía un deslucido albornoz de baño y unas chancletas.

—Vine a casa para echar una siesta —explicó—. Sólo dormí un par de horas la noche pasada cuando tu llamada telefónica me despertó…

Se detuvo y me miró fijamente antes de añadir:

—Tú también debías dormir un poco, Bernie.

¿Dormir? ¿Cómo podría yo dormir cuando Dot estaba encerrada entre cuatro paredes?

—¿Por qué habrá declarado Dot que dejó el cuerpo de un perro en el mismo lugar donde estaba el cadáver? Si hubiese matado a Emmett sabría que su cuerpo se encontraría precisamente allí, donde dijo que había abandonado el cadáver del animal —razoné yo en voz alta.

George se encogió de hombros y dijo:

—Sabía que Wilcox la había visto salir de entre los matorrales y que cuando se hallase el cadáver de Emmet Wilcox sumaría dos y dos. Dot, sin duda, estaba furiosa en aquellos instantes.

—Marie dice que no estaba ni siquiera nerviosa cuando llegó aquí pocos minutos después.

—No, no lo estaba. Pero es difícil calcular estas cosas con una mujer como Dot. Siempre está excitada por algo y a veces toma las cosas en forma anormal. Y es… bien, Bernie…, es encantadora y dulce, pero su pensamiento salta de aquí allá como un relámpago. Quiero decir que esa historia del perro posiblemente le pareció a ella muy buena y válida en aquellos momentos, pero Dot no es exactamente lo que se llama una persona lógica.

Desde luego que no lo era, pensé, y su fantasía a veces me divertía y otras me molestaba. Ahora aquella forma de ser podía significar su muerte o la prisión para toda la vida. Repentinamente me sentí tan cansado que apenas podía mantenerme en pie. Me apoyé contra el mueblecito de la televisión y recordé que había sido en aquella pequeña pantalla donde Emmett había pensado ver un combate de boxeo la última noche. Al menos eso me había dicho Ida.

Dije:

—La única que tenía razones para matar a Emmett Walker era su propia esposa.

Marie replicó repentinamente:

—Sí. ¿Quieres decir antes de que viniese aquí la última noche?

—Es posible —dije—. Y a propósito, ¿dónde se encontró el coche de Emmett?

—En su casa —contestó George—. La policía cree que regresó a casa después de dejar aquí a Ida y que luego Dot le recogió en su coche…

George se detuvo y movió la cabeza dubitativamente, añadiendo:

—He estudiado el asunto desde todos los ángulos posibles, Barnie, pero todos los caminos conducen a la sangre de Walker en tu coche y a esa maldita historia de Dot sobre un perro.

Tampoco yo estaba siendo muy lógico. Miré a Marie, que estaba abriendo el pañuelo para sonarse, y miré a George que apretaba los labios pensativamente.

—Haré todo cuanto pueda para salvarla —añadió George, al cabo de unos segundos de silencio—. Puede que la saque libre. Nunca se sabe…

Como en un juego de azar. Dot podría morir en la silla eléctrica, pasarse la vida en prisión o salir en libertad con las manos sucias de sangre.

Había piedad en los ojos de Marie y de George. Piedad hacia mí y hacia Dot. No pude soportarlo un momento más y me despedí. Abandonando rápidamente la casa.

Algunas veces cuando yo me sentía totalmente agotado después de todo un día de dar clases y deseaba leer el periódico tranquilamente, la incesante e intrascendente charla de Dot me irritaba. Ahora la ausencia de su voz hacía que la casa apareciese terriblemente vacía. Había regresado a casa, pero no podía soportar estar allí sin Dot.

Estaba a punto de salir nuevamente cuando sonó el timbre de la puerta principal.

Un muchacho de diez años se hallaba en pie en el umbral de la puerta. Era Larry Robbins, el hijo del farmacéutico que vivía en el cercano bloque de casas.

—Señor Hall —dijo—, ¿ha visto usted un perro pequeño y negro?

Miré al muchacho fijamente.

—Se perdió —añadió el muchacho—. Anoche le dejé salir unos minutos y ya no regresó más. Estoy preguntando a todos los vecinos si lo han visto. ¿Lo vio usted, señor Hall?

Haciendo un poderoso esfuerzo para que el tono de mi voz sonara tranquilo, pregunté:

—¿Cómo era?

—Pequeño. Totalmente negro, excepto las patas y una mancha blanca en la cara. Lo tenía desde la semana pasada. Mi tío me lo regaló… y aún no le habíamos comprado collar ni sacado la licencia. Puede que alguien haya pensado que era un perro extraviado, le darían de comer y se lo han llevado.

—¿A qué hora le soltaste la última noche?

—Fue después de las ocho. No le ha visto usted, ¿verdad?

—Gracias, Larry —dije, acariciando la cabeza del muchacho.

—Gracias, ¿por qué, señor Hall? —preguntó el chico, parpadeando.

—No importa —dije.

Y al cabo de un par de segundos, añadí:

—No, no he visto a tu perro, Larry.

Un par de horas más tarde, la pequeña máquina excavadora que yo había alquilado llegó cerca de la intersección de Pine Road y Wilson Lane. Yo la estaba esperando allí desde hacía algún tiempo. Cuando la excavadora llegó dije a su conductor donde debía comenzar a excavar. Luego me acerqué hasta el teléfono más próximo y llamé al detective Ricardo, que se hallaba en el cuartelillo de la policía.

—¿Puede usted venir ahora mismo al lugar donde se encontró el cuerpo de Emmett Walker ayer noche? —pregunté.

—¿Hay algo nuevo, señor Hall?

—No lo sé —dije—. Pero si lo hay, quiero que esté usted allí como testigo.

Me apresuré a regresar adonde se hallaba la excavadora trabajando en una zona de unos cincuenta pies de anchura, que comenzaba a partir de los matorrales que había a lo largo de la carretera. Aunque había excavado unos tres pies de profundidad y unos veinte de longitud, no se habían encontrado más que piedras. Yo camine junto a la potente máquina hundiendo mis pies en la tierra recién removida.

El área examinada se duplicó antes de que apareciera Ricardo. Se balancearon sus voluminosas caderas cuando comenzó a caminar sobre la blanda tierra. Miró pensativamente a la excavadora y luego suspiró hondo.

—La fe mueve montañas, ¿verdad, señor Hall? —comentó, secamente.

Le conté lo del perro perdido de Larry Robbins.

—¿Y por qué no acudió usted a la policía y dejó que nosotros buscáramos de esta forma? —inquirió.

—Porque se necesitarían realizar muchos trámites oficiales antes de que la policía se moviese… si es que lo hacía.

Ricardo se rascó las mejillas pensativamente.

—Este campo pertenece a Gridley. No le gustará lo que está usted haciendo en él.

—Ya obtuve su permiso. Le pago por esto y le prometí que se lo nivelaría de nuevo.

El conductor de la excavadora gritó. En aquel momento saltaba desde su asiento a tierra. Ricardo y yo corrimos hacia él. Allí, en la tierra, medio cubierto por esta última, había un montón de piel negra. Se encontraba a unos cincuenta pies de distancia de donde había sido hallado el cadáver de Walker.

Ricardo se inclinó, apartó la tierra de la piel y sacó al animal muerto al aire libre, arrastrándole por una de las patas. Yo nunca había visto aquel pequeño perro negro, pero ya conocía su aspecto por las descripciones hechas tanto por Dot como por Larry Robbins.

Dot no poseía un pensamiento lógico. Únicamente había dicho la verdad. Súbitamente me sentí terriblemente aliviado. Tuve la impresión de no haberme sentido mejor en toda mi vida.

—¿Cree usted ahora que mi esposa atropelló a un perro? —pregunté.

Ricardo se puso en pie, restregándose ambas manos, y replicó:

—¿Por qué había de creerlo?

—¡Có… mo! —tartamudeé incrédulamente—. ¿Es que no cree en lo que está viendo?

—Veo un perro muerto, de acuerdo, pero hay al menos dos cosas que este animal no ha hecho. No se desangró en el coche de usted, ni ocultó el cadáver de Emmett Walker entre los arbustos. Me parece que sé cómo ha llegado este perro hasta aquí.

—Fue enterrado por el asesino.

—Eso es lo que a usted le gustaría que pensáramos nosotros. Muy temprano, esta misma mañana, después de que abandonó usted el cuartelillo de la policía, decidió intentar salvar a su esposa haciendo algo para que su rara historia fuese cierta. Encontró usted a este perro, lo mató y luego lo enterró aquí. Más tarde…, ahora mismo pretende usted haberlo descubierto.

El conductor de la excavadora estaba escuchando con la boca abierta. En cuanto a mí, la emoción de la alegría había cedido el paso a una amarga cólera.

—¿Va usted a ordenar que se examine al perro? —pregunté.

—Seguro, señor Hall, aunque supongo que no será posible asegurar si fue un coche o un palo el que lo mató.

No había nada más que decir. El hallazgo del perro muerto lo demostraba todo para mí, pero nada para el detective. Dije al conductor de la excavadora que volviese a arreglar el terreno y luego me dirigí hacia mi coche. Me lo habían devuelto hacía

unas horas… y faltaba la alfombrilla manchada de sangre.

Ricardo avanzó, se colocó a mi lado y dijo:

—Supongo que yo habría hecho lo mismo por mi esposa, pero hubiese sido más ingenioso.

Me volví al entrar en la carretera para enfrentarme con él:

—¡Así que usted es ingenioso! —exclamé—. Pero no lo suficiente para darse cuenta de que una historia puede parecer tan fantástica que pueda llegar a ser cierta. Mi esposa no es la mujer atolondrada o estúpida que todos ustedes están creyendo es.

Ricardo no hizo más comentarios por el momento. Sus negros y tristes ojos reflejaban una expresión pensativa. No era un mal muchacho, pensé. Al menos no era uno de aquellos zafios y brutos policías. Estaba tratando de hacer lo que le parecía más correcto en su profesión.

—¿Sabe usted? —dijo mirando hacia atrás, a la mancha de pelo negro que quedaba sobre el campo—. Hay otra respuesta si la historia de su esposa es cierta.

—Ya va siendo hora de que vea usted algo más en todo esto.

Súbitamente, Ricardo me sonrió y dijo:

—Usted espere aquí. Tengo que hacerme cargo de ese perro. Puede ser una prueba.

El detective caminó de nuevo sobre la tierra removida. Entonces tuve la rápida impresión de que yo pudiese conseguir mucho más que un policía, y que cuando éste volviese a verme tendría algo que regalarle. Subí a mi coche y partí rápidamente.

Marie Cannon me abrió la puerta de su casa. Las líneas que circundaban sus ojos y las comisuras de su boca se habían hecho mucho más profundas en unas horas.

—George no está en casa —me dijo.

—Es a ti a quien vengo a ver —repliqué.

Marie me condujo hasta el *living-room*. Ella tomó asiento en el sofá manteniendo rígido su bien formado cuerpo. Yo permanecí en pie ante ella.

—Marie, has estado llorando todo el día por Emmett Walker —comenté.

Ella se llevó el pañuelo a la nariz y replicó, casi en voz baja:

—Desde luego, siento mucho que haya muerto. Era un amigo.

—Un amigo y un amante —dije—. Y puede que hayas llorado también un poco por Dot, o por tu propia conciencia, porque tú sabes muy bien que Dot es inocente. Sabes que Emmett estaba vivo alrededor de las diez de la noche, lo cual significa que Dot no pudo haberle matado.

Oí cómo un coche se detenía al lado de la casa. Ricardo, pensé, pisándome los talones. Pero esperaba que tuviese suficiente sentido común para dejarme manejar a Marie.

—¡No, no! —dijo esta última.

—Encontramos al perro enterrado cerca de donde apareció el cuerpo de Emmett —añadí—. Eso prueba que la historia de Dot es cierta, y también demuestra que una de las personas que anoche estuvo en esta casa mató a Emmett, porque fueron las

únicas personas que sabían dónde Dot había dejado al perro muerto.

Hubo un ruido de pisadas en el porche de la casa. Luego reinó el silencio. Eso significaba que Ricardo estaba siguiendo mi juego. Me estaba permitiendo interrogar debidamente a Marie mientras él escuchaba por la ventana abierta.

Marie volvió a sonarse ruidosamente.

—Esto es lo que debió haber sucedido —continué diciendo—. Ayer noche fuiste a la cocina para preparar un refrigerio. Por la ventana viste a Emmett Walker que llegaba para ver la televisión. Y saliste al exterior por la puerta de la cocina para hablar con él.

—¡Yo no le maté! —estalló Marie—. ¡Déjame sola!

—No le mataste. De acuerdo. Ninguna de las cuatro mujeres que había en la casa pudo hacerlo porque ninguna de vosotras estuvo fuera de la casa el tiempo suficiente para llevarse el cuerpo de Emmett. Pero había una quinta persona en la casa: tu marido.

Entonces, junto al borde de la cortina, en una de las dos ventanas que daban al porche, vi la cadera de un hombre. Ricardo estaba escuchándolo todo.

—¡No! —volvió a gritar Marie—. ¡No, no!

—Sí —repliqué yo—. Es la única forma posible en que pudo suceder todo. George se encontraba en la parte baja de la casa construyendo un archivador. Yo mismo estuve allí algunas veces. Hay una ventana a nivel del suelo. George te vio correr para encontrarte con Emmett. Quizá le besaste y quizá concertaste una cita con él. Luego volviste a la cocina y llevaste el refrigerio a tus invitadas. Emmett trató de demorarse un poco en el exterior de la casa para no entrar al mismo tiempo que tú y así evitar que su esposa pudiese sospechar algo, y fue entonces cuando George salió del sótano por la puerta del garaje sosteniendo en la mano un martillo o cualquier otra herramienta pesada que tomara de su banco de trabajo.

Marie no cesaba de llorar. Al cabo de un minuto estaría hablando para que la escuchara Ricardo.

Miré hacia la ventana y vi que Ricardo había cambiado de posición y que ahora era visible algo más que su cadera.

Pero no era Ricardo. El detective tenía mucho vientre y amplias caderas. El hombre que se ocultaba allí era delgado, frágil. George Cannon, que con toda seguridad había visto aparcado mi coche en el exterior y se había acercado hasta el porche silenciosamente.

Bien, que siguiera escuchando. Era posible que se derrumbara él también cuando lo hiciese Marie. O probablemente huiría, cosa que sería lo mismo que hacer una confesión.

Me volví hacia Marie y añadí:

—Y así George mató a Emmett Walker, arrastrado por unos ciegos y furiosos celos. Y allí estaba el hombre con un cadáver entre las manos. Pero había oído decir a Dot que había atropellado un perro y donde lo había dejado. Entonces se dio cuenta

de cómo podía apartar de sí toda posible sospecha para canalizarla hacia Dot. Arrastró el cuerpo hasta el coche de Dot y así la destrozada cabeza del hombre que se de sangraba sobre la alfombrilla del coche encajaba perfectamente en su proyecto. Llevó el coche hasta donde Dot dijera que había abandonado al perro. Encontró éste y lo enterró en el campo, detrás de los matorrales y allí dejó el cadáver de Emmett. Volvió a casa y condujo el coche de Emmett hasta la casa de éste y después regresó andando. Todo esto costó algún tiempo, pero ustedes que seguían jugando, no se dieron cuenta de que George había abandonado la casa. Hasta puede que George hubiera dejado funcionando alguna de sus máquinas para que ustedes, al oírla, creyeras que seguía abajo.

—¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Qué escándalo! —se lamentó Marie.

Y entonces vi la pistola. Fuera de la ventana, George Cannon la sostenía en su mano a la altura de la cadera. Los rayos del sol, que se estaba poniendo, se reflejaron en el cañón del arma.

Tuve la impresión de no poder respirar. No había esperanza alguna en la huida. Solamente la había en seguir hablando y en que George no se diese cuenta de que yo le había visto.

—Por eso le protegiste —continué—, aunque él acababa de matar al hombre que tú amabas. Sabías muy bien que George le había asesinado. Habiendo visto vivo a Emmett fuera de la casa a las diez de la noche, no cabía otra posibilidad. Y aun así, estabas dispuesta a ver morir a Dot por un crimen cometido por George.

Marie lanzó un profundo sollozo y luego dijo:

—George me aseguró que la sacaría libre. Y hubiese habido un terrible escándalo si George hubiese tenido que declarar en el banquillo de los acusados. Todo el mundo habría sabido que Emmett era mi… mi…

Y al pronunciar estas últimas palabras la voz de Marie se quebró totalmente.

La miré al seguir hablando, pero en realidad mis palabras iban dirigidas al hombre que en el exterior sostenía una pistola en la mano.

—La policía conoce la verdad —dije—. Cuando encontraron el cuerpo del perro, todas las piezas del rompecabezas encajaron en su lugar. Ahora, con tu declaración ya no quedará ninguna duda sobre su culpabilidad. La policía ya está de camino para…

En el exterior alguien gritó. El hombre de la ventana dio un salto y todo el cuerpo de George Cannon se hizo perfectamente visible. Durante un segundo sostuvo el cañón de la pistola contra su sien.

El sonido del disparo no fue muy fuerte. Luego, al derrumbarse, su cuerpo se perdió de vista tras el alféizar de la ventana. Al cabo de un momento vi a Ricardo que subía corriendo los escalones del porche.

Yo también corrí hacia el exterior. Ricardo contemplaba en silencio al hombre muerto.

—Disparó cuando me vio —dijo Ricardo—. Supongo que pensó que venía a detenerle.

—Sí —murmuré—. Se lo hice creer así.

Ricardo alzó hacia mí sus negros ojos.

—¿Por qué no me esperó? —preguntó.

—¿Importa eso mucho ahora? —pregunté a mi vez, apartando la vista del cadáver de George Cannon.

En el interior de la casa, Marie seguía sollozando.

—No —replicó Ricardo—. Supongo que no.

Caminé hasta el pie de los escalones del porche para alejarme del hombre muerto. Pensé que al cabo de unos minutos me llevaría a Dot a casa.

Y que, por supuesto, tendría que comprar un perro a Larry Robbins.

HABITACIÓN CON VISTAS

HAL DRESNER

Con el frágil cuerpo cubierto por edredones y descansando contra seis de las más espesas almohadas que el dinero podía comprar, Jacob Bauman observó con disgusto a su mayordomo, que colocaba ante él la bandeja del desayuno y descorría las cortinas, dando entrada en la habitación a la luz del día.

—¿Desea que abra las ventanas, señor? —preguntó Charles.

—¿Quieres que pille un resfriado?

—No, señor. ¿Necesita algo más el señor?

Jacob meneó la cabeza, introduciendo una punta de la servilleta entre el pijama y su escuálido pecho. Se echó para delante y destapó la fuente del desayuno. Luego volvió a enderezarse y miró a Charles, que permanecía, como un centinela, junto a la ventana.

—¿Esperas una propina? —preguntó Jacob, ásperamente.

—No, señor. Espero a la señorita Nevins. El doctor Holmes dijo que no debía quedarse usted a solas ni un momento, señor.

—¡Lárgate, lárgate! —dijo Jacob—. Si decido morirme en los próximos cinco minutos, te llamaré. No te perderás nada.

Vio salir al mayordomo, esperó a que la puerta se cerrase y entonces destapó la fuente de plata en la que un único huevo escalfado, que parecía un ojo en su órbita, reposaba sobre una tostada. Una miserable cantidad de mermelada y una taza de pálido té completaban el menú.

¡Ajj! Jacob miró con desagrado la comida y se volvió hacia la ventana. En el exterior, el día era espléndido. El gran prado de la mansión Bauman aparecía, verde y liso como el tapete de una mesa de billar, cortado por el camino en forma de herradura y punteado aquí y allá con pequeñas estatuas de bronce: una insinuante diosa rodeada de querubines, un mensajero con alas en los pies y una leona en Compañía de sus cachorros. Todo horrible; pero muy caro. En el extremo izquierdo de la herradura, junto a la casa del guarda, Jacob vio a su jardinero, el señor Coveny, arrodillado frente a un macizo de azaleas; a la derecha, ante la verja de hierro, las puertas del garaje de dos pisos estaban abiertas y Jacob pudo ver a su chófer puliendo los cromados del convertible azul de la señora Bauman, mientras hablaba con la señorita Nevins, la joven enfermera del turno de día de Jacob. Tras la verja, el prado exterior se prolongaba ininterrumpidamente hasta la carretera, una distancia tan grande que ni siquiera la aguda vista de Jacob podía distinguir los autos que pasaban.

«¡Pobre Jacob Bauman!», se dijo Jacob. Para él, todas las cosas buenas de la vida habían llegado excesivamente tarde. Al fin era dueño de una impresionante finca;

pero se hallaba demasiado enfermo para disfrutar de ella; al fin estaba casado con una joven que era lo bastante joven para hacer volver la cabeza a cualquier hombre; pero él era demasiado viejo para apreciarla debidamente. Al fin había conseguido una aguda penetración en los misterios de la naturaleza humana; pero postrado en la cama y sin más compañía que la de sus sirvientes, eso no le servía para nada. ¡Pobre del rico Jacob Bauman! Pese a toda su fortuna, suerte e inteligencia, su mundo se encontraba limitado por la anchura de su colchón, el trozo de sendero que abarcaba su vista y la profundidad mental de la señorita Nevins. ¿Y dónde estaba ella? Se volvió hacia el reloj de la mesilla de noche, rodeado de botellas, píldoras y ampollas. Eran las nueve y seis minutos. Atisbando otra Vez por la ventana, Vio a la muchacha de uniforme blanco mirar con desaliento su reloj, mandar un beso al chófer y ponerse a andar, a toda prisa, hacia la casa. Era una chica rubia y robusta, que andaba con alegre contoneo y moviendo los brazos en una exuberancia de energía que a Jacob le fatigaba con sólo verla. Sin embargo, siguió observándola hasta que desapareció bajo el tejado del porche. Luego volvió a su desayuno. La señorita Nevins se detendría a dar los buenos días al cocinero y la doncella, calculó Jacob, y eso significaba que cuando ella llamase a la puerta, él estaría acabando el huevo y la tostada.

Masticaba el último bocado cuando la llamada se produjo. Jacob dijo: «Adelante», y entró la enfermera, sonriendo.

—Buenos días, señor Bee —dijo, animadamente.

Puso su novela barata sobre la cómoda y miró, sin mucho interés, la novela gráfica dejada por la enfermera de noche.

—¿Cómo se encuentra hoy? —preguntó.

—Vivo —replicó Jacob.

—¿No le parece el de hoy un día maravilloso? —comentó la muchacha, yendo hacia la ventana—. Hace un momento, ahí afuera, hablando con Vic, tuve la impresión de que estábamos en primavera. ¿Quiere que abra las ventanas?

—No. Su amigo el doctor me previno contra los catarros.

—¡Ah, sí! Me había olvidado. Supongo que, en realidad, no soy muy buena enfermera, ¿verdad? —preguntó, sonriendo.

—Es usted una buena enfermera —replicó Jacob—. Es mejor que las que nunca me dejan en paz.

—Tiene razón. Me doy cuenta de que no estoy lo bastante consagrada a mi trabajo.

—¿Consagrada al trabajo? Es usted una jovencita preciosa y, por tanto, tiene otros intereses. Lo comprendo. Se dijo usted a sí misma: «Haré de enfermera durante una temporada. El trabajo es fácil y la comida buena. Así ahorraré algún dinero para cuando me case».

La chica pareció sorprendida.

—¡Caramba! Eso es exactamente lo que me dije cuando el doctor Holmes me ofreció este empleo. ¿Sabe que es usted muy listo, señor Bee?

—Gracias —replicó Jacob, secamente—. Cuanto más viejo, más listo. —Bebió un sorbo de té y puso cara de desagrado—. ¡Aj! Asqueroso. Llévese esto.

—Debería usted terminárselo —murmuró la chica.

—¡Quítemelo de aquí! —exigió Jacob, impaciente.

—A veces se porta como un niño.

—Bueno, yo soy un niño y usted una muchachita. Pero será mejor que hablemos de usted. —Comenzó a arreglarse las almohadas; pero se detuvo cuando la chica acudió a ayudarle—. Dígame, Frances —empezó, con el rostro muy cerca del de la joven—, ¿ha elegido ya esposo?

—Señor Bee, esa es una pregunta muy personal para hacérsela a una chica.

—De acuerdo. Es una pregunta personal. Si no me la contesta a mí, ¿a quién iba a hacerlo? ¿Cree que voy a contárselo a alguien? ¿Es que hay alguien a quien se lo pueda decir? El médico ni siquiera me permite tener un teléfono junto a la cama para llamar de vez en cuando a mi corredor de bolsa. Opina que el hecho de enterarme de que había perdido unos cuantos miles de dólares constituiría una impresión demasiado grande. ¿Es que no sabe que con sólo leer los periódicos puedo decir al céntimo lo que gano o pierdo? —Sonrió confidencialmente—. Así que, dígame: ¿qué aspecto tiene su amante?

—¡Señor Bee! Un futuro marido es una cosa, pero un amante… —mullió la última almohada y fue hacia la silla que había junto al ventanal—. No sé qué opinión tiene usted de mí.

Jacob se encogió de hombros.

—Opino que es muy bonita. Pero las chicas de hoy son un poco distintas de las de hace cincuenta años. No digo que sean mejores ni peores. Sólo que son distintas. Comprendo esas cosas. Después de todo, es usted sólo unos pocos años más joven que mi esposa. Sé que a los hombres les gusta mirarla a ella, así que supongo que también les gusta mirarla a usted.

—¡Oh, pero su mujer es muy guapa! De veras. Creo que es la mujer más vistosa que conozco.

—Mejor para ella —dijo Jacob—. Ahora háble me de su amante.

—Bueno… —comenzó la chica, evidentemente complacida—. En realidad, aún no es nada definitivo. Quiero decir que no hemos fijado la fecha ni nada.

—Sí que lo han hecho. No quiere decírmelo porque teme que la despida antes de que a usted le venga bien.

—No, de veras, señor Bauman…

—Entonces será que aún no han fijado el día de la semana. Pero el mes ya lo han decidido, ¿no es así? —Esperó un momento la contradicción—. Bien… Créame cuando le digo que comprendo esas cosas. ¿Qué mes han escogido? ¿Junio?

—Julio corrigió la chica, sonriente.

—¡Vaya! ¡Me equivoqué por un mes! No me molestaré en preguntarle si él es atractivo. Sé que lo es. Y también fuerte.

—Sí.

—Pero tierno.

La muchacha asintió, radiante.

—Eso es bueno —dijo Jacob—. Es muy importante casarse con un hombre tierno… que no lo sea demasiado. Los que son excesivamente suaves permiten que se abuse de ellos. Créame, sé de que hablo. Yo mismo era un hombre muy tierno y… ¿Quiere que le diga adónde me llevó la ternura? A ningún sitio. Por eso cambié. Y no es que, de vez en cuando, no cometa errores, pero cada vez que me ocurre me cuesta caro… Un mal matrimonio puede ser un enorme error. Tal vez el más grande de todos. Ha de saber uno a que clase de persona se liga. Pero usted lo sabe, ¿no es así?

—Sí. Se trata de un hombre maravilloso. De veras. Usted no lo comprende, señor Bauman, porque en realidad no le conoce, pero si alguna vez charlase con él… —La joven se cortó, mordiéndose el labio inferior—. Bueno, no quiero decir con eso…

—Así que es alguien que yo conozco —comentó Jacob—. Eso es interesantísimo. Nunca lo hubiera supuesto. ¿Quizá un amigo mío?

—No, de veras, no pretendía decir… Me ha interpretado mal. No es nadie…

—¿El doctor Holmes? —quiso saber Jacob.

—¡Oh, no!

—¿Tal vez alguien que trabaje para mí? —preguntó Jacob, astutamente—. ¿Charles? No, no… No puede ser él. A usted no le gusta mucho Charles, ¿verdad, Frances? Cree que él la mira por encima del hombro. ¿A que sí?

—Sí —replicó ella, repentinamente indignada—. Me hace sentirme como una especie de… de no sé que. Y sólo porque se cree muy… *elegante*. Si me lo pregunta, le diré que es un cursi.

Jacob rió.

—Tiene usted toda la razón. Charles es un cursi. Un cursi inaguantable… Pero, entonces, ¿de quién puede tratarse? El señor Coveny es demasiado viejo para usted, así que sólo queda… —Hizo una pausa. Sus ojos brillaban, irónicos. Apartó la mirada de la chica y la dirigió al ventanal. Al fin dijo—: No, no acierto. Deme una pista. ¿En que asuntos interviene…? ¿Bolsísticos? ¿Petroleros? ¿Textiles? —Levantó la voz—. *¿Transporte?*

—Se burla usted de mí —dijo la muchacha—. Ya sabe que es Vic. Apuesto que lo ha sabido durante todo el rato. Espero que no esté usted enfadado. En realidad, debí decírselo antes, pero…

Una llamada a la puerta la interrumpió.

—Adelante —dijo Jacob.

En el cuarto entró la señora Bauman, una aparatosísima pelirroja con aspecto de estar más cerca de los veinte que de los treinta. Llevaba un sueter amarillo y unos pantalones provocativamente ajustados.

—Buenos días a todos. No, siéntese, querida —le dijo a Frances—. ¿Cómo está nuestro paciente esta mañana?

—Fatal —dijo Jacob.

Su mujer rió falsamente y le dio una palmadita en la mejilla.

—¿Has dormido bien?

—No.

—¿No es espantoso? —preguntó la señora Bauman a Frances—. No sé cómo puede usted aguantarle.

—Lo hace por dinero. Igual que tú.

La señora Bauman emitió una risita forzada.

—Es como un niño, ¿verdad? ¿Ha tomado ya su pastilla naranja?

—Sí —dijo Jacob.

—No —corrigió Frances—. ¿Son ya las nueve y cuarto? ¡Cómo lo sien…!

—Me temo que son casi y veinte —dijo la señora Bauman, con frialdad—. Deje, yo se la daré. —Destapó uno de los tubitos de encima de la mesilla, y de una plateada jarra, sirvió un vaso de agua—. Ahora abre la boca.

Jacob apartó la cabeza.

—Aún puedo con una pastillita y un vaso de agua —dijo—. Ni siquiera tienes aspecto de enfermera —Se metió la píldora en la boca y tragó un sorbo de agua—. ¿Adónde vas vestida como una estudiante?

—Sólo a la ciudad, a hacer unas compras.

—Vic ya tiene listo su coche —anunció Frances—. Lo ha limpiado esta mañana y parece nuevo.

—Estoy segura de que sí, querida.

—Si no brilla bastante, compra otro —dijo Jacob.

—Precisamente eso había pensado yo —contestó su mujer—. Pero luego se me ocurrió que era mejor esperar a que te pusieras bueno. Entonces adquiriremos uno de esos pequeños autos deportivos que sólo tienen dos asientos y en él daremos largos paseos juntos, sólo tú y yo.

—No puedo esperar tanto —dijo Jacob.

—¡Cariño! —exclamó la señora Bauman—. ¿No te parece que es un día espléndido? ¿Por que no has ordenado que Charles abra las ventanas?

—Porque no quiero coger un catarro y morirme —replicó Jacob—. Pero gracias por sugerirlo.

Sonriendo agriamente, la señora Bauman se besó la punta de los dedos y luego tocó con ellos la frente de su marido.

—Hoy ni siquiera mereces un beso así —declaró en tono juguetón. Y dirigiéndose a Frances—: Si continúa de tan mal humor, no le hable. Así aprenderá. —Con su sonrisa invitaba a la joven a una especie de conspiración femenina—. Volveré muy pronto —dijo a Jacob.

—Aquí te esperaré —replicó su marido.

—Adiós —se despidió la señora Bauman.

—Cierre la puerta —ordenó Jacob a Frances.

—¡Qué guapa estaba! ¿Verdad? —comentó Frances, haciendo lo que le pedían—. Me gustaría poder llevar pantalones así.

—Haga un favor a su marido y póngaselos antes de casarse.

—¡Oh! A Vic no le importaría. No tiene nada de celoso. Me ha dicho cientos de veces que le encanta que otros hombres me miren.

—¿Y a usted qué le parece que él mire a otras mujeres?

—Pues… no me importa. Quiero decir que, después de todo, es natural, ¿no? Además, Vic ha tenido… —La joven enrojeció levemente—. No entiendo cómo hemos vuelto a hablar de este asunto. Es usted de veras terrible, señor Bauman.

—Pocos placeres les quedan a los viejos, aparte del de hablar. De modo que Vic tiene gran experiencia con las mujeres, ¿no?

—A veces resulta verdaderamente turbador. Quiero, decir que hay mujeres que se echan en brazos de ciertos hombres. Así, tal como suena. Un miércoles, hace dos semanas, estuvimos en un club nocturno. Era la noche libre de Vic.

Jacob asintió con la cabeza y apartó la mirada de la chica, que comenzaba a hablar con mayor rapidez. La señora Bauman acababa de hacerse visible y caminaba, a través del césped, en dirección al garaje. Se movía de forma muy distinta a la de Frances, mucho más lenta, casi perezosa. Bajo los pantalones, sus caderas se contoneaban levemente, como el fiel de una balanza que buscase su equilibrio. Incluso en el lánguido bracear parecía existir un sutil ahorro de energía. La mujer no la derrochaba, como Frances, sino que parecía guardarla, almacenándola para movimientos más importantes.

—Aquella chica tenía un aspecto verdaderamente terrible… —decía Frances—. Cuando se acercó a nuestra mesa me quedé de piedra. Su cabello era negrísimo y parecía como si no lo hubieran peinado desde hacía semanas. Además, llevaba tanto lápiz labial que debió de gastar un tubo entero para maquillarse.

Jacob escuchaba, ausente, con la vista clavada en su mujer, que había llegado al convertible y permanecía apoyada contra la portezuela, charlando con Vic. Jacob pudo ver que su sonrisa se ampliaba al oír las palabras del hombre. Luego, echando la cabeza hacia atrás, lanzó una carcajada. A Jacob no le llegó el ruido de la risa; pero por el recuerdo de años atrás, sabía que era un sonido agudo y alegre. Verdaderamente estimulante. Vic, con un pie desdeñosamente apoyado sobre el parachoques, sonrió a la señora Bauman.

—De veras creí que estaba borracha —dijo Frances, embebida en su historia—. Quiero decir que no me es posible imaginar que una mujer tenga la desfachatez de sentarse en las rodillas de un desconocido y besarle. ¡Y enfrente de su compañera! Porque yo podía haber sido la esposa de Vic.

—¿Y qué hizo él? —preguntó Jacob, apartando la vista de la ventana.

—Pues… nada. ¿Que iba a hacer? Estábamos en un lugar público. Trató de portarse como si fuera una broma o algo por el estilo. Pero yo no pude tomárselo de esa forma. Quiero decir que traté de hacerlo; pero la chica no se movió y él no podía

quitársela de encima a empujones. Todo el mundo nos observaba. Yo me sentía cada vez más furiosa y… Bueno, para ser sincera con usted, señor Bauman, le diré que a veces tengo un temperamento terrible. Sobre todo cuando se trata de cosas personales, como lo de Vic. Entonces no puedo controlarme.

—¿Como en el caso de Betty? —preguntó Jacob.

Frances se mordió el labio inferior.

—No sabía que estuviera enterado de eso —dijo—. De veras lo sentí muchísimo, señor Bauman. Es que entré en la cocina en el momento en que ella abrazaba a Vic. Me parece que lo vi todo rojo.

—Eso oí —sonrió Jacob—. No vi a Betty antes de que se fuera; pero Charles me aseguró que ya no estaba tan guapa como de costumbre.

—Supongo que la arañé de un modo salvaje —murmuró Frances, bajando los ojos—. Lo siento muchísimo. Traté de disculparme; pero Betty no quiso escucharme. ¡Como si la culpa fuera sólo mía!

—¿Y qué hizo con la chica de ese club nocturno?

—La separé de Vic agarrándola por el pelo —admitió, de mala gana—. Y si él no me hubiera detenido, lo más probable es que hubiese intentado sacarle los ojos. Me volví verdaderamente loca. Fue mucho peor que con Betty, porque la del cabaret besaba de veras a Vic. Creo que, de haber tenido a mano un cuchillo o algo así, habría intentado matarla.

—¿De veras? —dijo Jacob. Apartó la mirada de la chica y volvió a dirigirla hacia la ventana. Ahora ni su mujer ni el chófer eran ya visibles. Sus ojos escrutaron todo el césped, observando las estatuas que brillaban levemente al sol, al señor Coveny, que seguía frente a las azaleas, y volviendo a fijarse en el brillante convertible. Sobre el capó del coche advirtió una extraña sombra y, forzando la mirada, acabó por definida como el trapo que había empleado Vic para limpiar el auto.

—¿Y cómo afectan esas pequeñas peleas sus sentimientos hacia Vic? —preguntó Jacob, sin darle importancia.

—No los afectan en absoluto. ¿Qué razón habría para que así fuera? No es culpa suya si las mujeres se le echan encima. Él no hace nada por animarlas.

—¡Claro que no! —dijo Jacob. Entornó los párpados, esforzándose por enfocar la mirada en la oscura ventana que había sobre el garaje. Creía haber visto allí un brillante destello amarillo. ¿O era únicamente el sol reflejándose en el cristal? No, porque la ventana estaba abierta. Allí estaba otra vez el destello, entre sombras que se movían. Una brillante mancha de color que ahora se estrechaba e iba alzándose lentamente, como si fuese un trozo de tejido, una prenda de ropa —tal vez un suéter — que alguien se estuviera quitando. Luego el brillo desapareció y ya ni siquiera fueron perceptibles las cambiantes sombras que enmarcaba la ventana. Jacob sonrió —. Estoy seguro de que Vic es por completo digno de confianza —dijo—. Toda la culpa es de las mujeres. Comprendo perfectamente sus celos, Frances. Son su derecho a luchar por lo que posee, aunque eso signifique destruir alguna otra parte de su vida.

Frances pareció desconcertada.

—¿Imagina que, por lo ocurrido, Vic me ama menos? Él también dijo que me comprendía.

—Estoy seguro de que así es —aseguró Jacob—. Probablemente la quiere aún más por demostrarle tan a las claras su devoción. A los hombres les gusta eso… No, antes hablaba por hablar. Cosas de viejos. Después de todo, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Oh, pues… un montón de cosas. Es usted muy inteligente. Al menos, eso me parece a mí. Debería buscarse un pasatiempo. Hacer crucigramas, o algo por el estilo. Apuesto a que se le darían de maravilla.

—Puede que alguna vez me decida a probar —dijo Jacob—. Pero ahora lo que me apetece es dormir un ratito.

—¡Buena idea! Hoy me he comprado una novela nueva. La empecé en el autobús. Algo estupendo de veras. Trata de aquella francesa que volvió locos a no sé cuantos reyes.

—Parece muy interesante —comentó Jacob—. Sin embargo, antes de que reanude usted la lectura, le agradecería que me hiciese un pequeño favor. —Volviéndose, abrió el único cajón de su mesilla de noche—. Ahora no se asuste —advirtió, al tiempo que sacaba un pequeño revólver gris—. Tengo esto aquí en previsión de que alguna vez entren a robar. Pero hace tanto que no lo han limpiado, que no estoy seguro de que funcione aún. ¿Querría llevárselo a Vic para que le eche un vistazo?

—Desde luego —dijo la chica, levantándose y tomando el arma con mano indecisa—. ¡Qué ligero es! Siempre había pensado que los revólveres pesaban lo menos diez o doce kilos.

—Tengo entendido que ésa es un arma de mujer —dijo Jacob—. Para mujeres y ancianos. Ahora, sea cuidadosa, porque está cargado. Le sacaría las balas, pero mucho me temo que no entiendo demasiado de esas cosas.

—Tendré cuidado —aseguró Frances, probando a tomar el revólver por la culata —. Y usted pruebe a dormir un rato. ¿Le digo a Charles que suba a acompañarle mientras yo no estoy?

—No, no se moleste. Me encuentro bien. Y estése con su novio el tiempo que quiera. Hace poco le vi subir a su habitación.

—Estará durmiendo —dijo Frances.

—Entonces, ¿por qué no entra sin llamar y le sorprende? —sugirió Jacob—. Probablemente, a él le gustará eso.

—Bueno, si no es así, le explicaré que fue idea de usted.

—Sí. Dígale que todo fue idea mía.

Jacob sonrió, mirando cómo se iba la chica. Luego se hundió entre las almohadas y cerró los ojos. Reinaba un gran silencio y se sentía tan verdaderamente cansado que, contra su voluntad, había comenzado a dormitar cuando, en el otro extremo de la

pradera, se oyó el primer tiro, seguido inmediatamente por el segundo y el tercero. El hombre consideró un instante la idea de incorporarse para observar por la ventana el ajetreo que iba a producirse, mas le pareció un esfuerzo demasiado grande.

Por otra parte, él, postrado en su lecho de dolor, no podía hacer absolutamente nada.

LEMMINGS

RICHARD MATHESON

—¿De dónde vienen? —preguntó Reordon.

—De todas partes —replicó Carmack.

Ambos hombres permanecían junto a la carretera de la costa, y, hasta donde alcanzaban sus miradas, no podían ver más que coches. Miles de automóviles se encontraban embotellados, costado contra costado y parachoques contra parachoques. La carretera formaba una sólida masa con ellos.

—Ahí vienen unos cuantos más —señaló Carmack.

Los dos policías miraron a la multitud que caminaba hacia la playa. Bastantes charlaban y reían. Algunos permanecían silenciosos y serios. Pero todos iban hacia la playa.

—No lo comprendo —dijo Reordon, meneando la cabeza. En aquella semana debía de ser la centésima vez que hacía el mismo comentario—. No puedo comprenderlo.

Carmack se encogió de hombros.

—No pienses en ello. Ocurre. Eso es todo.

—¡Pero es una locura!

—Sí, pero ahí van —replicó Carmack.

Mientras los dos policías observaban, el gentío atravesó las grises arenas de la playa y comenzó a adentrarse en las aguas del mar. Algunos empezaron a nadar. La mayor parte no pudo, ya que sus ropas se lo impidieron. Carmack observó a una joven que luchaba con las olas y que se hundió al fin a causa de su abrigo de pieles.

Pocos minutos más tarde todos habían desaparecido. Los dos policías observaron el punto en que la gente se había metido en el agua.

—¿Durante cuánto tiempo seguirá esto? —preguntó Reordon.

—Hasta que todos se hayan ido, supongo —replicó Carmack.

—Pero…, ¿por qué?

—¿Nunca has leído nada acerca de los *lemmings*?

—No.

—Son unos roedores que viven en los Países Escandinavos. Se multiplican incesantemente hasta que acaban con toda su reserva de comida. Entonces comienzan una migración a lo largo del territorio, arrasando cuanto se encuentran a su paso. Al llegar al océano, siguen su marcha. Nadan hasta agotar sus energías. Y son millones y millones.

—¿Y crees que eso es lo que ocurre ahora?

—Es posible —replicó Carmack.

—¡Las personas no son roedores! —gritó Reordon, airado.

Carmack no respondió.

Permanecieron esperando al borde de la carretera, pero no llegó nadie más.

—¿Dónde están? —preguntó Reordon.

—Tal vez se hayan ido.

—¿Todos?

—Esto viene ocurriendo desde hace más de una semana. Es posible que la gente se haya dirigido al mar desde todas partes. Y también están los lagos.

Reordon se estremeció. Volvió a repetir:

—Todos…

—No lo sé; pero hasta ahora no habían cesado de venir.

—¡Dios mío…! —murmuró Reordon.

Carmack sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Bueno —dijo—. Y ahora, ¿qué?

Reordon suspiró:

—¿Nosotros?

—Ve tú primero —replicó Carmack—. Yo esperaré un poco, por si aparece alguien más.

—De acuerdo —Reordon extendió su mano—. Adiós, Carmack —dijo.

Los dos hombres cambiaron un apretón de manos.

—Adiós, Reordon —se despidió Carmack.

Y permaneció fumando su cigarrillo mientras observaba cómo su amigo cruzaba la gris arena de la playa y se metía en el agua hasta que ésta le cubrió la cabeza.

Antes de desaparecer, Reordon nadó unas docenas de metros.

Tras unos momentos, Carmack apagó su cigarrillo y echó un vistazo a su alrededor. Luego él también se metió en el agua.

A lo largo de la costa se alineaban un millón de coches vacíos.

LA DIOSA BLANCA

IDRIS SEABRIGHT

—No creo en absoluto que desee usted de veras mis pobres cucharillas de té —dijo acremente la señorita Smith.

Acremente, sí, pero su voz encerraba todos los trémulos, ricos y guturales matices de una actriz de la BBC representando un papel de anciana; de una «joven» actriz de la BBC. Por ello Carson alimentó, junto a su indignación por ser despojado de su pequeño botín —la vieja debía de tener ojos en la nuca—, la esperanza de que, en realidad, la señorita Smith fuese una joven que, por algún convincente motivo personal, hubiera decidido vestirse y actuar como una vieja. En cierto modo resultaba menos crispante pensar en ella como en una joven disfrazada que como en una mujer de edad que se movía y hablaba como una veinteañera.

Quienquiera que fuese, desde luego no era la agradable, suave y encantadora víctima que él había supuesto, sino todo lo contrario. La había conocido en el paseo, uno de los lugares más efectivos para encontrar agradables damas ancianas. Carson no había tenido que esperar más de lo corriente para que le invitase a tomar el té. Ahora se daba cuenta de que la mujer no era ni anciana ni dama. Y el nombre que había adoptado constituía un insulto. ¡La señorita Mary Smith…! No podía llevarse más lejos el anonimato.

—¿Qué le hace sonreír? —preguntó ella—. Quiero mis cucharillas.

Silenciosamente, Carson se metió la mano en el bolsillo del abrigo sacó cinco cucharitas de té. La mujer tenía razón. Él no necesitaba el dinero. Casi nunca podía vender las cosas que robaba a las viejas y, cuando lo hacía, guardaba lo obtenido en una cuenta aparte y nunca lo tocaba. Era una neurosis, menos honrosa que el masoquismo moral, pero mejor que un montón de otras que se le ocurrían. Y le causaba demasiado placer para intentar desprenderse de ella.

Colocó las cucharitas sobre la mesa de té, frente a la mujer, y se hundió en su asiento. Ella las contó. Sus pies carentes de juanetes, pero calzados con unos severos zapatos negros comenzaron a golpear, nerviosos, el suelo.

—Aquí sólo hay cinco. Había seis. Deme la otra.

De mala gana, Carson entregó la última cucharilla. Era la mejor de las seis, de plata fina y antigua, pero de tamaño tan reducido que nunca valdría mucho más de lo que costó cuando fue hecha. La parte cóncava llena de pequeñísimas melladuras, como si algún niño, contemporáneo de Washington y Jefferson, hubiera echado los dientes con ella. Un niño que seguramente quedó bastante malparado, pues los agudos bordes de la cucharilla debieron de dañar sus encías.

La mujer tomó la cucharita y la frotó con el borde del mantelito de té. Luego se la

devolvió a Carson, diciéndole:

—Mire en el cacillo.

El hombre hizo lo que se le pedía. Era evidente que la señorita… Smith no iba a llamar a la policía y él, aunque se sentía molesto, no estaba precisamente asustado.

—¿Y bien? —preguntó, volviendo a colocar la cucharita sobre la mesa.

—¿No ha visto nada?

—Sólo a mí mismo, vuelto del revés. Lo corriente.

—¿Eso es todo? —gritó ella, agitada—. Devuélvame mi acuarela antes de que me enfade. Aún tiene menos valor que las cucharillas.

La mujer no podía haberle visto coger la acuarela. Había estado vuelta de espaldas a él, preparando el té, y enfrente no tenía ni espejos ni superficies brillantes. Ni siquiera podía haber observado el hueco que dejó el pequeño cuadro, ya que estaba colocado tras cuatro o cinco pinturas de muy escaso gusto.

—De todas maneras, tomemos el té —dijo la señorita Smith, colocando la recuperada acuarela sobre la mesa, junto a ella. Aun con el marco, el cuadrito no era mayor que una postal. En él se veía una palmera, una isla, agua, todo muy tosco e imitando el estilo Winslow-Homery. No era raro que Carson lo considerase digno de ser robado—. ¿Quiere en el té un poco de ginebra? Le sentará bien.

—Sí, gracias.

Tomando la cuadrada botella que había sobre la mesa, la señorita Smith echó un chorro en la tetera. Ambos bebieron. El té ardía y Carson únicamente logró hacer tolerable la carga alcohólica de la bebida añadiéndole azúcar.

La mujer dejó la taza sobre la bandeja. Tosió y luego sonóse con un masculino pañuelo de algodón.

—Será mejor que entre aquí —dijo, golpeando con un dedo la superficie de la acuarela y vea qué tal le sienta.

Carson se encontraba en el interior de la acuarela, en la isla y entre las palmeras. La hierba era infernalmente espesa y el lugar tan ruidoso como un pandemonio. Las olas, bloques de un azul intensísimo, se deshacían contra la playa como si en vez de por agua estuvieran compuestas por objetos de loza. Las gaviotas emitían sonidos de gaita y las copas de las palmeras parecían formadas con hojas de zinc.

Sin embargo, Carson no estaba tan distraído como para no comprender que, en el sentido smithiano de la palabra, la isla le sentaba muy bien. El mido constituía un aislamiento. Ya no le importaba que sobre la repisa de ninguna anciana existiera una acuarela lo bastante pequeña como para caber en su bolsillo. Se sentía mullido y confortable, como si la señorita Smith le hubiera acomodado entre los pliegues de su capelina de lana.

Ufff… Debía de ser la ginebra. Carson se durmió.

Al despertarse, todo seguía igual. Gaviotas, olas y palmeras emitían sus respectivos ruidos. Allá lejos, donde se formaban las sólidas olas, se veía una turbulencia azul oscuro. ¿Estuvo allí desde el principio? Así debía de ser. Carson no

tenía la seguridad.

Podía deberse a un montón de cosas: un tiburón, una tortuga gigante, un descomunal pulpo. Tal vez. Pero no era nada de eso. No lo era. Carson emitió un débil gemido de miedo.

¡Zas! Volvía a estar sentado frente a la señorita Smith, ante la mesa de té. La mujer había puesto una tapa sobre la tetera, pero el cacharro parecía ser el mismo de antes.

La mujer untó un bollo con mantequilla y se lo metió entero en la boca.

—¿Le gustó la isla? —preguntó, masticando.

—Al principio estaba muy bien —replicó él, de mala gana—. Luego, nadando bajo el agua, apareció algo que no me gustó nada.

—Es interesante —la mujer sonrió—. No le importó el ruido ni la soledad. Lo que acabó de agradarle… fue algo que iba bajo el agua y usted no podía ver.

¿Qué se proponía la señorita Smith? ¿Trataba de efectuar una especie de sicoanálisis? ¿Intentaba, hablando en términos siquiátricos, averiguar qué cosas le daban miedo para conseguir librarse de sus obsesiones? ¡Cá! Lo más probable es que estuviera delineando los contornos de su miedo para poder emplearlo mejor contra él.

—¿Por qué se interesa usted tanto? —preguntó Carson. Trató de untarse un bollo con mantequilla, pero le temblaban tanto las manos que tuvo que dejar el cuchillo.

—No es muy frecuente que alguien trate de robarme.

No. No debía de ser frecuente. Y tenía que ser Carson quien, pudiendo elegir entre todas las ancianas del mundo, tuviera que ir a dar con una que era Isis, Rea, Cibeles —había montones de diosas dónde elegir—, Anat, Dindimena, Astarté. O Neith.

Carson se humedeció los labios.

—¿Qué le parece un poco más de té? —sugirió—. ¿Y si le ponemos un poco más de ginebra? Eso hace que la bebida sea más refrescante.

—Ya hay mucho licor en la tetera.

Sin embargo, la mujer no protestó cuando él quitó la tapadera y tomó la cuadrada botella. No parecía mirarle. Como antes ya le había engañado de esa forma, Carson pensó que, probablemente, le estaría observando. Aunque tal vez fuera posible emborrachar hasta a una diosa.

Dejó el frasco sobre la mesa, con la etiqueta hacia su compañera, para que no pudiese ver cuánto había echado.

—Sirva usted —pidió Carson.

¿Temblaba la mano con que le sirvió? El hombre no estaba seguro.

—¡Qué fuerte está! —comentó la diosa.

—Es muy refrescante —sonrió Carson—. Coja un bollo. A esta hora de la tarde hay que tomar un tentempié.

—Sí —la diosa fue interrumpida por un golpe de tos. Una miga parecía habérsele atragantado. El hombre deseó que se asfixiase hasta morir.

Con el último sorbo de té, la diosa se tragó la miga.

—Y ahora, deme mi pisapapeles.

Era la última parte del botín de Carson. Lo que más le gustaba. Tristemente, se sacó la esfera del bolsillo y se la tendió. La diosa sacudió el globo, en cuyo interior se levantaron unos diminutos copos de nieve que, al llegar arriba, volvieron a caer sobre el nevado panorama de la base.

—Muy bonita —dijo ella, admirativa—. Una nieve preciosa.

—Sí. Me causó admiración.

—… Se está haciendo tarde para probar en usted nada más. Por otra parte, le conozco bastante bien. Es usted de la clase de hombres que no soportan esperar a que algo desagradable les ocurra —la diosa volvió a llenarse la taza.

Su voz resultaba cada vez más turbia. Al servirse el té derramó varias gotas sobre el mantel.

Había llegado el momento, si es que Carson iba a tener alguna oportunidad.

—Muchas gracias por este rato tan agradable —dijo el hombre, retirando su silla y levantándose—. Tal vez podamos repetirlo más adelante.

La diosa abrió la boca. Sobre sus separados labios brillaba una película de saliva.

—¡Qué idiotez! ¡Adentro contigo, maldito estúpido!

El pisapapeles le recibió. En cierto modo, fue como andar contra el viento, o como andar, pero Carson podía respirar bastante bien. A duras penas, se abrió camino por entre el líquido —¿glicerina?—, hasta la cristalina pared de la esfera.

Vio cómo la señorita Smith hacia chasquear los dedos. Sus labios se movían. La mujer comenzó a levantarse. Se derrumbó en el suelo. Sus dedos sin fuerza saltaron la tetera.

La señorita Smith había bebido demasiado. Pero, a medida que pasaba el tiempo, Carson empezó a preguntarse si era sólo eso. Lo natural sería que su cuerpo se moviera algo. Al fin, el hombre comprendió que la señorita Smith no estaba borracha, sino que había muerto.

A eso de las ocho entró alguien y la encontró. Durante un buen rato, hasta que llegaron los de la camilla, en el cuarto reinó un gran ajetreo. Luego se fueron todos. La tetera continuaba en el suelo.

Además, nadie había pensado en bajar las persianas. Sobre la vítrea prisión de Carson brillaba la luna, que iluminaba brillantemente la nieve del fondo. ¡Si al menos fuese nieve de veras!

Anhelante, el hombre pensó en el exquisito agujero que podría haberse preparado en la nieve, en el cálido sueño estilo Steffanson que habría disfrutado en su abrigado refugio. Y, en vez de eso, se pasó la noche flotando verticalmente, atormentado por el insomnio y tan incómodo como un espárrago en una cacerola.

Al fin se hizo de día. Carson no estaba seguro de si lamentaba o no la muerte de la señorita Smith. ¿Acaso quedaba en él una irracional esperanza en la benevolencia potencial de la diosa? ¿Después de lo de la isla y de aquello?

Bien entrada la mañana, apareció la mujer de la limpieza. Era joven, de boca rojísima y flamígero pelo rubio.

Enchufó el aspirador. Luego recogió la mesita de té y lavó las tazas. Al fin, tomó el pisapapeles.

Lo meneó fuertemente. La nieve comenzó a caer en torno a Carson. La mujer apretó la nariz contra el vidrio, en un prodigio de enfoque visual a corta distancia. Tenía unos ojos enormes. Parecía imposible que no distinguiera a Carson. Sonrió.

El hombre la reconoció. La señorita Smith.

Carson debía haber comprendido que Neith no iba a quedarse muerta. La diosa meneó una vez más la esfera. Luego la dejó bruscamente sobre la repisa.

Por un momento, Carson creyó que la diosa iba a estrellar el pisapapeles contra los ladrillos de la chimenea. Pero eso ocurriría más adelante.

Iba a dejarle vivir unos cuantos días. Podía colocar el globo bajo el sol, congelarlo en la nevera o sacudirlo de arriba abajo hasta que el hombre estuviera medio muerto de mareo… Las posibilidades eran incontables. Y al final se produciría la rotura.

Juguetonamente, la diosa se pasó el índice por la garganta. Luego desenchufó el aspirador y salió del cuarto.

LA SUSTANCIA DE LOS MÁRTIRES

WILLIAM SAMBROT

Durante siglos, las gentes del pueblo se habían aferrado a su fe en los poderes de su cruz de oro. ¡Qué sublime toque de ironía constituyó el hecho de que los estragos de una guerra que «acabaría con todas las guerras» aportaran una respuesta a sus plegarias!

Por razones que pronto comprenderán ustedes, no les revelaré el nombre de la pequeña aldea alemana en la que vi el milagroso Cristo de oro. Se trata de un villorrio poco conocido y, en cierto modo, pobre, que aún no se ha recuperado por completo de los estragos de la Segunda Guerra Mundial.

El coronel Dumphrey fue quien me habló del Cristo de oro y de la extraña historia de milagros que se le atribuía. Por entonces viajábamos en coche a través de la Alemania meridional, realizando un viaje de París a Salzburgo, ciudad donde el coronel debía juzgar la autenticidad de ciertos tesoros artísticos descubiertos recientemente en una mina de sal cercana a Salzburgo.

El coronel Dumphrey (retirado), DSO[8], OBE[9], era (y es) un renombrado erudito y lingüista, experto en asuntos relativos al Renacimiento italiano y al arte medieval centro europeo. Durante la guerra, el coronel Dumphrey fue comandante en la Inteligencia Militar (Ejército inglés), destacado especialmente en la 45ª División (norteamericana).

Al final de la Segunda Guerra Mundial, la 45ª capturó un cierto número de minas de sal cerca de Salzburgo, en las cuales encontró un enorme botín de obras de arte robadas por los nazis de los museos y colecciones privadas de Europa.

Ni siquiera hoy en día se han recuperado todos los tesoros que se sabe robaron los nazis, así que cuando al coronel le pidieron en París que diera su experta opinión sobre la autenticidad de las diversas piezas halladas recientemente en aquellas mismas lóbregas minas de sal, aceptó en seguida.

Decidió ir en auto desde París hasta Salzburgo, sin prisas y visitando algunos de los menos conocidos, aunque interesantísimos, pueblos alemanes y austríacos, tan ricos en arte medieval. Me invitó a acompañarle.

Nos encontrábamos en el interior de la Alemania meridional, recorriendo pueblos que parecían sacados de tarjetas de felicitación navideñas, y atravesando una pacífica y poco habitada región montañosa cuando, de pronto, al aproximarnos a una señal de carretera, el coronel redujo la marcha del coche.

Dudó unos momentos y luego torció bruscamente para meterse por un maltratado camino. Al cabo de poco rato vimos aparecer el inevitable grupo de casas de piedra y madera. En medio de ellos, se alzaba la aguja extrañamente truncada de una pequeña

catedral.

Al aproximarnos, resultó evidente que la iglesia, durante la guerra, había sufrido graves daños y que aún no se encontraba reparada del todo. Algunas de las vidrieras góticas aparecían rotas. En el tejado, de pizarra, se veían muestras de frecuentes arreglos. En conjunto, no era más que una humilde y semiderruida iglesia de un pueblo escondido entre las montañas. Y, sin embargo…

En aquel lugar se habían producido curas milagrosas, según me aseguró Dumphrey. La gente acudía desde cientos de kilómetros de distancia para rezar frente al crucifijo de oro macizo que había sobre el altar del pequeño templo. Pedía —consiguiéndolos en ocasiones— milagros.

Bajamos del coche e inmediatamente me sorprendió la sensación de paz y tranquilidad que reinaba en la plaza, en el pueblo. La gente nos sonreía, moviéndose con tranquila calma. La mayor parte iba o venía de la iglesia.

Entramos en ella. Se parecía mucho a otras iglesias de la Europa occidental, aunque quizá estuviese más maltratada y sus piedras fueran más oscuras. Muchos bancos se encontraban en pésimo estado. Unos pocos eran nuevos. En el suelo, parches de ladrillo contrastaban con el viejo y rico mármol. A un lado, una de las vidrieras aparecía extrañamente rota: sólo dos pedazos de cristal permanecían unidos al marco de la ventana, y en cada uno de ellos se veía una mano alzada y suplicante. Lo demás estaba abierto al cielo.

Las palomas entraban y salían por entre aquellas manos tan maravillosamente coloreadas. Aquellas manos —susurró Dumphrey— pertenecieron a una Virgen María, madre de Cristo, completa pero ahora eran unos miembros sin cuerpo, alzados piadosamente hacia un inalcanzable trozo de azul cielo alemán.

La rota vidriera era el monumento del pueblo a su amargo pasado; su penitencia y su recordatorio. Estaba exactamente igual que cuando la guerra pasó por allí.

Los feligreses y visitantes se arrodillaban sobre el suelo de mármol, insensibles al helado Viento que pasaba por la rota vidriera y hacía vacilar y estremecerse la roja lampara de la sacristía.

Sobre el maltratado altar colgaba el magnífico crucifijo. Un gran Cristo de oro unido a su cruz de caoba. Los extendidos brazos, que parecían mantener y afirmar las maltrechas paredes de la iglesia, brillaban suavemente bajo la luz de los cirios. Las cambiantes sombras daban a las agónicas facciones del Cristo una extraña vida. Los cerrados ojos semejaban irse abriendo con lentitud para mirar a las personas arrodilladas y, gradualmente, fijarse en mí.

Yo había visto muchos crucifijos excelentes. Pero, de pronto, me encontré observando con enorme fijeza a aquel Cristo de oro, cuyas manos permanecían clavadas, mediante dorados clavos, a la oscura madera. De aquella doliente figura emanaba un aura que no podía pasar inadvertida. Era algo palpable: sentí que los cerrados ojos ya no estaban cerrados, sino fijos en mi alma con piedad y amor.

El corazón comenzó a latirme lenta y profundamente; podría jurar que vi alzarse

el dorado pecho, abrirse la profunda señal de la lanza. Continué mirando la cruz, apenas consciente del murmullo de las oraciones, del revolotear de las palomas. Todo estaba subordinado a aquella solitaria y misteriosa figura que me atraía con un poder indescriptiblemente real.

Dumphrey me tocó el brazo y eché a andar. Salimos a la plaza y aspiró hondo.

—Es… es magnífico —dije, con lentitud—. Ahí dentro hay algo… una presencia… ¿No la sintió usted?

Dumphrey asintió con la cabeza. Seguí:

—No puedo explicarlo. Supongo que se trata de algo así como hipnosis de multitudes. Ese brillante cuerpo en el que se concentra la vacilante luz… Pero eso… esa sensación de profunda paz, de… de…

—¿De amor? —sugirió Dumphrey.

—Sí; de gran y tranquilo amor. Una especie de aceptación —miré hacia atrás—. No me extraña que venga tanta gente desde kilómetros de distancia para arrodillarse bajo el crucifijo —me interrumpí. Dumphrey encendía su pipa, pensativo—. Esa cruz debe de ser de inmensa valía para ello. Me da la sensación que es antiquísima.

—No —dijo él—. *Ese* crucifijo data de mil novecientos cuarenta y cinco.

—*¿Ese?*

—Antes había otro, exactamente igual. Y era verdaderamente antiguo. Estoy seguro de que procedía de los tiempos medievales.

—¿Qué ocurrió con él? ¿Era de oro macizo, como éste?

Dumphrey me dirigió una extraña mirada.

—Los del pueblo siempre lo creyeron así.

El coronel me contó que las gentes de la aldea se sentían orgullosos del crucifijo, que siempre había colgado en su iglesia, brillando bajo la luz de los cirios. La historia del Cristo se perdía mucho más allá del recuerdo del más viejo de los habitantes. Era el objeto más precioso de sus vidas; no sólo porque creían que era de oro puro, sino porque simbolizaba la completa unidad de su fe. Aunque las puertas del templo jamás se cerraban y los extraños no eran rechazados, su crucifijo nunca había sufrido el más mínimo mal. Nunca.

Pero, en realidad, ninguna guerra había afectado realmente el villorrio. Ninguna, hasta que Hitler proclamó su derecho a dirigir el mundo. Entonces la guerra llegó al pueblo como una venganza. Llegó cuando ya estaba perdida para Alemania y sólo redundaba en perjuicio de todos.

Los hombres jóvenes y fuertes habían desaparecido mucho tiempo atrás —muertos o capturados en los múltiples frentes—, y sólo quedaban, para luchar, los *Herrenvolk*. El Ejército del Pueblo. Los inútiles, los desplazados, los viejos… los desechos de la Humanidad. Tal vez fuera un pobre material de batalla, pero sobre ellos se colocó el más brutal y fanático de los Cuerpos de Hitler: los temidos Waffen SS, la élite de los asesinos nazis. Hombres que habían jurado defender su patria hasta la muerte.

El *Untersturmführer* Hohler, antiguo subcomandante del infame campo de concentración de Dachau (que por entonces ya estaba destruido) fue encargado del trabajo de fortificar el pueblo y asegurarse de que, en caso necesario, los *Herrenvolk* lucharían hasta ser aniquilados.

Hohler proveyó de defensas al pueblo. Ignorando las protestas del cura y los feligreses, dio la orden de emplear el campanario de la iglesia como puesto de observación para su mortífera artillería del 88. Cuando los primeros tanques ligeros norteamericanos se aproximaron a la aldea, fueron recibidos por una precisa salva de artillería. Se retiraron, pidiendo apoyo a sus propios cañones. No había más posibilidad que la de reducir a escombros el campanario.

Una fría mañana de febrero, las unidades norteamericanas que constituían la 45a División realizaron sobre la delgada capa de nieve un rápido movimiento envolvente y el pueblo fue tomado. La mayor parte de los *Herrenvolk* se rindieron de inmediato. El *Untersturmführer* Hohler no se encontraba entre ellos. Había logrado escapar.

Casi todo el cuerpo de tropa siguió adelante, pero un pequeño grupo se detuvo frente a la iglesia. Un joven capitán de infantería, de manos azules por el frío, llevó un viejo cura a presencia del por entonces comandante Dumphrey. Evidentemente angustiado, el sacerdote pidió en un susurro que Dumphrey le acompañara al interior del maltrecho templo.

Dumphrey pasó al arruinado edificio y, por entre los rotos bancos y vidrieras y sobre trozos de cristal que convertían el suelo en un arco iris, llegó frente al chamuscado altar. Señalándolo, el sacerdote explicó, con voz temblorosa:

—Ahí, durante muchos siglos, hubo un crucifijo. Era de oro, de oro puro. Nunca lo tocó nadie, aunque las puertas jamás estuvieron cerradas. Y cuando llegó el bombardeo, pese a que todo lo demás cayó, la cruz permaneció en su lugar. Un milagro —dijo, en un susurro—. Eso nos hizo postramos ante ella y tener la seguridad de que Dios nos protegía. Pero ahora… el dedo del sacerdote temblaba.

Aunque la pared de sobre el altar aparecía intacta, estaba extrañamente desnuda. Contra la oscura pátina formada a lo largo de los siglos por el humo de las velas se recostaba la pálida silueta del crucifijo que durante tanto tiempo colgara allí y que ahora había desaparecido.

—El *Untersturmführer* Hohler se lo ha llevado gimió el sacerdote.

Hohler: *Untersturmführer*, con la insignia de los temidos *Schutzstaffeln*; subcomandante en Dachau, especialista en muerte. Verdugo de cientos de miles de judíos y con un historial de delitos que igualaba en extensión a la apabullante lista de sus víctimas asesinadas. Y ni siquiera entonces, cuando ya era perseguido por los aliados para ser sometido a juicio (y subsiguiente ejecución), ni siquiera en el momento de su *Gotterdammerung* personal, Hohler pudo resistir la tentación de añadir el Cristo de oro a su ya enorme botín.

—Le agarraremos —aseguró al sacerdote el joven capitán—. ¿Adónde va a huir?

Le detuvieron cerca de Salzburgo. Hohler admitió enseguida que se había llevado

el crucifijo. Cuando el indignado capitán le ordenó bruscamente que se lo entregara, Hohler lanzó una irónica risa y dijo que ya no estaba en su poder, que lo había tirado. Sin embargo, entre sus pertenencias se encontró un buen número de barras de oro puro que igualaban, al menos en peso, la masa aproximada del Cristo fundido.

Por fortuna se conocían las dimensiones de la figura original y en el pueblo había cierto número de expertos talladores capaces de hacer un molde. Cuando el crucifijo estuvo acabado y listo para recibir la bendición del obispo, la iglesia se llenó de feligreses. En los bancos, los niños sorbían a resultas del intenso frío que reinaba en la maltrecha iglesia. Removiéndose Y susurrando, contemplaban intensamente el bello y brillante Cristo que colgaba de nuevo sobre el chamuscado altar.

Los adultos, envueltos en jirones de ropas, permanecían silenciosamente arrodillados sobre el agrietado suelo. Frías ráfagas de viento entraban por las rotas vidrieras. Pero aquello volvía a ser una iglesia. Su iglesia.

Sobre el altar, aquella figura dorada, extrañamente serena y poderosa, les envolvía en una cálida aura que antes no habían conocido.

Por entonces, como para probarles que Dios estaba entre ellos, ocurrió el primero de los milagros atribuidos al dorado Cristo. Al servicio había sido llevado un niño, víctima del bombardeo. El chiquillo fue enterrado vivo en las ruinas de su destruido hogar, entre los cadáveres de sus padres. Cuando le sacaron, lanzó un grito, y luego fue como si en su interior se hubiese apagado una luz. Sus ojos se vidriaron. Se convirtió en una criatura muda, pasiva, que no sonreía y en la que faltaba todo calor humano.

Pero en la iglesia, miró hacia el Cristo de oro, en sus ojos apareció una suave luz. Miró con mayor atención. Sus ojos se le hicieron más y más brillantes. Y, de pronto, gritó. Fue un grito terrible, estremecedor. Empezó a llorar. Eran auténticas y genuinas lágrimas de emoción. Volvía a estar vivo y a ser una criatura humana que pensaba y sentía. Dominada por una gran angustia, pero sana.

—Ahora es un vigoroso joven y tiene dos hijos —acabó Dumphrey, mientras bajábamos los gastados escalones de piedra, en dirección al coche—. La suya fue la primera, pero se han producido… curas similares.

—No lo dudo —repliqué—. Ya no.

Subimos al auto y Dumphrey observó pensativamente a los que iban y venían.

—Pero él mintió, ¿sabe? —murmuró suavemente—. Me refiero al *Untersturmführer* Hohler.

—¿Mintió? ¿En qué?

Dumphrey sacó la pipa y, llenándola de tabaco, dijo, con lentitud:

—Como es lógico, no necesito pedirle que sea discreto sobre lo que le voy a contar —suspiró—. En realidad, aun antes de que Hohler fuese capturado, yo ya tenía en mi poder el verdadero crucifijo. Fue encontrado por un componente de mi equipo de especialistas.

El coronel hizo una mueca y siguió:

—Había sido tan seriamente mutilado que no podía ni pensarse en devolverlo a la iglesia. Los brazos estaban retorcidos y doblados, el torso golpeado y la corona de espinas arrancada por completo de la cabeza.

—¿O sea que Hohler había tirado de veras el Cristo de oro?

—Sí. Lo hizo después de descubrir que no era de oro en absoluto. En el lugar donde habían sido arrancadas las espinas de la corona se veían puntos de un feo metal gris oscuro. Donde los brazos fueron retorcidos y doblados aparecían el plomo de debajo —meneó la cabeza—. El crucifijo sólo estaba recubierto de una gruesa capa de oro.

—Pero… las barras de Hohler…

—¿No adivina de dónde procedían? Hohler fue uno de los carniceros de Dachau. Cuando sus víctimas eran conducidas a las cámaras de gas, les quitaba los anillos de los dedos. Cuando los cuerpos eran llevados a los hornos arrancó dientes de oro y empastes de bocas sin vida. Así logró acumular gran cantidad de oro, que luego fue fundido y convertido en barras…

—El oro de los judíos… —susurré.

—Sí, de los mártires judíos de Dachau —dijo Dumphrey—. Sin duda, Hohler consideró una broma diabólica lo de decir que el oro procedía del Cristo robado. Pero, ¿hasta qué punto estaba equivocado?

Encendió el motor del pequeño coche y salimos del pueblo lentamente.

—El verdugo ateo robó a los cristianos su Cristo bañado en oro… y lo remplazó por otro hecho del más precioso de los metales: la sustancia de los mártires.

LLAMADA DE AUXILIO

RUBERT ARTHUR

Por décima vez en aquel día, Martha Halsey leyó en alto, y con voz ligeramente temblorosa, la noticia aparecida en el *Dellville Call*:

«La firma de bienes raíces Boggs y Boggs anuncia que hoy ha puesto a la venta la vieja mansión. Halsey, que se halla situada frente a los Tribunales. La venta de la casa, propiedad de las señoritas Martha y Louise Halsey, ha sido ordenada por su sobrina, la señora Ellen Halsey Baldwin».

Esta vez Louise, con las manos, surcadas de venas azules, escondidas entre los pliegues de la colcha en que estaba trabajando sobre su silla de ruedas, no dijo nada. A las palabras de Martha sólo respondió el viento de Nueva Inglaterra que, al azotar la vieja casa, tan lejana del ruido y el bullicio de la ciudad, producía un agudo ulular.

Durante todo el día, desde que Ellen trajera el periódico del buzón, inmediatamente después del desayuno, las dos mujeres habían estado releyendo y comentando desde todos los ángulos la noticia. Primero Louise insistió en que debía de tratarse de un error. Martha respondió, con un bufido, que ni hablar. Luego Louise sugirió que llamaran a Ellen y le preguntasen. Sin embargo, desde lo profundo de su cerebro, cierto instinto de precaución aconsejó a Martha decir que no.

Y ahora, tras un día de incesante especular, exhaustas ya de tanto emitir conjeturas, la respuesta se le apareció, radiante, a Martha. Aquél era el único motivo posible y, al aceptarlo, todos los acontecimientos que se habían producido en los seis meses anteriores —incluyendo la muerte de la pobre *Queenie*, la semana pasada—, cobraron valor.

Antes de hablar, Martha contuvo el aliento. Luego, con lentitud y calma, reveló la verdad a Louise:

—Louise: estoy convencida de que Roger y Ellen desean matarnos.

—¿Matarnos? —Louise, desde su silla de ruedas, le dirigió una mirada de incredulidad—. ¡Oh, no, Martha!

—No puede ser otra cosa —replicó su hermana. Sus facciones, eran duras como el granito de Nueva Inglaterra. A pesar de sus ochenta años, los ojos de la mujer fulguraron. Siguió—: Ahora comprendo por qué Roger y Ellen insistieron tanto en que abandonáramos nuestra casa de la ciudad y nos viniéramos a vivir con ellos. Y también por qué nos persuadieron de que les diésemos plenos poderes para que Ellen pudiera manejar lo que Roger llamó tediosos detalles menores referentes a nuestra fortuna.

»Cuando se examinan los hechos bajo la adecuada perspectiva la verdad resulta diáfana. Primero, Roger y Ellen nos aíslan de todos nuestros amigos y vecinos. Ahora

tienen el valor de vender nuestra casa. Y no cabe duda de que, pronto, muy pronto, esperan heredar nuestras acciones y bonos.

—¡Pero eso no podrá ser hasta que muramos! —jadeó Louise.

—Ahí quería ir a parar.

Martha se levantó y fue trabajosamente hasta la ventana de la salita-dormitorio que ambas hermanas compartían. Para no causar trastornos a su cadera enferma, no se movió con excesiva prisa. El viento otoñal de Nueva Inglaterra agitaba las desnudas ramas de los árboles que rodeaban la vieja mansión colonial. Martha abrió la ventana, exponiéndose a la fría ráfaga de aire que entró.

—¡*Toby, Toby!* —llamó—. ¡Ven, *Toby*!

No se produjo ningún «miau» de respuesta, ni acudió a la llamada ninguna forma color canela. La mujer cerró la ventana y regresó al círculo luminoso producido por la gran lámpara de *kerosene* que había sobre la mesa del centro, cerca de la silla de ruedas de su hermana.

—Primero *Queenie* —dijo, con desesperación—. Ahora, *Toby*. Ya verás: mañana o pasado, Rober traerá a *Toby*, tieso y frío, y simulará que se siente desolado… Lo mismo que hizo la semana pasada, cuando trajo a *Queenie*. Y *Toby* estará envenenado, desde luego.

Martha dirigió una fulgurante mirada a su hermana, Louise apartó los ojos.

—¡Pobre *Queenie*! —dijo—. Roger opinó que debía de haberse comido algún cebo envenenado de los que dejan los agricultores. Y eso es cierto, Martha. Los campesinos…

—¿Crees que *Queenie* iba a comerse algo así, acostumbrada como estaba a que la alimentaras con tus propias manos durante ocho años? —preguntó Martha—. *Queenie* era una gata muy escrupulosa. Te diré quién la envenenó: ¡Roger, y nadie más!

Mientras el viento silbaba alrededor de aquel ala de la vieja mansión, Louise la miró.

—Pero…, ¿por qué?

—Piensa en este último mes, en los achaques que has tenido. Un día te sientes débil y enferma. Al siguiente, estás mucho mejor. Luego, un par de días más tarde, vuelves a encontrarte mal. ¿Cómo explicas eso?

—Cuando una pasa de los setenta y cinco…

—¡Qué tontería! Cuando estábamos en casa, nunca tuviste esos achaques.

—Sí… Eso es cierto. Nunca los tuve.

—¿Entonces? No creo que tenga que recordarte que, como farmacéutico, Roger tiene acceso a toda clase de drogas… Incluidos los venenos.

—¡Oh, Martha, no!

—Roger es muy listo. Lo hace poco a poco, de forma que nos vayamos sintiendo paulatinamente enfermas y un día muramos… debido a «causas naturales». —Martha pronunció las últimas palabras en un tono casi silbante—. Todos tus síntomas,

Louise, corresponden al envenenamiento crónico, probablemente con arsénico. *Queenie* comía de tu plato y, siendo mucho más pequeña, murió, mientras tú sólo te sentiste mal. Y Roger nos la trajo contando la estúpida historia de que se había comido un cebo envenenado puesto por algún granjero.

Martha aspiró profundamente y prosiguió, con sarcasmo:

—Entonces Roger comprendió que lo mismo podía sucederle a *Toby*. Sólo que *Toby* quizá se pusiera enfermo aquí, delante de nosotras, y tal vez eso nos hiciera sospechar la verdad. Por tanto, decidió cuidar personalmente de él. Y ahora el pobrecillo *Toby* ha desaparecido.

—¡Qué horror! —gimió Louise—. Pero…, ¿cómo puedes estar segura?

—Basándome en las pruebas, incluyendo el nuevo coche que Roger trajo ayer.

—Pero, en realidad, no se trata de un auto nuevo —objetó Louise—. Es de segunda mano. Y Roger necesitaba uno, porque el invierno se nos echa ya encima.

—Ahí está la clave: necesidad. Roger y Ellen necesitan dinero imperiosamente. Ya sabes lo poco que Roger gana en la farmacia del señor Jebway. Debes considerar todos los hechos. Hace dos años, cuando vino a este lugar, Roger era un don nadie, un completo desconocido. Conoció a Ellen y no cesó hasta casarse con ella.

»Sin embargo, admitámoslo, Ellen no vale gran cosa. ¿Por que atrajo tanto a Roger? En aquellos momentos ya me lo pregunté. Ahora sé la respuesta. Fue debido a que Ellen era nuestra sobrina y única heredera. Y nosotras poseíamos la casa y las acciones y bonos que papá nos dejó. Roger vio ahí su oportunidad. Se casó con Ellen con la idea que, en un día muy próximo, podría echar mano a nuestras propiedades… envenenándonos a las dos.

—Lo de Ellen es cierto —admitió Louise, con un gesto de duda en las pequeñas y arrugadas facciones—. Es fea. Pero posee un carácter muy dulce, y los hombres no siempre se casan atraídos por una bonita apariencia.

Martha apuntó a su hermana con un huesudo dedo.

—Sabes tan bien como yo que Ellen ha cambiado. Te habrás dado cuenta de lo reservada que se ha vuelto; de que elude hablar de la casa cuando nosotras aludimos a la eterna conversación; de las secretas miradas que ella y Roger cambian cuando se creen que no miramos. Y, sobre todo, de que, cuando sale a relucir el dinero, los dos cambian de tema.

Martha se inclinó hacia adelante, bajando la voz. Siguió:

—Lo había olvidado. Pueden estar escuchando al otro lado de la puerta. Como iba diciendo, consideraba todos los hechos. En nuestra casa de la ciudad éramos felices. Luego, el verano último, Ellen y Roger trataron de hacemos creer que estaban preocupados por nosotras. Dijeron que, a causa de mi cadera enferma y de tu artritis, no podíamos cuidarnos de forma adecuada. ¡Tonterías! Debimos vender alguno de los bonos y contratar una criada y una cocinera.

»Pero, no. Como estúpidas ancianas, estuvimos de acuerdo en otorgar a Ellen plenos poderes y en venirnos a vivir aquí con ellos. Ahora estamos completamente

aisladas. Nunca vemos a nadie, y apenas salimos de casa. No recibimos correo. Ni siquiera el juez Beck ha venido a vernos, y eso que le escribí hace tres días, pidiéndole no, implorándole que nos visitara. Le dije que deseábamos hablarle de algo importante.

—¿Escribiste al juez Beck? —exclamó Louise—. No me dijiste nada.

—No quería preocuparte con mis sospechas. Pero ahora estoy segura y voy a contárselo todo al juez. Si es que le vemos, porque ahora creo que Roger no mandó mi carta.

Martha frunció los labios y prosiguió:

—De todas maneras, debemos enfrentarnos a la realidad. Roger se está impacientando. Resulta evidente que su plan es que tú mueras antes. Luego iré yo. Y nadie sospechará nada.

—¡Oh, Martha! —los claros ojos de Louise parpadearon, denotando su agitación.

—Les llamaré, a ver lo que dicen. No, no creas que voy a acusarles. Pero, por la forma en que contesten a mis preguntas, sabremos cuánto tienen que ocultar.

Cojeando, Martha fue hasta la puerta que conducía, a través de un pequeño vestíbulo, a la parte principal de la casa. Desde el umbral, la anciana llamó:

—¡Roger! ¡Ellen!

—¿Sí, tía? —respondió una joven voz femenina.

Martha volvió a su sillón y poco después entró Ellen. Era una joven de ojos saltones, barbilla sumida y expresión preocupada. Secándose las manos en el delantal, anunció, sonriendo:

—La cena estará en seguida. Tenemos carne asada. ¿Os apetece?

—Desde luego, Ellen —replicó Martha—. Pero deseábamos hablar con Roger.

—¿Alguien me ha llamado? —En el vestíbulo se oyeron unos pesados pasos y, al cabo de un momento, Roger apareció junto a Ellen. Era un hombre bajo, con cabellos como púas y un aspecto que hubiera parecido casi alegre, a no ser por las gruesas gafas y las líneas que rodeaban su boca.

—Aquí estoy, queridas tías —el hombre rió, como si hubiera hecho un chiste—. ¿En qué puedo servirlas?

Roger pasó un brazo alrededor de la cintura de su esposa y dirigió una alegre sonrisa a las dos ancianas. Sin embargo, sobre sus cordiales labios, sus ojos, aumentados por las gafas, parecían escrutar los secretos pensamientos de ambas mujeres.

—Mis tres chicas favoritas, y todas en una misma casa. Es mi harén secreto. Luego dio un achuchón a su esposa.

—Roger, me he estado preguntado por que no he recibido noticias del juez Beck —dijo Martha—. ¿Le diste mi carta?

—Pues… no —Roger parecía lamentarlo—. Iba a decírselo esta noche, tía. Se la dejé a su secretaria. El juez Beck no está en la ciudad.

—¿Que no está en la ciudad? —exclamó Louise, mirando fijamente al marido de

su sobrina.

Roger carraspeó y ni a Louise se le escapó la mirada que él y Ellen cambiaron.

—Se ha ido a Boston para un asunto. Su secretaria me dijo que era algo muy importante.

—El juez no tiene clientes en Boston —aseguró Martha, con firmeza.

—Se trataba de algo relacionado con un cliente local —replicó Roger.

Su sensación de incomodidad resultaba cada vez más evidente.

—¿Y cuándo regresará? El juez detesta Boston.

—Dentro de un día o dos. Tan pronto como vuelva, le entregarán su carta.

—Mmmm —Martha lanzó una mirada a Louise, y ésta hizo un leve ademán de asentimiento que significaba, con la misma claridad que si lo estuviera diciendo, que también ella comprendía el significado de las evasivas respuestas de Roger—. En el *Call* de esta semana hay una noticia que dice que Ellen ha confiado nuestra casa a Boggs para que la venda. Empleando, desde luego, los plenos poderes que le otorgamos. Estoy segura de que se trata de un error.

De nuevo las dos hermanas advirtieron la rápida mirada que se cruzó entre Roger y Ellen. El aire de seguridad de Roger se alteró un poco.

—Pues, no tía Martha —dijo—. La casa necesita tantas reparaciones… Creímos que ustedes eran felices con nosotros y… Bien, nos pareció que debíamos vender el edificio.

—¡Roger! —Martha se puso en pie y, apoyándose en su bastón, quedó frente a él. El hombre apartó la mirada—. Recuerda que sólo admitimos venirnos a vivir contigo y con Ellen si podíamos regresar a nuestra casa en cualquier momento que deseáramos hacerlo. ¿No es así, Ellen?

—Sí, claro, tía Martha —replicó su sobrina, retorciéndose el delantal.

—Lo cual significa que no tenemos intención de venderla mientras vivamos.

—Queremos regresar a ella —dijo Louise, con voz trémula.

—¡Pero, tía Louise…! —protestó Ellen—. ¡No puedes hacerlo!

—¿Por qué no, eh? —preguntó Martha, retadora.

—Pues… ya estamos casi en invierno —explicó Roger, recuperando su compostura—. La casa necesita un nuevo sistema de calefacción, e instalar uno sería un trabajo largo y caro. Tal vez el próximo verano pueda hacerse. Recuerden que cuando no se está muy bien de salud, no hay nada peor que una casa fría —Su aspecto era casi suplicante, aunque los surcos que había alrededor de su boca parecieron profundizarse—. Además, como dice Ellen, queremos que estén ustedes con nosotros. Creíamos que se sentían satisfechas de no vivir solas.

Con una mirada, Martha advirtió a su Hermana que no insistiera en sus protestas. Luego dijo:

—Pensaremos en ello y lo discutiremos con el juez Beck.

—¡Ésta es mi chica! Bueno, Ellen, vamos a cenar. Esta noche tengo que regresar a la farmacia. El señor Jebway tiene un poco de gripe.

Roger y Ellen se retiraron a su parte de la casa.

Martha se volvió hacia Louise:

—¿Qué te parece? ¿Estás ahora de acuerdo conmigo?

—¡Oh, sí! —suspiró Louise—. Roger ha dicho tantas mentiras… El sistema de calefacción de nuestra casa funciona perfectamente. Desde que papá lo instaló, hace treinta y siete años nunca tuvimos ningún problema con él.

—¿Y qué cliente local iba a necesitar que el juez Beck fuera a Boston? —preguntó Martha, con leve sarcasmo—. ¿Observaste lo rápidamente que Roger decidió que debía regresar a la tienda esta noche? Lo más probable es que necesite coger más veneno del que tiene el señor Jebway.

—¡Martha! —Louise se puso los dedos sobre los trémulos labios.

Aquella noche, las dos Hermanas durmieron mal. Martha se levantó varias veces para ponerse la bata, abrir la ventana y llamar a *Toby*. Pero siguió sin producirse ningún «miau» de respuesta.

—*Toby* ha desaparecido —dijo a Louise a la mañana siguiente—. Nunca volveremos a verle.

—¡Pobre *Toby*! —las lágrimas empañaron los claros ojos de Louise—. ¡Son unos monstruos! Y yo que pensaba que Ellen era tan dulce…

—Lo era —replicó Martha—. Roger la ha cambiado por completo. La mujer siempre sigue la dirección que marca su marido.

—Pero estar dispuesta a ayudar a Roger a que nos mate…

—Hasta ahora, sólo han asesinado gatos. Ya encontraremos alguna forma para evitar que nos eliminen. Tengo un plan —el tono de Martha era amenazador—. Me disgustaría recurrir a él, pero, si no hay más remedio, lo haré.

En el vestíbulo sonaron unos pasos y, momentos después, entró Ellen con una bandeja.

—Buenos días —dijo, mientras disponía los platos sobre la mesa. Tenía aspecto de no haber dormido bien—. Huevos pasados por agua, bollos calientes y té. Todo bueno y saludable. ¿Saben que esta mañana había hielo en el cuenco de las gallinas?

—Hemos pasado mala noche —le dijo Martha—. Estábamos preocupadas por *Toby*.

—¡Pobrecillo!, ¿aún no ha vuelto? —Ellen parecía lamentarlo sinceramente—. Espero que no haya sido… Quiero decir que espero que no se haya escapado. Pero, si lo ha hecho, estoy segura de que regresará.

—Me es imposible comer, de veras —aseguró Louise, en tono plañidero, después de que Ellen se hubo ido. Luego tocó con desgana uno de los calientes bollos.

—Debemos mantenemos fuertes —dijo Martha—. Tómate los huevos pasados por agua. Están metidos en su cáscara, así que son inofensivos por completo. Y bebe un poco de té.

—Lo intentaré.

Louise consiguió comerse un huevo y tomar algo de té, aunque le pareció un poco

fuerte. Martha se tomó los bollos y los huevos que había en su plato, Sin embargo, el té le pareció demasiado fuerte y no lo bebió.

—¿Crees que podrías escurrirte hasta el teléfono y llamar al juez Beck? —preguntó Louise, cuando hubieron terminado.

—¿No te acuerdas? —Martha dirigió a su hermana una mirada significativa—. El mes pasado, Roger hizo desconectar el teléfono.

—¡Oh, Dios mío, es cierto! —exclamó Louise—. Dijo que era excesivamente caro.

—Y eso que nosotras le ofrecimos pagarlo. Ése fue su primer paso para aislarnos del resto del mundo.

—¡Y ahora no tenemos ningún modo de pedir ayuda! —en la voz de Louise había verdadero pánico.

—Sí que lo tenemos. Como te dije anoche, me desagradaría recurrir a él, pero lo haré si es necesario. Ahora sigue con tu colcha. Yo acabaré de leerte el periódico. Debemos dar la impresión de estar entretenidas. ¿Qué quieres que lea primero?

—Las esquelas —replicó Louise—. Mira si ha muerto alguien que conozcamos —su rostro adquirió una expresión de inquietud—. Como ahora ya no recibimos ninguna noticia… Mary Thompson nos lo contaba todo, pero no tiene coche y… —Una contenida exclamación de Martha la cortó—. ¿Qué pasa?

—¡Mary Thompson!

—No habrá muerto, ¿verdad? —preguntó Louise, alarmada.

—No —Martha frunció los labios—. Aunque, para el caso, es como si estuviera muerta. El periódico dice que ha ingresado en el Hogar Asilo.

—¡Oh, no! —gritó Louise.

Martha asintió:

—Ella misma lo pidió, pobrecilla. Imagínate: una mujer de su edad obligada a vivir en un lugar viejo y horrible como ése. Está lleno de corrientes de aire, medio arruinado y plagado de ratas. ¡El Hogar Asilo! Un bonito nombre para un sitio espantoso. ¡El refugio de todos los pobres del condado, una vergüenza para la comunidad! Eso terminará con la pobre Mary.

—¡Pobrecilla! —se lamentó Louise—. No dejo de acordarme de nuestros tes, con la chimenea encendida, los gatos frente a ella y Mary acompañándonos —De pronto, su rostro adoptó la expresión de un chiquillo ansioso—. ¡Si regresáramos a nuestra propia casa, Mary podría venirse a vivir con nosotras! Contrataríamos a alguien que nos ayudase, y todo sería estupendo.

—Lo haremos —prometió Martha—. Mientras nosotras tengamos medios para ayudarla, Mary Thompson no acabará sus días en un lugar tan horrible como ése.

La perspectiva de volver a su casa y compartirla con su vieja amiga alegró el humor de Louise durante varios minutos. Luego, mientras cosía a su colcha un retal de su mejor traje de lana de veinte años atrás, dijo:

—No… no me encuentro bien —Hizo una breve pausa y luego volvió los

enfebrecidos ojos hacia su hermana—. Estoy mala. Será mejor que me acueste.

Martha la ayudó a meterse en cama y le dio masaje en las muñecas.

—¿Estás mejor así? —preguntó, poco después.

—Me siento tan rara… —susurró Louise—. Débil e indefensa… y desfallecida. Como si… ¡como si me hubiesen envenenado! —Las últimas palabras fueron un desesperado susurro en el que se advertía claramente el pánico. Las dos hermanas se miraron, comprendiendo los desnudos hechos.

—El té —dijo Martha—. Roger es muy listo. Pero yo no lo bebí, y tú sólo tomaste mi poco… —Aferró fuertemente las muñecas de Louise—. Estoy segura de que no tienes nada serio. No bebiste lo suficiente para que el envenenamiento sea grave. De todas maneras, estoy convencida de que Roger planea hacerlo lentamente, para que pueda pasar por una enfermedad crónica y agotadora. Insistiremos en que venga el doctor Roberts. Y él le llevará un mensaje nuestro al juez Beck.

—¡Qué inteligente eres, Martha! —murmuró Louise, admirativa.

—Hasta que veamos al juez, nadie debe saber que sospechamos de Roger y Ellen —advirtió Martha—. Si Roger averigua que estamos sobre aviso, no esperara.

—No, claro que no.

Sin embargo Ellen, cuando entró, no se mostró partidaria de llamar al doctor. Fue de un lado a otro, alrededor de Louise, y sugirió aspirinas, bicarbonato y botellas de agua caliente. Pese a todo, Martha insistió y, por último, de mala gana, Ellen se puso el abrigo y salió hacia la casa del vecino más cercano, que se encontraba a medio kilómetro, para llamar por teléfono. Cuando regresó, la mujer dijo que el doctor Roberts estaba atendiendo un parto, pero que iría tan pronto como pudiese.

Transcurrieron las horas. Louise no empeoró. Sin embargo, siguió acostada, quejándose de vez en cuando, mientras Martha le daba masaje en las muñecas y le humedecía las sienes con colonia. Ambas se negaron a almorzar, lo cual desagradó visiblemente a Ellen.

—Debéis comer —dijo—. Eso aumentará su fortaleza.

—Yo he desayunado mucho —mintió Martha—. Y estoy segura de que, encontrándose mal, Louise se sentirá peor si toma algo. Cuando se tiene el estómago revuelto, es mejor no comer nada.

Con aspecto preocupado e inquieto, Ellen se llevó el almuerzo.

El doctor Roberts llegó a primera hora de la tarde, resoplando y jadeando levemente. Era bajo y grueso, de pelo blanco y enmarañado y sólo un poco más joven que las dos hermanas.

—¿Qué ocurre, que ocurre? —preguntó, al tiempo que se sentaba y tomaba el pulso a Louise—. Mmm… El pulso es un poco nervioso. Veamos su lengua, jovencita.

Mientras el doctor Robert auscultaba con su estetoscopio el corazón de Louise, Martha no dejó de moverse ansiosamente en torno a ellos.

—¿Algo le ha trastornado, Louise? —preguntó el médico, rascándose la barbilla

—. Ellen me ha dicho que ha perdido usted su gata.

—Fue envenenada —explicó Martha—. Ahora *Toby* también ha desaparecido. Tememos que haya corrido la misma suerte.

—Mmmm… Es una lástima. Me temo que su trastorno se debe a que se preocupan demasiado por sus mascotas. Voy a hacerle una receta que Roger puede preparar. Tienen suerte en contar con un farmacéutico en la familia. Se ahorran la mitad del precio. En estos días, los medicamentos son muy caros.

—¡Trastorno! —exclamó Louise, al tiempo que alargaba la mano para tomar la receta—. Doctor, estoy siendo…

Martha, con energía, la hizo callar. El médico, ocupado con la prescripción, no hizo caso.

Mientras el hombre guardaba su estetoscopio, Martha preguntó:

—Doctor…, ¿querría usted darle un recado al juez Beck de nuestra parte?

—Claro que sí, Martha. ¿De qué se trata?

Se puso en pie y, suavemente, se pasó una mano por la calva coronilla.

—¡Dígale que venga a vernos esta noche! Insista en que es de vital importancia.

—De vital importancia… Hum… No me gusta pedirle que salga por la noche. Está muy acatarrado.

—Entonces, ¿no se encuentra en Boston? —exclamó Louise.

—¿En Boston? ¿Qué le hizo pensar eso? La última vez que le vi estaba muy indispuesto.

—Por favor; pídale que venga esta noche —suplicó Martha—. Explíquele que es una cuestión de vida o muerte.

—¿Vida o muerte? Hummm… —El doctor alzó sus pobladas y blancas cejas—. Bueno, de acuerdo, si él se encuentra mejor. Y no se preocupen por *Toby* y *Queenie*. Consigan otro par de gatitos a los que cuidar y se sentirán nuevas.

—Eso ocurrirá cuando volvamos a nuestra casa de la ciudad —replicó Martha, decidida—. Será estupendo observar cómo juegan los gatitos frente a la chimenea.

—¿Su casa en la ciudad? —el doctor le dirigió una penetrante mirada—. ¿Y por qué han de regresar a ese sitio? Es muy grande para ustedes… Demasiado grande. No podrían cuidar de ella. Les aconsejo que se queden aquí, donde se encuentran bien atendidas.

Cuando el médico se hubo ido, las dos hermanas oyeron que Ellen le detenía en el vestíbulo. Martha se acercó a la puerta para escuchar. Un minuto después, regresó junto a Louise.

—Ha dicho que sólo estabas un poco trastornada —susurró—. Ha prescrito unos sedantes.

—¡Sedantes! Debimos decide que se trataba de veneno.

—No nos hubiera hecho caso. ¿No lo comprendes? Ellen y Roger tienen a la gente de su parte. Todos creen que son unos dulces y amorosos parientes que cuidan de dos indefensas ancianas. —Martha se retorció las manos con desesperación—.

Louise: aunque el juez Beck venga esta noche, pensará lo mismo. Ahora lo comprendo. Probablemente, dentro de un mes las dos estaremos enterradas y todo el mundo sentirá compasión por Roger y Ellen.

—¿Y no podríamos darles a Roger y Ellen nuestros bonos y acciones? —susurró Louise—. Entonces no tendrían ninguna razón para matarnos.

—¡Claro que no! —Los ojos de Martha refulgieron—. En ese caso se limitarían a mandarnos al Hogar Asilo. ¿Te gusta la idea de acabar tus días en ese horrible lugar?

—No, antes la muerte. Pero si nadie va a escucharnos…

—Sólo queda una cosa que hacer. Debemos huir.

—¡Pero, Martha…! —Louise se medio incorporó—. Ya sabes que no podemos hacer eso. A ti no te es posible andar medio kilómetro hasta casa de los Lamb, y mucho menos empujándome a mí. Moriríamos congeladas. Sólo tienes que oír el viento.

Como para enfatizar estas últimas palabras, el aire percutió sobre la ventana. Sin embargo, Martha asentía, con expresión misteriosa.

—Ya lo verás. Te dije que tenía un plan totalmente pensado. Escaparemos, no te preocupes.

—Bien, supón que lo hagamos. La gente creerá que somos unas ancianas que chochean y nos devolverá aquí.

—También he pensado en eso. Nos iremos y nos permitirán volver a nuestra vieja casa. Pero primero hemos de esperar a que Roger regrese.

Pese a la curiosidad de Louise, su hermana se negó a añadir nada más. A medida que la tarde fue transcurriendo, la temperatura descendió. Al llegar las primeras sombras, las dos mujeres advirtieron el enorme frío que se filtraba a través de las grandes ventanas. Martha comenzó a reunir un montón de sus pequeñas pertenencias y sus joyas. Luego las envolvió todas en un viejo pañolón.

—No podemos llevarnos mucho —explicó—. Tendremos que dejar nuestras ropas aquí. Pero, vendiendo un bono, podremos comprar lo que sea preciso.

Ahora Louise se sentía mejor y estaba incorporada en la cama.

—Me gustaría saber más acerca de tu plan. Indudablemente, no puedes empujarme medio kilómetro. Nos helaríamos.

—A su debido tiempo nos llegará ayuda —prometió Martha—. Ahora, recuerda: no debemos permitir que Roger o Ellen sospechen nada. Son asesinos. Mataron a *Queenie* y a *Toby* y desean hacer lo mismo con nosotras. Déjame hablar a mí.

—De acuerdo —dijo Louise, resignada—. Y, desde luego, no tomaremos nada de lo que nos sirvan.

—¡Claro que no! Ahora silencio… Acaba de llegar Roger y me parece que Ellen nos trae la cena.

Se produjo un leve ruido de cacharros y Ellen entró llevando una bandeja con platos y cubiertos. Tras ella apareció Roger. Sus gruesas gafas brillaban bajo la luz.

—El doctor Roberts me dijo que trajera cierta medicina especial, tía Louise —

explicó el hombre. Sonrió ampliamente, tiró el frasco al aire y volvió a agarrarlo—. Hubiera sido más barata si estuviera llena de polvo de oro, pero dentro de una semana te sentirás más fuerte que un potrillo.

—Muchas gracias, Roger. La tomaré más tarde.

—La receta dice que antes de las comidas, y eso es ahora. Tómatela.

Extrajo del frasco una píldora roja y llenó un vaso con agua. Louise dirigió una implorante mirada a Martha y luego se tragó la pastilla.

—Ésta es mi chica. Antes de acostarte debes tomar otra.

—¿Habéis visto a *Toby*? —preguntó Martha—. Aún no ha aparecido.

Roger se humedeció los labios y Ellen dijo, con rapidez:

—¿*Toby*? No, no lo he visto, pero estoy segura de que regresará. Estará vagabundeando.

—Me pareció oírle en el sótano. Su maullido sonaba lastimosamente débil —Martha parecía ansiosa—. Por favor, Roger: ¿podrías bajar a ver?

—¿En el sótano? —Ellen y Roger cambiaron una mirada de incomodidad—. No sé cómo va a haber bajado allí. Además, le habríamos oído antes.

—Por favor, Roger. De todas maneras, mira. Tú también le oíste, ¿Verdad, Louise?

—¡Oh, sí! Estoy segura de que está abajo —dijo Louise.

—No cuesta nada mirar —sugirió Ellen—. Quizá se metiera hace un par de días, cuando bajé a buscar las conservas.

—De acuerdo, iré —Roger enderezó los hombros, con exagerados movimientos marciales—. Salgo hacia el sótano en misión para encontrar al viejo *Toby*.

Se fue y poco después le oyeron bajar las escaleras. Un momento más tarde escucharon su amortiguada voz que, desde abajo, decía:

—Aquí no hay rastro de ningún gato.

—Por favor, Ellen, ve tú misma a mirar —suplicó Martha—. A lo mejor *Toby* está escondido en la carbonera, y por eso Roger no puede verle.

—Bien, como quieras —replicó Ellen, y salió del cuarto para unirse a su marido —. ¡Aquí, *Toby*! —la oyeron decir—. ¡Ven, bonito, ven!

Cojeando, Martha fue hasta el vestíbulo y, silenciosamente, cerró la puerta del sótano. Luego echó el pesado cerrojo.

—¡Ya está! —exclamó, con acento triunfal—. Ahora podremos escapar.

—¡Pero nos helaremos! —gimió Louise, mientras Martha la sacaba casi a empujones de la cama y la envolvía en su grueso abrigo—. Y ellos sólo tendrán que mandar a por nosotras.

—No te preocupes. No lo harán.

Martha se puso su propio abrigo, se colocó un echarpe sobre la cabeza y ayudó a su Hermana a sentarse en la silla de ruedas. Para entonces, Roger y Ellen ya habían descubierto que la puerta tenía echado el cerrojo y la golpeaban con fuerza.

—¡Tía Martha! —llamó Ellen—. ¡Abre la puerta! ¿Por qué la has cerrado?

—¡Tía! —gritó Roger—. Como broma, está bien, pero ahora déjanos salir. *Toby* no está aquí. Hemos mirado en todas partes.

—No está, porque ellos le mataron —dijo Martha a su hermana, con dureza.

Empujó la silla de Louise a través del vestíbulo y la hizo bajar por la escalinata del porche. La noche era terriblemente oscura y estaba llena de continuos murmullos. Un helado viento agitaba las desnudas ramas de los árboles.

Louise gritó de angustia mientras Martha la empujaba por el pequeño sendero y continuaba por el camino hasta haberse alejado de la casa unos treinta metros. Entonces Volvió la silla y frenó las ruedas.

—Espera un momento —dijo—. Vuelvo en seguida. Cojeando, Martha regresó al edificio, sin hacer caso de los gritos y súplicas de Roger y Ellen, que surgían del otro lado de la cerrada puerta del sótano. En el exterior, arrebujada en su mantón y su abrigo, Louise esperaba, mientras el viento, como un afilado cuchillo, la traspasaba. Al fin Martha reapareció con el envoltorio que contenía las joyas de las dos.

—¡Martha! —gimió Louise—. Me estoy helando. ¿Qué vas a hacer?

—Ya verás —Marta se detuvo junto a su hermana, jadeante y apoyándose en el bastón—. Ya verás, Louise. Sólo tienes que mirar hacia la casa. Louise lo hizo. Tras las ventanas de la parte del edificio que había sido su hogar apareció un leve resplandor amarillo que, después de ondear por unos momentos, comenzó a crecer. Al poco rato se convirtió en una ola de fuego, parte de la cual salió por una ventana entreabierta. El incendio continuó aumentando, haciéndose más brillante y más fuerte a cada ráfaga de viento.

—¡Fuego! —exclamó Louise—. ¡La casa está ardiendo!

—Repartí por toda la habitación el *kerosene* de la lampara —dijo Martha—. Recuerda sólo esto: Ellen y Roger planeaban asesinarnos. Ya habían matado a nuestros gatos. Teníamos que protegernos. Y, simplemente, no había otra forma.

La voz de Martha se hizo acuciante al continuar:

—Pero recuerda que nunca debemos decir a nadie lo que ellos iban a hacer. Eran familiares nuestros. Nadie nos creería. Que esto sea un trágico accidente. ¿Comprendes?

—¡Oh, sí, sí…! —exclamó Louise, excitada—. ¡Eres tan inteligente…! Ahora alguien verá el resplandor del incendio y llamará a los bomberos, ¿verdad?

—Sí. Un fuego en el campo siempre atrae a alguien. Impedidas como estamos, ésta era la única forma de pedir auxilio. Después tendrán que permitirnos regresar a nuestro viejo hogar.

Luego se dedicaron a observar en silencio. El dedo de fuego que asomaba por la ventana se había convertido en una enorme antorcha. Tras unos momentos, oyeron, a distancia, el lejano eco de la sirena que había sobre el tejado del cuartel general de los bomberos voluntarios del pueblo.

—Es un fuego tan caliente… —murmuró Louise, extendiendo las manos hacia las llamas—. Hace que una se sienta bien. El tejado del ala del edificio que ellas habían

habitado se derrumbó entre un torrente de ascuas. Poco después apareció el coche de bomberos, con sus voluntarios cubiertos con cascos. Mas, para entonces, ya toda la casa era pasto de las llamas. Los recién llegados no pudieron hacer nada.

En la sala de estar del juez Beck, la chimenea crepitaba alegremente. Martha y Louise la observaban desde sus asientos. Las llamas evocaban en ellas felices recuerdos.

—Pronto estaremos de nuevo en nuestra casa —murmuró Louise—. Habrá gatitos que jueguen sobre la alfombra y Mary Thompson nos hará Compañía. La señora Rogers tiene una hija que, por veinticinco dólares a la semana, vendrá a atendemos. Es un gasto que podremos fácilmente.

—No cabe duda de que nuestro dinero durará tanto como nosotras —asintió Martha—. Me parece que el juez ya viene.

La puerta se abrió y, en vez de un hombre, por ella entró un gran gato siamés. Con un satisfecho maullido, el animal saltó al regazo de Martha.

—¡*Toby*! —exclamó Louise.

—¡*Toby*! —repitió Martha, como un eco—. ¿De dónde diablos sales?

—Me pareció que sería una buena sorpresa de bienvenida —dijo una seca voz masculina. El juez en persona, enjuto, alto y levemente encorvado, de unos sesenta años, había entrado en la habitación—. Supongo que esto paliará un poco la tristeza de esta lamentable circunstancia. Uno de los bomberos encontró a *Toby* la otra noche. Estaba cerca de las ruinas. El hombre dio a cada una de las mujeres una firme palmadita. Luego se sonó vigorosamente.

—Lo siento —dijo—. En Boston agarré un terrible catarro. Es una ciudad tremenda. Ruidosa, llena de gente…

—Usted…, ¿ha estado en Boston? —preguntó Martha. De repente su boca parecía haberse quedado seca.

—Tres días. Sin embargo, lamento decir que no sirvieron para nada.

Meneando la cabeza, el juez tomó asiento.

—Éste es un momento muy triste. Esas casas antiguas arden como yesca. Pero no hablemos de eso. Es mejor no hurgar en la herida. Ahora que Roger y Ellen han… bien, desaparecido, deseo hablar del porvenir de ustedes.

—¡Oh, estaremos perfectamente! —exclamó Louise, con precipitación—. Volveremos a nuestra vieja casa. Y deseamos que Mary Thompson se quede con nosotras. No debe quedarse un día más en ese horrible asilo.

El juez Beck volvió a sonarse. Mientras jugueteaba con la insignia masónica que colgaba de la cadena de su reloj, su aspecto reflejaba una gran turbación.

—Martha… —comenzó—. Louise… —Hizo una pausa. Ambas mujeres le miraron, dos pares de brillantes ojos en dos rostros ancianos—. Para mí resulta muy difícil decirles esto; pero mi visita a Boston fue debida a ustedes.

—¿A nosotras? —preguntaron las dos, al unísono.

—A la fortuna de su padre. Como saben, consistía en determinada cantidad de

dinero, que ya ha sido gastada, y en cierto número de acciones del Ferrocarril de Nueva Inglaterra y Toronto.

—¿Y qué? —preguntó Martha. Las dos hermanas seguían mirando fijamente al hombre.

—Bien… En estos tiempos a los ferrocarriles les van muy mal las cosas y el de Nueva Inglaterra y Toronto se declaró en bancarrota el verano pasado. Ése fue el motivo de que sus sobrinos les pidiesen que se fueran a vivir con ellos, de forma que las pudieran cuidar. Ellen deseaba tener plenos poderes con el fin de que ella y Roger quedasen capacitados para manejar los restos de la fortuna sin que ustedes se enterasen de lo que había ocurrido. Yo fui partidario de decirles la verdad; pero ellos temían que eso les trastornara. De modo que todos nos pusimos de acuerdo para mantener el secreto.

»Por desgracia, queridas Martha y Louise, ahora deben saberlo. Lo siento mucho; la vieja casa está inhabitable. En realidad, ni siquiera hemos podido encontrar un comprador. No hay dinero para repararla. De la fortuna de su padre no queda un céntimo.

El juez Beck hizo una pausa y, con gran delicadeza, continuó:

—Tal vez en alguna ocasión se preguntaran por qué Roger y Ellen parecían algunas veces tan deprimidos y preocupados. Ahora ya lo saben. Créanme: a ellos no les importaba. Las querían muchísimo.

Las dos hermanas se miraron con silencioso y sobrecogido horror.

—El Asilo Hogar… —La voz de Louise era un trémulo susurro.

Martha no dijo nada en absoluto.

VOCES DE MUERTE

LUCILLE FLETCHER Y ALLAN ULLMAN

La mujer se incorporó una vez más para coger el teléfono colocado sobre la mesilla de noche. Luego; hizo girar el disco con innecesaria fuerza. La lamparita de la mesilla —la única luz en la habitación en penumbra— hizo brillar las joyas de su mano. En su rostro, delicadamente bello en la favorecedora penumbra se advertía un ceño de disgusto que hacía pareja con su brusca forma de manejar el disco telefónico.

Una vez marcado el número, Leona permaneció tensa durante unos momentos, incómoda por la molestia que le producía estar sentada en la cama sin apoyar la espalda en ninguna parte. Luego en su oído sonó la percutiente señal de línea ocupada. De un golpe, dejó el auricular en su sitio, diciendo, en voz alta:

—No puede ser. No puede ser.

Volvió a recostarse contra el montón de almohadas. Cerró los ojos, desconectándose de las sombras del cuarto y del rectángulo de brumosa noche que se veía a través de la abierta ventana. Mientras permanecía acostada sobre la fina colcha de verano, notó cómo la brisa nocturna movía suavemente los pliegues de su camisón. Aún eran audibles los sonidos nocturnos que subían del río y de la calle, tres pisos más abajo.

En furiosa concentración, consideró el vejamen que estaba convirtiendo aquélla en una hora de tormento. ¿Dónde estaba su marido? ¿Qué le retrasaba? ¿Por qué había tenido que elegir precisamente aquella noche para dejarla sola, para desaparecer sin una llamada, sin una palabra en absoluto? Aquello no era propio de él. No lo era en absoluto. Henry conocía demasiado bien el efecto que una cosa así produciría en ella. Y también en él. Resultaba increíble que, deliberadamente, provocase la clase de escena que ya se había producido un par de veces en el pasado. Pero… si su ausencia de ahora no era deliberada… ¿a que se debía? ¿Le habría pasado algo? ¡Qué poco probable era que a Henry le ocurriese algo sin que nadie se lo notificara a ella instantáneamente!

Existían otros vejámenes, todos ellos subsidiarios del más importante: el constituido por la inexplicable ausencia de Henry. Estaba el asunto del teléfono. En muchos aspectos, aquello era lo más irritante de todo. Leona había estado llamando a la oficina de su marido durante más de media hora. O, al menos, había tratado de hacerlo. Cada vez que marcó el número, le respondió la señal de comunicar. No era que no le contestasen, cosa que hubiese sido un poco más tranquilizadora. Era una señal de línea ocupada. Si Henry estaba allí —y era evidente que en la oficina había alguien—, ¿era posible que estuviese telefoneando durante media hora completa? ¿Posible? Sí. ¿Probable? No.

Mentalmente, Leona pensó todas las cosas que su marido podría estar haciendo, enfrentándose resueltamente a todas las posibilidades. Tal vez al fin todas las molestias que representa una enfermedad —la de ella— hubieran acabado con la reserva de paciencia de su marido. A Henry nunca habían parecido importarle los inacabables períodos en los que ella no había podido corresponderle. Aunque era un hombre intensamente pasional —un ser vigoroso y saludable— su auto control fue siempre inagotable. En otras palabras, y si Leona deseaba exponer llanamente el tema, ella nunca sospechó que hubiera otra u otras mujeres. Pero ahora…

Sin embargo, en aquella evidente posibilidad había algo que no encajaba con las actuales circunstancias. Al menos eso le pareció después de examinarlo todo abierta y detenidamente. Henry era muy cauto. Todo cuanto hacía era cuidadosamente planeado y llevado a efecto con toda limpieza. Ni en un millón de años sería tan estúpido o negligente como para ponerse en evidencia de forma tan clara.

Y las posibilidades intermedias tampoco resultaban lógicas. A Henry le gustaba todo en gran escala, de acuerdo con su propia audacia, una audacia que se reflejaba perfectamente en su impresionante y protector aspecto.

Al pensar en su marido, Leona abrió los ojos por un momento y echó un vistazo al retrato de boda que había sobre la mesilla de noche. Apenas visible en la oscuridad —excepto para los claros ojos de su recuerdo—, se advertía la marfileña belleza de ella y la inmensa, fornida y sonriente presencia de Henry. En él nada había cambiado, se dijo la mujer. En diez años, nada alteró las limpias y musculares líneas de su cuerpo ni la extraña y leve sonrisa de su rostro terso y carente de arrugas.

Pero ella sí había cambiado. Sólo con el mayor de los cuidados lograba ocultar las pequeñas señales que el tiempo y su invalidez, que ahora era crónica, habían dejado… Muy pronto, a no ser que consiguiese recuperar la salud y aprovechar la juventud que aún le quedaba, ni siquiera el más cuidadoso de los maquillajes podría ocultar la creciente red de arrugas que rodeaban sus ojos, los pliegues en las comisuras de los labios, la incipiente papada bajo la barbilla. ¿Era posible que Henry hubiese atribuido la aversión de ella a la luz del día a algo más que la enfermedad?

Leona repasó de nuevo los gustos de su marido, las cosas que él ponía por encima de todo. Tras diez años de matrimonio —un matrimonio que ella había planeado con minuciosidad casi militar—, Leona sabía perfectamente bien que la fortuna de su padre había sido un arma muy poderosa contra cualquier descarrío de Henry. Era muy difícil considerar la posibilidad de que él hiciera algo que colocara los millones Cotterell fuera de su alcance.

Así le gustaban a ella las cosas, se recordó Leona. Que todo estuviera perfectamente claro. Ella siempre lo había querido así. Las relaciones que actualmente mantenía con su marido daban a Leona lo que ella más deseaba: un hombre que, por encima de todo, daba cuerpo a la ilusión que ella había creado; la ilusión de un matrimonio feliz. Era envidiada por sus amigas, y ser envidiada es una de las sensaciones más agradables que la vida puede ofrecer.

La consideración de su matrimonio a la medida se desvaneció para dar paso de nuevo a la irritación que le producía aquella indeseada soledad. ¡El maldito teléfono! Aquella persistente señal de comunicar tenía algo de inverosímil…

Entonces se le ocurrió que en el sistema de comunicaciones automáticas podía haber alguna avería mecánica. Se incorporó, tomó el auricular, furiosa consigo misma por no haber pensado antes en ello. Marcó el número de la central y esperó.

En el teléfono, la señal de llamada fue seguida por un «clic» y la agradable voz de la telefonista preguntando:

—¿Qué número desea, por favor?

—¿Me pone con Murray Hill tres, cero, cero, nueve, tres?

—Puede usted efectuar esa llamada automáticamente —le dijo la muchacha.

—No puedo —replicó Leona, con tono de fastidio—. Por eso recurrí a usted.

—¿Cuál es el problema, señora?

—Pues que he estado marcando Murray Hill tres, cero, cero, nueve, tres, durante la última media hora y la línea está siempre ocupada. Y eso resulta absurdo.

—¿Murray Hill tres, cero, cero, nueve, tres? —repitió la telefonista—. Trataré de comunicarle. Un momento, por favor.

—Es la oficina de mi marido —explicó Leona, escuchando cómo marcaba la telefonista—. Hace horas que debía estar en casa. Y no sé qué puede entretenerle, ni por qué esa ridícula línea tiene que estar ocupada. Por lo general, la oficina cierra a las seis.

—Llamando a Murray Hill tres, cero, cero, nueve, tres —dijo la telefonista, mecánicamente.

¡Otra vez la señal de comunicar! ¡La maldita, estúpida y eterna señal de comunicar! Estaba a punto de quitarse el teléfono del oído cuando milagrosamente la señal cesó y un hombre dijo:

—¿Hola?

—¡Oiga! —gritó ella, ansiosa—. Póngame con el señor Stevenson, por favor.

El hombre repitió, estúpidamente:

—¿Hola?

El tipo tenía una voz profunda, ronca, muy peculiar, fácilmente clasificable apenas se le hubiera oído decir una palabra.

Leona acercó la boca al micrófono y dijo, cuidadosa y crispadamente:

—Deseo hablar con el señor Stevenson. Soy su mujer.

Y la ronca voz replicó:

—¿Eres tú, George?

Absurdamente, procediendo de alguna parte, una segunda voz —vulgar, nasal—, contestó:

—Al habla.

Desesperada, Leona gritó:

—¿Quién está ahí? ¿Qué número es ese, por favor?

—Recibí tu recado, George —dijo la voz ronca—. ¿Está todo listo para esta noche?

—Sí. Todo a punto. Ahora estoy con nuestro cliente. Dice que no hay moros en la costa.

Resultaba fantástico. Inexplicable e imposible. Fríamente, Leona dijo:

—Perdón. ¿Qué está ocurriendo? Estoy empleando esta línea. Hagan el favor…

Incluso mientras hablaba, la mujer sabía que ellos no podían oírla. Ni George ni el hombre de la voz ronca podían escucharla. Era un cruce. Debería colgar, ponerse de nuevo en contacto con la central y empezar de nuevo toda la operación. Al menos eso era lo que debería hacer. Pero le resultaba imposible. Los dos desconocidos seguían hablando, y lo que decían congeló a Leona junto al teléfono.

—Perfecto —dijo la voz ronca—. ¿Sigue siendo a las once y cuarto, George?

—Sí. Espero que te sepas las instrucciones de memoria.

—Creo que sí.

—Bueno, pues repítelas otra vez para asegurarnos de que lo has entendido bien todo.

—De acuerdo, George. A las once, el policía privado entra en el bar de la Segunda Avenida para tomarse una cerveza. Me meto por la ventana de la cocina, en la parte trasera. Luego espero a que pase un tren por el puente… por si su ventana está abierta y a ella se le ocurre gritar.

—Exacto.

—Oye, se me olvidó preguntarte una cosa, George. ¿Irá bien un cuchillo?

—Perfecto —replicó la nasal voz de George—. Pero hazlo rápido. Nuestro cliente no desea que la mujer sufra mucho.

—Comprendo, George.

—Y no te olvides de llevarte los anillos y pulseras… y las joyas que hay en el cajón del buró —continuó George—. Nuestro cliente desea que todo parezca un simple robo. Un simple robo. Eso es muy importante.

—No habrá ninguna pega, George. Ya me conoces.

—Sí. Y ahora, otra vez…

—De acuerdo. Cuando el policía entre a tomarse la cerveza, yo me meto por la ventana trasera; o sea, la cocina. Luego espero a que pase el tren. Después de acabar, me llevo las joyas.

—Exacto. ¿Estas seguro de que conoces la dirección?

—Si —replicó la voz ronca—. Es en…

Rígida de miedo y excitación, Leona oprimió el auricular contra su oído hasta que le hizo daño en la sien. Pero en aquel instante la comunicación se cortó y fue seguida, tras un segundo o dos, por la tranquila monotonía de la señal de línea.

Jadeó, horrorizada. Susurró:

—¡Qué espanto! ¡Qué cosa tan horrible!

¿Podía existir alguna duda acerca del significado de aquellos estrafalarios, y fríos

y casi comerciales comentarios? ¡Un cuchillo! ¡Un cuchillo! El hombre había dicho aquello con la misma frialdad que si el hablar de cuchillos, ventanas abiertas y mujeres gritando fuera la cosa más corriente del mundo.

9’35

Leona se quedó con el teléfono en la mano, mirando con horror la atestada mesita de noche. ¿Qué acababa de oír? No podía ser… Era imposible. Se trataba de una broma de su imaginación, debió de adormecerse un momento y un sueño se introdujo en las cavernas de su cerebro. Pero el calmado e impersonal tono que emplearon George y el hombre de la voz ronca volvía con inconfundible claridad cada vez que ella trataba de recordar. Nunca un sueño había tenido líneas tan definidas. Les había oído. La cosa era tan real como el auricular que aún mantenía en la mano. Había escuchado sus dos voces haciendo la sinopsis del asesinato de alguna pobre mujer, que se encontraba sola y sin protección y cuya muerte había sido ordenada con la misma sencillez con que uno pide que le manden unas verduras de la tienda.

Pero, ¿qué podía hacer ella? O, mejor, ¿que debía hacer? Había oído todo aquello accidentalmente, debido a un fallo mecánico en el sistema telefónico. No había escuchado nada que condujera directamente a aquellos espantosos hombres. Tal vez fuera mejor que tratara de olvidar aquella extraña conversación. Pero no. Había que pensar en aquella mujer que, tal vez como ella misma, se encontrara sola y sin amigos que debía ser puesta sobre aviso por difícil que resultara lograrlo. No podía permanecer ajena al asunto… Debía hacer algo inmediatamente para tranquilizar su conciencia. Con dedos temblorosos tomó el teléfono y marcó el número de la central.

—Señorita… —dijo Leona, nerviosamente—. Me han cortado…

—Lo siento, señora. ¿A qué número llamaba?

—Bueno… Tenía que haber sido Murray Hill tres, cero, cero, nueve, tres. Pero no lo era. Debió de producirse un cruce. Me pusieron con un número equivocado y… he oído algo espantoso… Un asesinato… —Imperiosamente, Leona levantó la voz—. Y ahora quiero que vuelva a ponerme con ese número.

—Lo siento, señora. No comprendo.

—¡Oh! —exclamó la mujer, impaciente—. Ya sé que era un número equivocado y que no tenía por que escuchar, pero esos dos hombres, unos despiadados asesinos, van a matar a alguien. A una pobre e inocente mujer que se encuentra completamente sola en una casa cercana a un puente. Y tenemos que detenerles. Tenemos que hacerlo.

—¿A qué número llamaba, señora? —preguntó la telefonista, paciente.

—Eso carece de importancia. Era, un número equivocado. Un número que marcó usted misma. Y debemos averiguar inmediatamente cual era.

—Pero, señora…

—¡No sea usted estúpida! —estalló Leona—. Mire, indudablemente, todo fue debido a un pequeño error suyo al marcar. Yo le dije que tratara de ponerme en contacto con Murray Hill tres, cero, cero, nueve, tres. Usted marcó ese número…

Pero su dedo debió de resbalar y me puso con otro número… Yo podía oírles a ellos, pero ellos no me oían a mí. Lo que no veo es por que no puede usted cometer de nuevo ese mismo error, esta vez a propósito. ¿No le es posible marcar de nuevo Murray Hill tres, cero, cero, nueve, tres, en la misma forma descuidada?

—¿Murray Hill tres, cero, cero, nueve, tres? —repitió la muchacha, rápidamente —. Un momentito, por favor.

Mientras esperaba, Leona movió la mano hacia los frascos de medicinas que había sobre la mesilla de noche y tomó el pequeño pañuelo de encaje que había entre ellos. Estaba secándose la frente con el cuando sonó la señal de comunicar y la telefonista la cortó para decir:

—Esa línea está ocupada, señora.

En su furia, Leona golpeó con el puño el larguero de la cama.

—¡Señorita! —llamó—. ¡Señorita! Ni siquiera ha intentado usted conseguir ese número equivocado. Se lo pedí explícitamente. Y todo lo que usted hizo fue marcar bien. Ahora deseo que localice esa llamada. ¡Es su deber hacerlo!

—Un momentito —dijo la muchacha, con una suavidad en la que se advertía cierto tono de resignación—. Le pondré con la telefonista jefe.

—Sí, haga el favor —dijo Leona, retrepándose furiosa contra las almohadas.

Otra voz, suave y eficiente, dijo:

—Telefonista jefe.

Leona volvió a concentrarse en la boquilla del teléfono y de nuevo comenzó a hablar de forma exageradamente cuidadosa, con la voz tensa por el fastidio.

—Soy una inválida y acabo de sufrir un terrible *shock* debido a algo que oí por teléfono. Es necesario que localice esa llamada. Se trataba de un asesinato, un terrible crimen a sangre fría que iban a perpetrar esta noche contra una pobre mujer. A las once y cuarto. Verá: estaba tratando de comunicarme con la oficina de mi marido. Estoy sola. Mi doncella está fuera y los otros criados no duermen en casa. Mi esposo prometió estar en casa a las seis, así que cuando a las nueve no hubo llegado, comencé a llamarle. El teléfono estuvo dando él todo el rato la señal de comunicar. Entonces pensé que tal vez hubiese alguna avería en el sistema automático y pedí a la telefonista que tratara de ponerme con ese número. Cuando lo hizo, se produjo un cruce y oí esa espantosa conversación entre dos asesinos. Luego, antes de poder averiguar quiénes eran, la comunicación se cortó. Así que pensé que podían ustedes conectarme de nuevo con ese número equivocado, o localizar la llamada, o algo por el estilo…

La telefonista jefe era muy amable y comprensiva. Lo era de forma casi enloquecedora. Explicó que las únicas llamadas que podían localizarse eran las que se estaban efectuando en el momento de intentarlo. Como es lógico, con las que ya habían concluido no podía hacerse nada.

—Estoy segura de que ahora ya habrán acabado de hablar —dijo Leona, con acritud—. No estaban hablando precisamente de temas sociales. Ése es el motivo de

que pidiera a la telefonista que les localizara inmediatamente. Se diría que una cosa tan sencilla como esa…

El áspero tono de crítica de la mujer no consiguió alterar a la telefonista jefe.

—¿Qué razón tiene para desear que se localice esa llamada, señora?

—¡Razón! —exclamó Leona—. ¿Es que no son suficientes todas las razones que ya le he dado? Por casualidad, escuché a dos asesinos. El crimen de que estaban hablando se va a cometer esta noche, a las once y cuarto. En alguna parte de esta ciudad, una mujer va a ser asesinada…

La telefonista jefe se mostraba comprensiva… y razonable.

—Comprendo perfectamente, señora. Mi consejo es que pase esa información a la policía. Si marca el número de la central y pide que le comuniquen…

Leona colgó un momento, luego volvió a tomar el micrófono, esperando la señal de línea. En su interior la furia iba creciendo, tiñendo de rojo sus pálidas mejillas, aislándola de todo cuanto no fuera el sonido del disco telefónico al girar. No oyó los susurrantes ruidos que producían los barcos al cruzar las oscuras aguas, ni el zumbar del tráfico deslizándose por la autopista que bordeaba el río. No advirtió el machacar de acero contra acero, el *claqueti-clac, claqueti-clac* del tren que se aproximaba al puente. No notó el temblor de las ventanas de su cuarto, que vibraban junto con el estremecido puente. Hasta que el tren no hubo alcanzado el punto álgido de su rugir, Leona no lo oyó, y para entonces, la telefonista estaba diciendo:

—¿Qué número desea, por favor?

—Póngame con la policía pidió, estremeciéndose mientras el aullido del acero machacando resonaba en la noche y luego se extinguía lentamente.

Mientras el teléfono daba la señal de llamar, Leona advirtió una vez más el opresivo calor reinante. Se secó el sudor de los ojos y de la frente con el pañuelo. Luego una cansada voz respondió:

—Estación de policía. Distrito diecisiete. El sargento Duffy al habla.

—Aquí la señora Stevenson… La señora de Henry Stevenson, de Sutton Place, cuarenta y tres. Llamo para informar de un asesinato.

—¿Cómo dice, señora?

—He dicho que quería informar de un asesinato.

—¿Un asesinato, señora?

—Si me deja terminar, por favor…

—Claro, señora.

—Se trata de un crimen que aún no se ha cometido, pero que tendrá lugar esta noche. Por casualidad, oí como lo planeaban por teléfono.

—¿Quiere usted decir que oyó eso por teléfono?

—Sí. En un número equivocado con el que me puso la telefonista. He intentado que localizasen ese número, pero todos son tan estúpidos…

—¿Y si me dice dónde se supone que va a cometerse ese crimen, señora?

—Se trata de algo que es seguro que ocurrirá —dijo Leona, con firmeza, notando

las dudas del policía—. Oí claramente los planes. Había dos hombres hablando. Iban a matar a una mujer a las once y cuarto. Ella vive cerca de un puente.

—Sí, señora.

—Y en la calle hay un policía privado que a determinada hora va a algún sitio de la Segunda Avenida a tomarse una cerveza. Entonces el asesino aprovecha para meterse por una ventana y matar a la mujer con un cuchillo.

—¿Sí?

—Y también hay un tercer hombre (un cliente, así le llamaban) que les paga para que hagan eso tan horrible. Quería que se llevasen las joyas de la mujer para que pareciese un robo.

—Sí, señora. ¿Es eso todo, señora?

—Bueno, todo esto me ha alterado terriblemente… No estoy bien de salud…

—Comprendo. ¿Y cuando ocurrió la cosa, señora?

—Hace unos ocho minutos.

—¿Me da usted su nombre, por favor?

—Soy la señora de Henry Stevenson.

—¿Y su dirección?

—El cuarenta y tres de Sutton Place. Eso está cerca de un puente. El de Queensboro, ya sabe. En nuestra calle… y en la Segunda Avenida, tenemos un policía privado de vigilancia.

—¿A que número llamaba usted, señora?

—A Murray Hill tres, cero, cero, nueve, tres. Pero ése no es el número que he oído, sino el de la oficina de mi marido. Trataba de llamarle para averiguar por qué no había vuelto a casa aún…

—Bien, investigaremos eso, señora Stevenson. Trataremos de comprobarlo con la Compañía telefónica.

—Pero allí dicen que no pueden localizar una llamada que ya ha concluido. Personalmente, creo que deberían hacer algo mucho más inmediato y drástico que investigar la llamada. Para cuando la localicen, el crimen ya se habrá cometido.

—Bueno, bueno, ya nos ocuparemos de eso —suspiró Duffy—. No se preocupe.

—Es que no puedo evitarlo, oficial —se quejó Leona—. Tienen que hacer algo para proteger a esa persona. Yo misma me sentiría más segura si mandasen un auto patrulla a este vecindario.

Duffy volvió a suspirar.

—Mire, señora, ¿sabe usted lo larga que es la Segunda Avenida?

—Sí, aunque…

—¿Y sabe cuántos puentes existen en Manhattan?

—Claro que no, pero…

—Ahora dígame qué le hace pensar que ese asesinato, si es que sucede en algún sitio, va a suceder precisamente en su barrio. Tal vez la que usted oyó no era ni siquiera una llamada hecha en Nueva York. Puede que fuera un cruce con la línea de

larga distancia.

—Creí que ustedes, al menos, intentarían algo —dijo la mujer, acremente—. Se supone que la policía está para proteger a las personas decentes. Pero cuando le digo que va a cometerse un asesinato, usted me contesta como si le estuviera gastando una broma.

—Lo siento, señora —replicó Duffy, con suavidad—. Si pudiéramos evitarlos todos, lo haríamos. Pero una pista como la que usted me ha dado, resulta un poco vaga, ¿comprende? En realidad, nos es tan poco útil como el no saber nada. Ahora, atiéndame. Tal vez lo que usted oyó fue una de esas extravagantes emisiones de radio. Puede que de alguna forma conectase usted con un programa policíaco. Incluso es posible que sonara en la calle y usted creyese que lo oía por el teléfono.

—No —replicó ella, fríamente—. Es imposible. Le digo que lo oí por teléfono. ¿Por qué se muestra tan reacio a creerlo?

—Deseo ayudarla en lo que pueda, señora —aseguró el policía—. ¿No cree que en esa llamada puede haber algo raro, que tal vez alguien planea asesinarla a usted?

Leona rió, nerviosa.

—¿A mí? Pues… claro que no. Eso es ridículo. Quiero decir que… ¿por qué iba a querer nadie? En Nueva York no conozco a una sola persona. Llevo aquí pocos meses y no trato más que con mis criados y mi marido.

—Bien, señora, entonces no tiene por qué preocuparse —dijo Duffy, en tono realista—. Y ahora, si me perdona, hay otras cosas que necesitan mi atención. Buenas noches, señora.

Con una exclamación de disgusto, Leona volvió a dejar el receptor sobre la horquilla. De la mesilla de noche tomó un pequeño frasco de sales de olor, lo destapó y luego se lo pasó por debajo de su nariz, aspirando É su fuerte y vivificante aroma. Volvió a colocar el tapón y puso el frasco sobre la mesilla. Se apoyó de nuevo contra las almohadas, preguntándose qué debía hacer ahora. La irritación provocada por la indiferente actitud del policía se apaciguó un poco. Después de todo, era muy poco probable que aquellos dos hombres pudieran ser localizados directamente. Pero aun así, debía haberse tomado alguna medida. Al menos la policía debió ofrecerse a emitir una alarma de radio para alertar a todos los agentes de la ciudad sobre el peligro que amenazaba a alguien, no importaba en qué lugar.

Al cabo de un momento, la ansiedad producida por la conversación de los asesinos comenzó a difuminarse. No es que llegara a olvidarse por completo de aquellas terribles palabras, ni que dejase de pensar en aquella pobre mujer sentenciada a muerte. Pero su propia soledad volvió a convertirse en el hecho desagradable más inmediato. Era absolutamente imperdonable que Henry la hubiese dejado sola de esta forma. Con sólo que él se lo hubiera advertido, Leona podría haber pedido a la doncella que se quedase.

Ahora todo cuanto le rodeaba comenzó a alterarle los nervios. La habitación en penumbra, tan rica, tan espléndidamente amueblada, se convirtió en una odiosa celda

de la que no había escapatoria. El carísimo juego de tocador que brillaba suavemente sólo la hacía pensar en su decadente belleza. La mullida tumbona, las sillas y banquetas tapizadas de alegres colores, los delicados veladores colocados sobre la gruesa alfombra de un tono que hacía juego con el de las paredes… Todo parecía haber sido colocado por un tramoyista sin imaginación. El cuarto carecía de vida. Era una celda. Los transparentes visillos de etamín y las espléndidas cortinas de las ventanas lo mismo podían haber sido barras de hierro. Leona detestaba aquel lugar. Detestaba su propia incapacidad para soportar la soledad. Descolgó de nuevo el teléfono y marcó el número de la central.

—Señorita, por amor de Dios, ¿querría marcar de nuevo ese número, el Murray Hill tres, cero, cero, nueve, tres? No comprendo que puede estarle retrasando tanto.

Esta vez no sonó la señal de comunicar. En lugar de eso, se oyó el zumbido de llamada hasta que la telefonista la interrumpió para decir:

—No contestan.

—Ya lo veo —contestó Leona, agriamente—. Lo estoy oyendo. No tiene que decírmelo. Me doy cuenta yo misma.

Y tras estas palabras, colgó.

Volvió a retreparse contra las almohadas, mirando hacia la entornada puerta del cuarto, escuchando con esa intensidad con la que las personas que se encuentran solas tratan de extraer del silencio que les rodea algún sonido, alguna prueba de movimiento, alguna señal indicadora de que la soledad ha concluido. Pero no había nada. Su mirada recayó sobre la mesilla de noche, donde se veía el montón de frascos de medicinas, el reloj, el pañuelo arrugado, todo dispuesto alrededor del teléfono. Sin casi darse cuenta de lo que hacia, la mujer se inclinó hacia delante, abrió el pequeño cajón de la mesilla y sacó un peine adornado con pedrería y un espejo de mano. Comenzó a arreglarse el cabello, paseándose rápidamente el peine por él y moviendo la cabeza a ambos lados para observar el resultado en el espejo. Satisfecha de haber restaurado la elegancia de sus cabellos, Leona sacó del cajón un lápiz labial y restauró las líneas carmesí de su boca.

Pensó que Henry nunca había dejado de demostrar su admiración por la belleza de ella. Tal vez últimamente sus lacónicos comentarios se habían vuelto menos espontáneos, más mecánicos. ¿O sólo se lo parecía ahora ante aquella inexplicable tardanza? Esto hizo que Leona recordase que el paradero de su marido seguía siendo el problema del momento, la fastidiosa situación respecto a la cual aún había que hacer algo.

Del mismo cajón de la mesilla sacó un pequeño cuaderno de notas. Lo había abierto por la letra J cuando sonó el teléfono. Rápida, ansiosamente, lo descolgó y dijo, con tono musical:

—Dígame.

Su alegría se truncó al oír:

—Aquí larga distancia. Tengo una llamada de persona a persona para la señora de

Henry Stevenson. La llaman de Chicago.

—Sí —replicó ella—. Aquí la señora Stevenson. —Y segundos después—: Hola, papá. ¿Cómo estás?

—Muy bien —replicó Jim Cotterell—. Muy bien, Leona… Y… ¿cómo se encuentra esta noche mi niña?

Durante toda su vida, Leona Stevenson había oído con desagrado el fuerte tono de voz con el que su imponente padre desarrollaba sus unilaterales conversaciones de costumbre. Por lo general, siempre estaba diciéndole a alguien lo que debía hacer. Y habitualmente, lo que debía hacerse tenía algo que ver con la comodidad personal o con la enorme cuenta bancaria de Jim Cotterell. O con ambas cosas. Su pasmosa energía y su punzante lengua habían convertido la fórmula de una píldora en uno de los negocios farmacéuticos más importantes del mundo. No siendo químico él mismo, había explotado el filón de platino puro que es la pasión del público por la automedicación. Los químicos como le divertía decir al hombre siempre que no había ningún químico presente, y algunas veces cuando lo había podían encontrarse a centavo la docena. Pero los buenos vendedores eran escasos y valían su peso en oro.

Treinta años atrás, Jim Cotterell había convencido a un modesto farmacéutico de que le vendiese por una nadería la fórmula de un inofensivo y en ocasiones eficaz remedio contra el dolor de cabeza. En la actualidad, sus píldoras, polvos y jarabes calmantes eran fabricados en doce fábricas gigantes y llegaban a todas partes del mundo. El hombre dirigía esta enorme red corporativa con mano férrea, la misma mano que temblaba de agitación siempre que su hija Leona fruncía el ceño. La relación entre Jim y Leona era muy rara, y nadie sabía eso mejor que los mismos Jim y Leona.

La madre de Leona, que no sobrevivió al nacimiento de su hija, había sido de una gran belleza y poseído un refinado orgullo. Pero no fue la compañera adecuada para el inquieto demonio del que se enamoró. Su muerte había sido el primer fracaso de Jim Cotterell, y le afectó muchísimo. Le dejó vacío de toda ternura, de todo instinto que no fuera el de acumular riquezas. Excepto, claro, en lo que respectaba a su hija. Leona no se convirtió tanto en un objeto al que amar como en una especie de *souvenir* de amor. Jim la cuidó como un cazador perdido y medio muerto de frío cuida la hoguera que le calienta. Y a medida que la muchacha fue creciendo, el hombre comenzó a sentir miedo. No a que la hoguera le consumiese a él, sino a que se extinguiera.

Leona, que heredó la belleza de su madre, era una extraña mezcla de la testarudez de su padre y del orgullo de la muerta. Sin embargo, a medida que fueron pasando los años, esta extraña mezcla no desarrolló en Leona ninguna fortaleza de carácter. En vez de eso, la muchacha se hizo excesivamente suspicaz, demasiado calculadora y firmemente dispuesta a que todo se hiciese a su manera. Y a costa de quien fuera.

Jim, por razones cuidadosamente ocultas en las profundidades de su agresiva naturaleza, alentaba los excesos temperamentales de su hija. En cierto modo, le

agradaba —o satisfacía alguna necesidad interior del hombre— tener aquella especie de ídolo ante el cual humillarse. En la superficie, Jim justificaba su indulgencia atribuyendo a Leona una debilidad física que amenazaba su vida. En este aspecto, sus miedos habían sido convenientemente apoyados por el médico de la familia, el cual, francamente desconcertado por los berrinches de Leona, había aconsejado una política de apaciguamiento. La facilidad que Leona tuvo durante su infancia de emplear como protección y arma una imaginaria enfermedad, le había dado alas hasta que, en los últimos años, comenzaron a presentarse unos síntomas que tenían todas las características de una verdadera afección. Los recuerdos de infancia yacían bajo la superficie de su conciencia y quedaban sólo los alarmantes síntomas físicos, que aparecían en los momentos de gran tensión. Así que ahora, a los treinta y tantos años, Leona se creía a sí misma desesperanzadamente a merced de un débil corazón. Su médico, que seguía sin saber a qué atenerse, pensó que tal vez fuera así. Indudablemente, existían muchas indicaciones tendentes a apoyar su juicio. El hombre siguió tratándola según esos indicios. Sólo cuando Leona decidió ir a Nueva York, el médico sugirió que consultase con otro especialista del corazón.

—¿Cómo se encuentra esta noche mi niña? —había preguntado Jim.

—Estoy terriblemente trastornada —replicó Leona, como haciendo pucheros.

—¿Trastornada?

—¿Y quién no lo estaría? No hago más que pensar dónde se encuentra Henry y, además, por teléfono oigo cómo se planea un crimen.

—¡Por el amor de Dios, preciosa! ¿De qué estás hablando?

—Trataba de llamar a Henry a la oficina. Y no sé cómo, se produjo un cruce y oí a esos dos hombres hablando de matar a una mujer…

—Un momento, un momento —pidió Jim, con voz ronca—. A ver si entiendo eso. ¿Por qué tratabas de llamar a Henry a la oficina a esta hora de la noche?

—Pues simplemente porque aún no ha vuelto a casa. No sé lo que ha ocurrido. Le llamé una y otra vez a la oficina y siempre daba la señal de comunicar. Hasta que se produjo el cruce con esos dos hombres.

—Realmente, esto me saca de quicio —gruñó su padre—. Ese tipo no tiene otra responsabilidad en el mundo y te gasta un bromazo como ése. Aunque haya ida a esa reunión de Boston, debía haber…

—¿Boston? —gritó Leona—. ¿Qué pasa con Boston?

—¿No te lo dijo Henry? Allí hay una convención de farmacéuticos, y en su último informe, Henry me escribió que tal vez fuese a ella. Pero aunque haya tomado la decisión en el último minuto, no tiene derecho a irse sin hacértelo saber.

—Tal vez haya intentado hacerlo —dijo la mujer, dudosa—. Puede que haya estado tratando de comunicarse conmigo al mismo tiempo que yo le llamaba a él. Si tenía que tomar un tren, es posible que…

—¡Narices! Nada debió impedirle ponerse en contacto contigo.

—Ya.

—Bueno, no te preocupes, preciosa. Ya le ajustaré las cuentas a Henry…

Leona le interrumpió:

—Lo malo es que no puedo evitar preocuparme. Esa llamada telefónica que oí…

—Tranquilízate. Probablemente, era una broma, un par de patosos. ¿Quién va a hablar de un asesinato verdadero por teléfono?

—La cosa iba de veras —aseguró ella, hoscamente—. Y la verdad es que me ha trastornado mucho, porque encontrándome sola en casa…

—¡Sola! ¿Quieres decir que no están ni siquiera los criados?

—No. Se han ido todos.

—Pues sí que estamos buenos… ¿Has llamado a la policía?

—Desde luego. No mostraron mucho interés. Es ridículo.

—Bueno, pues, en estas circunstancias, has hecho lo que podías. Así que no te preocupes más, preciosa. —Y con voz temblorosa por la ira, añadió—: Y mañana tendré una pequeña charla con Henry, este donde esté.

—De acuerdo, papá. Buenas noches.

—Buenas noches. Me gustaría que volvieras a casa. Esto está tan muerto como un depósito de cadáveres. No sé cómo permití que Henry me convenciera… Bueno, cuídate y no te preocupes. Mañana te llamo.

Al colgar, el rostro de Leona estaba animado por una levísima sonrisa. Pensaba en cómo detestaba Henry aquellas llamadas, o a su suegro. No es que Henry hubiera dicho nunca nada, pero su odio era algo que se notaba sin necesidad de que lo expresase.

9’5l

Leona se sintió un poco calmada por la preocupación de su padre y por la perspectiva del broncazo que le esperaba a Henry. A pesar de todo, fue incapaz de persuadirse a sí misma de reflejarse y permitir que el tiempo respondiera a sus preguntas. Respecto a la espantosa charla entre George y el otro malhechor, ella había hecho cuanto estaba en su mano para atraer la atención de la policía sobre el asunto. Si ocurría alguna tragedia, ella, honradamente, no podría reprocharse nada. Probablemente, los periódicos del día siguiente revelarían el final de aquella historia… si es que la historia tenía final. Y si alguna persona inocente era encontrada muerta a cuchillazos y robada, le diría a Henry que escribiese a los periódicos y al jefe de policía, y quizá al mismo alcalde, revelando la falta de interés con que la policía trataba una información tan vital. Y luego, pensó Leona, tendrían que investigar un verdadero misterio, ya que su testimonio probaría que el robo era sólo una farsa y que alguien había contratado al asesino de la pobre mujer. Una cosa así causaría sensación en la Prensa, y su intento de prevenir el crimen provocaría, indudablemente, grandes titulares. Los amigos de Chicago quedarían asombrados de su valor. Yeso que era una inválida… o casi.

Pero, ¿dónde estaba Henry? Leona había interrumpido varias veces el hilo de sus pensamientos para volver a prestar oído a los minúsculos ruidos amplificados por la

concentración de su escucha que podían significar la presencia de alguien en la casa. Un madero que crujía, un trozo de papel al que la suave brisa hacia revolotear, y, por un momento, la mujer creía haber oído unos pasos, o una respiración humana. Cada vez, su corazón se aceleraba; ante cada nueva desilusión, aumentaba la llama de su rencor. No podía permanecer tumbada, limitándose a esperar. Al menos, debía hacer algún esfuerzo por conseguir noticias de Henry.

Recordó la libretita negra y volvió a sacarla del cajón de la mesilla, abriéndola de nuevo por la J. Había una anotación en la que se leía: «Señorita Jennings», y junto a ella, el número: Main 414500.

Las pajariles damas que tenían su nido en el Hotel para Mujeres Elizabeth Pratt parloteaban animadamente en el salón principal. Aquella noche tocaba jugar a la lotería, y rodeando una veintena de mesas —mesas de *bridge*, escritorios y simples mesas tomadas del comedor— las damas concentraban su atención en los cartones que tenían frente a ellas, cloqueando, gorjeando y a veces cacareando cuando se cantaban los números.

Era una habitación decorada a la antigua, con muebles raídos, que olían a terciopelo viejo y a respetabilidad. De las deslucidas paredes pintadas de color oscuro colgaban borrosas y polvorientas pinturas rodeadas por enormes marcos. A lo largo de las paredes, en rígida hilera, se alineaban recargados butacones y canapés separados por mesas sobre las que había gran cantidad de lámparas de loza provistas de pantallas de flecos. Del techo colgaba una complicada araña de bronce, en la cual los quemadores de gas de emergencia hablaban de la época escéptica en que fue fabricada. Las empantalladas bombillas eléctricas arrojaban una tamizada luz sobre la sala. En aquel lugar no había nada que desmintiese la ilusión del pasado en el que la mayor parte de las huéspedes del hotel vivían.

En un extremo de la habitación, una alta y huesuda mujer, vestida con un ajado traje negro, atisbaba, a través de sus lentes de pinza, los números que iba sacando del bombo que tenía ante ella. Luego, cuando cada bolita había sido convenientemente examinada, la mujer volvía la cabeza a un lado, miraba hacia el fondo del salón, y en voz alta y resonante, cantaba el número. Después, por su enjuto rostro pasaba una breve sonrisa y se preparaba para extraer otra bolita del bombo. El proceso se había ido desarrollando durante algún tiempo con monótona regularidad, cuando una interrupción sin precedentes desconcertó por completo a la mujer de los lentes de pinza.

Una mujercita vestida de gris, con cuello y puños almidonados, había entrado en el cuarto y extendido una vacilante mano hacia la voceadora de números.

—¡Ssssst! —llamó—. ¡Señorita Jennings!

La mujer de los lentes de pinza dirigió una sorprendida y reprobatoria mirada a la que le había interrumpido.

—Haga el favor —dijo, en tono cortante.

Luego volvió a dedicarse a su tarea de extraer bolitas del bombo. Pero la intrusa,

aunque visiblemente intimidada, no estaba fuera de combate. Como disculpándose, murmuró:

—La llaman por teléfono, señorita Jennings. Una tal señora Stevenson…

La señorita Jennings dirigió una penetrante mirada a la nerviosa mujercita.

—¿Quién? —preguntó, asombrada.

—La señora Stevenson. Si es que no se ha cansado de esperar.

La señorita Jennings abrió mucho los ojos, y los lentes de pinza de su nariz temblaron visiblemente.

—¡Oh! —exclamó—. Dígale que voy inmediatamente. —Luego, haciendo cimbrearse su teñido moño negro, volvió la cabeza de un lado para otro, y dijo, excitada—: Lo siento muchísimo, señoras. Espero que me disculparán. Se trata de una llamada urgente de la señora Stevenson. Ya saben, la hija del señor Cotterell, el amo de la compañía Cotterell. Mi Compañía…

La mujer abandonó la sala y al pasar frente al mostrador del vestíbulo donde se encontraba la centralita, dijo que le pasasen la comunicación a su cuarto. Este se encontraba al final de un largo y estrecho corredor del primer piso. La señorita Jennings pareció salvar esa distancia sin poner los pies ni una sola vez en los alfombrados peldaños de la escalera ni en las desnudas baldosas del corredor. Abrió la puerta de su cuarto y se abalanzó hacia el monstruoso sillón de terciopelo verde que había junto a su metálica cama. Luego, sin detenerse un instante, descolgó el teléfono:

—Di… dígame, señora Stevenson —jadeó.

Sus ojos parecían más pajariles que nunca, ahora que los lentes de pinza colgaban sobre su pecho al extremo de una cinta de seda.

—Lamentaría haberla molestado —se disculpó Leona.

—En absoluto, en absoluto —aseguró la señorita Jennings—. Sólo estaba participando en un juego que hemos organizado en el hotel. Perdone si la he hecho esperar.

—No tiene importancia —replicó Leona—. Sólo quería preguntarle si sabe dónde puede estar el señor Stevenson. Esta noche mi teléfono ha estado ocupado durante mucho rato, y me temo que a mi marido le haya resultado imposible comunicarse conmigo. Y como me siento muy inquieta…

La señorita Jennings apretó con más fuerza el aparato telefónico contra su enjuto pecho. En sus ojos se reflejó un brillo de interés maligno. Aquello prometía.

—Pues no —dijo, sin aliento—. No tengo ni idea. Es raro que aún no haya llegado a casa.

—¿Tenía algún motivo para trabajar hasta tarde? —preguntó Leona.

—No… No lo creo. A las seis, cuando yo salí, él no estaba en la oficina.

—¿No estaba?

—No. En realidad, durante todo el día no estuvo más que unos pocos minutos. Eso fue alrededor de las doce. Luego se fue con esa mujer y no volví a verle.

—¿Una mujer?

—Pues, sí —replicó la señorita Jennings, con los ojos más brillantes que nunca —. Una mujer que esperó más de media hora a que el señor Stevenson llegara. Parecía muy impaciente.

Leona dudó unos momentos. Luego, con voz trémula, preguntó:

—¿Era alguien que conociese el señor Stevenson? ¿Alguien que le hubiera visitado con anterioridad?

—No. Nunca había estado antes allí. Al menos, eso creo. Y el señor Stevenson pareció como si… como si no quisiera reconocerla. Bueno, al menos al principio.

—¿Recuerda el nombre de esa mujer, señorita Jennings?

—Si. Era Lord. LORD, la señora Lord. Y creo que se llamaba Sally.

—Bueno, ¿y que hicieron? —preguntó Leona.

La señorita Jennings miró al techo, tratando de recordar lo ocurrido durante el día.

—El señor Stevenson parecía un poco incómodo. Sin embargo, puedo decir que trató de salir airoso de la situación. Le dijo a la señora Lord que tenía una cita, y le preguntó si le importaría verle otro día. Ella dijo que no, que se trataba de algo muy importante. Así que el señor Stevenson sugirió que almorzara con él después de esa cita. Luego, los dos salieron juntos.

—¿Y él no regresó?

—No, señora Stevenson. Yo salí a las seis, como le dije, y su marido aún no había vuelto. Durante el día no se recibió más que un recado para él.

—¿Un recado? ¿De quién?

—¡Oh, de ese hombre! De ese señor Evans que llama a su marido cada semana. Una molestia periódica.

—To… Bueno, todo esto es muy extraño —balbució Leona—. Pero estoy segura de que si ocurriese algo importante, el señor Stevenson me lo hubiera dicho. Siempre me cuenta lo que ocurre en la oficina.

—Sí, señora Stevenson.

En el rostro de la mujer había una burlona sonrisa al decir esto.

—Dígame —siguió Leona—, ¿habló el señor Stevenson acerca de un viaje a Boston? Me dijo algo respecto a ello.

—¡Ah, eso! Sí, su marido informó al señor Cotterell que tal vez fuera a la convención de Boston. Pero si ha ido, yo no me he enterado.

—Bueno, gracias —dijo Leona, lo más animadamente que pudo—. Muchas gracias, señorita Jennings. No la entretengo más.

—Gracias a usted, señora Stevenson. Ha sido un placer. Espero haberle sido útil. En la oficina, la mayor parte de las empleadas la envidiamos, señora Stevenson. Su marido vive tan consagrado a usted…

—Sí, desde luego.

—Espero que le gustaran las flores de hoy —prosiguió la señorita Jennings—. Pensé que, por variar, las camelias resultarían agradables.

—Muy agradables —replicó Leona—. Adiós, señorita Jennings.

La solterona dijo adiós y colgó. Luego se echó hacia atrás y se quedó mirando tranquilamente la lámpara de bronce con tres bombillas desnudas que daba luz al cuarto. En realidad, no veía ni la escasa luz ni nada en absoluto. Sus ojos estaban vueltos hacia dentro, contemplando lo que prometía ser un excitante y jugoso secreto. Porque a ella no le cabía duda de que aquello era o había sido un secreto. En el señor Stevenson siempre hubo algo extraño. Una especie de lucha interna que ni su rostro pétreo e inexpresivo ni su reservado comportamiento lograban ocultar por completo. Y realmente, cuando una pensaba en ello, lo cierto es que pasaba el mínimo tiempo necesario en la oficina.

Y la señorita Jennings, con su retorcido cerebro trabajando a toda potencia, comenzó a hacer recuento de todas las posibilidades que arrojaba la situación. Pálida y temblorosa, Leona volvió a recostarse contra las almohadas. ¡Así que se trataba de aquello! ¡Lo imposible había sucedido! ¡El muy estúpido! Meterse en un asunto turbio con una fulana que debió de conocer años atrás… Caer en sus redes casi instantáneamente… Poner de manifiesto el poco interés que sentía por la Corporación Cotterell… Forzarla a ella a una elección, que por un lado conducía a la desgracia pública —a hacer añicos el sueño de toda su vida—, y por el otro a vivir una existencia llena de humillaciones, vencida para siempre por el convencimiento de Henry de que ella ya no podía causarle ningún daño. ¡Era inverosímil! ¿Por qué tenía que ocurrir todo aquello precisamente esa noche? ¿Es que alguien, tal vez Henry, trataba de volverla loca o de provocarle otro ataque cardíaco?

De pronto, recordó algo vagamente… El nombre de aquella mujer… Lord… Lo había oído antes. O visto. Aquel mismo día. En algún momento se había tropezado con ese nombre. En su ansiedad, le resultaba difícil recordar dónde y cómo… Sin embargo, estaba segura de que había sido así. De pronto, lo recordó. Sacó los pies de la cama y se puso en pie. Vacilante, se dirigió al tocador y encendió una de las lámparas que había a cada extremo del mueble. Su mirada se fijó en la blanca tarjeta que había llegado con las camelias mandadas por Henry aquel día. «Con todo mi amor, Henry», había escrito su marido. Leona rompió la cartulina y echó al suelo los pedazos. Comenzó a rebuscar entre los objetos que había sobre el tocador. Al fin, tras una hilera de frascos de perfume, lo encontró: una hojita de papel en la que se veían unas letras escritas con la torpe letra de la doncella. En el momento en que tomaba el papel sonó el teléfono.

Con la hojita en una mano, regresó a la cama y contestó. Una voz de hombre, hueca, cansada, con marcado acento inglés, dijo:

—El señor Stevenson, por favor.

—No está en casa —replicó Leona—. ¿Quién le llama?

—Soy el señor Evans. ¿Cuándo espera que regrese? Se trata de algo muy urgente. He estado llamando a su oficina, pero no parece que esté allí.

—Pues yo no tengo ni idea de dónde está el señor Stevenson. Será mejor que

vuelva a llamar más tarde.

—¿Digamos en quince minutos? —preguntó el hombre—. No tengo mucho tiempo. A medianoche salgo de la ciudad.

—De acuerdo —asintió Leona—. Dentro de quince minutos.

—Muchas gracias —murmuró el hombre—. Lo haré… Y en caso de que vuelva, ¿querrá decide que le he llamado? Mi nombre es Evans. EVANS. Es muy importante.

En cuanto hubo colgado, Leona se olvidó del señor Evans y de su llamada. Puso bajo la luz el trozo de papel que había tomado del tocador. En la parte de arriba podía leerse: «Llamadas para el señor Stevenson». Debajo, tres breves anotaciones:

15,10 h. Señor Evans. Richmond 8: 1112

16,35 h. Señor Evans. Richmond 8: 1112

16,50 h. Señora Lord. Jackson Heights 5: 9964.

¡Allí estaba! ¡Señora Lord! Llamando a Henry directamente a su propia casa… ¡A casa de *ella*! Resultaba ridículo. Para todo había límites, y aquello era demasiado. Tomó el teléfono y marcó el número de Jackson Heights. Su rostro había adoptado una expresión pétrea e impasible. Mientras esperaba, los dedos de su mano libre golpeaban nerviosamente sobre el filo de la cama. Tras unos momentos, la señal de llamada concluyó en un «clic» e inesperadamente, una voz infantil dijo:

—Diga. Aquí la residencia Lord.

Confusa, Leona pidió:

—Desearía hablar con la señora Lord.

—Un momento —replicó el niño—. Veré si está.

La mujer oyó un golpecito cuando el teléfono fue dejado sobre una mesita. Luego una lejana voz de hombre preguntó: «¿Era para mí, hijo?». El chiquillo replicó: «No, Para mamá». Se oía un confuso rumor de voces masculinas, no lo bastante cerca del teléfono para poderlas distinguir bien. Leona escuchó atentamente para reconocer, si era posible, a los hombres que hablaban. Pero ninguna de sus voces le sonaba familiar. De pronto se puso tensa y oprimió el teléfono contra su oído, en un esfuerzo por captar mejor los sonidos que le llegaban. A través del auricular había oído claramente el nombre «Stevenson» entre el rumor de la conversación. ¡Y el de la «Corporación Cotterell»! Y el de «Staten Island». Después, alguien —una mujer— se acercó al teléfono, ordenó al chiquillo que volviese a la cama y dijo a uno de los hombres: «Fred, ¿sabes lo que ha hecho? Estaba en la calle con los pies descalzos». Luego un leve ruido cuando recogieron el teléfono y la voz de la mujer, contestando: —Dígame.

A Leona le pareció de pronto que la boca se le había llenado de algodón. Hizo una breve pausa para tragar saliva.

—Oiga… —pudo decir, al fin—. ¿La señora Lord?

—Yo misma.

—Aquí la señora de Henry Stevenson, señora Lord. No… no creo que nos conozcamos; pero tengo entendido que usted vio a mi marido esta tarde.

—Ah, pues… sí —replicó la otra, tras algunas dudas.

El evidente nerviosismo de la mujer desató la lengua de Leona.

—Como es lógico, en circunstancias normales ni siquiera soñaría en molestarla, señora Lord —dijo, con tono sarcástico—. Pero resulta que mi marido aún no ha vuelto a casa esta noche. A mí me es totalmente imposible localizarlo, y pensé que tal vez usted pudiera darme alguna idea.

—Ah, pues… sí —repitió la mujer, débilmente.

—No la oigo bien, señora Lord. ¿Le importaría hablar un poco más alto?

—Desde luego. Yo…

—¿Pasa algo malo? —preguntó Leona, fríamente—. Espero que no me esté ocultando nada.

—Oh, no… ¿Le importa que la llame luego?

—¿Llamarme luego? ¿Por qué?

—Porque yo… —de pronto, la voz de la mujer sufrió un cambio total, pasando de la casi desesperación a una extraña y forzada alegría—. Bueno, ya sabe. Es mi día de *bridge*.

—¿Cómo? —preguntó Leona—. ¿A qué viene ahora el *bridge*? Perdone, pero no la comprendo en absoluto, señora Lord.

—Y luego está esa excursión a Roton Point —siguió la mujer, estúpidamente.

—Oiga, ¿es que trata de burlarse de mí? —preguntó, secamente, Leona—. En caso de que no lo sepa, soy una inválida. No puedo soportar ciertos modales. Ahora, conteste: ¿está mi marido ahí con usted? ¿Está? ¡Dígame la verdad!

—Son tres huevos por separado, dos tazas de leche y un tercio de taza de manteca —balbució la otra—. Mezcla la manteca con un poco de azúcar, luego añade una cucharita rasa de harina… —Durante un segundo, reinó el silencio. Luego la mujer susurró—: Leona… Leona… Soy Sally Hunt, Leona. ¿Me recuerdas? Siento portarme de una forma tan ridícula, pero mi marido está aquí al lado. No puedo hablar. Volveré a llamarte tan pronto como pueda. Aguarda…

Y luego, colgó.

Leona volvió a recostarse en la cama, relajándose un poco. Se sentía asombrada por esta última revelación. ¡Qué extraño resultaba que Sally volviera a introducirse en su vida en aquellos momentos!

¡Sally Hunt!

Sally había estado enamorada de Henry. Probablemente aún lo estaba, pese a que, al parecer, tenía marido e hijos. Estaba enamorada de él cuando la invitó a aquel baile del colegio. Aquella fue la noche en que Leona escogió a Henry de entre la multitud. Hacía muchos años. Pero le resultaba fácil recordar lo ocurrido.

En el fonógrafo colocado en el escenario del salón de actos sonaba música de baile. Abajo, en la gran sala adornada con banderines y gallardetes de papel, las parejas bailaban, o conversaban, o se movían alrededor de la mesa de los refrescos. La mayor parte de los chicos tenían un aspecto similar: pelo cortado a cepillo,

pantalones holgados, chaquetas de *tweed*. Y las muchachas también tenían su propio uniforme: suéters anchos y faldas, pelo largo y anudado en la nuca.

Pero había dos personas que eran distintas.

Indudablemente, el hombre que bailaba con Sally no era un mozalbete en edad escolar. Las ropas le sentaban bien, llevaba el pelo cortado de modo convencional y cuidadosamente arreglado, su forma de bailar era seria y nada movida. Un tipo alto, fuerte, atractivo. Por la forma en que Sally le miraba resultaba fácil comprender que en los ojos de la muchacha brillaba algo más que la animación producida por la fiesta.

En el rostro del joven no había nada que resultase particularmente revelador. Sobre la cabeza de Sally miraba al resto de los asistentes con un aire de indiferencia que estaba muy cerca de ser paternal.

Leona, una pálida y exquisita belleza vestida de rayón negro, con el brillante cabello cortado en melena a la altura de los hombros, se destacaba de la multitud como un transatlántico entre una flotilla de remolcadores. En ella, todo resultaba casi excesivamente distinto. Que esa diferencia había resultado cara de conseguir resultaba evidente. Las chicas no se vestían de esa forma con poco dinero.

Durante unos momentos, Leona observó cómo Sally bailaba. Luego cruzó la sala, dirigiéndose a las amplias espaldas de la pareja de Sally. Le dio unos golpecitos en el hombro y dijo, sonriente:

—¿Me permites?

Aquello sorprendió a la pareja. Sally quedó asombrada, y el hombre miró a Leona con descarada curiosidad.

—No te importa, ¿verdad, Sally? —preguntó Leona.

Sally se recuperó en seguida, diciendo:

—Has hecho una conquista, Henry. Te felicito.

Leona dirigió su lánguida mirada al compañero de su amiga:

—Soy Leona Cotterell. ¿Tú cómo te llamas?

Antes de que el hombre pudiera contestar, Sally le presentó rápidamente:

—Es Henry Stevenson.

Leona sonrió, agitó alegremente su brillante cabeza y fue hacia él, preguntando:

—¿Bailamos?

Eso fue todo.

Bailaron, y Leona estuvo deslumbrante. Después de aquello, desapareció del rostro de Henry toda expresión de indiferencia. Se mostró francamente encantado, y aunque su charla no tuvo nada de brillante, el hombre logró expresar en cierto modo la admiración que le producían los encantos de Leona y la distancia que separaba a ésta del resto de las jóvenes, que la separaba, por ejemplo, de chicas como Sally.

Henry adivinó en seguida que el padre de la muchacha era Jim Cotterell.

—Es de la clase de hombres que admiro —aseguró—. Sabe lo que quiere y tiene el suficiente cerebro para ir a ello y conseguirlo. Dinero. Uno puede obtenerlo todo

con dinero. Algún día… Henry se cortó, sonriendo como un chiquillo.

A Leona le gustó su sonrisa. No se extendía por el rostro del hombre como las exageradas exhibiciones dentales de los demás muchachos. Más bien parecía como si en sus ojos se encendieran un par de lucecitas, y en las comisuras de sus labios se formaban unas atractivas arrugas. Era una sonrisa que añadía fuerza a su expresión. Una sonrisa franca, ni ingenua ni de superioridad.

Mientras se movían lentamente por la pista, Leona descubrió que en el joven había otras cosas que la atraían. No le importaba confesar que él no tenía estudios.

—Soy excesivamente pobre —dijo, sin sonreír—. Mi familia no tiene dinero. Tengo que ganarme la vida como puedo. Leona quitó importancia a este detalle.

—Varios de los hombres más interesantes que conozco no fueron a la Universidad. Mi padre mismo no asistió a ella.

—¿Ah, sí? —preguntó Henry, divertido—. Entonces aún me quedan esperanzas. De triunfar, quiero decir.

—Mi padre siempre dice que si un hombre carece de talento para ganar dinero, en la Universidad no le enseñarán a hacerlo. Y si tiene talento, ¿para que perder tiempo estudiando?

Eso complació a Henry.

—¡Hurra por papá! —dijo.

La música se detuvo y Henry soltó a la muchacha.

—Gracias —dijo—. Muchas gracias. Leona le sonrió, casi traviesamente.

—¿Qué tal si descansamos durante la próxima pieza?

El hombre la miró con burlón horror.

—Un momento, un momento. ¿Y qué pasa con Sally? Después de todo, ella es mi pareja. Si no me hubiese invitado, yo…

Leona señaló hacia el lugar en que Sally charlaba animadamente con un joven de pelo cortado a cepillo.

—Sally sabe cuidarse sola. Además, sólo tardaremos unos minutos. Ven conmigo y te enseñaré mi coche. Es un cielo.

Le tomó de la mano y le condujo fuera del salón. Cruzaron el jardín bañado por la luna en dirección al sendero que lo atravesaba. A lo largo del bordillo se veían aparcados muchísimos coches, pero había uno que era más bajo y largo diez veces más airoso que los que había junto a él.

—¿No es precioso? —dijo ella—. Nadie tiene uno igual. Puede ponerse a ciento ochenta kilómetros por hora. Al menos eso dijo el hombre que nos lo vendió. Papá dijo que era mucho coche para mí, pero después de verlo, me pareció que ya no podía conformarme con otro.

—¡Caray! —exclamó él—. ¡Un «Bugatti»! ¡No está mal! ¡Nada mal!

Leona le tomó por el brazo.

—¿No te gustaría conducirlo? —sugirió—. Sólo un trecho corto. Nadie nos echará de menos.

Henry aceptó en seguida y Leona recordaba claramente cómo cruzó corriendo el jardín para traer la chaquetilla de visón de ella y su propio abrigo. En cuestión de minutos estuvieron rodando a toda velocidad por la carretera. El frío viento cortaba sus rostros, produciéndoles una alegre excitación. Ahora, al pensar en ello, Leona se daba cuenta de que el casi frenético agrado que produjo a Henry aquel paseo no era debido a ella, ni al magnífico coche, sino a lo que ella y el automóvil representaban; algo que el hombre nunca había visto de cerca, algo con lo que ni siquiera había soñado, pero que estaba allí, al alcance de la mano. A eso era debida la animación de su cara mientras conducía. Por eso echó a un lado la reserva que mantuvo mientras estuvieron en el baile.

En aquellos momentos, Leona ya presintió lo que más tarde confirmaron los hechos, y ya entonces, comenzó a trazar un plan para el futuro. En aquel breve primer encuentro, en el cerebro de la mujer ya se formó una firme determinación.

Dijo al hombre que torciera por un ramal que, en breve plazo, les condujo a un callejón sin salida.

—¡Menudo coche! —dijo Henry, deteniendo de mala gana el automóvil—. ¡Este bicho sí que corre! Me gustaría cogerlo un día y sacarle toda la potencia que lleva dentro.

—Lo harás —respondió ella, lentamente. Se echó hacia delante y cerró la llave de contacto—. Quedémonos aquí un momento. Tengo ganas de hablar.

Henry rió:

—Bueno, apenas te conozco. Me temo que tengas que llevarme a casa. ¿O debo volver andando?

Ella se recostó en el respaldo del asiento para mirar al cielo nocturno, terciopelo negro tachonado de estrellas y rasgado en parte por la fría luminosidad de la luna.

—Sally Hunt —dijo Leona, ensoñadora—. Nunca se me ocurriría la idea de relacionarlos.

Él se volvió a mirarla. Puso el brazo sobre el respaldo del asiento.

—¿Por qué no?

—Pues… Es sólo una impresión. He corrido mucho mundo. Mi padre me ha llevado a todas partes… al extranjero y así…, y he conocido a muchísima gente. Después de haber viajado tanto, una comienza a clasificar a la gente a primera vista. Sally y tú no son de la misma clase. Pertenecen a mundos opuestos.

—¿Te refieres al dinero? —preguntó él, en tono amargo—. ¿Quieres decir que su familia está en muy buena posición y yo no debo tratar de introducirme en ese ambiente?

—Estás por completo equivocado —se apresuró a decir Leona—. No pensaba en eso para nada.

—¿No? Entonces, ¿en qué?

—Pensaba que Sally está bien para el pueblo de que ambos provienen. Pero tú eres distinto.

—¿Ah, sí? ¿Y todo eso puedes asegurarlo ya? —La risita de Henry era burlona.

—¿Por qué no? Fíjate en los muchachos que había en el baile. Estudiantes que proceden de familias buenas, ricas y respetables. Pero tú haces que todos ellos parezcan bebés. Y la mayor parte seguirán siendo bebes durante toda su vida.

—¿Y yo?

—Tú no eres un bebé, Henry. Tal vez nunca lo fuiste.

Entonces el hombre se inclinó sobre ella y la besó. Fue un beso apasionado, experto, que duró lo suficiente para que el cuerpo de Leona comenzara a ser recorrido por pequeños estremecimientos de éxtasis. Luego él se echó hacia atrás, mirando a la joven como un artesano que contempla su obra.

—Siempre he querido besar a un millón de dólares —comentó.

Leona sonrió suavemente.

—¿Te gustaría probar con dos millones?

Esto desconcertó a Henry, obligándole, contra su voluntad, a sonreír. Ella le tomó un momento de las manos, con ojos brillantes de animación.

—¡Vaya! —exclamó Henry. Y luego—: Tal vez sea un poco más hombre que todos esos mozalbetes de la fiesta, pero eso sólo se debe a que he tenido que abrirme camino por mi mismo… si bien es verdad que no he llegado muy lejos.

—Llegarás. Estoy segura. Me lo dice tu aspecto. La forma cómo impresionas a la demás gente. A gente como yo.

Henry adoptó de nuevo una expresión fría y cínica.

—Esto es realmente divertido —dijo—. Estar aquí, recibiendo halagos de una chica cuyos millones de dólares, sus chaquetillas de visón y su «Bugatti» no volveré a ver.

—Eso es algo que no sabes —replicó ella—. Tú no sabes… nada.

—No te entiendo.

—Lo entenderás muy pronto —susurró Leona—. Háblame de ti, Henry. ¿De dónde provienes? ¿Quiénes son tus padres.

Él rió cínicamente.

—Ésa es una historia muy fácil de contar. Provengo de lo que vulgarmente se llama «la clase baja». Cuando está sobrio, mi padre vende carbón, y cuando se emborracha hace discursos sobre la pobreza. Mi madre hubiera vivido muy bien de no haberse enamorado de papá. Ella tenía algo de educación, y deseaba adquirir más. En vez de eso, ha arruinado su vida sacando adelante a seis hijos, manteniéndoles vivos y libres de problemas, con un tejado —con goteras— sobre sus cabezas con alguna cosa que echarse al estómago de vez en cuando. Eso es todo. El ideal norteamericano.

—Pero, ¿y tú? No parece como si… como si…

—¿Cómo si hubiera pasado hambre? ¿Cómo si partiese los cigarrillos en dos trozos para que me durasen más? No, no he llegado a tanto. Mi madre me obligó a ir a la escuela secundaria, en vez de ponerme a trabajar después de que hube concluido

el octavo grado. En la secundaria descubrieron que, con un balón de *rugby* bajo el brazo, yo podía correr mucho más rápido que nadie. Me convertí en una especie de personaje. Sally Hunt me presentó a su familia en nuestro pueblo, a los Hunt se les considera gente importante y le caí simpático al padre. Me consignó un empleo en la farmacia más grande del pueblo.

—¡Una farmacia! —exclamó Leona—. ¡Henry, eso es el destino!

—Seguro —sonrió él, aceptando su sarcasmo—. Supuse que dirías eso.

—Cuéntame más cosas —pidió Leona, alegremente—. ¿Seguimos dedicándonos al mismo negocio?

—Desde luego —replicó Henry—. Ahora soy el encargado de todo menos del departamento de recetas. El chico se da traza. Hace buenos refrescos, buenos sandwiches…

—¿Y qué hay de Sally?

El hielo ya había sido roto. Henry dudó, volviendo a adoptar la expresión melancólica que parecía la más natural en él.

—Es una buena chica. Somos amigos. Nada más. Su familia ha sido muy amable conmigo. Me ayudaron cuando en casa las cosas se pusieron feas. Pero… no sé… A veces me parece como si…

Ahora el hombre no la miraba. Su vista estaba fija en un punto muy distante, en algo tan lejano como los negros bosques que había más allá de los campos situados al final de la carretera, en algo que se encontraba a una distancia mucho mayor que la que ellos podían alcanzar.

—¿Sí? —le acució ella, suavemente—. ¿Como si…?

—Como si estuviera atrapado. Me da la sensación de que, haga lo que haga, nunca podré conseguir lo que deseo. Y eso se debe, simplemente, a que deseo demasiadas cosas.

Permanecieron en silencio. Henry le ofreció un cigarrillo, tomó uno para sí y encendió ambos. Su confesión parecía haberle cargado de muda ira. Al fin exhaló una larga bocanada de humo, se Volvió hacia ella y, sonriendo, dijo:

—¡Tú y tu condenado «Bugatti»! Volvamos a la fiesta.

Regresaron rápidamente, sin decir nada hasta que el hombre aparcó el coche y le abrió la portezuela a Leona. Entonces ella le tomó por una manga:

—¿Te gustaría conocer a mi padre, Henry?

—Desde luego. Sería estupendo. Tenemos un montón de cosas en común. Los dos nos dedicamos al negocio farmacéutico.

Rió esta vez, no con amargura, sino para demostrar a la muchacha que encontraba la situación muy divertida.

—Lo digo en serio —aseguró Leona—. Creo que le gustarás. Sobre todo si yo le pido que sea así. Él va a ir a Nueva York el próximo fin de semana. Yo acabaré las clases el sábado. ¿Por qué no te reúnes con nosotros?

—Bueno —dijo él, lentamente—. ¿Por qué no? No tengo nada que perder.

Aquél había sido el comienzo. Al principio, Henry, como un indómito potro, no había sido fácil de manejar. El orgullo, su independencia, el saber que una de las muchachas más ricas de Norteamérica sentía un especialísimo interés hacia él… Todo eso le hacía mostrarse receloso. Pero Leona podía esperar. Henry había dicho que tal vez él fuese demasiado ambicioso. Esa era la llave con la que abrir su corazón. Teniendo el mundo en sus manos, podría dejar a un lado su orgullo. Y cuando él se rindiese, ella tendría lo que deseaba.

Recordó aquella escena casi cómica con Sally Hunt, poco después del baile. La muchacha había ido a su cuarto una tarde, un poco indecisa, pero con la determinación reflejándose en su bonito rostro, por lo general tan animado.

—Leona, hay algo sobre lo que debo hablarte.

Leona estaba inclinada sobre un par de maletas que había sobre su cama. Miró a Sally y dijo, en tono displicente:

—Bueno, pues suéltalo de una vez y acabemos. Dentro de unos minutos salgo para Chicago.

Sally mantuvo la mirada en el suelo por unos momentos. Luego, levantando la cabeza y fijando los ojos en su amiga, dijo:

—Durante estas últimas semanas has estado viendo mucho a Henry, y hay algo…

La joven se cortó, vacilante.

—¿Sí? —La actitud de Leona era claramente despectiva.

—Hay algo que creí mi deber contarte.

—Eso ya lo has dicho y yo te he respondido que lo soltaras.

—Henry no es el tipo de hombre con el que se puede jugar, Leona. Deja de hacerlo.

—¿Y quién te ha dicho que yo este jugando con él? —quiso saber Leona, yendo a la cómoda a por otro montón de ropas.

—¡Oh, Leona! Henry no es tu tipo… Muchísimo menos que todos los demás…

Leona se detuvo y la miró fijamente.

—Me maravilla tu desfachatez.

Pero Sally continuó presurosa:

—Si no te detienes ahora, lo lamentarás, Leona. Henry no está hecho para ti. Le conozco casi de toda mi vida. Mi padre le ha ayudado. Toda mi familia le trata casi como si fuera uno de nosotros. Y cuando estamos cerca de él, para cuidarle, todo va bien. Pero Henry es muy retorcido por dentro. Puede ser dulce, amable y gentil y, de pronto, sufre un cambio brusco. Desea cosas que no está en su mano conseguir. Entonces es cuando nos necesita. Supongo que, en realidad, estoy enamorada de él. Pero la comprensión es más importante que el amor. Con alguien que no le comprenda, Henry no está seguro. Ha hecho cosas que… que le hubieran metido en toda clase de líos si la gente no le hubiese entendido.

Leona rió, indiferente.

—Es una buena treta, pero no conseguirás nada con ella, Sally. En esta lucha no

tienes la más mínima posibilidad. Hablando claramente, pienso mucho en Henry Stevenson. Y le comprendo. Y creo que es demasiado bueno para este pueblo de ustedes. Si a mi me apetece enseñarle el mundo y presentarle a ciertas personas, eso es asunto mío. Y si quiero casarme con él… ¡eso sigue siendo asunto mío!

—¡Casarte con él! —jadeó Sally—. No hablas en serio. Estás bromeando.

Leona sonrió con complacencia.

—¿Es que hay alguna buena razón por la que no deba hacerla?

Después de aquello, Sally se replegó, recordó Leona mientras se removía inquieta sobre la cama. No opuso mucha resistencia. Claro que de nada le hubiera valido oponerla.

La lucha tampoco le sirvió de nada a Jim Cottrell, aunque se lanzó a ella con el ímpetu de un novillo a la hora de ser marcado.

—Pero si ese tipo no es nadie —había dicho Jim, un año más tarde, con una leve nota suplicante en su voz—. Desde luego, tiene buena pinta. Pero es de lo más corriente, tan vulgar como una piedra. Gente como él se encuentra a patadas. Después de todo lo que he gastado en tu educación, de llevarte al extranjero, de darte cuanto has querido, ¿por qué deseas echarte a perder de esa forma?

—Le quiero —dijo Leona, mirando fijamente a los ojos a su padre.

—¡Qué tontería! —gritó Jim—. Lo que te pasa es que eres muy tozuda.

Leona discutió tozudamente con su padre para dejar bien sentado que no era tozuda. Amaba a Henry. Lo repitió muchas Veces. Pero Jim conocía bien a su hija. Ella amaba a Henry de la misma forma que amaba aquel «Bugatti». Y así se lo dijo.

—Lo que te pasa es que no quieres que me case con nadie —gritó Leona—. Lo único que deseas es que me quede en casa… haciéndote compañía.

Mientras permanecía frente a su padre, todo el cuerpo de Leona estaba rígido, en desafiante actitud. Jim, furioso, caminaba de un lado a otro de su despacho. Su bovino rostro había adoptado un tono casi purpúreo motivado por la impotencia y el desagrado.

—No es cierto —dijo, deteniéndose frente a su hija—. No es cierto en absoluto. Sabes que te concedería cualquier cosa. Siempre te he dado lo que querías, te he permitido hacer tu voluntad, sin pensar para nada en mis propios sentimientos. Pero esta vez es distinto. Para una chica de tu posición, el matrimonio es algo muy serio. Durante mi vida, he trabajado mucho. He creado un gran imperio. ¿Para mí? ¡No! Primero para tu madre, ahora para ti. Cuando muera, tú lo heredarás todo. Y no me gustaría ver cómo un estúpido inútil mete manos en ello sólo porque tú has querido aparearte con él en unos momentos en que estabas demasiado perturbada para pensar como es debido. Escúchame, preciosa… Debes pensar en esto durante algún tiempo más. Date un año de tiempo para ver si ese joven te conviene. Vele con toda la frecuencia que quieras… Y luego, si aún le sigues queriendo…

La razonable actitud del hombre sólo logró excitar la impaciencia de su hija.

—¡Eres odioso! —gritó—. Egoísta y odioso. No te importo nada. Sólo piensas en

ti mismo y en tu cochino negocio. Te es antipático Henry sólo porque piensas que será un obstáculo en tus planes egoístas. Digamos que sí, que no es más que un rústico campesino. ¿Qué eras tú cuando empezaste, allá en Texas?

Leona, que temblaba de ira, observó con agrado la preocupada expresión que apareció inmediatamente en el rostro de su padre.

—¡Cálmate, preciosa! —rogó Jim—. Te vas a poner enferma.

—¡Enferma! —gritó ella—. ¡Que yo me pongo enferma! ¡Eres tú quien me pone así! Tú y tus maravillosos negocios y tu maravilloso dinero. No te importa si todo eso me lleva a la tumba. Lo único que te interesa es que tu riqueza esté segura y nadie te la arrebate.

Leona comenzó a sollozar y Jim trató de pasarle un brazo por los hombros. Ella se apartó, dejándose caer desmadejadamente sobre un sillón.

—No…, no quiero hablar más de eso —dijo entre lágrimas—. No me encuentro bien.

Y luego, mediante una furiosa concentración, consiguió desmayarse. Mientras se sumergía en la apetecida oscuridad, oyó cómo su padre llamaba frenéticamente al mayordomo.

La boda fue un triunfo. Rica, fastuosa, solemne… Leona recordaba la vibrante, apasionadamente, posesiva forma en que pronunció las palabras:

—Yo… Leona…, te acepto… Henry…

Y el comportamiento de Henry había colmado todas sus esperanzas. No se mostró ni nervioso ni excesivamente tranquilo. Sus modales encantaron a cuantos asistieron a la boda. Ya entonces comenzó a sentir los efectos sedantes y emolientes del contacto con el lujo perpetuo. Si en su interior quedaban algunas dudas, alguna reserva, Leona disipó esto en seguida. Por el momento, Henry se comportaba a la perfección, y ella se sentía orgullosa.

Incluso pareció que Jim, al menos por unos momentos, se enternecía con la escena. Pero Leona sabía que tras el cansado y sonriente rostro de su padre se escondía una gran amargura. Jim nunca aceptaría a Henry por completo. Nunca. Por mucho empeño que pusiera en lograrlo.

Estos pensamientos ocuparon su cerebro durante la boda, y luego, en el almuerzo que se sirvió en la enorme mansión de Jim. Para Leona, Henry era un proyecto aún por realizar, una ecuación que debía ser resuelta. Y estaba decidida a resolver la ecuación, a completar el proyecto al precio que fuera. Al fin, Jim tendría que reconocer que había cometido un error. El placer de esta victoria aún no conseguida bullía alegremente en el cerebro de Leona, mientras con gran destreza y sin que nadie lo notase, guiaba la mano de Henry para que tomara el cubierto adecuado de entre los muchos que brillaban frente a él en la mesa del comedor.

Durante la larga luna de miel europea que siguió, Leona quedó encantada por la fácil docilidad con que Henry se sometía a sus enseñanzas. No cabía duda de que la oferta de lujo ilimitado que ella le hizo, unida al exquisito atractivo de la mujer y la

extraordinaria buena disposición de su cuerpo, habían desarmado a Henry. Este aceptaba de buena gana, e incluso con agrado, que su mujer le enseñase. Si Leona insistía en elegir las ropas que él debía llevar, esto era más digno de agradecimiento que de molestia o indiferencia. El hombre pareció comprender inmediatamente lo importantes que eran aquellas cosas en el mundo de ella y lo mucho más cómodo que se sentiría si su aspecto era correcto y a sus modales no se les podía oponer reparo alguno. Y tampoco dejaba de darse cuenta de la forma en que su recio y tosco atractivo era realzado por todos aquellos acicalamientos.

Leona observaba cómo su marido iba asentándose en una vida en la cual el pasado cualquiera que hubiese sido se desvanecía. Al menos, así lo creía ella. Pero en realidad, eso carecía de importancia. Lo básico es que, con el tiempo, Henry se apegaría tanto a la vida que ella le brindaba, que no habría poder en el mundo capaz de hacerle renunciar a esa existencia. Y así era cómo a Leona le gustaba que fueran las cosas.

Ahora, mientras permanecía en la cama recordando lo ocurrido desde la noche en que Sally Hunt le presentó a Henry, en las marchitas facciones de Leona se reflejaba una expresión de triunfo, una sonrisa de autocomplacencia.

En aquel momento oyó la ahogada sirena de uno de los barcos del río. La sonrisa se desvaneció al incorporarse la mujer para mirar a los frascos de medicinas y al reloj que había sobre la mesilla de noche. Entonces sonó el teléfono, sobresaltándola.

9,55

Era Sally.

—Siento mucho haber sido tan estúpidamente misteriosa hace un momento —dijo—. No podía hablar. Tenía miedo de que mi marido me oyese. Por eso, utilizando una excusa, he venido hasta esta cabina telefónica.

—Bueno —replicó Leona—. Digamos, como mínimo, que la cosa fue realmente rara.

—Probablemente pensarás que todo el asunto es muy extraño, Leona; eso de que sepas de mi otra vez después de tantos años. Pero hoy tenía que ver de nuevo a Henry. He estado muy preocupada por él.

—¿Preocupada? ¿Y por qué, si es que puedo preguntarlo? Espero que recuerdes que conmigo nunca valió de nada tratar de ocultarme las cosas.

—No trato más que de ayudarte. Esto puede ser muy grave, terriblemente grave para Henry. Resulta un poco difícil de explicar. Trataré de hacerla lo más rápido que pueda.

—Sí, haz el favor —pidió Leona, bruscamente.

—Bueno… Fred, mi marido, trabaja como investigador para la oficina del fiscal.

—¡Qué bien! —murmuró Leona.

—Hace cosa de tres semanas, Fred me enseñó un recorte de periódico que hablaba de ti y de Henry. Era no sé qué noticia aparecida en la sección de sociedad.

—Sí, ya recuerdo.

—Y él quería saber si aquél era el Henry Stevenson que fue mi adorador.

—¿Tu adorador? ¡Qué forma más fina de hablar!

—Le dije que sí y Fred, riéndose, dijo: «¡Vivir para ver!». Luego se metió el recorte en el bolsillo. Le pregunté qué había de raro en ver el nombre de Henry en el periódico. Él se limitó a sonreír y dijo que se trataba de una coincidencia, de algo relacionado con un caso en el que estaba trabajando.

—¿Un caso?

—Sí. Me dijo que no era nada de lo que pudiese dar pruebas, sino una simple corazonada. Traté de sacarle algo más; pero él comenzó a gastarme bromas diciendo que aún estaba enamorada de Henry.

—Lo cual, como es lógico, tu negaste —dijo Leona, sarcástica.

—¡Claro que sí! —exclamó Sally—. ¡Es ridículo decir eso después de tantos años!

—Sigue.

—Para aquellos momentos ya casi habíamos acabado de desayunar. Sonó el teléfono. Era uno de los hombres de Fred, de los de la oficina del fiscal. Oí a Fred decir algo respecto a Stevenson y de alguien que se llamaba así como Harpootlian. Fred dijo: «Sí, claro que iremos. Dile a Harpootlian que lo prepare. El jueves, a eso de las diez y media, en la taquilla del Ferry Sur».

Sally se detuvo un momento, y Leona exclamó furiosa:

—Mira, Sally… Todo eso es muy interesante. Pero, ¿no puedes ir al grano? Puede que en estos momentos Henry esté tratando de llamarme. Y de todas maneras, ¿qué conexión posible puede haber entre Henry y todo ese ridículo asunto de tu marido?

—Te lo estoy contando lo más rápidamente que puedo —gimió Sally—. Pero es un poco complicado y tengo que narrarte toda la historia. Si no fuese importante, no te molestaría, Leona.

—Bien —suspiró la otra, resignada—. ¿Qué más?

—Pues… les seguí…

—¿Qué hiciste?

—Les seguí. Aquel jueves por la mañana. Sé que es difícil creerlo, que suena muy ridículo, pero estaba asustadísima. Quería enterarme de lo que pasaba. Después de todo, conocía a Henry de casi toda la vida. Además… Bueno, en él hay cosas que resultan muy extrañas. Traté de decírtelo una vez, hace años.

Leona hacía pequeños ruiditos de impaciencia.

—Pero, bueno… —dijo—. ¿De veras que todo eso es necesario? Si tratas de alarmarme, Sally, ya puedes desistir inmediatamente.

La replica de Sally fue aún más lastimera que las anteriores:

—Por favor, no seas tan suspicaz —rogó—. Sólo te cuento lo que ocurrió porque tal vez tenga algo que ver con la ausencia de Henry esta noche. No lo sé seguro. Pero déjame acabar…

—Haz todo lo posible por darte prisa —exigió Leona.

—Aquella mañana estaba lloviznando. Yo llevaba paraguas, así que mi rostro estaba cubierto casi todo el tiempo, aunque no creo que eso significase una gran diferencia. No es difícil seguir a una persona, sobre todo si está lloviendo. Vi cómo Fred se reunía con dos hombres. Uno de ellos era Joe Harris, que trabaja mucho con Fred, el otro era un tipo de tez morena, fuerte constitución y pelo blanco y rizado. Supongo que era el tal Harpootlian que Fred mencionó. Esperé a cierta distancia, hasta que ellos, entre la multitud, se dirigieron hacia el *ferry*. Luego compré un billete y les seguí. En el barco no resultaba difícil mantenerse oculta. De todas maneras, pasé la mayor parte del viaje en los lavabos.

—¡Qué encanto! —se burló Leona.

—Bueno, era el mejor sitio… —Luego, Sally continuó, sumisa—: El caso es que en Staten Island dejaron el *ferry* y se subieron al tren. Yo fui tras ellos. No en el mismo vagón, desde luego…

—¡Desde luego! —repitió Leona.

—… Sino un par de coches más atrás. Vigilé el momento en que se apeaban, y cuando lo hicieron, yo les imité. Seguía lloviznando y nadie me prestó atención. Casi todo el mundo iba con prisas, ansiosos de librarse de la lluvia, supongo.

—Muy observadora —comentó Leona.

—Aquel lugar era una especie de colonia veraniega. Tenía un aspecto terriblemente arruinado y solitario. Las calles estaban llenas de agujeros y muy mal pavimentadas. Había lugares en los que se veían grandes montones de arena. La mayor parte de las edificaciones eran de un solo piso, y en medio de ellas, se levantaba un casino en pésimo estado. Cuando Fred y los dos hombres se dirigieron a la playa, yo fui al casino y les observé desde un lado del porche. Desde allí disfrutaba de una amplia perspectiva. Y era poco probable que nadie me distinguiese entre las sombras.

—Pero, bueno… ¿Esperas que me crea…?

—¡Es cierto, te lo aseguro! —exclamó Sally—. Ya te dije que iba a parecerte absurdo.

—Absurdo no es la palabra exacta.

—Aparte de Fred y los dos hombres, sólo era visible otra persona: un muchacho que recogía almejas junto a la orilla. El hombre de pelo blanco pareció detenerse un momento para mirar al chico, y éste movió levemente la cabeza, señalando hacia un punto lejano. Luego siguió su búsqueda y mi marido y los otros dos hombres se dirigieron a un merendero a cuyo interior pasaron.

Leona, indignada, gritó, interrumpiendo a su amiga:

—¡Por Dios, Sally! ¿Tienes que seguir así todo el rato? ¿No puedes decirme de qué se trata sin pasearme por todo Staten Island? ¿O es que me estás manteniendo al teléfono deliberadamente por alguna oculta razón?

Sally trató de calmarla.

—Tienes que oírlo todo. ¿Crees que a mí me gusta estar metida en esta asfixiante

cabina? El dueño de la tienda no deja de mirarme. Está furioso porque quiere cerrar y yo se lo impido. De todas maneras, esperé bajo la llovizna durante una hora o así y no ocurrió nada. Luego, cuando ya empezaba a pensar que había sido una completa estúpida por darme un paseo tan desagradable, observé algo muy extraño. El muchacho que buscaba almejas se enderezó y extendió los brazos, como si se desperezase. Un momento después oí un motor, y cuando apenas habían pasado unos segundos, vi una lancha que se aproximaba a tierra. Cuando estuvo cerca, la barca redujo velocidad y se dirigió hacia un arruinado embarcadero contiguo a una de las casas más desagradables de todo aquel lugar. Me gustaría que hubieras visto ese edificio, Leona. Era tan viejo como las colinas y estaba ligeramente torcido. Supongo que sus cimientos llevan años anegados por el agua. Es un lugar destartalado y tenebroso, como una de esas casas que dibuja Charles Adams en el New Yorker.

—Por favor —pidió Leona—. ¡Ve al grano!

—Bueno, la lancha se dirigió a ese embarcadero y de ella saltó un jorobado y la amarró. Luego salió un tipo de mediana edad, alto y corpulento. Iba vestido totalmente de negro, excepto por un sombrero de jipijapa, y llevaba bajo el brazo un portafolios. En cuanto el hombre estuvo en tierra, el pequeño jorobado puso en marcha el motor y partió de nuevo. El tipo de negro recorrió el embarcadero en dirección a la vieja casa y entró en ella. Un momento después, el buscador de almejas recogió su cubo y su pala y comenzó a andar hacia el merendero. Observe que, al pasar junto al pequeño edificio, el chico dio un golpe en la puerta con el cubo de almejas. Debió de ser una señal. Él siguió hacia abajo y Fred y los otros salieron del merendero y fueron hacia la vieja casa. El hombre del pelo blanco llamó a la puerta, ésta se abrió y todos entraron. Aún no entiendo nada del asunto, Leona. No sé quiénes eran esas gentes o lo que ocurría en esa casa…

—Sería un burdel, sin duda —comentó Leona, sarcástica.

—Pero lo que sí sé es que estuvieron allí dentro durante más de media hora. Cuando salieron, Fred llevaba el portafolios; el que había llevado el hombre de negro.

—Muy bien; Fred llevaba un portafolios. ¿Qué más?

—No lo sé —dijo Sally, débilmente—. Después de eso tuve que darme prisa en ir a casa, para llegar antes que Fred. De lo que estoy segura añadió, con convicción es que tenemos que hacer algo… antes de que sea demasiado tarde.

Antes de que Leona pudiera replicar, una moneda cayó al fondo del depósito del teléfono y la telefonista interrumpió la conversación. Los cinco minutos de Sally habían concluido. Leona pudo oír cómo su amiga rezongaba al buscar en su bolso otra moneda. Al fin, Sally dijo:

—Aquí está, señorita. —Y luego—: Leona, Leona, ¿estás aún ahí?

—Sí, aquí estoy —dijo ella, suspicazmente—. Y debo decir que todo eso resulta muy extraño.

—Lo sé. A mí también me lo parece. No puedo creerlo. No me es posible relacionar a Henry con… con la clase de crímenes que Fred investiga. Por eso fui a

verle hoy… para que él me dijese la verdad.

—¿Y lo conseguiste?

—Le vi, eso ya lo sabes, pero no pude averiguar nada. No tuve oportunidad.

—Pero saliste con él. Su secretaria te vio.

—Sí, salí con él. Henry no se mostró tan entusiasmado por la idea, pero como es lógico, yo no esperaba que se pusiera a dar saltos de alegría. No fue muy cortés. Parecía preocupadísimo. Cuando era muchacho le vi otras veces de esa forma, y siempre fue en ocasiones en que atravesaba… no sé…, una especie de crisis interior. Me preguntó si quería almorzar con él y fuimos a la Sala Georgiana del Metrópolis. Casi en el momento que nos sentamos un tipo llamado Freeman Bill Freeman, un hombre ya mayor y de aspecto próspero se nos unió y comenzó a hablar de Bolsa con Henry.

—¿Freeman? —inquirió Leona—. Estoy segura de que no conocemos a nadie de ese nombre.

—Henry no parecía querer hablar del tema, pero el señor Freeman insistió. Me dio la impresión de que esa mañana algo había ido mal en la Bolsa. Henry dijo: «Todo el mundo tiene derecho a equivocarse alguna vez», y Freeman le contestó, riendo: «¿Alguna vez, Stevenson? Yo diría que usted ha tenido más que una racha de mala suerte. Pero un hombre de su posición puede afrontar cualquier clase de dificultades. Sin embargo, yo debo ser cuidadoso, porque sólo soy un don nadie».

»Henry no comió mucho, ni yo tampoco. Lo que me molestaba era que, con el señor Freeman presente y hablando de sus problemas, yo no podía decir palabra. Al fin, cuando nos levantamos para irnos, Freeman nos dejó. Henry y yo pasamos al vestíbulo del hotel. Él me dijo que lo sentía mucho, pero que tenía una cita dentro de unos minutos y que por qué no te llamaba a ti, Leona, para que nos reuniéramos todos un día u otro. Sin embargo, no parecía desearlo de veras. Estábamos junto a la entrada de la sucursal del hotel de un corredor de Bolsa, y de ella salió un delgado hombrecillo que dijo a Henry: «Señor Stevenson, me gustaría hablar con usted lo antes posible». Me pareció que Henry se ponía muy pálido, y contestó al hombre: «De acuerdo, señor Hanshaw. Inmediatamente estoy con usted». Luego se despidió de mí a toda prisa y vi cómo se metía en la oficina del corredor. En la puerta ponía: «T. F. Hanshaw. Administrador».

—Bueno, pero él debió… debió decirte *algo*. Estoy segura de que no se limitó a estar hablando de acciones (acerca de las cuales no sabe nada) durante todo el rato.

—Bueno… Le pregunté si era feliz y si le gustaba su trabajo. Él dijo: «Es estupendo…, estupendo. Soy un gran vicepresidente. Aprieto más botones que nadie, exceptuando a los demás vicepresidentes». Trataba de mostrarse animado, pero noté la amargura que realmente sentía. Iba a preguntarle algo respecto a ella; pero entonces se presentó el señor Freeman.

—No comprendo nada en absoluto. —El escepticismo de Leona era evidente—. Esta mañana, cuando Henry me dejó, era el mismo de siempre, te lo aseguro. Durante

más de diez años hemos sido felicísimos. *Felicísimos*. Henry no ha tenido una sola preocupación. Papá se ha ocupado de eso. Y en cuanto a su cometido en la empresa, estoy segura de que es el más adecuado para él. Debes de haber interpretado mal sus comentarios… si es que Henry los hizo. Aún no estoy segura de que esto no sea una especie de broma que tratas de gastarme, Sally.

De nuevo, antes de que Sally pudiera contestar, la telefonista intervino:

—Sus cinco minutos han acabado, señora. Haga el favor de depositar cinco centavos para los siguientes cinco minutos.

Sally rebuscó en su bolso y luego dijo, desesperada:

—No tengo otra moneda. Tendré que volverte a llamar cuando consiga cambio. —Luego, en un susurro, añadió—: Sólo quiero decirte que, y ahora estoy segura, Henry está en apuros. Esta noche, Fred está trabajando en un caso. El asunto, cualquiera que sea, parece muy importante. No ha dejado de telefonear. He oído el nombre de Henry una y otra vez. Y hay alguien más envuelto en la cosa. Un tal Evans.

—Sus cinco minutos han acabado, señora —dijo la telefonista.

—Waldo Evans —se apresuró a decir Sally, sin aliento—. Creo que ése es el nombre que vi en esa casa de Staten Island.

—Sus cinco minutos han acabado, señora.

10,05

En cuanto Sally hubo colgado, Leona tomó el arrugado trozo de papel en el que encontró el número telefónico de su amiga. Allí estaba. «Señor Evans. Richmond 8:1112». Marcó cuidadosamente el número y quedó sorprendida cuando, tras una breve pausa, sonó la voz de la telefonista, preguntando:

—¿Está usted llamando a W. Evans, Richmond ocho, uno, uno, uno, dos?

—Pues… sí —respondió Leona, sorprendida—. Al mismo.

—Ese número ha sido desconectado.

Leona quedó rígida sobre la cama. Dejó el teléfono sobre la horquilla y con grandes y asombrados ojos, miró fijamente hacia la oscuridad que tenía ante si. Los acontecimientos de aquella extraña noche se sucedían en su cerebro. La ausencia de Henry, los dos asesinos, la señorita Jennings, el absurdo cuento de Sally… Nada de aquello tenía sentido. Sin embargo, en cierta forma indefinible, en el aire se notaba un clima de tragedia, de peligro. Tal vez Harry se encontrase realmente en dificultades. Tal vez estuvieran sucediendo cosas que ella nunca había sospechado. La idea de que se encontraba sola en aquella enojosa incertidumbre, provocó en Leona una creciente ola de autocompasión. ¿Por que tenían que suceder tales cosas aquella noche, la única en que ella no tenía a nadie, ni siquiera a una criada, aliado? Eran demasiadas emociones. Demasiadas para una pobre inválida. Temblándole los labios, marcó el número de conferencias y pidió que le comunicasen con Jim Cotterell, en Chicago.

La telefonista de Chicago repitió el número y Leona en seguida oyó llamar el teléfono de casa de Jim. Cuando contestaron, Leona dijo:

—Oiga…

Pero la cortaron inmediatamente. El silencio la irritó y comenzó a rezongar, exasperada. Transcurrieron unos segundos, y luego la telefonista dijo, amable:

—El señor Cotterell no responde en el número de Lake Forest, señora. Trataré de localizarle.

—¿Cómo?

—Volveré a llamarla, señora —replicó la telefonista. Y colgó.

Chasqueada por la costumbre de su padre de acudir a clubs nocturnos o a partidas de póquer que duraban toda la noche, Leona volvió a rebuscar en su cerebro alguien con quien desahogar su angustia. Siendo una casi completa extraña en Nueva York, resultaba difícil encontrar a alguien cercano a su disposición. Lo escaso de las posibilidades de elección resultaba enloquecedor.

Al fin pensó en el médico, en el doctor Alexander. La persona adecuada. La había examinado varias veces. El hombre realizó varias pruebas, cuyos resultados Leona aún no conocía. Iba a llamarle. Él tendría que ir. Así, al menos, Leona tendría alguien cerca por unos momentos.

Fue a tomar el teléfono, pero se detuvo mientras otro tren atravesaba el puente con gran ruido. La mujer pensó lo absurdo que resultaba vivir en una ciudad donde nadie, fuera quien fuese, podía encontrar paz y reposo. Recordó también el tren que el asesino había mencionado (¡qué parecido debía ser a este que ahora pasaba!) y se estremeció. Era mejor no acordarse de aquel horrible asunto.

El ruido del tren fue extinguiéndose y Leona hizo otro movimiento hacia el teléfono, pero el aparato eligió aquel instante para sonar. Leona contestó a la llamada.

Era el tal Evans. La mujer no tuvo ninguna dificultad en reconocer la culta y ronca voz.

—¿Está el señor Stevenson? —preguntó.

—No —replicó Leona—. ¿Es usted el señor Evans?

—Sí, señora Stevenson.

Crispadamente, la mujer dijo:

—En primer lugar, quiero saber la verdad respecto a ese asunto de Staten Island. Esta noche he oído hablar de él por primera vez… Y ya estoy lo bastante nerviosa con todo lo que está ocurriendo… lo de que el señor Stevenson no se encuentre aquí, y luego, recibiendo toda clase de absurdas llamadas, incluyendo la de dos asesinos…

De pronto, la mujer se detuvo, desconcertada.

Mientras hablaba, había ido advirtiendo, cada vez con mayor intensidad, un lejano sonido ululante al otro lado del teléfono. Procedía del lugar en que se encontraba el señor Evans. Mientras Leona escuchaba, el sonido fue intensificándose. Sonaba parecido a algo que ella había oído muchas veces con anterioridad; siempre que las calles eran recorridas por coches de la policía o los bomberos.

Nerviosa, Leona llamó:

—¿Está usted aún ahí, señor Evans?

No se produjo más respuesta que el ululante sonido. Desesperada, Leona colgó. Inmediatamente, el teléfono volvió a sonar.

—Dígame… ¿Señor Evans? —preguntó Leona, casi gritando.

La única respuesta fue una especie de creciente trueno, que resultaba aún más pavoroso que el sonido anterior.

—¡Señor Evans! —repitió.

Nadie contestó. Sólo el enorme rugido. Casi histéricamente, Leona dijo:

—¡Oiga! ¿Quién llama? ¿Quién está ahí? —Se detuvo un momento y luego gritó —: ¿Por qué no me contesta? —Una nueva pausa. Después, al no sonar ninguna voz sobre el misterioso ruido, las compuertas de la histeria se rompieron, y Leona chilló —: ¡Contésteme!

Muy lejana, casi tapada por el continuo rugido, una débil voz dijo:

—¡Leona…!

Asustada, Leona preguntó:

—¿Quién es?

Ahora el ruido pareció ir disminuyendo y la voz, con mayor claridad, dijo:

—Soy Sally. Te llamo desde una estación de metro. En este barrio, todas las tiendas cierran a las diez. Como tenía que hablarte, he venido aquí. Desde que te hablé la última vez, he estado en casa… y han ocurrido más cosas.

Leona, con rostro tenso, advirtió:

—Esta vez, Sally, haz el favor de contármelo todo, o si no, no me molestes más. Esta noche ya he oído demasiadas cosas.

—Cuando volví a casa, frente al portal había un coche de la policía —dijo Sally, en un susurro—. Ese edificio de Staten Island se ha quemado por completo esta tarde. La policía lo rodeó. Detuvieron a tres hombres. Pero ese Evans logró escapar.

—Pero, ¿quién es ese Evans? ¿Qué tiene que ver con Henry?

—Aún no lo he averiguado, Leona. Lo que sé es que todo el asunto tiene algo que ver con la compañía de tu padre.

—¿La compañía de mi padre? Pero eso es absurdo. Mi padre me ha llamado esta noche desde Chicago y no ha mencionado nada al respecto.

Leona se detuvo, esperando a que el ruido de otro tren se extinguiera. Luego, continuó:

—Bueno, ahora hablemos claramente. ¿A quién han detenido? ¿Y por qué?

—A tres hombres. No sé el motivo.

—¿Y por qué crees que Henry es uno de ellos?

—No he dicho que lo fuera. Lo único que sé es que está terriblemente envuelto en el asunto.

La exasperación de Leona aumentó:

—¿Dijeron que había sido detenido… o que iba a serlo?

—No, no exactamente.

—Entonces, ¿de que me hablas? —preguntó Leona, furiosa—. ¿A qué viene tu

actitud? ¿No comprendes que me estás asustando de una forma terrible?

—Lo sé, pero…

—Primero cogí el teléfono y, por casualidad, oí a dos espantosos asesinos.

—¡Asesinos!

—Que planeaban matar a una mujer. Luego, ese tipo, Evans, me llama y parece que esté hablando desde la tumba. Después, todos los demás teléfonos a que llamo o están comunicando, o han sido desconectados… y ahora tú, sin razón que lo justifique…

—Lo siento.

—… Sin razón que lo justifique… —Leona se detuvo para tomar aliento—. ¿Estás celosa porque te quité a Henry? ¿No puedes soportar el verme feliz?

—Pero, Leona…

—¿No puedes, ni siquiera ahora, dejar de decir mentiras y crear problemas? No creo una palabra de todo lo que me has contado, ¿entiendes? ¡Ni una palabra! Henry es inocente. Va a volver a casa junto a mí… ¡dentro de muy poco!

Antes de que pudiera decir nada más, Sally colgó.

Leona permanecía inmóvil en la cama, moviendo los dedos y preguntándose si había hecho bien permitiéndose el lujo de aquel estallido nervioso. Pese a todo, tal vez Sally supiera realmente algo que representara un peligro para Henry. Pero, ¿qué? ¿Un asunto de dinero? ¿Aquella charla respecto al mercado bolsístico? Resultaba difícil de comprender. Ella sabía que nadie jugaba a la Bolsa sin tener dinero. Henry carecía de capital. Su sueldo como vicepresidente de la Compañía Cotterell no era muy grande, y la mayor parte se invertía en los gastos de casa, que él insistía en pagar. Su orgullo le obligaba a hacer eso, lo mismo que su orgullo había sido responsable de aquel estúpido episodio del apartamento; el que Henry había querido alquilar para ella cuando ambos vivían con Jim en Chicago… No, la verdad es que su marido no tenía un céntimo. Podía permitirse el lujo de mantener la casa, pero los gastos importantes aún corrían por cuenta de Jim Cotterell.

A Leona no se le ocurría ninguna forma mediante la cual Henry pudiese dedicarse a inversiones financieras. Incluso los títulos y acciones que Jim le transfería a ella —para reducir los derechos reales por herencia que algún día serían gravados sobre su fortuna— estaban registrados a nombre de Leona y eran completamente intocables por lo que a Henry respectaba. A no ser que ella muriese, desde luego. En tal caso, las acciones y propiedades pasarían a manos de su marido. Leona, en bien de Henry, ya lo había previsto así en su testamento. Pero… ¡qué idea tan morbosa para ocurrírsele en aquellos momentos! Debía dejar de pensar en ese asunto inmediatamente. Resultaba demasiado aterrador.

Pero tras el absurdo cuento de Sally debía de haber algo de cierto. A no ser que fuera una simple muestra de fantasía por parte de ella. A no ser que su amiga tuviese la absurda y loca intención de herirla por lo ocurrido en el pasado. Suponiendo que esto fuera así. ¿Era Sally capaz de inventar la historia que le había contado? Y si lo

era, ¿por qué explicársela precisamente esta noche?

El misterio crecía en su cerebro, arremolinándose en nubes de conjeturas. Pequeñas y terribles sospechas crecían en el interior de su cabeza y se negaban a morir. Un pensamiento horrible traía a otro, y la imaginación de Leona se convertía en una pantalla por la cual desfilaban una sucesión de posibilidades diabólicamente lógicas. ¿Y si…? ¿Y si…? Como pesadillas, el enorme terror que producían en ella originó casi una aguda reacción física. El corazón comenzó a latirle más rápido, dolorosamente rápido. Al respirar se dio cuenta que le costaba grandes esfuerzos exhalar el aire de sus pulmones. Temblorosa, tomó su pañuelo y secó el viscoso sudor que cubría su rostro. Ya no trataba de comprender lo que le había ocurrido a Henry… o lo que podía haber sucedido. Su preocupación por ella misma restaba importancia a todo lo demás. Pensar en el caos por venir, en el derrumbamiento de su pequeño edificio de mentiras, le resultaba insoportable. Había comenzado a revolverse agónicamente en la cama cuando volvió a sonar el teléfono.

—¿Plaza, nueve, dos, dos, seis, cinco? —preguntó una voz masculina.

—Sí. ¿Qué ocurre? —respondió Leona, en voz baja y entrecortada.

—Aquí la Western Union. Tenemos un telegrama para la señora de Henry Stevenson. ¿Puede alguien tomado?

—Yo soy la señora Stevenson.

—El telegrama es como sigue: «Señora de Henry Stevenson, Sutton Place, cuarenta y tres, Nueva York, Nueva York. Cariño, lo siento muchísimo, pero a última hora decidí asistir reunión Boston. Punto. Salgo en próximo tren. Punto. Regreso lunes mañana. Punto. Traté comunicarme contigo, pero teléfono siempre ocupado. Punto. Cuídate. Besos, Henry».

10,15

Confundida, Leona se llevó una mano a la boca, en ademán de desesperación. El telefonista de la Western Union preguntó si era necesario que se le mandase copia del telegrama. Ella respondió, con débil voz:

—No, no es necesario… —respondió ella con débil voz.

Luego, mecánicamente, colgó el teléfono.

Un momento después comenzó a oír otro retumbante sonido que provenía del puente, y como en sueños, se levantó de la cama y, trabajosamente, fue hasta la ventana. Con una mano en el marco, miró hacia las grandes líneas góticas del puente, que se siluetaban contra la noche. Ahora podía ver el tren, una larga columna de puntos luminosos que, como un veloz gusano, se acercaba al puente. Y al aumentar la proximidad, el batiente sonido fue aumentando, aumentando, aumentando… Luego se redujo paulatinamente, cuando el tren se alejó y, por fin, desapareció. En su mano, Leona advirtió la vibración del marco de la ventana. La mujer permaneció allí, como hipnotizada. En su cerebro bullían fragmentos de conversaciones. «*Luego espero hasta que el tren pase por el puente… Nuestro cliente dice que no hay moros en la costa… Recibí tu recado, George, ¿está todo listo para esta noche?… ¿Dónde está*

Henry? Negocios. ¿Qué negocios?… A veces han pasado días enteros sin que el señor Stevenson apareciese… Henry está en apuros…, desesperadamente en apuros… Cariño, lo siento muchísimo, salgo en el próximo tren… Luego espero hasta que el tren pase por el puente… Luego espero hasta que el tren pase por el puente…».

Con un gemido, Leona volvió a la realidad y regresó, tambaleante, a la cama. Al llegar a ella, aferró el frío e impersonal teléfono. Lo profundo de su angustia quedó evidenciado por la nerviosa fuerza con la que hizo girar el disco.

Sobre el rumor de voces que reinaba en el pequeño y desnudo salón del apartamento se oía el monótono zumbido de un ventilador, cuyo chorro estaba enfocado a la centralita telefónica que ocupaba una de las paredes. El aparato refrescaba a las cuatro muchachas que manejaban afanosamente clavijas telefónicas e interruptores y garrapateaban a gran velocidad los mensajes que luego serían comunicados a los clientes del Servicio de Contestación de Llamadas. Sobre un sofá, cerca de la abierta ventana, descansaba una quinta telefonista. Si volvía la cabeza hacia la ventana, la chica podía ver la escalera de incendios y un polvoriento geranio que se mecía suavemente en su tiesto. Sin embargo, como no era una amante de la naturaleza, la chica prefería estar allí tumbada y observar cómo sus compañeras realizaban sus turnos de trabajo. A una señal se puso en pie y fue a sentarse en una silla frente a la centralita mientras la otra telefonista se retiraba. Se encajó los auriculares y el micrófono, y al cabo de un momento, sus ojos captaron el primer titilar de una lucecita en el cuadro de mandos. La chica comenzó el trabajo, diciendo:

—No, señora. El doctor Alexander no está en casa. ¿Puedo tomar el recado?

Escuchó unos momentos y en su rostro apareció una expresión de alarma.

—¿Qué ocurre, señora? No… no le puedo decir… Si me da su nombre y el número de teléfono… Sí, señora. Sí… Stevenson… Señora de Henry Stevenson. Plaza nueve, dos, dos, seis, cinco… Desde luego, trataré de localizarle.

El doctor Alexander descubrió sus cartas sobre la mesa y las dispuso en ordenadas columnas con sus elegantes manos.

—Aquí tienes, compañera —dijo, sonriendo hacia el otro extremo de la mesa—. A ver qué puedes hacer con esto.

—¡Perfecto!

—Eso creí… Sí había entendido tu apuesta. —El hombre se volvió hacia su anfitriona, que se sentaba a su izquierda—. ¿Querrás perdonarme un minuto, Mona? Querría llamar…

—Claro, Philip —replicó ella—. ¿Sabes dónde está el teléfono?

—Me temo que no —dijo, levantándose.

—Al otro lado del recibidor, en el despacho. Sobre el escritorio de Harry. Lo verás en seguida.

—Ahora me acuerdo… ¡Qué estúpido!

A largas y rápidas zancadas, el esbelto médico salió del cuarto. Las dos mujeres

sentadas a la mesa de *bridge* se volvieron involuntariamente para mirarle. El hombre atraía mucho la atención de las mujeres. Por consecuencia, también cobraba altísimos honorarios; merecidamente altos, ya que su destreza era al menos tan grande como su atractivo personal.

Ahora, al sentarse ante el escritorio, con el teléfono frente a él, la lámpara de sobremesa proyectaba atractivas sombras sobre las firmes facciones de su rostro. Era un rostro aguileño, vigoroso, saludable, con arrugas profundizadas por el tiempo y el buen humor en los rabillos de sus ojos grises y en las comisuras de sus finos labios. Su cabello era negro y abundante, con tonos plateados en las sienes. Era, como tantos prosaicos maridos habían comentado mientras sacaban de la cartera no menos prosaicos billetes, un médico de cine, un actor que, en vez de guión, utilizaba escalpelo. Pero tenían que admitir que era un buen doctor, aunque muy a menudo sus esposas adquirían, junto con el saludable aspecto recuperado, un aire ensoñador y una mirada perdida en el horizonte.

Mecánicamente, marcó el número del Servicio de Contestación de Llamadas, pensando lo agradable que seria que nada arruinase su noche. Estaba divirtiéndose, cosa extraña aun en los médicos de éxito.

—Soy el doctor Alexander —dijo a la chica que le respondió—. ¿Hay algo para mí? Y conste que espero que no.

—Oh, sí que lo hay, doctor —replicó ella—. Una tal señora Stevenson. Señora de Henry Stevenson. Está muy enferma y preocupadísima. Eso me dijo. Uno de sus pacientes del corazón. Me pareció muy trastornada.

—¿Algo más?

—No, doctor. Sólo la señora Stevenson.

—Bien. La llamaré ahora mismo.

Del bolsillo de su *smoking* sacó una elegante libretita y buscó el número de Leona. Antes de marcarlo, dudó, diciéndose que aquélla iba a ser una llamada muy molesta. La señora Stevenson tendía a ser imperiosa. Muy imperiosa, y muy prolija, y él no tenía ningunas ganas de escuchar las interminables explicaciones acerca del estado de la mujer. Era evidente que había impresionado a la chica del Servicio de Contestación de Llamadas, aunque eso era algo muy difícil de lograr. «Bueno, sonríe y aguanta», pensó. Esta vez, la cosa no podía ser tan mala, ya que ella sabía cómo iban en realidad las cosas.

Marcó el número.

Leona contestó al primer timbrazo. Quejosa un instante y beligerante al otro, fue abrumando al médico con sus preocupaciones.

—Estoy asustada, terriblemente asustada —dijo, en tono débil—. Me parece como si me estuvieran estrujando el corazón. Las palpitaciones son tan dolorosas… que no puedo soportarlas. Y noto mis pulmones como si fueran a arder si respiro profundamente. No hago más que temblar. Apenas puedo sostener el teléfono, imagínese.

—Bueno, bueno, señora Stevenson —trató de calmarla el médico—. Estoy seguro de que la cosa no será tan mala. ¿Dónde está su doncella? ¿No puede hacerle compañía? Si tuviese a alguien con usted, no sufriría tanto.

—No hay nadie aquí, nadie —gritó Leona—. Y no estoy bien. Sé que no lo estoy. Quiero que venga usted esta noche. Es mi doctor y le necesito ahora, inmediatamente.

—Pues, me temo que no va a ser posible —replicó él, aun con suavidad profesional—. Iría si lo creyese necesario; pero no lo es. Sufre usted un trastorno nervioso, eso es todo. Si se obliga a relajarse y a descansar unos minutos, verá lo mucho mejor que se siente. Si lo desea, tómese un par de pastillas de bromuro. Le ayudaran a calmar los nervios.

Leona gritó:

—¡Pero soy una enferma! ¿Para que he estado yendo a visitarle durante todos estos meses? ¿Qué clase de doctor es usted?

El hombre encajó las mandíbulas. Aquello era ir demasiado lejos, aun para la acaudalada señora Stevenson.

—Mire usted —dijo, en tono seco—. ¿No cree que ya va siendo hora de que se enfrente a la realidad y comience a cooperar con su marido y conmigo?

—¿De qué habla? —preguntó ella—. ¿Qué significa eso de cooperar?

Aquella pregunta desconcertó a Alexander.

—¿Que de qué hablo? Bueno, señora Stevenson, lo sabe usted tan bien como yo. Se lo expliqué todo a su marido… hace una semana.

—¿Mi marido? Debe de estar usted intentando volverme loca, como todos los demás. Le aseguro que mi esposo no me ha dicho una palabra…

El médico se sentía cada vez más intrigado.

—Su marido tuvo que… Le conté toda la historia… Me prometió… ¿Y no le ha dicho *nada*?

—¿De qué historia habla? —preguntó Leona—. ¿A qué se refiere? ¿Por qué tanto misterio?

El doctor Alexander hizo una pausa. Todo era de lo más desconcertante.

—Bueno, no cabe duda de que ocurre algo muy, muy extraño. Hace unos diez días, discutí con su marido el caso de usted. Vino a verme a la consulta.

—¿Y qué le dijo usted, doctor?

—La verdad, querida señora, ahora apenas tengo tiempo de contárselo. Si se calma y duerme un poco, tal vez mañana podamos discutirlo.

—¡Explíquemelo todo ahora! ¡AHORA! ¿Me oye? —Leona se estremeció—. ¿Cómo cree que voy a sentirme esta noche, con esta incertidumbre, preguntándome qué cosa terrible puede sucederme?

El doctor Alexander se encogió de hombros y arqueó cínicamente una ceja.

—De acuerdo, señora Stevenson. Si me espera un momentito…

Dejó el teléfono sobre la mesa y salió del despacho. En la puerta del salón se detuvo. Sus compañeros habían acabado de jugar la mano y le esperaban.

—Lo siento mucho —les dijo—. Voy a tardar unos minutos más…

—¿Otra de tus conquistas, Philip? —preguntó su compañera, con un tono irónico algo excesivo.

—Desde luego. Pero sólo será un momentito. Lamento interrumpir así la partida.

Regresó al despacho.

—Gracias por esperar, señora Stevenson —dijo.

—Espero que me aclarará en seguida este misterio —exigió ella, malhumorada—. No tenía ni idea de que mi marido le hubiese hablado.

—Vino a mi consulta para enterarse de mi diagnóstico sobre el estado de usted. Me dijo que su suegro le había prevenido respecto al estado de su corazón, diciéndole que usted, desde niña, había padecido de ataques cardíacos. En respuesta a mis preguntas, su esposo me dijo que pasaba usted por largos periodos de buena salud y que, antes de casarse, él no tuvo ninguna noticia de que su corazón funcionase mal. El padre de usted le advirtió de ello el día de la boda. Fue toda una impresión.

—Mi padre tiende a ser más bien brusco.

—Su marido dijo que usted no había tenido ningún ataque hasta cosa de un mes después de regresar de la luna de miel. ¿Es cierto, señora Stevenson?

—Sí. Lo recuerdo. Sentí mucho que ocurriera.

—Su esposo me contó que la cosa había ocurrido por que él deseaba romper con la firma de su padre y usted no quiso ni oír hablar de ello.

—Pues… supongo que fue así. Henry quería —era una estupidez, desde luego—, abrirse paso por su cuenta. Es muy impetuoso… a veces.

—Según él, fue más que eso, señora Stevenson.

—¿Ah, sí? ¿Más?

—Sí. Tengo entendido que hubo ciertas fricciones con su padre, ¿no es cierto?

—Bueno, sí —admitió Leona, a regañadientes—. Henry creía que papá no le concedía suficiente importancia. Una idea ridícula.

—Su marido no parece pensar así.

—Da lo mismo, era ridícula. Papá incluso nombró a Henry vicepresidente y le puso en una de las oficinas más bonitas…

—Sea como fuere, el caso es que se peleó primero con su padre y luego con usted. Y usted se puso gravemente enferma.

—Sí. No puedo soportar las peleas.

—En apariencia, su esposo adivinó eso —dijo el médico, secamente—. A él tampoco le gustaban… al menos, después de eso. Parece ser un hombre bastante fuerte. Y tozudo, si me permite decido. Me dijo que, después de aquello no hubo más ataques hasta que la sorprendió con aquello de que deseaba irse a vivir con usted a un apartamento.

—Ah, sí… Fue una cosa muy tonta. Quería sacarme de casa de mi padre y vivir en un piso que había alquilado. Pobre Henry. No sabía nada de esas cosas. No comprendía las ventajas de vivir con mi padre, sin los problemas de formar un hogar.

Papá nunca nos molestó. Lo único que ocurría es que Henry tenía una tonta idea de lo que representa ser el cabeza de familia… Pensaba como cualquier oficinista o vendedor, de esos que viven en los barrios suburbanos.

—También se pelearon por eso, ¿no?

—Sí. Y, aunque traté de evitado, me puse terriblemente enferma.

—Eso coincide con la historia de su marido. Y fue lo que le hizo decidir no volverle a llevar la contraria. Pero, después de ese incidente, usted comenzó a sentirse mal, y ha llegado a empeorar —según él dice—, hasta el extremo de que ahora es casi una invalida permanente. Como es natural, su esposo deseaba saber lo que podía esperar del futuro.

—Seguro que estaba muy trastornado —dijo Leona—. Siempre se ha preocupado por mí. Está muy enamorado.

El doctor Alexander carraspeó.

—Estuve de acuerdo con él en que no hiciera nada que la contrariase. Le pregunté si había pensado alguna Vez en abandonada. —oyó que Leona se aclaraba la garganta y continuó, apresuradamente—. Él pareció sorprendido. Aseguró que nunca había considerado la posibilidad. Yo le dije que, según mi punto de vista, eso era lo que usted necesitaba, señora Stevenson. Resulta evidente que él ha sido la causa de todos sus trastornos emocionales durante los últimos diez años. Si su marido desaparece de su vida, es probable que usted mejore de inmediato.

—¿Cómo pudo decir usted algo tan horrible…? —sollozó Leona.

—Su marido pensaba que eso la mataría —prosiguió el médico, en tono calmado —. Pero, como es lógico, le di todas las seguridades respecto a eso. Le dije que, probablemente, usted haría una escena más o menos aparatosa pero que, a la larga, se repondría. Y estoy seguro de que seria así. En otras palabras, le dije la verdad, querida señora. A su corazón no le pasa nada malo…

—¡Cómo!

—Lo que he dicho, señora Stevenson. Orgánicamente, su corazón funciona a las mil maravillas.

—¿Cómo puede decir eso? —preguntó ella, furiosa—. Sabe que soy una enferma.

—No padece la clase de enfermedad que usted cree —replicó Alexander—. Se trata de algo mental…

—¡Mental! Creo que está usted confabulado con todos los que quieren volverme loca.

—Por favor, señora Stevenson, sea razonable. Nadie trata de perjudicarla.

—¡Claro que sí! —gritó ella—. ¡Desean hacerlo!

—Creo que no sé de qué está usted hablando —replicó él, con suavidad—. ¿Puedo sugerirle que discuta el asunto con el señor Stevenson?

—¿Discutirlo? ¿Cómo lo voy a hacer? Mi marido no está aquí. No sé dónde está.

—Quizá mañana sea el momento…

—¡Es usted…!

El médico casi pudo ver la conmoción de Leona cuando colgó el teléfono de golpe. Por un instante, en su oído sonó la señal de línea. Se apartó el auricular de la oreja y descansó la otra mano sobre el disco del teléfono. ¿La llamaba de nuevo? No. Sonrió cínicamente, se encogió de hombros y remplazó suavemente el receptor sobre la horquilla. Cuando comenzaba a ir hacia la puerta, desde la otra habitación una voz dijo:

—¡Philip! Ya has tardado bastante, cariño.

Leona —asombrada, incrédula— miraba al aparato telefónico, una máquina infernal diseñada especialmente para torturarla a ella más allá de toda resistencia. En su interior luchaban la ira, el orgullo herido y la duda. ¡No podía ser! Quizá durante su infancia hubiera exagerado la importancia de su dolencia. ¡Pero ahora estaba enferma! ¡No fingía! ¡Estaba enferma! ¡Enferma! Se llevó la mano al corazón, apretándola sobre el sitio en que estaba localizado el malestar. Aspiró profundamente, sintiendo el lacerante, insoportable dolor. Alexander era un estúpido. Un ser estúpido y brutal. ¿Cómo podía haberle dicho todas aquellas cosas terribles, sugiriendo que ella había hecho infeliz a Henry? ¿Trataba deliberadamente de trastornarla, de producir en ella una crisis? Leona se dijo que haría que el hombre fuera denunciado al Colegio Médico.

¡Y sus mentiras respecto a Henry! Porque eran mentiras, y ella haría que Henry le hiciera responder al doctor de ellas. Eran mentiras. Ella estaba enferma. Y Henry la amaba y deseaba ayudarla. Debía ser así. Era imposible que fuese de otra forma. Era imposible.

De pronto, en sus ojos brilló el desafío. Echó a un lado la colcha, puso un pie en el suelo y luego el otro. Se levantó y, reteniendo el aliento, dio un vacilante paso hacia la ventana. Su corazón latía locamente. Oprimió su pecho, como si pudiera calmar los latidos con la presión de sus dedos. ¡Y el teléfono volvió a sonar!

¡Era demasiado! Se desplomó sobre la cama, jadeando, vencida por la intensidad de su angustia.

—¡Mentirosos! —sollozó—. ¡Mentirosos… mentirosos… mentirosos…!

El teléfono seguía sonando y Leona volvió su trastornado rostro hacia él, gritando:

—¡No quiero hablar con nadie! ¡Los odio a todos!

Pero los calmados timbrazos sosegaron su ira. Luego, sobre la llamada, oyó un sonido familiar. Pudo advertir el ligero temblor del edificio al cruzar otro tren sobre el puente. La proximidad del ruido la calmó un poco, atenuando los febriles impulsos de sus alterados nervios. Mientras el teléfono no dejaba de sonar. Leona descolgó.

10,30

—Dígame —pidió, con voz débil y llorosa.

—¿La señora Stevenson?

Esta vez Leona no tuvo ninguna dificultad en reconocer la voz del hombre.

—Sí, señor Evans, yo soy.

—¿Ha llegado ya el señor Stevenson?

—No —replicó la mujer, tensa—, aún no. No volverá a casa hasta mañana. —Luego, de forma explosiva, añadió—: Por favor, señor Evans, por el amor de Dios, ¿puede decirme que ocurre? ¿Por qué llama usted cada cinco minutos?

Evans dijo, en tono de disculpa:

—Lo siento mucho. No pretendía preocuparla.

—Bueno, pues me está preocupando —gritó Leona—. Insisto en que…

—Éste es un momento difícil… quiero decir para el señor Stevenson —explicó Evans, con tono de lamento—. Creí que si usted podía decirle…

—Ahora no puedo tomar ningún recado —interrumpió Leona, furiosa—. Estoy demasiado trastornada…

—Mucho me temo que debe usted intentarlo, señora. Es muy importante.

—¿Qué derecho tiene a…? —comenzó ella.

Pero Evans, imperturbable, prosiguió:

—Por favor, dígale al señor Stevenson que la casa del veinte de Dunham Terrace –D-U-N-H-A-M–, el veinte de Dunham Terrace, ha ardido por completo. Yo la incendié esta tarde.

Asombrada, Leona gritó:

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Y dígale también —continuó el hombre, imperturbable—, que no creo que el señor Morano –M-O-R-A-N-O–, nos traicionase a la policía, ya que ha sido arrestado. Por lo tanto, ahora ya es inútil tratar de conseguir el dinero.

—Y… ¿quién es Morano? —preguntó Leona, temblorosa.

Esta pregunta, como las anteriores, fue ignorada por Evans.

—En tercer lugar —siguió—, ¿querrá decirle al señor Stevenson que yo he huido y me encuentro en la dirección de Marthattan? Sin embargo, no espero seguir aquí después de medianoche, así que si desea localizarme puede llamar al Caledonia, cinco, uno, tres, tres. Anote usted ese número con cuidado, por favor.

—Pero…, ¿a que viene todo esto? —protestó ella.

—Y creo que ya no hay más —dijo Evans, suave—. Si tuviera la amabilidad de repetirme…

—¡Repetírselo! ¡No pienso hacerlo! —chilló Leona—. ¿Se da usted cuenta de que soy una inválida, señor Evans? ¿De que estoy gravemente enferma? Yo… no puedo soportar más esta incertidumbre…

En la voz de Evans había un matiz de piedad, de comprensión, cuando dijo:

—Comprendo su desagradable situación, señora Stevenson. En realidad, hace tiempo que tengo noticias de usted.

—¿Tiene noticias de mí? —preguntó Leona, furiosa—. Bueno, pues yo en mi vida había oído hablar de usted. ¡Nunca!

Con cierta deferencia, Evans dijo:

—Lo siento mucho por usted, señora Stevenson, pero puedo asegurarle que todo

este asunto no ha sido culpa única del señor Stevenson.

—¡Por Dios! ¿Quiere dejar de andarse por las ramas? ¿Qué ha ocurrido?

—Quizá sea mejor contárselo —murmuró Evans, pensativo—. Y hacerlo antes de que los hechos reales sean desvirtuados por la… policía.

—¡La policía!

Evans hizo una breve pausa y luego, lentamente, comenzó:

—¿Tiene usted un lápiz, señora Stevenson? En lo que voy a contarle hay nombres y lugares que podrían resultar provechosos si usted… tuviera la amabilidad de anotados…

«Debo comenzar por la noche en que conocí al señor Stevenson —dijo Evans—. Creo que la fecha exacta fue el día 2 de octubre de 1946. El lugar, la fábrica de su padre en Cicero, Illinois. Había mucho quehacer y yo estuve trabajando hasta muy tarde en mi laboratorio, comprobando algunos de los informes sobre fórmulas. Un leve sonido a mi espalda atrajo mi atención y me volví, encontrándome frente a alguien que me miraba a través del panel de cristal de la puerta de mi despacho. Un momento más tarde se abrió y entró un joven.

—Buenas noches —dijo—. ¿No es muy tarde para estar trabajando?

—Sí, señor Stevenson —repliqué—; pero es necesario.

Le expliqué que tenía la costumbre de trabajar hasta última hora de la noche.

—Esta parte de la fábrica siempre me ha interesado mucho —me dijo, mientras iba de un lado a otro del laboratorio—. Es la primera vez que puedo echarle un vistazo.

Eso me satisfizo. Rara vez tenía visitantes que estuvieran interesados en mi trabajo, y la oportunidad de poder hablar de él fue, debo confesarlo, una novedad muy agradable. Además, como el señor Stevenson era yerno del señor Cotterell, la visita resultaba doblemente satisfactoria.

El laboratorio era un sitio agradable. Contaba con el mejor equipo de trabajo, y todo ello había sido dispuesto de la mejor forma posible bajo las baterías de tubos fluorescentes cuya luz se reflejaba sobre los suaves tonos de los azulejos de las paredes.

—¿Hay algo en particular que le interese? —pregunté.

—No, no… Sólo quería echar un vistazo. Este departamento siempre me ha inspirado curiosidad. ¿Qué hacen aquí?

—Nuestro trabajo se relaciona con la química de narcóticos. Los narcóticos no ocasionan siempre las cosas dañinas que leemos en los periódicos. Muchos de ellos son verdaderas bendiciones para la Humanidad, cuando son administrados en las dosis justa… como es el caso de los productos Cotterell.

Supongo que mi forma de hablar, en cierto modo pedante, le divirtió.

—Mire, Evans —dijo—. He pasado entre drogas la mayor parte de mi vida. Ahora, dígame qué es lo que hacen aquí.

—Bueno, en este laboratorio descomponemos el opio puro en sus diversos

alcaloides. Supongo que sabe que el opio tiene veinticuatro alcaloides: morfina, codeína…

Bueno, bueno —me cortó—. Narcóticos. Aquí debe de haber enormes cantidades.

—Desde luego —asentí—. Y ésa es toda una responsabilidad, por decirlo así.

—¿Y qué hacen con los distintos alcaloides?

—Bueno, pues los usamos en los productos Cotterell, como es lógico.

—No, no. Quería decir que qué hacen con ellos antes de que la fábrica los necesite. No creo que los guarden por aquí, en frascos colocados sobre estanterías.

—Bueno… eso es un secreto —repliqué.

—Como debe ser. Supongo que podría preguntárselo al señor Cotterell…

—¡Qué tontería! Sólo quería demostrarle el cuidado con que guardamos esta información. Como es lógico, no hay ningún motivo para que el yerno del señor Cotterell no deba ser informado.

Me dirigí hacia la pared de azulejos que había frente a la puerta e inserte una llave en un pequeño orificio que había bajo el interruptor de la luz. Parte del muro se descorrió, revelando la inmensa caja de caudales en la que guardábamos nuestra reserva de narcóticos. El señor Stevenson pareció muy impresionado.

—¿Y no le preocupa tener alrededor toda esa dinamita humana? —quiso saber él.

—Como dije antes, es una gran responsabilidad, pero no es probable que esa caja se abra ante nada que no sea su combinación exacta.

—Lo que quería preguntar es qué ocurre con los errores. Suponga que se equivoca en la cantidad que pone en alguno de los productos. ¿No podría eso hacer mucho daño?

—Es muy poco probable que una cosa así pueda suceder. Nuestras medidas son exactas y van de acuerdo con las fórmulas prescritas. Llevo aquí quince años y nunca se ha cometido ningún error.

—Desde luego —dijo él, con una sonrisa—. Sólo lo he preguntado por curiosidad.

Después de eso, volvió a pasarse por el laboratorio unas cuantas veces. Siempre se mostró muy amistoso y cordial conmigo. Le mostré los distintos procesos en acción, y él pareció tener, por sus años de experiencia en el negocio farmacéutico, una cierta comprensión básica de lo que era una terminología bastante complicada. A mí me hacía sentir muy satisfecho que una figura tan importante de la Compañía se mostrase tan amable conmigo.

«No me ha dicho usted nada que no supiera ya —pensó Leona—. Henry es así. Curioso. Todo le interesa. Se siente obligado a conocer todos los detalles del trabajo de la Compañía. Es lo que papá llama ser entrometido. Uno de los temas por los que discuten. Henry cree que papá siente animadversión hacia él, que trata de hacerle de menos. Incluso habló de ello al doctor Alexander. Tal vez papá sea demasiado severo».

—Aproximadamente cuatro semanas después —continuó el señor Evans, tras una

pausa— de mi primer encuentro con el señor Stevenson, me encontraba fuera de la fábrica, esperando un autobús que me llevara a casa. Era una noche de perros, con un viento huracanado que hacia caer la fría lluvia casi horizontalmente por las calles de la ciudad. Como puede imaginar, mi paraguas no era una gran protección. Esperando en aquella esquina, me sentía totalmente desamparado. Pero la cosa no duró mucho. Un magnífico sedan negro se detuvo justo enfrente de mí y alguien gritó:

—¡Evans!

Miré a través de la lluvia y vi que era el señor Stevenson.

—Suba —me dijo—. Le llevaré.

—Es usted muy amable, pero no quisiera molestarle. Tal vez pueda ayudarme a tomar un autobús más abajo. No me apetece mucho seguir más rato bajo esta lluvia.

—Olvídelo. Encantado de llevarle a casa. En realidad, detesto conducir a solas.

El coche se puso en marcha suavemente y no pude por menos de admirar la belleza del automóvil.

—Es de mi esposa, —dijo el señor Stevenson, cuando se lo mencioné.

—Nunca he tenido coche. Siempre me han parecido demasiado… bueno… mecánicos. Personalmente, prefiero un tronco de briosos caballos y un buen carruaje.

El señor Stevenson no me interrumpió, por lo que supongo que seguí hablando un buen rato de… caballos. Verá, me crié entre ellos. Eso fue en Surrey, y supongo que uno nunca puede olvidarse de la infancia.

—Los caballos son maravillosos —dije—. Tan fuertes y, al mismo tiempo, tan elegantes. Desearía tener cientos de ellos.

Al oír esto, el señor Stevenson me miró de una forma bastante extraña.

—¿Quiere usted decir…?

—Sí —le aseguré—. Nada me gustaría más que tener una pequeña finca, con unos grandes y limpios establos, buenos pastos y el mejor ganado equino de Inglaterra.

—¿Inglaterra?

—¡Oh, sí! Supongo que todos los ingleses que viven en el extranjero desean acabar su vida en la patria. Siempre hay algo que le tira a uno hacia ella, por mucho tiempo que lleve fuera.

Volvió a mirarme, con la sombra de una sonrisa en sus labios.

—No hay nada malo en desear una cosa —dijo—. Lo malo es no hacer nada para conseguida.

—Eso es muy fácil de decir, si me perdona la impertinencia, pero no todos pueden respaldar sus deseos con la energía necesaria ni precisar con exactitud lo que uno quiere. A veces, uno lo averigua cuando ya es demasiado tarde. Yo, por ejemplo, tengo un pequeño juego conmigo mismo.

—¿Sí? —preguntó él, con tono levemente divertido.

—Sí —repliqué—. Hace unos años, volví a Inglaterra a pasar unas vacaciones y elegí un pequeño lugar cerca de Dorking. Un sitio perfecto. Un pequeño terreno con

jugosos prados, umbrías arboledas y un bello arroyo. A los caballos les encantan los arroyos. De vez en cuando, me entero del precio de ese lugar. Sólo por divertirme, claro, porque sé que nunca tendré medios para comprarlo. Pero me gusta planear lo que haría en ese lugar si pudiera.

—Tiene usted razón —dijo el señor Stevenson, con tono de cinismo—. Trabajando para mi suegro, nunca logrará comprar esa finca.

Esto me dejó desconcertado.

—No —admití—. Supongo que no.

Volvió a mirarme y observé que esta vez en su mirada había un leve matiz especulativo, como si dudase entre decirme algo. Lo que al final dijo me dejó totalmente desconcertado.

—Usted y yo, Evans, tenemos mucho en común.

«¡Fantástico! —pensó Leona—. ¡Henry y ese cansino viejo! ¿Por qué tendría Henry que compararse con ese pesado farmacéutico? Tengo la sensación de que Evans está un poco mal de la cabeza».

—Pero…, señor Stevenson…, ¡qué cosa más absurda! Yo pensaba…

—No piense nada, Evans, a no ser que se trate de su trabajo o de esa finca en Inglaterra. —Dijo esto con cierta aspereza. Durante un rato, ninguno de los dos habló. Cuando llegamos a mi casa, abrí la portezuela del coche para salir. De pronto, sentí su mano sobre mi brazo—. Espere un momento, Evans. Quiero hablar con usted.

—Desde luego, señor Stevenson —repliqué, cerrando la portezuela.

—Evans, se me ha ocurrido una idea. Si es buena, para usted significará esa finca de Inglaterra. Para mí significara… Bueno, eso no importa. Usted puede decirme si es buena o mala. Nadie más puede hacerla. —En ese momento el señor Stevenson estaba serio. Su expresión era tan sombría como la misma noche. Tenía la mirada clavada en mis ojos y su mano me atenazaba el brazo dolorosamente.

—¿Qué quiere decir? —pregunté, con aprensión, ya que su modo de hablar resultaba impresionante.

—Quiero decir que puede usted comprarse su viaje a Inglaterra, o a cualquier otra parte. Y eso sólo a base de cometer unos cuantos errores.

—¿Errores? —pregunté, con poco aliento—. Me temo que no le comprendo.

Suavemente, él replicó:

—Errores en la cantidad de narcótico que pone en los productos Cotterell. No es que deba poner más, Evans, sino menos… mucho menos.

—¡Cielo santo, no! —exclamé tembloroso—. Nunca se me ha ocurrido.

—Nadie más que usted —y yo— se enteraría, Evans. Los dos sabemos que esas medicinas baratas serían mucho mejores para la Humanidad si contuviesen menos narcóticos. Nadie y mucho menos la compañía Cotterell advertiría la diferencia. Y las drogas que usted no pusiera, Evans, significarían para usted esa finca en Inglaterra de la que antes hablaba.

«¡No! —gritó Leona, para sí—. Es imposible. Este hombre es un lunático. ¿Qué

trata de hacer? ¿Quién cree que va a tragarse toda esa sarta de embustes? ¡Sugerir que Henry haría una cosa así! Está loco. Eso es lo que esta. ¡Loco! Pero debajo de todas esas tonterías debe haber algo. Henry habrá hecho algún negocio con ese hombre. La señorita Jennings mencionó que Evans había llamado a Henry varias veces».

»Me sentía horrorizado… y fascinado. Todo había sido tan repentino que casi me era imposible pensar. Necesitaba un poco de tiempo para ordenar mis ideas.

—No estoy tan seguro de que se pueda hacer tan fácilmente —dije.

—¡Cómo! Para un químico tan bueno como usted sería sencillísimo.

Debo admitir que sus palabras me envanecieron. Nadie se había molestado nunca en mostrar ningún aprecio por los milagros químicos que se realizaban, bajo mi dirección, en el laboratorio Cotterell. Y el señor Cotterell, menos que nadie.

—¿Cree de veras que soy un buen químico? —pregunte, tontamente.

—El mejor que conozco —aseguró el señor Stevenson rápidamente—. He observado su trabajo. He consultado su historial. Y me ha desagradado profundamente ver la miseria con que pagan su talento.

No supe qué hacer. La tentación es algo terrible, sobre todo, cuando lo que se pide de uno resulta tan fácil de hacer… si se es buen químico. Dudé, jugueteando con la manija de la portezuela. Pero el señor Stevenson tenía más cosas que decir.

—Vamos, Evans, no sea tonto. Ya he discutido el asunto con otra persona.

Esto me dejó estupefacto.

—¿Otra persona? —grité—. ¡Cielo santo, qué locura!

—Nada de locura —replicó él, sonriendo torvamente—. Sentido común. Alguien debe vender el producto una vez nosotros lo hayamos conseguido. Yo no sabría que hacer con él. Al menos, por ahora. Pero el hombre con el que hablé podría encargarse de eso. Se llama Morano. Tomará todo cuanto le entreguemos y dividirá los beneficios en tres partes.

«Está loco —pensó Leona—. Ahora ya no me cabe duda. Tal vez se trate de un empleado despedido cuya cabeza se ha trastornado. Un cuento absurdo. Parece una película».

»Finalmente, la enormidad del asunto hizo sonar un timbre de alarma en mi cerebro. De haberse tratado de cualquier otro que no fuese el señor Stevenson, la cosa no me hubiera afectado tanto. Pero el que aquel atractivo y poderoso joven que vivía en el seno de una familia millonaria pudiese forjar un plan así, resultaba increíble.

—Me desconcierta usted, señor Stevenson —dije, débilmente—. ¿Por qué tendría usted precisamente usted que desear meterse en un asunto tan turbio como el que sugiere? Creo que ha tratado de probar mi integridad… y eso me duele mucho, señor.

Torció la boca. La expresión de su rostro no tenía nada de agradable.

—Evans…, usted quiere algo —dijo—; esa finca. Yo también quiero algo: dinero. Mi propio dinero. Voy a lograrlo. Y cuanto antes y más fácilmente, mejor. Eso es todo. Deseo algo. Lo consigo. Ahora subamos a su cuarto y hablaremos del asunto.

—Pero, aguarde —supliqué—. ¿Y si nos atrapan?

—No lo harán. Vamos.

»Y no nos atraparon, señora Stevenson. Desde el quince de diciembre de mil novecientos cuarenta y seis, hasta el treinta de abril de mil novecientos cuarenta y siete, todo funcionó a la perfección. Yo realizaba mi parte del trato con sorprendente facilidad. Era muy sencillo sustituir por polvos y líquidos inofensivos considerables cantidades de alcaloides de morfina. Generalmente, lo hacía por la noche, cuando mis ayudantes no estaban. Nadie me prestó la más mínima atención. Cada viernes le entregaba al señor Stevenson los paquetes de drogas y él, a su vez, los pasaba al señor Morano. No se dónde lo hacia. Por aquella época, nunca llegué a ver a Morano.

Para el treinta de abril, yo ya había ahorrado casi quince mil dólares. Resultaba increíble. Era mi sueño hecho realidad. Entonces, un día recibí una nota de la Compañía Cotterell diciéndome que iba a ser trasladado a la planta de Bayonne, Nueva Jersey. Aunque, según la nota, en ese lugar iba a seguir encargándome del departamento de narcóticos, la cosa me asustó. Me parecía totalmente innecesario trasladarme a un lugar en el que haría el mismo trabajo por el mismo sueldo. En cuanto pude, fui a ver al señor Stevenson.

Cuando estuvimos a solas en su oficina, le mostré mi orden de traslado.

—¿Lo solicitó usted? —me preguntó.

—No, en absoluto. Por eso me preocupa el asunto. Estoy seguro de que sospechan algo.

—¡Qué tontería! —replicó él—. Si algo fuera mal, hace tiempo que le hubiese detenido la policía. Ese traslado debe de ser cosa de rutina. Yo mismo lo comprobaría, pero… ¿por qué atraer la atención sobre ello? No hay razón alguna para preocuparse.

Su fría seguridad no me calmó por completo. El señor Stevenson tiene un carácter de hierro, pero yo, no.

—Es una señal, un presagio —dije, nervioso—. Estoy seguro.

—Una señal… ¿de qué?

—De que debemos detenernos. Éste… éste es un asunto terrible, señor Stevenson. No podré seguir en él mucho más tiempo. Ahora ya casi tengo suficiente dinero ahorrado para volver a Inglaterra. Tal vez pueda hacerla antes de que el traslado a Bayonne se haga efectivo.

El señor Stevenson me miró con su peculiar sonrisa socarrona. No es una cosa muy agradable de ver, se lo aseguro.

—Evans —comentó, suavemente—, se retirará usted cuando yo se lo diga. Que eso quede bien claro: *cuando yo se lo diga*. No antes.

Se levantó de ante su escritorio y fue hasta la puerta para asegurarse de que nadie podía oírnos. Luego volvió junto a mí y tomó asiento en el borde de su escritorio. Seguía sonriendo, pero sus ojos eran fríos como el hielo.

—Le necesito, Evans, y no pienso dejarle ir. Tal vez a usted le interesen las migajas que hemos conseguido. Pero yo, no. Quiero más. Mucho más, Evans, y

pienso lograrlo. Y me parece que sé cómo hacerlo… rápidamente. Mucho más rápido que hasta ahora.

—¿Qué quiere decir?

—Me ha dado usted una idea. Una gran idea, como las que a mi me gustan. Tenía razón al decir que el traslado era una señal. Se trata de la señal más clara que haya usted visto. E indica directamente al mayor montón de dinero que pueda imaginarse. Cuando logre ese montón, podrá irse, Evans. Si hace lo que yo le diga, no será una espera demasiado larga.

Hablaba en voz muy baja, pero su determinación era indudable. En sus ojos brillaban unas intensas lucecitas en las que había algo casi demencial.

—Por favor, señor Stevenson —supliqué—. ¿Cree acertado llevar más lejos este asunto? Admito que, hasta ahora, todo ha sido muy sencillo. Pero, ¿no le estará ofuscando este éxito inicial? Después de todo…, ¿hasta qué punto puede confiar en el señor Morano?

Él resopló.

—Morano. Un *gangster* sin importancia. Se ha estado aprovechando de nosotros, Evans. Nos arriesgamos, y él se queda con un buen bocado de los beneficios.

Se puso en pie y fue a la ventana que daba sobre la inmensa fábrica. De espaldas a mí, dijo:

—No pienso dejar que Morano siga interviniendo en esto. No, ese pequeño oportunista ya no va a meter más baza —se volvió a mirarme—. Con usted en Bayonne, Evans, creo que el señor Morano tendrá que encontrar algún otro que el abastezca.

Yo no tenía idea de a qué se refería.

—No creo que sea fácil echar a un lado a alguien como Morano —dije—. Esos hombres trabajan en grupos y, por lo general, se les supone bastante difíciles… quiero decir que, en esos asuntos, suelen mostrarse violentos.

—Ya me las arreglaré con Morano. Cuando se entere de que ha sido usted trasladado a Bayonne, cortando así la fuente de la que me proveo, no lo pensara dos veces. Es un estúpido. Y entre todos los de su pandilla no hay ni uno con cerebro. No creará problemas.

»Ahora —dijo, volviéndose a sentar tras su escritorio—, el panorama es el siguiente. El asunto de los narcóticos es muy importante. Nunca había comprendido eso hasta que vi el gran negocio que un pistolero barato como Morano podía hacer sólo con nosotros. Y no olvide que tiene otros abastecedores. De acuerdo. Acabamos el asunto aquí, nos deshacemos de Morano, y de la obligación de darle un tercio de los beneficios. Luego, comenzamos nuestro propio negocio en Bayonne, vendiendo el producto en Nueva York, el mercado más rico del país. Haremos más transacciones, con beneficios mayores y partes más importantes para cada uno. Lo único que debe usted hacer es lo que ha venido haciendo hasta ahora. Sólo que tal vez tengamos que almacenar las drogas en algún lugar seguro. Ya encontraremos otro sitio para

establecer nuestro negocio. Y ya estaremos metidos en el asunto.

—Pero, señor Stevenson… Eso es fantástico. Supongamos por un momento que yo fuera capaz de ayudarle de esa forma. ¿Cómo podría usted… entrar en contacto con los clientes de nuestro producto? Es excesivamente peligroso, se lo aseguro. Resulta mejor seguir siendo pequeños, sin arriesgarnos, que tentar a la Providencia.

—Mire, Evans, cuando era joven y me dedicaba a servir refrescos y hacer paquetes en una farmacia, me las arreglaba para sustraer unas cuantas cajas de polvos, botellas de perfume y toda clase de cositas pequeñas. Siempre había alguien interesado en comprarlas baratas y sin hacer preguntas. Sólo me atraparon una vez, y un tipo llamado Dodge, que me apreciaba y sabía que yo era pobre y tenía que ayudar a mi familia, me sacó del aprieto. Me atraparon porque no vigilé mis pasos, y eso me enseñó una lección. Uno puede hacer cualquier cosa, con tal de que sea listo y se ande con cuidado. Bueno, Bvans, soy lo bastante vivo para establecer las conexiones adecuadas en Nueva York. Déjeme eso a mí. Y, créame, nadie soñará nunca en que usted o yo tenemos algo que ver con ese negocio.

«¡Cielo santo, qué insidiosas eran sus palabras! Y ella comenzaba a creerlo. Lo hacía todo tan real… Todo encajaba tan limpiamente… Pero no debía hacerle caso. Era imposible que aquello fuera cierto. Ella no permitiría que lo fuese».

»Mes y medio más tarde comenzamos las operaciones en Staten Island, Nueva York. Nuestro cuartel general estaba instalado en una vieja casa en el veinte de Dunham Terrace. Yo compré la casa por encargo del señor Stevenson. Contraté un par de tipos de la localidad cuidando que no fueran muy listos, ¿comprende? que creían que yo trabajaba para un proyecto científico del Gobierno. Uno de ellos hacía de centinela, advirtiéndome de la proximidad de extraños y cosas por el estilo. El otro, un jorobado, mantenía la casa limpia y manejaba la pequeña lancha a motor que yo había comprando para llegar al edificio por mar. Los dos eran muy leales y poco habladores, aunque había poco que temer, ya que en la casa no se guardaban nada que les pudiera hacer sospechar. Se trataba sólo de un centro de distribución, y las drogas eran llevadas allí desde el «almacén» y entregadas inmediatamente.

El almacén estaba instalado en mi cuarto, desde donde le habla ahora. Está situado en una casa eminentemente respetable, y mi patrono es un pastor protestante retirado. Un hombre muy ingenuo. Mi camioneta ha servido a la perfección como depósito para las diversas sustancias que vendíamos. No creo que hubiera podido encontrarse un sitio más seguro que esta agradable habitación.

Me desplazaba a Staten Island varias veces a la semana, y allí me entrevistaba con los clientes mandados por el señor Stevenson. El sistema como entablaba contacto con ellos lo desconozco. Hasta que los conocí a todos de vista, empleamos una palabra clave para identificar a los clientes. Esos hombres —y unas pocas mujeres— trabajaban al por menor. Compraban cierta cantidad y redistribuían el producto a los… consumidores.

Como puede usted suponer, yo estaba ganando considerables sumas de dinero

cada semana. Pero, en apariencia, el señor Stevenson no se sentía satisfecho con mis progresos.

Varios meses después —como sabe— el señor Stevenson llegó a Nueva York, ya que, no sé cómo, había conseguido que le trasladasen a la sucursal de la Compañía Cotterell en esta ciudad. Un verdadero objetivo, como puede suponerse, era el de hacerse cargo de la supervisión de nuestras ventas de narcóticos, pues creía que el creciente volumen de nuestro pequeño negocio podía ser grandemente estimulado si él estaba cerca. Poco después descubrí que existía una urgencia mucho mayor que el simple deseo del señor Stevenson de hacer la mayor cantidad de dinero en el menor tiempo posible. La verdad era que el señor Stevenson, sin decirme nada, había estado jugando a la Bolsa, utilizando como capital los beneficios que le producía su mucho menos honorable actividad. Por desgracia, era menos astuto en sus especulaciones bolsísticas de lo que había sido en su ilegal negocio. Se encontraba en un grave aprieto. Y lo que era aún más lamentable era que, tan pronto como llegó a Nueva York, continuó invirtiendo más y más dinero en inútiles operaciones en el mercado de valores, de forma que cada penique que yo le entregaba pasaba directamente a sus corredores de Bolsa.

«¡Sally! ¡Sally había mencionado la oficina de un corredor de Bolsa! Y aquel hombre Freeman, —o como se llamase—, que se lamentaba con Henry de ciertas pérdidas. Eso no había sido una coincidencia, ni fue tramado por Evans. Toda la historia se estaba haciendo cada vez más y más racional. Tal vez Evans no estuviera loco…».

»Eso resultó un duro golpe para mí, ya que no veía oportunidad de librarme del dominio del señor Stevenson. Su abrumadora vanidad que, en el fondo, era el motivo de que estuviese tan ansioso de triunfar en los negocios legales le llevó a repetidos intentos de recuperar sus pérdidas. Cuando yo le sugería que se detuviese, limitándose a acumular fondos mientras nuestro negocio diese tan excelentes resultados, él me miraba con aquel desprecio que yo había aprendido a conocer y me decía que ahorrase saliva.

Un día le pregunté:

—Señor Stevenson, ¿por qué insiste en jugar a la Bolsa? No cabe duda de que, en estos días, las oportunidades de obtener ganancias sustanciales en el mercado de valores son muy limitadas… sobre todo, comparándolas con nuestro propio negocio.

Él me dirigió una extraña sonrisa.

—Usted sabe que deseo dinero; pero no me sirve cualquiera, sino uno que yo pueda enseñar, que me consiga un poco de respeto. Quiero montones de dinero. Y no pienso esperarlo toda la vida. Bueno… ¿Cómo podría explicar la procedencia de los beneficios que consigo en este negocio? La respuesta es… no podría. Cuanto me es posible hacer es emplear esos fondos para introducirme en algo respetable. Por eso juego a la Bolsa. Cuando tenga suerte en ella, nadie sabrá lo que me costó empezar. Puedo decir que ahorré parte del dinero que el viejo Cotterell me pagaba por calentar

mi silla. Luego, cuando consiga eso, seré rico, respetable… y podré decirle a Cotterell lo que puede hacer con su vicepresidencia hecha a la medida.

Como puede ver, el señor Stevenson es un hombre rencoroso y lleno de vanidad. Su deseo de prestigio hubiera sido totalmente lógico en cualquiera. Pero otro hombre se hubiese contentado con trabajar honestamente para conseguir su meta. Esta noche puedo moralizar sobre la falta de principios del señor Stevenson, porque —como ya debe usted de sospechar— me he liberado finalmente de esa esclavitud. Ya no pertenezco al señor Stevenson. No pretendo disculpar mi propia conducta. Pero mi debilidad fue la de un viejo sin esperanzas que es seriamente tentado. La suya, por el contrario, fue el desgraciado producto de una mente retorcida y degenerada que se alberga en un cuerpo fuerte y bello. En otras palabras: yo soy un mal hombre; él, un elemento peligroso.

Por suerte —o por desgracia, según se mire— el capítulo final de nuestra historia estaba ya escribiéndose aún en los momentos en que el señor Stevenson se proponía aumentar las ventas de los narcóticos suministrados por mí. Hace cosa de un mes, recibimos una visita.

10,40

»Una noche, tuve que reunirme con el señor Stevenson en la casa de Dunham Terrace. Llegué un poco más tarde de lo habitual. Esa vez había ido en *ferry* desde Marthattan, y un banco de niebla sobre el río provocó un cierto retraso. Subí a toda prisa las escaleras de la vieja casa y entré en la sala de estar. El señor Stevenson estaba sentado en una de las desvencijadas sillas que formaban parte del mobiliario del cuarto. Junto a él, sobre una mesa, había un quinqué, y a luz pude verle el rostro claramente. Estaba blanco como una sábana, y en sus labios flotaba aquella extraña sonrisa. Me miró a mí y luego hacia el rincón del cuarto que ocultaba la puerta, que yo continuaba manteniendo abierta. Entré en la habitación, cerré…, ¡y vi al hombre del rincón!

Estaba sentado a horcajadas en una silla de cocina, con los brazos cruzados sobre el respaldo. A la escasa luz del quinqué no pude distinguirle demasiado bien, pero me di cuenta de que nunca le había visto con anterioridad. Parecía ser un hombre bajo, cuidadosamente vestido. Su aceitoso pelo negro reflejaba el brillo del quinqué. Estaba mirándome y, lo que pude distinguir de su rostro no tenía nada de agradable. Moreno, de facciones duras y regulares y ojos pequeños que no pestañeaban. Después de que hube cerrado la puerta, nadie habló por unos instantes. Luego el hombre movió la cabeza hacia el señor Stevenson.

—¿Es él? —preguntó.

—Sí —replicó el señor Stevenson. Y luego, dirigiéndose a mí—: Evans, le presento a un viejo amigo: Morano.

El hombre me miró de arriba abajo.

—Siéntese.

Lo hice… con bastante alivio, debo añadir. El *shock* de esta inesperada reunión

me había puesto muy nervioso. Estaba enormemente alarmado.

—Morano no está muy satisfecho de nosotros —explicó el señor Stevenson, burlón—. Le duele mucho que le hayamos excluido del consejo de directores.

Miré a Morano para observar el efecto de las palabras del señor Stevenson. Pero si al hombre le afectaron en algo, no se le notó. Siguió en silencio, esperando a que el señor Stevenson acabase.

—Acabo de notificar al señor Morano que no podemos considerar su demanda de reinstalación. Él iba a hacer comentarios sobre mi respuesta cuando entró usted.

El señor Stevenson unió las yemas de los dedos, frunció los labios y miró a Morano con exagerada cortesía.

Morano le contempló un buen rato en silencio, como si estuviera meditando sobre algo. Luego comenzó a hablar. Su voz sonaba un poco turbia, ya que el hombre articulaba las palabras sin mover apenas los labios. Pese a todo, estoy seguro de que tanto el señor Stevenson como yo no tuvimos ninguna dificultad en entenderle.

—No se haga ilusiones —dijo—. Tal vez todo esto no sea tan divertido. Tal vez si se decide a escucharme aprenda algo, Stevenson. Hasta un caballero tan listo como usted puede enterarse de cosas que no sabe. Como, por ejemplo, la mejor forma de seguir con vida.

Tras una breve pausa, el hombre siguió:

—¿Qué clase de negocio cree que es éste? ¿El de comestibles? ¿Supone que cualquier puede abrir una tienda? ¿Que el primer advenedizo que no tiene más que llegar y ponerse al trabajo? ¿Su extraordinario cerebro le dijo eso, Stevenson? ¿Lo mismo que le dijo que me hiciera a mí a un lado y que yo no iba a hacer nada por vigilarle?

—Un tanto para usted —dijo el señor Stevenson perezosamente—. Le infravaloré, Morano.

—No es en lo único que se ha equivocado. Si no fuera por mí, lo más probable es que en estos momentos estuviera usted muerto. Todos los que forman parte del negocio saben lo que está usted haciendo. ¿O creyó que no sería así? Ha de saber que pensaban matarle en cuanto consiguieran al profesor. Deseaban obtener a Evans y, una vez lo tuvieran, asegurándose así que seguirían contando con la droga, a usted le ocurriría algo, Stevenson. Algo muy desagradable. Pero ya arregle eso. Tengo muchos amigos en esta ciudad. Por eso le dejaron en paz… aunque sólo por breve tiempo.

El señor Stevenson ya no sonreía.

—No creo que eso nos interese, Morano. Podemos arreglárnoslas muy bien sin usted. Cuando es necesario hacer una transacción, la hacemos directamente. Ya tiene usted su negocio de Chicago. Debería conformarse con eso.

—Le parecerá raro, pero no me conformo. Ha sido usted muy estúpido, Stevenson. No creo que en este asunto tenga muchas posibilidades de elección. Me parece que no tiene ninguna.

—¿Y eso que quiere decir?

—Pues que, o yo entro en el negocio… o les denuncio a la policía. Es así de fácil. O intervengo, ahora, o esto se acaba.

El señor Stevenson se crispó ante aquello.

—No será capaz de hacer eso, Morano. Usted también intervino en el asunto de Chicago. Se hundiría con nosotros.

—Ni hablar. Nadie me molestaría. Resulta imposible probarme nada. Jamás les había visto a ustedes, ¿comprende? Y, lo que es más, nadie va a saber quien dio el soplo respecto al yerno del viejo Cotterell. Con una información como esa se consigue muchísima protección.

Entonces ocurrió la cosa.

El señor Stevenson saltó de su silla, lívido de ira, y se lanzó contra Morano. Su puño golpeó al hombrecillo en la mandíbula y le hizo caer hacia atrás. El señor Stevenson, como un animal rabioso, le siguió, echándosele encima y buscándole la garganta. No me cabe duda de que hubiera matado a Morano en aquel momento… si algo no se lo hubiese impedido. Pero, como yo ya había observado, en lo que respectaba a Morano, era imposible tomarle por sorpresa. En el momento en que los dos hombres caían al suelo, la puerta se abrió y, en un instante, el señor Stevenson se vio en pie y sujetando firmemente por dos matones de Morano. Tenían un aspecto sumamente amenazador y, por un momento, temí que redujeran al señor Stevenson a pulpa. Pero Morano, desde la puerta, dijo:

—Dejadle en paz, muchachos. No quiero que le queden señales. No es conveniente que tenga que explicar nada a nadie.

Morano se levantó del suelo, sacudiéndose sus elegantes ropas y enderezándose el nudo de la corbata. De un bolsillo sacó un peine con el que devolvió a su aceitoso pelo negro la brillante perfección anterior. Luego dijo:

—Sentadlo en esa silla… y largaos.

Devolvieron al señor Stevenson a su asiento. Observé que uno de los hombres palpaba las ropas del señor Stevenson, supongo que buscando algún arma. Él, pálido y tembloroso, se sentó y los dos hombres salieron del cuarto. Morano se acercó al señor Stevenson.

—¿Comprende lo que quería decir? —preguntó.

El señor Stevenson asintió de mala gana.

—Bueno. Ahora nos comprendemos mutuamente. No hay necesidad de que volvamos a tirarnos del pelo. Haga lo que le digo y me cuidaré de usted. Y eso también va por el profesor añadió, sonriéndome de forma muy desagradable.

»Desde este momento, soy yo quien dirige el negocio. Dividiremos mitad y mitad. El cincuenta por ciento para mí y el resto para ustedes dos. No les irá tan bien como antes, pero yo tengo grandes gastos.

—Eso… no es justo —dijo el señor Stevenson, débilmente—. No habrá bastante…

—Es justo —le espetó Morano—. Y es justo por que yo digo que lo es. Si no le gusta, siempre puede largarse, mientras el profesor se quede —se volvió hacia mí—. Puede que a él le gustase. Así recibiría una parte mayor, ¿no? El profesor no pensaría en traicionar a nadie… excepto puede que a usted, señor Stevenson.

Pero el burlón humor de Morano no duró mucho. Su fría mirada volvió a fijarse en mi compañero.

—Ahora ya sabemos cuáles son nuestras posiciones a partir de este momento. Sólo queda un pequeño asunto que saldar… una insignificancia de cien de los grandes.

El señor Stevenson se sobresaltó.

—¿Cien de los grandes? ¿Para qué?

—Para cubrir el tiempo transcurrido entre ahora y el día en que me dejó usted de lado.

—¡Está loco! —gritó el señor Stevenson—. No tengo esa cantidad. He perdido en la Bolsa cada céntimo que gané.

—Es una lástima —dijo Morano, en tono de lamento—. Una verdadera lástima. —Luego su cara adoptó una fría expresión—. Consígalos. Y en el plazo de un mes.

El señor Stevenson se puso pálido.

—Está usted mal de la cabeza, Morano. No puedo reunir tanto dinero en un mes. Necesito mucho más tiempo. Entonces, tal vez mi esposa…

Con desprecio, Morano dijo:

—¡Su esposa! ¡A ella no puede sacarle nada!

—No comprende —balbució el señor Stevenson, roncamente—. Está enferma. No tardará mucho en morir. Me lo deja todo. Eso dice su testamento. No tiene que esperar más que unos pocos meses… Eso será todo, estoy seguro…

—Nunca espero a que nadie muera —replicó Morano—. Y usted, si es listo, no lo hará tampoco. Si es necesario que alguien se muera… se muere.

—¡Por Dios! —gritó el señor Stevenson—. Yo no puedo…

—No me importa lo que pueda o no pueda hacer usted. Reúna ese dinero en treinta días.

—Pero…

—Mire… —Morano sonrió—. No quiero apretarle demasiado las clavijas, señor Stevenson.

—¿Sí? —preguntó él, esperanzado.

—Si se encuentra con demasiados problemas, acuda a mí. Tal vez pueda prestarle… cierta ayuda.

Eso ocurrió durante la noche del diecisiete de julio. Desde entonces, no he vuelto a ver al señor Morano ni al señor Stevenson. Y ahora, puesto que ya le he dado el mensaje final, creo que todo se explica por sí mismo.

El teléfono temblaba en la mano de Leona. De sus ojos comenzaron a brotar lágrimas de horror. Notaba su cuerpo débil, como muerto, y apenas podía controlar el

temblor de su mandíbula.

—Se explica por sí mismo…, ¿cómo? —preguntó—. ¿Dónde está mi marido? ¿Dónde está ahora el señor Stevenson?

—Me gustaría saberlo, señora Stevenson —replicó la cansina voz—. Tal vez si probara en el número de Caledonia…

—¿El número de… Caledonia?

—El que le di en mi mensaje —explicó él—. Y ahora, si pudiera repetirme todos los datos…

—No puedo —gritó Leona—. No puedo. Los he olvidado.

—Entonces se los repetiré una vez más. Punto primero: la casa en el veinte de Dunham Terrace ha sido incendiada esta tarde por el señor Evans. Punto segundo: el señor Evans ha logrado escapar. Punto tercero: al señor Morano le han detenido. Punto cuarto: no es necesario reunir el dinero, así como no fue el señor Morano quien dio aviso a la policía.

—Eso no importa —murmuró Leona—. No importa. Deme sólo ese número de Caledonia…

—Punto quinto —dijo Evans, con toda claridad—. Punto quinto: el señor Evans se encuentra en su dirección de Marthattan, pero va a partir ahora mismo y se le puede encontrar en el Caledonia, cinco, uno, uno, tres, tres.

—Caledonia, cinco, uno, uno, tres, tres repitió Leona, anotando el número con un lápiz de labios en el pequeño papelito del bloc telefónico.

—Después de medianoche —dijo Evans, con voz suave. Luego, con algo que pareció una especie de sollozo, añadió—: Muchas gracias, señora Stevenson. Y adiós.

Después de que Evans hubo colgado, Leona continuó mirando los números escarlata que se destacaban sobre el papel. Lo hacia como si la anotación fuera a borrarse si ella dejaba de contemplarla. Mecánica, hieráticamente marcó el número. La primera vez que lo intentó, el temblor de sus dedos le hizo equivocarse y tuvo que empezar de nuevo. Mientras hacia girar el disco, la tensión de su cuerpo llegó al extremo de que cada inspiración constituía un doloroso esfuerzo. Esta vez completó la llamada y, tras unos segundos, le contestaron.

—Caledonia, cinco, uno, uno, tres, tres —dijo una voz de hombre.

El miedo, el pavor y el casi histerismo dieron a la voz de Leona un tono demasiado alto:

—¿Caledonia, cinco, uno, uno, tres, tres? —preguntó—. ¿Está ahí el señor Stevenson?

—¿Quién?

—El señor Stevenson. El señor Henry Stevenson. El señor Evans… me dijo que le llamase ahí.

—¿Ha dicho Stevenson? Un momento. Iré a mirar.

Leona oyó el golpe del teléfono al ser dejado sobre una mesa. Esforzándose por escuchar, captó los pasos del hombre, que se alejaban. Luego, silencio. Los segundos

transcurrieron lentamente. El corazón le latía de forma salvaje, como si tratara de salírsele del pecho. Abría y cerraba su mano libre, apretando hasta que sus largas uñas se le hundieron en la palma de la mano. En el exterior del edificio, una gimiente sirena ascendió desde el río ya allá abajo, en alguna parte, alguien ¿tal vez un policía? golpeó una verja de hierro con un palo.

De pronto, el hombre volvió a estar allí.

—No. No está aquí, señora.

—¡Oh! El señor Evans me dijo que no tardaría en llegar ahí. ¿Podría dejarle un recado?

—¿Un recado? Aquí no tomamos recados, señora —el hombre parecía confuso… y un poco divertido—. No servirían para nada en este sitio.

—¿No? ¿Qué número es ése? ¿Quién…? ¿Adónde he llamado?

—Al Caledonia, cinco, uno, uno, tres, tres —replicó el hombre—. El Depósito Municipal de Cadáveres.

Ahora Leona permanecía inmóvil en la cama, tratando desesperadamente de reunir las piezas del macabro rompecabezas que constituían los sucesos de aquella noche. De aquel caos de pesadilla de *shock* tras *shock*, iba extrayendo la verdad. Y a medida que ésta se delineaba más y más claramente, su enormidad la hacía estremecerse. ¡Que una cosa así le ocurriera a ella!

Recordó aquella espantosa llamada telefónica. ¿Por qué había tenido por ser ella quien oyese a aquellos terribles criminales? ¿Por que todas sus llamadas a la oficina de Henry —las que hizo antes de solicitar la ayuda de la telefonista—, habían sido contestadas por la señal de comunicar? ¿Quién había estado en la oficina de Henry, sino él? Y si alguien, no importaba quién, había estado empleando el teléfono de la oficina de Henry, ¿no podría ser la comunicación de esa misteriosa persona la que se hubiese cruzado con la suya…? No…, no podía pensar en ello. Debía quitárselo de la cabeza. Había otras cosas sobre las que meditar.

¿Y la historia de Sally? ¿Lo de que Henry estaba envuelto en alguna clase de problema con las autoridades? Ahora tenía que creerlo —al menos en parte—, ya que Evans había establecido la veracidad de aquello. Sí, había algo de cierto, o sea, que no se trataba de una confabulación para volverla loca… Supongamos que Evans hubiese dicho la verdad. En tal caso, Henry hubiera sido presionado fuertemente para reunir aquel dinero, aquellos cien mil dólares. Y él no podía hacerlo. A no ser que contase toda la sórdida historia a Jim Cotterell. Y eso él no lo haría nunca. Leona se maravilló de la forma en que Henry había conseguido parecer tan… tan normal durante aquellas últimas semanas. Luego se encontró recordando las palabras de Sally, las pronunciadas hacía años, cuando trató de hablarle de los extraños recovecos del carácter de Henry. ¡Sally no había mentido!

¿Qué le quedaba a Henry por hacer? Leona sabía la respuesta, desde luego. La sabía desde que Evans dejó de hablar con ella. Ya no podía excluirla de sus pensamientos, así como no podía olvidar la verdadera significación de aquel cruce de

líneas telefónicas.

Y mientras aquella horrible comprensión estaba a punto de hacerle perder la cabeza, Leona volvió a oír el traqueteante sonido de un tren que cruzaba el puente. En su conciencia comenzaron a mezclarse hebras de conversación… «*Nuestro cliente… luego espero a que pase un tren por el puente por si a ella se le ocurre gritar… ¿Irá bien un cuchillo?… Nuestro cliente… nuestro cliente… ella va a morir… nunca espero a que nadie muera… nuestro cliente… nuestro cliente…*».

En un frenesí de pánico, Leona descolgó de nuevo el teléfono y marcó la central.

—¿Qué número desea, por favor? ¡Qué suaves e impersonales sonaban aquellas palabras!

—Póngame con la policía —gritó Leona, con voz rota.

—Llamando al departamento de policía.

Al cabo de unos segundos, contestaron.

—Estación de policía. Distrito Diecisiete. El sargento Duffy al habla.

—Soy otra vez la señora Stevenson. Le llamé hace poco.

—Sí señora. ¿Ha dicho usted Stevenson?

—Señora de Henry Stevenson, del cuarenta y tres de Sutton Place. Le llamé respecto a una conversación telefónica oída por casualidad.

—Sí, señora. Lo recuerdo muy bien.

—Bueno, me preguntaba…, ¿qué han hecho sobre ese asunto?

—Lo tengo apuntado en el cuaderno, señora —dijo Duffy, con cautela.

—Pero…, ¿no ha?…

—Haremos cuanto esté en nuestra mano, señora. Si algo ocurre…

—¿Si algo *ocurre*? —repitió Leona—. ¿Quiere decir que ha de pasar algo para que ustedes tomen cartas en el asunto?

—Ya le dije antes, señora, que cuando la información es tan vaga, no podemos hacer mucho.

—Pero… —Leona se cortó. No podía decírselo. Aunque pudiera ser cierto, no podía. Porque, pese a todo, también podía no serlo. Y si ahora hablaba, la cosa seria irrevocable. No podría volverse atrás. Significaría el final de su sueño. No podía decírselo a la policía. Tendría que encontrar otra forma…

—Siento haberle molestado —dijo, débilmente—. Pensé que ustedes, al menos, tal vez hubieran enviado una llamada a los autos patrulla…

—Eso es asunto de la Central —replicó Duffy—. Les hemos pasado la información, y a ellos corresponde hacer lo que sea. Hasta ahora, no han enviado ninguna llamada.

—Muchas gracias —dijo Leona—. Espero que todo no sea más que un error.

Colgó el teléfono. Dominada por el pánico pensó en el siguiente paso a dar. Debía hacer algo, algo que la protegiera en caso de que…

¿Una agencia de detectives? Sería una forma de conseguir alguien que la vigilase, alguien que se vería obligado a guardar el secreto. Miró al reloj de la mesilla de

noche. ¡Las once! No tenía mucho tiempo. Temblorosa, marcó la central.

—Póngame con una agencia de detectives pidió, nerviosamente.

—Las encontrará todas en el listín telefónico, señora.

—No tengo listín… Quiero decir que no tengo tiempo de… buscar nada… corre… mucha prisa.

—La pondré con Información.

—¡No! —gritó Leona, iracunda—. A usted no le importa lo que me ocurra, ¿verdad? ¡Podría morirme sin que a usted le importase en absoluto…!

—¿Perdone…?

—Póngame con un hospital pidió ella.

—¿Alguno en particular?

—¡Cualquiera! Cualquier hospital, ¿me oye?

—Un momento, por favor.

11,00

Esperó mientras el teléfono sonaba, mirando con recelo la entornada puerta, los cuadros de las paredes, los elegantes frascos de la mesilla de noche y el tocador. Al cabo de un momento la llamada se interrumpió y una mujer dijo:

—Hospital Bellevue.

—El departamento de enfermeras. Deseo contratar una. Inmediatamente, para esta noche.

—Comprendo —replicó la mujer—. Paso la comunicación.

—Departamento de enfermeras —dijo otra voz.

—Quiero contratar una enfermera —repitió Leona—. Necesito una inmediatamente. Es muy importante que la consiga ahora mismo.

—¿Cuál es la naturaleza del caso?

—¿El caso? Bueno… soy… soy una inválida… y me encuentro totalmente sola… acabo de sufrir un espantoso *shock*… no puedo quedarme sola.

—¿Algunos de nuestros médicos le ha dicho que llamase, señora?

—No —replicó Leona, con impaciencia—, pero no comprendo a qué vienen tantas preguntas. Después de todo, pienso pagar a esa persona…

—Comprendo perfectamente, señora —siguió la voz, con calma—. Pero éste es un hospital del Municipio, no una clínica privada. No enviamos enfermeras a no ser que la emergencia del caso sea certificada por uno de los médicos de nuestro equipo. Le sugiero que llame a una de las agencias de enfermeras.

—Pero no conozco ninguna —gimió Leona—. No puedo aguardar. Necesito ayuda desesperadamente.

—Le daré un número al que puede llamar. Schuyler, dos, uno, cero, tres, siete. Tal vez allí alguien pueda asistirla.

—Schuyler, dos, uno, cero, tres, siete. Muchas gracias.

Volvió a hacer girar el disco, cuyos «clics» percutían en su cabeza como pequeños martillos. Al otro extremo, la señal de llamada le pareció interminable,

aunque sólo pasaron unos segundos antes de que contestaran.

—Agencia Central de Enfermeras. La señorita Jordan al habla.

—Quiero contratar una enfermera… en seguida.

—¿Quién llama, por favor?

—La señora Stevenson. La señora de Henry Stevenson, en el cuarenta y tres de Sutton Place. Es muy urgente.

—¿Algún doctor le dijo que llamase, señora Stevenson?

—No —replicó Leona, impaciente—. Pero soy forastera aquí, me encuentro enferma y estoy pasando una noche horrible. No puedo seguir más tiempo sola.

—Bueno… —comenzó la señorita Jordan, en tono de duda—, en estos días hay una gran escasez de enfermeras. Resulta muy poco corriente enviar una a no ser que el doctor de la paciente haya certificado la necesidad de que así se haga.

—Pero es necesario —gimió Leona—. Lo es. Soy una enferma. Estoy sola en esta casa… no se dónde se encuentra mi marido… no puedo ponerme en contacto con él. Y me siento asustadísima… Si no viene alguien en seguida… si no hacen algo, me temo que vaya volverme loca.

—Comprendo —replicó la mujer, en tono reflexivo—. Bien… dejaré un recado a la señorita Phillips para que vaya a su casa tan pronto llegue.

—¿La señorita Phillips? ¿Y para cuándo la espera?

—A eso de las once y media…

—¡Las once y media!

Entonces fue cuando Leona oyó el «click». Fue un sonido muy leve, un «click» en el teléfono. Algo que ella había oído muchas veces antes.

—¿Qué ha sido eso? —gritó.

—¿El qué, señora?

—Ese… «click»… ahora mismo… en mi teléfono. Como si alguien hubiera descolgado el teléfono supletorio de la planta baja…

—No he oído nada, señora.

—¡Pero yo sí! —jadeó Leona, en voz casi ahogada por el miedo—. Hay alguien en la casa… abajo, en la cocina… y ahora me esté escuchando… Es… —el terror la dominó. Lanzando un grito, colgó el teléfono con un movimiento mecánico. Con las manos crispadas sobre las ropas de cama, Leona se concentró en el silencio que la rodeaba. De pronto oyó unos leves golpecitos por el suelo… Lentos, continuos… Se enderezó, estremecida, con ojos desorbitados, llevándose una mano al contorsionado rostro.

—¿Quién es? —gritó, frenética—. ¿Quién está ahí?

Se sentía acorralada. Mientras el sonido continuaba —lento, incansable—, Leona miraba con horrorizada fascinación hacia la puerta de su cuarto, esperando… esperando. De súbito gritó, con voz ronca:

—¡Henry! ¡HENRY!

No hubo respuesta. El continuo y uniforme ruido prosiguió. Leona echó la colcha

a un lado, tratando de saltar de la cama. Pero un miedo paralizador se lo impidió. Trató con todas sus fuerzas de lograrlo y al fin se derrumbó contra las almohadas, presa del pánico, incapaz de moverse. Recorrió con ansiosa mirada todo el cuarto, deteniéndose un momento en la entornada puerta y apartándose en seguida por miedo a lo que pudiese ver. De la calle subió el mido de un camión, y al mirar hacia la ventana, Leona descubrió por fin el motivo del ruidito: ¡los plomos de lastre de las cortinas, que eran mecidas por la brisa!

Por un instante, supo lo que era el alivio. El latir de su corazón se calmó. Se dijo que el doctor Alexander debía de tener razón. No tenía ninguna dolencia cardíaca. Y, de pronto, sintió un ramalazo de inmensa alegría. Si lograba pasar aquella noche, nunca volvería a guardar cama. Nunca. Se repondría lo más rápido posible. Pero la sensación de peligro estaba en todas partes. Debía hacer algo rápidamente. ¿Cómo escapar de aquel cuarto?

Automáticamente, extendió la mano hacia el teléfono. Pero se detuvo sin completar el movimiento. ¿A quién llamar? ¿Quién podía ayudarla ahora? El hombre que había escuchado en silencio su conversación con la enfermera estaba en algún lugar de la casa. ¿Qué oportunidades tenía ella de eludir ahora su pavorosa presencia?

Leona quedó desmadejada, sumida en una niebla de indecisión, incapaz, por el terror que la dominaba, de utilizar el cerebro para dar con alguna solución. Entonces, como tantas veces con anterioridad, el enorme y opresivo silencio fue perforado por el agudo timbre del teléfono. Leona respondió rápidamente, aferrándose a cualquier posibilidad.

—Dígame —pidió, con expectante ansia.

Fue contestada por la fría e impersonal voz de una telefonista.

—Conferencia desde New Haven para la señora de Henry Stevenson. ¿Es la señora Stevenson?

—Sí —gritó Leona, añadiendo luego, con tono angustiado—: Pero ahora no tengo tiempo… vuelva a llamar más tarde. No puedo hablar…

—Tengo una llamada de persona a persona para la señora de Henry Stevenson, del señor Henry Stevenson. ¿No desea aceptar la llamada?

Estupefacta, Leona preguntó:

—*¿El señor Henry Stevenson…?* —casi entre lágrimas, insistió—: ¿Ha dicho… *señor*? ¿Desde New Haven?

—¿Acepta la llamada, señora?

En aquel momento, en el interior de Leona comenzó a crecer la fantástica sospecha de que todo hubiera sido una mentira, un terrible sueño. Algo tan espantoso no podía haber sido planeado por el hombre que compartió su vida durante tanto tiempo. Sin embargo, ella sabía que no se trataba de un sueño. ¡Con sólo que hubiera alguna otra justificación para todo el asunto…! Bien, al menos podría pedir a Henry que llamase a la policía, y todo podría hacerse abierta y normalmente.

—Sí…; acepto la llamada.

Esperó en tensión, temblorosa, sin aliento. Oyó la breve llamada de la telefonista de Conferencias, y luego:

—Hable, New Haven.

11,05

A aquellas horas de la noche, la estación de ferrocarril de New Haven, era un lugar muy solitario. Las pocas personas que vagaban por ella o permanecían sentadas eran simples manchas en la soledad. Los pasos sobre las losas de piedra resonaban en el alto techo. El vacío era algo casi tangible. En el lugar reinaba una extraña irrealidad, como si la estación, desprovista del bullicio de las horas de sol, dormitase durante la noche.

Bajo un inmenso reloj se alineaba una fila de cabinas telefónicas pegadas a la pared. Todas estaban a oscuras y vacías, excepto una. Junto a la puerta de la cabina ocupada se veía una elegante maleta de piel de cerdo, con las iniciales «H. S.» grabadas en oro junto a la cerradura central. En la cabina iluminada, Henry Stevenson esperaba a hablar con su esposa.

No llevaba sombrero. Bajo su cabello castaño, el rostro resultaba muy atractivo. Ojos grandes y de espesas pestañas, nariz recta, boca y mandíbula enérgicas. Mientras permanecía allí dentro, mirando al teléfono, su expresión era torva y decidida. Parecía un hombre consciente de lo que estaba haciendo seguro de lo acertado de sus actos.

Al fin oyó a la telefonista de Conferencias que decía:

—Hable, New Haven.

—Oye… ¿Eres tú, cariño?

—¡Henry! ¿Henry, dónde estás? —el hombre casi pudo sentir cómo su esposa se aferraba a él, aun a través de todos aquellos kilómetros.

—Pues… camino de Boston, cariño. Me he detenido en New Haven. ¿No recibiste mi telegrama?

—Sí… Lo recibí… Pero… no comprendo…

—No hay nada que comprender. No pude hablar contigo antes. Tu teléfono no dejaba de comunicar. Pensé llamarte ahora y preguntarte cómo estabas. Siento mucho haberme ido tan inesperadamente…, pero estaba seguro de que te encontrarías bien.

—No me encuentro bien… estoy… —comenzó Leona, vivamente—. En estos momentos hay alguien en casa…, estoy segura.

Por un instante, los ojos del hombre adoptaron un brillo malévolo y desagradable. Las aletas de la nariz le temblaron y contuvo la respiración.

—¡Qué tontería, cariño! ¿Cómo va a haber alguien? ¿No estás sola?

—Claro que sí —gimió ella—. Sola por completo. ¿Quién iba a estar conmigo? Le diste a Larsen la noche libre…

—Es cierto —admitió Henry, con gravedad.

—Y me prometiste estar en casa a las seis en punto.

—¿De verás? —preguntó él, haciéndose de nuevas—. No recuerdo.

—Claro que sí. Y llevo a solas muchísimo rato. He recibido toda clase de horribles llamadas telefónicas que no comprendía… Y, Henry… Quiero que llames a la policía…, ¿me oyes? Diles que vengan aquí en seguida.

El hombre se preguntó el porqué del pánico en la voz de Leona. Estaba realmente asustada. Sin embargo…, resultaba absurdo. ¿Qué podía saber? Hubiera entendido que estuviese irritada, ya que Leona tenía una capacidad descomunal para la irritación. Pero aquel miedo era otra cosa.

—Oye, Leona… No tienes por qué estar tan nerviosa.

—¡Nerviosa!

—Sabes que estás totalmente segura en casa. Sin duda, Larsen habrá cerrado todas las puertas antes de irse.

—Ya lo sé —dijo ella, débilmente—. Pero oí a alguien…, alguien levantó el teléfono de la cocina. Estoy segura.

—Eso es una tontería. La casa está cerrada. Además, recuerda al policía privado. Y tienes el teléfono junto a la cama. Y, lo que es más, te encuentras en el corazón de Nueva York. El lugar más seguro del mundo.

—Me sentiría mejor si llamase a la policía, Henry. Yo les llamé y no me prestaron ninguna atención. —Leona comenzó a emitir sollozos de autocompasión.

—Mira, yo estoy en New Haven. Si llamo desde aquí, la policía creerá que estoy loco. Además, ¿qué necesidad hay? Tal vez si llamases al doctor Alexander.

Henry pensó que debía dar conversación a su mujer. Miró el reloj. Que siguiese hablando unos cuantos minutos más. ¿Qué podría hacer luego? El hombre sonreía; una extraña media sonrisa que convertía su atractivo rostro en una máscara del mal. Al cambiar de posición en la cabina, miró a través de la puerta por un instante y luego se volvió de nuevo hacia el teléfono. Apenas había observado al corpulento hombre de pelo blanco, tez morena y grandes ojos glaucos que paseaba a pocos metros de la cabina.

Pero…, ¿qué decía Leona?

—¡Henry! ¿Qué sabes de un hombre llamado Evans?

—¡Evans! —exclamó, cogido por sorpresa.

—Sí. Waldo Evans.

—En mi vida he oído ese nombre, Leona. ¿Por qué me lo preguntas?

—Esta noche me ha llamado… Tuve una larga charla con él… ¡respecto a ti!

11,10

El fornido hombre de cabellos blancos y rostro permanentemente triste se había alejado de la cabina sólo lo suficiente para quedar fuera del campo de visión de su ocupante. De no ser por eso hubiera podido observar que Henry se ponía pálido como la muerte. Pero el hombre no sentía interés en la llamada telefónica de Henry. Esperaba pacientemente, observando la hilera de cabinas, y jugueteando de forma ausente con el distintivo policíaco que llevaba en uno de sus bolsillos.

—¡Respecto a mí! —Henry lo dijo con toda la naturalidad que le fue posible—.

¿Qué tenía que decir de mí?

—Me contó una serie de cosas terribles. Algunas de ellas parecían locuras. Pero otras sonaban a ciertas…

—Sería un chiflado —dijo Henry—. No debes hacer caso de todos los maniáticos que te llamen. Ahora trata de olvidarlo…

—Me dijo… que habías estado robando narcóticos de la compañía de papá. ¿Es cierto?

Henry resopló.

—¿Cierto? Oye, Leona, me duele el que siquiera hagas referencia a una sandez de esa clase. Debes de haber tenido un mal sueño…

—¡Un mal sueño! —chilló ella—. No he soñado, Henry. Evans dejó una especie de recado para ti, me dijo que te comunicase que la casa de Staten Island ha ardido por completo… y que la policía estaba enterada de todo. Añadió que habían detenido a un tal Morano…

—¡Cómo! —la cortó Henry—. ¿Qué has dicho?

—Y… nunca le hubiese creído… de no ser por la señora Lord, ya sabes, Sally Hunt, que me contó la misma historia.

Hubo un segundo de silencio, y Leona dijo:

—¿Sigues ahí, Henry?

Él se humedeció los labios.

—Sí. Estoy aquí.

—Dijeron que tú eras un criminal —murmuró Leona—, un hombre desesperado… Y Evans dijo que tú… deseabas que yo muriese.

—Yo… —comenzó a decir el hombre, pero no pudo contener el chorro de palabras de su esposa.

—Ese dinero, Henry… Los cien mil dólares. ¿Por qué no me los pediste? De haberlo sabido, hubiera estado muy contenta de dártelo.

—Olvídalo —murmuró él.

—¿Es que ya es demasiado tarde? —gritó Leona—. Si no lo es, te los conseguiré.

—No importa —aseguró Henry—. Olvídalo.

Ahora las lágrimas rodaban ya por las mejillas de la mujer. Su voz era ronca y estrangulada.

—No quería ser tan desagradable para ti, Henry —dijo—. Sólo lo hice… porque… te quería. Supongo que tenía miedo de que no me amases de verdad. Tenía miedo…, miedo de que te fueses… y me dejaras sola…

11,11

Henry recordó ahora al tipo que había visto junto a la cabina. Miró a través de la puerta y, al no ver a nadie, la abrió con cautela para aumentar su campo de visión. Allí estaba el hombre, no muy lejos. Observando las cabinas. Henry cerró la puerta. Dijo, al teléfono:

—¿Leona?

—Sí.

—Leona, hay algo que debes hacer.

—¿Me perdonarás primero, Henry? —sollozó—. ¿Lo harás?

—¡Por Dios! —la cortó él, brutalmente—. Deja de decir tonterías y escúchame.

—De acuerdo —susurró Leona.

—Ahora haz lo que te digo, ¿quieres? Deseo que salgas de la cama…

—No puedo… —gimió ella—. Me es imposible.

—¡Tienes que hacerlo! Tienes que salir de esa cama… y de ese cuarto. Ve al dormitorio principal. Asómate a la ventana y grita…, que te oigan en la calle. Henry esperó, tenso, luchando con el miedo que crecía en su interior. Oyó la pesada respiración de su mujer en el teléfono.

—¡No puedo! —dijo ella, en tono plañidero—. No me es posible moverme, Henry. Estoy excesivamente asustada. Lo he intentado una y otra vez, pero no puedo moverme…

—Sigue intentándolo… —la urgió él—. ¿No comprendes que me electrocutarán si no lo haces?

—¿Que te electrocutarán? —sollozó Leona—. ¿Qué…?

—Tienes que moverte, Leona. Vuelve a intentarlo. Si no lo logras, sólo te quedarán tres minutos de vida.

11,12

—¿Cómo? —en la voz de Leona había un estremecido temblor.

—No hables más —la propia voz del hombre estaba rota por el miedo. El sudor le cubría el cuerpo. Se recostó contra la pared de la cabina para aliviar a sus temblorosas rodillas del esfuerzo de aguantarle—. No hables. Sal de esa cama. Tienes que hacerla. Todo es cierto, Leona. Todo, ¿me oyes? Estaba en un gran aprieto, desesperado… Incluso traté… Esta noche hice los arreglos para que te…

—¡Henry! —De los labios de Leona se escapó un aullido de terror—. ¡Henry! ¡Alguien está subiendo las escaleras!

—¡Sal de ahí! —gritó él, enloquecido—. ¡No sigas en esa cama! ¡Muévete, Leona!

—¡No puedo!

—¡Debes hacerlo! ¡Debes hacerlo!

—¡Henry! —volvió a gritar ella—. ¡Henry! ¡Sálvame! ¡Sálvame!

Sin poder ya controlarse, con la horrible certeza de su destino y el de su mujer borrando los últimos restos de valor, Henry temblaba de cabeza a pies.

—¡Por favor, Leona! —gritó—. ¡Me atraparán! ¡Morano se lo contará todo a la policía!

Y entonces, a través del teléfono, Henry oyó lejanamente un sonido, algo que podía ser provocado por un tren que cruzaba el puente. Y, por encima de ese ruido, el horripilante grito de Leona:

—¡Henry!

11,15

Por un breve momento después de su grito, Leona siguió agarrando el auricular. Luego volvió a dejarlo caer sobre su horquilla. Con ojos en los que brillaba un indecible horror, con el corazón latiéndole de forma implacable, oyó el trepidar del tren que se aproximaba. Jadeando y gimiendo, trató de saltar de la cama. Pero era como si estuviese sujeta al lecho por cables de acero. No podía moverse. Cada vez más y alto, rasgando la quietud nocturna, el tren fue acercándose hasta que la noche estuvo dominada por su atronador rugido. Era imposible oír ninguna otra cosa. Ni siquiera el último y terrible alarido de Leona.

Cuando el tren se hubo alejado, en el cuarto no quedó más sonido que el de una ronca respiración y el de una fugaz sombra que se alejaba del lecho.

De pronto el teléfono comenzó a sonar. Los pasos de unos pies calzados con zapatos de goma cruzaron silenciosamente la habitación. Una mano enfundada en un guante manchado de sangre levantó el instrumento por su base. La voz de Henry, agitada por una última esperanza, gritó:

—¡Leona! ¡LEONA!

—Lo siento, se equivoca de número…

11,16

NO MIRES HACIA ATRÁS

FREDERIC BROWN

Limítese a permanecer sentado y descanse. Trate de divertirse con esto: es el último cuento que va usted a leer en su vida; o casi el último. Una vez leído, puede quedarse ahí un rato, o encontrar excusas para remolonear por su casa, su cuarto, su oficina o el sitio donde se encuentre al leer; pero, tarde o temprano, tendrá que levantarse y salir. Ahí es donde le estaré esperando: afuera. O tal vez más cerca. Puede que, incluso, en esta misma habitación.

Desde luego, usted cree que esto es una broma… Supone que se trata sólo de un cuento de un libro y que yo, en realidad, no me refiero a usted. Pero juegue limpio: admita que le estoy advirtiendo lealmente.

Harley apostó conmigo que yo no podría hacerlo. Lo que se juega es un diamante del que me ha hablado; un diamante del tamaño de su cabeza. Por eso tengo que matarle a usted. Y también por eso tengo que contarle primero el porqué, el cómo, y todo lo demás. Eso forma parte de la apuesta. La clase de idea que a Harley se le ocurriría.

Primero le hablaré a usted de Harley. Es alto, atractivo, cortés y mundano. Se parece un poco a Ronald Colman, sólo que más alto. Viste como un millonario, pero no importaría que no lo hiciese; quiero decir que estaría elegante aun con un mono de trabajo. En Harley y en la forma en que le mira a uno hay algo mágico; una burlona magia que hace pensar en palacios, países lejanos y música divina.

En Springfield, Ohio, conoció a Justin Dean. Justin, un tipo bajete e insignificante, no era más que impresor. Trabajaba para la Compañía Impresora y Grabadora Atlas. Era un hombre muy vulgar, totalmente distinto a Harley; no podían encontrarse dos hombres más diferentes. Justin sólo tenía treinta y cinco años, pero estaba ya casi calvo y debía usar gruesos lentes porque había arruinado su vista con los delicados trabajos de grabador.

Nunca pregunté a Harley qué motivos le llevaron a Springfield, pero el día en que llegó, después de registrarse en el hotel Castle, se dirigió a la Compañía Atlas para encargarse unas tarjetas de visita. En aquel momento, Justin Dean se hallaba solo en la tienda, y tomó el encargo de Harley. Éste quería tarjetas grabadas. Las mejores. Harley siempre quiere lo mejor de todo.

Lo más probable es que Harley ni siquiera se fijase en Justin. No había razón para que lo hiciera. Pero Justin sí se fijó muy bien en su cliente, y en él vio todo lo que hubiera deseado ser y nunca sería, porque, para lograr la mayor parte de lo que Harley tiene, es necesario nacer con ello.

Justin en persona hizo las planchas para las tarjetas, y realizó un magnífico

trabajo; algo que consideró digno de un hombre como Harley Prentice. Ese era el nombre grabado en las tarjetas. En ellas, como ocurre con las de la gente verdaderamente importante, no había nada más.

Su trabajo fue elegantísimo, hecho con letra cursiva inglesa, y en él empleó toda su pericia. Mereció la pena porque al día siguiente, cuando fue a recoger el encargo. Harley tomó una de las tarjetas y la observó unos momentos. Luego miró a Justin, advirtiendo por primera vez su presencia. Preguntó:

—¿Quién ha hecho esto?

Y el pequeño Justin le reveló orgullosamente quién había sido. Harley sonrió y le dijo que era el trabajo de un verdadero artista. Luego invitó a Justin a cenar con el aquella noche, en la Sala Azul del hotel Castle.

La cena fue excelente y Harley, realmente, estuvo muy precavido. Esperó a tratar un poco a Justin antes de preguntarle si podía o no hacer planchas para imprimir billetes de cinco o diez dólares. Harley tenía los contactos; podía vender billetes en cantidad a hombres especializados en pasarlos y —lo más importante— sabía dónde conseguir el papel con hebras de seda; un papel no totalmente exacto al auténtico, pero que se parecía a él lo suficiente para superar cualquier examen que no fuera el de un experto.

Así que Justin abandonó su empleo en la Atlas y se fue con Harley a Nueva York. Allí, como fachada del verdadero negocio, abrieron una pequeña imprenta. Estaba en la avenida Amsterdam, al sur de la plaza Sherman. Inmediatamente se pusieron a trabajar en los billetes. Justin se afanó mucho, más que nunca en su vida, ya que, aparte de dedicarse a las planchas para hacer papel moneda, tenía que aceptar los encargos que le llevaban a la tienda. De ese modo ayudaba a cubrir los gastos.

Laboró día y noche durante casi un año, haciendo plancha tras plancha, y cada una era algo más perfecta que la anterior. Al fin consiguió unas que, en opinión de Harley, eran lo bastante buenas. Aquella noche, para celebrarlo, cenaron en el Waldorf Astoria. Después de cenar hicieron la ronda de los mejores clubs nocturnos. Eso le costó a Harley una pequeña fortuna, pero no importaba, porque iban a hacerse ricos.

Bebieron champaña. Fue la primera vez que Justin probó esa bebida. Se emborrachó y debió de portarse como un tonto. Harley le habló de ello luego, aunque no estaba enfadada con él. Le llevó a su cuarto del hotel y le metió en la cama. Durante un par de días, Justin se sintió bastante enfermo; pero eso tampoco importaba, porque iban a ser ricos.

Entonces Justin comenzó a imprimir billetes con las planchas, y se hicieron ricos. Justin ya no tuvo que matarse tanto, porque rechazaba la mayor parte de los encargos que le hacían, diciendo que estaba agobiado de trabajo y ya no podía aceptar más. Sólo tomaba unos pocos, para cubrir las apariencias. En la parte de atrás de la tienda se dedicaba a imprimir billetes de cinco y de diez y él y Harley amasaron una fortuna.

Justin conoció a otras personas, amistades de Harley. Conoció a Bull («Toro»)

Mallon, que dirigía la parte de distribución. Bull Mallon era fuerte como un toro, por eso le llamaban así. Tenía un rostro que nunca sonreía ni cambiaba de expresión, excepto cuando ponía cerillas bajo las plantas de los pies de Justin. Pero eso no ocurrió entonces, sino más tarde, cuando quiso que Justin le dijera dónde estaban las planchas.

Y también conoció al capitán John Willys, del Departamento de Policía, que era amigo de Harley, del cual recibía una buena parte del dinero que estaba ganando; pero eso tampoco importaba, porque aún quedaba mucho y todos se hicieron ricos. Trató a un amigo de Harley que era una gran estrella del escenario y a otro que poseía un importante periódico de Nueva York. Se relacionó con otras personas igualmente importantes, aunque de apariencia menos respetable.

Harley —según se enteró Justin— tenía intereses en muchos otros negocios, aparte de la pequeña imprenta de la avenida Amsterdam. Algunos de esos negocios le obligaban a abandonar la ciudad, por lo general, durante los fines de semana. Y Justin nunca se enteró de lo ocurrido el fin de semana en que mataron a Harley. Sólo supo que Harley se fue y no regresó. Oh, supo que le habían matado, desde luego, ya que la policía encontró el cuerpo —con tres balazos en el pecho— en la *suite* más cara del mejor hotel de Albany. Harley Prentice eligió siempre lo mejor, incluso para morir.

Todo lo que Justin supo de ello fue lo que Harley le dijo en una conferencia que puso con el hotel en el que Justin se hospedaba. Fue la misma noche en que Harley fue asesinado… En realidad, debieron de pasar muy pocos minutos desde la llamada hasta que los periódicos anunciaron su muerte.

Al teléfono, la voz de Harley sonaba tan cortés y tranquila como de costumbre. Pero dijo:

—¿Justin? Vaya a la tienda y deshágase de las planchas, el papel y de todo. Inmediatamente. Ya le explicaré más cuando le vea.

Esperó sólo a que Justin diera su conformidad. Luego dijo: «Hasta la vista», y colgó.

Justin corrió a la imprenta, cogió las planchas, el papel y unos cuantos miles de dólares en billetes falsos que había por allí. Hizo un paquete con el dinero y el papel y metió las planchas de cobre en otro, este último, más pequeño. Cuando salió, en la tienda no quedaba ninguna prueba de que en ella se hubiese impreso moneda falsa.

Fue muy cuidadoso y listo en lo de deshacerse de los paquetes. Para librarse del primero, se inscribió en un gran hotel ninguno en el que él o Harley hubieran estado alguna Vez bajo nombre falso. Lo hizo sólo para tener opción a poner el paquete grande en el incinerador. Como todo era papel, allí se quemaría. Y, antes de tirarlo, se aseguró de que el horno estaba encendido.

Las planchas eran otra cosa. No podían quemarse, así que hizo una excursión a Staten Island y en el *ferry*, al volver, cuando se encontraban en medio de la bahía, tiró el paquete por la borda y las planchas se hundieron en el mar.

Luego, una vez hecho lo que Harley le pidió, y habiéndolo realizado bien y a

conciencia, volvió al hotel a su propio hotel, no al que había utilizado para deshacerse del papel y los billetes y se fue a la cama.

A la mañana siguiente leyó en los periódicos que Harley había sido asesinado. Aquello le asombró. Parecía imposible. No podía creerlo; era una broma que alguien le gastaba. Harley volvería junto a él, estaba seguro. Y tenía razón, pero de eso se enteró más tarde, en el pantano.

Sin embargo, pese a todo, Justin tenía que asegurarse, así que tomó el siguiente tren para Albany. Debía de encontrarse en el tren cuando la policía fue a buscarle a su hotel. Por lo visto, allí les dijeron que Justin había preguntando en conserjería sobre los trenes de Albany, porque, cuando llegó a la ciudad, la policía le esperaba en la estación.

Le llevaron a una comisaria, donde le tuvieron mucho, mucho tiempo sin dejar de interrogarle. Pronto se convencieron de que no podía haber matado a Harley, ya que, cuando éste fue asesinado en Albany, él se encontraba en Nueva York; pero también se enteraron de que los dos hombres habían estado explotando la pequeña fábrica de dinero, y llegaron a la conclusión de que eso podía ser una pista para averiguar quién cometió el crimen. Además se hallaban muy interesados en lo de los billetes falsos; quizá más aún que en el mismo crimen. Mantuvieron a Justin despierto durante horas y más horas, sin parar de hacerle preguntas. Preguntas que él no podía responder y que, por tanto, no respondió. Sobre todo, querían saber dónde estaban las planchas. Justin deseaba decirles que se encontraban seguras, en un sitio donde nadie podría volver a cogerlas. Pero no podía decir aquello sin admitir que él y Harley eran monederos falsos, así que guardó silencio.

Localizaron la tienda de la avenida Amsterdam, pero allí no encontraron pruebas. En realidad no tenían ninguna excusa legal para mantener preso a Justin, pero eso él no lo sabía, y nunca se le ocurrió utilizar los servicios de un abogado.

Deseaba ver a Harley, pero no se lo permitían. Luego, cuando se convencieron de que él, en realidad, no creía que su amigo estuviera muerto, le enseñaron un cadáver que aseguraron era el de Harley. Justin supuso que lo era, a pesar de que Harley, muerto, tenía un aspecto distinto. Muerto, no parecía tan magnifico. Justin creyó entonces, lo que le aseguraban, aunque no del todo. Y después, se limitó a no decir una palabra, ni siquiera cuando le obligaron a permanecer despierto días y días, con una potente luz frente a los ojos y dándole bofetadas cada vez que se dormía. No emplearon palos ni porras, pero le abofetearon un millón de veces y no le dejaron dormir. Al fin perdió la noción de las cosas y no hubiera podido responder a ninguna pregunta aunque hubiese querido hacerlo.

Después pasó una temporada en cama, en una habitación pintada de blanco. Todo lo que recuerda de eso son las pesadillas que tuvo, y que llamaba a Harley, y una horrible confusión sobre si Harley estaba muerto o no. Poco a poco fue recuperando la noción de las cosas y comprendió que no deseaba quedarse en la habitación blanca; quería salir de allí para buscar a Harley. Y si Harley estaba muerto, deseaba matar a

quien hubiese matado a Harley, porque Harley hubiera hecho lo mismo por él.

De modo que comenzó a actuar de una forma muy inteligente, tal como los doctores y enfermeras parecían desear que actuase. Al cabo de poco, le devolvieron sus ropas y le dejaron ir.

Se estaba volviendo cada vez más listo. Pensó: «¿Qué me diría Harley que hiciese?». Comprendió que la policía iba a tratar de seguirle, ya que pensaban que él les podía conducir a las planchas, porque ignoraban que éstas se encontraban en el fondo de la bahía, así que les dio esquinazo antes de dejar Albany. Se dirigió primero a Boston y, desde allí, por barco, a Nueva York.

Una vez en la ciudad fue a la imprenta. Entró por la parte de atrás, después de mirar detenidamente el callejón para asegurarse de que no le vigilaban. La tienda era un revoltijo. Debían de haberla registrado a fondo.

Harley no estaba en ella, como es lógico. Justin salió a la calle y, desde la cabina telefónica de una farmacia, llamó a su hotel y preguntó por Harley. Le dijeron que Harley ya no vivía allí. Luego, para portarse de modo inteligente y que no adivinasen quién era él, preguntó por Justin Dean, y le contestaron que Justin Dean tampoco vivía allí ya.

Se fue a otra farmacia y desde ella decidió telefonear a algunos íntimos de Harley. Primero llamó a Bull Mallon y, como Bull era un amigo, le dijo quién era y le preguntó si sabía dónde se encontraba Harley.

Bull Malon parecía un poquitín excitado. Sin contestarle preguntó a su vez:

—¿Consiguieron los polizontes las planchas, Dean?

Justin le dijo que no, que él no se lo había dicho, y volvió a preguntar por Harley.

—¿Se ha vuelto usted loco, o bromea? —dijo Bull.

Justin insistió en su pregunta y Bull cambió de voz y dijo:

—¿Dónde está usted?

Justin se lo contó.

—Harley está cerca —le dijo Bull—. Le tenemos escondido; pero no importa que usted lo sepa, Dean. Espere ahí, en la farmacia, y pasaremos a recogerle.

En un coche, Bull Mallon y dos hombres fueron a buscar a Justin, y le dijeron que Harley se hallaba refugiado en un lugar de Nueva Jersey y que en aquel momento se dirigían allí. Así que él les acompañó. Fue en el asiento de atrás del coche, entre dos hombres que no conocía, mientras Bull guiaba.

Cuando le recogieron eran las cinco, y Bull condujo durante el resto de la tarde y casi toda la noche. El auto iba muy aprisa, de modo que debieron de llegar mucho más lejos de Nueva Jersey. Al menos se metieron en Virginia o puede que incluso se acercaran a las Carolinas.

Cuando llegaron a una pequeña cabaña rustica que debía de emplearse como pabellón de caza, el día comenzaba a clarear. El sitio se encontraba a muchos kilómetros de cualquier parte, y ni siquiera había un camino que llevase a él, sólo un sendero que el coche recorrió con gran esfuerzo.

Metieron a Justin en la cabaña y le ataron a una silla. Le dijeron que Harley no estaba allí, pero que les había dicho que Justin les revelaría el escondite de las planchas y que no podría salir de allí si no lo hacía.

Justin no les creyó; se dio cuenta de que le habían engañado en lo de Harley, pero, por lo que respectaba a las planchas, la cosa carecía de importancia. Daba igual que les explicase lo que había hecho con ellas, ya que no podrían volver las a obtener y, además, no le dirían nada a la policía. Así que se lo contó de buen grado.

Pero no le creyeron. Replicaron que había escondido las planchas y que les mentía. Le torturaron para hacerle confesar. Le pegaron, le hicieron cortes con cuchillos, le quemaron las plantas de los pies con cerillas y cigarros encendidos, y le metieron agujas bajo las uñas. Luego descansaban y volvían a hacerle preguntas. Si él podía hablar, les contestaba la verdad y, momentos después, los otros comenzaban a torturarle de nuevo.

La cosa siguió durante semanas… Justin no sabe cuánto duró aquello, pero fue mucho. Una vez pasaron fuera varios días y le dejaron atado, sin comida ni bebida. Al regresar, reanudaron el suplicio del hombre. Durante todo ese tiempo, Justin no dejó de esperar que Harley se presentase a ayudarle; pero no llegó. Al menos, no entonces.

Al cabo de algún tiempo, lo de la cabaña terminó, o él no volvió a tener noticia de ello. Debieron de pensar que estaba muerto. Tal vez tuvieran razón, o no estuviesen lejos de tenerla.

La siguiente cosa que recuerda es el pantano. Justin yacía sobre una charca, al borde de aguas más M profundas. Su cara estaba fuera del agua; se despertó cuando, al mover la cabeza, ésta quedó sumergida. Debieron de pensar que estaba muerto y le arrojaron al pantano, pero él fue a caer en la charca y, en un último resto de consciencia, se había vuelto de espaldas, con la cabeza fuera del agua.

No sé muy bien lo que le ocurrió a Justin en el pantano; pasó allí largo tiempo, sólo recuerdo vagas imágenes. Al principio, no podía moverme; sólo me era posible permanecer caído sobre la charca, con la cabeza fuera. Sé que oscureció e hizo frío y, por fin, pude mover un poco los brazos y logré ir saliendo del agua, para quedar con todo el cuerpo sobre el fango y sólo los pies en la charca. Volví a dormirme o a quedar inconsciente. Cuando desperté, comenzaba a amanecer. Entonces fue cuando llegó Harley. Supongo que estuve llamándole y que él me oyó.

Allí estaba, tan inmaculada y perfectamente vestido como de costumbre, en medio del pantano. Se reía de mí, al verme tan débil y caído como un madero entre el barro y el agua. Entonces me levanté y no volvió a dolerme nada más.

Cambiamos un apretón de manos y él dijo:

—Vamos, Justin. Salgamos de este lugar.

Yo me sentía tan contento de que hubiese venido, que lloré un poco. Harley volvió a reírse de mí y dijo que debía apoyarme en él, que me ayudaría a caminar; pero no quise hacerlo porque yo estaba cubierto de barro y de porquería del pantano y

él vestía un elegantísimo traje blanco. Parecía un anuncio de una revista. Durante todos los días y noches que invertimos en salir del pantano, Harley ni se manchó de barro el dobladillo de los pantalones, ni se despeinó.

Le rogué que abriera él la marcha, y Harley lo hizo. Caminaba unos pasos por delante de mí, volviéndose de vez en cuando para reírse, hablar o animarme. En ciertos momentos me caía; pero no dejaba que él me ayudase. Harley esperaba pacientemente hasta que me ponía en pie. A veces no podía levantarme y gateaba en vez de andar. Con frecuencia me veía obligado a cruzar a nado arroyos que él saltaba limpiamente.

Fue de día y de noche y de día y de noche. Dormí de cuando en cuando. En ocasiones me corrían cosas por encima. Algunas de ellas las atrapé y me las comí, o puede que sólo soñara que lo hacía. También recuerdo otras cosas que había en aquel pantano, como un órgano que tocaba durante mucho tiempo, y ángeles que cruzaban por el aire, y demonios que habitaban en las aguas; pero supongo que eso no eran más que delirios.

Harley me decía:

—Un esfuerzo más, Justin; lo conseguiremos. Y vamos a vengarnos de todos. De todos.

Y lo conseguimos. Llegamos a tierras secas y cultivadas en las que el maíz crecía alto, aunque sin mazorcas que yo pudiera comer. Y también había un arroyo de aguas limpias y no como las cenagosas del pantano. Harley me dijo que me lavara e hiciera lo mismo con mis ropas. Lo hice, aunque deseaba ir a toda prisa adonde pudiera conseguir comida.

Seguía teniendo muy mal aspecto; mis ropas ya no tenían barro y porquería; pero no eran más que andrajos y estaban empapadas, por lo que no pude esperar a que se secaran. Además me había crecido la barba e iba descalzo.

Seguimos la marcha y llegamos a la casita de una granja; una simple cabaña de dos habitaciones. Olía a pan recién salido del horno. Corrí los últimos metros que me alejaban de la puerta y llamé a ella. Me abrió una mujer, una mujer muy fea, y cuando me vio, cerró de golpe sin dejarme decir ni una palabra.

La fuerza volvió a mí de alguna parte, tal vez de Harley, aunque no recuerdo que él estuviera allí en aquellos momentos. Junto a la puerta había un montón de leños. Tomé uno de ellos como si fuera igual de ligero que un palo de escoba, derribé la puerta y maté a la mujer. Ella gritó mucho, pero la maté. Luego me comí el pan recién hecho.

Mientras comía, miré por la ventana y vi correr a un hombre hacia la casa. Encontré un cuchillo y, cuando entró, maté al hombre. Matar con el cuchillo era mucho más fácil.

Comí más pan y seguí mirando por todas las ventanas; pero no vino nadie más. Entonces comenzó a dolerme el estómago por haber comido tanto pan caliente y caí al suelo, doblado sobre mí mismo. Cuando cesó el dolor, me dormí.

Harley me despertó. Era ya de noche. Me dijo:

—En marcha; debes alejarte de aquí antes de que se haga de día.

Comprendí que tenía razón; pero no escape a toda prisa. Como puede usted ver, me estaba volviendo muy listo. Antes había otras cosas que hacer. Hallé cerillas y un quinqué, y encendí este último. Luego registre toda la cabaña en busca de cuanto pudiera serme útil. Encontré ropas de hombre, y no me estaban del todo mal, aunque tuve que remangarme los pantalones y la camisa. Los zapatos eran grandes, pero eso, como mis pies estaban tan maltrechos, resultaba mejor.

Di con una navaja y me afeité; tardé mucho rato, porque me temblaba la mano, pero fui muy cuidadoso y apenas me hice cortes.

Descubrir el dinero me costó mucho más; pero al fin lo localicé. Eran sesenta dólares.

También cogí el cuchillo, tras afilarlo. No es un arma selecta, sino un simple trinchante con empuñadura de hueso; pero es de buen acero. Muy pronto se lo enseñaré a usted. Resulta muy útil.

Luego salimos de la casa y fue Harley quien me dijo que me mantuviera apartado de las carreteras y que buscase las vías del ferrocarril. Resultó fácil, porque durante la noche habíamos oído el lejano silbato de un tren y sabíamos en qué dirección se encontraban los carriles. A partir de entonces, y con la ayuda de Harley, todo ha sido fácil.

Desde este momento, ya no necesitará usted que entre en detalles. Me refiero a lo del guardafrenos y a lo del vagabundo que encontramos dormido en aquel vagón de mercancías, y al asunto que tuve con la policía de Richmond. Eso me enseñó mucho; me enseñó que no debía hablar a Harley cuando alguien pudiera oírme. Harley se esconde de ellos; conoce un truco mediante el cual la gente no sabe que está él delante y, si le hablo, todos creen que estoy mal de la cabeza. Pero en Richmond compré mejores ropas y me corte el pelo. Un hombre a quien mate en un callejón tenía cuarenta dólares, así que tuve dinero otra vez. Desde entonces he viajado mucho. Incluso por fuera del país. Y, si se para usted a pensar, comprenderá dónde me encuentro en este instante.

Busco a Bull Malon y a los dos hombres que le ayudaron. Se llaman Harry y Carl. Cuando los tenga a mi alcance, los mataré. Harley me advierte que esos tipos son peces gordos y que aún no estoy listo para acabar con ellos. Pero, mientras tanto, no dejo de moverme. A veces me quedo en un mismo sitio el tiempo suficiente para desempeñar por una temporada mi trabajo de impresor. He aprendido un montón de cosas. Puedo tener un empleo sin que la gente piense que soy un extraño; al mirarles no les asusto, como pasaba hace unos meses. He aprendido también a no hablar con Harley más que cuando estamos en nuestro cuarto, y, aun entonces, lo hago bajito, para que la gente de la habitación contigua no piense que hablo solo.

He seguido practicando con el cuchillo. Con él he matado a muchas personas, sobre todo por la noche, en la calle. A veces lo he hecho porque parecían llevar

dinero encima; pero, la mayoría, sólo por practicar y porque la cosa ha llegado a gustarme. Actualmente soy un verdadero experto con un cuchillo. Usted ni siquiera lo notará entrar en su cuerpo.

Pero Harley me dice que esa forma de matar es muy fácil, y que asesinar a una persona que esté en guardia, como lo estarán Bull, Harry y Carl, es otra cosa.

Así es como nuestra charla condujo a la apuesta que antes he mencionado. Le dije a Harley que, en estos momentos, yo era capaz de advertir a una persona de que pensaba usar el cuchillo en ella, e incluso decirle porqué y aproximadamente cuándo, y que, aun así, podría matarla. Y él apostó a que no me sería posible. Y va a perder esa apuesta.

Va a perderla porque, ahora mismo, le estoy advirtiendo a usted, y usted no me cree. Me jugaría lo que fuese a que usted supone que esto no es más que un cuento de un libro. No cree que éste sea el *único* ejemplar de ese libro en el que se incluye este cuento, ni que la historia que le estoy narrando es cierta. Y estoy seguro de que seguirá sin creerlo aun cuando le haya narrado con detalle cómo lo he hecho.

Así que voy a ser más listo que Harley y que usted y ganaré la apuesta. Ni a él se le ha ocurrido, ni usted comprende lo fácil que resulta para un impresor que se ha dedicado a falsificar moneda el falsificar un cuento de un libro. Muchísimo más sencillo que hacer un billete de cinco dólares.

Tenía que elegir un libro de cuentos y escogí éste porque observé que la última narración que se incluía en él llevaba el titulo de *No mire hacia atrás*, y ése me pareció un buen titulo para esto. Dentro de unos minutos comprenderá usted a qué me refiero.

Es una suerte que la imprenta en la que trabajo ahora se dedique a hacer libros y que, además, tenga el mismo tipo de letra que se ha empleado en el resto del volumen. Encontrar la misma clase de papel me costó un poco más; pero al fin lo he conseguido. Escribo esto directamente en una linotipia. Lo hago por la noche, en la misma imprenta donde trabajo durante el día. Incluso tengo el permiso del jefe. Le dije que, para darle una sorpresa a un amigo, iba a imprimir un relato suyo y que, tan pronto acabase de hacerla, volvería a fundir el metal de los tipos.

Cuando tenga listo esto, compondré los tipos en páginas del mismo tamaño que las del resto del libro y las imprimiré en el papel que ya tengo preparado. Luego las encuadernaré en este volumen. Usted no notará ninguna diferencia, aun cuando una leve suspicacia le haga mirar. No olvide que he hecho billetes de cinco y diez dólares que usted no hubiera podido distinguir del original. Por tanto, esto, para mí, es un juego de niños. Y he encuadernado lo suficiente como para que me sea posible extraer del libro el último cuento y poner en su lugar lo escrito por mí. Por muy minuciosamente que lo examine, tampoco advertirá diferencia. Estoy dispuesto a realizar un trabajo perfecto, aunque me lleve toda la noche.

Mañana iré a una librería, o tal vez a un quiosco en el que haya otros ejemplares de este libro ejemplares ordinarios y pondré entre ellos éste. Luego me buscaré un

buen sitio desde donde observar y, cuando usted lo compre, yo le estaré mirando.

El resto no puedo decírselo, porque depende un montón de circunstancias, como la de que se vaya usted a casa directamente con el libro o no lo haga. Eso no lo sabré hasta que le siga y vea el momento en que se pone a leer… y advierta que llega a la última narración.

Si mientras lee usted esto se encuentra en casa, tal vez yo también me encuentre en ella. Puede, incluso, que esté en la misma habitación que usted. Quizá le observe desde una ventana. O es posible que me siente junto a usted en el tranvía o en el tren, si es ahí donde lee lo que he escrito. Tal vez me encuentre en la escalera de incendios de su cuarto de hotel. Pero, lo lea donde lo lea, yo estoy cerca de usted, observándole y esperando a que acabe. De eso no le quepa duda.

Ahora está usted ya muy cerca del fin. Habrá terminado en unos segundos y cerrará el libro, aun sin creerme. O, si no ha leído los cuentos por orden, tal vez retroceda para comenzar otra narración. Si lo hace, nunca la acabará.

Pero no mire alrededor. Será más feliz si no advierte, si no ve el cuchillo que se le acerca. Cuando mato a alguien por la espalda, no parece que sufra mucho.

Siga adelante unos cuantos segundos o minutos más. Continúe pensando que esto sólo es uno de tantos cuentos. No mire hacia atrás. No crea esto… *hasta que note el cuchillo en su interior*.

FIN



ALFRED JOSEPH HITCHCOCK (Londres, 1899 - Los Ángeles, 1980) fue un director de cine y productor británico.

Fue pionero en muchas de las técnicas que caracterizan a los géneros cinematográficos del suspense y el *thriller* psicológico. Tras una exitosa carrera en el cine británico en películas mudas y en las primeras sonoras, que le llevó a ser considerado el mejor director de Inglaterra, se trasladó a Hollywood en 1939.

A lo largo de una carrera que duró más de medio siglo, configuró un estilo cinematográfico distintivo y muy reconocible. Fue innovador en el uso de la cámara para imitar la mirada de una persona, obligando de esta manera a los espectadores a participar de cierta forma de *voyeurismo*; empleaba encuadres para provocar ansiedad, miedo o empatía y desarrolló una novedosa forma de montaje fílmico. Sus historias a menudo están protagonizadas por fugitivos de la ley y sus actrices protagonistas suelen ser de pelo rubio. Muchos de sus filmes presentan giros argumentales en el desenlace y tramas perturbadoras que se mueven en torno a la violencia, los asesinatos y el crimen. Con frecuencia, los misterios que articulan las tramas no son más que señuelos (Macguffin, como los llamó el propio director) que sirven para hacer avanzar la historia pero no tienen mayor importancia en el argumento. Sus películas también abordan a menudo temas del psicoanálisis y tienen marcadas connotaciones sexuales. Gracias a los cameos en muchos de sus filmes, las entrevistas, los avances publicitarios de sus películas y el programa de televisión Alfred Hitchcock Presenta, el cineasta se convirtió en un icono cultural.

Notas

[1] La palabra inglesa *grime*, plural *grimes*, significa tizne, porquería). <<

[2] Trucos, (en inglés, *pool*), es un juego parecido al billar. <<

[3] Pirámides, (en inglés, *pyramids*), es un juego parecido al billar, jugado con 15 bolas de color y una bola blanca impulsada con el taco. <<

[4] *Snooker*, juego jugado en mesa de billar, que es una combinación del *pool* y las *pyramids*. <<

[5] El poeta cubista. <<

[6] Aplícase a las estatuas hechas de oro y marfil. (*N. del T*). <<

[7] *Sonny boy* fue una canción que hizo famosa el cantante Al Jolson. (*N. del T*). <<

[8] Orden de Servicios Distinguidos. <<

[9] Orden del Imperio Británico. <<